LA SIERVA DE DIOS

M. ANGELES SORAZU

P. LUIS VILLASANTE CORTABITARTE
O. F. M.

LA SIERVA DE DIOS

M. ANGELES SORAZU

CONCEPCIONISTA FRANCISCANA
(1873-1921)

ESTUDIO MISTICO DE SU VIDA

VOLUMEN I

«De seguro que si es santa la raíz, también las ramas. La Virgen Madre santifica a los que echan raíces en ella por el amor y devoción, alcanzándoles de su Hijo la santidad.»

(San Buenaventura, sermón 2.° sobre la Purificación de la Virgen; Obras del Santo, ed. B. A. C., t. IV, pág. 663.)

EDICIONES DE

PP. FRANCISCANOS
Santuario de Ntra. Sra. de Aránzazu
OÑATE (Guipúzcoa)

Ediciones Desclée, de Brouwer
Colón de Larreátegui, 43
BILBAO

AÑO SANTO 1950

PROTESTA DEL AUTOR

El autor declara someterse en todo a los Decretos de Urbano VIII y a las disposiciones de la Santa Madre Iglesia, a la cual profesa ilimitada obediencia, y cuyo juicio sobre la sierva de Dios M. Angeles Sorazu en modo alguno tiene la pretensión de prevenir.

Nihil Obstat
Fr. Silvestre Larrañaga, O. F. M.
Censor Odinis
Aránzazu, 27 de febrero de 1950

Imprimi Potest
Fr. Bernardo Madariaga, O. F. M.
Deleg. Prov.
San Sebastián, 28 de febrero de 1950

ES PROPIEDAD

Nihil Obstat
Pablo Bilbao Arístegui

Imprímase
Vitoria, 20 de junio de 1950
Dr. José Sodupe
Pro - Vic.

Ex parte Universitatis nihil obstat:
Eusebius Hernández, S. J.
Constantius Gutiérrez, S. J.

Escuelas Gráficas de la Santa Casa de Misericordia.—Bilbao

A Mons. D. Wenceslao Mayora Tellería, Arcipreste de Tolosa, entusiasta patrocinador de la causa de la M. Angeles Sorazu, que con su espléndido apoyo y magnífico mecenazgo ha hecho posible la edición del presente libro

A la Excma. Sra. Marquesa del Hayedo de Elósegui y a los pueblos de Zumaya y Cestona (Guipúzcoa), que asimismo contribuyeron con su generosa ayuda económica a sufragar los gastos de la publicación

Dedica agradecido su obra

El Autor.

PROLOGO

Con cariño de discípulo me pide el P. Villasante apadrine su tesis con un prólogo; y el mejor de todos aquí es, a mi parecer, la mera exposición de lo que es en sí misma esta obra y de los horizontes que abre. No ha menester otro reclamo para los aficionados a estudios espirituales, y con harto menos les bastaría a los entusiastas de la M. Sorazu.

Por su amplitud y altura, no menos que por su originalidad y aciertos en estilo y exposición, es la experiencia y doctrina de la Madre Sorazu una de las más insignes que registra en sus documentos la historia de la Iglesia. Por eso, la M. Sorazu merece, no uno sino muchos trabajos de fondo: y los tendrá sin duda y a no tardar.

El P. Villasante es el primero que nos da en esta tesis un estudio detenido y profundo de todo el conjunto y de sus características más fundamentales. Base necesaria para entrar luego con orientación segura en la investigación de puntos particulares: porque la mística de la M. Sorazu, que ya desde su primer libro impreso, atrajo viva la atención de los mejores especialistas, seguirá interesando cada día más, en España y en el extranjero, a investigadores, expositores y prácticos de la mística.

El plan para estudiar tema tan rico, es, en la tesis del P. Villasante, el correspondiente al argumento y el más propio para primer trabajo sobre el tema. Va siguiendo paso a paso el desarrollo de la gracia mística en el alma de la M. Sorazu, desde sus albores hasta la fase final; notando sus progresos, sus estancamientos y retrocesos, sus vuelos definitivos. Pero no sigue como mero narrador el itinerario de su heroína; va juzgando cada gracia, va advirtiendo las causas internas en las gracias y en la correspondencia del alma; va señalando las causas externas del ambiente y de los directores.

Recorrido el camino todo, se detiene en mirada panorámica para ofrecernos en relieve lo más saliente en la vida y en la doctrina de la escritora y señalarnos las aportaciones nuevas que a la mística traen las vivencias de la M. Sorazu en parangón con Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Tal es el plan, nítido y certero.

La ejecución sobrepasa holgadamente cuanto se puede esperar de un profesor bien dotado y preparado, pero que empieza ahora sus trabajos personales de investigador y de crítico. Justos suelen ser sus juicios sobre las gracias y las reacciones del alma; claras y exactas sus apreciaciones sobre las novedades de su autora en com-

paración con los elementos antes de ella conocidos; concuerda bien con la realidad esplendorosa de las obras analizadas, la crítica del estilo y de las dotes de la escritora.

En la selección de documentos comprobatorios ha estado tan diestro, que nos ofrece una antología muy bien escogida de los trozos más a propósito para conocer la vida y la obra de la M. Sorazu. Tanto, que podría publicarla por sí sola con sólo añadir ante cada texto los datos ambientales, que están ya cumplidamente en el cuerpo de la tesis.

No forzar los textos por afán de encontrar en ellos lo que se podía desear, está muy bien y es cosa elemental en metodología: no lo olvida nunca el P. Villasante.

Una tesis no puede abarcar cuanto ofrece al investigador, autora y mística tan rica y sobresaliente como la M. Sorazu: harto lo vió desde el comienzo mismo de su labor el P. Villasante, y con buen acuerdo se ciñó a lo más urgente, al estudio de conjunto, con el cual brinda ya base muy buena para ulteriores investigaciones: tanto que, entre las muchas que inspira esta obra, está ya para imprimirse un estudio sobre los grados en el matrimonio místico, fundamentado especialmente en los elementos de la M. Sorazu.

Tal vez desearían los técnicos más brevedad en la narración y descripciones referentes a la vida seglar de la M. Sorazu; pero tienen causa muy justificada en el intento de provocar la constitución de una Junta que se dedique con entusiasmo y constancia a preparar todo lo necesario a la beatificación y canonización de la M. Sorazu, a fin de elevarla, como creemos merece, a formar con Santa Teresa y San Juan de la Cruz el trío de los grandes místicos descriptivos que ha dado a la Iglesia, España.

Comparando a la M. Sorazu con Santa Teresa, se descubre su matiz particular en cada una. Ambas nos describen las gracias místicas y ambas nos enseñan sus efectos en el alma: pero en Santa Teresa es más acabada la descripción de las gracias mismas. Fué su vocación darnos la mística descriptiva, tan necesaria a los directores, y para ello, a sus dotes naturales de fina observación psicológica, la añadió Dios gracias especiales. Así salieron de la pluma teresiana, bien jalonados y caracterizados, los grados que normalmente recorren los llevados por la vía mística, según el progreso interno de la contemplación infusa, aunque sólo hasta el grado primero inclusive del matrimonio místico, pues en el grado segundo no había entrado aún la Doctora del Carmelo cuando terminaba sus Moradas.

Sorazu, al revés, se detiene menos en la descripción de las gracias bien clasificadas ya por Santa Teresa, hasta no hallarse en nuestra autora, sino indicios de los grados místicos inferiores; en cambio, completa a la Santa Reformadora del Carmelo con la descripción de ambos grados en el matrimonio místico y de las fases fundamentales en cada grado, hasta la muerte de amor, y nos da siempre más desarrollados los frutos en el alma de las gracias recibidas. Parece haber sido parte esencial en la vocación de escritora mística de la M. Sorazu, la de centrar la atención en lo fundamental y prevenir a las almas y a sus directores contra descarríos no infrecuentes, muy dañosos y más fáciles en las tendencias contemporáneas de algunos místicos teóricos.

Si cotejamos ahora entre si a San Juan de la Cruz y a la M. Sorazu, podremos desde luego palpar en ella in vivo, cosas indicadas sólo por el Santo (v. gr., la entrada inmediata de la noche del espíritu tras de la noche del sentido contra lo corriente en la ascensión mística normal; las noches sucesivas del espíritu); pero sobre todo merece destacarse la diferencia en la descripción del matrimonio místico: están, si, en el Santo todos los datos (tanto que el Cántico y la Llama sirven admirablemente para contrastar lo objetivo de cuanto aduce la M. Sorazu); pero además de ella con la indicación precisa de grados y fases (cosa que no encuadraba en la marcha tomada por el Doctor Místico), sorprenden los desarrollos espléndidos que hallan en la escritora franciscana, los atributos divinos que va participando el alma, la contemplación mixta, la penetración progresiva en extensión y profundidad de los misterios de Cristo, etcétera.

Por estas indicaciones se entiende cómo completa la M. Sorazu a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz, y por qué no hay exageración atrevida en anunciar que, al lado de ambos Santos, formará la M. Sorazu la terna de los grandes místicos descriptivos españoles.

¿Temas que brinda la M. Sorazu a ulteriores investigaciones? Entre muchos sugeriremos para muestra algunos. Entre los más personales: el corte dado la primera vez al matrimonio místico y el estado siguiente en su alma; la noche del sentido con el matiz personalísimo de que la reviste la exigencia de la manifestación al director y la lucha a brazo partido entre la gracia y el alma; la impecabilidad en el matrimonio místico; la dependencia tan especial del director para la comunicación de las gracias... Entre los puntos de interés general que pueden estudiarse mejor en la M. Sorazu, destacaremos: los toques sustanciales; la muchedumbre de actos en un momento sólo bajo la gracia mística; las luces infusas que, antes del matrimonio, acompañan la contemplación de los misterios de Cristo, las alternancias de menguas e intensidad en el desdoblamiento del alma... Para estos y otros estudios ofrece la M. Sorazu elementos abundantes de primera mano.

Que sean muchos los que, alentados y orientados por esta tesis del P. Villasante le acompañen en la explotación de los veneros que para la investigación y para la práctica brindan generosos los escritos de esta gran mística franciscana.

EUSEBIO HERNANDEZ, S. J.

Universidad Pontificia de Comillas.

Fiesta de San Juan de la Cruz, 24 de noviembre de 1950.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

*(En esta sección insertamos los libros que más frecuentemente hemos manejado para nuestro trabajo, junto con algunos otros de interés general en la materia. Incluimos también los libros ascéticos que consta utilizó la M. Sorazu para su propia vida espiritual; son aquellos a cuyo autor precede el signo *.)*

*AGREDA (Sor María de Jesus de, Concepcionista Franciscana). "Mística Ciudad de Dios, milagro de su omnipotencia y abismo de la gracia. Historia divina y vida de la Virgen Madre de Dios". — Barcelona, Herederos de J. Gili, editores, 1911. 5 volúmenes.

AGUILLO López de Turiso (Jerónimo, O. F. M.). "Teología Ascético-Mística". Barcelona, Librería y Tip. Católica, Pino, 5. 1903.

ALVAREZ DE PAZ (Jacobus, S. J.). "De vita spirituali ejusque perfectione". "De exterminatione mali et promotione boni". "De inquisitione pacis sive studio orationis". Tres tomos en folio.—Lugduni, 1623.

ARAMENDIA (Julio, C. M. F.) "Breves estudios sobre mística mariana". En "La Vida Sobrenatural" (1933-36 numerosos artículos).

* ARBIOL (Antonio, O. F. M.). "La Religiosa instruída con la doctrina de la Sgda. Escritura y Santos Padres de la Iglesia Católica para todas las operaciones de su vida regular desde que recibe el hábito santo hasta la hora de su muerte".—Zaragoza, 1717.

ARINTERO (J. G. de, O. P.). "La Evolución Mística".—5 ed., Salamanca, 1944.
"La verdadera mística tradicional". —Salamanca, 1925.
"Las escalas de amor y la verdadera perfección cristiana".—Salamanca, 1926.
"Los fenómenos místicos".—2 ed. Salamanca, 1934.
"Grados de oración".—4 ed. Salamanca, 1935.
"Cuestiones místicas".—3 ed. Salamanca, 1927.

* ARNOLDO, S. J. "De la imitación del Sagrado Corazón de Jesús dividido en cuatro libros". Traducido del latín por el pbro. D. Felipe Velázquez y Arroyo. 6 ed.—Madrid, Gregorio del Amo, 1884.

* BAGNATI. "El alma en soledad en un día de retiro de cada mes para santificar la muerte con las máximas de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola". Traducido del italiano por Iturriaga, t. II.—Madrid, 1796.

* BELECIO, S. J. "Ejercicios Espirituales de San Ignacio", 3 ed. española. Madrid, Gregorio del Amo, 1886.

BERRUETA (Juan Domínguez et Jacques Chevalier). "Sainte Thérèse et la vie mystique".—París, 1934.

BIBLIOTECA MISTICA CARMELITANA. Obras de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz y del P. Gracián, editadas y anotadas por el P. Silverio, 17 volúmenes.—Burgos, El Monte Carmelo, 1915-1933.
En el cuerpo de la tesis siempre que citemos a Santa Teresa y San Juan de la Cruz lo haremos de estas ediciones manuales:
"Santa Teresa de Jesús". Obras completas. Edición y notas del P. Silverio, 3 ed.—Burgos, El Monte Carmelo, 1939.
"San Juan de la Cruz". Obras completas. Edición y notas del P. Silverio, 2 ed.—Burgos, El Monte Carmelo, 1940.

BONAVENTURÆ (Sancti - Doctoris Seraphici, O. F. M.). Opera Omnia edita studio et cura PP. Collegii a S. Bonaventura. Ad Claras Aquas (Quaracchi), 1882 (10 vol. en folio más uno de índices).
En la tesis citamos además las siguientes ediciones manuales:
"Legendæ duæ de vita S. Francisci Seraphici".—Quaracchi, 1898.
Selección de escritos de S. Buenaventura, publicados por la B. A. C. (los cuatro primeros vol.).—Madrid, 1945-48.

BONNEFOY (Jean Fr., O. F. M.). "Una somme bonaventurienne de Théologie Mystique: Le De triplici via".—Librairie Saint-François, Rue Cassette, 4. Paris, 1934.

BONNIOT (J. de, S. J.). "Le miracle et ses contrefaçons", 5 ed.—París. Victor Retaux, Libraire-éditeur. Rue Bonaparte, 82. 1895.

BREMOND (Henri). "Histoire littéraire du Sentiment Religieux en France", (10 vol.).—París. Blond et Gay, éditeurs. Place S. Sulpice, 7. 1916.

CADIZ (Bto. Diego José de, O. F. M. Cap.). "El Director perfecto y el dirigido Santo. Correspondencia epistolar del Beato con su Director el P. González y viceversa. Sacada a luz y anotada por el P. Ambrosio de Valencina", 4 ed.—Sevilla, 1924.

* CAUSINO (Nicolás, S. J.). "Padre Espiritual. Tratado de su gobierno según el espíritu del glorioso S. Francisco de Sales". Traducido al castellano por Fco. Cubillas.—Madrid, 1677.

CLAUDIO de Jesús Sacramentado, C. D. "La vida mística cristiana", en Revista de Espiritualidad, VI (1947), págs. 428-451.

CONSTITUCIONES Generales de las Religiosas tanto de la primera y segunda Regla de Santa Clara como de las Concepcionistas y de la Tercera Orden, residentes en esta familia cismontana, dadas por el Capítulo General de Roma en el año 1639 de la Orden de N. P. San Francisco y mandadas observar por el Rmo. P. Fr. Juan Merinero, electo Ministro General de la Orden en el mencionado Capítulo.—Orihuela, 1885.
Para la legislación actual vigente:
Ediciones de la Provincia Franciscana de Cataluña, 3. "Regla y Constituciones Generales de las Monjas Franciscanas de la Orden de la Concepción de la B. V. M.".—Barcelona, 1943.

CRISOGONO de Jesus Sacramentado, C. D. "Compendio de Ascética y Mística". Madrid, 1933.

CRONICA Oficial de la Semana y Congreso Ascético celebrados en Valladolid con ocasión del tercer centenario del P. Lapuente".—Valladolid. Imprenta Casa Social Católica, 1925.

DENDERWINDEKE (Adolphus a, O. F. M. Cap.). "Compendium Theologiæ Asceticæ" (2 vol.).—Hong-Kong, 1921.

EDUARDO de Santa Teresa, C. D. "Las heridas de amor en las obras y en la doctrina de San Juan de la Cruz". Tesis doctoral. — Comillas 1945-6 (texto mecanográfico).

EFREN de la Madre de Dios, C. D. "San Juan de la Cruz y el misterio de la Santísima Trinidad en la vida espiritual".—Zaragoza, 1947.

ESPERANZA (Madre — de S. Rafael, O. S. C.). "Manual espiritual. Vida o Autobiografía de la sierva de Dios".—Bilbao, 1941.

EZQUERRA (Josephus López). "Lucerna Mystica pro directoribus animarum". Venetiis, 1750.

FARGES (A.). "Les phénomenes mystiques et leur contrefaçons humaines et diaboliques", 2 ed.—Paris, 1924.

FONCK (A.). Art. "Mystique", en el Dict. Théol. Cath. Vacant-Mangenot. t. X, col. 2.199-2.674.

FRANCISCO (San — de Asis). "Escritos completos y biografías de su época". Edición preparada por los PP. Legisima y Canedo, O. F. M., y publicada por la B. A. C.—Madrid, 1943.

GARDEIL (A., O. P.). "La structure de l'ame et l'expérience mystique". 2 vol.—Paris, Rue Bonaparte, 90. 1927.

GARRIGOU-LAGRANGE (R., O. P.). "Las tres edades de la vida interior". 2 vol. Traduc. del P. Leandro de Sesma, Capuchino.—Buenos Aires, 1944.
"Perfection chrétienne et contemplation". 7 ed. (2 vol.). 1923.
"Las tres vías y las tres conversiones. Principios de espiritualidad". Barcelona, 1936.

GAUDIER (Antonius le, S. J.). "De perfectione vitæ spiritualis". Tres tomos. Augustæ Taurinorum. 1903.

GODINEZ (Miguel, S. J.). "Práctica de la Teología Mística".—Pamplona, 1761.

GODINEZ-REGUERA, S. J. "Praxis Theologiæ Mysticæ". 4 vol. en folio. Romæ, 1740-1745.

GRIGNION DE MONTFORT (San Luis). "Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen".—Apostolado de la Prensa, Madrid, 1926.

GUERNICA (Juan de, O. F. M. Cap.). "Introducción a la mística franciscana". Buenos Aires, 1925.
"Mística contemplación y su desarrollo en el alma".—Santiago de Chile, 1936.

GUIBERT (De, S. J.). "Theologia spiritualis ascetica et mystica". Roma, 1937.
"Etudes de Théologie Mystique".—Tolousse, 1930.

HEERINCKX (Jacobus, O. F. M.). "Introductio in Theologiam Spiritualem Asceticam et Mysticam.—Taurini-Romæ, 1931.
"De momento caritatis in spiritualitate franciscana". En Antonianum, t. XIII (1938), págs. 19-32, 135-170, 475-488.

HERNANDEZ García (Eusebio, S. J.). "Guiones para un cursillo práctico de dirección espiritual" (para uso privado). 2 ed.—Santander, 1946.
"El número de los místicos, según San Juan de la Cruz". En Razón y Fe, año 30, t. 90 (1930), págs. 41-50, 341-360.
"El fenómeno místico en la psicología natural" (inédito).

HOORNAERT (Rodolphe). "Sainte Thérese écrivain. Son Milieu. Ses facultés. Son oeuvre".—Paris, 1922.

JIMENEZ Duque (Baldomero, Pbro.). "Problemas de Metodología en los estudios místicos". En La Ciencia Tomista, 1948, págs. 217-239.

JUAN DE SANTO TOMAS, O. P. "Los dones del Espíritu Santo y la perfección cristiana". Traducción y notas de Menéndez Reigada, O. P.—Madrid, 1948.

KLEIN (Joseph, M. S. C.). "L'Itinéraire Mystique de la Vble. Mere Marie de l'Incarnation".—Rome, 1937.

LAMA (Juan A. de la). "Hasta la cumbre de la Santidad. Teología mística". Apostolado de la Prensa, Madrid, 1947.

LAMBALLE. "La Contemplación. Fundamentos de la vida mística". Versión del Pbro. M. B. Arrese.—Buenos Aires, 1944.

LARRAÑAGA (Victoriano, S. J.). "El diario espiritual de San Ignacio". En Miscelánea Comillas, vol. IV, págs. 277-313. 1945.

LONGPRE (Ephrem, O. F. M.). Art. "Bonaventure (Saint)" en el Dict. de Spiritualité, 1937, col. 1767-1843.
"La Théologie Mystique de Saint Bonaventure". En Archivum Franciscanum Historicum, t. XIV (1921), págs. 36-108. Quaracchi.

MARECHAL (Joseph, S. J.). "Etudes sur la Psychologie des Mysiques".—Bruges-Paris, 1924.

MARIE de Ste. Thérese. "De la vie Marie-forme au mariage mystique". Texto flamenco y traducción francesa en Studes Carmelitaines, tomos XVI y XVII, págs. 236-250, 279-294.

MARMION (Dom Columba, O. S. B.). "Jesucristo en sus misterios".—Barcelona, 1941.

MAUMIGNY (R. de, S. J.). "La práctica de la oración mental (oración ordinaria y extraordinaria)". Versión española de Alfonso Moreno, S. J.—Madrid, 1943. 2 ed.

MIGUEL (de S. Agustín, Carmelita Calzado). "Introducción a la vida interna y práctica fruitiva de la vida mística".—José Vilamala, Barcelona, 1936.

MEYNARD (Andrés María, O. P.). "La vida espiritual. Suma de Teología Ascética y Mística según el espíritu y principios de Santo Tomás de Aquino".—2 tomos. Barcelona, 1908.

NAVAL (Francisco). "Curso de Teología Ascética y Mística".—5 ed. Madrid, año 1932.

* NIEREMBERG (Juan Eusebio, S. J.). "Diferencia entre lo temporal y eterno y crisol de desengaños".—Barcelona, 1862.
"De la Hermosura de Dios y su amabilidad". — Madrid, Gregorio del Amo, 1905.

OMAECHEVARRIA (Ignacio, O. F. M.). "Teología Mística de San Buenaventura". Introduc. al 4.º tomo de la B. A. C. (obras de San Buenaventura), páginas 3-96.

"El trono de Salomón. Los seis grados del amor de Dios". En Verdad y Vida, t. V (1947), págs. 99-148.

* OSSÓ (Enrique de, Pbro.). "El cuarto de hora de oración según las enseñanzas de la seráfica virgen y doctora Santa Teresa de Jesús".—12 ed. Barcelona, 1889.

PACHECO (Baltasar, O. F. M.). "Catorce discursos sobre la oración sacrosanta del Pater Noster".—Salamanca, 1597.

PASCAL DARBIUS. "La Vie et les oeuvres de Marie Lataste". 2 t. Paris, 1866.

* PEREZ (Nazario, S. J.). "Vida mariana o exposición y práctica de la perfecta consagración a la Stma. Virgen". El Mensajero del Corazón de Jesús. Bilbao, 1910.

PIZZICARIA (Pedro, S. J.). "Un tesoro oculto o sea diario de Santa Verónica de Julianis, religiosa capuchina en Cittá di Castello, escrito por ella misma y publicado por..." 8 t. Traducción castellana de Masriera. Barcelona, 1905-1909.

PLATZECK (Erardo O. F. M.). "La Mistica y el trabajo del teólogo". Aparte de la Revista de Espiritualidad, núm. 11. Abril-junio 1944.

POTTIER (Aloys, S. J.). "La Vie et la doctrine spirituelle du pére Lallemant". Paris, 1924.

POULAIN (Aug., S. J.). "Des graces d'oraison. Traité de Théologie Mystique. Dixieme édition. Paris. Gabriel Beauchesne, 1922."

POURRAT. "La Spiritualité chrétienne" (4 vol.). Paris, 1926.

* PUENTE (Luis de la, S. J.). "Meditaciones espirituales".—Barcelona, Jaime Subirana, 1855.

RIBET (M. J.). "La Mystique divine distinguée des contrefaçons diaboliques et des analogies humaines". 4 t. Paris, 1895-1903.

* RODRIGUEZ (Vble. Alonso, S. J.). "Ejercicio de perfección y virtudes cristianas".—Barcelona, Manuel Miró, 1870.

ROS (Fidele de, O. F. M. Cap.). "Un Maitre de Sainte Thérese. Le Pere François d'Osuna. Sa vie, son oeuvre, sa doctrine spirituelle."—Gabriel Beauchesne. Paris, 1936.

ROYO MARIN (Antonio, O. P.). "El concepto de mistica sobrenatural". En Revista española de Teologia, vol. VIII (1948), págs. 61-79.

ROULERS (Venant de, O. F. M. Cap.). "De la méditation a la contemplation sous l'egide de Marie".—Bruges, 1921.

SAINZ RODRIGUEZ (Pedro). "Introducción a la historia de la Literatura mística en España".—Madrid. Editorial Voluntad, 1927.

SALES (San Francisco de). "Práctica del amor de Dios".—Madrid, 1768.

SANCHIS ALVENTOSA (Joaquín, O. F. M.). "La Escuela mistica alemana y sus relaciones con los misticos del siglo de oro".—Madrid, 1946.

SAUDREAU (Augusto). "Los grados de la vida espiritual".—Barcelona, 1929. "El ideal del alma ferviente".—Barcelona, 1926.

SCARAMELLI, S. J. "Directorio mistico". 2 vol.—Madrid, 1817.

SCHRAM (Dominicus, O. S. B.). "Institutiones Theologiae, Mysticae ad usum directorum animarum". 2 t.—Parisiis, 1868.

SEISDEDOS (Jerónimo, S. J.). "Principios fundamentales de la Mistica". 5 vol.—Madrid, 1913-17.

STOLZ (Dom A., O. S. B.). "Theologie der Mistyk".—Regensburg, 1936.

SUAREZ (Francisco, S. J.). "Misterios de la vida de Cristo". Vol. I de obras del P. Suárez publicadas por la B. A. C. Madrid, 1948.

TAILLE (Maurice de la, S. J.). "L'Oraison Contemplative".—Paris, Gabriel Beauchesne, 1921.

TANQUEREY. "Compendio de Teologia Ascética y Mistica". — Desclée, Paris, 1930.

THOMAS WALSH (William). "Santa Teresa de Avila". Traducción directa del inglés por Mariano de Alarcón.—Buenos Aires, 1945.

VERNET Art. "Autobiographies spirituelles" en el Dict. de Spiritualité, t. I, col. 1.141-1.159.

VIVES (card. Joseph, O. M. Cap.). "Compendium Theologiæ Ascetico-Mysticæ". Editio 3.ª—Romæ, 1908.

INDICE GENERAL

Pág.

INTRODUCCION 1

Art. I. *Las fuentes para el estudio de la M. Sorazu:* 1. Obras de la M. Sorazu. — 2. Testimonios acerca de la M. Sorazu 1

Art. II. *Bibliografía acerca de la M. Sorazu* 20

Art. III. *Objeto y división del presente estudio* 23

Fechas principales de la vida de la M. Angeles Sorazu 31

Primera Parte

LA VIA PURGATIVA

(1873 - 1895)

CAPITULO I.—"LAS RAICES DEL ARBOL..." (1873-1888) 37

Art. I. *El cuadro exterior:* 1. En Zumaya. — 2. En San Sebastián.—3. En Tolosa 38

Art. II. *El alma de la niña Sorazu:* 1. Primeras gracias de carácter místico.—2. Prevenida por la gracia. 3. Dotes naturales y carácter de Florencia 43

CAPITULO II.—EPOCA DE EXTRAVIO (1888-1889) 55

Art. único 1. Afición desordenada al baile suelto.—2. La gracia de no sentir en toda su vida la concupiscencia de la carne.—3. Pasatiempos moralmente honestos, pero que no estaban hechos para ella.—4. ¿Pecados graves? 56

Pág.

CAPITULO III.—LA CONVERSION (1889-1890) 63

Art. I. *La conversión:* 1. La romería de Leaburu.—2. La hora de Dios 63

Art. II. *Período de vida espiritual que siguió a la conversión:* 1. Plan de vida espiritual.—2. La contemplación infusa. — 3. Impulsos de la gracia hacia una santidad altísima.—4. El camino real para la perfección.—5. Solicitaciones del mundo 67

CAPITULO IV.—"EL DESIERTO" (1890-1893) 75

Art. I. *El último año de vida secular:* 1. Privación de la devoción sensible.—2. Se decide su vocación religiosa.—3. Alma vasca de Sor Angeles 75

Art. II. *Los dos primeros años de vida religiosa:* 1. Postulantado, Noviciado y Profesión religiosa.—2. La perfecta consagración a la Santísima Virgen, principio de todos sus bienes.—3. Asaltos y embestidas de la gracia.—4. Diagnóstico del estado espiritual descrito en el presente capítulo 82

CAPITULO V. — EL PURGATORIO DE LA VIDA ESPIRITUAL (15 agosto 1893 - agosto 1894) 91

Art. I. *La segunda conversión:* 1. Citada a juicio por San Francisco. — 2. Extraordinarias dificultades en la práctica de la vida interior 91

Art. II. *Primer período de la purgación: Sor Angeles bajo la acción de la luz purgativa:* 1. El odio de Dios. 2. La vista horripilante de los propios pecados. 3. Embestidas del demonio.—4. La gracia purificante borra las diferencias entre las almas.—5. Las gracias de pura fuerza 94

Art. III. *Segundo período de la purgación: la sólida fundamentación cristiana y religiosa:* 1. El olvido de Dios. 2. El ejercicio reflexivo de la doctrina cristiana. 3. Gracias complementarias propias de este período. 100

Art. IV. *Relaciones con la Santísima Virgen durante el tiempo de la purgación pasiva:* 1. Presencia mística de María.—2. Acogida maternal que hallaba en la Virgen.—3. La jornada de Sor Angeles.—4. Leyendo a la M. Agreda.—5. Doctrina sobre el papel de María en las noches místicas 108

Art. V. *Síntesis y conclusiones:* 1. Resumen.—2. La muerte del yo, fruto principal del Purgatorio místico. 3. Lugar que ocupa esta noche en la escala mística 117

Pág.

CAPITULO VI.—LA ENTREGA DE DIOS (de agosto de 1894 a últimos del mismo año) 127

Art. I. *Periodo de expectación:* 1. Ansias por subyugar al Omnipotente.—2. La última prueba 127

Art. II. *La entrega de Dios:* 1. La entrega.—2. El estado de unión.—3. El descenso.—4. Interpretación de estos hechos 130

Conclusión general de la Primera Parte o Vía Purgativa ... 140

Segunda Parte

LA VIA ILUMINATIVA

(1895 - 1911)

CAPITULO VII.—ACOMPAÑANDO A JESUS EN LOS MISTERIOS DE SU VIDA TERRESTRE (1895 - 18 marzo 1902) 147

Art. I. *Después del descenso:* 1. Nostalgia de la divina unión perdida.—2. La presencia de Dios sentida por gracia mística.—3. Los misterios de Cristo reproducidos en el Santo Sacrificio de la Misa 148

Art. II. *Sor Angeles en el convento de Jesús-María* (11 septiembre 1895—22 junio 1898): 1. El traslado. 2. Nuevo extravío.—3. Dilatación de la capacidad anímica.—4. Imperiosa necesidad de imitar a Jesús. 153

Art. III. *De nuevo en su convento:* 1. El lenguaje de la Creación.—2. Noticias reproductivas de los misterios de Jesús.—3. La primera manifestación de Jesucristo.—4. Gracias anejas y complementarias, propias de este periodo 160

Art. IV. *Periodo de sufrimiento:* 1. Doble vida de gozo y sufrimiento. — 2. Historia de una tribulación. 3. Confesión ante Jesús Sacramentado.—4. Modos diversos de las comunicaciones místicas 172

CAPITULO VIII.—LOS MISTERIOS DE CRISTO COMO REVELACION DEL AMOR INFINITO DE DIOS A LOS HOMBRES (18 marzo 1902-junio 1907) 181

Art. I. *Hasta la elección de Sor Angeles para Abadesa:* 1. Una falta de caridad.—2. Los misterios de la gloria.—3. Los misterios de Cristo y el amor infinito de Dios a los hombres.—4. Se inicia la dirección espiritual 182

Pág.

Art. II. *El primer trienio en el cargo de Abadesa:* 1. Sor Angeles Abadesa.—2. La recreación de la Abadesa. 3. Cambio de dirección espiritual.—4. Inversión de orden en las relaciones marianas.—5. La Divinidad en forma paciente.—6. Las heridas de amor. 7. Extraña en la tierra de la pura Divinidad.—8. La bienaventuranza de Dios y la gloria del Verbo Encarnado.—9. Semana Santa de 1907.—10. Invitación al matrimonio espiritual.—11. Asaltos de la gracia y votos de Sor Angeles 188

CAPITULO IX. — PERIODO PURIFICATIVO O "DE LA DIVINA TINIEBLA" (junio 1907 - junio 1911) 207

Art. I. *Vida mística de Sor Angeles hasta julio de 1910:* 1. Sustracción de favores divinos.—2. Pierde la confianza en su director.—3. Intercediendo a favor del mundo pecador.—4. La claridad tenebrosa. 5. El fenómeno místico del desdoblamiento del alma.—6. El afecto de complacencia.—7. Un desahogo.—8. Juicio sobre el segundo director de la M. Angeles 209

Art. II. *Primer año de dirección del P. Mariano* (1910-1911): 1. Cómo empezo a dirigirse con su Padre-verdad.—2. Necesitada de una fuerte purgación. 3. Efectos de propia aniquilación producidos por una carta del director.—4. Temores de ser hipócrita o mentirosa.—5. Semana Santa de 1911. 6. Estado espiritual de Sor Angeles tal como se deduce de las cartas de este periodo 222

Conclusión general de la Segunda Parte o Via Iluminativa. 240

Tercera Parte

LA VIA UNITIVA

(1911 - 1921)

CAPITULO X. — LA CONTEMPLACION SIMPLE DE LA DIVINIDAD (1911 - 1915) 247

Art. I. *El matrimonio espiritual:* 1. La entrega de la Santísima Trinidad.—2. La segunda manifestación de Jesucristo. — 3. Fiesta perpetua de la Santisima Trinidad 248

Pág.

Art. II. *La vida del alma en Dios:* 1. Carácter general de este estado.—2. Primera fase: de henchimiento o vida desbordante. — 3. Segunda fase: periodo de expectación. — 4. Sufrimientos que provienen de Dios; ansias por participar el atributo de la Justicia.—5. Sufrimientos que provienen de las criaturas.—6. Sufrimientos que provienen del director. 7. Sufrimientos que le ocasiona el tener que dedicarse a escribir 255

Art. III. *La vida del alma en Dios* (continuación): 1. Tercera fase: la participación de los atributos divinos por medio de los toques sustanciales.—2. La participación del atributo de la Justicia.—3. Otros atributos divinos que participó.—4. El atributo divino de la verdad.—5. "Sub umbra illius quem desideraveram sedi".—6. Pureza de amor derivada de estas comunicaciones.—7. La parte del director en estas mercedes divinas 266

Art. IV. *La vida del alma en Dios* (continuación): 1. Cuarta fase: periodo de relaciones particulares con el Espíritu Santo.—2. Revelación del atributo divino de la Voluntad. — 3. Revelación de la Santísima Trinidad en el atributo de la Caridad.—4. Revelación y participación del atributo divino de la Fecundidad.—5. Empieza a manifestarse en forma incipiente la vida de Dios en el alma.—6. Revelación del atributo divino de la Aseidad.—7. Invulnerabilidad para el dolor. — 8. El Espíritu Santo revela al alma los tesoros de santidad con que la ha enriquecido 274

Art. V. *La vida de Dios en el alma:* 1. Contemplación de Dios Uno y Trino presente en el fondo del alma. 2. Cese de los favores místicos del estado anterior. 3. Informada en el Amor increado.—4. Influencia beatífica de la soberana voluntad de Dios.—5. Cese del P. Mariano en la dirección de la M. Sorazu. 6. Dichosa comunicación de bienes entre Dios y el alma.—7. Plegaria de intercesión a favor del mundo pecador.—8. La participación del misterio de la Trinidad. — 9. Modo como aprehende a la Santa Humanidad de Cristo en los distintos períodos y fases de la contemplación simple 286

CAPITULO XI.—LA CONTEMPLACION MIXTA (julio 1915-agosto 1921) 301

Art. I. *La vida del alma en Jesucristo:* 1. El llamamiento a la contemplación mixta.—2. El P. Narciso Nieto, cuarto director de la M. Sorazu.—3. "Establecida en Jesucristo".—4. La visión del Cordero.—5. Presencia del Verbo Encarnado en el seno de la Humanidad. Doble vida de Jesus 303

Pág.

Art. II. *La vida de Jesucristo en el alma:* 1. Fase preparatoria o de expectación. Otra vez la vida mariana. 2. Manifestación de la vida de Jesus en el alma o la tercera manifestación de Jesucristo. — 3. El P. Alfonso Vega, O. P., quinto director de la M. Sorazu.—4. "Læva ejus sub capite meo".—5. El Espíritu Santo amando a Jesus en Sor Angeles. 6. La gloria de la Transfiguración.—7. Los primeros pasos en la vía dolorosa.—8. La muerte de los Santos.—9. De qué manera se imagina su última prueba 309

Art. III. *La participación de la Pasión:* 1. Año y medio en que vive "perdidamente".—2. El director elegido de lo alto.—3. Identificación con la dirección. 4. Necesidad de padecer un nuevo purgatorio. 5. Dificultad y repugnancia para el rezo vocal y las obras exteriores. — 6. Muerte de su madre. 7. El incidente de la reclamación de sus escritos. 8. Atractivo por el santo monte Alvernia.—9. No puede tener salud mientras tenga memoria de que hay Dios.—10. Las impetuosas infusiones de amor pasivo.—11. Ultima enfermedad y muerte 332

Conclusión general de la Tercera Parte o Vía Unitiva 356

Cuarta Parte

SINTESIS DOCTRINAL Y CONCLUSIONES

CAPITULO XII.—LA DOCTRINA ESPIRITUAL DE LA M. SORAZU ... 363

Art. I. *La adhesión a Jesucristo:* 1. El rasgo más característico y fundamental que destaca en su vida. 2. El medio "tan fácil como seguro, tan sublime como sencillo, trillado, divinísimo y lleno de encantos" para caminar "a la verdadera santidad y unión perfecta con Dios".—3. La disposición fundamental con que el alma debe dedicarse a la vida espiritual. — 4. El fin que persiguen sus libros. 5. La verdadera espiritualidad que ha hecho a los Santos de todos los tiempos.—6. La enemiga hácia los libros de Mística 364

Art. II. *La devoción a Nuestra Señora:* 1. Lugar destacado que ocupa la devoción a la Virgen en la vida de la M. Sorazu.—2. En qué consiste la vida mariana.—3. Lecturas marianas.—4. Altísima idea acerca de la Santísima Virgen 376

Pág.

Art. III. *La dirección espiritual:* 1. Importancia de la dirección espiritual en la vida de la Madre Sorazu. 2. Doctrina sobre la dirección.—3. La doble vía. 4. Relaciones del director con las almas místicas. 5. Necesidad de atender a la diversidad de temperamentos. — 6. Diversidad de gracias místicas. 7. Crisis dolorosas y tentaciones contra la dirección 384

CAPITULO XIII.—ORIGINALIDAD DEL ITINERARIO MISTICO DE LA M. ANGELES SORAZU 395

Art. I. *La escala teresiana y la soraziana:* 1. ¿Escalas irreductibles?—2. Ausencia de los grados inferiores en la M. Sorazu.—3. La contemplación de los misterios de la Santa Humanidad.—4. La segunda noche del espíritu.—5. El matrimonio espiritual 396
Esquema comparativo entre la escala mística tradicional y la de la M. Sorazu 404

Art. II. *Otros puntos de contacto con Santa Teresa y San Juan de la Cruz y con la espiritualidad franciscana:* 1. La adhesión a la Santa Humanidad de Nuestro Señor.—2. La actitud respecto a las gracias místicas.—3. ¿Son necesarias las gracias místicas para conseguir la santidad?—4. Importancia de la Ascética.—5. Conciencia de pecado.—6. La Madre Sorazu y la espiritualidad franciscana 405

Art. III. *La M. Sorazu como escritora:* 1. Contenido peculiar o característico de sus obras. — 2. Cualidades y defectos de estilo.—3. Términos técnicos 416

Art. IV. *Aportaciones de la M. Sorazu a la ciencia mística. Juicio final* 419

INDICES ALFABETICOS

Indice onomástico 425

Indice de materias 429

INTRODUCCION

ARTÍCULO I

Las fuentes para el estudio de la M. Sorazu

Aunque muy desiguales en cuanto a su valor, extensión y a la utilización que de ellas haremos en nuestro trabajo, es preciso distinguir dos clases de fuentes para el estudio de la M. Sorazu. La primera clase está constituída por sus propios escritos. La segunda, por los testimonios, así orales como escritos, de personas que la conocieron y trataron íntimamente, tanto en el siglo como en la religión. Vamos, pues, a hablar aquí brevemente de unos y otros (escritos y testimonios)

I. OBRAS DE LA M. SORAZU.

CARÁCTER GENERAL DE LAS MISMAS Y SU CLASIFICACIÓN.—Carácter originalísimo de los escritos de la M. Sorazu es que todos ellos, de una u otra forma, se encaminan a expresar sus propias experiencias místicas, su contacto directo y excepcionalísimo con el mundo sobrenatural y los conocimientos adquiridos con ocasión de dicho contacto. De aquí que todos sus escritos (y no sólo aquéllos en que explícitamente confiesa que quiere hacer historia de su vida mística) tengan subido valor autobiográfico e interés primordial para el objeto de nuestro estudio, pues como decimos, todos vienen a ser huellas impresas y traducciones hechas por ella misma de sus altísimas experiencias místicas y contemplaciones sobrenaturales. No es que queramos extremar o tomar con absoluto rigor la confesión que ella hace de que debe todos sus conocimientos al trato sobrenatural (véa-

se Apéndice Documental, n.° 1). Alma privilegiada y naturalmente bien dotada, es innegable la influencia real y la dependencia que tiene la M. Sorazu de sus lecturas y de la formación espiritual recibida de sus directores; pero por encima de todo esto creemos poder afirmar, sin temor a equivocarnos, que en su obra literaria es infinitamente más importante la parte que se debe a su experiencia mística propia y directa, a su contacto verdaderamente excepcional con el mundo de las realidades sobrenaturales.

El P. Melchor de Pobladura, O. F. M. Cap, clasifica las obras de la M. Sorazu en tres categorías: a) escritos referentes a la Sagrada Escritura; b) escritos biográficos; c) escritos marianos (1). Sin entrar a discutir esta clasificación lógica, nosotros, por razones prácticas que fácilmente se dejan comprender, las presentaremos al lector divididas en dos grandes grupos: A) Obras publicadas. B) Escritos inéditos.

A) OBRAS PUBLICADAS.

1. LA VIDA ESPIRITUAL CORONADA POR LA TRIPLE MANIFESTACIÓN DE JESUCRISTO.—*A Jesús por María.*—Obra escrita por la R. M. Sor Angeles Sorazu, Abadesa del Convento de la Purísima Concepción (Concepcionistas Franciscanas de Valladolid), revisada y anotada por el P. Nazario Pérez, S. J., Valladolid. Imprenta de la Casa Social Católica, a cargo de D. G. Andueza, 1924.—Vol. de 170 por 110 mm., 398 páginas.

«Tienen los libros sus destinos. Los del que vamos a examinar puede asegurarse que no serán vulgares». Así empezaba el P. Camilo Abad, S. J., la reseña que hizo de esta obra a raíz de su publicación (2). El P. Pobladura dice a su vez: «Indudablemente, es ésta la obra maestra de la M. Angeles» (3). Aunque a juzgar por el título y la narración en tercera persona, pudiera a primera vista creerse que se trata de un Tratado sobre la vida espiritual en que se nos relatan y describen las diversas vicisitudes y estados por los que atraviesa el alma desde su conversión hasta arribar a las más altas cimas de la vida mística, en realidad esta obra no es otra cosa que una verdadera y rigurosa Autobiografía, aunque despojada de los datos de fe-

(1) «Una flor siempreviva. Sor María de los Angeles Sorazu, Concepcionista Franciscana. A la luz de su correspondencia epistolar». Madrid, 1941, pág. 92.

(2) Estudios Eclesiásticos, 15 abril 1925, pág. 222.

(3) O. c., pág. 105.

chas y demás circunstancias individuantes, debido a esa forma impersonal o apariencia abstracta de tratado que ha querido imprimirle su autora. Más aún, es la única Autobiografía completa que nos ha dejado, pues la otra, la que lleva ese nombre, sólo alcanza hasta la elevación de Sor Angeles al matrimonio espiritual, mientras que aquí se nos describe el proceso completo de toda su vida mística, desde la conversión hasta las más altas cimas de la unión transformativa, y hasta se nos predicen las últimas pruebas y la muerte tal como su autora las presentía. Esta obra es cronológicamente posterior a la Autobiografía, por lo cual, cuando refiere períodos que ya estaban relatados en ésta, se contenta con resumirlos; pero desde que comienza la relación de la parte propiamente nueva (o sea, desde su elevación al matrimonio espiritual), notamos que los capítulos se hacen extraordinariamente largos y desproporcionados, describiéndonos con todo detalle y pormenor las ascensiones místicas de su alma a partir de este momento.

Que esta obra sea su propia historia, lo confiesa ella misma en carta al P. Nazario Pérez, S. J. (cfr. Apéndice Documental n.° 2). Y en otra carta a su director, el P. Mariano de Vega, O. F. M. Cap., dice, refiriéndose a ella, que «es como mi historia velada» (4). Velada la llama por esta pretendida apariencia impersonal que le indujo a omitir todas las circunstancias individuantes que permitieran identificar al alma biografiada. Ignoramos cuál fué la razón que le movió a adoptar esta forma de narración abstracta e impersonal; pero probabilísimamente fué su humildad, que no sufría el ver escrita su propia historia. Por otra parte, como el amor y la gratitud que sentía hacia Jesús y María (al par que el precepto de obediencia) le obligaban a relatar los estupendos prodigios de amor que con ella habían obrado, he aquí por qué escribió la obra de esta forma, creyendo así satisfacer sus ansias de glorificar a sus «soberanos amores» (como ella solía decir), sin comprometer su humildad. Por lo mismo se comprende que después de escrita esta obra tuviera vehementes tentaciones de destruir la Autobiografía que anteriormente había compuesto, y si no llegó a hacerlo fué por el temor de atentar contra la gloria de sus dichos soberanos amores, pues no dejaba de ver que esta segunda obra no sustituía o suplía en todo a la anterior (cfr. Apéndice Documental n.° 3).

(4) Cartas, 28-7-1920.

Pero algo y aun mucho perdió esta obra con ser escrita en esta forma impersonal. Desde luego no tiene ese interés y encanto que despierta todo lo vivo y lo concreto, ese frescor que palpita en la Autobiografía, si bien muchas veces la M. Angeles se traiciona a sí misma y no puede menos de revelarse toda entera en sus pretendidas descripciones impersonales. De todos modos sí es cierto que reviste un carácter un tanto extraño por esta mezcla de detalles concretos que al punto delatan una historia particular y al mismo tiempo esa apariencia impersonal y abstracta. Por lo demás, es ésta, como decimos, la obra cumbre de la M. Angeles, escrita hacia el fin de su vida, cuando contemplaba todo su pasado y se daba cuenta y razón de muchas cosas que habían pasado por ella y que antes no había comprendido del todo; en este sentido esta obra hace ventaja a todos los otros escritos de la M. Angeles (si exceptuamos tal vez las cartas del último año de su vida, que son cronológicamente posteriores a esta obra y nos sirven para esclarecer aspectos de la vida mística de Sorazu no suficientemente recogidos en ella).

Obra densa de ideas y de contenido. En todas las obras de la M. Sorazu, pero más en ésta, se advierte el predominio de una inteligencia clara que busca la exposición exacta, justa y precisa de la idea. Tiene el defecto de la excesiva atomización, de la narración de demasiados estados y fases particulares que se van sucediendo sin cesar, meramente yuxtapuestos uno tras otro, lo cual hace a veces un tanto pesada y monótona la lectura. Pero a cambio de estos defectos (bien comprensibles en una persona sin formación literaria superior), nos ofrece esta obra las páginas más sublimes y maravillosas que puedan imaginarse: descripciones de los atributos divinos, de la Trinidad y de los más sublimes misterios, tal como el alma los ha gustado en sus altísimas experiencias místicas, descripciones que son sencillamente estupendas, magistrales. La impresión que produce en el alma la lectura de uno de estos capítulos es de pasmo, de estupefacción. Cosa más sublime no cabe esperar. Y la sorpresa sube de punto cuando al reanudar la lectura en sucesivos capítulos se van abriendo al lector nuevos horizontes y panoramas más dilatados y grandiosos todavía, nuevas y más inefables contemplaciones del mundo sobrenatural. En seguida se apercibe el lector (y se convence de ello cada vez más, a medida que avanza en su lectura) que este libro no es como los otros, como los libros que a diario afluyen al mercado literario; este es muy

de otra índole, encierra en sí un grande misterio, lleva la marca de lo excepcional y no tiene explicación posible si no se le considera como es, es decir, como fruto y resultado de una altísima y originalísima experiencia mística, de un contacto auténtico y verdaderamente extraordinario con el mundo de las realidades sobrenaturales.

El asunto de la obra es, como hemos dicho, describir sus propias «relaciones sobrenaturales», o sea, su vida mística. La M. Angeles concibe la obra en torno a tres textos del Evangelio, cuyo cumplimiento místico ha experimentado en determinados momentos o jalones de su itinerario. A esto alude el título: «La vida espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo». Esta triple manifestación es el galardón con que Dios recompensa en esta vida al alma sólidamente cristiana que ha procurado conformar su vida con Jesús (cfr. Apéndice Documental n.° 4). Los textos evangélicos son los tres siguientes: «Qui autem diligit me, diligetur a Patre meo · et ego diligam eum, et manifestabo ei meipsum» (5). Este es el primero. Y el segundo: «Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus» (6). Y el tercero: «In illo die vos cognoscetis quia ego sum in Patre meo, et vos in me, et ego in vobis» (7). El cumplimiento del primer texto tiene lugar a todo lo largo de la que llamaremos vía iluminativa. El segundo se cumple en el momento solemne en que Sor Angeles es elevada al matrimonio espiritual. El tercero se va cumpliendo progresivamente según avanza el alma en el estado de matrimonio espiritual. Esta es la concepción original que preside al Tratado. No nos detenemos ahora a hacer un resumen más detallado del mismo, por cuanto, como decimos, es la historia de su propia vida la que en él se contiene, y de ésta tenemos que ocuparnos largamente en todo nuestro estudio. Dicho se está que ésta es la obra que más nos ha servido y a la que constantemente habremos de acudir (juntamente con la Autobiografía en los períodos a que ésta alcanza).

Fué su quinto director espiritual el P. Alfonso Vega, O. P., quien le impuso el expreso mandato de escribir esta obra. En cuanto a su fecha de composición, sabemos que se escribió de mayo a noviembre de 1918, o sea, en poco más de seis meses,

(5) Jo 14, 21.
(6) Jo 14, 23
(7) Jo 14, 20.

a pesar de que se hallaba su autora muy enferma y el escribir le ocasionaba no pocas molestias. Constan estos detalles por las cartas inéditas de la autora al mismo P. Alfonso (cfr. Apéndice Documental n.° 5). De las mismas cartas se desprende que la composición del capítulo XV en adelante le llevó mucho más tiempo que el resto de la obra, pues en escribir los quince primeros capítulos invirtió poco más de un mes, al paso que los ocho restantes le llevaron cinco meses. Esto nada tiene de extraño, atendida la índole y extensión de estos últimos capítulos, que son los que describen el desarrollo de su vida mística a partir de su elevación al matrimonio. Ya hemos dicho que ésta es la parte verdaderamente nueva y original de la obra, pues en lo anterior no hace más que compendiar lo que había descrito en la Autobiografía.

Sigue a la obra un breve apéndice sobre «La acción del Director en las almas que caminan a la perfección» (páginas 366-398). Contiene observaciones acerca de la dirección espiritual, las distintas clases de almas, diversas vías por las que éstas caminan a la perfección, diversas especies de gracias místicas, el proceder que debe seguir el Director en la dirección de almas favorecidas con gracias místicas, etc., todo ello fruto de su experiencia personal.

En nuestro trabajo citaremos la presente obra por la palabra Tratado, indicando a continuación el capítulo en números romanos y la página.

2. VIDA DE LA R. M. ANGELES SORAZU, ABADESA DE LAS CONCEPCIONISTAS FRANCISCANAS DEL CONVENTO DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE VALLADOLID. — *Primera parte o Autobiografía: «Mi Historia»*.—Revisada y anotada por el R. P. Nazario Pérez, S. J. Tomo I. Valladolid. Imprenta Casa Social Católica, 1929. Vol. de 227 por 147 mm., 363 páginas.

Si el Tratado es la obra de la madurez y plenitud de sazón de la M. Sorazu, la Autobiografía, en cambio, le aventaja en frescor, espontaneidad y encanto insuperable. En esta obra se limita la M. Angeles a narrar su vida, los favores que ha recibido, sus períodos de prueba, etc., y hay en ella una sencillez, sinceridad y emoción humana que embelesa y conmueve profundamente. Como se comprenderá, nos sirve mucho más que el Tratado para conocer la psicología de su autora y para determinar las fechas de su vida y el modo concreto como se cumplieron muchas gracias místicas.

Compuso esta obra de 1911 a 1913 por mandato de su tercer director, el M. R. P. Mariano de Vega, O. F. M. Cap., mas hay que notar que la redacción actual es una refundición hecha por ella misma de la redacción primitiva, que era mucho más extensa. Puede verse en el P. Pobladura la enumeración de los capítulos y páginas que contenía la primitiva redacción, según testimonio del P. Mariano (8). En su forma actual o definitiva, consta de cinco libros. El quinto, que tan sólo consta de cuatro capítulos, es el único que falta por publicar. Como ya antes se ha dicho, la Autobiografía sólo alcanza hasta la fecha de su elevación al matrimonio espiritual, es decir, hasta el 10 de junio de 1911. Después que escribió el Tratado, en el que relata su vida mística a partir de esta fecha, ella misma puso a la Autobiografía el siguiente final: «Si alguno tiene interés en completar la presente relación, puede leer el Tratado que escribí sobre la vida espiritual, desde el capítulo XV hasta el fin, donde describí las diversas fases de mi vida íntima posteriores a la entrega de la Santísima Trinidad» (9).

Encierra este libro páginas bellísimas, descripciones preciosas de altísimos favores místicos y de períodos de prueba, que serán siempre verdaderas joyas de la literatura mística; pero adolece también del defecto de yuxtaponer los hechos uno tras otro, cuidando, eso sí, de describirlos con exactitud y precisión, pero a veces cansa y desorienta esta enumeración de tantos hechos particulares que quisiera uno ver reducidos a síntesis superior. Defecto al fin y al cabo muy propio de una inteligencia femenina que no ha tenido ninguna formación humana superior y que se contenta con dar testimonio de lo que ha visto y palpado con gran cuidado de la exactitud y precisión. El mismo defecto se ha hecho notar acerca de la inteligencia de Santa Teresa (10).

No podemos menos de suscribir en todas sus partes el elogio que de esta obra hace su editor, el P. Nazario:

"Por prevenido que pueda estar el lector contra las escritoras que relatan sus vidas, sus prevenciones caerán por tierra al leer estas paginas intimas, tan ingenuas. La fisonomia de la autora de "La Vida Espiritual" aparece aqui completa. La inspirada escritora mistica y la prudente Abadesa y reformadora nunca deja de ser la candorosa guipuzcoana que desde su familia, de costumbres patriarcales, se traslado a vivir entre las sencillas hijas del humilde San Francisco.

(8) Pobladura, o. c., pág. 99.
(9) Vida, libro V, conclusión.
(10) Hoornaert, Sainte Therese écrivain, pág. 162.

Hay en este libro, como en "La Vida Espiritual", tesoros de ciencia mística, que sólo podrán apreciar los sabios, y delicadezas de espíritu, que solo entenderán los perfectos; pero aquí, más que en otros escritos de la M. Angeles, hay luces para los ascetas y enseñanzas prácticas para los principiantes y aprovechados. Allí la escritora, sin dejar de ser mujer, parece más bien querubín; aquí, sin dejar de parecer querubín, parece más mujer, y por eso interesa más al común de los lectores.

Los literatos hallarán aquí bellezas literarias de primer orden, ya en las escenas líricas de la infancia, ya en las páginas de poesía mística, que recuerdan las canciones de San Juan de la Cruz, y hallarán por de pronto una biografía llena de verdad y sencillez, y un estudio autosicológico admirable.

Los directores de almas podrán también aprender en esta biografía importantes documentos para la dirección, que no hallarán fácilmente en los libros, y que raras veces aprenderán con la experiencia, porque son muy pocas las almas que saben, como ésta, analizar y describir sus diversos estados. Y pocas vidas se hallarán en que tan claro se vea, como en la de nuestra escritora, cuánto daño hace aun a las mejores almas la falta de dirección, o la dirección torcida, y cuánto provecho la dirección acertada. Las almas dirigidas aprenderán también con este ejemplo la necesidad de manifestarse fielmente a sus directores" (11).

Véase también el juicio del P. M. Viller, S. J.:

"Imposible leer sin emoción la vida extraordinaria de esta humilde mujer, que continúa la tradición de los mayores místicos de España... La narración emocionante de las gracias por ella recibidas desde su infancia, la exacta descripción de los diversos estados por que ella pasó, las divinas comunicaciones con que el Señor la favoreció, no menos que las cualidades externas del estilo, hacen de esta Autobiografía un libro incomparable, que ha obtenido en España un éxito clamoroso y que merece ser de todos conocido. Bien que por su misma naturaleza despertará en muchas almas un ardiente deseo de perfección, será todavía más útil a los directores espirituales y a cuantos quieran estudiar un caso interesante de la vida mística" (12).

En 1936 se publicó en francés una versión-adaptación de esta obra por el P. De Buck, S. J. Decimos adaptación, porque suprime algunas cosas por abreviar (13).

La Autobiografía la citaremos por la palabra Vida, indicando a continuación el correspondiente libro en números romanos, el capítulo en arábigos y por fin la página.

3. ITINERARIO MÍSTICO DE LA MADRE ANGELES SORAZU.— *Correspondencia epistolar con el P. Mariano de Vega, su director espiritual, editada y anotada por el P. Melchor de Pobladu-*

(11) Vida, prólogo, págs. 11-12.

(12) Rev. d'Ascétique et de Mystique, 1931, t. XII, págs. 235-6.

(13) Révérende Mère Angeles Sorazu, Conceptioniste. Paris. Desclée de Brouwer, 1936.

ra, O. F. M. Cap.—Primera parte: «La noche oscura del espíritu» (julio 1910-junio 1911). — Madrid. Administración de El Mensajero Seráfico. Plaza de Jesús, 2, 1942. — Vol. de 215 por 156 mm., 336 páginas.

Contiene este primer tomo, único que hasta la fecha se ha publicado, las 52 primeras cartas de un extenso epistolario que se compone de 231 cartas, que suman en total todas las que la M. Sorazu dirigió a su «Padre verdad» y principal director, el capuchino P. Mariano de Vega. El P. Mariano dirigió a la M. Sorazu de 1910 a 1913 y de 1920 a 1921. Como él residía durante el primer período en León y durante el segundo en Bilbao, la M. Angeles se veía obligada a dar cuenta de su conciencia por carta, y he aquí la feliz necesidad que hizo que hoy poseamos estos inapreciables documentos, que constituyen un elemento de valor sin igual para conocer a fondo su riquísima vida mística, como también la psicología peculiar y el lado, por así decir, humano de su alma.

Ciñéndonos aquí a las publicadas (en su lugar hablaremos también de las inéditas), hay que advertir que pertenecen al importante período de prueba o purificación que precedió a su elevación al matrimonio espiritual; y a la verdad, estas cartas ilustran y completan no poco la descripción de esta misma época que nos hace ella tanto en la Vida como en el Tratado. Son, además, documentos de un frescor, espontaneidad y sinceridad incomparables. Hay en ellas trozos y pasajes estupendos, de precio inestimable, en que ha logrado expresar con admirable facilidad y acierto los altísimos favores que recibía y describir aspectos interesantes de su vida íntima, todo con una naturalidad y sencillez que encanta.

Tanto las publicadas como las inéditas las citaremos con la palabra Cartas, de modo que siempre que nombremos las Cartas, sin más aditamento, nos referimos a las dirigidas al P. Mariano, indicando a continuación la fecha y la página, si es de las publicadas, y sólo la fecha, cuando es inédita.

4. Opúsculos Marianos de la R. M. Angeles Sorazu, Abadesa del Convento de la Purísima Concepción (Concepcionistas Franciscanas de Valladolid).—Revisados y anotados por el P. Nazario Pérez, S. J.—Imprenta Casa Social Católica, 1928.—Vol. de 191 por 128 mm., 272 páginas.

Como expresa su mismo título, en este libro se han publicado los principales escritos marianos de la sierva de Dios. Aquí

no vamos a hacer más que enumerarlos en el mismo orden en que vienen insertados en la edición. En el curso de nuestro trabajo tendremos ocasión de ocuparnos de casi todos ellos. Como ya dijimos más arriba, todos los escritos de la M. Sorazu son eco de sus propias experiencias místicas. Esto vale también de los presentes escritos marianos. De aquí que todos nos interesen para el estudio místico de su vida. Damos a continuación la lista: a) Cuadro de María Medianera, dibujado por la propia M. Sorazu (si bien manos más expertas en el arte lo perfeccionaron), con su correspondiente explicación (páginas 15-20). b) Fragmentos marianos de cartas de la M. Sorazu al P. Nazario Pérez (páginas 21-31). c) Opúsculo «A Jesús por María: La Virgen Santísima es la Casa de Dios» (páginas 33-61). d) Cuatro Meditaciones sobre el misterio de la Encarnación (páginas 65-98). e) Opúsculo «La Ovejita de María Inmaculada» (págs. 101-173). f) Tres «Mensajes de la Reina del Cielo» (páginas 177-209). g) Grabado (también retocado por mano ajena en lo que se refiere a su ejecución técnica) con su correspondiente explicación: representa los misterios de la Inmaculada Concepción de María, Encarnación del Verbo y difusión del Espíritu Santo, perpetuándose en la serie de los siglos a favor de las almas (páginas 211-220) (14). h) Comentario a los capítulos IV y VII de los Cantares, aplicados a la Virgen Santísima (páginas 220-272).

Entre todos estos escritos conviene destacar el opúsculo «La Ovejita de María», que bajo la forma alegórica de la divina Pastora que cuida de su oveja, describe la influencia de María en la santificación del alma y contiene no pocos rasgos autobiográficos. «Es la obra mariana más divulgada de la autora», dice el P. Pobladura (15). He aquí las ediciones que se han hecho de la misma, según el P. Nazario Pérez: «Publicóse primero sin grabados en «La Basílica Teresiana», con un prologuito del R. P. Juan G. Arintero, O. P. Reprodújose después en el «Mensajero de María, Reina de los Corazones». Dos ediciones aparte y con grabados se han hecho en Vitoria (Imp. del Monte Pío Diocesano). Se está traduciendo, según nuestras noticias, o acaso se ha traducido ya, al portugués, al francés y al inglés. Todo esto en menos de un decenio» (16). La afirmación que hace el P. Pobladura, tomándola de El Mensajero de María, de que tam-

(14) Este grabado en su forma original puede verse reproducido más adelante en nuestra obra.

(15) Pobladura, o. c., pág. 124.

(16) Op. Mar., prólogo, pág. 8.

bién ha sido traducida al vascuence, no debe de ser exacta ; al menos no hemos podido hallar vestigios de tal traducción (17).

Los escritos contenidos en esta edición los citaremos con las iniciales O. M. u Op. Mar.

5. EXPOSICIÓN DE VARIOS PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA POR LA R. M. ANGELES SORAZU, ABADESA DE LAS CONCEPCIONISTAS FRANCISCANAS DE VALLADOLID.—(Aparte de «*La Vida Sobrenatural*»). — Con las debidas licencias. — Editorial Fides (Apartado núm. 17). Salamanca, 1926.—Vol. de 171 por 119 milímetros, 136 páginas.

Contiene esta edición los principales escritos exegéticos de la M. Sorazu ; pero conviene no llamarse a engaño a propósito de la palabra «exegéticos». La exégesis de la M. Sorazu no es precisamente una exégesis crítica o científica. Acerca de estos escritos vale especialmente lo que tenemos dicho sobre el carácter general de los escritos de la M. Sorazu, a saber, que todos ellos se encaminan a relatar sus propias experiencias místicas, a describir los propios estados místicos que ella ve figurados y aun gráficamente representados en ciertos episodios bíblicos, de modo que el texto sagrado viene a ser como el cañamazo sobre el cual va bordando la descripción de su propia vida mística, tal como en ella se cumplió. Nos es posible precisar hasta el momento de su vida en que tuvieron lugar las principales contemplaciones y estados místicos a que se refieren estos comentarios bíblicos, por lo cual habremos de ocuparnos más en especial de ellos al estudiar la correspondiente etapa de su vida a que se refieren. Aquí no haremos más que enumerar los diversos escritos que la edición comprende : a) Comentario a la visión del profeta Isaías referida en Is. 6 (páginas 3-17). b) Consideraciones sobre los cinco primeros capítulos del Apocalipsis (págs. 18-72). c) Consideraciones sobre el versículo 1 y 2 del capítulo primero del Evangelio de San Juan (páginas 73-81). d) Consideraciones sobre el Salmo 92 (páginas 82-96). e) Consideraciones sobre tres pasajes del Cantar de los Cantares : Læva ejus sub capite meo... Ego dormio et cor meum vigilat... Quis mihi det te fratrem meum... (páginas 97-115) (18). f) Comentario al capítulo XII de los Cantares, que se publicó asimismo en Op. Mar (páginas 116-136).

(17) Pobladura, o. c , pág. 124; El Mensajero de María Reina de los Corazones, 1929, t. XVII, pág. 133.

(18) La exposición de estos tres pasajes se publicó anteriormente en La Vida Sobrenatural, 1925, t. X, págs. 361-371; 1926, t. XI, págs. 3-10; 1926, t. XII, págs 361-381.

Esta edición la citaremos por medio de las palabras «Exposición de varios pasajes», o simplemente «Exposición».

6. CINCO EPISODIOS DEL CANTAR DE LOS CANTARES EXPLICADOS GRÁFICA Y LITERARIAMENTE POR LA GRAN SIERVA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN M. R. M. MARÍA DE LOS ANGELES SORAZU Y AIZPURUA.—Vergara. Tip. El Stmo. Rosario, 1925. (Folleto de 18 páginas.)

Los episodios son éstos: Ego flos campi... Sicut lilium inter spinas... Sub umbra illius quem desideraveram sedi... Introduxit me in cellam vinariam... Læva ejus sub capite meo... Acompaña a estos episodios la representación gráfica de los mismos, dibujada por la propia M. Sorazu, aunque retocada y perfeccionada por otros en cuanto a la ejecución.

7. ACTO DE CONSAGRACIÓN A MARÍA INMACULADA.—*Entrega total de mi ser a Dios Padre, en unión del Verbo Divino Humanado y a este Divino Verbo en unión de su Purísima Madre.* Valladolid. Imprenta de la Casa Social Católica, 1925. (Folleto de 52 páginas.)

Comprende dos escritos diferentes, a saber: el acto de consagración a María y un precioso ejercicio por el que se asocia al Verbo Humanado y por éste al Padre en todos y cada uno de los misterios de la vida divino-humana de Jesús.

8. CARTA DE LA M. ANGELES SORAZU A UNA RELIGIOSA TENTADA CONTRA LA SANTA OBEDIENCIA.—Está publicada en «La Vida Sobrenatural», 1928. T. XVI, páginas 67-69. Lleva fecha de octubre 1919. Ignoramos quién fuese la religiosa destinataria.

Hasta aquí la enumeración de las obras publicadas.

B) ESCRITOS INEDITOS.

Los agruparemos por el lugar en que se conservan y en el que nosotros los hemos consultado.

1. CONVENTO DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN. — Calle de la Concepción. Valladolid.

Las religiosas del convento de la M. Sorazu muy amablemente nos prestaron un libro-cuaderno grande apaisado, que contiene diversos escritos de la Madre. En su mayoría están ya publicados. Son inéditos los siguentes: a) Una hermosa Dedicatoria.

que se encuentra en las páginas 46-47. b) Conceptos sobre el infinito Ser de Dios Uno y Trino (páginas 47-52). c) Conceptos sobre el misterio inefable de la Santísima Trinidad (páginas 53-62). d) Conceptos sobre los versículos 7 y 8 del Salmo segundo (páginas 70-78). Preciosos escritos que en su brevedad nos muestran una vez más la predilección de la M. Sorazu por los misterios más sublimes de nuestra Religión y la destreza pasmosa con que sabe tratarlos: la Trinidad, las obras de Dios ad extra, la Encarnación y su motivo, la predestinación y reprobación... la M. Angeles gusta de moverse en estas alturas, de otear la realidad desde las cumbres.

2. Escritos en poder del P. Nazario Pérez, S. J.—Residencia de la Compañía de Jesús, Ruiz Hernández, 12. Valladolid.

Este Padre, verdaderamente benemérito de la causa de la M. Sorazu, con sumo gusto puso a nuestra disposición cuantos escritos y materiales inéditos de la sierva de Dios conserva en su poder. Son éstos los siguientes:

a) El libro V de la Autobiografía.

b) Un libro manuscrito, que contiene oraciones, reflexiones y diversos ejercicios de piedad, que su autora llamaba «coloquios» y con este nombre lo designaremos nosotros. Entre estos coloquios figura el «Ejercicio santo de una buena cristiana y buena religiosa» (páginas 260-270) que tanta parte tuvo en su santificación, como se ve por su Vida (19), y una «Confesión general con Jesús Sacramentado» (páginas 150-156), de la que asimismo hallamos huellas en la Vida (20). Por lo demás, este libro tiene para nosotros suma importancia, pues es como un índice de su vida espiritual, más exactamente del aspecto ascético de la misma. En efecto, lo que resalta extraordinariamente en estos ejercicios es el laborío tenaz y perseverante, la lucha por alcanzar la vida interior y la perfección, las ansias constantes de purificación, etc.

c) Un Horario particular en que reglamenta la distribución de todas las horas del día, ejercicios de piedad, etc.

d) Páginas de un Diario: comprende tan sólo del 8 al 27 de mayo de 1918. La M. Angeles llevaba diario de su vida espiritual por mandato de su quinto director, el P. Alfonso. Este diario estaba destinado a ser la continuación de la Autobiografía

(19) Cfr. Vida, II, 4, pág 76.
(20) Cfr. Vida, III, 18, págs. 228-30.

y sobre él está basado el Tratado; mas después que cesó el P. Alfonso como director de la M. Sorazu, y en el lapso de tiempo en que ésta vivió sin director quemó dicho Diario. Las páginas que conserva el P. Nazario se salvaron porque anteriormente las había enviado ella misma a dicho Padre.

e) Cartas al P. Nazario Pérez. Son en total 18. La M. Angeles nunca conoció personalmente al P. Nazario. Unicamente leyó su obrita «Vida Mariana» y de aquí vino a cobrar afecto a este Padre «porque enseña a amar a la Virgen» (21). Sabido es que la M. Sorazu constituyó a este Padre depositario de todos sus escritos y ésta fué la ocasión de que entablara correspondencia con él, escribiéndole a Carrión de los Condes, donde a la sazón residía. Contienen estas cartas documentos preciosísimos de doctrina, sobre todo mariana, y noticias referentes a la vida mística de su autora. Fragmentos sueltos han sido publicados en Opúsculos Marianos y en el prólogo del Tratado y de la Vida.

f) Cartas al P. Alfonso Vega, O. P. Son 26 y pertenecen al tiempo en que se dirigía la M. Angeles con él (1917-1919). Quince de ellas se refieren a un episodio en extremo interesante que se desarrolló en el convento de PP. Dominicos de S. Pablo, de Valladolid, con ocasión de la terrible gripe que por aquellas fechas sembraba la muerte por toda España. El P. Antonino Saldaña, O. P., Prior a la sazón del convento, fué atacado por la enfermedad, y la M. Sorazu refiere a su Director la lucha a la que ella asistía cada vez que rogaba a Dios por el enfermo, a saber, la lucha entre los opuestos atributos de la Misericordia y Justicia divinas. La Justicia quería llevárselo y castigar de ese modo al mundo privándole de sacerdotes, la Misericordia pedía la salud del enfermo. Triunfó, por fin, la Misericordia arrebatándolo de una muerte segura. Sanó, en efecto, el P. Saldaña y se restableció enteramente, tanto que posteriormente ha estado largos años trabajando en América. Hoy se encuentra nuevamente en el convento de su Orden en Valladolid. Nosotros le visitamos y reconoce que, efectivamente, su curación en aquella ocasión fué algo providencial, pues se hallaba desahuciado y había padecido graves hemorragias.

g) Cartas al Excmo. Sr. Obispo Juvencio Hospital, O. S. A. Son en total once. Este Sr. Obispo agustino entró más tarde cartujo y es actualmente Prior de la Cartuja de Miraflores (Burgos). Nunca trató él personalmente a la M. Angeles. La ocasión

(21) Carta al P. Nazario, 23-10-1919, cfr. prólogo al Tratado, pág. 9.

de entablar correspondencia con ella fué de la siguiente manera, según nos lo ha referido él mismo: Con frecuencia sentía él deseos y anhelos de conocer a alguna alma verdaderamente santa y experimentaba cierto desencanto por no haber conocido ninguna en sus años de ministerio sacerdotal; mas tales pensamientos no los había exteriorizado nunca. En cierta ocasión, escribió una carta ordinaria o corriente a una prima suya, que es religiosa en el mismo convento de la M. Sorazu, donde ésta era a la sazón Abadesa. Al contestarle su prima, le escribió también la propia M. Sorazu una hermosísima carta, por la que se veía que ésta conocía los íntimos deseos y aspiraciones del destinatario. Esta fué la ocasión de iniciarse esta correspondencia. Estas cartas son de 1918-1919.

h) Una carta a la M. Presentación, actual Abadesa del convento y que entonces se hallaba en calidad de reformadora en el de Logroño; tres al P. Leonardo Cardeñoso y alguna más sin importancia.

3. TRES CARTAS AL M. R. P. ANDRÉS DE OCERIN-JÁUREGUI, O. F. M.—Las guarda el R. P. Enrique B. Gutiérrez, O. F. M., San Fermín de los Navarros, Eduardo Dato, 12, Madrid. Son de 1917 y 1918. En ellas habla principalmente de lo mucho que sufría su espíritu por no poder dirigirse y confesarse con Padres de la Orden, le da cuenta de su estado espiritual y le informa acerca de la purgación pasiva que sufren las almas marianas.

4. CARTAS INÉDITAS AL M. R. P. MARIANO DE VEGA, O. F. M. CAP.—Las guarda el M. R. P. Provincial de los Padres Capuchinos de Castilla. Convento de Padres Capuchinos. Plaza de Jesús, 2, Madrid.

Más arriba, a propósito del primer tomo de cartas publicadas, hicimos notar la excepcional importancia que tiene este extenso epistolario para el conocimiento de la riquísima y originalísima vida mística de su autora. Aquí nos toca decir algo de las inéditas, que son aún la mayor parte. Nosotros las consultamos junto con las que el P. Mariano le dirigía a ella, que también se conservan. Pertenecen a dos distintos períodos, a saber: al bienio 1911-1913 y al último año de su vida, 1920-1921.

Las del primer período coinciden con el tiempo inmediatamente posterior a su elevación al matrimonio espiritual y contie-

nen preciosas descripciones de los más sublimes favores místicos con todo el lujo de detalles concretos que se echan de menos en los lugares correspondientes del Tratado. Hay también en ellas no pocas noticias interesantes sobre estados y favores de los años anteriores, que relata a su Padre espiritual. Más interesantes aún, si cabe, son las del segundo período. Como posteriores al Tratado, vienen a ser como su natural continuación hasta la muerte de su autora. Nos revelan, además, aspectos de la vida mística de la M. Sorazu que en el Tratado no están suficientemente puestos de relieve.

Además, estas cartas nos dejan ver de un modo insuperable la psicología y modo de ser de Sor Angeles, su conciencia de niña ingenua, de hija pequeña y débil que necesita apoyarse constantemente y para todo en su Padre espiritual, que ha de consultarlo y aprenderlo todo de él; su modo de ser tímido, sus habituales aprensiones, escrúpulos y temores que le hacían huir de la dirección, etc. Quien haya leído primero los sublimes escritos de nuestra autora, en que se remonta hacia las inaccesibles alturas de Dios y de sus atributos, de la Trinidad, Encarnación, etcétera, no puede menos de verse sorprendido al conocerla íntimamente a través de estas cartas y hallarla tan tímida, asustadiza, tan trabajada por tentaciones y temores, con una conciencia tan profunda de su ser de pecado y perversidad moral... Se nos revela, además, con claridad meridiana a través de estas cartas el papel preponderante que representa la dirección espiritual en la vida de nuestra autora. En efecto, la importancia de la dirección en la vida de Sor Angeles fué tal que todas las gracias las recibía por medio de su Padre-verdad. Para Sor Angeles no había más vida que la que su Padre le daba, por especial disposición de Dios, que quiso sujetarla a semejante economía. La ocasión de que Dios se servía para comunicarle tales gracias solían ser las visitas personales de su Director y también las cartas que éste le dirigía, cartas que ella calificaba de divinas. Y lo son en efecto las cartas del P. Mariano, sólidas, sustanciosas, llenas de doctrina, a base siempre de la Escritura y del Dogma; con ellas proporcionaba alimento al espíritu de su hija y asunto para sus contemplaciones. Este magisterio del P. Mariano tiene tanta importancia en Sor Angeles que muchas veces resulta difícil distinguir lo que pertenece a él y lo que es experiencia sobrenatural directa de ella, pues Dios se complacía en concederle comunicaciones místicas sobre aquellas cosas que le había enseñado antes su Padre-verdad, como acontece por

ejemplo con muchos episodios del Apocalipsis y del Cantar de los Cantares.

Su dependencia de la dirección era tal, que a su Padre confía ella todas sus dudas, le consulta todo, aun en cosas temporales, pues quiere ser enseñada de él en todas las cosas, hasta en la ortografía. Ella necesita ver en su director un Padre-verdad que le enseñe todo, que se asemeje en esto a Jesús y María, que fueron sus verdaderos Padres y como tales la instruían en todo, aun en las cosas temporales, antes de que se confiara a ningún director humano. Por la vida veremos, en efecto, cómo Sor Angeles vivió durante largos años sin dirección humana, entregada literalmente a la dirección de Jesús y María, a quienes ingenuamente consultaba todo, dignándose ellos enseñarla ; más tarde, por mandato de ellos mismos, hubo de acudir a la dirección de los ministros de la Iglesia. Ya se comprende que ello hubo de costarle grandes sacrificios, dado su modo de ser tímido y que siempre había permanecido a cubierto de humanos ojos, oculta y desconocida para todos. Por eso, para que pudiera vencer la repugnancia que sentía a comunicarse con el Director humano, decía que necesitaba ver en éste a otro Jesús, que la tratase con el mismo cariño divino con que Este siempre la había tratado.

Por lo demás, no puede menos de admirarse el tino y acierto del P. Mariano en la dirección de esta alma. Supo adaptarse perfectamente a ella, y con suma prudencia la conservó a cubierto de miradas profanas y de la curiosidad que hubiera podido echarlo todo a perder. Sabía tratarla con el amor que necesitaba, mas también corregirla y reñirla cuando lo juzgaba preciso. En suma, supo ser lo que ella decía y necesitaba, su «Padre-verdad».

Aunque nosotros, para los fines de nuestro trabajo, hemos estudiado cuanto nos ha sido posible esta interesantísima correspondencia epistolar, tanto en sí misma como en relación con los demás escritos de nuestra autora, no se nos oculta que ella sola merece un estudio más detenido y a fondo. Hacemos votos para que la publicación (ya iniciada) de estas Cartas sea pronto una realidad.

ESCRITOS NO CONSULTADOS.—Enumera, además, el P. Pobladura algunos otros escritos que nosotros no hemos podido ver : unos apuntes sobre los atributos divinos, especie de meditaciones entresacadas en su mayor parte del libro del P. Nie-

remberg «La hermosura de Dios» (22), un Horario y ejercicio espiritual (23), algunas páginas del Diario, distintas de las que conserva el P. Nazario (24), un Ejercicio de la mañana al salir del coro y dedicarse al trabajo (25) y algunas cartas escritas a diversas personas (26).

No hemos sido más afortunados respecto de las cartas familiares de la M. Sorazu. Su sobrina, Concepción Olascoaga Sorazu, residente en Tolosa (Guipúzcoa), hija de una hermana de la M. Angeles (María, la hermana más joven), nos aseguró que en su casa se conservaba un buen montón de cartas de la tía, pero que después que murió su madre y siendo ella aún muy niña, vinieron a pedírselas de parte del párroco de Zumaya, ignorando actualmente su paradero. Asimismo, sabemos que la M. Sorazu mantenía correspondencia con Encarnación Zubía, que vivía en Zumaya (Guipúzcoa) y era hija de una tía suya.

A pesar de las diligencias que hemos hecho para dar con estas cartas, no lo hemos conseguido.

Lo sentimos, pues sabido es el valor que tiene la correspondencia epistolar, y máxime la familiar, para descubrirnos aspectos altamente simpáticos y humanos de las almas santas, como son los lazos que los unen a su familia, pueblo, etc.

Ignoramos si también el hermano de Sor Angeles, Fray Pedro Regalado Sorazu, religioso franciscano, fallecido el día 18 de diciembre de 1948 en el convento de San Salvador, de Jerusalén, a la edad de setenta y siete años (27), guardaba algunas notas de su hermana. Nosotros intentamos ponernos en comunicación con él, sin resultado alguno positivo.

Finalmente, nada decimos en esta reseña de los escritos que ella misma destruyó o hizo perecer, por cuanto no nos pueden servir para nuestro estudio.

II. TESTIMONIOS ACERCA DE LA M. SORAZU.

Entre las personas que conocieron a Sor Angeles antes de que fuera religiosa, viven aún, por lo menos, dos en Tolosa (Guipúzcoa). Una se llama Encarnación Vidal y reside en la

(22) Pobladura, o. c., pág. 117.
(23) » » » 103.
(24) » » » 102-3.
(25) » » » 104.
(26) » » » 119.
(27) Véase *Acta Ordinis Minorum*, marzo-abril 1949, pág. 96.

calle Antonio Elósegui, 11, 2.°. Esta fué compañera íntima de nuestra protagonista en los últimos años que pasó en Tolosa antes de marchar religiosa, o sea, después de la conversión, cuando llevaba ya una vida toda entregada a Dios y a la piedad. Al marcharse al claustro, Sor Angeles dejó a esta amiga como recuerdo varios de los libros espirituales que ella solía manejar y alguno de los cuales nombra en la Autobiografía.

Dicha amiga los conserva todavía y nosotros los hemos insertado en la Bibliografía general de nuestro trabajo. Ella, por su parte, dió a Sor Angeles como recuerdo una pequeña efigie del Corazón de Jesús, de la que también nos habla en la Autobiografía: «Cuando vine traje una pequeña efigie del Corazón de Jesús, recuerdo de una amiga», dice en la página 53. Pues bien, esta amiga es nuestra Encarnación Vidal. Como se ve, se trata de un testigo de la mayor excepción. Ella nos ha hecho una relación escrita de las cosas que recuerda de su amiga, relación que más de una vez utilizaremos en el cuerpo de nuestro trabajo.

La otra persona se llama María Otegui Tejería, que vive en Plaza de Idiáquez, 13, 4.°. Esta trabajó en la fábrica de boinas de don Antonio Elósegui, juntamente con Sor Angeles. También conserva algunos recuerdos que ella le dejó al irse religiosa. Nos comunicó oralmente algunas noticias acerca del modo de ser de su antigua compañera.

Otra amiga seglar de Sor Angeles entró religiosa en las Concepcionistas Agustinas, y hace aún pocos años vivía en el convento que tiene la Orden en Toledo. Su nombre de religión es Sor María Angeles de Santa Mónica. Hemos visto algunas cartas suyas escritas a las Concepcionistas Franciscanas de Valladolid acerca de la que fué su amiga en el siglo.

Tanto los señores sacerdotes que la trataron en Tolosa como en especial los cinco directores espirituales que sucesivamente dirigieron su conciencia en el claustro, han pasado ya a mejor vida. Hemos consultado las Notas que el principal de dichos directores, el P. Mariano, escribió para ilustrar la Autobiografía y que sólo parcialmente se han publicado en las notas de ésta.

Algunas particularidades y noticias hemos escuchado de labios del P. Tomás Soloeta, O. F. M., quien conoció a la Madre Angeles por los años de 1914, e incluso se carteó con ella, si bien ya no conserva ninguna carta suya. Reside en el convento de Padres Franciscanos de San Sebastián.

Igualmente hemos consultado los testimonios que individualmente escribieron las religiosas de su convento, que tan de cerca y durante tantos años la conocieron y trataron, primero como simple religiosa y más tarde como Superiora. Entre estas religiosas que conocieron a la M. Angeles viven aún bastantes, como son la M. Natividad de la Puebla, que fué curada por su intercesión de una erisipela crónica, la actual Abadesa M. Presentación Abad, la M. Vicaria, etc. La M. Presentación Abad es entre todas testigo de la mayor excepción, pues la trató más íntimamente y era como su secretaria en los trabajos del cargo de superiora. Ella la asistió en sus últimos momentos y a ella oiremos relatar los episodios y circunstancias del trance supremo (27 bis).

ARTÍCULO II

Bibliografía acerca de la M. Sorazu

I. EN ESPAÑA.

A raíz de la muerte de la sierva de Dios y sobre todo con ocasión de la publicación de sus obras, se escribieron muchas recensiones y pequeños artículos en las revistas piadosas y en los periódicos. En la revista «Estudios Eclesiásticos», el P. Camilo Abad, S. J., publicó una recensión del Tratado, de la que más arriba hemos hecho mención.

El P. Nazario Pérez, S. J., publicó en 1923 un folleto con los más principales datos biográficos, titulado «La Sierva de Dios R. M. Sor Angeles Sorazu». Salamanca (16 páginas).

El 11 de mayo de 1928 pronunció don José Artero una conferencia en la Universidad de Salamanca sobre el tema: «El último teórico y el último práctico de la mística española». El teórico es don Pedro Sainz Rodríguez, autor de la «Introduc-

(27 bis) A las fuentes arriba mencionadas debemos agregar las noticias manuscritas que nos ha dejado el P. Mariano Martínez, O. F. M., y que figuran en las memorias o escritos de dicho Padre, de los que se conservan tres volúmenes en el archivo de PP. Franciscanos de Avila. El P. Mariano Martínez fué capellán de las Clarisas de Medina del Campo durante veintiocho años y desde allí fué llamado varias veces a confesar a las religiosas del convento de M. Sorazu, motivo por el que conoció a ésta. Murió en 1931. Poseemos la transcripción de los lugares en que el citado Padre se ocupa de la M. Angeles, gracias a la solicitud de nuestro hermano de hábito y compañero P. Javier Eizaguirre, a quien expresamos por ello nuestro agradecimiento. El P. Martínez en dichos escritos se limita a consignar sus recuerdos e impresiones personales sobre la M. Sorazu. Asimismo nos ha conservado dos cartas de la M. Angeles dirigidas a él.

ducción a la Historia de la Literatura mística española». El práctico es nuestra M. Sorazu, cuyo Tratado analiza, ponderando su ciencia teológica, bellezas literarias, etc. Conocemos dicha conferencia a través de las reseñas que publicó la prensa salmantina de aquella fecha.

El presbítero Mons. D. Wenceslao Mayora, actual arcipreste de Tolosa y anteriormente párroco del pueblo natal de Sor Angeles y fervoroso entusiasta y protector de la causa de la M. Sorazu, es autor de numerosos artículos en la Prensa diaria de San Sebastián por los años de 1936. Igualmente, el presbítero zumayano D. Juan M.ª Beobide, actualmente capellán de las carmelitas de Zarauz (Guipúzcoa), escribió por los años de 1926 varios artículos en vascuence en el semanario vasco «Argia», que en aquellos años salía en San Sebastián; en dichos artículos expone el autor algunos aspectos del alma de Sor Angeles, tal como se deduce de las cartas que ella escribía a la antes citada Encarnación Zubía. En la revista «Aránzazu», que publican los PP. Franciscanos del Santuario de este nombre, por los años de 1940 a 1942 escribió el P. Enrique Gutiérrez varios artículos de divulgación popular.

El mismo presbítero antes citado, D. Wenceslao Mayora, presentó un trabajo acerca de la M. Sorazu en el certamen literario de la I Asamblea Mariana Diocesana que se celebró en Oñate (Guipúzcoa) en junio de 1936. No hemos logrado ver dicho trabajo, a pesar de haber hecho las oportunas diligencias para ello. Uno de los acuerdos de esta Asamblea fué: «*La mayor difusión de la vida de la M. Angeles Sorazu y Aizpurua, insigne por sus virtudes y escritos marianos, haciendo votos para que en breve se incoe la causa de su Beatificación*» (28).

También hemos consultado en su original inédito la segunda parte de la Vida de la M. Sorazu o continuación a la parte autobiográfica, que tiene ya en gran parte compuesta y preparada el P. Nazario Pérez, S. J.

El mismo P. Nazario Pérez tuvo en el Congreso Mariano Hispano-Americano de Sevilla, mayo 1929, una memoria titulada «Lugar preferente que ocupa la Santísima Virgen en la Ascética y Mística cristiana» (29). En dicho trabajo, a la par que de otros autores, se ocupa con bastante frecuencia de nuestra M. Sorazu. Del mismo modo, el P. Julio Aramendía, C. M. F.,

(28) No habiéndose publicado Crónica Oficial de dicha Asamblea por causa de la guerra civil, tomamos la noticia de la prensa diaria de aquella fecha.

(29) Crónica Oficial, págs. 762-779.

en sus «Breves estudios sobre Mística Mariana» (que han quedado reseñados en la bibliografía general), cita con mucha frecuencia a la M. Angeles.

Del mismo modo, el P. Bernardo Aperribay, O. F. M., en su precioso trabajo sobre el influjo trinitario en la experiencia mística (30), y el P. Ignacio Omaechevarría, O. F. M., en su estudio comparativo sobre las diversas escalas místicas (31), citan con mucha frecuencia a nuestra M. Sorazu. Aducimos estos ejemplos únicamente para que se vea que la importancia de la M. Sorazu no es desconocida entre los teólogos y estudiosos de la Mística.

Pero la única obra de alguna extensión que hasta la fecha ha aparecido sobre ella es la del Padre Melchor de Pobladura, O. F. M. Cap., titulada «Una flor siempreviva: Sor María de los Angeles Sorazu, Concepcionista Franciscana, a la luz de su correspondencia epistolar». Divide su libro en cuatro partes: I) La correspondencia epistolar. II) La dirección espiritual. III) Sor María de los Angeles, escritora mística. IV) Semblanza de Sor María de los Angeles.

En la primera parte se ocupa de las correspondencia epistolar entre la M. Sorazu y el P. Mariano. En la segunda enumera los distintos directores que ella tuvo, las fechas en que cada uno la dirigió y la parte que tuvieron en su santificación. En la tercera enumera la producción literaria de la sierva de Dios. En la cuarta traza a grandes rasgos el retrato físico y psicológico de Sor Angeles y las características de su espiritualidad, valiéndose de textos espigados en su correspondencia. Es una obrita críticamente muy bien hecha, que nos proporciona diversas noticias y datos de interés, pero no aborda el estudio místico de nuestra autora.

II. EN EL EXTRANJERO.

En su lugar mencionamos las traducciones que se han hecho del opúsculo «La Ovejita de María» y de la Autobiografía. Añadamos aquí que las Concepcionistas de Nivelles (Bélgica) han traducido al francés algunos escritos: ignoramos cuáles. En Holanda ha dado a conocer a la M. Angeles el P. Van der Sceer, S. J. En Alemania ha trabajado sobre sus escritos el P. Humberto

(30) *Influjo causal de las divinas personas en la experiencia mística,* en Verdad y Vida, vol. VII (1949) págs. 75-97.

(31) *El trono de Salomon: Los seis grados del amor de Dios,* Verdad y Vida, vol. V (1947), págs. 99-148.

Beckers, S. J. En el Brasil han escrito algún artículo los Padres Redentoristas de Bello-Horizonte. Cuando apareció la Autobiografía, el P. Marcel Viller, S. J., publicó su reseña en la Revue d'Ascetique et de Mystique (32).

Como se ve por la brevísima enumeración que antecede, no existe hasta la fecha ningún estudio sistemático y de conjunto sobre la vida mística de la M. Sorazu.

ARTÍCULO III

Objeto y división del presente estudio

I. OBJETO.

«Estudio místico de la vida de la M. Sorazu» : he aquí el objeto propio y preciso que nos hemos propuesto estudiar en el presente trabajo. Por lo mismo parece lógico que empecemos por delimitar el dominio que nos proponemos explorar, es decir, que empecemos puntualizando qué es lo que entendemos o tomamos por místico. No disimulamos —diremos con Fonck— que semejante labor de acotamiento supone una noción preconcebida de lo místico, mas no podemos proceder de otra manera. Nosotros podemos repetir de la mística lo que se ha dicho de la histeria, lo que se podría repetir de la religión : «Si se plantea como principio que se debe definir la histeria según los síntomas que habitualmente se dan entre los histéricos, todavía nos falta por saber qué es histérico. Mas por otra parte, ¿cómo saber qué es histérico sin haber orientado la investigación según un tipo adquirido y abstracto de histeria, al cual se compara el caso concreto que se estudia? Como se ve, este círculo vicioso no puede ser roto más que por la definición convencional de un punto de partida» (33).

No ignoramos las diversas y encontradas opiniones que acerca de este punto fundamental existen entre los autores y tratadistas de la Mística. Precisamente todas las divergencias y discusiones que actualmente se agitan en el campo de los estudios místicos vienen a reducirse a la noción misma de lo místico.

(32) T. XII (1931), págs. 235-36.
(33) Fonck, art. Mystique del Dict. Theol-Cath., t. X, col. 2.599.

Como dice D. Baldomero Jiménez: «Aquí el problema central, iba a decir único, es el de entendernos sobre el contenido mismo del problema, sobre el objeto alrededor del cual gira todo él. ¿Qué es la mística? ¿En qué consiste, por lo tanto, el problema místico?... Digo que es el único problema, porque en realidad todas las cuestiones suscitadas en su torno dependen por completo de la definición que se haga de aquél» (34).

Nosotros no vamos a entrar en discusión con ninguna de las diversas tendencias o direcciones que en este campo se agitan, mas ya se comprende que necesitamos adoptar una posición, escoger desde el principio aquella noción de lo místico que nos parece más aceptable y mantenernos fieles y lógicos con ella durante todo el curso de nuestro trabajo. Es lo que vamos a hacer brevemente en las líneas siguientes.

Por «místico» entenderemos nosotros lo que Santa Teresa en su terminología suele llamar «sobrenatural». Al entrar a describir las cuartas Moradas u oración de quietud, nos advierte la Santa: «comienzan a ser cosas sobrenaturales» (35). Lo mismo tenemos en la Vida: «toca ya aquí cosa sobrenatural» (36), «estas cosas que ya comienzan a ser sobrenaturales» (37). O sea, a los ojos de la insigne Doctora existe un momento dado en que hace su aparición este elemento nuevo que ella denomina así, sobrenatural; elemento que se hallaba ausente de los estados y modos de oración anteriormente descritos. Mas ¿qué es lo que ella entendía por esta palabra «sobrenatural»? Nos lo dice en su primera relación al P. Rodrigo Alvarez: «La primera oración que sentí, a mi parecer, sobrenatural, *que llamo yo lo que con industria ni diligencia no se puede adquirir aunque mucho se procure,* aunque disponerse para ello sí y debe de hacer mucho al caso, es un recogimiento interior que se siente en el alma, que parece ella tiene allá otros sentidos» (38). Y para que más claramente aún se vea cuán neta y distintamente establece ella la línea divisoria o la diferencia entre lo que es sobrenatural (entiéndase místico) y lo que no lo es, véase este otro pasaje del «Camino de Perfección», en que hablando de la oración afectiva a sus monjas dice: «...entended que esto no es cosa sobrenatural, sino que está en nuestro querer y que podemos nosotros

(34) Revista Española de Teología, «Acerca de la Mística», vol. VII (1947), pág. 222.
(35) Cuartas Moradas, cap. I, n. 1, pág. 518.
(36) Vida, XIV, 2, pág. 111.
(37) Id. ibid., n. 8, pág. 114.
(38) Relación citada, n. 3, pág. 953.

hacerlo, con el favor de Dios, que sin éste no se puede nada, ni podemos de nosotros tener un buen pensamiento» (39).

Siguiendo, pues, la noción que en los precedentes textos queda apuntada, diremos con el P. Hernández que son místicos los estados y modos de oración «en que la gracia saca nuestras potencias de sus leyes sicológicas naturales» (40). De acuerdo con esta misma noción, Poulain define así lo místico: «Se llaman místicos los actos o estados sobrenaturales que nuestros esfuerzos, nuestra industria no pueden llegar a producir, ni aun siquiera débilmente o por un instante» (41). Este mismo concepto de lo místico supone el P. Eduardo de Santa Teresa al decir que todas las gracias místicas son entitativamente milagrosas, en cuanto implican, en su realización psíquica, una excepción a las leyes naturales del psiquismo (42). Dicho se está con esto que en este sentido estricto y riguroso tomaremos la palabra «místico» constantemente en nuestro trabajo.

Aunque el tema de nuestro trabajo es estudiar lo místico, tal como aparece en la vida de la M. Sorazu, mas ya se comprende que forzosamente nos habremos de ocupar de muchos otros hechos y aspectos de su vida que están relacionados o ayudan para la mejor comprensión de nuestro objeto de estudio: en general, todo lo que se refiere a su vida espiritual, hechos de su vida externa, etc. Todo en cuanto conduce a un mayor esclarecimiento de su vida mística.

II. DIVISION GENERAL DEL PRESENTE TRABAJO.

La M. Sorazu no nos ha dejado ninguna clasificación propiamente dicha de sus estados místicos. Ella se limita a referirnos uno tras otro, en orden cronológico, los fenómenos, hechos particulares y fases por ella experimentados. Mas resulta que la enumeración de tantos hechos particulares, meramente yuxtapuestos, impide la visión de conjunto, confunde y desorienta al lector. Se cumple también aquí el dicho paradójico de que «los árboles no dejan ver el bosque». Se impone, por lo tanto, la necesidad de una clasificación objetiva, fundada en el estudio y observación atenta de los mismos hechos por ella referidos; y para poder llegar a establecerla, no hay otro camino que adentrarse por en-

(39) Cap. XXIX, 4; pág. 437.
(40) Guiones; pág. 115.
(41) Des graces d'oraison, cap. I, n. 1, pág. 1.
(42) Las heridas de amor en las obras y en la doctrina de S. Juan de la Cruz, pág. 186.

tre los complicados meandros y recovecos de tantos estados particulares, compararlos y distinguirlos entre sí, y únicamente de ese modo podremos llegar a establecer una buena clasificación, que permita al lector formarse una idea de conjunto y a nosotros nos facilite la exposición ordenada y sistemática de su vida mística.

Aunque, como acabamos de decir, la M. Sorazu no establece ninguna clasificación propiamente dicha de su itinerario místico, con todo creemos que hay un lugar en su obra principal, el Tratado, en el que ella misma dibuja y esboza una clasificación que, por otra parte, por el estudio objetivo de su vida, vemos que responde realmente a las grandes partes que claramente se distinguen en ella y que por lo mismo es la que nosotros hemos adoptado en nuestro trabajo.

Inmediatamente después que la escritora nos ha descrito su elevación al supremo grado místico o matrimonio espiritual, antes de proseguir la relación de las vicisitudes y fases posteriores a dicha elevación, se complace en detenerse un momento para trazar a grandes rasgos el resumen del camino recorrido y mostrar el «nexus», la continuidad, el hilo conductor que une entre sí las distintas etapas de su vida, las que ya han desfilado ante los ojos del lector y las que aún quedan por venir. Pues bien, en esta visión sintética, en este esquema sencillísimo que ella misma nos ofrece de su vida mística, se hallan esbozadas con suficiente claridad las tres grandes partes en que nosotros dividiremos el estudio de esta misma vida.

Puede verse el pasaje íntegro en el Apéndice Documental número 6. Aquí nos limitaremos a exponer su idea y a mostrar cómo se contiene en él la clasificación que hemos adoptado. La M. Sorazu aduce en el citado lugar la parábola del Buen Pastor para ver figurados en sus diversos episodios los varios momentos de su itinerario místico. Véase la original aplicación que hace de dicha parábola: «Cuando ha sacado fuera sus ovejas...» (43). He aquí indicada la primera etapa, sacar fuera sus ovejas, o sea, fuera del mundo y de sí mismas mediante la muerte mística que produce la purgación pasiva (44). O sea, lo primero que hace Jesús con el alma que destina a la divina unión, es someterla a las purificaciones pasivas.

---

(43) Jo 10, 4.

(44) Sobre que la muerte mística sea el efecto propio y directo que produce en el alma la purgación pasiva, cfr. Vida, II, 3, pág. 72.

Mas lo que con estas purificaciones intenta Jesús es adaptarla o capacitarla para el estadio siguiente: saca fuera sus ovejas «para que, abstraídas de las criaturas y de sí propias, le sigan». En efecto, una vez sacadas fuera sus ovejas, «va delante de ellas y ellas le siguen» (45). Aquí tenemos indicada la segunda etapa: su característica es acompañar y seguir a Jesús por la meditación de sus misterios y asimilación de sus virtudes.

Después que el alma ha seguido a Jesús en los misterios de su vida divino-humana durante un período más o menos largo y se ha asimilado sus virtudes, Jesús se constituye para sus ovejas en puerta de la Divinidad: «Yo soy la puerta de las ovejas, quien por Mí entrare hallará pastos» (46). Jesús eleva al alma a la divina unión, la introduce en la contemplación perfecta de la Divinidad: es el tercer estadio, el matrimonio espiritual.

Tenemos, pues, en este breve resumen hecho por ella misma, indicadas las tres etapas características de su itinerario místico: primera, purgación pasiva; segunda, carreras en pos de Jesús por la contemplación mística de sus misterios e imitación de sus virtudes; tercera, ascensiones místicas en la contemplación de la Divinidad a partir de su elevación al matrimonio.

Ahora bien, un estudio atento del mismo Tratado nos permitirá reconocer en él estas tres partes, períodos o épocas cronológicas en que aparece dividida la vida de la M. Sorazu. Por de pronto, la que primero se destaca con perfiles inconfundibles es la tercera, que se inicia en el capítulo XV de la obra y se extiende hasta el fin: contiene la descripción del desarrollo de su vida mística a partir del matrimonio espiritual. Así, pues, en cualquiera de las clasificaciones que hubiéramos de hacer, a no dudar esta etapa habría de constituir uno de los grandes miembros de nuestra división. Tenemos, pues, ya un número de nuestra clasificación, el tercero. En el precedente pasaje del Buen Pastor está este estadio simbolizado bajo la idea de que Jesús se constituye para su oveja en puerta por la que ésta entra en la Divinidad y halla pastos. En la vida de Sorazu comprende este estadio los diez últimos años de su historia, o sea, de los treinta y ocho a los cuarenta y ocho de edad, y corresponde a los años 1911-1921.

Otra etapa, que aparece en la obra con caracteres mucho más desdibujados y oscuros por la multitud de estados varios

(45) Jo 10, 4.
(46) Jo 10, 9.

que comprende, no tan susceptibles a primera vista de ser agrupados bajo un común denominador, es la que se extiende desde el capítulo VIII hasta el citado capítulo XV. Veremos que lo que caracteriza a esta época es el acompañar a Jesús en los misterios de su vida humano-divina, gustando de los mismos con noticia sustancial o experimental. Este estadio es el que en la parábola del Buen Pastor venía significado por las palabras: El va delante de ellas y ellas le siguen, es decir, le acompañan por la contemplación de sus misterios. Este período abarca en la vida de la M. Sorazu dieciséis años, o sea, de 1895 a 1911, de los veintidós a los treinta y ocho de edad.

Finalmente, el otro miembro de nuestra división está constituído por el conjunto de estados que tuvieron lugar desde su conversión, o mejor desde su nacimiento, hasta el citado año 1895 y que se encuentran referidos en los primeros capítulos de la obra y en la Vida. Entre estos estados descuella como el más sobresaliente, característico o representativo de todos el de la purgación pasiva, que ella llama «el purgatorio de la vida espiritual». Esta parte está figurada en la citada parábola del Buen Pastor por la acción de sacar fuera las ovejas, «fuera del comercio innecesario del mundo y de sí mismas mediante la muerte mística». Comprende esta primera etapa desde 1873 hasta 1895, o sea, hasta los veintidós años de edad.

Si ahora quisiéramos rotular cada una de estas tres etapas, darles una designación que responda a su carácter, nosotros no hallamos nombre más apropiado y que más felizmente les cuadre que el de las tres vías tradicionales: Purgativa, Iluminativa, Unitiva. En efecto, esta designación responde admirablemente al carácter predominante de cada una. El Seráfico Doctor San Buenaventura, al definir dichas tres vías, nos describe así el elemento que caracteriza a cada una: La vía purgativa —dice— consiste «in expulsione peccati»; la iluminativa, «in imitatione Christi»; la unitiva, «in susceptione sponsi» (47). ¿Quién no ve que estas caracterizaciones parecen hechas para las tres etapas que nosotros hemos distinguido en la vida de la M. Sorazu y que recogen perfectamente el elemento característico o específico que sobresale en cada una? No es que pretendamos probar nuestra división por el texto del Seráfico Doctor, nada de eso: la división queda justificada por el estudio objetivo de la vida

(47) De triplici via, cap. 3, Præambulum; cfr. Obras de San Buenaventura, ed. B. A. C., t. IV, pág. 142.

misma de Sorazu. Además, bien sabemos que el Santo no habla de etapas cronológicas, sino de los tres elementos que se han de desarrollar conjunta y simultáneamente en la vida espiritual, a fin de conseguir el triple bien de los bienaventurados, a saber: la paz, la verdad, la caridad. Además, en Sorazu, los tres estadios dichos son rigurosamente místicos, pasivos o infusos, mientras que el Seráfico doctor describe principalmente el aspecto activo o ascético, es decir, la actividad del alma, que mediante el ejercicio de sus facultades en el triple acto jerárquico consigue el triple bien de la purificación, iluminación y unión (48).

También se ha de tener en cuenta en nuestra clasificación que no se trata de períodos cerrados con un único carácter exclusivo, sino que los designamos por el carácter dominante o más sobresaliente. Así veremos que la vía purgativa tuvo por coronamiento una preciosa fase de tipo unitivo, y que después, a lo largo de las otras vías vuelven a reproducirse nuevas fases de carácter purgativo. Entiéndase, pues, esta clasificación con cierta amplitud y elasticidad. La vida no se presta a acotaciones rigurosas y matemáticas y sus clasificaciones no han de tomarse de modo absoluto o demasiado simplista.

Como se ve, hacemos nuestra clasificación atendiendo tan sólo a la misma M. Sorazu y no a las clasificaciones y esquemas generalmente establecidos y admitidos en los tratados de Mística. Es que a un autor hay que estudiarle en función de sí mismo si se quiere comprenderle y exponerle con rectitud y objetividad, sin empeñarse demasiado en aplicarle moldes y esquemas que han sido concebidos sobre experiencias ajenas y que, por tanto, sólo malamente podrían convenirle. Mas al mismo tiempo cuidaremos también de dar la equivalencia de los estados místicos de la M. Sorazu con los conocidos y consagrados en los Tratados de Mística, pues sólo esta labor comparativa permitirá a nuestros lectores formarse una idea justa y exacta de la correspondencia del itinerario místico de la M. Sorazu con el que ellos conocen.

Concretando ya: nuestro trabajo consta de cuatro partes: Primera, Vía Purgativa: comprende desde su nacimiento hasta los veintidós años de edad (1873-1895). Segunda, Vía Iluminativa (1895-1911), de los veintidós a los treinta y ocho años. Tercera, Vía Unitiva (1911-1921), es decir, hasta la fecha de su

(48) No queremos decir con esto que de las fórmulas del Seráfico Doctor se hallen ausentes los estados pasivos El carácter pasivo o infuso, sin indicarlo él, al menos explícitamente, se adivina frecuentemente en ciertas descripciones que solo convienen o convienen mejor a determinados estados místicos que sin duda retratan.

muerte, a los cuarenta y ocho años de edad. Como complemento al estudio de la vida, sigue una cuarta parte, en la que presentamos una síntesis de la doctrina espiritual de la M. Sorazu y hacemos un breve estudio comparativo entre ella y Santa Teresa.

A fin de no embarazar excesivamente la redacción del texto, casi toda la documentación la hemos remitido a un Apéndice Documental, donde se la hallará ordenada y numerada. Cuando en el cuerpo del trabajo citemos alguno de estos textos o documentos, lo haremos indicando el número que dicho documento lleva en el Apéndice Documental, y aun, si fuere preciso, la letra, que indica una subdivisión del texto comprendido bajo dicho número.

FECHAS PRINCIPALES DE LA VIDA DE LA M. ANGELES SORAZU

(Via purgativa)

22 febrero 1873: Nace en Zumaya (Guipúzcoa).
1879: Pasa a vivir con su familia a San Sebastián.
1883: Idem idem idem a Tolosa (Guipúzcoa).
1888: Empieza a llevar una vida un tanto frivola.
3 julio 1889: Conversión.
25 agosto 1891: Ingresa religiosa en Valladolid.
15 agosto 1893: Segunda conversión. Entra en el purgatorio de la vida espiritual.
25 septiembre 1894: La entrega de Dios. A los tres meses desciende del estado de unión y empieza una larga época dedicada a la contemplación de los misterios de Cristo.

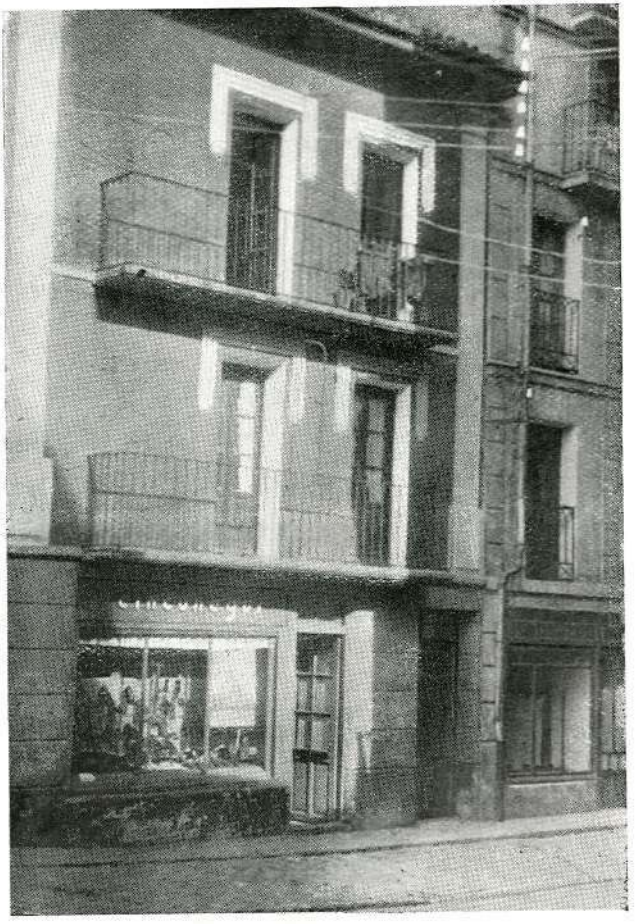
(Via iluminativa)

11 septiembre 1895: Se traslada con su Comunidad al convento de Jesús-María, también en Valladolid.
22 junio 1898: Retorna a su antiguo convento.
10 diciembre 1903: Dios se le muestra enojado y disgustado por sus dilaciones en tomar director.
Enero 1904: Empieza a dirigirse con el P. Andrés Ocerin-Jáuregui.
21 febrero 1904: Es elegida Abadesa, cargo que desempeñará sin interrupción hasta su muerte.
23 junio 1905: Se confía a la dirección del Sr. Deán.
Junio 1907: Se inicia un largo periodo purificativo de cuatro años.
Julio 1910: Empieza a dirigirse con el P. Mariano de Vega.

(Via unitiva)

10 junio 1911: Tiene lugar la solemne entrega de la Santísima Trinidad o elevación al matrimonio espiritual.
Octubre 1913: Cesa el P. Mariano en la dirección.
Julio 1915: Se inicia el periodo llamado de la contemplación mixta. Sor Angeles se confía a la dirección del P. Narciso.
Octubre 1917: Comienza a dirigirse con el P. Alfonso Vega.
Nochebuena 1917: Tiene lugar la manifestación de la vida de Jesús en su alma, cumbre suprema de la contemplación mixta.
Noviembre 1918: Deja de serle util la dirección del P. Alfonso.
7 mayo 1920: El P. Mariano de Vega vuelve a hacerse cargo de la dirección de su alma.
28 agosto 1921: Fecha de su muerte.

Zumaya (Guipúzcoa), villa natal de la sierva de Dios M. Angeles Sorazu. Vista panorámica



Casa donde nació la sierva de Dios M. Angeles Sorazu, en Zumaya (Guipúzcoa), tal como se encuentra en la actualidad *(Foto Arriarán)*

PRIMERA PARTE

LA VIA PURGATIVA

(1873-1895)

"La vía purgativa consiste en la expulsión del pecado". (San Buenaventura, De triplici via, cap. III, Preámbulo; Obras del Santo, ed. B. A. C., t. VI, pág. 143).

La primera parte de la vida de la M. Sorazu, que denominamos Vía Purgativa, comprende en nuestro trabajo seis capítulos. En el primero estudiamos los rasgos místicos que despuntan en los primeros años de su infancia. En el segundo, la época de relativa disipación que precedió a su conversión. El tercero estudia la misma conversión, que tuvo lugar a los dieciséis años, y el período de vida espiritual intensa y fervorosa que siguió inmediatamente (un año). El cuarto abarca tres años, a saber: el último de su vida seglar y los dos primeros de su vida religiosa; período de prueba y de estado estacionario en la vida espiritual por su resistencia a manifestar su conciencia a los ministros de Dios. El quinto estudia la terrible prueba o fase purificativa que ella denomina Purgatorio de la vida espiritual, y que duró diez meses. Finalmente, en el sexto se describe la entrega de Dios que coronó dicha prueba, entrega que dió principio a un precioso estado de tipo unitivo, si bien episódico, pues sólo duró tres meses.

CAPITULO I

"LAS RAICES DEL ARBOL..."

(1873-1888)

La M. Sorazu señala como punto de partida de su vida espiritual la conversión, que tuvo lugar a los dieciséis años. Tanto el Tratado como el opúsculo «La Ovejita» comienzan por el episodio de la conversión (1). Incluso en la Autobiografía quiso omitir todo lo anterior a dicha fecha, por parecerle que no había nada digno de mención; mas Jesús le hizo notar que «tal y tal cosa, que yo decía que no eran dignas de mención, son los fundamentos del edificio espiritual erigido por Su Majestad en mi alma; las raíces, las raíces del árbol, cuyos frutos más tarde se verán» (2). Vamos, pues, a buscar esas raíces en los breves relatos de su primera infancia, en los cuales comprobaremos ya el temprano asomar de luces, de sentimientos y mociones de orden místico. Esas eran, a no dudar, las raíces y fundamentos a que se refería Jesús, promesa inequívoca de la espléndida floración futura.

Parecíale también a Sor Angeles que habiendo sido Jesús el todo para ella, estaba de más mencionar en el relato de su vida a su familia; pero Jesús le indicó que era voluntad suya que consignara su nombre, su familia y su patria (3). Justo es, pues, que también nosotros echemos una rápida ojeada al medio en que nació y creció y tratemos de situarla en su propio ambiente, ya que ello es elemental en todo estudio de carácter biográfico. Por lo demás, no son muchas las noticias que ella nos proporciona.

(1) Tratado, II, pág. 27; La Ovejita, I, O. M. pág. 101.
(2) Cartas, 23-1-1911, t. I, pág. 209.
(3) Cartas, 12-2-1911; t. I, pág. 236.

Su vida, como ella misma nos dice, ha sido más interior que exterior; todo lo que se relacione con Dios Nuestro Señor, la Virgen Santísima y con su alma, lo contará con la mayor ingenuidad y del modo más completo posible; en cambio, de todo lo que tenga relación con las criaturas, dejará por decir muchas cosas, pues apenas se acuerda, y le cuesta mucho pensar en ellas (4). Habiéndole mandado el P. Mariano en cierta ocasión que consignara por escrito las noticias que supiera sobre la vida de sus padres y abuelos, le contestó que no podía hacerlo, porque siempre había sido «muy tonta» para fijarse en estas cosas, no recordaba casi nada y así no sabía qué decir, además de que le costaba grandísima violencia atender a criaturas, noticias y recuerdos de cosas pasadas (5).

Artículo I

El cuadro exterior

1. En Zumaya. — 2. En San Sebastián. — 3. En Tolosa.

1. En Zumaya.—El viajero que se dirige de Bilbao a San Sebastián por ferrocarril, siéntese agradablemente sorprendido por el bellísimo golpe de vista que ofrece la villa de Zumaya, sita en la desembocadura del río Urola. El casco urbano de la población aparece apretadamente apiñado en torno a la gran iglesia parroquial de San Pedro Apóstol, que levanta su inmensa mole descollando como gigante por entre el caserío. Todo el pueblo hállase recostado en la falda de un monte, en cuya cima, y dominando a toda la villa, se encuentra la ermita de la Virgen de Arritokieta; al pie del monte discurre manso y anchuroso el Urola a fundirse con el mar. Aquí nació el 22 de febrero de 1873 la que después será conocida con el nombre de Angeles y a quien en el bautismo impusieron el de Florencia.

Florencia Sorazu Aizpurua Olaizola y Goicoechea. Vasca por los cuatro costados. Sorazu es apellido toponímico, como la casi totalidad de los apellidos vascos. Compónese de la palabra «soro»,

(4) Cartas, 26-1-1911; t. I, pág. 214.
(5) Cartas, 19-1-1921.

campo, y del sufijo toponímico abundancial «zu». Significa, pues, lugar o terreno abundante en campos. La permutación de *o* en *a* («sora» por «soro») es fenómeno frecuente en composición y derivación, tanto en esta palabra como en otras. Es, pues, Sorazu, apellido semejante a otros nombres propios formados con el mismo sufijo: Garrastazu, Sagartzazu, Arantzazu, Zumelzu, Querejazu, etc., y que significan, respectivamente, lugar abundante en árboles bravíos, manzanales, espinos, carrascas, cerezos... Con esto creemos zanjada la disputa sobre si este apellido debe escribirse Sorazu o Sorasu (6). Que ella pronunciara Sorasu y aun lo escribiera a veces, nada tiene de extraño, pues en Zumaya, como en general en la costa guipuzcoana y en la mayor parte de Vizcaya, el pueblo sencillo no distingue entre *z* y *s*, pronunciándolo todo como *s*, lo mismo cuando hablan en vascuence como en castellano (7). De las tres cartas de la sierva de Dios al Padre Ocerin-Jáuregui, O. F. M., que al tratar de las fuentes quedan reseñadas y que nosotros hemos visto en su original autógrafo, en dos de ellas firma Sorazu (con *z*) y en una, la última, Sorasu (con *s*), por lo que se ve que ella misma no seguía norma fija.

Además, la *z* vasca es de suyo más suave que la castellana, y por ello al transcribir este apellido en castellano se comprende que tuviera alguna vacilación sobre si debe escribirse con *z* o con *s*.

Su segundo apellido, Aizpurua, se compone de dos palabras: «aitz», peña, y «buru», cabeza, pudiendo interpretarse «peña prominente», o bien «la parte prominente de la peña» (8). Estas ligeras consideraciones sobre la significación de los apellidos, que, como se ve, son toponímicos (y lo mismo podríamos decir del tercero y cuarto), nos llevarían como por la mano a indagar el origen de los mismos, que no es otro que el nombre del caserío o casa solariega de donde la familia procede. Es el caserío la institución social fundamental y primitiva de la vida vasca. Según eruditos investigadores de las cosas de la región, antiguamente no se conocía otro género de población que los caseríos disemi-

(6) Cfr. Vida, pág. 14, nota 1; Cartas, pág. XIX nota.

(7) Después de escritas las líneas que preceden hemos tenido ocasión de consultar sobre este punto a D. Juan Iruretagoyena, párroco de Aizola de Aya (Guipúzcoa), erudito investigador de los apellidos vascos. Este sabio sacerdote, amigo nuestro, nos ha informado de que el sufijo no es *-zu* sino *-azu* La palabra a la que dicho sufijo determina no es fácil de identificar, por lo que el significado tampoco es claro. El sospecha que acaso sea el antiguo *so* (egin), hoy en desuso, que significaba mirar. Parece ofrecer algún fundamento a esta hipótesis, según su opinión, el hecho por él observado de que varios caseríos que principian con esta palabra *(Soasu, Soain)* están situados en lugares escogidos por la bella vista o panorama que desde ellos se domina.

(8) Para estas ligerísimas consideraciones etimológicas hemos consultado R. M. de Azkue, Diccionario Vasco-Español-Francés, 1905, Tours (France), y la Morfología Vasca, del mismo autor, Bilbao, 1925.

nados por todas las laderas, valles y montañas. Las villas y núcleos urbanos se formaron del siglo XIII en adelante como un desbordamiento de la fecundidad rebosante del caserío (9). El caserío recibía generalmente el nombre de las características del terreno en que estaba situado, y de la casa pasó el apelativo a designar a la familia que lo habitaba y que se sucedía en ella perpetuamente de generación en generación. Por eso observamos que casi todos los apellidos vascos son descriptivos de un lugar, fijándose en algún accidente geográfico, en alguna circunstancia de su vegetación, etc. Así, pues, si quisiéramos investigar la ascendencia del apellido Sorazu, vendríamos sin duda a dar con un caserío actualmente existente o que existió en tiempos pasados y que lleva o llevó este nombre y del cual desciende la familia de Sor Angeles (10).

Actualmente es Zumaya un pueblo próspero y activo, que cuenta unos 4.000 habitantes. No hace aún muchos años vivía principalmente de la pesca. Hoy en día poquísimas son las familias que se dedican a ella, debido, sin duda, a lo peligroso de su puerto; a cambio de ello, han derivado sus actividades a otros ramos, la industria principalmente: hay fundiciones, fábricas de motores, astilleros, etc., sin perjuicio de la agricultura, que continúa representando un factor esencial en la vida de sus habitantes. Claro está que cuando nació Florencia nada de tal progreso industrial había aún en Zumaya, ni existía siquiera el ferrocarril.

«Pertenezco a una familia pobre, constituída en su mayor parte de pescadores», nos dice ella (11). Siempre ha sido achaque de la gente pescadora el arrastrar una vida azarosa y pobre, distinguiéndose en esto de la clase labradora, la cual, en el País Vasco, aunque derrochando esfuerzos penosos por las dificultades que les opone el suelo que han de trabajar, no obstante disfruta de cierta suficiencia o medianía en la posición económica. No así la clase pescadora: «Nunca medran y siempre están necesitados», decían ellos mismos en un informe a Felipe III (12). Mas hay que notar que el padre de Florencia no era precisamente pescador en el sentido de que saliera a la mar a pescar, sino que se dedicaba al transporte y venta del pescado. Cogía la pesca

(9) Aranzadi (Engracio). La Casa Solar Vasca, Bilbao, 1932.

(10) Efectivamente, en las cercanías de Zarauz (Guipúzcoa) existe un caserío denominado *Soasu* o *Sorazu* y tenemos referencias de que en Icíar (Guipúzcoa) existe otro del mismo nombre.

(11) Vida, I, 1, pág. 14.

(12) Arteche (José), Mi Guipúzcoa, Zarauz, 1946, pág. 59.

que llegaba al puerto, y a pie y cargado con ella, hacía caminatas que hoy nos parecen inverosímiles: a Azpeitia, Azcoitia y hasta a Tolosa. Con este género de vida, verdaderamente dura y penosa, sacaba con qué sostener a su pobre familia (13).

Pero si la familia de Sorazu era pobre en bienes de fortuna, poseía, en cambio, el inapreciable tesoro de una religiosidad y cristianismo profundos. Ella lo hace notar expresamente en varios lugares. (Véase Apéndice Documental n.° 7.)

En un pasaje de sus Cartas cuenta ella a su Padre-verdad el curioso episodio de que un día le pareció que sus abuelos ya difuntos se le quejaban desde el cielo, porque con sus exageraciones sobre sus pecados daba motivo a que se pensase que desciende de una familia poco religiosa, cuando es todo lo contrario; y Jesús mismo se le mostró identificado con toda su familia, indicándole que sus antepasados habían sido en vida y eran ahora en el cielo su familia predilecta, una porción escogida del rebaño de la santa Iglesia para conservar su fe y su amor (14). Una de las devociones que Florencia bebió en este ambiente familiar fué la de San Miguel Arcángel, muy arraigada en el país. Su padre era muy devoto del santo Arcángel, y cuando a principios de mayo de 1900 Sor Angeles tuvo noticia de que había enfermado de muerte, pidió y obtuvo de Jesús que muriera el día de la aparición de San Miguel, como a su debido tiempo nos contará en la Vida (15).

A los pocos días de nacer Florencia, se trasladó la familia al establecimiento de baños de Cestona, por el peligro que amenazaba a la villa de Zumaya con la guerra civil. Allí permanecieron dos años, pero el tercero, cuarto y quinto de su infancia hallamos nuevamente a Florencia en Zumaya, donde asistía a la escuela de párvulos de las Carmelitas de la Caridad (16). Cabalmente en este mismo colegio sirvió como capellán algunos años más tarde el presbítero don Domingo Aguirre, y siendo capellán de él escribió sus preciosas novelas, los frutos más frescos y auténticamente populares, que ha producido la literatura vasca contemporánea, por los mismos años que esta otra alumna del dicho colegio alcanzaba las cimas más divinas que es dado remontar a criatura mortal y las describía en obras imperecederas

(13) Estas noticias sobre el género de vida del padre de Sor Angeles se las debemos a nuestro apreciado amigo D. Martín Elorriaga, hijo de Zumaya, y concuerdan en todo con lo que se deduce de la misma Autobiografía.

(14) Cartas, 12-2-1911; t. I, págs. 235-6.

(15) Vida, III. 9, pag. 167.

(16) Vida, I, 1, pág. 14.

que han de figurar siempre con honor en la literatura mística universal.

2. En San Sebastián.—En 1879 se trasladó la familia a San Sebastián. Florencia contaba seis años. Por aquellas fechas San Sebastián se reducía a lo que hoy se denomina «parte vieja». Todo el terreno que actualmente ocupa la parroquia del Buen Pastor con las calles que pertenecen a la misma, estaba entonces convertido en marismas. La población de la ciudad venía a ser de unos 30.000 habitantes. Al relatarnos un episodio de esta época, nos hablará Florencia de la iglesia de San Vicente, una de las más antiguas de la ciudad, y de la calle Puyuelo, que es una de las más típicas y populares de la parte vieja; hoy lleva el nombre de Fermín Calbetón (17). Mientras vivieron en San Sebastián, el padre tenía casa puesta en Tolosa para la venta del pescado, y regresaba a San Sebastián cada tercero o cuarto día. Más adelante nos contará Sor Angeles un episodio encantador, relativo a esta época, y que supone este género de vida que hacía su padre.

3. En Tolosa.—«Durante nuestra estancia en San Sebastián visitó Dios nuestra familia con largas y penosas enfermedades. Por este motivo, y para distraernos de la pena que produjo el desenlace de dos hermanitas, nos trasladamos a Tolosa, donde pasé el resto de mi vida secular» (18). El traslado a Tolosa tuvo lugar en 1883, o sea cuando Florencia contaba diez años de edad. En Tolosa vivieron en unas casas muy pobres, que hoy no existen, pues fueron derribadas; en su lugar se levanta actualmente el Centro Católico. Aquí, en Tolosa, hizo Florencia su primera comunión a los once años y se alistó en la Congregación de Hijas de María. Hacia los trece años entró a servir en una casa de San Sebastián, donde permaneció por espacio de un año. Después regresó a Tolosa y entró a trabajar como obrera en la conocida y renombrada fábrica de boinas de don Antonio Elósegui.

Es Tolosa la villa más representativa de Guipúzcoa, al decir de Arteche, el conocido escritor y divulgador de las glorias guipuzcoanas (19), antigua capital foral, que como tal conserva el

(17) Vida I, 1, pág. 18. En el texto impreso dice «Reyuelo», pero evidentemente es errata.

(18) Vida I, 1, pág. 15.

(19) Mi Guipúzcoa, pág. 133.

edificio que fuera Diputación general de la provincia. Actualmente cuenta sus 15.000 habitantes y es el centro fabril más importante de España en la fabricación de papel. La prestigiosa fábrica de boinas de don Antonio Elósegui fué fundada en 1852. Hoy, como en los días de Florencia, trabajan en ella multitud de muchachas que atienden a las múltiples labores que requiere la confección de la boina. Primeramente se toma la lana en su estado bruto y va pasando por diversas máquinas que la van suavizando y sacando de ella el hilo; con este hilo se forma luego tejido; con este tejido se confecciona la boina; ésta es luego teñida y golpeada en el batán; por fin, se le pone el forro, la correa, etc. Cuando más tarde nos hable Sor Angeles de Cristo golpeado en el batán de la cólera divina (20), es muy fácil que tuviera presente en su imaginación el batán de su fábrica, donde las boinas son golpeadas y estrujadas, a fin de que se impregnen bien del tinte que les da el color. Una compañera de Florencia recuerda que fué ésta muy aplicada en su oficio de boinera, mereciendo por ello ser premiada junto con otras por la reina doña María Cristina (21).

Artículo II

El alma de la niña Sorazu

1. Primeras gracias de carácter místico. — 2. Prevenida por la gracia. — 3. Dotes naturales y carácter de Florencia

1. Primeras gracias de carácter místico. — En el artículo precedente hemos descrito la trayectoria externa de la vida de la niña Florencia hasta los quince años de edad. Tratemos ya de asomarnos al santuario de su vida íntima. En los breves y contados relatos que de su primera infancia nos ha conservado ella misma, nos será dado admirar la aparición de las primeras gracias de orden místico. En estos hechos veremos ya manifiesta de modo inequívoco la excepcional vocación

(20) Tratado, XXIII, pag 346
(21) Vida, pág 39, nota.

a la santidad con que el Señor se dignó distinguir y llamar a esta privilegiada criatura ya desde su primera infancia: llamamiento que ella, por su ignorancia, timidez, ideas erróneas, etcétera, no secundó enteramente desde el primer momento.

A seis se reducen los hechos o relatos de la primera infancia, en que advertimos de modo indubitable la presencia de gracias de orden místico. Los vamos a enumerar y describir aquí brevemente, remitiendo los correspondientes pasajes al Apéndice Documental.

a) *Noticia acerca de la propia perversidad a la edad de tres años.* — Hallamos esta asombrosa nueva en las primeras páginas de la Autobiografía (Apéndice Documental, número 8) e igualmente en las Cartas (Apéndice Documental n.° 9). Podemos resumirla brevemente aquí. Desde el momento que se hizo cargo de su existencia, a los tres años o antes, tiene la firme convicción de que ella es el centro de los desprecios de Dios y de la creación, que la malicia humana se halla como reconcentrada en ella y que por lo mismo es blanco de las iras de Dios; en cambio, todos los demás le parecían santos y amables a los ojos de Dios, merecedores de todo honor, por lo que jamás pudo igualarse con nadie en este mundo: esto a pesar de que en casa gozaba fama de santa por su retiro, silencio, formalidad y buena índole.

¿Cómo pudo nacer en ella una convicción tan extraña e impropia de aquella edad, una idea tan superior a la capacidad mental de los primeros años? Indudablemente, se trata aquí de un conocimiento o sentimiento de orden infuso, místico, por el que Dios quería fundarla bien en la humildad y meter muy adentro en su alma para toda la vida esta persuasión íntima y honda de la propia nada, infamia y vileza, persuasión que sirviera como de freno y contrapeso a los altísimos favores sobrenaturales a que la destinaba. No hace falta, por otra parte, pararse a demostrar que tal conocimiento era objetivamente muy verdadero: basta atender, para convencerse de ello, a los datos que nos suministra la fe y la Revelación acerca de la condición de nuestra naturaleza caída por el pecado. Vemos también en este hecho prefigurada de algún modo su vocación a ser víctima propiciatoria a semejanza de Cristo, al decir que creía que la malicia humana estaba toda como reconcentrada en su alma y que era por ello el blanco de las iras de Dios. En conformidad con tales ideas, sufría con resignación las frecuentes enfermedades y dolencias físicas de que se vió aquejada desde su pri-

mera infancia, pues se consideraba culpable y digna aún de mayores castigos. ¡Y tales ideas y sentimientos abrigaba cuando todavía, por su corta edad, no era capaz de expresar externamente sus sufrimientos físicos! (Apéndice n.° 10.)

Ante un dato tan extraño e inverosímil, la ciencia materialista no tiene nada que decir ni podrá jamás explicarlo. Para la ciencia católica, en cambio, tales hechos no constituyen ninguna dificultad. Ella ha reconocido siempre la existencia de una ciencia infusa, «es decir, una ciencia impresa por Dios mismo, una ciencia independiente, en su origen y en su ejercicio, de toda cooperación del organismo» (22). De la existencia de dicha ciencia nos proporcionan numerosos ejemplos tanto la Teología como la Hagiografía.

La precedente noticia arroja, además, mucha luz e incluso nos da la clave explicativa de ciertas facetas de alma que descubriremos en la vida adulta de la M. Sorazu. En efecto, hartas veces tendremos ocasión de comprobar cómo tenía arraigada y prendida de una manera extraña en su psicología esta idea de su propia maldad y perversidad, idea que le hacía ver de un modo evidente e indubitable que su maldad era tan incalificable que no sufría parangón con la de ninguna criatura, ni siquiera con los condenados. Y tan penetrada estaba de esta verdad, que sinceramente creía no se hallaría Ministro de Dios que estuviera en posesión de las necesarias entrañas de misericordia y bondad que a su juicio se requerían para poder sufrir y aguantar a una pecadora tan perversa como ella; sólo Jesús, con su infinita bondad, y su Madre Santísima eran capaces de sufrirla, por eso se inclinaba a no tener trato más que con ellos. Contrastan estas ideas tanto más cuanto que su vida fué de lo más pura y santa que cabe pedir a humana criatura. Como el P. Mariano, para tranquilizarla, le dijera que él la amaba y que incluso se hacía responsable de los actos de ella, no pudo menos de contestar altamente sorprendida y maravillada ante tales extremos que ella no podía explicar. (Véase Ap. Doc. números 11 y 12.) Mas a pesar de tales declaraciones del director, veremos cómo toda la vida persistió en ella esta tentación de retraerse a la dirección humana por el motivo indicado. (Véase Ap. Doc. núm. 13.)

Teniendo, pues, tan arraigada la idea de su propia bajeza, la vista de los altísimos favores extraordinarios que a manos

(22) Terrien, S. J., La Madre de Dios y Madre de los hombres, Madrid, 1942; t. II, cap. II, pág. 27.

llenas y casi continuamente la prodigaba el Señor, no podía menos de desconcertarla. No podía ella explicarse que Dios la favoreciera y distinguiera de esa manera, siendo tan indigna y pecadora; y precisamente, en esa incompatibilidad, que a sus ojos existía, hallamos la clave que explica las reacciones más típicas y características de Sorazu ante los estupendos favores y gracias místicas que el Señor la dispensaba. Su primera y más habitual reacción era la duda o incredulidad. Imposible de todo punto, absurdo y fuera de razón la parecía que Dios pudiera concederle a ella semejantes favores; por tanto, los que en ella se habían cumplido no podían ser sino obra del demonio o ilusiones suyas. ¡Cuánto ha insistido la M. Sorazu sobre este punto en las Cartas a su Padre-verdad! Constantemente le atormentó la duda y el temor de si sería ilusa, fingidora, hipócrita o mentirosa o tal vez víctima de los ardides del demonio. Esta honda preocupación suya viene a ser para nosotros una de las más firmes y seguras garantías de la verdad de sus comunicaciones divinas. No nos hallamos, en efecto, ante un alma pronta a creer en lo sobrenatural maravilloso y que por su misma actitud psicológica inclinada a tales cosas, puede ser víctima fácil de ilusiones y engaños en esta materia. La actitud de la M. Sorazu era precisamente la contraria. Ella tentó todas las hipótesis y explicaciones posibles antes de rendirse a admitir la realidad de tales favores. Y esto no precisamente por espíritu crítico-racionalista, sino por humildad y por amor a la verdad. El mismo P. Mariano, altamente admirado por esta constante inquietud de su dirigida, hubo de tranquilizarla repetidas veces, y aun le afirmó solemnemente que jamás había sido ilusa ni fingidora, ni lo sería, debido a aquel entrañable y extraño amor a la verdad con que el Señor la había adornado. Pues bien —y a esto íbamos—, la raíz última profunda de esta duda o incredulidad que ella sentía respecto de los favores divinos, nacía de la idea de su propia indignidad, indignidad que su humildad no podía compaginar con la realidad de tales favores. (Véase en el Apéndice n.° 14 un texto notable en que ella cuenta sus dudas y su modo de razonar en este punto.)

Mas ya que no podía negar la realidad de los favores divinos, a lo menos estos mismos favores venían a hacerse despreciables a sus ojos por el mero hecho de que el Señor se los concedía a ella, tan vil, infame y pecadora. Y esta es otra de las reacciones más típicas y características de la M. Sorazu ante

las gracias extraordinarias, el poco aprecio de las mismas, poco aprecio que, como decimos, tenía origen en la bajísima idea que tenía de sí; su propia infamia alcanzaba lógicamente a todo lo suyo y aun a lo que Dios le concedía a ella. Más adelante tendremos ocasión de ver que la principal razón que movió a Dios a someterla a un director fué para que éste le enseñara a hacer el debido aprecio de sus gracias y a no derrocharlas tan sin consideración por el mero hecho de que las concedía a tan gran pecadora. En el texto del Apéndice últimamente citado se indica también que este desprecio de los favores divinos era la causa de todos sus retrocesos en la vida espiritual.

Finalmente, y explotadas todas las otras hipótesis, la M. Sorazu hubo de rendirse ante la evidencia, y admitir lo que a ella se le hacía tan inaudito, absurdo e increíble, a saber: que Dios la amaba con predilección y tenía designios especialísimos sobre ella, a pesar de su miseria e indignidad, o tal vez por esta misma miseria e indignidad que ella tan de buen grado reconocía. (Véase en los Apéndices números 15 y 16 dos textos en que ella, con vergüenza, consulta a su Padre-verdad sobre este punto.)

Nos hemos detenido a explicar aquí algunos de los rasgos más típicos de la psicología de la M. Sorazu que se nos revelarán en su mayor edad, porque creemos que tales rasgos no son sino la consecuencia de esta idea de su propia maldad que hemos visto prender en su alma a la inverosímil edad de los tres años (23).

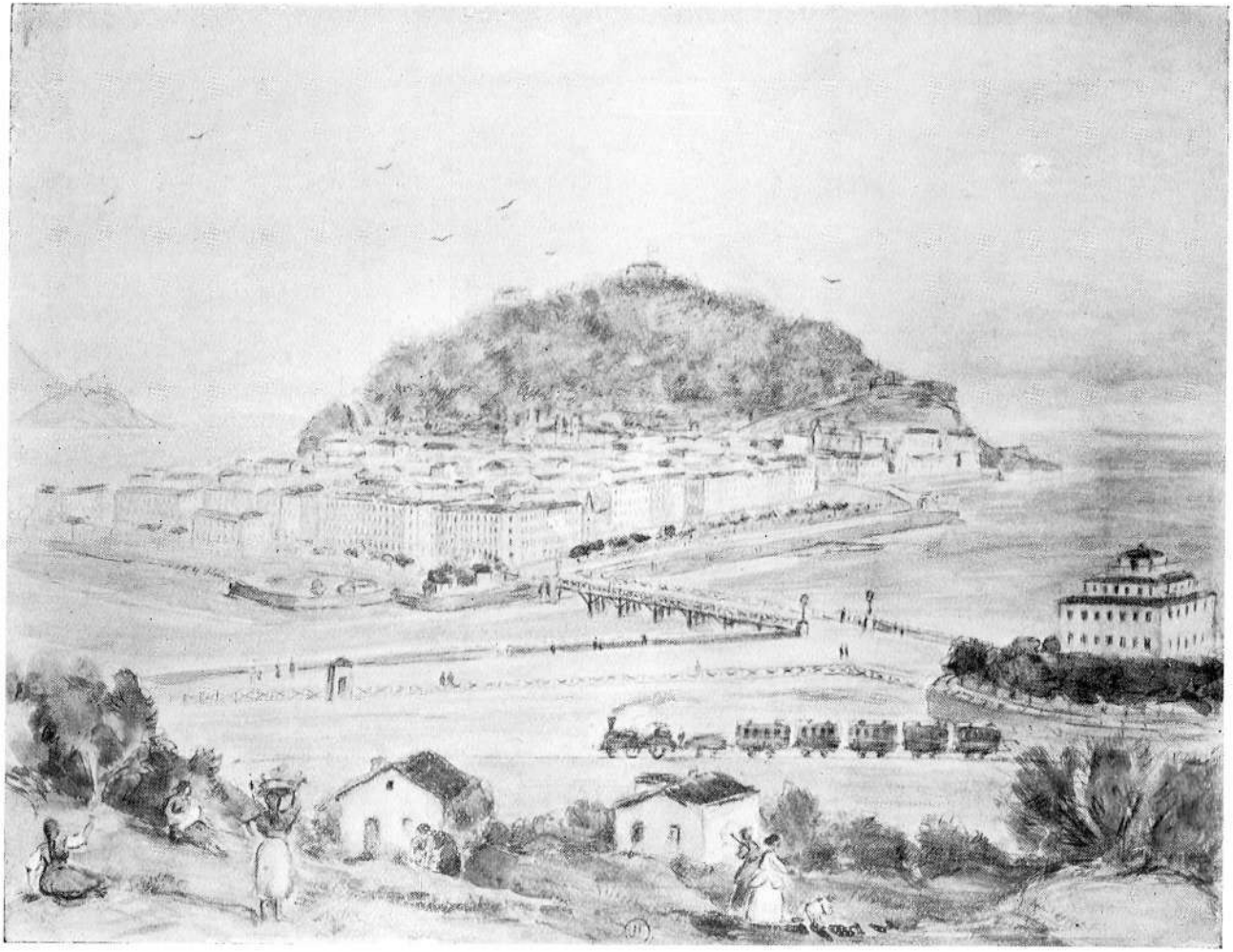
b) *Sentimiento infuso de la infinita grandeza y bondad de Dios, a los seis o siete años* (Cfr. Apénd. n.° 17).—El carácter infuso de este relato queda bastantemente indicado por el modo como lo describe: «Un día, de repente me sentí poseída del sentimiento», etc. Dicho sentimiento no era otra cosa que una invitación del Señor para que se consagrara enteramente a su amor y servicio; mas no se atrevió a secundar el llamamiento por la conciencia de su propia bajeza e indignidad para tan alto honor. Vemos ya aquí cómo la conciencia de su propia indignidad empieza a ser un obstáculo y motivo de retroceso en su vida espiritual. Más arriba dijimos que esta misma conciencia provenía en ella de una luz o noticia infusa: ¿hay contradicción en que una ciencia recibida por vía extraordinaria venga a convertirse en obstáculo para el desarrollo de su vida espiritual? Cierta-

(23) Vease De Guibert, *Le don infus d'humilité* en *Etudes de Théologie Mystique* Toulouse, 1930, Apendice I, págs. 283-298.

mente que no. Aquella ciencia era verdadera y buena, Dios se la daba para su bien, y de hecho sobre ella, como sobre fundamento y base solidísima, veremos levantarse el edificio espiritual de la M. Sorazu; pero esto no quita para que más de una vez desviase ella este sentimiento recto, de modo que prácticamente resultara un verdadero obstáculo y causa de retroceso. Indica además otra causa que le retraía de responder al divino llamamiento: el temor de que no serviría a Dios con la fidelidad y pureza inviolables con que merece ser servido y ella lo deseaba. Como se ve, también esta segunda razón proviene de la misma fuente, o sea, del conocimiento hondo de su propia miseria. Pensando con mentalidad infantil que la mayor edad sería auxiliar poderoso para dicha fidelidad inviolable, propuso diferir hasta entonces la conversión.

c) *El episodio de la modista.* (Apénd. n.° 18).—En este hermosísimo episodio, que parece robado a los *Flos Sanctorum* medievales, se descubren también las huellas inconfundibles de una moción de orden infuso. En efecto, esas ideas que súbitamente surgen en su mente acerca del fin de los vestidos y del por qué de las inclemencias del tiempo, ideas por otra parte tan ajenas y superiores a una niña de seis o siete años, ideas que ella jamás había oído y que, sin embargo, se le imprimieron con viveza tanta, empujándola inmediatamente a obrar en conformidad con ellas... todos estos rasgos, decimos, delatan bastante a las claras la presencia de una idea y moción de orden infuso. Añade además estas otras palabras que constituyen un dato inequívoco: «Creía que todos los cristianos experimentaban la imperiosa necesidad de imitar a Jesús, que trabajaba mi alma en aquellos momentos». Palabras con las que implícitamente confiesa que se hallaba bajo la influencia de un agente extraordinario o excepcional; esta «imperiosa necesidad» que después ha de sentir tantas veces la M. Sorazu en su vida es, ni más ni menos, una moción de orden místico.

d) *Visión a la edad de nueve años cerca de la iglesia de San Vicente de San Sebastián.* (Ap. Doc. n.° 19).—Este episodio es ya manifiestamente milagroso. El Señor le muestra que ha bendecido su propósito de ser santa; la niña aprehende a Dios confusamente en una alta región, especie de cielo. Este mismo modo de expresarse empleará después la M. Sorazu muchas veces para describirnos comunicaciones o visiones de épocas posteriores; expresiones que parecen designar una visión no puramente intelectual, sino con mezcla de elementos de visión



San Sebastián por el año 1870 *(Acuarela de D. Julián Franco, Banco Guipuzcoano)*

Tolosa (Guipúzcoa). Vista general *(Foto Arriarán)*

imaginaria, puesto que el objeto aprehendido parece estar localizado en el espacio. La voluntad de Dios se imponía a su alma y la requería soberanamente para que se abandonase completamente a la misma y se dejase conducir por ella a una altísima santidad. La niña Florencia experimentaba la atracción o cautivamiento que esta voluntad de Dios ejercía sobre ella y quisiera abandonarse en manos de la misma; pero, con todo, resistió una vez más al divino llamamiento, por el mismo motivo que antes, o sea, por el temor de ser infiel a la gracia. Pensó diferir el acto de abandono para el que era requerida hasta los veinticinco años. Tenía, como veremos muy pronto, la idea errónea de que una vez entregada al servicio de Dios no se podía cometer la más mínima falta, y temía de su debilidad e inconstancia; por eso difería responder al llamamiento hasta su mayor edad. Nacía, al fin y al cabo, su error de una elevada idea de la santidad que exige el servicio de Dios. No son tan raros estos sentimientos en los niños, como aquél que no se atrevía a ser monaguillo porque creía que ya no podría pecar, y no se atrevía a comprometerse a tanto...

e) *Luces infusas en el estudio del catecismo.* (Apéndice Documental n.° 20).—A esta época de su infancia, o sea, cuando vivía en San Sebastián, corresponde este dato o noticia que ella nos cuenta más adelante al relatar gracias místicas parecidas en su mayor edad (24). La presencia de luces infusas en el hecho que relata es patente y clara; sus expresiones son bastante inequívocas a este respecto: «La asombrosa claridad y eficacia con que se me imponían»... Esta predilección hacia los sagrados misterios del Catecismo formará parte esencial de su vocación, y aun, por así decir, el rasgo más típico y peculiar de su espiritualidad.

f) *Estado de oración continua.* (Ap. Doc. núm. 21).—También en este hecho se descubre la huella de una gracia mística muy notable; este estado de oración continua es, sin duda, efecto de una gracia pasiva. El alejarse de Dios por cualquier falta es un rasgo muy frecuente de la psicología de la M. Sorazu, aun en su mayor edad; y aunque este proceder denota una concencia muy viva de la pureza con que se debe acercar a Dios, no deja de ser una desviación, desviación por otra parte muy explicable en almas sencillas, máxime si están desprovistas de dirección.

(24) Vida, pág. 90, nota.

2. PREVENIDA POR LA GRACIA. — Estas son las gracias de carácter extraordinario, místico, que aparecen en el relato de su primera infancia. Ellas, junto con la excepcionalísima gracia de no sentir jamás el aguijón de la concupiscencia (como veremos en el capítulo siguiente), bastan por sí solas para descubrirnos la condición de alma especialmente privilegiada que reviste la M. Sorazu, es decir, alma distinguida por Dios con una vocación enteramente singular y excepcional a la santidad. Estos hechos, tan frecuentes en la hagiografía, nos hacen palpar hasta la evidencia la verdad de la frase consagrada: «Admirable es Dios en sus Santos» (25), que, prescindiendo ahora de su sentido bíblico, encierra también una estupenda y verdadera realidad en el sentido obvio que arrojan las palabras. Sí, es preciso reconocer el hecho innegable de que hay almas distinguidas con una predilección particular y especialísima de Dios. La M. Sorazu lo veía esto cumplido en sí misma, y aunque a su humildad se le hacía inconcebible pensar que ella pudiera ser objeto de tal predilección, al fin no pudo menos de rendirse ante la evidencia. Son multitud los lugares de sus obras en que ella habla de almas «trabajadas por gracias de predilección», llevadas por «caminos extraordinarios», llamadas a altísima y excepcional santidad, etc., y al decir estas y otras parecidas expresiones es claro que ante todo tenía presente su propio caso (26). El Tratado, que, como dijimos, es su obra maestra y definitiva, empieza haciendo una clasificación muy original de las almas en privilegiadas y ordinarias, contándose entre las primeras aquéllas que ya en su nacimiento fueron enriquecidas con dones especiales, y a continuación asienta el hecho fundamental de que Dios distribuye muy desigualmente sus gracias (27). ¿Razón? «Dejemos —dice ella— que en su día nos explique El las razones que le mueven a favorecer más a unas almas que a otras» (28).

Hoy existe el prurito de recalcar en las vidas de los Santos la parte del hombre, su personalidad, el papel que juegan en ellos sus cualidades naturales, su mentalidad, el medio en que vivieron, etc. Bien está ello, pues es un aspecto ciertamente real, pero se ha de mostrar al mismo tiempo la parte de Dios, y esto es mucho más importante, pues los Santos son ante todo

(25) Ps. 67, 36.
(26) Cfr. Apendice al Tratado, cap. I, pág. 365 y ss.
(27) Tratado, I, pág. 19.
28) Tratado, I, pág. 24.

la obra de la gracia ; es éste un aspecto que la tendencia naturalista de nuestra época desatiende, siendo así que él es el que nos proporciona la verdadera clave para comprenderlos (29). La mentalidad moderna no disimula una sonrisa compasiva ante esas vidas clásicas de Santos en que los biografiados parecen ya nacer tales ; y, sin embargo, hay que confesar que en esta visión tradicional hay muchas veces no poca parte de verdad.

3. DOTES NATURALES Y CARÁCTER DE LA NIÑA FLORENCIA. En las páginas que anteceden nosotros hemos podido ver cómo la gracia toma la delantera en el caso de Sorazu. Mas la gracia se conjuga siempre con nuestra naturaleza. Cada alma tiene su reacción propia ante la gracia, cada una da su nota específica y peculiar al ser pulsada por el dedo divino. Por ello nos interesa conocer también el lado humano de la niña Florencia, es decir, el ambiente en que creció y sus propias cualidades naturales, carácter y psicología, tal como se nos manifiestan ya desde su niñez.

El ambiente en que vivió y creció ha quedado ya en parte descrito en las páginas anteriores : ambiente de pobreza, de privaciones, de casi continuas enfermedades. Jesús le recordará más tarde que siempre se ha permitido tratarla con libertad y confianza, probando su cariño y virtud con penas y tribulaciones desde su infancia (30). Pero al propio tiempo, ambiente también de religiosidad y fe profunda. ¡Qué admirables sentimientos de una madre auténticamente cristiana, digna émula de la madre de San Luis, revela aquella noticia (que vimos más arriba, cfr. Apéndice Documental n.° 19), de que estando Florencia enferma a la edad de nueve años, su madre pidió para ella la salud con la condición de que fuese buena y no ofendiese a Dios con un solo pecado! Petición que la buena madre hizo conocer a su hija, y ésta, respondiendo al deseo de su madre, hizo el propósito de ser santa. Fácilmente se comprende que un hogar tan cristiano no podía menos de ser ambiente propicio para el desarrollo de las virtudes cristianas y aun de las mismas gracias místicas, ya que la experiencia enseña que Dios derrama éstas preferentemente en almas dispuestas y en ambientes preparados para dar el fruto que con ellas pretende conseguir.

En cuanto a las dotes naturales, carácter y psicología de la niña Florencia, advertimos también ya los rasgos típicos que

(29) Poulain, S. J., Des graces d'oraison, París, 1922; cap. XXVIII, n. 14, pág. 555.
(30) Cartas, marzo-mayo 1911; t. I, pág. 320.

luego se nos harán familiares a lo largo de toda su vida. En primer lugar, una inteligencia privilegiada: la Hermana Encarnación Ugalde, que fué su maestra en la escuela de párvulos de las Carmelitas de Zumaya, recordaba que la niña de Sorazu era siempre la primera en el Catecismo. La misma Sorazu nos ha dicho la facilidad con que comprendía y se asimilaba los misterios del Catecismo, hasta el punto de que la maestra de la sección y también otras personas que observaron el don que poseía, la requirieron más de una vez para que los explicara. Este hecho, aunque en él haya que admitir la influencia de gracias y luces de orden místico, demuestra también una inteligencia naturalmente privilegiada, ya que el alma reacciona activa y vitalmente ante tales luces, las recibe y se las asimila a su modo, como cualquier otro conocimiento. Se cumple también aquí el dicho filosófico: quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur. Por eso nada extraño tiene que junto con las luces infusas coexistan concepciones infantiles y hasta ideas erróneas.

Su carácter, tal como se nos apunta ya en esta época, se nos muestra un tanto tímido, retraído, inclinado al retiro y silencio. Hablando de una reunión que tuvo con unas compañeras a los dieciséis años de edad, dice de sí misma lo siguiente: «Todas hablaron menos servidora, que guardé silencio según mi costumbre, porque nunca fuí habladora» (31). Y en la página anterior: «Advierto que mi hermana, en períodos anteriores, gustaba mucho de salir de casa, frecuentar el paseo, bailar, etcétera, aunque honestamente, cuando parecía que yo había nacido para ermitaña» (32). La timidez y retraimiento lo nota ella constantemente al hablar de su dificultad en manifestar sus intimidades al confesor (33). En el Apéndice al Tratado, hablando de los distintos caracteres, se nos retrata a sí misma al describir las almas «inclinadas a replegarse sobre sí mismas» y a las que «cuesta angustias mortales exteriorizar su vida íntima», y más todavía cuando añade: «Entre estas almas las hay rectas, sinceras, inocentes, candorosas como una niña, que se expansionan con los de su casa, pero no pueden franquearse con los extraños (34).

En estas últimas palabras tenemos una alusión a un nuevo rasgo de la niña Florencia, su ardiente amor a la familia:

(31) Vida, I, 1, págs. 25-6
(32) Vida, I, 1, pág. 24.
(33) Vida, I, 3, pág. 35.
(34) Tratado, Apendice, cap. II, pág. 373.

allí, en la intimidad del hogar, con los de su casa, es donde únicamente podía abrirse y expansionarse su tímido y delicado corazón. Aunque a todos los miembros de su familia amaba ella con pasión, con todo, parece desprenderse de diversos lugares que a su buenísimo padre, Mariano Sorazu, distinguía con un amor y cariño particulares (35). No resistimos a la tentación de citar aquí un conmovedor episodio de su niñez, que retrata admirablemente su modo de ser y amor infantil a su padre; nos lo cuenta ella más adelante, a propósito de que Jesús mismo, ya en su mayor de edad, se lo recordaba, invitándole a que anhelase su visita en la Comunión con mayor ardor aún que esperaba, cuando niña, la venida de su padre. Véase el pasaje en el Ap. Doc. núm. 22 (36).

(35) Vida, pág. 44, nota.

(36) Respecto a la timidez de Florencia, téngase, sin embargo, en cuenta lo que decimos más adelante en diversos lugares: cap. II, art. único, n. 1; cap. III, art. 2.°, n. 5, cap. XIII, art. 1.°, n. 4.

CAPITULO II

EPOCA DE EXTRAVIO

(1888-1889)

De los quince a los dieciséis años, tuvo Florencia su período de relativa disipación y de afición a pasatiempos vanos, período que después llorará amargamente, considerándolo como época de descarrío y de pecado. Y más tarde, cuando escriba el Tratado, la veremos teologizar sobre las causas profundas y altísimas por las que Dios permite tales períodos de extravío en sus santos. En efecto, empieza asentando el hecho de que Dios permite que todos los santos tengan su época de extravío o cuando menos de relativa tibieza y relajación. Y da de ello una razón profundamente teológica: «para fundamentarlas en la santa humildad, en la propia desconfianza y en el reconocido amor al mismo Dios, quien, como dice San Pablo, todas las cosas encerró en la incredulidad para usar con todas de misericordia y quiso que llevemos el tesoro de su gracia en vasos de barro frágil y quebradizo, para que se reconozca que la grandeza del poder que se ve en nosotros es de Dios y no nuestra» (37). Y a continuación va enumerando bastantes casos de la hagiografía, que ella conocía, para demostrar cómo aún las almas santas tuvieron alguna época, si no de pecado, al menos de frivolidad y relativa tibieza, y, por consiguiente, su hora de arrepentimiento y de verdadera conversión. Verdad tremenda, preñada de las más transcendentales consecuencias acerca del soberano dominio de Dios y de la total dependencia nuestra respecto de El. Dios, en efecto, tiene en sus manos todos los resortes de nuestro obrar, hasta tal punto de que aún nuestros mismos descarríos, obra tan

(37) Tratado, I, pág. 21. Se refiere la autora a dos lugares distintos del Apóstol, Rom. 1, 32 y 2 Cor, 4, 7.

sólo de nosotros e imputables únicamente a culpa nuestra, tiene El modo de impedirlos sin violentar nuestra libertad, y si no lo hace es o por nuestra indignidad para recibir las gracias que para ello se requerirían, o porque prefiere permitir nuestros pecados para más altos fines, como ocurre en nuestro caso.

ARTÍCULO ÚNICO

1. AFICIÓN DESORDENADA AL BAILE SUELTO. — 2. LA GRACIA DE NO SENTIR EN TODA SU VIDA LA CONCUPISCENCIA DE LA CARNE.—3. PASATIEMPOS MORALMENTE HONESTOS, PERO QUE NO ESTABAN HECHOS PARA ELLA.—4. ¿PECADOS GRAVES?

1. AFICIÓN DESORDENADA AL BAILE SUELTO.—El descarrío de Florencia consistió concretamente en una afición desordenada y excesiva al baile, afición que la llevó a aflojar algún tanto en la asiduidad con que antes asistía a las funciones de iglesia y a los ejercicios de la Congregación de Hijas de María, a la que pertenecía. Véase en el Apéndice Documental núm. 23 el pasaje de la Vida donde nos relata esta época de extravío. A él conviene añadir el testimonio de su amiga Encarnación Vidal, que textualmente dice así: «A los quince años era muy bailarina. En la calle Santa María, donde ella vivía, tocaba la filarmónica y bailaba. Había días que no se acordaba ni de comer. Era de temperamento tan alegre que le bastaba con bailar».

Todo se redujo, pues, a una inocente afición a pasatiempos y diversiones en sí honestas, ya que el baile a que se refiere Sor Angeles es el baile suelto, único que entonces se conocía y practicaba en los pueblos vascos y en las demás regiones de España. Sabido es que estos bailes y danzas tradicionales son absolutamente morales y que para el pueblo cristiano en general son no sólo permitidos sino aun positivamente convenientes, aunque en casos particulares no sean aconsejables para determinadas almas (38). Refiriéndose a estas danzas vascas, las califica un escritor de «actividad consustancial con el vasco, a la vez que limpio espejo de su salud moral y temple animoso, de su gusto exquisito

(38) Hernández, S. J., Guiones para un cursillo práctico de dirección espiritual, Santander; 1946, pág. 22.

de la armonía y del orden, de sus hábitos de sensatez y corrección (=zentzua, gizabidea)» (39).

San Ignacio de Loyola, el gran Patrono de Guipúzcoa y de Vizcaya, el hijo más excelso y representativo, a la vez que la gloria más pura del pueblo vasco, bailó estas danzas aun después de su conversión. «Nous savons par Ribadeneira qu'Ignace de Loyola, après sa conversion, a, une fois au moins, dansé et chanté à Paris à la façon basque», «como se baila y se canta en su tierra, allá en Vizcaya». «Les censeurs romains de la vie de Saint Ignace ont été scandalisés de ce trait et ils ont obligé Ribadeneira à le supprimer; mais la critique historique moderne a rétabli le texte, pour notre joie et notre édification.—François Xavier dansait ces danses basques, tout comme le grand missionaire dominicain, Vicaire Apostolique au Tonkin, le Bienheureux Valentin Berriochoa» (40).

2. LA GRACIA DE NO SENTIR EN TODA SU VIDA LA CONCUPISCENCIA DE LA CARNE.—Desde luego, aparece claro que en todas las diversiones y entretenimientos de Florencia no hubo ni sombra de pecado de impureza. Ella misma, en el pasaje en que nos cuenta su extravío dice que Dios «ligó mi sensualidad hasta el punto de no sentir su influencia». Aquí tenemos indicada otra gracia sumamente extraordinaria con la que el Señor se dignó favorecer a esta privilegiada criatura: la gracia de no haber sentido jamás en todo el decurso de su vida el aguijón de la concupiscencia. Por lo mismo, jamás experimentó tampoco la más mínima tentación en esta materia, ni aun siquiera de pensamiento. Dios no permitió que el demonio la tentara en este terreno, aunque en otras materias hubo de padecer, como veremos, bien penosas y casi continuas tentaciones. Véanse en el Apéndice algunas explícitas manifestaciones suyas a su Director acerca de este punto. (Cfr. Ap. Doc. núms. 24 y 25.) Por lo demás, su horror instintivo a estos pecados, aun sin conocer su naturaleza, era tal, que si alguna vez tuviera la desgracia de faltar en esta materia, «seguramente que yo misma, sin esperar a que otro lo hiciera, me arrojaría en el infierno» (41). Cuando en el Tratado nos describa la revelación de los divinos atributos de su alma, nos hablará de modo incomparable y ma-

(39) Ibar, Genio y Lengua, Tolosa, 1936, pág. 202.

(40) La Mission et les joies populaires. Raport français de la XVI semaine de Missiologie ds Louvain, 1938. Appendice II, Danses basques, pág. 252.

(41) Cartas, 1-7-1911; Pobladura, Una flor siempreviva, pág. 169.

ravilloso acerca de la divina fecundidad y de los mil reflejos e irradiaciones de esta fecundidad original de Dios que, iluminada con luz celestial descubrió entonces en las obras de la Naturaleza, y nos hará de sí misma esta inocente confesión: «A su vista se abren horizontes desconocidos, cuya existencia no había sospechado siquiera, pues quizá es un alma que ignoraba los elementos más esenciales de la vida de la creación y de su desarrollo, hasta el punto de admirar y hacer reír a cuantos escucharon sus infantiles conceptos sobre esta materia» (42). En fin, respecto a las «exageraciones» sobre su «libertinaje», ella misma cuenta que Jesús le dijo lo siguiente: «Que aunque afirme que he sido muy pecadora, que no lo diga en términos que juzguen de mí lo que no es, esto es, que he sostenido relaciones con otro fuera de Su Majestad divina en el mundo, o que he cometido algún pecado o pecados contra la santa pureza» (43). En carta de 16-9-1911 cuenta al P. Mariano que ha pedido a casa una foto suya a los quince años y medio, o sea de esta época que ella llama de extravío, pues quería quemarla; y a los pocos días (19 del mismo mes y año) da cuenta de haberla ya quemado, pero al mismo tiempo se acusa de que ha sentido cierta vanidad al echar de ver por su modo de vestir, etc., que ni aún entonces era tan mundana como otras y como ella misma se había imaginado (44)

Comentando el P. Nazario Pérez, S. J., esta gracia singularísima de no sentir jamás en su carne el aguijón de la concupiscencia, nota con acierto que en ello se asemeja grandemente nuestra M. Scrazu a Santa Teresa de Jesús (45). En efecto, aunque la Santa de Avila habla también de ciertos pasatiempos y frivolidades de su juventud, que a primera vista pudieran hacer pensar lo contrario, un estudio más atento de los pasajes en cuestión, comparándolos con otras declaraciones explícitas suyas, nos llevan a la indicada conclusión. Véase lo que dice a este propósito un moderno historiador de la Santa:

"Después de la muerte de Teresa y la publicación de su Autobiografía, el P. Ribera se tomó el trabajo de realizar investigaciones sobre "pecados" de

(42) Tratado, XIX, pag. 233.
(43) Cartas, 12-2-1911; t. I, pág. 236.
(44) Tenemos referencias de que aún se conserva alguna foto auténtica de Florencia, pero no la hemos podido haber no obstante las diligencias que hemos hecho para ello. En cuanto a las imágenes de la M. Angeles que se han publicado en diversos libros y estampas, no pasan de ser aproximaciones más o menos fieles intentadas después de su muerte, y algunas ni siquiera ese valor tienen, pues no la representan a ella sino a otras religiosas (por ejemplo el retrato que reproduce el P. Pobladura en «Una flor siempreviva», y el P. Ugarte en su devocionario vasco «Zeruko Mana gozoa»).
(45) Vida, pág 20, nota 2.

ella cerca de las personas que la habían conocido íntimamente. Una madre priora carmelita le dijo que la santa, al hablar del problema de la castidad con sus monjas, cuando era vieja, dijo delante de ella: "Yo no entiendo de esto, porque el Señor me ha concedido el favor de no haber tenido que confesar nada por el estilo durante toda mi vida". Las averiguaciones de Ribera le llevaron a creer que las faltas que ella se reprochaba a sí misma no eran pecados de la carne, ni ninguna concesion de la voluntad para con ellos, sino meramente conversaciones ligeras que inducían a pensar en las cosas mundanas, mas bien que en las espirituales, que luego le hubieron de parecer mucho más importantes. Cfr. Ribera, "Vida de Santa Teresa". Lib. I. Capítulo VIII" (46).

¡Conmovedoras delicadezas de Dios para con estas almas, enteramente predilectas y escogidas!

3. PASATIEMPOS MORALMENTE HONESTOS, PERO QUE NO ESTABAN HECHOS PARA ELLA.—Tornando al caso de Florencia, todo se redujo a una afición un tanto desordenada a los bailes y diversiones. Pasatiempos que, aunque indiferentes en sí, no estaban hechos para ella, que había sido distinguida con gracias de predilección y llamada a una vocación enteramente excepcional. Además, esta afición desordenada la llevó a enfriarse un tanto en sus prácticas piadosas. Eso fué todo. Recuérdese que Florencia nos ha dicho poco ha que su hermana «gustaba mucho de salir de casa, frecuentar el paseo, bailar, etc., *aunque honestamente*». Esto que ella reconoce de su hermana, es claro que debe aplicarse también a su propio caso; ella no lo dice de sí, pero tampoco afirma lo contrario. Es notable que cuando se trata de otra persona no tiene inconveniente en reconocer la moralidad del acto; en cambio, este mismo acto, puesto por ella, le parecerá toda su vida una grave infidelidad. Para resolver esta aparente inconsecuencia o falta de lógica es preciso que nos coloquemos en el verdadero punto de vista y nos demos cuenta de que la condición de Sorazu era enteramente especial, por tratarse de un alma favorecida con gracias especialísimas y distinguida con una vocación completamente singular; por lo mismo, no se la puede juzgar por las reglas comunes. En la vida de Santa Margarita de Alacoque hallamos un caso bastante similar y vemos cómo Jesús la reprendió acerbamente por unas galas y adornos que usó en su juventud sin que en ello hubiera, objetivamente hablando, ni el más leve pecado venial (47). Pero es que —como

(46) William Thomas Walsh, Santa Teresa de Avila, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1945; pag. 43.

(47) Sáenz de Tejada, S. J., Vida y obras principales de Santa Margarita M.ª de Alacoque, 1943, Bilbao; págs. 26-7.

decimos— a estas almas excepcionales no las podemos juzgar por las reglas ordinarias: Dios les muestra con luces particulares lo que quiere de ellas y les exige mucho más, por lo mismo que las ha favorecido también más. En la vida ulterior de la M. Sorazu veremos cómo a veces algunos confesores, por ignorar esta condición suya del todo excepcional, le daban consejos desacertados, juzgándola según las normas comunes y mandándole se conformara en su vida con las otras religiosas, lo cual a ella le perjudicaba, no porque en sí fuera reprensible dicha vida «*sino por mi especial vocación a la santidad*» (48).

4. ¿PECADOS GRAVES?—La M. Sorazu lloró después amargamente los devaneos de este tiempo y toda su vida conservó la conciencia de pecadora y de haber cometido pecados graves (49). En el pasaje de la Vida en que nos relata su extravío lo afirma categóricamente: «No detallo los pecados que cometí en este período y en los anteriores para no escandalizar a las almas inocentes que quizá leerán esta relación, pero afirmo que fueron muchos y graves» (50). El P. Nazario Pérez, S. J., pone a estas palabras la siguiente apostilla: «No lo debió de pensar así el confesor, que al hacer Florencia la confesión general de toda su vida, la impuso tan sólo tres Avemarías en penitencia». Ni el P. Mariano de Vega, O. F. M. Cap., su director, que al pie de las anteriores palabras de la M. Sorazu estampa la siguiente declaración: «Si las almas inocentes y las que no lo son hubieran tenido la dicha de leer, como servidor, la confesión general de toda su vida, escrita en septiembre de 1910, no solamente no hubieran quedado escandalizadas, sino altamente admiradas de la bondad de Dios Uno y Trino para con esta humildísima criatura. No nos olvidemos que a los grandes santos, en virtud del altísimo conocimiento que tienen de Dios y de sus divinos atributos (como esta alma privilegiada) con cuya rectitud y santidad quisieran haber siempre conservado todos los actos de su vida, las simples imperfecciones les remuerden cual si fueran verdaderos pecados y las faltas leves como enormes maldades. No es de extrañar, pues, que a veces sean, o nos parezcan algo exagerados al hablar de los defectos y pecados propios» (51).

(48) Vida, II, 1, pág. 128.

(49) Tratado, XX pág. 280; XXIII pág. 354; Consideraciones sobre el Apocalipsis, Exposición págs. 47 y 48, etc., etc.

(50) Vida, I, 1, pág. 21.

(51) Vida, pág. 21, nota 1.

¿La argüiremos de conciencia errónea al calificar de grave lo que no es? Infinidad de veces tendremos ocasión de comprobar que a cada paso se metía en crueles incertidumbres y escrúpulos de haber faltado gravemente. «Por faltas insignificantes —nos dice el P. Mariano— metía frecuentemente su alma en tales dudas, oscuridades y fugas de Dios como si hubiese cometido los mayores crímenes y pecados» (52). Y el señor Arzobispo de Valladolid, que la oyó dos veces en confesión, le dió el siguiente consejo: «Que no volviera más a confesar los pecados de la vida pasada y que pidiese a Dios le diese una conciencia recta para distinguir el pecado de lo que no lo es» (53). Consejo muy propio al fin y al cabo de moralista y teólogo, pero ella no lo podía remediar. Nos hallamos aquí ante el mismo problema que antes hemos tocado, o sea, de cosas que aun siendo buenas o indiferentes en sí, a ella le remordían por su especial vocación; además veía con luz tan asombrosa la malicia y fealdad del más pequeño desorden, que fácilmente venía a persuadirse de que había cometido pecado grave.

Por lo demás, dentro del mismo período de disipación, Florencia se daba perfecta cuenta de su necesidad de conversión y así lo pedía al Señor todas las veces que asistía al sacrificio de la misa, como lo dice ella en el texto arriba citado (54), si bien pedía esta gracia para cuando tuviera los veinticinco años «y dispusiera de la firmeza y energía necesarias para perseverar en su santo servicio sin cometer la más mínima imperfección». Este deseo erróneo de no cometer la más mínima imperfección una vez entregada a Dios, fué la causa principal por la que difería la conversión. Mas la hora de la gracia estaba mucho más cercana de lo que ella misma sospechaba.

---

(52) Vida, pág. 164, nota.
(53) Cartas, 20-10-1910, t. 1, pág. 124.
(54) Apéndice Documental núm. 23

CAPITULO III

LA CONVERSION

(1889-1890)

Con la palabra conversión queremos abarcar en el presente capítulo no sólo el suceso o hecho mismo de la conversión, sino también el período de vida espiritual intensa y fervorosa que siguió inmediatamente a aquélla. Este período comprende en la vida de Sorazu un año, poco más o menos. Dividiremos, pues, el capítulo en dos artículos: el primero describe la misma conversión y el segundo el período de vida espiritual que siguió a ésta.

Artículo I

La conversión

1. La romería de Leaburu.—2. La hora de Dios

1. La romería de Leaburu.—Dejamos a Florencia entregada a los devaneos juveniles de los quince años. Mas aquí la esperaba Jesús. El suceso que determinó su conversión y que ella nos relata en su Vida, supone un marco típicamente vasco, que es preciso evocar, siquiera brevemente, diciendo dos palabras sobre la situación de los lugares que cita y las costumbres y ambiente que supone todo el relato. Dicho suceso fué la romería de Leaburu en la fiesta de San Pedro Apóstol el año 1889. Leaburu es una aldea sita en un monte a una hora próximamente de Tolosa. Tolosa a su vez es un villa situada en una

vega angosta, en la margen izquierda del río Oria. Su casco urbano se encuentra como ahogado en el estrecho espacio que dejan libre las montañas que por todas partes circundan a la villa. Todas estas montañas están pobladas de aldeas y caseríos que miran a Tolosa como a su centro natural y cuyos habitantes confluyen a la villa para sus ferias y compraventas. La gente de la villa, por su parte, gusta también de subir a las aldeas, sobre todo el día de la romería anual que cada una celebra en honor de su Patrono. Una de estas romerías fué, pues, la que dió ocasión para la conversión de Florencia. Hasta el detalle de las resquillas que compró en la romería para regalar a sus padres como recuerdo de la misma, es un dato típicamente real de dichas romerías.

Se encuentra Leaburu, como decimos, en la cumbre de un monte que domina a Tolosa. El camino que conduce a la aldea (actualmente hay carretera) ofrece en todo el trayecto un paisaje genuinamente vasco: bosque de castaños, manzanales, prados, caseríos solitarios... Si desde lo alto del monte volvemos la vista hacia Tolosa, la descubrimos en el fondo del valle, encajonada entre montañas. Frente por frente de nosotros se alza el monte Hernio, cual coloso, con su frente encapotada por la niebla; en sus laderas se asientan multitud de pueblecitos y aldeas: Vidania, Régil, Beizama, Albíztur, etc. Si miramos hacia el lado opuesto, aparece en el fondo Gaztelu, en un paisaje hórrido y bravío, entre breñas y desfiladeros; es el camino de Navarra, que tantas veces habrán recorrido guipuzcoanos y navarros en sus mutuas luchas fratricidas sostenidas a lo largo de toda la Edad Media. Por la parte norte tenemos el altísimo Uzturre, y por el sur aparece la imponente mole del Aralar, que desde Navarra penetra en Guipúzcoa. Y por todas partes, por todas las laderas y contornos del paisaje, contrastando con el verde intenso de prados y montañas, se alza la bendita silueta blanca del caserío vasco, arca y sagrario de los valores y reservas espirituales y morales de este pueblo, con su arquitectura característica, su frente serena erguida en la falda de los montes en un gesto de nobleza, de paz, con aire de rey patriarcal que ejerce su soberanía sobre la parcela de tierra cultivada aneja a cada uno.

A la aldea de Leaburu acudió, pues, nuestra Florencia la tarde del día 29 de junio de 1889, festividad de San Pedro Apóstol, con ánimo de divertirse honestamente en la romería que en ella se celebraba, por ser dicho Apóstol Patrono del lugar. No vamos a repetir aquí el relato de la romería, el regreso a casa

más tarde de lo que ella hubiera deseado, el sentido reproche que le dirigió su buena madre, los pensamientos de conversión que brotaron en su alma como efecto de esta reconvención, etc., ya que todo ello se halla bellamente relatado en el texto que insertamos en el Apéndice Documental n.° 26. Aunque por entonces decidió adoptar una actitud media, o sea, frecuentar las funciones de iglesia y salir después a paseo (los días de fiesta), pero, sin embargo, como nota ella, los días siguientes la acción de la gracia continuó trabajando secretamente su alma.

2. La hora de Dios.—El día 2 de julio intervino Florencia en una conversación de unas compañeras suyas que, entre otras cosas, hablaron de la utilidad de la confesión general y de la facilidad con que se hace. Extrañóse de oír esto, pues pensaba que era una cosa muy difícil, y ella tenía determinado hacerla cuando se convirtiera, a los veinticinco años. Preguntó si realmente era cosa tan fácil, y una de las personas presentes, que era una beata sólidamente virtuosa, le dijo que sí, que era cosa fácil, que su confesor tenía habilidad especial para esto, y que si quería hacerla, ella se encargaría de avisarle para el día y hora que quisiera. Contestóle Florencia que bien, que la haría al día siguiente.

Inmediatamente después que hubo proferido estas palabras (dichas tal vez sin pensar en todo lo que entrañaban), se suscitó en su interior una batalla entre dos opuestos espíritus: uno, que exigía que retirase la palabra dada, pues no debía adelantar la conversión antes de la fecha prefijada, y otro, que con soberana eficacia le obligaba a que la cumpliese, significándola que era llegada la hora de Dios. (Véase Ap. Doc. n.° 27.) ¡Cómo se palpa en este relato la acción soberana de la gracia eficaz, que triunfa aun de las oposiciones de nuestro querer, de los prejuicios e ideas erróneas que en aquel caso se oponían a la conversión y la hacían casi imposible! Creía Florencia, en efecto, que si después de convertirse volvía a caer en alguna imperfección o debilidad, no había ya lugar para rehabilitarse, y temiendo de su propia miseria, no se atrevía a convertirse hasta los veinticinco años, pensando que entonces tendría fuerzas para perseverar en esta inviolable fidelidad.

Pero, como decimos, la gracia se impuso y triunfó sobre todas estas dificultades. Verdaderamente era la hora de Dios. Hora que en el alma de Florencia sonó a la liberación y produjo en ella la mismísima impresión que experimenta el prisionero que

por fin ve soltarse las cadenas de su largo cautiverio y devolvérsele la libertad suspirada. Así lo nota ella, y ésta es cabalmente la impresión característica que tan vivamente han sentido las almas grandes y los genios auténticamente religiosos en el momento en que libres de las vanidades del mundo que entretenían su corazón, se entregaron con plenitud a Dios, único capaz de saciar sus aspiraciones infinitas. «No hay psicólogo —escribe el P. Luis de Sarasola, O. F. M., al biografiar la conversión de San Francisco de Asís— que pueda aclarar colmadamente este misterio de las almas altas y divinas, misterio de inquietudes, de amor y de dolor, que apenas sospechamos los hombres cotidianos, y que el ardiente amador Agustino expresó en dos frases inmortales: Hicísteme, Dios, para Ti, y mi corazón está inquieto hasta que descanse en Ti» (55). En su opúsculo «La Ovejita», Sorazu nos describe también la conversión bajo este mismo aspecto, o sea, como una llamada de Jesús que invita al alma a buscar en El la felicidad, que las criaturas son incapaces de dar (56).

Resuelta, pues, a convertirse y llena de gozo, se retiró a casa, cambió el vestido que llevaba por otro oscuro y se peinó «a lo beata», como ella dice. Despidióse de sus amigas, comunicándoles sus propósitos de conversión, y se preparó para hacer la confesión general, la que hizo al día siguiente, mereciéndole tres Avemarías por penitencia. Tanto la confesión como todo el proceso de la conversión fué acompañada de oleadas del más inefable gozo, de un consuelo y dilatación inexplicable. Incluso hay en su relato indicios inequívocos de gracias de orden místico: «Como si se hubiesen rasgado los cielos para franquearme sus puertas y mostrarme el regocijo de Dios y de la Santísima Virgen, *así me parecía ver con mi inteligencia* la complacencia de Dios Nuestro Señor y de la Señora, y que me concedían derecho a la eternidad dichosa...» (Véase Ap. Doc. n.° 28 b). Estas palabras, en un alma que no ha experimentado la Mística, significarían simplemente gracias abundantes, gracias sensibles, hondas o desbordantes ; pero en un alma, como Sorazu, que sabe por experiencia lo que es la Mística, denotan evidentemente gracias de orden místico, extraordinario.

(55) San Francisco de Asís, Espasa-Calpe, Madrid, 1929, págs. 86-7.
(56) I; O. M. págs. 101-102.

ARTÍCULO II

Período de vida espiritual que siguió a la conversión

1. PLAN DE VIDA ESPIRITUAL.—2. LA CONTEMPLACIÓN INFUSA. 3. IMPULSOS DE LA GRACIA HACIA UNA SANTIDAD ALTÍSIMA. 4. EL CAMINO REAL PARA LA PERFECCIÓN.—5. SOLICITACIONES DEL MUNDO

1. PLAN DE VIDA ESPIRITUAL.—La conversión de Florencia fué de tal modo radical y completa, que desde este momento hasta su entrada en el convento vivió en la más absoluta abstracción de las cosas temporales y de todo lo que se relaciona con el mundo (57). Escogió para su habitación el cuarto más retirado de la casa y lo transformó en oratorio, al cual se recogía en tiempos libres para practicar sus ejercicios piadosos. No hablaba más que lo preciso. Abstraída de todo comercio innecesario de las criaturas, incluso de sus hermanos, vivía sólo para Dios.

Ella misma nos ha conservado el primer horario que observó cuando se convirtió (58). Pero muy pronto, hacia el tercer mes, se sintió llamada al ejercicio de la meditación y se consagró de lleno a meditar la Pasión de Cristo, cuyos pasos repartía por las distintas horas del día, de este modo: inauguraba la meditación a las cinco de la tarde, leyendo y reflexionando el lavatorio de los pies y la institución de la Sagrada Eucaristía, «lo que hacía —dice— sin perjuicio de mis obligaciones» (se hallaba en la fábrica) (59). A las siete se dirigía a la iglesia, practicaba sus devociones y continuaba la meditación hasta la hora de la cena. Después de cenar, retirada en su oratorio, leía y reflexionaba un rato sobre la oración del huerto y la prisión de Nuestro Señor. «Si despertaba por la noche, unas veces sobre la cama para que no me sintieran mis hermanos, otras levantada, oraba un rato, puesta en cruz, continuando la meditación de la noche. Si no me despertaba —cosa que sentía mucho— reanudaba la meditación cuando me levantaba por la mañana, y reflexionaba la historia de la Pasión hasta los azotes. Cumplidas mis devo-

(57) Vida, I, 2, pág. 28.
(58) Vida, I, 2, pág. 29.
(59) Vida, I, 2, pág. 30.

ciones de la mañana en casa y en el templo, me dedicaba a las labores, y mientras tenía las manos ocupadas en la labor, continuaba la meditación hasta el mediodía, hora en que practicaba el ejercicio del Víacrucis, empleando en esto de doce a una. A la una comía, hacía mi lectura espiritual y me dedicaba a las labores. Hasta las cinco de la tarde miraba como tiempo libre, para emplearlo en las prácticas marianas y otros ejercicios de mi devoción. A las cinco empezaba de nuevo las meditaciones de la Pasión» (60).

Todo el capítulo II del Tratado es una descripción magistral de su vida espiritual en este primer período. Allí tenemos preciosamente reseñados los sentimientos que en ella producía la meditación de la Pasión. (Véase Ap. Doc. n.° 29).

¿Podríamos determinar con los datos que poseemos la naturaleza o índole de esta primera oración mental o meditación de la Pasión, que practicaba Florencia? Se ha dicho que de mil mujeres no son dos las que meditan, que la inmensa mayoría de ellas entran desde el principio en la oración mental por la afectiva (61). Por lo que hace a Sorazu, vemos que la reflexión y el discurso tenían su parte en su oración mental. Repetidas veces emplea expresiones como éstas: «Leía y reflexionaba», «reflexionaba un rato sobre la oración del huerto», etc., si bien este discurso, o mejor, recuerdo de los distintos pasos de la Pasión, no tenía más fin que despertar su afecto y los sentimientos de compasión que tan bien nos describe en el texto del Apéndice últimamente citado. Además, teniendo en cuenta que en almas llamadas a la mística no es infrecuente que se den oraciones medio místicas, o sea, oraciones en que con lo activo personal se mezclan despuntes verdaderamente místicos, no es improbable que en Sorazu sucediera algo de esto, máxime si consideramos lo que ella nos dice sobre la actitud que observaba en la iglesia y el tiempo prolongado que en ella permanecía. (Cfr. Ap. Doc. núm. 30).

Sea de esto lo que fuere, el texto de la Vida que reproducimos en el número siguiente del Apéndice (núm. 31), contiene con toda certeza una gracia de naturaleza extraordinaria.

2. LA CONTEMPLACIÓN INFUSA.—La aparición de la contemplación infusa está indicada tanto en la Vida como en el Tratado. He aquí las palabras textuales:

(60) Vida, I, 2, pág. 30.
(61) Hernández, Guiones, pág. 78.

"Deseaba retirarme al desierto, para perfeccionar la oración de contemplación con que se dignaba favorecerme Nuestro Señor alguna que otra vez" (62).

"Pasado algun tiempo, su meditacion se confunde a ratos con la contemplacion, y contemplacion muy subida, pues queda su mente como enajenada y fija en Dios, cuya bondad saborea sin comprenderla. Esta noticia sabrosa de Dios la sorprende cuando menos lo espera, aunque de ordinario recibe este favor mientras lee, recita alguna oración, hace su meditación o contempla el cielo" (63).

¿Era oración de quietud o llegaba tal vez a unión, puesto que la llama «contemplación muy subida»? Con solos estos datos no nos es posible determinarlo. De todos modos, la contemplación infusa no era aún habitual, sino que la gozaba «alguna que otra vez», e indica las ocasiones o momentos en que solía recibirla. Por todo su modo de expresarse salta a la vista el carácter llamativo o extraordinario que a sus ojos revestía este «favor», que ella distingue muy bien del modo de oración ordinario. Aparece también de manifiesto el carácter pasivo o infuso del fenómeno en la misma manera de expresarse: «recibe este favor», «la sorprende»... La noticia de que deseaba retirarse al desierto a fin de perfeccionar el don de la contemplación, aparece confirmada también por el siguiente testimonio de su amiga Encarnación Vidal: «Un día me dijo: —Yo viviría en una cueva en el monte Uzturre. Lo decía con una sonrisa en los labios que no se le notaba si era de veras o en broma».

3. IMPULSOS DE LA GRACIA HACIA UNA SANTIDAD ALTÍSIMA. En la Vida hace notar Sor Angeles que ya en esta primera época sentía ella aspiraciones elevadísimas, impulsos de la gracia hacia una santidad heroica y altísima, y que recibía favores del todo extraordinarios que confundían su humildad. Este sentimiento de su indignidad para tales favores le dificultaba la manifestación de los mismos al confesor. (Cfr. Ap. Doc. núm. 32.)

En el Tratado especifica e indica concretamente cuáles eran estas aspiraciones e impulsos a que alude la Vida (Cfr. Apéndice Documental núm. 33). Este texto es, además, notable por varios conceptos. En primer lugar, nos hace saber que ella ya entonces se daba cuenta de su vocación a una santidad altísima y tenía conciencia, si bien vaga y confusa, de sus altos destinos y de los estupendos prodigios de amor que el Esposo de las al-

(62) Vida, I, 2, pág. 32
(63) Tratado, II, págs. 32-33.

mas tenía determinado realizar con ella. Del mismo se desprende también que ella se considera comprendida entre las almas de la categoría C), es decir, privilegiadas pero pecadoras. Para entender esto, téngase presente que el Tratado empieza estableciendo una clasificación muy original de las distintas clases de almas, las que divide en privilegiadas, o sea, favorecidas con dones especiales, y en ordinarias, que no recibieron tales dones. Tanto las privilegiadas como las ordinarias pudieron caer en el pecado o bien conservar su inocencia bautismal, originándose así las cuatro categorías de almas: A) Privilegiadas inocentes. B) Ordinarias inocentes. C) Privilegiadas pecadoras. D) Ordinarias pecadoras. Ella se incluye a sí misma en la letra C), en conformidad con la conciencia que siempre tuvo de haber pecado gravemente en la precedente época de extravío y aun en períodos posteriores. Ahora bien, véase lo que ella ha escrito en el Tratado acerca de estas almas de la letra C), de su conducta y sentimientos durante el tiempo mismo de su extravío y de las profundas diferencias que un atento observador descubre entre ellas y las pecadoras ordinarias. Sus palabras sobre este particular resultan para nosotros tanto más preciosas e interesantes, cuanto que por lo dicho sabemos ya que se refieren a ella misma (Cfr. Ap. Doc. núm. 34).

De este texto deducimos nosotros (pues lo confiesa ella misma implícitamente) que aun en la época de extravío difería mucho del común de las otras almas ordinarias. No en su conducta, ya que como ellas corría tras de las mismas vanidades, sino en los sentimientos e íntimas aspiraciones que abrigaba. Esta nobleza de sentimientos, este «no sé qué tan divino» que en ella subsistía aun entonces, es a sus ojos efecto o consecuencia de gracias excepcionales, gracias singulares de predilección recibidas en la fuente bautismal. Repetidas veces cita la M. Sorazu el Bautismo como punto de partida de las gracias de predilección que en sí misma reconoce; por no citar ahora más que los textos anteriormente aparecidos, cfr. los núms. 16 y 31 del Ap. Doc. Con todo, en este mismo texto que ahora comentamos —el núm. 34 del Ap. Doc.—, vemos que indistintamente habla de gracias singulares recibidas ya en el Bautismo, ya simplemente «al venir a la vida». Creemos que la M. Sorazu sólo pretende asentar el hecho de que existen almas singularmente favorecidas y adornadas con gracias de predilección, lo cual veía cumplido en sí misma; si tales gracias excepcionales se deben atribuir al Bautismo o bien arrancan de antes, no se propone ella

resolverlo. Decimos esto, porque el P. Salvador Cuesta, S. J., cita a la M. Sorazu sobre este punto, y ante casos como un San Agustín que evidentemente es una de estas almas privilegiadas que Sorazu cataloga en la letra C), concluye que la condición excepcional de tales almas es anterior e independiente del Bautismo, que el Santo de Hipona no recibió sino muy tarde (64). De hecho, cuando Sorazu habla de haber sido enriquecida con gracias y dones singulares —véase, por ejemplo, Ap. Doc. número 14 c— puede referirse tanto a dones de naturaleza como de gracia. «Dísteisme un cuerpo bien organizado y un alma bien inclinada, un entendimiento claro para conoceros y una voluntad generosa para amaros», dirá ella misma más tarde en un coloquio inédito (65). Sobre esta óptima base natural se agregaron, además, singularísimas gracias de orden sobrenatural: ilustraciones, inspiraciones, etc., en número y calidad seguramente muy superiores al común de los cristianos. Y, en fin, las gracias que por sí mismo lleva consigo el santo Bautismo para todo cristiano, gracias cuya influencia reconoce haber sentido ella en su primera infancia (Cfr. Ap. Doc. núm. 7).

4. El camino real para la perfección.—El Tratado nos hace saber, además, que «inmediatamente o poco después de su conversión (algunas veces lo conocen antes), Dios Nuestro Señor muestra al alma un camino recto, seguro, espacioso y real, que conduce al cielo. Es la vida de Jesucristo, su divino Hijo, nuestro Redentor y modelo» (66). Esto es algo muy capital en la vida y en la doctrina de la M. Sorazu, como en su lugar tendremos ocasión de demostrar. He aquí el programa bien concreto, el ideal, la meta precisa y bien definida a la que ha de aspirar el que se propone trabajar en la obra de su propia santificación: la imitación de Jesucristo, la asimilación de sus virtudes. Es todo cuanto Dios pide de nosotros: que imitemos a su divino Hijo muy amado, que nos configuremos con su bendita imagen.

«Al mismo tiempo le presenta un santo o santa o varios para que se inspire en ellos en las disposiciones con que debe caminar para conseguir su perfección y para que a través de sus virtudes contemple a Jesucristo, sobre todo en los principios,

(64) El equilibrio pasional en la doctrina estoica y en la de San Agustín, pág. 29, nota 52.

(65) Confesión general con Jesús Sacramentado, Coloquios, pág. 152.

(66) Tratado, III, pág. 35.

hasta que adaptada su alma pueda contemplar de hito en hito su fisonomía humano-divina» (67). Por la Vida sabemos que este santo fué el seráfico Patriarca San Francisco de Asís (68): leyó su vida, y precisamente el deseo de imitarle es lo que le movió a consagrarse enteramente a la meditación de la Pasión (69). Su amiga Encarnación Vidal nos hace saber, además, que ingresó en la Venerable Orden Tercera de San Francisco y que solía frecuentar la iglesia del Santo Patriarca. La devoción a San Francisco y la devoción al Corazón de Jesús fueron los dos principales medios de santificación en esta primera época; «pero con la particularidad —añade— que las dos devociones se desarrollaban bajo la protección de la Santísima Virgen, en cuyo obsequio empleaba la mayor parte del tiempo» (70).

5. SOLICITACIONES DEL MUNDO.—Dado el género de vida que llevaba y su total apartamiento de las cosas del mundo, no es extraño que hubiera quienes pretendieran disuadirla del camino emprendido. Pero en vano. Contesta negativamente a todas las solicitaciones del mundo con acento que revela la firmeza de su resolución, lo feliz que se siente desde que pertenece a Dios y la compasión que le inspiran los servidores del mundo (Cfr. Ap. Doc. núm. 35).

Su amiga Encarnación Vidal, tantas veces citada, pues es el testigo de mayor excepción para esta época de su vida, nos informa del siguiente episodio:

"La primera vez que yo conocí a Sor Angeles fué en el puente de Santa Clara. Iba a la Salve a las cinco de la tarde. Se encontró con su amiga niñera que salía antes con ella, y le dijo su amiga:

—¡Chica, te has vuelto loca!

Y ella le contestó:

—Más loca eres tú.

—¿Cómo te has vuelto así?

—Pues como se vuelve una piedra al otro lado: ni más ni menos.

Y se marchó a la Salve. Servidora pasaba en aquel momento y escuché esas frases. Yo antes no la conocía. A los pocos días se acercó a nuestro grupo y nos dijo:

—Yo me agrego a vosotras.

Y de esta manera se hizo nuestra amiga."

---

(67) Tratado, III, págs. 35-6.
(68) Vida, I, 2, págs. 28 y 30-31.
(69) Vida, I, 2, pág. 31.
(70) Vida, I, 2, págs. 28-9.

Y la informante de este curioso episodio subrayaba el gesto decidido y altivo con que Florencia supo despedir a su antigua compañera de frivolidades.

No conocemos mejor comentario para cerrar este período de la vida de la M. Sorazu que las bellísimas páginas que ha escrito el seráfico Doctor San Buenaventura describiendo este estado del alma cuando se convierte a Dios y se entrega por completo a las cosas celestiales. Se encuentran en el precioso opúsculo «De quinque festivitatibus pueri Jesu». La primera de estas cinco festividades es la concepción espiritual del Niño Dios por el alma, la cual tiene lugar cuando ésta concibe el propósito de darse por entero a la santidad, y empieza a ponerlo por obra. Efecto de esta celestial preñez, empieza el alma a palidecer y enfermar, siente fastidio de las cosas terrenales y sólo tiene apetito de las celestiales. Entonces vendrán a insinuar en sus oídos venenosos consejos, pretendiendo disuadirle del camino emprendido, haciéndole ver que le sobrevendrán mil enfermedades: tisis, parálisis, vértigos de cabeza, etc., y sugiriéndole toda clase de inconvenientes. «Heu, heu, quot et quantos maledicta mundialium consilia supplantaverunt et conceptum in eis per Spiritum Sanctum Dei Filium exstinxerunt». Mas tú, oh carísima alma, guárdate de tales consejos; «si sientes haber concebido al dulcísimo Hijo de Dios con el propósito de una vida santa, despide estos venenos mortíferos y corre, date prisa y suspira, como mujer en su último mes, por llegar felizmente al parto» (71).

(71) Obras de San Buenaventura, Biblioteca de Autores Cristianos, t. II, Madrid, 1946' págs. 366-373.

CAPITULO IV

"EL DESIERTO"

(1890-1893)

El nuevo período de vida espiritual que siguió al que hemos descrito en el capítulo precedente, comprende tres años en la vida de Sorazu, a saber: el último de su vida seglar y los dos primeros de su vida religiosa. Dividiremos, pues, el capítulo en dos artículos. En el primero estudiaremos el último año de su vida en el mundo, y en el segundo los dos primeros años de su vida en el convento; pero téngase presente que, como decimos, el estado espiritual que en ambos se describe es uno mismo, que se inició en Tolosa y prosiguió a su ingreso en el claustro.

ARTÍCULO I

El último año de vida secular

1. PRIVACIÓN DE LA DEVOCIÓN SENSIBLE. — 2. SE DECIDE SU VOCACIÓN RELIGIOSA.—3. ALMA VASCA DE SOR ANGELES

1. PRIVACIÓN DE LA DEVOCIÓN SENSIBLE.—Un año duró el primer período que hemos descrito en el capítulo precedente, al cabo del cual sobrevino inesperadamente la privación de la devoción sensible y de todos aquellos consuelos y favores que recibía en su vida de oración, agregándose a todo una dificultad muy grande para los ejercicios de piedad (72). Dió la casualidad

(72) Tratado III, pág. 37 y ss.

de que pocos días antes de experimentar dicha privación, había tenido una peligrosa tentación de volver a las vanidades del mundo, y como no sabía distinguir entre sentir y consentir, creyó haber cometido un pecado gravísimo, incalificable. Al sobrevenir luego dicha privación de la devoción sensible, parecióle ver en este hecho la confirmación clara del mal estado de su conciencia y se creyó poco menos que excluída del beneficio de la salvación por el horrendo crimen que creía haber cometido (73). Desde niña tuvo la idea errónea de que una vez convertida a Dios no se podía cometer la más mínima imperfección, so pena de quedar excluída para siempre de la salvación. Recuérdese que precisamente por temor a una recaída no había querido adelantar su conversión antes de los veinticinco años; y he aquí que ahora le había sucedido lo que tanto había temido...

Sentía Florencia fuertes inspiraciones y una como necesidad interna de traducir al confesor toda su vida íntima, las luces y favores que había recibido en el primer año de su conversión, junto con las dudas y aprensiones de ahora; pero no se atrevía a hacerlo por su excesiva cobardía y retraimiento. Dábale vergüenza manifestar la alteza de la vocación a que se sentía llamada por la gracia, cuando a su parecer debería contentarse con una santidad común y ordinaria y dejar para las almas inocentes esas elevadísimas aspiraciones (74). Su silencio con el confesor nacía, pues, tanto de su temperamento tímido y retraído como de la honda conciencia que tenía de su propia vileza, y de una humildad mal entendida. No hay que decir que esta falta de claridad completa con los ministros de Dios le hizo mucho daño. Lo reconoce ella misma: «este silencio que guardé con los confesores... fué la causa de mi caída en la tibieza...» (75).

Ignorante Florencia en absoluto de que en la vida espiritual existieran estas «noches» o pruebas como la que a ella le había sobrevenido, creyó ver en el retiro de la devoción sensible un signo evidente del mal estado de su conciencia, como hemos dicho. Además, el ya mencionado error que tuvo desde niña sirvió al demonio para tentarle de desesperación, con lo que ya se adivina lo sumamente peligroso de su estado y los indecibles trabajos espirituales a que se vió sometida, absolutamente sola y sin ayuda humana. Una palabra suya que hubiera dicho a

(73) Vida, I, 3, pág. 35.
(74) Vida, I, 3, pág. 34.
(75) Vida, I, 3, pág. 36.

un sacerdote experimentado hubiera sido bastante para disipar tales aprensiones y ayudarla a llevar con fruto la prueba del retiro de la devoción sensible. Por eso, justamente reconoce ella que su silencio le ocasionó gran daño para su vida espiritual; primeramente, porque ello importaba una negativa o resistencia a lo que le pedía el Señor por medio de fuertes y reiteradas inspiraciones, y esta resistencia suya fué el motivo principal de que permaneciera durante estos tres años en un estado semi-estacionario; y, en segundo lugar, porque sin la ayuda de la dirección no supo llevar con la debida fidelidad esta misma prueba de la privación del fervor sensible.

"No volví —dice ella— a las vanidades del mundo en el periodo de tiempo que refiero, pero vivi mal, cometiendo muchos pecados y, sobre todo, el abuso de las gracias recibidas, porque abandoné la mayor parte de los ejercicios piadosos, mi oracion y penitencias, y aunque me empleaba en obras buenas, practicaba éstas sin espiritu y tal vez sin la rectitud de intención que debiera acompañar a las mismas." (76).

Para colmo de males, a los sufrimientos internos indicados se agregó la terrible tribulación en que quedó sumida su pobre familia con la muerte de su hermana mayor, que referirá poco más adelante.

Véase en el Ap. Doc. núm. 36 la descripción que ella nos hace de sus sufrimientos internos y vida espiritual por este período. El sufrimiento más penoso provenía de esta terrible aprensión de que había perdido la gracia y la había perdido sin remedio, o sea la tentación de desesperación. Veremos por toda la vida de Sorazu que ésta fué una de sus tentaciones más típicas, y aún diríamos la más característica y frecuente en ella. Y sin que excluyamos la parte del demonio, había también seguramente en su mismo temperamento tímido y retraído alguna base, facilidad o predisposición hacia estas ideas terribilísimas que tan extrañamente la perseguían.

2. SE DECIDE SU VOCACIÓN RELIGIOSA.—Este mismo año se decidió la vocación religiosa de Florencia. Ello fué de la siguiente manera: su confesor ordinario, don Francisco Tellechea, el mismo con quien hiciera la confesión general, le mandó en cierta ocasión que se fuera a confesar con otro sacerdote que oía confesiones en otro confesonario de la misma iglesia, don Mar-

(76) Vida, I, 3, pág. 36.

tín Barriola, párroco de Anoeta, pueblecito distante pocos kilómetros de Tolosa.

"Era este un santo —comenta Sorazu— y por tal lo calificaba el vulgo devoto. No le hice ninguna manifestacion de mis interioridades, pero a pesar de mi silencio, iluminado por luz superior, adivinó mis proyectos de retirarme al desierto, el motivo que me inspiraba este deseo y mis sentimientos. Contestabale que era verdad cuanto me decia, y dijome entonces que Dios Nuestro Señor me habia deparado el desierto en un convento de clausura. Que pretendiese donde me sintiera llamada. Le dije que mis padres no podian darme la dote necesaria para ingresar en un convento de clausura, pero me insistió que pretendiese el ingreso asegurándome que me aceptarian donde quiera que pretendiese. Referi a mi confesor el caso, quien confirmo el consejo del extraordinario y me mandó que lo tratara cuanto antes con mis padres, y que el medio mas facil era perfeccionarme en los estudios de musica para ingresar en concepto de cantora o de organista. Hable a mis padres y aprobaron el medio de mi confesor y decidióse mi vocación. Hasta esta fecha no pensaba en la vida religiosa, sino unicamente en cumplir la santisima voluntad de Dios. Esto contestaba a mi confesor cuando me hablaba de la vocacion religiosa." (77).

Fué el señor don Felipe Gorriti, afamado músico y compositor navarro que a la sazón ejercía el cargo de organista de la iglesia parroquial de Tolosa, quien dió a Florencia las lecciones de música que la valieron por dote. Florencia tenía hermosísima voz y muy buenas aptitudes para el canto.

En un principio pensó ingresar en las Capuchinas de Caspe. Incluso hizo un viaje a esta ciudad, acompañando a una amiga suya que entró religiosa en dicho convento. Con ocasión de este viaje se detuvo en Zaragoza a visitar el templo de Nuestra Señora del Pilar. En Caspe la examinó en el canto el organista de la parroquia principal, que era padre de la que más tarde se llamó M. Esperanza de San Rafael, muerta con gran fama de santidad el año de 1936, siendo Abadesa de las Clarisas de Lerma (Burgos). Esta fué la ocasión de que ambas jóvenes (que eran de la misma edad) trabaran entre sí conocimiento y amistad. Aun desde sus respectivos conventos de Valladolid y Lerma se relacionaron entre sí alguna que otra vez. Más adelante hallaremos en la vida de Sorazu alguna alusión a la M. Esperanza.

Regresada a Tolosa, no pensaba Florencia más que en el día en que se recluiría para siempre en su amado convento de las Capuchinas de Caspe. Pero los designios de Dios eran otros. El día mismo que pensaba salir de Tolosa para Caspe contrajo

(77) Vida, I, 2, págs. 32-3.

una enfermedad de carácter grave, y poco después su hermana mayor enfermó y falleció.

"Con este fatal desenlace —cuenta ella en la Vida—, toda la familia quedamos sumida en una terrible tribulación, la mayor que conoci en la historia de mi pobre familia. La difunta acababa de cumplir los veintiun años. Con este motivo, diferi para más tarde mi entrada en religion, pues mi primer deber, en aquella ocasión, era consolar a mis atribulados padres, quienes deseaban retenerme a su lado dos años mas; pero en vista de mis anhelos por la vida religiosa, se conformaron con que estuviese en su compañia medio año más siquiera, y asi lo hice." (78).

Mientras se cumplía el plazo señalado, ocurrió que las Concepcionistas de Valladolid necesitaban también una cantora, y enteradas providencialmente de Florencia, la escribieron, invitándola a ingresar en su convento. Florencia se inclinaba a cumplir la palabra dada a las Capuchinas, pero su buena madre, viéndola de salud no muy fuerte, temió que su hija no podría sobrellevar la austeridad de las Capuchinas y la aconsejó se decidiera por las Concepcionistas.

El día 25 de agosto de 1891, a las dos de la tarde, presenció la estación de Tolosa un espectáculo emocionante. Una joven de dieciocho años se despedía para siempre de sus padres y hermanos, que no la habían de ver más, y daba su adiós definitivo al mundo para sepultarse en la bendita soledad, en el suspirado desierto que tanto había deseado y a cuya sombra protectora iba a cumplir Jesús los estupendos prodigios de amor que tenía determinado realizar con esta humildísima criatura. Acompañóle en el viaje su propio confesor.

Al hablarnos del último día que pasó en Tolosa, hace notar que visitó «por última vez» la iglesia de San Francisco de dicha villa. Por su amiga Encarnación Vidal sabemos también que solía frecuentar dicha iglesia: «Era Terciaria Franciscana y acostumbraba a ponerse en San Francisco, muy adelante, junto al altar de San Antonio». Sabemos ya que en su conversión escogió al Seráfico Patriarca como a especial protector y modelo en la imitación de Jesucristo, y en las tribulaciones de su último año en el mundo nos ha dicho también que todo su consuelo consistía en contar a San Francisco sus cuitas, visitándole en una devota efigie suya (Cfr. Ap. Doc. núm. 36). Mas para su vida espiritual cotidiana acudía Florencia a la iglesia parroquial de Santa María, que estaba muy cerca de su casa y contigua a

(78) Vida, I, 3, pág. 37

la fábrica de boinas en que ella trabajaba. Además, en el tiempo que Florencia vivió en Tolosa, el antiguo convento de San Francisco se hallaba desierto; los hijos del Serafín de Asís faltaban de él desde la exclaustración y la iglesia estaba regida por un cura. La Comunidad franciscana de Tolosa no se restauró hasta el año 1916.

3. ALMA VASCA DE SOR ANGELES.—Al relatarnos Sor Angeles en su Vida sus impresiones y disposiciones internas en los primeros días de su vida religiosa, deja escapar a su pluma estas frases que, según dice, repetía con frecuencia hablando consigo misma:

"Dejé a mis padres y hermanos que tanto amaba, y vine a esta tierra extraña donde nada me gusta ni satisface el corazon, y despues de haber sacrificado todo cuanto amaba en la tierra, ¿pondré mi afecto en criaturas desconocidas para mi? No, Dios y solo Dios sera en adelante el único objeto de mi amor, sólo Dios, sólo Dios." (79).

Estas palabras de Sorazu nos revelan que al natural contraste y violencia que había de ocasionarle el verse arrancada de golpe y para siempre del hogar en que tenía puesto todo su amor para formar parte de una comunidad compuesta enteramente de personas nuevas y desconocidas para ella, se agregó también la impresión desagradable de verse en tierras y ambientes para ella extraños. No debemos olvidar, en efecto, que Florencia vivió hasta este momento en un medio enteramente vasco y, por lo mismo, completamente diverso del que desde ahora había de envolver su vida. El euskera fué la lengua que ella mamó y habló preferentemente en familia y en sus relaciones sociales, y en esta dulce lengua fueron concebidos y vividos los hermosos episodios de su infancia que quedan relatados. Florencia («Florentxi», como la llamaron entre los suyos) pertenecía a esa clase de gente que puebla aún las zonas vírgenes, invioladas de la tierra vasca. Queremos decir, esas zonas (por desgracia cada día más restringidas) en que todavía se conservan y se viven en toda su plenitud las costumbres, la lengua y el genuino modo de ser vasco, con su mentalidad, semblante moral y traza inconfundibles. Hoy Tolosa y San Sebastián han perdido en gran parte este genuino carácter o fisonomía vasca, pero hace cincuenta años lo retenían casi enteramente.

(79) Vida, I, 4, pág. 45.

Cuando la M. Sorazu envió sus obras al Padre Nazario Pérez, S. J., le decía:

"Le suplico que corrija con entera libertad todos los defectos que hallara en los escritos, especialmente en el estilo y forma, porque estoy persuadida de que hablo la lengua castellana incorrectamente, como generalmente lo hacen todas las que hablaron primeramente el vascuence." (80).

A la verdad, son relativamente pocas las incorrecciones que encontramos en sus escritos. No puede uno menos de admirar la perfección y maestría con que maneja el castellano, constituyendo ello una prueba más de sus privilegiadas dotes y cualidades mentales. Si comparamos, por ejemplo, los escritos de la M. Sorazu con los testimonios que todas y cada una de las religiosas de su propio convento (casi todas castellanas) escribieron acerca de ella, se advierte en seguida una notable y evidente superioridad de aquélla sobre éstas, tanto en las ideas y corrección como en el modo de expresarse; superioridad que delata ante todo un alma de talla y cualidades naturales relevantes.

De aquí en adelante, inmersa ya para siempre en un ambiente totalmente castellano, sabemos que la M. Sorazu no olvidó nunca su lengua materna. Incluso en sus cartas familiares hay frases escritas en dicha lengua (81). Su disposición para el canto es otra cualidad que nos revela su alma vasca, pues de todos conocidas son las dotes musicales de los hijos de este país. No deja de ser un rasgo simpático de Sorazu el ver la parte que tiene el canto en su vida espiritual, singularmente en sus crisis dolorosas, cuando contaba sus penas al Señor ante el Sagrario cantando en el silencio de la noche o desahogaba su entusiasmo por la Virgen del mismo modo (82). Finalmente, la víspera misma de su muerte la veremos musitar una oración en *vascuence*, según nos contará la M. Presentación, que la asistió y acompañó en el trance supremo.

¿Cuáles eran los propósitos que animaban a Florencia al dirigirse al claustro? Los hallamos expresados en el texto que insertamos en el Ap. Doc. núm. 37: expiar su vida de pecados con una nueva vida de penitencia y de servicios prestados al Señor. Aspirar a una alta santidad le habría parecido soberbia y cosa impropia para ella, tan indigna y pecadora. Sin embargo,

(80) Carta al P. Nazario Perez, S. J., 28-10-1919, fragmento publicado en el prólogo del Tratado, pag. 6.

(81) Odieta, Angeles Sorazu, en el semanario vasco «Argia», número de 18 de octubre de 1925.

(82) Vease Apéndice Documental, núms. 52, 62, 108 y 131.

ya antes de ahora hemos visto que cuanto más indigna se creía de aspirar a cosas altas y elevadas, tanto más le impulsaba y hasta obligaba la gracia hacia una santidad toda heroica, altísima y excepcional. Esto mismo observaremos constantemente durante toda su vida; mas ella jamás depuso su actitud, actitud de quien se sabe indigna y, por lo mismo, manifiesta su extrañeza ante la especial predilección con que el Señor la distingue y favorece. Es la consabida ley que preside la economía divina: Dios se complace en exaltar y encumbrar a los humildes.

ARTÍCULO II

Los dos primeros años de vida religiosa

1. POSTULANTADO, NOVICIADO Y PROFESIÓN RELIGIOSA.—2. LA PERFECTA CONSAGRACIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN, PRINCIPIO DE TODOS SUS BIENES.—3. ASALTOS Y EMBESTIDAS DE LA GRACIA.—4. DIAGNÓSTICO DEL ESTADO ESPIRITUAL DESCRITO EN EL PRESENTE CAPÍTULO

1. POSTULANTADO, NOVICIADO Y PROFESIÓN RELIGIOSA.

"Cuando penetré en el claustro y las religiosas me presentaron a una santa imagen de la Virgen, experimenté una felicidad divina, inexplicable, un deseo ardiente de santidad, una dilatación o descanso muy grande en mi alma, como quien estaba en su centro y poseía su anhelo." (83).

Poco más abajo, al referirnos el súbito florecer de su vida mariana, que tuvo lugar inmediatamente después de su profesión, veremos que vuelve a mencionar esta primera impresión que experimentó al entrar en el convento y añade a los aquí expresados otros detalles que claramente denotan la presencia de gracias místicas en el hecho referido.

Inició el mes de postulantado animada de los mejores deseos, resuelta a responder a los designios de Dios. A los pocos días la constituyeron lectora en el refectorio, y la primera vez que leyó la Santa Regla (84) quedó enamorada y prendada de

(83) Vida, I, 4, págs. 40-1.

(84) Las Concepcionistas tienen Regla propia, semejante a la de Santa Clara, pero con facultad de poseer bienes en común. Fue aprobada por Julio II por Bula «Ad statum prosperum», de 17-9-1511.

la altísima perfección que entraña el cumplimiento de la misma y a la cual está llamada toda religiosa por su misma vocación. (Cfr. Apéndice Documental núm. 38.)

Tomó el hábito el día 29 de septiembre, fiesta del Arcángel San Miguel, y le cambiaron el nombre de Florencia por el de Sor María de los Angeles. Respecto de este nombre, ella misma nos dice cómo el último año que vivió en el siglo se sintió llamada a cierta intimidad con los espíritus angélicos y concibió la idea de emparentarse con ellos, llamándose en la religión Sor María de los Angeles (85). En uno de los textos ya citados nos ha hecho ya una ligera alusión a sus «devociones angélicas» en su último año de vida seglar (86). Concepción Olascoaga, sobrina de Sor Angeles, que reside en Tolosa, nos contó, de haberlo oído a su madre (es decir, a la hermana de aquélla), cómo Florencia había escrito con profusión en las paredes de su cuarto las palabras «Sor María de los Angeles». Y a fe que en toda su vida, espiritualidad y relaciones sobrenaturales tendremos ocasión de comprobar esta portentosa afinidad de la M. Sorazu con los santos ángeles, como que más que criatura humana parece un ángel encarnado, o más exactamente y como ella misma dice, una criatura humana a la que los ángeles aceptaron como hermana y educaron según sus maneras angélicas (87).

Su vida durante el Noviciado nos la resume con estas palabras:

"Casi todo el año viví sumida en la tibieza y disipacion de sentidos y potencias, practicando los ejercicios espirituales, así comunes como particulares, sin devoción ni atención y cometí muchos pecados. La causa principal de esta tibieza y relajación entiendo que fué mi poca franqueza con el confesor ordinario para ponerle al corriente de mi vocación a la perfección y comunicarle mis interioridades, como me lo exigía el Señor, quien castigó mi rebeldía con los sufrimientos que me ocasionó su aparente severidad y abandono." (88).

Nuevamente vuelve a señalar su falta de franqueza con el confesor como causa de su estado deficiente en la vida espiritual. Dios le exigía tradujese su alma toda entera al confesor, y su resistencia a la inspiración divina era la causa de su estancamiento y retroceso. Por lo demás, los que ella llama pecados

(85) Vida, III, 14, pág. 188.
(86) Apéndice Documental núm. 36.
(87) Vida, III, 14, pág. 198.
(88) Vida, I, 4, pág. 43.

eran faltas de observancia, de silencio particularmente, para las que venía la iniciativa de otras religiosas, y ella, por su natural blando y condescendiente, no se atrevía a mostrar su disconformidad (89). Sus principales sufrimientos durante el año del Noviciado fueron la idea de que se hallaba en mal estado de conciencia y en una como imposibilidad de recobrar la gracia que creía haber perdido a la edad de diecisiete años; el arrepentimiento de haber dejado a las Capuchinas de Caspe por las Concepcionistas y la tentación de entrar en otra Comunidad más observante «donde pudiese responder a mi vocación siguiendo la vida común, sin necesidad de singularizarme» (90). Además se sentía privada de todo consuelo, divino y humano:

"De éste, porque no tenía confianza con el confesor, ni me gustaban las religiosas que entonces constituían la Comunidad, y del divino, porque me consideraba en desgracia de Dios y como el blanco de sus iras por mis extravíos." (91).

Pero nunca pensó en volver al siglo porque estimaba más a Dios que a sus padres y apreciaba en su justo valor la vocación religiosa (92).

Respecto al estado de relativa relajación en que se hallaba la Comunidad, véase el texto que insertamos en el Ap. Doc. número 39. Por ese mismo texto vemos cómo Sor Angeles se sentía requerida por Dios para la obra de la reforma religiosa y exponía al Señor su dificultad, dificultad que nacía, como dice, de su carácter retraído y condescendiente, incapaz de comprometer la libertad del prójimo. Asimismo, se hallaba la Comunidad en estado muy decadente; cuando ingresó Florencia no eran más que ocho las religiosas y hacía muchos años que no había sido admitida ninguna otra joven de coro (93).

Conviene tener presente estos datos para mejor apreciar la obra llevada a cabo por la M. Angeles en su convento y el estado por todos conceptos floreciente en que lo dejará a su muerte. Cuando en 1913 se trató de que la M. Sorazu fuera en calidad de reformadora al convento de Concepcionistas de Logroño, el Prelado no lo permitió, pues no se le ocultaba que ella consti-

(89) Vida, pág. 48, nota.
(90) Vida, I, 4, pág. 43.
(91) Vida, I, 4, pág. 44.
(92) Vida, I, 4, pág. 45.
(93) Vida, pág. 40, nota 3 y pág. 45, nota.

tuía el alma y el puntal más firme, del que no convenía privar a la Comunidad:

"Pues habia levantado esta casa de las cenizas en que yacia, todo lo cual es notorio hasta a los seglares que viven fuera." (94).

El día 6 de octubre de 1892 hizo la profesión religiosa y empezó a cumplir la Regla

"con la perfeccion que Nuestro Señor me pedia. Me sobrevino una tribulación grande por parte de las religiosas, que sufrí en silencio por amor a la observancia, dispuesta a morir antes que ser infiel a mis juramentos." (95).

2. LA PERFECTA CONSAGRACIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN, PRINCIPIO DE TODOS SUS BIENES.—Con su profesión religiosa está íntimamente relacionado un hecho capitalísimo en la vida espiritual de la M. Sorazu, a saber, lo que ella llama

"el desarrollo del germen mariano depositado en mi corazón, quizá en el Santo Bautismo, cuya presencia habia sentido varias veces en mi vida secular, cuando, atraida por fuerza misteriosa, visitaba a la Virgen Santisima pintada en una imagen de la pared sobre la sacristia de la iglesia parroquial de Tolosa en la visita mensual de las Hijas de Maria, que practicaba con extraordinario fervor, y singularmente el dia que ingresé en esta santa casa delante de la Virgen que se venera en el claustro, cuando experimenté lo que no puedo expresar, y mientras gustaba con viveza la felicidad que me hizo sentir la Señora, ardia mi alma en deseos de justicia y santidad y me fueron revelados algunos designios de Dios en mi vocacion." (96).

Es verdaderamente notable y sintomático que aun a su amiga Encarnación Vidal no dejase de llamarle la atención el primero de los dos hechos que aquí refiere Sor Angeles. Dice así en su testimonio:

"También acudia al Rosario todas las noches a la parroquia y le gustaba oir la lectura que hacen de la vida de los Santos *y contemplar la Purisima que esta pintada encima de la Sacristia.*"

Pues bien, este germen mariano depositado en su alma en fecha lejana iba felizmente a desarrollarse y a tener un esplén-

(94) Cartas, 11-10-1913.
(95) Vida, I, 5, pág 48.
(96) Vida, I, 5, pág. 47.

dido e inopinado florecimiento ahora, inmediatamente después de su profesión religiosa. El día 8 de octubre de 1892, sábado, se consagró Sor Angeles a la Santísima Virgen en concepto de esclava, súbdita, discípula e hija y la escogió a Ella por su Reina, Superiora, Maestra y Madre. Hizo el acto con mucha fe, y desde este momento concibió una confianza absoluta, filial hacia la Virgen, un entusiasmo y amor por Ella extraordinarios. Véanse en el Ap. Doc. núm. 40 las hermosas páginas en que ella nos cuenta el modo como practicó este acto de consagración a la Virgen, el entusiasmo mariano que sentía desde entonces, sus ansias de apoderarse y posesionarse de la Señora, y en fin, cómo considera ese acto cual principio de su vida espiritual, punto de partida de todos sus bienes, «la primera piedra fundamental del místico templo que Nuestro Señor erigió en mi alma».

Es de advertir, además, que cuando Sor Angeles hizo el acto de consagración a la Virgen, nada había leído ni oído acerca de la esclavitud mariana, secreto de María, etc., sino que practicó dicho acto a impulsos de su propia devoción o de una inspiración interna. El librito «Vida Mariana», del P. Nazario Pérez, S. J., no vino a sus manos hasta 1913, y si tanto le agradó fué por ver que enseñaba lo mismo que en substancia ya practicaba ella y con ella todas las religiosas de su convento, bajo su iniciativa y consejo. (Cfr. Ap. Doc. núm. 41).

Al describir en el Tratado la vida espiritual de esta época, tampoco se olvida de consignar este don de una ferviente devoción a la Santísima Virgen, pero lo considera principalmente como un precioso auxiliar concedido por Dios con vistas a la terrible noche que muy pronto iba a sobrevenir (97). Y en el opúsculo «La Ovejita», que, como dijimos, tiene muchos rasgos autobiográficos, describe la profesión religiosa interpretándola como una donación que hace Jesús a la Virgen del alma que se ha consagrado a El por los santos votos: como se ve, bajo una forma velada y alegórica, no hace sino reproducir una vez más su propio hecho histórico (98).

3. ASALTOS Y EMBESTIDAS DE LA GRACIA.—Por este tiempo, y no obstante su fidelidad a la práctica de la vida mariana, la gracia le seguía persiguiendo e instando a que cumpliese lo que le pedía el Señor, o sea, la manifestación de sus interioridades

(97) Tratado, III, págs. 44-5; VI, págs. 81-2.
(98) V; O. M., pág. 109.

al confesor. La preciosísima descripción que nos hace de estos asaltos de la gracia pone en evidencia hechos a todas luces extraordinarios y aun milagrosos (Cfr. Ap. Doc. núm. 42). Deseaba ella vencer su insuperable dificultad y lloraba viendo que no podía. Por lo cual, compadecido el Señor y contento por entonces con su buena voluntad, la consoló y prometió que a su tiempo la depararía un Padre que le facilitara la manifestación de su interior. Es esta la primera promesa acerca del P. Mariano, su «Padre verdad», quien tardaría aún muchos años en aparecer en el horizonte de su historia.

4. DIAGNÓSTICO DEL ESTADO ESPIRITUAL DESCRITO EN EL PRESENTE CAPÍTULO.—Para hacer la diagnosis del estado espiritual en que se encontraba Sor Angeles durante esta época, es preciso recurrir al Tratado, que en cuanto a enjuiciamiento e interpretación de los propios hechos es su obra más importante. En él hallamos la doctrina siguiente: cuando sobreviene al alma la privación de la devoción sensible y la dificultad para las prácticas piadosas (es decir, lo que sintió ella a los diecisiete años), lo que Dios pretende entonces del alma es que inmole cuanto hay en ella de desordenado, particularmente la pasión dominante, que le muestra cuál es: si el alma practica lo que Dios le pide e inmola la víctima requerida (en Florencia era la manifestación de su conciencia al confesor, como vimos; explícitamente lo afirma en Vida I, 3, pág. 38), entonces esta primera prueba termina pronto, pues el alma está ya dispuesta para entrar en la purgación pasiva; pero si el alma resiste, el período de prueba se prolonga y entonces tenemos el *Desierto*, que ella llama así con manifiesta alusión a los cuarenta años en que los israelitas vagaron errantes en castigo de su rebeldía. (Cfr. Vida II, 5, página 88), y durante todo este período el alma permanece estacionaria en la vida espirtual (99).

Así, pues, según la M. Angeles, todo el que se entrega a la vida espiritual, después del primer fervor, tropieza más o menos pronto con esta primera noche, que consiste en la privación de la devoción sensible. En este crítico momento, si el alma no tiene Director espiritual o ignora en absoluto los caminos por los que suele Dios llevar a las almas (como le sucedía a ella en aquel entonces), empieza a creer que cayó en pecado y a la citada prueba se agregan las ansiedades de una conciencia alarmada

(99) Tratado, III, pág. 41 y ss.

(100). Esta primera noche tiene carácter de prueba: es el momento de mostrarse fiel e inmolar a Dios las víctimas que pide, singularmente la pasión dominante. Si el alma lo hace, practicando con ello la purificación activa, pasará muy pronto a ser objeto de la pasiva. Pero muchas son infieles en esta primera prueba, y por ello pasan toda su vida en el *Desierto,* en un continuo ¡ay!, zarandeadas de sus pasiones que no quisieron inmolar y zaheridas de su propia conciencia que las acusa de infieles... Otras son rebeldes por más o menos tiempo y sufren asaltos e imposiciones de la gracia hasta que por fin ésta consigue subyugarlas (aquí describe su propio caso). Por tanto, estos tres años fueron para ella el *Desierto* o época estacionaria, por su resistencia en cumplir lo que le pedía Dios, la manifestación de su interior al confesor. Resumiendo, la noche es un fenómeno normal, el *Desierto* tiene carácter de castigo: es la misma noche que se prolonga por la infidelidad del alma.

Aunque de suyo la condición requerida para merecer la gracia de la purgación pasiva es el cumplir lo que Dios pide al alma, con todo, en su caso concreto, se compadeció el Señor en vista de su insuperable dificultad y porque vió en ella una buena voluntad y firme propósito de obedecerle (101). En seguida veremos, en efecto, que fué admitida a la purgación pasiva sin que por ahora cumpliera dicha condición. Cede el Señor por algún tiempo; mas no se olvide este detalle, pues es algo fundamental en la economía seguida por El con la M. Sorazu. A su tiempo volverá otra vez a urgirle la manifestación de su alma a un ministro suyo, y entonces se mostrará inexorable e intransigente sobre este punto.

Una última pregunta: ¿se encuentran en el estado descrito los síntomas denotadores de la noche del sentido? La noche del sentido es la puerta de entrada para la vía mística. Su elemento más característico y esencial es la idea no buscada y persistente de Dios que se impone al alma y atrae la voluntad, la cual se siente atada, aunque la ligadura no es aún tan fuerte que impida otros actos. Es, en suma, la contemplación infusa incipiente, la cual en sus primeras manifestaciones y albores es causa de diversos sufrimientos en el alma, aridez e impotencia principalmente, con las consiguientes dudas angustiosas (102).

---

(100) Tratado, III, págs. 38-9.

(101) Tratado, IV, pág. 83,

(102) Hernández, Guiones, pág. 141; Poulain, o. c., cap. XV, Les deux nuits de l'ame. La frontiere de l'état mystique, pag. 208.

Este rasgo de la idea de Dios, no buscada y persistente, que se impone al alma, aparece claro en el documento núm. 42 del Apéndice, sólo que aquí reviste matiz personalísimo, pues viene con la exigencia de la manifestación al director y la lucha a brazo partido entre la gracia y el alma. Tenemos, pues, que el *Desierto,* al mismo tiempo que una época de prueba y de castigo fué para Sorazu la mística noche pasiva del sentido. Ya San Juan de la Cruz hace notar que a veces vienen seguidas las dos noches, la del sentido y la del espíritu y esto es cabalmente lo que vemos en Sorazu, pues el *Purgatorio* que estudiaremos en el Capítulo siguiente es, indudablemente, la noche del espíritu. Por lo demás, y prescindiendo de la forma peculiar y concreta que revistió en Sorazu, aparece claro que la doctrina que ella nos da sobre *el Desierto* es de aplicación general o universal para la vida espiritual, y salta a la vista la importancia de este momento-límite o particularmente crítico. El alma que cuando sobreviene esta primera noche en su vida espiritual no sabe ser generosa con Dios, inmolando a Este las víctimas que la gracia le pide, quedará, hasta tanto que sepa vencerse, estacionaria y sin posibilidades de adelantamiento.

En fin, su estado y las faltas que por entonces cometía están indicados en las siguientes palabras con que ella resume y cierra la narración de este período:

"En el período que refiero, aunque empleaba la mayor parte del tiempo en ejercicios piadosos y pasaba largos ratos y alguna vez todo el día a los pies de la Santísima Virgen, cometía muchas faltas, además de la inicua condescendencia, que indiqué, y tenía necesidad de convertirme a Nuestro Señor segunda vez con una conversión más perfecta que la primera, que tuvo lugar cumplidos los dieciséis años; mejor dicho, necesitaba para corregir mis defectos y arribar al grado de perfección a que era llamada, purificar mi alma y acrisolar mi piedad en el purgatorio de la vida espiritual, cuya gracia solicitaba continuamente y me la concedió Nuestro Señor en la forma que diré en los Capítulos que siguen." (103).

De este texto se desprende que ella sentía la necesidad de la purgación pasiva y la pedía a Dios.

"Cuando para sacar todo el pus, ha de sangrar el corazón; somos, aun sin querer, muy blandos para nosotros mismos; para eso es necesario que sea otro quien apriete sin compasión hasta que salga la última gota por muy mezclada que traiga la sangre. Hemos de pedir a Dios que nos obligue a ello, que El, por sí o por otros, haga salir todo el pus. Esto es lo que hacen las purificaciones pasivas, exteriores e interiores." (104).

---

(103) Vida, I, 5, pág. 56

(104) Hernández, Guiones, págs. 17-8.

En una carta que escribirá muchos años más tarde, dirá la M. Angeles que Dios se entregó a su alma después de la terrible prueba que padeció desde los diecisiete a los veintiún años (105). En este cómputo vemos que considera como un único y continuado período de prueba estos tres años del Desierto más el del *Purgatorio*, que nos toca describir a continuación (106).

(105) Carta al Excmo. Sr. D. Agustín Hospital, 24-8-1919.

(106) Vease también Cartas, 21-7-1910, t. I, pag. 26, donde hace este mismo cómputo de 4 años de prueba.

CAPITULO V

EL PURGATORIO DE LA VIDA ESPIRITUAL

(15 agosto 1893—agosto 1894)

Hasta aquí lo místico ha aparecido en la vida de Sorazu con relativa frecuencia, pero siempre en casos aislados o rasgos sueltos, nunca constituyendo estado habitual o permanente (exceptuando los tres años del *Desierto,* que, como hemos visto, constituyen la noche pasiva del sentido). Desde este momento, en cambio, lo místico irrumpe en la vida de Sorazu en forma tal, que constituirá la atmósfera habitual y continua dentro de la cual se desenvolverá en adelante su vida. El capítulo que ahora nos toca estudiar es, además, el capítulo central de esta primera parte, pues contiene el estudio de la obra purificativa llevada a cabo por modo místico en su alma. Esta importantísima fase mística se halla magistralmente relatada por Sorazu en sus dos obras principales: el Tratado y la Vida. Ambos relatos, por así decir, paralelos, se completan y aclaran mutuamente, y ambos hemos de utilizar constantemente. Para que la misma abundancia de documentación no engendre confusión, se hace necesario proceder con orden, lo cual procuraremos mediante una buena división del capítulo en sucesivos artículos.

ARTÍCULO I

La segunda conversión

1. CITADA A JUICIO POR SAN FRANCISCO. — 2. EXTRAORDINARIAS DIFICULTADES EN LA PRÁCTICA DE LA VIDA INTERIOR

1. CITADA A JUICIO POR SAN FRANCISCO.—Hasta el presente, Sor Angeles no ha sido en modo alguno una religiosa tibia o rela-

jada. Para convencerse de ello basta considerar con mediana atención los datos que ella misma nos suministra en las páginas anteriores. Incluso a los ojos de las demás religiosas tenía que aparecer como una religiosa enteramente ejemplar, observante y fervorosa como la que más. Con todo, ella no estaba satisfecha de su estado y sentía que Dios tampoco lo estaba. Como ya antes de ahora lo hemos dicho, para ver su caso a la verdadera luz hay que tener en cuenta su vocación del todo excepcional, las gracias singulares con que el Señor la había favorecido y llamado a una santidad altísima, a la cual por ahora no correspondía, principalmente por negarse a franquear su alma al confesor, como Dios le pedía. Resultado de esta resistencia a la gracia, un estado deficiente y semi-estacionario en la vida espiritual. De aquí su remordimiento, la viva conciencia de no ser lo que Dios quería, su ansia de una segunda conversión. Desde el momento que mostró buena voluntad y firme propósito de obedecer a Dios en lo relativo a la dirección espiritual (aunque por entonces se hallase en imposibilidad de llevar a efecto su propósito), Dios se dió por satisfecho y la marcha progresiva de su vida espiritual vuelve a reanudarse. Ella ha practicado por su parte la purificación activa, ofreciéndose a hacer lo que Dios le pide: Dios completará la obra mediante la purificación pasiva a la que someterá inmediatamente su alma.

El paso del estado precedente al actual se verificó mediante la segunda conversión. El modo concreto cómo ésta tuvo lugar queda relatado en el pasaje que insertamos en el Apéndice Documental n.° 43, y evidencia una gracia de naturaleza absolutamente extraordinaria, mística. Una vez más fué el Seráfico Patriarca el instrumento escogido para llamarla a una vida más en consonancia con su especial vocación, a una correspondencia más fiel a las singulares gracias recibidas. Con amor, pero también con severidad, el santo Patriarca la reconvino por el abuso de las gracias recibidas y por la resistencia a las continuas solicitaciones del Señor. El profundo aniquilamiento y demás efectos que entonces experimentó dice Sor Angeles que le permiten adivinar los sentimientos que acompañarán al juicio particular que sigue inmediatamente después de la muerte. Confusa, pues, y arrepentida, propuso empezar su nueva vida desde aquel momento, para lo cual hizo varios propósitos, que se dirigían principalmente a intensificar la vida de oración y a la guarda más cuidadosa del retiro y de la soledad.

2. EXTRAORDINARIAS DIFICULTADES EN LA PRÁCTICA DE LA VIDA INTERIOR.—Púsose inmediatamente a cumplir estos nuevos propósitos, mas tropezó con grandes dificultades, que no hubo más remedio que superar por el vencimiento generoso. La primera dificultad consistió en una aversión y repugnancia grandísima a la oración mental: cuando se dirigía al coro para practicar dicho ejercicio, parecía como que alguien le tiraba del hábito para impedírselo. La segunda fué un embotamiento general de las potencias en la oración misma; después del primer rato, la oración se le facilitaba, pero era necesario resignarse a padecer la aridez al principio. La tercera dificultad consistió en una aversión grandísima al retiro y a la soledad: una fuerza invisible la arrastraba al comercio humano, las paredes de la celda la oprimían, y fué preciso hacerse mucha violencia (véase Apéndice Documental n.° 44). En esta descripción no es difícil ver los caracteres de una tentación diabólica que pretendía impedir el gran bien que reportará del cumplimiento de sus propósitos. Otro obstáculo, y no pequeño, que también fué necesario superar, fué el respeto humano y la falsa vergüenza (107). A diferencia de la primera conversión, en esta segunda todo fueron dificultades y no hubo más remedio que luchar y hacerse violencia. Esta diferencia entre las dos conversiones la notó ella misma con las siguientes palabras:

"En la primera conversión no encontré ninguna dificultad en la práctica de las virtudes. La gracia me facilito las obras virtuosas que practique. No asi en el periodo de purgacion cuando todo se imponia a mi alma como peso aplastante. A pesar de mi aniquilamiento y perfecta resignacion en la voluntad de Dios, *tuve que remar contra la corriente de la naturaleza viciada* del yo humano, que protestaba contra la humillacion o muerte mistica." (108).

El hecho que hemos descrito, o sea, la segunda conversión, fué la puerta de entrada para la purgación pasiva. En efecto, en seguida veremos la luz purgativa cayendo a plomo sobre el alma de Sorazu y llevando a cabo en ella una primorosa labor de purificación y renovación. Estamos en plena Mística. La misma Sorazu distingue en su purgación dos períodos perfectamente diferenciados, que darán lugar a otros tantos artículos.

(107) Vida, II, 1, pag 63.
(108) Vida, II, 1, pag 64.

ARTÍCULO II

Primer período de la purgación:

Sor Angeles bajo la acción de la luz purgativa

1 EL ODIO DE DIOS.—2. LA VISTA HORRIPILANTE DE LOS PROPIOS PECADOS.—3. EMBESTIDAS DEL DEMONIO.—4. LA GRACIA PURIFICANTE BORRA LAS DIFERENCIAS ENTRE LAS ALMAS.—5. LAS GRACIAS DE PURA FUERZA

1. EL ODIO DE DIOS.—Los sufrimientos característicos de este primer período están admirablemente descritos en el pasaje de la Vida que insertamos en el Apéndice Documental n.° 45. Este relato, lo mismo que su paralelo del Tratado (109), por el realismo, crudeza y viveza con que refleja el estado real vivido por ella, es sencillamente magnífico y de precio inestimable desde el punto de vista místico.

En primer lugar, en esas páginas hallamos indicado por ella misma cuál era el principio o causa inmediata del que provenía su estado: «trabajada por la luz purificadora...» (110). Esta luz purgativa no es otra cosa que la misma contemplación infusa, que ahora reviste esta modalidad dolorosa y purificadora. Ella era la que, infundida sobre su alma, le mostraba a Dios airado contra ella, como enemigo omnipotente que aborrece con odio infinito al hombre viejo que radica en su naturaleza. «No ve a Dios con los ojos materiales, pero lo siente en torno suyo», dice el Tratado (111). Trátase aquí de una sensación de contemplación, que se realiza por medio de los llamados sentidos espirituales. No que el alma tenga otros sentidos que los corporales, sino que «la impresión íntima que produce en el alma esta presencia de Dios es tan vivamente semejante a la impresión que nos causan las sensaciones exteriores, que espontáneamente se traduce la una por la otra» (112). Esta presencia de Dios aprehendida por el alma, en los grados místicos inferiores

(109) Tratado, IV, pág. 49.

(110) Ap Doc. num. 45. El Tratado, págs. 51 y 57, emplea otras expresiones sinónimas: «La gracia purificante», «la tiniebla purificadora», etc.

(111) Tratado, IV, pág. 47.

(112) Hernández, Guiones, pág. 129.

se traduce por el tacto, olfato y gusto, y sólo en los superiores nos hablan las almas místicas de ver y oír.

Pues bien, Sor Angeles aprehendía la presencia de Dios, pero en forma tal, que le oprimía y aniquilaba. Sentía que Dios la aborrecía y odiaba con odio infinito, porque la veía identificada con el mal y el desorden, que El aborrece infinitamente. Terriblemente espantada ante esta vista de Dios enojado, quería huir de su presencia, ¿pero adónde?... Entonces tropezaba con el segundo objeto que la misma luz purgativa le mostraba:

2. LA VISTA HORRIPILANTE DE LOS PROPIOS PECADOS.—Ante su alma aparecía la historia de todas sus infidelidades y desórdenes, que bajo el efecto de la luz purgativa se le mostraban como altísimas montañas.

"Quería cerrar los ojos para no verme y no podía, porque el monstruo, transformado en cuadro viviente, extendíase a mi vista intelectual para que leyera lo que en el escrito había..."

Y en el lugar paralelo del Tratado hallamos:

"Como si los tuviera escritos a la vista con gruesos caracteres, lee todos sus pecados, desde la culpa más grave hasta la más mínima imperfección."

Al mismo tiempo, esta misma luz purgativa le comunicaba secretamente ese ardiente amor a la virtud, al bien, que ella expresamente hace notar, con lo que subía de punto su horror y detestación del pecado al sentirse identificada con él:

"Amaba con ardor la virtud, la justicia, la bondad, el bien, todo lo que se relaciona con la soberana bondad, y me veía identificada con el pecado, con la malicia, que aborrecía con todo mi corazón",

dice la Vida.

Y el Tratado:

"El alma investida de las propiedades de la santidad de justicia, sin darse cuenta —como tampoco se la da de la comunicación de la gracia— ama el bien con todo el ardor de que es capaz y aborrece su contrario, que es el pecado; siente una estima grande, suma de Dios y de la virtud, y un desprecio sumo de todo lo que no es Dios ni tiene relación con El." (113).

Por este texto vemos que Sor Angeles no se daba entonces cuenta del fenómeno que en ella se cumplía, o sea, de que se hallaba sometida a la acción o influencia de la luz purgativa y

(113) Tratado, IV, págs. 54-55.

de que ésta era la causa de cuanto le sucedía; y desde luego, que el ignorarlo no podía menos de contribuir a que la obra purificadora fuera más intensa y eficaz. El conocimiento de la técnica de la Mística, lejos de ayudar, por lo general es más bien nocivo al interesado, cuando sufre en sí mismo la acción de las gracias pasivas.

Amar ardorosamente la virtud y verse identificada con el pecado, y por ello justamente rechazada y aborrecida de Dios, ¡terrible martirio! Quieras que no, y a pesar de toda su repugnancia, hubo de resignarse a contemplar despacio, de hito en hito, la hidra infernal que ella misma había engendrado y llevaba en su seno, su propia historia pecadora. (Véase en el Apéndice Documental n.° 46 cómo se le aparecía toda su vida pasada bajo el efecto de la luz purgativa. La descripción resulta para nosotros tanto más interesante cuanto que ya conocemos los episodios de su vida a que se refiere.)

3. EMBESTIDAS DEL DEMONIO.—A estos sufrimientos se añadía otro, aún más terrible y espantoso. En determinados momentos se veía transportada a un horrible desierto y allí era entregada en manos del demonio para que éste hiciera de ella lo que quisiera. (Cfr. Ap. Doc. n.° 47.) Estos momentos eran los más horrorosos de todos. Significábale el demonio que Dios la había abandonado para siempre y que estaba condenada. A pesar de lo cual, lo sufría todo con una paciencia y resignación perfectas, sin ocurrírsele un solo pensamiento contra el Justo Juez, que así la había entregado en las manos de su mortal enemigo, sino que adoraba y amaba su santidad de justicia que justamente le infligía la pena de condenación eterna. (Véase Apéndice Documental n.° 48.)

¿Creía en realidad Sor Angeles que se hallaba condenada? No, no se trata aquí de una verdadera convicción, sino de una idea metida violentamente por el demonio, una idea fija venida de fuera y que parecía confirmada por la misma severidad con que la trataba Dios; pero nótese esa paz profunda que subsistía en el alma en medio de la terrible prueba, y cuyo fruto era la conformidad con la voluntad de Dios, aun percibida de ese modo absurdo que le presentaba con violencia el demonio (114).

A fin de que la luz purgativa consiga su efecto, Dios exige al alma en este período que se mantenga en completa abstrac-

(114) Hernández, Guiones, pág. 157.

ción de criaturas y soledad, para que no reciba impresiones contrarias que entorpezcan la primorosa labor que va obrando la gracia purificante. (Cfr. Ap. Doc. núm. 49). La M. Sorazu sufrió esta terrible prueba completamente sola, sin director espiritual; pero en el Apéndice al Tratado, que escribió para los directores de almas, no deja de advertir a éstos que en el período de la purgación pasiva no deben distraer a las almas de las ideas tétricas que las dominan, pues vendrían a entorpecer la acción de la gracia (115).

4. LA GRACIA PURIFICANTE BORRA LAS DIFERENCIAS ENTRE LAS ALMAS.—Otra cosa que advierte la M. Sorazu en el Tratado es que la gracia purificante iguala y nivela a todas las almas, borrando aquellas diferencias entre inocentes y pecadoras, privilegiadas y ordinarias, de que más arriba nos habló. En efecto, antes de llegar a la purgación pasiva, un alma de las ordinarias tenía que hacer supremos esfuerzos para caminar al mismo paso que las privilegiadas, porque carece de las energías que a éstas les prestan las gracias de predilección. Empero, una vez que han llegado a la purgación pasiva dos almas, una privilegiada y otra ordinaria, como ahora su papel no consiste en hacer sino en padecer,

"serán todas modeladas en el mismo molde, cinceladas por la misma gracia purificante que las trabaja y saldrán todas igualmente bellas si padecen con la misma resignacion. Cuando se disipen las tinieblas y llegue la aurora radiante de la revelacion del divino Esposo para en union suya y por su medio proseguir su marcha hacia el Padre celestial, que las espera en la cumbre de la santidad, caminarán todas a un mismo paso, porque dispondran de iguales energias y no habra entre ellas sino pequeñas diferencias de caracter o destinos peculiares, si secundan los designios de Dios con idéntica fidelidad. Mas si su fidelidad a la gracia no es la misma, tampoco lo será su mérito, y, por consiguiente, se diferenciaran unas de otras, siendo las más fieles preferidas en la estimacion de Dios, por su mayor parecido a Jesus, aunque hayan pertenecido antes a las nombradas en la letra D." (116).

Este texto es bien explícito: dispondrán —dice— de iguales energías si han sido igualmente fieles durante la prueba; mas si su fidelidad no ha sido la misma, la más fiel será la más preferida, aunque antes hubiera pertenecido a la última categoría de almas.

En el Tratado nos habla también de las torturas que siente el alma sometida a la purgación pasiva si es objeto de aprecio

(115) Apéndice al Tratado, pág. 368 y ss.
(116) Tratado, IV, págs. 53-4.

o deferencia por parte de las personas que viven con ella, porque lo atribuye a propia hipocresía y doblez, ya que no concibe que nadie la pueda estimar; y siente imperiosa necesidad de hacer pública confesión de sus maldades para desengañarlas (117). Este detalle lo hallamos confirmado en la Vida por la siguiente noticia:

"En mi deseo de desengañar a las religiosas y conseguir que éstas me tratasen con el sumo desprecio que merecia mi vileza y perversidad, quise hacer confesion general en presencia de la Comunidad, y lo hubiese hecho, si el confesor me hubiera permitido, con quien consulté mi deseo porque me parecia no debia hacerlo sin permiso, no sea que perjudicase a las religiosas el conocimiento de mis maldades." (118).

5. LAS GRACIAS DE PURA FUERZA.—En suma, su estado de ánimo durante esta terrible prueba está magníficamente resumido en el texto que insertamos en el Ap. Doc. n.° 50. Nótense esos admirables sentimientos de resignación y entera conformidad con la voluntad de Dios, aun en el caso de que esté condenada, como le asegura el demonio; pero en tal caso pide a Dios la deje continuar su vida religiosa en el infierno. Ama a su Dios con más ardor que nunca, lo estima infinito, y con todo, Dios persiste en mostrarse enojado y disgustado con ella. Siente el alma esta conducta de su Dios, pero la considera justa y merecida, y no piensa más que en servirle y amarle con amor puro, por ser quien es.

¿Quién no adivina en estas mismas disposiciones tan heroicas la presencia de gracias invisibles, pero muy reales, que sin ella saberlo la sostenían en la prueba? Tales son las llamadas gracias de pura fuerza, gracias que no se dejan sentir en sí mismas pero son palpables en sus frutos. No alivian nada, no templan ni consuelan; al contrario, dejan sentir en todo su peso la carga que oprime al alma; y, sin embargo, hay allí algo que sostiene a ésta, que la da fuerza; algo que la llena de necesidad creciente de Dios, sentida sin gusto ni atractivo, antes aparentemente contra el disgusto y repugnancia viva hartas veces; algo que le da una paz que no entiende el alma cómo es; algo que la hace esperar no sabe cómo ni en qué... (119).

La misma Sor Angeles, al menos en la época en que escribía su obra, se daba perfecta cuenta de que fué Dios mismo, su

(117) Tratado, IV, págs. 58-9.
(118) Vida, II, 8, pág. 100.
(119) Hernández, Guiones, págs. 160-1.

aparente enemigo, quien la sostuvo por medio de socorros invisibles, pues nos hace saber que Dios

"secretamente, sin cambiar su aparente rigor en las relaciones con ella, corona sus esfuerzos concediéndola un amor y estima de su Bondad divina tan grande que para ella servir a Dios es reinar, y encuentra su felicidad en padecer por El y cumplir su beneplácito." (120).

Antes de entrar a narrar la purgación pasiva dice también que Dios la previno para esta prueba con la vida mariana y además

"comunicándola su divino amor y una estima del mismo Dios tan grande, que no solo la obliga a servirle con perfección y padecer por El cuanto le ordena, sino que lo hace sin interés, por ser quien es, estimando como singular beneficio que Dios se digne emplearla en su servicio y concederle la dicha de amarle y padecer por El." (121).

Así, pues, a los ojos de Sor Angeles este amor purísimo con que ella buscaba a Dios y le servía, no obstante el odio y la repulsa aparentes de El para con ella, eran una gracia del mismo Dios, comunicada de modo secreto e invisible, pero que se hacía bien palpable y patente en toda su conducta durante la purgación.

No haremos otro comentario, para cerrar dignamente este artículo, que el mismo que nos da hecho la M. Sorazu con estas palabras:

"¡Qué grande es Dios y cuán amable e infinitamente estimable, pues así le adora, bendice y ama quien sufre los rigores de su justicia y alaba sus juicios y los estima, sin embargo, de ser tan contrarios al amor propio y dolorosísimos para toda alma que anhela la perfecta posesión de Dios! ¡Bendito sea!" (122).

Y en otro lugar ha llegado a estampar esta frase aún más admirable: «Se siente dichosa con que un Dios tan bueno exista, aunque sea para castigarla» (123). Sor Angeles saboreaba y sentía tan vivamente la bondad y amabilidad absolutas de Dios, que no podía menos de amarle y servirle por ser quien es, aun en el momento mismo en que El parecía rechazarla para siempre.

Este primer período de la purgación duró tres meses.

---

(120) Tratado, IV, pág. 51.
(121) Tratado, III, págs. 43-4.
(122) Tratado, IV, pag. 49.
123) Tratado, VI, pag. 85.

ARTÍCULO III

Segundo período de la purgación:
La sólida fundamentación cristiana y religiosa

1. EL OLVIDO DE DIOS. — 2. EL EJERCICIO REFLEXIVO DE LA DOCTRINA CRISTIANA.—3. GRACIAS COMPLEMENTARIAS PROPIAS DE ESTE PERÍODO

1. EL OLVIDO DE DIOS.—En este segundo período, al odio o repulsa positiva sustituyó Dios una actitud de indiferencia y olvido absoluto respecto de Sor Angeles. Este cambio no dejó de ocasionarle un grande alivio y descanso, pues suponía no pequeña ventaja respecto del estado precedente, pero considerado en sí mismo seguía siendo sumamente doloroso ver al Señor totalmente despreocupado e indiferente a sus servicios. (Cfr. Apéndice Documental, núm. 51).

"Este estado o período, comparado con el anterior, es jubiloso y muy estimable para el alma que empieza como a descansar de las pasadas fatigas y a resarcirse de las opresiones que ha sufrido". "Las tinieblas o negros nubarrones que cubrían el azulado firmamento se disipan, y aunque continua la noche, ésta empieza a aclararse como si se acercara la aurora" (124).

Pero cuanto más se empeñaba el Señor en no tomar en consideración los servicios de su sierva, tanto más se afanaba ella en amarle y servirle con el más puro amor. «¡Misterio admirable!», exclama aquí extrañada la propia Sor Angeles. Tal fenómeno, en efecto, resulta naturalmente inexplicable, y ya nosotros hemos visto que tiene su explicación en las gracias de pura fuerza con que el mismo Dios la favorecía por modo secreto e invisible. El demonio la inducía a que abandonase el servicio de Dios en vista de que nada conseguía, mas ella replicaba que no servía a Dios por interés sino por ser quién es y porque el culto divino era su centro. Además, ya por esta época sentía Sor Angeles que recibía abundantísimas gracias; pero creía que Dios la favorecía sin intención, así como el sol prodiga sus rayos a cuantos se ponen a su alcance, pues por otra parte veía que Dios continuaba mostrándose olvidado de ella, que ni la conocía ni se acordaba de haberla creado, que fué su Padre pero

(124) Tratado, V, pág. 64.

que ya no lo era en castigo de sus infidelidades. (Cfr. Apéndice Documental, núm. 52).

2. EL EJERCICIO REFLEXIVO DE LA DOCTRINA CRISTIANA.— Pero la característica más propia de este segundo período fué la intensa actividad desplegada por el alma en orden a lo que podríamos llamar con frase de la misma M. Sorazu la sólida fundamentación cristiana y religiosa (125). Esta labor la llevó a cabo Sor Angeles mediante la diaria consideración y reflexión del Catecismo y de la Regla. La Ley de Dios —dice en el Tratado, se impone al alma en este período «como brillante antorcha que guía sus pasos y regula sus operaciones y como manjar que alimenta a su alma y contribuye al rápido desarrollo de su vida moral» (126).

A este fin practicaba todos los días un ejercicio que ella llamaba «ejercicio santo de una buena cristiana y buena religiosa». Consistía en reflexionar atentamente el fin para que fué creada y vino a la religión, los Mandamientos de la Ley divina, sus obligaciones religiosas, detestando de todo cuanto había faltado contra las mismas y proponiendo firmemente la enmienda. Además de esta parte, por así decir, moral, comprendía también dicho ejercicio la consideración o reflexión sobre los principales misterios y artículos de la fe, que contiene el Catecismo. Este ejercicio se conserva inédito. En el Ap. Doc. núm. 53 reproducimos sus puntos principales.

Esta misma labor de fundamentación y formación espiritual se obró también en gran parte por medio de la lectura de la M. Agreda, a la que Sor Angeles se dedicó en este período. Consideraba y reflexionaba atentamente acerca de las virtudes que resplandecían en la vida de la Santísima Virgen y procuraba ajustarse en todo al ejemplar que en este espejo se le mostraba, como más en especial diremos al tratar de sus relaciones con la Virgen en el período de purgación.

No es necesario pararse a demostrar la solidez y firmeza de los fundamentos que la gracia misma iba poniendo como base al edificio de la santidad de esta sierva suya. Sabido es que la santificación del religioso está condicionada a la observancia de su Regla, como la del simple cristiano al cumplimiento de la Ley cristiana. Y como la perfección religiosa no suplanta o ex-

(125) Carta al P. Nazario Pérez, S. J., 16-10-1919, publicada en una nota al Tratado págs. 39 y ss.

(126) Tratado, V, pág. 67.

cusa de la cristiana, antes bien, la supone y exige, Sor Angeles abrazaba ambas en sus meditaciones y ejercicios reflexivos.

Por el Tratado se ve que la M. Sorazu tiene singular empeño y preocupación de inculcar esta sólida fundamentación de las almas que se dedican a la vida interior, no sea que se vayan por caminos falsos de una soñada espiritualidad, como hartas veces acontece. Toda verdadera espiritualidad debe siempre edificarse sobre esta sólida base. Y a esto llama la M. Sorazu «establecerse en Jesucristo» (127). Dios no nos pide otra cosa sino que nos adhiramos a su divino Hijo. Ahora bien, a Jesús se ama y se sirve guardando los santos Mandamientos y obligaciones, imitando sus ejemplos de virtud, etc. (Cfr. Ap. Doc., n.° 53 b). Así es como el cristiano viene a hacerse una imagen de Jesucristo y a asimilarse su espíritu. He aquí el camino real, sencillo, divinísimo y lleno de encantos para caminar a la verdadera santidad (Cfr. Ap. Doc. núm. 54).

Desde entonces, tal aprecio cobró al sagrado libro del Catecismo, que lo llevaba siempre al pecho.

"Desde entonces estimo el libro del Catecismo y lo amo con tanto ardor que no me desprendo de él. Lo llevo al pecho como precioso joyel y retrato de mi Esposo divino con veneracion y entusiasmo crecientes." (128).

Tocamos aquí las ideas más caras y familiares de la M. Sorazu, como en su lugar tendremos ocasión de ver. Este establecerse en Jesucristo mediante la observancia de las leyes que constituyen la moral cristiana y mediante la consideración amante de los misterios de nuestra fe, constituye todo el meollo de su doctrina, la preocupación máxima que ella quiere inculcar a las almas, haciéndoles ver que en esto y no en ninguna otra cosa consiste el camino para la santidad. En cuanto al modo concreto como en ella tenían lugar estos ejercicios reflexivos de la doctrina cristiana, hay indicios bastante claros de que a su propia actividad o reflexión personal venían a agregarse poderosas gracias de naturaleza extraordinaria o mística, que hacían su trabajo mil veces más fecundo y provechoso. Véase, en efecto, cómo lo insinúa ella misma:

"En el ejercicio de buena cristiana y buena religiosa... *merced a las soberanas luces* que me comunicó la Virgen Santísima...". *"Con gran viveza* gusta los misterios que medita...", etc. (129).

---

(127) Tratado, V, pág. 68.
(128) Vida, II, 5, pag 90.
(129) Vida, II, 5, pág. 89, Ap. Doc. num. 54.

La actividad espiritual de su alma durante este período se extendió, además, a otros dos objetos, a saber: la meditación de los novísimos y de la Pasión. Digamos algo de cada uno:

a) *La meditación de los novísimos.*—Practicaba este ejercicio por la mañana y antes de acostarse. Vivía con una pureza de conciencia y de potencias inviolable, como quien está próximo a exhalar el último suspiro. «Uno de los fines de Dios al exigir esta vigilancia es que conserve y perfeccione la pureza y demás virtudes que adquirió en el primer período de purgación» (130).

"Tan penetrada estaba de la brevedad de la vida, que cada momento esperaba la muerte. Vivia como de paso en la tierra, pensando cada dia que seria el ultimo de mi vida. Cuando salia de la celda para ir al coro u otro lugar, pensaba que tal vez volveria a ella en brazos de las religiosas, o que no volveria. Asi vivia en vela siempre, y esperaba el llamamiento definitivo de Dios Nuestro Señor, que debia decidir mi suerte eterna. No esperaba la muerte con pena, sino con alegria, porque hacia lo que estaba de mi parte para merecer la salvación; mas no por esto dejaba de sentir la pérdida irreparable del sumo Bien y solicitar con ardor creciente el beso de paz y reconciliación divina, la unión indisoluble con Dios, mi Principio y Fin y el centro de mis amores." (131).

En el lugar paralelo del Tratado, dice:

"Espera la muerte no con sobresalto, sino tranquila y jubilosa, como si se tratara del acontecimiento más feliz de su vida, pues lo es para ella unirse al Bien infinito que adora y ama y anhela poseer absolutamente." (132).

Por aquí podemos deducir que aunque ella creía estar persuadida de su condenación, no se trataba de una convicción íntima y real, sino de una idea impuesta de fuera, metida violentamente, mientras en su interior continuaba viviendo y alentando la virtud de la esperanza, que era la que le hacía confiar que a su muerte se uniría para siempre con Dios.

b) *La meditación de la Pasión.*—En ella procuraba Sor Angeles acompañar a Jesús con afecto compasivo y reconocido amor, y deseosa de compartir sus penas, se afanaba por reproducir en sí misma los sufrimientos interiores del Salvador. Mas no era su meditación puramente ascética o de orden común, pues

(130) Tratado, V, pág. 66.
(131) Vida, II, 5, págs. 91-2.
(132) Tratado, V, pág. 66.

ella misma nos dice que tenía noticia experimental de los sufrimientos de Jesús (133). Los frutos de este ejercicio los expresa con las siguientes palabras:

"Esta meditacion es para el alma una escuela de virtudes donde recibe maravillosas lecciones de perfeccion cristiana, merced a las cuales penetra en el Santuario del Corazon paciente, infinitamente humilde y amante de Cristo, y conformando sus sentimientos con los del divino Maestro se perfecciona de dia en dia y llega pronto a desconocerse, por la transformacion que en ella obra la gracia." (134).

Nótese de paso el progreso que se advierte en esta meditación de la Pasión con respecto a la que hacía en el período de conversión. Entonces eran los tormentos corporales y externos los únicos que le llamaban la atención; ahora se fija preferentemente en los sufrimientos interiores y en las virtudes que nos enseña Jesús en su Pasión: paciencia, mansedumbre, silencio, humildad, amor a las afrentas, caridad, etc. Y prosigue, indicándonos la naturaleza de su meditación:

"Su meditacion se transforma en contemplacion, porque a poco de comenzar la oracion, y a veces en el momento mismo que la empieza, se siente poseida del sentimiento de la presencia de su Dios Paciente, a quien aprende intimamente presente a ella como viva realidad, lo cual la consuela y aprovecha mucho. No solo durante la oracion, si que tambien fuera de ella, goza muchas veces de este favor, y siempre con maravillosos efectos." (135).

Aquí nos da a conocer Sor Angeles una gracia mística distinta de la contemplación infusa propiamente dicha, el aprehender la presencia de Jesús Paciente durante su meditación de la Pasión.

3. GRACIAS COMPLEMENTARIAS PROPIAS DE ESTE PERÍODO. Durante el segundo período de la purgación fué Sor Angeles generalmente muy favorecida con gracias místicas insignes, sobre todo hacia el final de la misma purgación. Enumeraremos brevemente las principales que ella nos cuenta:

a) *Noticia experimental del misterio de la Encarnación.*— Consistía en un sentimiento de la presencia del Verbo Humanado en toda la tierra y en la humanidad, a la que ha santificado y divinizado con la Encarnación; pero de un modo especial lo sentía presente en su celda, como si en ella se hubiese realizado

(133) Tratado, V, pág. 74.
(134) Tratado, V, pág. 74.
(135) Tratado, V, pág. 74.

el inefable misterio. Lo aprehendía hermosísimo, como de fuego, de edad de treinta años, y este inefable misterio absorbía su inteligencia y abrasaba su corazón (Cfr. Ap. Doc. núm. 54). En el Tratado nos hace saber que recibió este favor «pasado algún tiempo que el alma entró en este período» (136).

b) *Altísimas luces y otras gracias místicas en la meditación de las laudes de San Francisco.*—Por este tiempo acostumbraba Sor Angeles a meditar todos los días las laudes del Seráfico Patriarca en honor de Dios y de la Santísima Virgen y que figuraban al frente del Breviario romano-seráfico que ella usaba. Consisten dichas laudes en «una bellísima paráfrasis del Padrenuestro, seguida de un cántico en que se alternan versillos del Apocalipsis y del profeta Daniel. Termina con una oración y antífona de la Virgen» (137). En la meditación de estas laudes recibía Sor Angeles altísimas luces relativas al Ser de Dios, a sus divinos atributos y al Verbo Encarnado. Aprehendía la presencia de Dios Uno y Trino y de la Santísima Humanidad de Jesús, más la visión de la creación puesta a los pies de Dios y de Cristo, difundiendo todo ello una atmósfera celeste que gustaba con gran aprovechamiento. (Cfr. Ap. Doc. núm. 55).

c) *Gracias especiales los días de Comunión.*—En aquellas fechas, las religiosas no comulgaban todos los días, sino sólo los jueves y domingos y primeros viernes de mes. La víspera de la comunión se imponía a Sor Angeles la presencia de Jesús, invitándola a que anhelara con gran ardor y entusiasmo su visita sacramental y las gracias que con la visita le traería. Fué ahora cuando Jesús recordaba a Sor Angeles aquel conmovedor episodio de su niñez que en su lugar insertamos, relativo al amor infantil que sentía por su padre (Cfr. Ap. Doc. núm. 22). Esto ocurría ya al fin de la época de purgación —hacia el final de la primavera del año 1894, dice en la Vida (138)—, cuando empezaba a recibir la primeras muestras de afecto por parte de Dios.

d) *Noticia experimental del Nacimiento de Jesús y de los misterios de su infancia.*—A la noticia de la Encarnación, antes indicada, se agregó poco depués otra de los misterios de su infancia, acompañada de una «imperiosa necesidad de imitar a Jesús en las virtudes que practicó en estos episodios de su vida,

(136) Tratado, V, pág. 75.

(137) Sarasola, O. F. M. (Luis), San Francisco de Asís, pág. XLI. El texto de estas laudes hállase en la pág. 536-7 de esta misma obra y también en «Escritos completos de San Francisco de Asís», edición de la B. A. C., págs. 65-8.

(138) Vida, II, 7, pág. 97.

principalmente en la humildad, pobreza, caridad, mortificación, penitencia y soledad (139). Nótese que fueron sus lecturas las que dieron ocasión a esta noticia mística (como también a la precedente sobre el misterio de la Encarnación):

"Lei algunos Capitulos del Tomo II de la Mistica Ciudad de Dios y me interesaron vivamente los que se refieren a la santa infancia de Jesus, mejor dicho, al santo nacimiento, adoración de los pastores y circuncisión del Niño Dios, imponiéndose a mi alma sus divinas virtudes con soberana eficacia, singularmente su humildad, caridad, pobreza y soledad. Me significó el Divino Niño que no podia intimarme con él si no practicaba con perfeccion dichas virtudes, ni conseguir mi anhelo de estrechar más y más las relaciones que me unian a su Madre Santisima; porque asi como en la sociedad los pobres se acompañan de los pobres, asi tambien Ellos se identifican con las almas pobres, humildes, etc., que comparten su espiritu y viven como vivieron durante su estancia en la tierra. Arrastrada con la fuerza de su ejemplo y mi vivo anhelo de intimarme más y más con mis soberanos Amores, me consagré a la práctica de las virtudes, que leia en su vida, con entusiasmo y fervor." (140).

A continuación nos refiere Sor Angeles las obras aflictivas que se imponía en su deseo de imitar las virtudes del Niño Dios. Ellas nos prueban desde luego la generosidad y fervor que la animaban, pero también nos hacen ver cuán necesario le era en aquellas circunstancias el consejo de un Director que moderara sus excesos y encauzara su fervor dentro de los cauces prescritos por la prudencia. (Cfr. Ap. Doc. núm. 56).

La noticia mística de los misterios de Jesús le sirvió sobre todo para adquirir una humildad altísima:

"No se puede explicar lo que siente el alma a quien Dios favorece con la noticia experimental de los misterios de Jesús, cómo se humilla a si misma y sus obras. Es lo cierto que su humildad, ya profunda —aunque no puede descender más bajo que su nada y pecado—, se acentua, se consolida, se ennoblece y empieza a ser una humildad noble y generosa, hija del amor puro que siente por su Dios y de la justicia y verdad que posee, una humildad parecida a la que tienen los bienaventurados en el cielo." (141).

En fin, se mantenía en la más absoluta soledad y abstracción de criaturas y rogaba a Dios por todas las necesidades del mundo, cual si fuera la encargada de remediarlas todas (Cfr. Ap. Doc. núm. 57).

Con estas virtudes consigue el alma conformarse de tal modo con su divino modelo, que ella misma se desconoce. Véase en el

(139) Tratado, V, págs. 76-7; Vida, II, 8, pág. 99
(140) Vida, II, 8, pág. 99.
(141) Tratado, V, pág. 78.

Ap. Doc. núm. 58 la hermosa descripción que hace de la transformación obrada en sí por efecto de estas gracias y de toda la obra de purificación pasiva en general. El alma se ha alejado a distancias inmensas de las propiedades del viejo Adán y se ha transformado en nueva criatura. Su amor a Jesús le hace amar sus virtudes. Como le ve pobre y despreciado, siente ansias tan ardientes de poseer la pobreza y padecer desprecios, que quisiera verse sin hogar, agregada a los pordioseros, y se siente dichosísima si habla con alguno de dichos pordioseros. Y aquí nos revela un detalle particular que nos descubre una nueva gracia mística: el sentir la presencia y proximidad de Jesús cuando habla con algún pobre o mendigo. ¡Sólo Dios sabe de qué escenas tan tiernas, de cuántas emociones puras y evangélicas fué testigo aquel patio del torno del convento de la Concepción, donde Sor Angeles era a la sazón tornera!

Notemos de paso que en estas indicaciones de la M. Sorazu hallamos nosotros no pocos rasgos de semejanza con la santidad de San Francisco de Asís: el mismo afán por asemejarse a Cristo y reproducir las virtudes que en El veía y, en concreto, las mismas predilecciones por imitar, de modo muy particular la humildad, la pobreza y los desprecios de Jesús. Estas mismas aspiraciones por verse agregada a los pordioseros, que ella no pudo cumplir por razón de su vocación, las realizó al pie de la letra el Pobrecillo. Pero lo que no dicen los biógrafos del Santo, atentos sólo a narrar los hechos externos, es el principio y origen de donde provenían tales actos, y nos lo ha dicho Sorazu al hablarnos de la «imperiosa necesidad» de orden místico que trabajaba su alma y la impulsaba a reproducir en sí las virtudes de Jesús. Hasta la observación de que el alma ama y estima cuanto aborrece y desprecia el mundo, tiene su rigurosa y exacta correspondencia en aquella voz que oyó San Francisco a poco de convertirse, diciéndole que empezara a despreciar y aborrecer cuanto amó hasta entonces y luego que comenzase a hacerlo, se le volverían amargas e insoportables las cosas que al principio le eran dulces y suaves, y al revés, hallaría gran dulzura y suavidad en lo que hasta entonces le causaba horror (142). Así, el estudio de un alma tan extraordinaria como es la M. Sorazu, por otra parte de nuestros días y que tiene la inmensa ventaja de habernos descrito ella misma con todo detalle todo el proceso de su vida espiritual, no puede menos de arrojar mucha luz para

(142) Leyenda de los Tres Compañeros, cap. IV; «Escritos de San Francisco de Asís y Biografías de su época», B. A. C., pág. 802.

la mejor comprensión de muchos aspectos de la hagiografía tradicional, que los biógrafos del tiempo no dilucidaron o cuidaron de explicar, contentos sólo con referirnos los hechos externos de los grandes Santos.

Tal fué la prueba mística de la purgación pasiva que sufrió la M. Sorazu a los veintiún años de edad, y cuya trayectoria, fases y caracteres principales han quedado descritos. Pero se nos escaparía algo muy esencial e importante para una cabal y completa comprensión de la misma si dejáramos de estudiar las especiales relaciones que tuvo Sor Angeles con la Santísima Virgen durante todo el período de purgación. Por la importancia especial que ella concede a este punto (en el Tratado consagra a él un Capítulo especial), también nosotros hemos dejado esta materia para tratarla en artículo aparte. Veremos cómo Sor Angeles pasó toda esta prueba en una vida de estrecha unión con la Santísima Virgen, lo cual, a la par que le proporcionó alivios insospechados, le ayudó a soportarla con mayor fidelidad y a obtener de ella los máximos frutos de purificación a que por su misma naturaleza estaba ordenada.

ARTÍCULO IV

Relaciones con la Stma. Virgen durante el tiempo de la purgación pasiva

1. PRESENCIA MÍSTICA DE MARÍA.—2. ACOGIDA MATERNAL QUE HALLABA EN LA VIRGEN.—3. LA JORNADA DE SOR ANGELES. 4. LEYENDO A LA M. AGREDA.—5. DOCTRINA SOBRE EL PAPEL DE MARÍA EN LAS NOCHES MÍSTICAS

1. PRESENCIA MÍSTICA DE MARÍA.—Respondiendo, a lo que parece, a alguna pregunta sobre el particular, la M. Sorazu escribía en estos términos al M. R. P. Andrés de Ocerin-Jáuregui, O. F. M.:

"Las almas marianas si padecen la purgación pasiva, algunas con intensidad. He tratado almas muy marianas y a todas las he visto sometidas a la purgacion antes de intimidarse (sic., por intimarse) con Dios. La diferencia de las almas marianas de las que no lo son consiste en que aquéllas, en el periodo de purgación, gozan alivios y experimentan visiblemente la

protección de la Virgen, y casi habitualmente el sentimiento de su presencia, como lo puede ver V. R. en el Capítulo VI del Tratado que he escrito, cuya copia diré a la M. Presentacion se la remita." (143).

Tanto en el citado Capítulo del Tratado como en la Vida expone largamente y con particular detención este punto, como algo muy importante y trascendental, y declara que una secreta fuerza le obliga a manifestarlo para utilidad de las almas (144).

En primer lugar, empieza reconociendo que aquel súbito florecer de la vida mariana que experimentó a raíz de su profesión religiosa, no fué sino un socorro con que Dios la previno para esta dura prueba:

"Dios favorece a algunas almas antes de introducirlas en el purgatorio de la vida espiritual, inspirandolas una devocion singular, entusiasta y acendrada a la Santísima Virgen. Estas almas, impulsadas por la gracia, se consagran enteramente a la Señora y se identifican con ella mediante la práctica de la Vida Mariana, que consiste en inspirarse para todo en la Virgen y hacerlo todo en unión suya." (145).

En la precedente cita tomada de la carta al P. Ocerin, nos ha revelado ya la M. Sorazu que gozó casi habitualmente del sentimiento de la presencia de la Virgen durante la purgación pasiva. A continuación veremos, en efecto, cómo constantemente acudía a Ella y en su presencia (sentida por gracia mística) hallaba sostén y alivio en todos los trances y vicisitudes de la terrible prueba. En una palabra, veremos que toda ella se desarrolló bajo la mirada y cobijo de la que era su Madre, Reina y Señora. Recorramos brevemente los dos períodos de la purgación, que ya conocemos, para ver el papel que en cada uno desempeñó la Santísima Virgen.

2. ACOGIDA MATERNAL QUE HALLABA EN LA VIRGEN.—En el primer período, o sea, cuando aprehendió a Dios enojado contra ella, Sor Angeles corrió a refugiarse en la Virgen. Esta la acogió sí con ternura maternal, mas no la sustrajo a la acción de la luz purgativa, sino que la animó a sufrirla con resignación, secundando de ese modo la acción de la gracia. La hizo volver sobre sí misma para que contemplara despacio el horrible cuadro de sus propios pecados (Cfr. Ap. Doc. núm. 59).

(143) Carta al P. Ocerin, 14-12-1918.
(144) Vida, II, 4, pag. 76.
(145) Tratado, VI, pags. 81-2; cfr. Vida, II, 3, pág. 69.

De tal modo se hallaba Sor Angeles persuadida de que Dios no la quería, que todas las veces que se dirigía al coro se refugiaba en la Virgen, temerosa de que Jesús no la admitiría en su presencia, si la veía sola. Así nos lo refiere ella en la Vida, en páginas que nos revelan todo el candor e ingenuidad con que procedía (Cfr. Ap. Doc. núm. 60).

Veía que Dios se portaba en extremo duro y riguroso con ella, pero esto no la extrañaba; al contrario, tal proceder le revelaba su Justicia. Mas Sor Angeles no se contentaba con conocer a Dios a través de este solo atributo; quería ver también su Bondad relativa para amarla. Para ello, ¿qué hacía? Miraba a la Virgen, de cuya presencia gozaba por gracia mística, como hemos dicho. Veía la bondad, ternura y misericordia con que Esta la trataba a ella, y como la Virgen tiene estas virtudes recibidas de Dios, a través de Ella, como en un espejo, veía reflejada la bondad y benignidad de Aquél; así venía a descubrir «que debajo del aspecto severo que a ella le presenta esconde un corazón de padre y de esposo, todo bondad y ternura» (146). Cuando el demonio le decía que Dios la tenía condenada, hallaba un lenitivo a su profundo penar en los privilegios y dones de la Señora y en su gloria y felicidad, que se apropiaba por medio del afecto de complacencia. Y como la Virgen lo tiene todo esto de Dios, ella, por amor a la Señora, amaba a Dios en agradecimiento de los dones que prodigara a la misma, «los cuales estima más que si fueran suyos o se los concediera Dios a ella» (147). Al ver que Dios despreciaba o rechazaba sus propios homenajes, se volvía igualmente a María: veíala empleada toda en el culto divino, y esto le bastaba para sentir también ella la necesidad de adorar y amar al Dios que adora y ama María,

"y le hace obsequios cada vez más perfectos, aunque se repitan los desprecios por parte de Dios, porque le basta y sobra ver la fidelidad con que sirve y ama a Dios la Virgen prudentísima, sapientísima y Madre suya amantísima, para convencerse de que merece ser amado y servido por sí mismo sin tener en cuenta sus beneficios, aunque la fe no le enseñara esto mismo." (148).

He aquí indicado uno de los efectos más poderosos y notables de las gracias místicas: el comunicar al alma la convicción íntima y viva acerca de una verdad, la cual ella conoce con

(146) Tratado, VI, pág. 84.
(147) Tratado, VI, pág. 85.
(148) Tratado, VI, págs. 85-6.

tal evidencia que la profesaría «aunque la fe no le enseñara esto mismo».

Esta adhesión y encendido amor a la Virgen fué para ella fuente de purísimos goces, aun en medio de los sufrimientos de la terrible noche. Había, sin embargo, unos momentos en que perdía la presencia y hasta la memoria de la Virgen, a saber: cuando sufría aquellos penosos embestimientos del demonio, que ya dijimos. Estos momentos fueron los más penosos y horrorosos de toda la purgación, y generalmente la opresión del demonio solía cesar imponiéndosele de nuevo la presencia de la Señora. (Véase en el Apéndice Documental n.° 61 cómo nos describe uno de estos casos).

3. La jornada de Sor Angeles.—En páginas conmovedoras, de profunda emoción humana, nos refiere Sor Angeles el modo concreto como practicaba en presencia y bajo la mirada de la Virgen todos y cada uno de los ejercicios que sumariamente hemos indicado. En primer lugar, véase la relación de sus ejercicios y devociones nocturnas, y los desahogos tiernísimos que con esta ocasión tenía con la Virgen. (Cfr. Apéndice Documental n.° 62.) Estas páginas incomparables, que no pueden leerse sin experimentar la más profunda emoción en lo íntimo del corazón, nos suministran nuevos elementos para juzgar acerca de los fenómenos místicos que concurrían en la purgación de Sor Angeles, a la par que nos descubren preciosos datos sobre la psicología de ella. Nos dice, en efecto, que apenas despertaba, buscaba con la vista intelectual a la Virgen, hallándola en seguida. Aquí tenemos confesado nuevamente por ella que gozaba de la presencia de la Señora por modo místico. En contraste con el disgusto y enojo que mostraba Dios para con ella, hace notar la inclinación irresistible que ella sentía por Dios: «Todo lo mío le ofende y desagrada; yo, en cambio, le estimo infinito y todas sus cosas son talismanes que me arrastran con imperio soberano». Aquí descubrimos una vez más la huella de las gracias de pura fuerza, que Dios mismo le comunicaba secretamente, sin cambiar su aparente rigor, infundiéndole esa estima suma de la infinita Bondad, que le obligaba a servirle por ser quien es, sin interés, y que fué lo que realmente la sostuvo durante la prueba.

Nos descubren además estas páginas el corazón profundamente humano de Sor Angeles. No son los santos seres sin corazón, que no sienten las exigencias de amor y de mutua corres-

pondencia que experimenta el corazón humano. Al contrario, han sentido más hondamente que nadie esta necesidad de amor, y la han satisfecho volcando su corazón sobre el único objeto capaz de colmar plenamente su hambre de amor, Dios. Por lo que hace a Sor Angeles, expresamente nos dice ella en el texto que comentamos cómo laceraba su corazón el ver que Dios no correspondía a su amor: «No puedo vivir sin amar y ser amada, sin obsequiar al objeto amado y ver la aceptación de mis servicios», «soy social, no puedo vivir sola...». El propio conocimiento, es decir, la profunda convicción de su propia maldad y deformidad moral, ahora extraordinariamente acrecentada y robustecida por efecto de la luz purgativa, la obligó a aislarse de todas las criaturas, como indigna de alternar con ellas. No puede aceptar su cariño y deferencias, porque no merece tales pruebas de afecto. Tan sólo puede aceptar el amor misericordioso de Dios que perdona al pecador por la propia bondad, para glorificarse en él por el ejercicio de su Misericordia; mas he aquí que Dios se niega a darle este amor... Unicamente la Virgen la dispensaba una acogida maternal y cariñosa, sin que esto bastara a consolarla del desafecto de Dios. Fácilmente se deja comprender que estos desahogos con la Virgen Santísima y este casi continuo recurso a Ella había de ser un gran alivio para su naturaleza, en medio de la completa soledad y abandono en que vivía, sin director, separada casi por completo de las mismas religiosas; el único alivio con que contó en esta durísima prueba y que no estorbaba en lo más mínimo la consecución de los fines que perseguía Dios en ella.

Este mismo texto nos sirve para determinar lo que dormía. Se levantaba cuando despertaba del primer sueño (es decir, hacia las doce, como se deduce de otros lugares de la misma Vida), invertía varias horas en los ejercicios que nos ha descrito y volvía a acostarse un poquito para entrar en reacción, es decir, la hora última antes de que se levantara la Comunidad. Así pues, no llegaría a cuatro horas lo que dormía en total durante la noche; aun agregando la siesta (si es que la dormía), es bien poco, si se tiene en cuenta su edad (veintiún años) y el enorme desgaste que había de suponer su intensísima vida interior.

Por la mañana, terminado el primer acto de Comunidad, retirábase a la celda, y puesta de rodillas ante el cuadro de la Inmaculada que tenía en ella, le daba cuenta de todo cuanto había hecho en el coro, encargándole agradeciera al Señor en su nombre el que la hubiera admitido en su presencia; si había

tenido algún descuido, aunque fuera involuntario, le pedía perdón. De rodillas, en la presencia de la Virgen, bajo su inspiración, leía con pausa y reflexión algún libro espiritual hasta la hora de bajar al torno. Era tornera segunda. Allí continuaba su oración, y de ese modo proseguía todo el día en íntima unión con Dios y con la Virgen.

"Todos los rincones del convento eran para mí oratorios, porque en todos oraba, vivía en continua comunicación con la Santísima Virgen y por su medio con Dios. Mi dependencia con la Señora era tan completa que aun para coser imploraba su asistencia, concediéndomela completísima, para que santificase el trabajo con la oración." (Cfr. Ap. Doc. numero 63.)

Con este texto del Apéndice conocemos ya toda la jornada de Sor Angeles y podemos apreciar cómo toda ella transcurría en la más estrecha vida de intimidad y unión con la Virgen. Salta también a la vista el alto grado de oración y de continua comunicación con Dios que por estas fechas había ya alcanzado.

4. LEYENDO A LA M. AGREDA.—En el segundo período de la purgación fué también la Virgen la que dirigió, por así decir, la obra de formación espiritual, particularmente propia de este período (Cfr. Ap. Doc., núm. 64). El libro del que para ello se sirvió y al que alude este texto del Tratado, no es otro que la Mística Ciudad de Dios de la M. Agreda, como consta por la Vida.

En la lectura de esta celebérrima obra ocurrió a Sor Angeles un curioso fenómeno místico que nos refiere en la Vida. Leyó los primeros Capítulos de la misma, que describen la vida religiosa de los justos del Antiguo Testamento, y de tal modo se sumergió en esta lectura y se abstrajo de toda otra idea, que creía vivir en compañía de los Patriarcas y Profetas de la Antigua Ley y se borró de su memoria todo recuerdo de Jesús y de María, o sea, del cumplimiento del misterio de la Encarnación. Al propio tiempo, aprehendía místicamente la presencia de la Divinidad, de la que gozaba con viveza. Mas a pesar de la felicidad que Esta le procuraba, sentía un vacío grande y una como imposibilidad de conseguir el fin para que fué criada, la visión beatífica, por faltar el Hombre-Dios, esa mística escala de Jacob, único modo de salvar el abismo que media entre Dios y nosotros. (Cfr. Ap. Doc., núm. 65).

Tal vez no sea difícil descubrir en este hecho, como en otros parecidos de la vida de nuestra autora, fenómenos puramente naturales y psicológicos que se combinan y entremezclan con

verdaderas gracias místicas; así, por ejemplo, en estos olvidos absolutos, que más adelante volverán a repetirse en diversas ocasiones. También es notable que muchas gracias místicas las recibe generalmente con ocasión de sus lecturas y están en consonancia con las ideas y sentimientos que se asimiló en las mismas. No hay duda que la vida de la M. Sorazu constituye un caso altamente interesante para el estudio de estos fenómenos psicológicos y reacciones naturales que se producen en el alma sometida a la influencia de los estados pasivos.

En la magnífica exposición que más tarde escribió la Madre Sorazu sobre el Capítulo V del Apocalipsis, supone ella este mismo estado místico que acabamos de indicar, en el evangelista San Juan, o sea, que Dios borró temporalmente de su memoria el cumplimiento de la Encarnación y por eso lloraba —Ap. 5, 4—, no hallando quien pudiese abrir el libro de los siete sellos, o sea, quien pudiese realizar los designios de Dios sobre la Creación. Esta exposición es de lo más sublime y precioso que ha escrito nuestra autora y se halla llena de ideas del más alto contenido teológico acerca de «la necesidad de la Encarnación y Muerte expiatoria del Verbo para el cumplimiento de los divinos decretos concernientes a nuestros futuros destinos» (149). Es decir, las mismas ideas y sentimientos que ella experimentó tan vivamente en el estado místico que reseñamos.

Hemos dicho que la Mística Ciudad fué el libro providencial de que se sirvió la Virgen para la formación de Sor Angeles en las virtudes. Pero es preciso tener en cuenta tanto el espíritu con que ella lo leía como las gracias místicas que intervenían en la misma lectura. Sor Angeles se ponía a hacer la lectura animada de fe vivísima, de deseo sincero de aprovechar y con un amor y estima grande de la Virgen. Al mismo tiempo que leía con reflexión las virtudes de la Señora, tenía su vista intelectual fija en el original, es decir, en la misma Santísima Virgen, de cuya presencia gozaba por gracia mística. Añádanse a esto las soberanas luces que en la misma lectura recibía para penetrar el interior de María. Con estas disposiciones y con tales socorros de lo alto, Sor Angeles se iba asimilando las virtudes, pensamientos y afectos que veía resplandecer en la vida de su Madre y Reina amantísima. La transformación que como consecuencia de esta labor de asimilación se obró en ella fué tal, que ella misma se desconocía (Cfr. Ap. Doc., núm. 66).

---

(149) Exposición de varios pasajes de la Escritura, págs. 55-72.

En el espejo de la historia de la Virgen, tal como la describe la M. Agreda, se miró una vez más para deplorar cuanto hubo en su vida pasada contrario a la altísima perfección de la Señora. Amaba con tal ardor a la Virgen que le bastaba saber que Ella hubiera amado o practicado una cosa para hacer ella lo mismo. Veía la altísima estima que la Virgen tuvo siempre de Dios, y esto le bastaba para que también ella amara y sirviera a Dios con amor puro, perfecto y desinteresado, por más que Este acumulara desprecios y olvidos contra ella. Del mismo modo, veía también al Señor como extasiado de amor por la Virgen y con esto crecía más y más la estima de Sor Angeles hacia María. He aquí cómo estos dos amores, el de Dios y el de la Virgen, crecieron juntos en ella. El amor de la Virgen la llevaba a Dios y el amor de Dios se convertía en nueva ocasión o motivo para acrecentar su amor a la Virgen (Cfr. Ap. Doc., núm. 67).

La expresión de que vivía más de la gloria de María que de la propia vida no es un recurso literario, sino la más rigurosa y exacta realidad. Literalmente cifraba su felicidad en ver a la Madre de Dios feliz, dichosa y enriquecida con dones tan excelsos. Mucho más, sin comparación más se alegraba de que Dios hubiese enriquecido con tales dones a la Virgen que si se los hubiera concedido a ella. Estos sentimientos tan nobles y generosos, que ni parecen propios de criatura humana (y, en efecto, sólo la gracia que nos deifica y reordena según la primitiva rectitud del hombre salido de las manos de Dios es capaz de poner tales sentimientos en nuestro corazón), brotan a cada paso de la pluma de la M. Angeles con una naturalidad y espontaneidad que no dejan lugar a dudas sobre su sinceridad y verdad. Y lo mismo que cuando se trata de la Virgen le ocurre cuando habla de la Santa Humanidad de Cristo o de la beatitud y gloria intrínseca de Dios. A la verdad, pocas veces habrá albergado este bajo suelo almas que hayan gozado tanto como Sor Angeles y en quienes la fuente de los goces haya sido más pura y noble, es decir, el gozarse de que Dios, de que Jesús y María son felices, ricos y llenos de bienes. El afecto de complacencia le ha inspirado páginas incomparables, de una nobleza y generosidad de sentimientos tal, que no pueden leerse sin sentirse interiormente mejorado y elevado en el alma, y sin que asomen las lágrimas a los ojos...

En suma, la Virgen le comunicó las energías de que dispuso en el período de purgación para corregir todo lo malo y defectuoso que en ella hubiera, para llorar y detestar eficazmente todo lo que había faltado en su vida pasada. A sus pies, en el ejer-

cicio de buena cristiana, conoció los tesoros de perfección encerrados en las leyes del Catecismo y de la Regla y los altísimos misterios y dogmas de nuestra fe, elevándose su oración a contemplación y contemplación altísima (Cfr. Ap. Doc., núm. 68).

5. DOCTRINA SOBRE EL PAPEL DE MARÍA EN LAS NOCHES MÍSTICAS.—En fin, Sor Angeles tiene conciencia de que a la Virgen se lo debe todo. En primer lugar, el mismo hecho de haber salido del desierto de su vida tibia para ser admitida en el purgatorio. En segundo lugar, su fidelidad durante el tiempo de la purgación y su feliz arribo a la tierra de promisión de la intimidad divina. Si la purgación se consumó en un período relativamente breve y rápido, ella lo atribuye a su fidelidad a la práctica de la vida mariana. Las almas que rechazan la vida mariana corren grave peligro de ser infieles en esta prueba y de no llegar nunca a la divina unión que anhelan (Cfr. Ap. Doc., núm. 69).

Incluso corrobora su afirmación con otras experiencias que ella ha podido conocer, además de la suya, y confiesa que una secreta fuerza le obliga a hacer esta manifestación para utilidad de las almas. Quiere revelar a todos este secreto, enseñándoles a padecer el purgatorio de la vida espiritual con más fruto y en menos tiempo en compañía de la Virgen (Cfr. Ap. Doc., n.° 70).

En estos dos textos del Apéndice —el 69 y el 70— está contenida la doctrina o enseñanza general que ella quiere inculcar acerca del papel e influencia de la Santísima Virgen en las noches místicas. En el primero supone que el alma gusta las primeras dulzuras de la contemplación infusa y poco después es sumergida en la terrible noche del espíritu. Estas primeras dulzuras parecen referirse a los primeros grados místicos (quietud, etcétera), no a los albores de la contemplación en la noche del sentido, pues estos principios no son en manera alguna dulces, sino caracterizados por la aridez, impotencia, etc. Ante todo, se ve que tiene ante los ojos su propio caso y que supone los fenómenos místicos en el orden en que los experimentó ella ; y, como ya sabemos, ella gustó las primeras delicias de la contemplación infusa ya en la época de la conversión. Si cuando sobreviene la terrible noche, el alma no se ha cimentado bien con la práctica de la vida mariana (como vimos que lo hizo ella, sobre todo inmediatamente después de su profesión religiosa), corre peligro de no sobrellevar con las debidas disposiciones esta dolorosa prueba, por falta de generosidad, con lo que la prueba se prolongará, tal vez hasta la muerte y hasta puede ser que el alma salga

de ella más viciosa de lo que fuera antes de gustar las delicias de la piedad.

En el segundo texto nos dice que la vida mariana proporciona alivios en esta prueba, pero alivios tales que no estorban ni impiden el fruto de la purificación. Ya vimos de qué especie eran estos alivios que ella disfrutó, a saber, la acogida maternal que le dispensaba la Santísima Virgen, el recurso filial y confiado a la misma. En cambio, las que no practican la vida mariana, por carecer de estos alivios y no ser capaces de padecer la prueba a solas, buscan alivios humanos que estorban la acción de la gracia purificante, con lo que el purgatorio se prolonga y tal vez no acaba nunca.

A la verdad, si consideramos el modo como se desarrollaron los hechos en Sor Angeles, el providencial florecer de su vida mariana que tuvo lugar precisamente poco antes de la terrible prueba, el papel de la Virgen durante toda ella y todo lo demás que queda referido, bien se puede pensar que fué designio de Dios dar a conocer por medio de esta sierva suya y para beneficio de todas las almas místicas este punto hasta ahora poco puesto de relieve sobre el papel e influencia bienhechora de la Virgen durante estas noches con las almas que practican la verdadera y sólida devoción a la misma. Además, la doctrina de la M. Angeles, aunque basada en experiencias particulares y referente directamente a la vida mística, es de aplicación aún más general y universal, y puede resumirse de la siguiente manera: la Santísima Virgen no faltará en los momentos críticos y particularmente delicados de la vida espiritual a los que de veras la buscan y se adhieren a Ella, en una palabra, a los que practican su verdadera devoción por una vida de intimidad y de total dependencia de la Señora.

ARTÍCULO V

Síntesis y conclusiones

1. RESUMEN.—2. LA MUERTE DEL YO, FRUTO PRINCIPAL DEL PURGATORIO MÍSTICO.—3. LUGAR QUE OCUPA ESTA NOCHE EN LA ESCALA MÍSTICA

1. RESUMEN.—¿Será preciso decir que nos hallamos en presencia de la noche oscura del espíritu, descrita preciosamente y

con todo pormenor por la propia paciente? Si ahora quisiéramos resumir en brevísima síntesis las principales características de esta fase mística, tal como se cumplió en Sorazu, las resumiríamos del siguiente modo: el primer período de la purgación se caracterizó por la sensación del odio de Dios y por la acción de la luz purgativa. La luz purgativa obraba sobre ella en dos sentidos: por una parte le comunicaba un ardiente amor a la virtud y al bien, y por otra le mostraba en toda su horrible fealdad la propia deformidad moral. En el segundo período ya no es el odio, pero sí el olvido, la indiferencia, la despreocupación más absoluta de Dios para con ella, actitud que resulta para el alma tanto o más sensible que la precedente. Además, este segundo período se caracteriza por la intensa actividad del alma en orden a su formación cristiana y religiosa. Socorrida con luces y gracias poderosas, Sor Angeles se dedicó durante él a reflexionar, rumiar y gustar todo lo que constituye la entraña y el meollo de la vida cristiana y religiosa, a saber: los divinos mandamientos, las obligaciones de Regla, los artículos de la fe y misterios cristianos, y a la propia formación en las virtudes.

Aparte de estas características, pasó toda la prueba, tanto el primer período como el segundo, en íntima y continua unión con la Santísima Virgen. Gozó casi habitualmente de su presencia y esta singular merced le permitió percibir su influencia soberana en todas la vicisitudes de la purgación. La Virgen la consoló y constituyó un alivio ante la severidad con que la trataba Dios. Ella le enseñó a considerar despacio sus propias infidelidades y a detestarlas. Ella, en fin, dirigió en el segundo período su labor de fundamentación cristiano-religiosa y de formación en las virtudes.

Finalmente, entre los elementos principales que juegan en la prueba se ha de citar también la intervención directa del demonio. El demonio la oprimía y atormentaba a ratos por medio de aquellas embestidas e imposiciones, tanto más penosas cuanto que en tales momentos se oscurecía y quitaba de su vista la refulgente luna que constantemente le acompañaba en la noche —la Santísima Virgen—, hasta que nuevamente volvía a aparecer en el cielo de su alma, ahuyentando al enemigo infernal.

2. LA MUERTE DEL YO, FRUTO PRINCIPAL DEL PURGATORIO MÍSTICO.—De estas características podemos ya adivinar los frutos. En primer lugar, hase de notar que la actitud observada por Dios con esta alma (de positivo enojo, indignación y repulsa en

el primer período, de olvido e indiferencia en el segundo), se encaminaba directamente a conseguir la muerte del amor propio, la aniquilación del egoísmo. Este fué el fruto propio y directo de esta conducta de Dios. «Quizá sea yo —dice ella— una de las almas que Dios ha tratado con mayor frialdad y la ha probado con mayores desprecios en el purgatorio de la vida espiritual» (150). Y que esta conducta obró en ella el fruto indicado lo reconoce también por las siguientes palabras:

"La conducta que Nuestro Señor observo conmigo, su influencia dolorosa, produjo en mi la muerte mistica; destruyó mi soberbia y amor propio, aniquiló el yo pecador, me despojó de las propiedades que heredado habia del viejo Adán y de los vicios que contraje; me estableció en la pobreza de espiritu, en la humildad y soledad y me inspiró el puro amor. Contribuyó también a estrechar mis relaciones con la Santisima Virgen. Esta identificación es quizá el primero y mejor de los frutos que produjo en mi alma y el que estimo sobre todos, porque los comprende." (151).

Además de la actitud observada por Dios para con ella, el conocimiento del propio desorden moral, que la luz purgativa con tan abultado relieve le mostraba, se ordenaba también directamente a la consecución de este mismo fin, o sea, la muerte del yo.

La M. Sorazu habla en diversos lugares de sus obras de la recta intención que nos debe guiar al pretender nuestra propia santificación. Ella conceptúa este punto como algo muy capital e importante. La gloria de Dios es lo que debemos buscar y apetecer en nuestro empeño por conseguir la santidad, no la propia exaltación o el encumbramiento del yo humano. No es raro hallar en las casas religiosas almas que tienen «hambre canina» de santidad, pero la buscan y apetecen animadas del amor propio, halagadas por el señuelo de los dones y gracias que aquélla lleva consigo; o sea, la pretenden porque a sus ojos significa una exaltación de su propia persona (152). Es claro que con tales disposiciones no es posible adelantar un paso en la santidad. El orgullo, el egoísmo o amor propio es el vicio radical que hay que empezar por superar. Pues bien, éste fué el primero y más precioso fruto que reportó Sor Angeles de la purgación. «En adelante —dice ella— no será capaz de buscarse a sí misma» (153). La conducta de Dios, la acción de la luz purgativa, las secretas

(150) Vida, II, 4, pág. 74.
(151) Vida, II, 3, pág. 72.
(152) Véase la carta al P. Nazario Pérez del 16-10-1919 publicada en la pág. 39 del Tratado, nota.
(153) Tratado, IV, pág. 61.

gracias que el Señor le comunicaba para que comprendiera que El merece ser amado y servido por sí mismo, sin atender a la recompensa, todo contribuyó a producir este maravilloso resultado. Recuérdese cómo el demonio la tentaba poniéndole delante de los ojos lo poco que conseguía con sus sacrificios, pues Dios continuaba indiferente y desafecto para con ella, y las respuestas tan heroicas y generosas con que cerraba la boca a sus malignas insinuaciones, declarándose dispuesta a servir a Dios con el mismo desinterés por siempre, aun en el mismo infierno. El ejemplo de la Virgen le enseñaba también este mismo amor puro, y bastábale ver lo que su celestial modelo había practicado para hacer ella lo mismo.

De este modo, Sor Angeles salió de la prueba convertida en «nueva criatura», restituída al orden primitivo, reordenada según el ideal del primer hombre que fuera creado «in sanctitate et justitia veritatis». A ella misma la hemos visto ya observar la honda transformación que notó en sí como efecto y fruto de esta prueba pasiva; perdió —nos ha dicho— las propiedades heredadas del viejo Adán y, en cambio, adquirió inclinaciones nuevas, radicalmente opuestas a los gustos y tendencias que arrastra el hombre común como tara que le quedara de la primera caída.

Entre estas propiedades del viejo Adán, sin duda que la más profunda y radical es ese amor propio desordenado que hemos indicado. Dicho amor propio, en efecto, constituye un mal capital, un desorden fundamental, porque supone un desquiciamiento, una subversión total de la rectitud y del orden exigidos por la verdad de las cosas. En efecto, el orden objetivo, la verdad de las cosas exige que amemos a Dios Bondad infinita por sí mismo, por su excelencia y amabilidad intrínseca; en esto consistía la rectitud original del hombre: él amaba a Dios por sí mismo, puesto que es el centro natural a donde deben mirar y converger todos los movimientos y aspiraciones de las criaturas. Dios mismo tiene que amarse a Sí, y lejos de constituir ello un desorden, es una exigencia del orden objetivo: «iste est amor castus, non zelus», «non zelando nec invidendo», como suele decir Escoto (154).

Por el pecado el hombre pervirtió este orden. Se ha constituído a sí mismo en centro, su yo es el punto de referencia en

(154) Joannis Duns Scoti Doctoris Mariani Theologiæ Marianæ Elementa, quæ ad fidem codicum manuscriptorum edidit Carolus Balic, O. F. M., Sibenik (Yugoslavia), 1933, págs. 14, 184, etc.

función del cual aprecia las cosas, su yo es para él la medida de todas las cosas, todo lo ama por sí y para sí, incluso a Dios. El pecado, en su raíz, no es más que esto, monstruoso desquiciamiento y subversión del orden de cosas que la verdad objetiva exige. Ahora bien, la gracia reordena nuevamente al hombre según la rectitud primitiva, nos infunde el hábito de la caridad con que amamos a Dios por Sí mismo, por su propia bondad, pero el que este hábito llegue a informar realmente todos nuestros actos y movimientos no se logra sin sacrificios costosos e imposiciones dolorosas. La M. Sorazu pone muy de relieve que el fruto directo y propio que obró en ella el Purgatorio fué esta muerte del amor propio, de la soberbia y del yo humano, desarrollándose como natural consecuencia el amor perfecto de Dios, el amarle por ser quien es, sin atender a la recompensa. Claro es que con esto no se excluye la esperanza, por la que amamos a Dios como bondad relativa, o sea, en cuanto bueno para nosotros; más adelante, en estadios más elevados de su vida espiritual, nos describirá la M. Sorazu en textos preciosos la íntima relación y fusión de ambos aspectos, mejor dicho, cómo la Bondad absoluta de Dios incluye y supone la relativa y cómo Dios al cumplimiento de nuestro deber de amarle por Sí mismo ha vinculado la consecución de nuestra particular felicidad. (Véase cap. X, art. III, núm. 6.)

Véase cómo San Buenaventura enseña esta misma doctrina. Dios —dice el Seráfico Doctor— hizo al primer hombre «recto» (155), y, por tanto, hábil o capaz para amar a Dios «propter se et super omnia».

"*Et hoc patet: impossibile enim erat eum aliter esse rectum. Rectitudo enim mentis consistit radicaliter in amore, amor autem rectus esse non potest si aliquid diligat supra Deum vel aeque, vel aliquid propter se et Deum propter aliud. Si ergo Deus fecit hominem rectum, patet quod unicuique dedit habilitatem ad amandum se, Deum, super omnia et propter se.*" (156).

Mas como criatura hecha de la nada y deficiente, podía el hombre apartarse de este orden, podía obrar por sí y no por Dios, y he aquí el pecado:

"*Sed quia de nihilo fuit et defectiva, potuit deficere ab agendo propter Deum, ut aliquid faceret propter se, non propter Deum, ac per hoc nec a Deo nec secundum Deum nec propter Deum, et hoc est peccatum.*" (157).

---

(155) Eccle. 7, 30.
(156) II Sent. d. 3, p. 2, a. 3, q. 1; Opera omnia, t. II, pág. 125.
(157) Breviloquium, p. 3, c. 1; t. V, pág. 231. Edic. B. A. C., t. I, pág. 290.

El pecado es precisamente eso, un dejar de mirar a Dios, un replegarse el alma a sí misma y buscar su propio bien en lo sensible. Nuestro espíritu no está perfectamente sometido a Dios si no le ama «super omnia et propter se», mas esto no se puede sin la gracia, pues sin ésta el hombre es arrastrado necesariamente por la concupiscencia a amarse a sí o a amar un bien aparente más que a Dios (158). Es una torcedura o encorvadura que trae nuestra naturaleza:

"Pronitas enim non solummodo dicit imperfectionem sed etiam quamdam naturae curvationem ac per hoc deordinationem." (159).

La gracia corrige este defecto nativo, ella reordena al hombre según la primitiva rectitud, sobre todo por medio de la caridad, cuyo acto propio es amar a Dios por Sí mismo. Ella tiene la primacía entre las virtudes y destruye en su raíz el egoísmo, la curvatura introducida por el pecado (160).

Junto con este fruto principal de la muerte del amor propio es preciso citar otros no menos importantes, íntimamente relacionados con aquél; por ejemplo, la adquisición de una humildad honda, profunda y verdadera, esa humildad extraordinaria y propia de los Santos. Además, como advierte la misma M. Sorazu, en este período de purgación «todo se somete al hierro de la mortificación, hasta las inclinaciones naturales para ordenarlas y elevarlas a Dios» (161). Es preciso limpiar la naturaleza de

"toda la broza y humedad, composición, negrura, materia térrea y maldita que hay en ella (mi espíritu propio con sus viciosas inclinaciones)" (162).

De este modo, la prueba llevó a cabo una profunda obra de reordenación, de restitución general; y fruto precioso y natural de este orden restituído, de esta armonía restablecida en el alma

(158) «Constat enim quod non subest spiritus noster perfecte Deo nisi diligat ipsum super omnia et propter se. Planum est etiam quod nullus in statu naturæ corruptæ Deum diligit super omnia et propter se sine dono gratiæ, immo necessario vincitur a vigore concupiscentiæ, ut magis amet se vel aliquod bonum apparens». II Sent. d. 30, a. 1, q. 2; O. O., t. II, pág. 719.

(159) II Sent. d. 22, a. 2, q. 1, ad 4; O. O., t. II, pág, 523.

(160) III Sent. d. 29, a. 1, q. 3, ad 5, O. O., t. III, pág. 645. Con todo, la caridad nunca separa el honor de Dios de nuestra propia felicidad: «Et si objicias quod Deus vult quod magis amemus honorem suum quam commodum nostrum, et magis appretiemur quod est magis appretiandum; dicendum quod verum est quod Dei honor plus debet in corde nostro præponderare quam nostrum commodum; tamen caritas nunquam separat honorem Dei a commodo nostro spirituali; nec est voluntatis divinæ ut nos appetamus aliquid quod sit in detrimentum salutis nostræ, propter honorem suum». Id. ibid..

(161) Tratado, IV, pág. 53.

(162) Libro manuscrito de coloquios, pág. 189.

humana es, como dice el mismo Seráfico Doctor San Buenaventura, la paz: «Purgatio autem ad pacem ducit» (163). Esa paz honda e inefable, sentida en lo más profundo del alma, de la cual nos ha dado ya testimonios en las páginas anteriores y que ya nunca más perderá Sor Angeles aun en medio de las más terribles zozobras que agiten la superficie del alma, sin conseguir jamás alterar el fondo de la misma.

3. LUGAR QUE OCUPA ESTA NOCHE EN LA ESCALA MÍSTICA.— Respecto al emplazamiento de esta noche dentro del proceso perfectivo místico, sabido es que en la escala mística normal u ordinaria la noche del sentido es la puerta de entrada para la vía mística; siguen los consabidos grados inferiores de la escala teresiana, a saber: quietud, unión, éxtasis y, finalmente, como puerta de entrada para la unión transformativa, viene la noche del espíritu. En el itinerario seguido por la M. Sorazu hallamos una en pos de otra las dos noches, la del sentido y la del espíritu *(el Desierto y el Purgatorio)*, sin que se nos haya dicho nada de los grados místicos inferiores de la escala teresiana, aunque sí es verdad que nos ha registrado la aparición de la contemplación infusa en el período de su conversión. Esta es la principal novedad con respecto a la escala mística normal u ordinaria.

Hacia el final de la segunda parte o Vía Iluminativa, volveremos a encontrarnos con otro estado o período purificativo muy semejante a éste en muchos conceptos, especialmente en el fenómeno místico de la luz purgativa. ¿Habrá que decir que la primera noche no la purgó enteramente de sus pecados y por eso sufrió Sorazu esta prueba en dos tiempos distintos? Nada de eso. La primera noche alcanzó de tal modo su objetivo de purgarla de todas sus faltas y pecados, que en adelante no será capaz Sor Angeles de dolerse y arrepentirse de tales pecados, pues ya no existen para ella, están completamente aniquilados y borrados (164). La segunda noche, que veremos más tarde, tendrá por objeto hacerla expiar las nuevas infidelidades e imperfecciones cometidas en el espacio de quince años que median entre esta primera noche y la segunda.

El P. Melchor de Pobladura, O. F. M. Cap., al editar el primer tomo de cartas de la M. Sorazu a su Director, cartas que

(163) De triplici via, Prologus; Obras de San Buenaventura, edic. B. A. C., t. IV, pág. 114.

(164) Cartas, 21-7-1910; t. I, pág. 24.

pertenecen a la época de este segunda noche, les ha puesto el siguiente título general: «La noche oscura del espíritu». Este título, así a secas, cual si ésta fuera la única noche del espíritu o la principal que sufrió la M. Sorazu, no resulta exacto, por lo que venimos diciendo. Ciertamente, el período purificativo a que dichas cartas pertenecen, reviste los caracteres de una nueva noche del espíritu, pero no se ha de olvidar que muchos años antes sufrió Sor Angeles otra a la que más propiamente conviene este nombre. A ésta concede Sorazu mucha más importancia en sus obras, la considera la verdadera puerta de entrada en la intimidad divina y le reserva un nombre consagrado y característico, a saber, «El purgatorio de la vida espiritual», a pesar de que la segunda fué la que la preparó y adaptó inmediatamente y de próximo para el matrimonio espiritual, perfecto y definitivo.

Respecto a la duración de esta primera noche en la M. Sorazu, duró en total trece meses y diez días. Pero nótese que en este cómputo incluímos todo el espacio de tiempo que media hasta el día mismo en que tuvo lugar la entrega de Dios, mientras que en el encabezamiento del presente Capítulo le hemos dado una duración de solos doce meses, porque remitimos al Capítulo siguiente los últimos días de la prueba que tienen un evidente carácter de expectación de la entrega de Dios que se avecina. De todos modos, no fué excesivamente larga, si tenemos en cuenta lo que leemos de otras pruebas semejantes, sino más bien corta; pero sí que fué intensísima, y la gracia purificante logró relativamente pronto colocarla en el estado de pureza, humildad, etc., que pretendía de ella, atendidas las alturas a que la tenía destinada. Ella misma, al decirnos que las que practican la vida mariana padecen el Purgatorio en menos tiempo y con más fruto, parece insinuar que el suyo fué más bien corto y que su identificación con la Virgen le ayudó a padecer la prueba con tal resignación y perfección que la gracia purificante consiguió muy pronto su objeto.

Según el Místico Doctor San Juan de la Cruz, las almas que han pasado la noche del espíritu quedan constituídas en el estado de perfectos. Purificada y confortada la misma naturaleza en esta prueba, podrá soportar las comunicaciones divinas sin éxtasis ni suspensiones de los sentidos, cosas todas que reconocen por causa la flaqueza e imperfección del sujeto (165). De hecho

(165) Noche Oscura, l. II, cap. 1, n. 2, pág. 365.

observaremos que las comunicaciones de la M. Sorazu nunca la enajenaban o hacían perder los sentidos. En una carta al P. Mariano le decía :

"Advierto que toda la vida he reconocido en mi organismo cierta participación de las propiedades del alma, mucho más desde los veinte años, y paulatinamente fué pronunciandose la espiritualidad." (166).

Esta relativa espiritualidad de su organismo, que ella notó de modo muy particular desde los veinte años, es efecto, sin duda, de la noche del espíritu, a la que se vió sometida en dicha edad.

(166) Cartas, 25-8-1920.

CAPITULO VI

LA ENTREGA DE DIOS

(De agosto de 1894 a últimos del mismo año)

En el presente Capítulo estudiaremos la entrega de Dios que vino a coronar y como a recompensar la fidelidad de Sor Angeles durante la precedente época de purgación. Comprenderá dos artículos: el primero abarca el período de expectación que precedió inmediatamente a dicha entrega; el segundo estudia la entrega misma, el subsiguiente estado de unión y el descenso que tuvo lugar al cabo de tres meses.

ARTÍCULO I

Período de expectación

1. ANSIAS POR SUBYUGAR AL OMNIPOTENTE. — 2. LA ÚLTIMA PRUEBA

1. ANSIAS POR SUBYUGAR AL OMNIPOTENTE. — Período de expectación llama la M. Angeles al último mes de su purgación pasiva (Cfr. Ap. Doc., núm. 75). Dicho período se caracteriza por unas extraordinarias ansias de apoderarse de Dios, ansias que evidentemente fueron efecto de gracias pasivas, como claramente se desprende de los caracteres con que se manifiestan.

Mas antes volvamos a tomar el hilo de la narración que quedó interrumpida en el artículo III del Capítulo precedente. Allí dejamos a Sor Angeles hacia el final de su prueba o purgación

pasiva. El desvío de Dios, su olvido e indiferencia, el ver que Este no correspondía a sus servicios, le producía un sentimiento cada día mayor. La primera manifestación de amor paternal que recibió por parte de Dios nos la cuenta ella en una página verdaderamente conmovedora de la Vida (Cfr. Ap. Doc., núm. 71).

La aparición de Dios que se describe en este texto parece fué por medio de una visión intelectual. Los padres de familia que Sor Angeles representó al Señor como ejemplo de padres que a pesar de ser duros y rigurosos, con todo, amaban a sus hijos, eran, sin duda, personas reales que ella había conocido en Tolosa. Estos pequeños datos vivos y concretos que abundan en las relaciones divinas de la M. Sorazu, así como el subido realismo y concretez con que ella nos cuenta su contacto personal directo con el mundo sobrenatural, dan indudablemente a esta Autobiografía un valor singular. Se desprende constantemente de ella esa impresión de algo auténtico, vivo, sincero, que le comunica interés y valor de actualidad.

Bastante después de este hecho, que contiene ya como un presentimiento de la unión inefable que se avecina, empezó a experimentar Sor Angeles unas ansias extrañas y vehementísimas. Primero fueron unas ansias de poseer a la Virgen como en patrimonio y propiedad. Muy pronto se vieron coronadas dichas ansias por el logro del objeto que pretendía, es decir, comenzó a experimentar por gracia mística cómo la Virgen poseía su alma y su cuerpo. Sentía visiblemente la presencia de la Señora en el fondo de su ser (Cfr. Ap. Doc., núm. 72).

Mas la felicidad y descanso que esta gracia le proporcionó fueron muy breves, pues a las ansias marianas sucedieron muy pronto otras más vehementes todavía, y que ahora tenían por objeto al mismo Dios. Eran unas ansias incontenibles por apoderarse de Dios, por rendir, subyugar, conquistar y hacer suyo al Omnipotente: son todas palabras con que ella intenta traducir de algún modo el objetivo concreto que perseguían aquellas ansias. El texto de la Vida en que nos cuenta este estado nos hace saber cómo se dedicaba a besar imágenes de la Virgen, pidiéndola constantemente que le hiciera entrega de su Hijo divino. Esperaba a Dios por conducto y mediación de la Virgen, por eso se lo pedía a Ella (Cfr. Ap. Doc., núm. 73). En el lugar paralelo del Tratado nos dice que no la satisfacía la presencia divina que ya gozaba desde que recibiera las noticias experimentales de la Encarnación y de los otros misterios, que vimos en el Capítulo precedente; lo que pretendía era una conquista

de Dios, y «como frenética y enajenada con la fuerza del amor y de su ardiente anhelo de poseerle», andaba por todas partes preguntando por El a la Virgen y pidiéndoselo sin descanso (167). Está claro por todas estas manifestaciones que dichas ansias eran efecto de gracias pasivas y que el estado descrito es, por tanto, rigurosamente místico.

Con frecuencia se le aparecía Dios bajo diversas formas, como si se complaciera en jugar con sus ansias (Cfr. Ap. Doc. n.° 74). Nótese en este texto cómo la vehemencia de sus ansias le hacía creer que había pasado años en este estado (cuando en realidad sólo habían transcurrido pocas semanas) y así se lo decía ella a Dios querellándose por sus dilaciones. Tiembla además en este relato un no sé qué de emoción y lirismo al referirnos cómo se dirigía cada amanecer al ventanario del dormitorio para contemplar el lucero de la mañana, precursor del Sol y símbolo de la Virgen que nos trajo al Sol de Justicia... Mas a pesar de su anhelosa espera, pasaba un día y otro día y Dios no se entregaba...

2. LA ÚLTIMA PRUEBA.—Faltábale aún una última prueba que padecer, con la cual acabaría de adaptarse y prepararse para la tan anhelada unión. El relato de esta prueba, que se nos hace en la Vida, es sumamente precioso, por ese modo concreto y directo con que la describe. Contempla Sor Angeles una imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro y le pide como de costumbre que le haga donación de aquel Niño que porta en sus brazos. El Niño le da a entender que está a disposición de su Madre y hará lo que Esta quiera. Entonces Sor Angeles se sorprende y extraña ingenuamente de que dependiendo la cosa de la Virgen, demore Esta el favor, y se queja de que se porte así con ella, que tanto la ama. Los ángeles que a ambos lados de la imagen llevan en sus manos las insignias de la Pasión, se las muestran, haciéndole saber que le falta aún una última prueba que padecer. Al mismo tiempo, Sor Angeles siente que recibe grandes alientos y ánimos para sufrir, y se retira gozosa y dispuesta a sobrellevar la anunciada tribulación.

Mas he aquí que a los pocos días se olvida de todo esto, y cuando más desimaginada está le sobreviene la tribulación, mejor dicho, se la procura ella sin querer y sin que se le ocurra relacionarla con la precedente predicción. Nótese la materia sobre

(167) Tratado, VI, pág. 88.

la que versó esta última prueba, la cual consistió en una firme aprensión de que se hallaba en estado de pecado mortal, *porque no traducía su vida íntima al confesor*. O sea, versó sobre el mismo punto que Dios le exigiera y urgiera tantas veces en épocas anteriores, sin poder acabar de ella que se resolviera a poner en ejecución esto que la gracia le pedía. La tribulación fué verdaderamente terrible, penosa e intensísima, hasta que por fin el día 24 de septiembre repentinamente se disipó, al imponérsele la presencia de la Virgen, quien la hizo saber que al día siguiente se verían cumplidos sus anhelos de unión divina. Llena de gozo pasó toda la tarde preparándose para recibir la gracia prometida, y la preparación consistió en imitar las virtudes de la Virgen y en rendir a la misma especiales homenajes de devoción. Además el día 25 celebraba la Orden Franciscana la fiesta de Nuestra Señora de la Merced, y para Sor Angeles constituía un singular motivo de gozo el que la entrega de Dios tuviera lugar un día consagrado a la Virgen y el que Esta interviniese en sus relaciones divinas, como había intervenido siempre hasta ahora, tanto en el período de prueba como en el de expectación. (Véase Apéndice Documental núm. 75.)

Con este estado de expectación o de ansias místicas termina la noche del espíritu de la M. Angeles. A la verdad, dichas ansias no son exclusivas de este período, pues en el fondo toda la noche está llena de ellas, aunque no aparezcan con tan destacado relieve como ahora.

ARTÍCULO II

La entrega de Dios

1. LA ENTREGA.—2. EL ESTADO DE UNIÓN.—3. EL DESCENSO. 4. INTERPRETACIÓN DE ESTOS HECHOS

1. LA ENTREGA.—El 25 de septiembre de 1894 es una fecha sagrada, memorable cual ninguna en la vida de Sor Angeles: «Día de eterna memoria para mí» (168). Día que recordará siem-

(168) Cartas, 21-7-1910; t. I, pág. 24.

pre con emoción agradecida y temblorosa, y cuyo aniversario celebrará todos los años de su vida:

"Todos los años procuro santificar ese dia con especiales obsequios a mi Dios y es uno de los dias más santos del año para mi pobre alma." (169).

"Acuérdese de mi el 25 del próximo septiembre, en cuya fecha, a las cuatro de la mañana (solares), se cumplirá el XXV aniversario de la entrega de Dios a mi alma después de la terrible prueba que padeci desde los diecisiete a los veintiun años." (170).

La inefable comunicación divina en que consistió la entrega está descrita tanto en la Vida (171) como en el Tratado (172). El relato de la Vida resulta más hermoso porque tiene ese frescor que naturalmente exhala de sí todo lo concreto y vivo, mientras que la descripción del Tratado parece un tanto descolorida y pálida por ese pretendido carácter impersonal y abstracto que hemos deplorado en esta obra. No obstante, la relación del Tratado añade algunas particularidades de interés, que tomaremos en cuenta.

No vamos a intentar describir aquí por nuestra cuenta la inefable entrega de Dios. No haríamos sino estropear la sencilla y preciosa narración que ella misma nos ha dejado. Remitimos, pues, al lector al Ap. Doc. núm. 76, donde insertamos el relato de la Vida. Aquí tan sólo nos limitaremos a hacer algunas observaciones a ese texto y a completarlo con los otros datos que nos ofrece el lugar paralelo del Tratado.

En primer lugar, nótese que se trata de una comunicación puramente espiritual; pero no de una visión (ya que habla de noticia general), sino de una sensación de contemplación. Es decir, de un aprehender a Dios en la contemplación infusa por los sentidos espirituales, traduciendo tal aprehendimiento por la sensación de vista y oído, lo cual no ocurre normalmente antes del grado místico del éxtasis. Obsérvese su modo de expresarse: «Parecía que se arrojaba en mis brazos». Pone el «parecía» porque en realidad no se trata de una vista y tacto corporal, sino de una sensación puramente espiritual, la cual por otra parte guarda analogías tan estrechas con las percepciones de los sentidos que instintivamente el alma las compara y expresa por medio

(169) Cartas, 23-9-1920.

(170) Carta al Excmo. Sr. Hospital, de 24-8-1919. En este cómputo de cuatro años de prueba reune Sorazu los tres del Desierto con el de la purgación pasiva.

(171) Vida, II, 10, págs. 108-111.

(172) Tratado, VII, págs. 95 y ss.

de las palabras que nos sirven para designar éstas (173). Del mismo modo, las palabras que ella pone en boca de Dios son propias de ella, es decir, traducciones hechas por ella al lenguaje humano de lo que Dios le dió a entender directamente y sin palabras. Esto se deduce asimismo de su modo de hablar: «esto entendí» (es decir, no me lo dijo con palabras expresas) «y lo creí», etc. Pero la naturaleza puramente espiritual de esta comunicación aparece explícitamente afirmada en las siguientes palabras del Tratado:

"Se le presenta como Dios, Uno y Trino, que comprende la naturaleza humana de Cristo, pues en El ve el alma no solo las personas de la Trinidad, si que también la Santísima Humanidad de Jesus en el Verbo, pero lo ve todo con la inteligencia, con una noticia general que no la permite fijarse en ninguna de dichas personas. Es como si Dios se revelara al alma envuelto en luz tenebrosa o en divinas tinieblas, radiante de gloria, majestad, belleza y bondad divinas." (174).

En el momento que Dios se le apareció, hízole saber que entre El y ella reinaban una unión, afinidad y parentesco tan estrechos, que en manera alguna cabe comparar con las uniones que existen entre las criaturas. Y a renglón seguido añade ella: «Así lo experimenté, y con la evidencia de la unión divina, al ver que Dios era todo mío y yo toda de Dios, quedé estupefacta». En estas palabras tenemos preciosamente expresado el carácter experimental propio de todo conocimiento místico. Sor Angeles veía en aquellos felices momentos, palpaba, sentía y conocía experimentalmente que lo que Dios le decía sobre la unión íntima entre El y ella era así en verdad y que se cumplía en ella.

El pasmo y la profunda impresión que sintió ante la evidencia de tamaño favor, lo pondera el Tratado con estas palabras:

"Es un beneficio tan grande, tan singular e inaudito, que quien le recibe participa del asombro y estupefaccion que experimenta el bienaventurado cuando por vez primera ve la Faz divina de Dios que en la eternidad dichosa se le comunica." (175).

Mas este pasmo y estupefacción no le impidió hablar a su Dios querido de tú, siendo así que hasta ahora le ha tratado siempre de Vos. Lo hacía así en los momentos de mayor intimi-

(173) Poulain, o. c., cap. V, pág. 69.
(174) Tratado, VII, pags. 95-6.
(175) Tratado, VII, pág. 98.

dad y confianza, según propia confesión que hallamos en una de sus primeras cartas al P. Mariano:

"Y *tráteme de tú, pues aun a Dios Nuestro Señor, con ser quien es,* doy yo ese tratamiento cuando quiero hablarle con confianza; ¡cuánto más debe hacerlo V. R. conmigo, si quiere que en sus cartas vea un padre y no un extraño!" (176).

Otra particularidad notable que consigna Sor Angeles en su descripción es la de que conocía con evidencia que el divino beneplácito se cumplía perfectamente en ella y que Dios nada la reclamaba. Poco más abajo nos dirá también que al presente tenía toda la cantidad de gracia de que era capaz. Esta llenumbre no es absoluta, sino relativa, o sea, se refiere a la capacidad actual que entonces poseía. Más adelante nos hablará de sucesivas dilataciones de esta capacidad anímica, con lo que serán posibles nuevos progresos y ulteriores acrecentamientos de gracia.

Tanto del relato de la Vida como del Tratado se desprende también que Dios le prometió en esta ocasión la perseverancia final (177).

Finalmente, es notable que no aparezca la intervención de la Virgen en el acto mismo de la entrega de Dios, como aparece en la comunicación divina de junio de 1911, cuando Sor Angeles será elevada al estado de matrimonio y como parece era de esperar también en ésta, después del papel tan importante que ha jugado hasta ahora, incluso en la preparación próxima para la entrega de Dios.

A pesar de la seguridad que la comunicación divina le proporcionó, no dejó Sor Angeles de llamar al confesor e hizo con él la confesión general que los días anteriores había aprehendido como necesaria. Le expuso las dudas y alarmas de conciencia que había padecido y le hizo saber, además, que Dios la exigía vivir sometida a la dirección espiritual. Al oír esto el confe-

(176) Cartas. 7-7-1910, t. I, pág. 11. «...aun a Dios Nuestro Señor, *con ser quien es...* No se olvide que nos hallamos en presencia de un alma profundamente religiosa, que en sus relaciones divinas llega al contacto íntimo y directo con la Divinidad. Por lo mismo tiene de Dios una idea tan alta, tan impregnada y ungida del sentimiento de acatamiento y adoración, que no podemos fácilmente imaginarnos toda la fuerza expresiva e íntima convicción que va implícita en estas sencillas frases suyas, de suyo tan triviales. Y sin embargo, esta profunda reverencia no obsta para el trato deliciosamente familiar e íntimo con el mismo Ser Divino. El gusto moderno que busca y apetece lo auténtico, lo directo y concreto tiene en la M. Sorazu un caso de excepcional interés y actualidad desde el punto de vista de estas cualidades. Las descripciones directas, realistas, frescas y espontáneas de sus relaciones divinas hacen llegar hasta nosotros de una manera muy real algo de aquella sensación o impresión característica sentida por ella en su contacto con Dios. En sus obras hallamos toda una gama variadísima de estas impresiones, como lo podrá observar todo el que atentamente siga las vicisitudes de su vida mística a través de sus propios relatos

(177) Tratado, VII, pág. 99.

sor se ofreció a dirigirla, pero, según dice Sor Angeles, no cumplió su palabra, al menos en la medida o forma que ella lo necesitaba. Probablemente, el confesor no sospechó siquiera la clase de alma que tenía delante, sino que tomando sus inquietudes por escrúpulos monjiles, para acallarlos y tranquilizarla de alguna manera, le prometió que la dirigiría, y luego no se preocupó más de proporcionarle tal dirección ni tal vez estaba capacitado para ello. Como, por otra parte, no parece que Sor Angeles tuviera por aquellas fechas facilidad para contar con la dirección de ningún otro sacerdote, hubo de continuar viviendo sin director. Y a esta falta de dirección atribuye ella el descenso que muy pronto veremos. Ahora, en efecto, le iba a ser ésta más necesaria que nunca.

2. EL ESTADO DE UNIÓN.—«En el momento en que Dios se entrega al alma, se siente ésta poseída del mismo y elevada a una altura sublime, que parece la antesala del cielo», dice el Tratado (178). Y la Vida: «Inmediatamente entré en posesión de Dios y quedé poseída de El con efectos maravillosos». La unión no se redujo, pues, al acto o momento pasajero de la divina comunicación, sino que esta comunicación fué el principio de un auténtico estado de unión. Las páginas con que en la Vida describe dicho estado de unión, de posesión del alma por Dios, son sencillamente estupendas, bellísimas, verdadera joya de la literatura mística, que sin detrimento pueden sufrir el parangón con las mejores que han escrito los místicos experimentales. (Cfr. Ap. Doc., núm. 77).

En esta descripción nos da a conocer las principales características o propiedades que sobresalían en su alma durante el estado de unión: ese darse cuenta del abismo que la separaba de las almas ordinarias o que se hallan en estado de gracia común, ese tener que hacerse cargo de la manera de ser de las criaturas de la tierra para poder entenderse y tratar con ellas, esa impresión de llenumbre, de gracia rebosante, esa evidencia de que la voluntad de Dios se cumplía perfectamente en ella, ese verse perfectamente conforme con Dios en su vida, operaciones, ser y sentimientos, etc., etc.

3. EL DESCENSO.—Tres meses próximamente duró Sor Angeles en este estado de unión, al cabo de los cuales tuvo lugar

(178) Tratado VII, pág. 99.

un descenso a otro estado más ordinario y menos llamativo. Este descenso lo provocó ella misma, como lo cuenta en los dos textos que ponemos en el Ap. Doc. núms. 78 y 79 y por las causas que allí mismo se indican. En substancia, según se deduce de dichos textos, las causas eran las siguientes: veía Sor Angeles que desde que había sido elevada al estado de unión, no era dueña de sí, no tenía control suficiente para regular sus acciones por las normas de prudencia y moderación que son necesarias entre los hombres, no sabía poner límites a su amor ni tenía criterio para saber cómo conducirse en las relaciones sociales o externas con el prójimo. Aquí era donde ella echaba de menos un director que la conservara en la necesaria humildad y la enseñara el modo de portarse en su trato externo. Viendo, pues, los peligros a que en el nuevo estado se hallaba expuesta por no tener director, las visibles imprudencias que sin poderlo remediar llevaría a cabo por su falta de criterio y de propio control, resolvió resistir a la gracia y poner fin a un tal estado, sin que con ello quisiera ofender a Dios, sino más bien era una determinación que ella se veía forzada a tomar en vista de las circunstancias, principalmente por no tener un director en su nueva y delicada situación.

El descenso se produjo inmediatamente que ella resistió a la gracia y puso límites a la acción de Dios. Este mostró sentir muchísimo el que su esposa le abandonase. También ella lo sentía pero el temor de extraviarse por aquellos «caminos extraordinarios» sin dirección, era lo que le forzaba a tomar esta determinación, aunque estaba dispuesta a volver a este estado cuando tuviera director, si es que Dios persistía en querer llevarla por estas vías.

Vemos por este hecho cómo Sor Angeles tenía criterio suficiente para reconocer su misma falta de criterio y de propio control, o sea, las imprudencias, excentricidades y peligros a que se hallaba expuesta en su nuevo estado, todo lo cual nos revela una vez más su constitución sana y equilibrada y sus relevantes dotes de sensatez, sentido común, inteligencia, etc. En suma, nos está revelando un gran criterio en lo mismo que ella llama falta de criterio.

Asimismo, nos hallamos en presencia de un nuevo hecho interesantísimo para apreciar las repercusiones o reflejos puramente naturales con que reacciona la naturaleza sometida al influjo de las gracias pasivas. Ya antes de ahora hemos hecho notar que la M. Sorazu es un caso de primera importancia para estudiar estas mutuas interferencias y relaciones que se establecen

entre las gracias místicas y la naturaleza humana que padece la presencia de ellas. Pues bien, aquí nos hallamos evidentemente ante un caso de éstos. Probablemente ella misma no se daba cuenta de esto en aquellas fechas; al menos así parece deducirse del texto núm. 79 del Ap. Doc., donde atribuye a Dios las excentricidades que ella practicaba en el estado de unión. Véase cómo se expresa:

"Me obligaba Su Majestad a hacer cosas extravagantes, buenas, se entiende, pero que llamaban la atencion de la Comunidad, y hubieran llamado mucho más si yo hiciera todo lo que Dios Nuestro Señor me obligaba a hacer. Yo temia mucho y me daba mucha verguenza ser lo que Dios queria que fuera; y aunque deseaba mucho glorificar a Su Majestad a costa de mi honor, de mi vida y de mi gusto; pero temia engolfarme en aquella voluntad de Dios, empeñada en llevarme por caminos extraordinarios."

En consecuencia, instaba al Señor que no la obligara a hacer excentricidades: «...mas Dios Nuestro Señor no quería; y aquí comencé a luchar con El», etc. Evidentemente, se trata aquí de un caso en que la naturaleza no podía soportar la intensidad de las gracias pasivas y obraba esos actos precisamente por debilidad, por falta de dominio, o sea, por no poder soportar con entera posesión de sí misma la fuerza de las divinas infusiones. Tal vez la misma Sor Angeles no dejó de presentir lo que podía haber de fenómeno natural en estos hechos, a pesar del modo como se expresa, pues de otra manera casi no se concibe que se resolviera a resistir a lo que ella creía voluntad manifiesta de Dios. Esta debilidad o falta de aptitud de la naturaleza para soportar con entera posesión de sí misma la divina unión mística nos viene a descubrir que el efecto de la precedente noche del espíritu no había sido lo suficientemente eficaz a este respecto. Y he aquí otra razón por la que Sor Angeles habrá de pasar por una segunda noche antes de que sea elevada al verdadero y definitivo matrimonio espiritual.

Así terminó este precioso e interesante estado de unión. Puso fin a él, como decimos, la misma Sor Angeles con plena advertencia de lo que hacía y por las razones indicadas. El sentimiento que mostró Dios al ver que su esposa le abandonaba se le grabó a Sor Angeles tan adentro, que durante los años siguientes padeció los más crueles remordimientos por esta especie de resistencia hecha al Señor.

4. INTERPRETACIÓN DE ESTOS HECHOS.—Estos hechos plantean por sí mismos varios problemas, que es necesario tratar

brevemente. En primer lugar, ¿obró rectamente Sor Angeles con su indicada resistencia? En segundo lugar, ¿de qué grado místico se trata en la precedente entrega de Dios y estado de unión?

En cuanto a lo primero, objetivamente hablando, parece claro que no es aprobable el proceder seguido en el caso por la Madre Angeles, aunque subjetivamente le excusara su buena fe. Lo lógico y lo propio hubiera sido rogar al Señor para que El mismo pusiera fin a aquel estado o limitara sus efectos o para que le proporcionara director, etc., pero no resistir, obligando con ello a Dios a que pusiera fin al favor contra el plan inmediato del mismo Dios. Anteriormente hemos dicho que Sorazu demostró muy buen criterio y estar animada de muy buen espíritu en su actitud de recelo hacia los «caminos extraordinarios», hacia las excentricidades, singularidades, hacia todo lo llamativo y lo que podía constituir un peligro para su humildad; pero esta excelente disposición no se opone en modo alguno a que hubiera seguido en el caso la conducta que hemos indicado.

Mas, si objetivamente considerado, no era aprobable el proceder de Sor Angeles, subjetivamente parece claro que no hubo en ello falta ninguna, por la buena fe y móviles rectos que la animaron. Por lo mismo, el descenso que se siguió no fué en manera alguna un descenso real en la perfección o santidad; únicamente cesó en el alma la experiencia actual de unión, pero conservando ésta la misma cantidad de gracia o grado de perfección. Esto lo afirma ella taxativamente en el Tratado y aparece además claro del ulterior desarrollo de los acontecimientos de su vida. Es más, como insinúa el mismo Tratado, este estado de unión era en los designios de Dios algo episódico, algo que debía terminar, y Dios se sirvió de aquella aparente resistencia del alma para poner fin a él, haciendo como que sentía mucho dicha resistencia, pero sin que en realidad se diese por ofendido, ya que ni siquiera hubo resistencia formal. (Cfr. Apéndice Documental, núms. 80 y 81).

Finalmente, ¿con qué grado místico hay que identificar esta gracia de unión? El Tratado parece identificarla con el matrimonio espiritual cuando dice:

"Este acto reviste siempre cierta solemnidad propia del misterio que encierra, aunque varia en la forma, porque a unas almas se las entrega Dios con signos sensibles en forma de desposorios, entrega del anillo y otras joyas, y a otras sin ninguno de dichos signos, pero con la misma o mayor solemnidad, si cabe. Hablaré de las ultimas, porque de las uniones en forma de des-

posorios hay muchos ejemplares en las biografías de los Santos y Santas canonizados y de muchas Venerables, especialmente religiosas" (179).

Estas palabras parecen referirse al matrimonio espiritual. El término «desposorios» que ella emplea, no se ha de tomar en sentido técnico para designar la comunicación divina que precede y anuncia el matrimonio, ya que las uniones de Santos a que alude y con las cuales equipara la precedente entrega, son sin duda el matrimonio espiritual que, como es sabido, se realizó frecuentemente bajo esta forma simbólica de místicas nupcias. Parece, pues, claro que en el precedente texto la M. Sorazu equipara la entrega de Dios de 1894 con el grado místico del matrimonio espiritual. Añádase que pocos meses antes de su muerte en una carta al P. Mariano le decía la M. Angeles que la unión data en su vida desde el 25 de septiembre de 1894, perfeccionada cada vez más, pues a pesar de su mala correspondencia, Dios siguió su marcha, excepto algunos períodos de vida estacionaria que dificultaron la expansión de la vida divina en su alma (180).

Y, en general, por todos los escritos de la sierva de Dios aparece claro la importancia suma y trascendental que a sus ojos tuvo esta entrega de Dios.

De hecho, la entrega del 25 de septiembre ofrece rasgos de indudable parecido con el matrimonio espiritual. Este es el grado místico con el que instintivamente se siente uno inclinado a identificar este episodio, si no fuera por el subsiguiente descenso. Pero aun después del descenso, a cada paso nos encontraremos con datos muy significativos, reveladores de que Sor Angeles se hallaba en posesión de ciertas dotes del Matrimonio, sin que en realidad se hallase en el verdadero estado de Matrimonio. Parece, pues, se ha de decir que en el caso se trataba de una gracia que debía ser el principio del Matrimonio, de una invitación no lograda al Matrimonio. Dicha invitación no se logró por entonces, o mejor, Dios mismo la dejó en suspenso por no hallarse Sor Angeles en condiciones para ser elevada a dicho estado, ya por falta de dirección ya por aquellas flaquezas del natural que este mismo estado de unión nos ha revelado. Así, pues, y tomando ocasión de la aparente resistencia del alma, El mismo puso fin al estado de unión. Esta duración episódica hace pensar

(179) Tratado, VII, págs. 94-5.
(180) Cartas, 17-1-1921

que el principal designio de Dios al concedérselo fué recompensar de ese modo su fidelidad durante la pasada noche, a la vez que darle un anticipo del verdadero y definitivo Matrimonio, que aún había de tardar muchos años en llegar.

De todos modos, es algo verdaderamente notabilísimo este corte del Matrimonio espiritual al comienzo, corte debido a infidelidad de buena fe, pero con resistencia a la gracia y por falta de dirección. Es un caso que por lo extraño y original del mismo, por constituir un ejemplo tan raro y nuevo en las experiencias místicas, merece ser objeto de particular estudio.

Conclusión general de la Primera Parte o Vía Purgativa

Hemos alcanzado ya la meta final de la primera de las tres partes o épocas en que dividíamos la vida espiritual de la M. Sorazu. Detengámonos un momento a contemplar el camino recorrido para hacer el balance general y apreciar en rápida ojeada los frutos y resultados alcanzados por nuestra autora ya a la temprana edad de veintiún años.

Vimos una niñez marcada con el sello inequívoco de la predilección divina, reveladora por sí sola de una muy singular vocación a la santidad y a la vida mística. (Cap. I.)

En su adolescencia advertimos un corto período dedicado a los pasatiempos y vanidades mundanas, período que en los planes de Dios tiene el manifiesto designio de que sirva para conservarla durante toda su vida en la humildad y experiencia de su propia miseria. Pero es en esta misma época de extravío donde se nos vuelve a descubrir otra vez la singular elección de esta alma, en la particular providencia con que Dios la preservó de los peligros de pecar, y sobre todo en el notabilísimo privilegio de no experimentar nunca la concupiscencia de la carne. (Capítulo II.)

A la época de extravío siguió la conversión, con el cambio radical de vida y el alejamiento definitivo de todas las vanidades. Esta época la vimos caracterizada por la plenitud de entrega y donación total a Dios por medio de una vida de oración intensa y fervorosa. (Cap. III.)

Mas a poco sobreviene la primera prueba: aridez, alarmas de conciencia, etc., y por no ser fiel a la gracia que le pedía abrirse al confesor, permanece Sor Angeles en un estado semiestacionario que dura tres años. (Cap. IV.)

Sale de él por medio de una segunda conversión, e inmediatamente es sometida a la purgación pasiva o noche mística del espíritu, que lleva a cabo en ella una profunda y primorosa

labor de purificación, de expiación de sus faltas, enderezamiento y rectificación de las inclinaciones naturales viciadas por el pecado, etc., sobresaliendo en esta prueba el papel importante que juega la Santísima Virgen como sostén, alivio y celestial modelo de la paciente. (Cap. V.)

Por fin, la terrible noche es coronada por un precioso estado unitivo de carácter episódico, pues tan sólo perseveró en él tres meses. (Cap. VI.)

Como ya hemos advertido anteriormente, la época central más característica y representativa de toda esta Primera Parte es el período de la purgación pasiva. «Via Purgativa consistit in expulsione peccati». Purificar, limpiar, rectificar, reordenar, etc., es la labor previa indispensable que debe preceder a toda otra en la obra de santificación. Esta radical y profunda purificación llevada a cabo en el alma de Sorazu constituye la más segura garantía y promesa de los progresos ulteriores. Este es, pues, en definitiva, el fruto positivo logrado en esta primera etapa.

Al igual que hasta el presente, en las páginas siguientes de nuestro estudio iremos siguiendo paso a paso la mano de Dios que va trabajando esta alma, y junto con la obra de Dios estudiaremos la correspondencia de la misma alma, casi siempre generosa y caracterizada por una excelente buena voluntad, mas no siempre exenta de ignorancias, resistencias y otras debilidades, que hacen tanto más provechoso para nosotros el conocimiento de este interesantísimo caso de la vida mística.

SEGUNDA PARTE

LA VIA ILUMINATIVA

(1895-1911)

"La vía iluminativa consiste en la imitación de Cristo". (San Buenaventura, De triplici via, cap. III, Preámbulo, ed. B. A. C., tomo IV, pág. 143).

Esta segunda etapa que distinguimos en el itinerario místico de la M. Sorazu abarca un largo espacio de casi 17 años (desde principios de 1895 hasta junio de 1911). Es una época que presenta perfiles propios, bien distintos y caracterizados. La nota central, el rasgo esencial y característico de toda esta larga serie de años lo constituye la contemplación de los misterios de la vida de Cristo con ayuda de noticias místicas o gracias pasivas, reproductivas de dichos misterios. Mas en esta misma contemplación estrictamente mística de los misterios de Cristo iremos notando cierto progreso y sucesivos adelantamientos de la mística contemplante. En efecto, durante los primeros años no podía penetrar en los misterios de la gloria. La gracia mística con cuya ayuda contemplaba, se refería tan sólo a los misterios de la vida terrestre del Salvador, o sea, desde la Encarnación hasta la Ascensión inclusive. Durante muchos años se redujo, pues, a contemplar estos misterios, recorriéndolos millares de veces. Además, en estos primeros años se fijaba preferentemente en Cristo Hombre, como agente principal de dichos misterios. Mas después se le concedió seguir también a Jesús en los misterios de la gloria, y aun en los misterios de su vida terrestre, aprehendía preferentemente, no ya a la Santa Humanidad, sino a la Divinidad presente en ella y obrando por medio de ella la salvación del género humano.

Junto con esto, que constituye lo propio y representativo de este largo período, hallamos otras muchas gracias y fenómenos particulares, que a su tiempo iremos señalando. Finalmente, en los últimos cuatro años de esta segunda parte, o sea, de 1907 a 1911, nos encontramos con una nueva fase purificativa, una segunda noche del espíritu, que es la que acabará de adaptar de próximo a la M. Sorazu para el estado de matrimonio espiritual con que se inaugurará la Vía Unitiva.

Dividimos toda esta segunda parte en tres capítulos. El primero abarca siete años, desde 1895 hasta el 18 de marzo de 1902, fecha en que Sor Angeles se sintió elevada a un estado más ventajoso aún que el de la unión de 25 de septiembre de 1894. El segundo comprende desde dicha fecha hasta 1907. En el tercero, finalmente, estudiamos el período purificativo que se prolonga desde 1907 a 1911.

CAPITULO VII

ACOMPAÑANDO A JESUS EN LOS MISTERIOS DE SU VIDA TERRESTRE

(1895—18 marzo 1902)

"El girasol pareciame un retrato de mi alma, la cual, fija su mirada en el Sol de Justicia, le seguia paso a paso en la carrera de su vida mortal, desde la Encarnación hasta su triunfal Ascensión a los cielos, y cuando el Salvador se ocultaba a mi mirada con el impenetrable velo de su inefable gloria a la diestra del Padre, me quedaba como suspensa mirando al cielo —como el girasol queda suspenso vuelto hacia el Occidente cuando pierde de vista al rey de los astros— hasta que pasado un rato volvia a buscarlo en el misterio de la Encarnación."

(Vida, III, 6, págs. 151-2.)

Para mayor claridad y comodidad de exposición, dividimos el estudio de estos siete años de la vida de la M. Sorazu en cuatro artículos, tomando pie para la subdivisión de un acontecimiento meramente externo de su vida, cual fué el traslado temporal a otro convento. Así, pues, el artículo I abarca únicamente los meses que median entre el descenso indicado en el capítulo precedente y el traslado de Sor Angeles al convento de Jesús-María. El artículo II comprende el lapso de tiempo vivido por Sor Angeles en el nuevo convento (casi tres años). El artículo III continúa estudiando la vida mística de nuestra autora después del regreso a su antiguo convento. Finalmente, en el artículo IV estudiamos el período de sufrimiento que precedió a la histórica fecha de 18 de marzo de 1902. Como se ve, la sub-

división en artículos no obedece a modalidades diversas o fases nuevas de su vida mística, sino que se toma de circunstancias más o menos accidentales de su vida, ya que durante estos siete años es una misma la nota característica y central de la vida mística de Sor Angeles, a saber, el acompañar a Jesús en los misterios de su vida terrestre, por medio de una noticia mística, reproductiva de dichos misterios, que para este efecto se le concedía. Decimos de los misterios de la vida terrestre, porque, en efecto, en este primer período no se le daba pasar más allá de la Ascensión, quedando Sor Angeles como sin ocupación cada vez que había recorrido el ciclo de misterios que componen los estados de la vida de Jesús desde la Encarnación hasta la Ascensión; y como no podía penetrar con El en los misterios de la gloria, volvía a empezar de nuevo la mística carrera que va del seno de María hasta el Olivete. Y en cuanto al modo concreto de seguir estos misterios, ya hemos dicho que durante este primer período se paraba en la Santa Humanidad. Estas carreras místicas en seguimiento de Jesús, repetidas millares de veces, constituyen, pues, la nota esencial y característica del período que vamos a estudiar.

ARTÍCULO I

Después del descenso

1. NOSTALGIA DE LA DIVINA UNIÓN PERDIDA.—2. LA PRESENCIA DE DIOS SENTIDA POR GRACIA MÍSTICA.—3. LOS MISTERIOS DE CRISTO REPRODUCIDOS EN EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

1. NOSTALGIA DE LA DIVINA UNIÓN PERDIDA.—Reanudemos el hilo de la narración de la vida de Sor Angeles. Recordará el lector que el estado de unión que se inició en 25 de septiembre de 1894 cesó al cabo de unos tres meses, por las causas y motivos que ya se indicaron. Entonces se produjo un descenso que Sor Angeles traduce siempre por la metáfora del desprendimiento del divino abrazo, a que se hallara unida (1). Si nos fijamos

(1) Véase por ejemplo Tratado, págs. 103, 105, 107, etc.

atentamente en las expresiones que ella emplea para designar aquel inolvidable y regalado estado de unión, expresiones que sin duda traducen la impresión que del mismo le quedara, vemos que todas se refieren a esta idea de abrazo con el divino Esposo y suponen una evidencia o experiencia de unión actual y de adherencia gozosa con Dios. Véanse algunas de estas expresiones:

"Después de un periodo más o menos largo de vida semibienaventurada, Dios Nuestro Señor hace como que suelta al alma o la desprende de la unión o adherencia con su divinidad en que se encontraba." (2)

"Cuando descendí de la unión divina o de la actual experiencia del don de Sabiduría que me adhería a mi Dios y me retenía unida a El..." (3)

"...es que al soltarla Dios de su íntimo abrazo corta en cierto sentido la corriente de sus divinas comunicaciones, haciendo que cese en el alma el uso actual del don de Sabiduría que la adhiere a su Dios y la hace gozar de El." (4)

Coinciden todas estas expresiones, como se ve, en señalar una misma nota como esencial o constitutiva de aquel estado de unión, a saber, esa evidencia de la unión o adherencia actual que existía entre el alma y Dios, unión que espontáneamente se compara con el abrazo. Una adherencia gozosa, fruitiva, de tipo afectivo, que fué para Sor Angeles fuente y origen de purísimos e inenarrables goces. Por todos estos caracteres parece coincidir este estado con el grado místico que el Seráfico Doctor San Buenaventura denomina precisamente «Amplexus», y que parece tener su correspondencia en el Matrimonio espiritual de la escala teresiana (5). En su lugar hicimos notar la afinidad que guarda la entrega de Dios de 25 de septiembre de 1894 con el Matrimonio espiritual, sin que en realidad sea el Matrimonio-verdad, que no llegará sino muchos años más tarde. Es notable también la coincidencia con el Seráfico Doctor en el papel que Sorazu asigna al don de sabiduría en la producción de dicho estado de unión, como se ha podido observar por los textos que anteceden; exactamente igual que el Seráfico Doctor, para quien la experiencia mística en sus fases supremas es función de dicho don e implica una experiencia sabrosa, de tipo afectivo (6).

(2) Tratado, VII, pág. 102.
(3) Vida, II, 13, pág. 102.
(4) Tratado, VII, págs. 103-4.
(5) Véase Ignacio Omaechevarría, Introducción al tomo IV de Obras de San Buenaventura, ed. B. A. C., pág. 94.
(6) Omaechevarría, 1, c., pág. 36 y ss.

Pues bien, desprendida ahora Sor Angeles del abrazo con el divino Esposo, se vió colocada en un estado «más ordinario» (7). La nota más saliente, la impresión dominante que se apoderó de ella en el estado subsiguiente al descenso fué una penosa impresión de desamparo, de soledad, de vacío imposible de llenar. Era natural. Ella, que había experimentado la inefable dicha del abrazo con el divino Esposo, ya no podía haliar contento alguno en las cosas de este mundo, una vez que se veía privada de aquel soberano bien. Las criaturas eran para ella como extrañas y desconocidas. Nada, absolutamente nada, fuera de Dios, podía colmar el infinito vacío que sentía. Vivía como sola entre las religiosas. En medio de este desamparo y soledad sentía la necesidad de acompañarse con Jesús y María y los buscaba en el cielo hasta con sus ojos materiales con penoso anhelo. (Cfr. Ap. Doc. núm. 82 y su paralelo del Tratado, VIII, páginas 107-109.)

Por este texto de la Vida vemos que Sor Angeles seguía practicando el mismo horario que observaba durante la época de purgación, o sea, levantándose a media noche. Jesús y María, por medio de una visión que en el texto se nos describe y que parece fué imaginaria, no intelectual, le señalaron la faena u ocupación a que debía dedicarse en el nuevo estado de vida espiritual: la imitación de las virtudes que practicaron Jesús y María en los episodios de su vida mortal. Estas visitas de Jesús y María, para consolarla en el desamparo que padecía, fueron bastante frecuentes, según nos hace saber el Tratado (8).

2. LA PRESENCIA DE DIOS SENTIDA POR GRACIA MÍSTICA. Una gracia mística notable que Sor Angeles retuvo después del descenso fué la de sentir a Dios presente en todo lugar. Había comenzado a gozar por modo habitual este favor místico hacia el fin de la época de purgación, o sea, antes de la entrega de 25 de septiembre de 1894 (9), y ahora, después que cesó el estado de unión, siguió gozándola habitual y establemente. Véanse en el Ap. Doc. números 83 y 84 algunos testimonios sobre este favor místico que no siempre poseía en igual grado. Es inexacto lo que supone el P. editor de las Cartas en nota al texto que nosotros reproducimos en el Ap. Doc. núm. 84 (10), a saber,

(7) Tratado, VIII, pág. 107.
(8) Tratado, VII, pág. 104.
(9) Cfr. Tratado, VI, pág. 88.
(10) Cartas, tomo I, pág. 86 nota.

que Sorazu se refiera en dicho texto a los efectos causados en su alma por la unión de 25 de septiembre de 1894. Tales efectos cesaron a los tres meses, como dijimos, y aquí se habla de un estado que duró años. Sor Angeles empezó a gozar como habitual el sentimiento de la presencia de Dios hacia el final de la época de purgación, y a esa fecha, sin duda, se refiere el cómputo que hace al datar dicho estado desde el segundo o tercer año de su vida religiosa. El estado de presencia de Dios se inició, pues, antes de la entrega de Dios y prosiguió al cesar los efectos de ésta. En adelante, como dice, gozará habitualmente este favor místico, y a su debido tiempo nos será dado saborear otras preciosísimas descripciones que ella nos ha dejado del modo como contemplaba a Dios presente en la Creación.

Pero ni este regalado favor de la presencia de Dios ni las visitas de Jesús y María eran bastantes a consolarla de su soledad y desamparo. Además padecía muchísimo por las faltas que cometía:

"...el amor reconocido —dice ella— es el verdugo que atormenta a esta alma y la hace expiar sus imperfecciones más duramente que lo haría el mismo Dios, quien se niega a castigar dichos defectos en vista de lo que por ellos padece la culpable." (11)

Es decir, la memoria de los estupendos prodigios de amor que Dios había obrado con ella hacía que experimentara un vivísimo y cruel remordimiento por las pequeñas e insignificantes faltas que cometía, casi todas simples imperfecciones, muchas veces totalmente involuntarias, como puede verse por el texto que insertamos en el Ap. Doc., núm. 85. Tenía además Sor Angeles el error o idea equivocada de que estaba en su mano sustraerse absolutamente a todo pecado y ello contribuía a redoblar su dolor por la monstruosa ingratitud que a sus ojos representaban aquellas faltas, después de los favores de que había sido objeto. Se ha dicho que la mujer es particularmente sensible al pecado de ingratitud. Los sentimientos de la M. Sorazu podrían ser una prueba de ello.

Las Cartas nos refieren, además, que cuando Sor Angeles descendió del estado de unión, el Señor le hizo saber lo siguiente:

"No trates de vivir en la Religión como una de tantas religiosas, contenta con la observancia comun y en un estado de gracia ordinaria, porque no perseverarás en él, pues estás destinada a ser santa, y, si no lo eres,

(11) Tratado, VII, pág. 104.

serás la criatura más perversa. Entrarás en el cielo en compañía de muchas almas que yo tengo determinado salvar por tu medio, o no te salvarás, porque para ti no hay término medio." (12)

Y a renglón seguido añade ella por su cuenta que sabe por experiencia ser esto ciertísimo y que el Señor se lo había dado a conocer «desde los primeros años de mi vida». ¿Qué otra cosa viene a ser esto sino una nueva confirmación de cuanto llevamos dicho sobre la existencia de una vocación enteramente excepcional y extraordinaria con que Dios distinguió a esta alma, destinándola a una santidad altísima y extraordinaria, a la vez que a una vocación específicamente mística, como medio de alcanzar dicha santidad? La existencia de esta vocación particular se nos mostró de un modo inequívoco en los episodios de su primera infancia.

3. LOS MISTERIOS DE CRISTO REPRODUCIDOS EN EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.—Después de cierto tiempo caracterizado por esta impresión de desamparo y soledad, hace su aparición en la vida de Sor Angeles un nuevo e inefable favor místico, a saber: una noticia divina con cuya ayuda veía reproducidos los misterios de la vida de Jesús en el santo sacrificio de la Misa. (Cfr. Ap. Doc., núms. 86 y 87.) Con esta gracia consiguió lo que tanto anhelaba, o sea, acompañarse de Jesús y aliviar así en parte la soledad que padecía desde que se vió suelta del divino abrazo. Ahora se sentía tan feliz como si hubiera nacido cuando Jesucristo vivía en la tierra, pues experimentaba su presencia en nuestras iglesias al tiempo del sacrificio de la Misa y veía reproducirse en ésta los misterios de la Encarnación, Muerte y Resurrección de Jesús. Aunque Sor Angeles no podía asistir de ordinario más que a una sola Misa, la que a diario se celebraba en la iglesia de su convento, la influencia de la citada gracia mística no se reducía a ésta sola sino que ponía a Sor Angeles en relación con las misas que se celebraban en las distintas iglesias de Valladolid, cuyo anuncio oía por medio de la campana. Por eso, cada vez que oía tocar a Misa se bañaba de gozo y veía reproducirse los misterios del Salvador en la iglesia que la campana le señalara. No hay necesidad de advertir que estas noticias sobre los misterios son gracias místicas específicamente distintas de la contemplación infusa propiamente dicha. Fácilmente se comprende cuán suaves y divinísimas emociones hubo de gustar Sor Angeles por efecto de estas inefables noticias relativas

(12) Cartas, 21-7-1910, t. I, pág. 28.

al santo sacrificio de la Misa. ¡Con qué otra emoción, con qué distinto sabor de boca que lo hace el cristiano ordinario hubiera saboreado ella los siguientes preciosos versos, hechos para ser cantados en la Misa, inmediatamente después de la consagración!:

"Ya Jesucristo bajó del cielo
sobre el altar del Santo Dios,
reproduciendo vivo y perenne
su Sacrificio redentor.
Ved renovados Cruz y Calvario,
triunfos pascuales y Ascensión,
cifra y resumen de sus misterios
que en testamento nos legó." (13)

O sus equivalentes, concebidos en la lengua materna de nuestra protagonista:

"Egin dedan au egin zazute
lurrak dirauan artean,
Azken-Apari misterioa
berritu nere izenean.
Jesukristoren itz oien bidez
orra Jesus aldarean,
Gurutz, Pizkuntza, Zeruratzea
gogoarazi naiean." (14)

Poco después de haber empezado a recibir este nuevo favor místico ocurrió un hecho que determinó el traslado de Sor Angeles y de toda su Comunidad a otro convento.

ARTÍCULO II

Sor Angeles en el convento de Jesús-María

(11-9-1895 — 22-6-1898)

1. EL TRASLADO.—2. NUEVO EXTRAVÍO.—3. DILATACIÓN DE LA CAPACIDAD ANÍMICA.—4. IMPERIOSA NECESIDAD DE IMITAR A JESÚS

1. EL TRASLADO.

"En la mañana del 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen, entendió Son Angeles que sería trasladada al convento de Jesús

(13) Ignacio Omaechevarría, «Misa corporativa melodiada», Aránzazu, 1943, págs. 63-4.
(14) Ignacio Omaechevarría, O. F. M., «Alkartasunezko euskal-Meza», Aránzazu, 1936, pág. 11.

-María, pero que allí hallaría también a Dios y a su Santísima Madre. En la tarde del mismo día se desencadenó una horrible tempestad, y fué tanto el aguacero, que, rebasando las canales del tejado, comenzó éste a hacer agua en tanta copia y en tan malas condiciones, que se cuartearon algunas de las paredes del convento, sin que la iglesia sufriera menoscabo alguno. Examinado el edificio por peritos fue declarado ruinoso, y el Prelado ordenó el traslado de las religiosas al convento de Jesus-María, que también es de Concepcionistas Franciscanas, situada en el extremo norte de la ciudad." (15)

El traslado se efectuó el día 11. Al paso que las religiosas ancianas lloraban inconsolables por tener que abandonar su convento, Sor Angeles se sentía alegre y contenta, por saber que ésta era la voluntad de Dios y que en la nueva casa Este no le faltaría. Así y todo, nadie tenía más motivos que ella para amar aquel viejo convento que ahora abandonaba, cuyos muros habían sido testigos de los misterios de amor que el Señor había obrado con ella. Y así la vemos besar muchas veces con infinita emoción y veneración el pavimento y las paredes, antes de alejarse de él definitivamente (cfr. Ap. Doc., núm. 88).

En el nuevo convento halló a Dios y a la Santísima Virgen lo mismo que en el antiguo, según se le había prometido (cfr. Ap. Doc., núm. 89). Nótese cómo se expresa: «...me parecía que sentía la presencia de Dios y de la Santísima Virgen en todo el convento de Jesús María». Ya antes de ahora hemos hecho notar este modo de expresarse. La locución «me parecía» no indica que se trate aquí de una impresión meramente subjetiva; al contrario, era una aprehensión verdadera y real, de orden místico, una sensación puramente espiritual.

2. NUEVO EXTRAVÍO.—Al poco tiempo de hallarse en el nuevo convento, se extravió Sor Angeles del camino de la santidad por el que Dios la quería (Ap. Doc. núms. 90 y 91). ¿En qué consistió este extravío? En que por complacer a sus nuevas Hermanas y condescender con sus deseos, dejó de practicar los ejercicios de penitencia y devoción particulares que observara en su antiguo convento, abandonó aquella vida de abstracción y soledad de criaturas en que hasta ahora había vivido, se entretuvo en conversaciones inútiles con las religiosas y empezó a llevar una vida casi ordinaria, contentándose con seguir a la Comunidad. En su antiguo convento Sor Angeles había llevado una vida de absoluta soledad, sin relacionarse casi ni aun con las

(15) Vida, pág. 123, nota.

mismas religiosas, vida de comunicación continua con Dios. Ahora, al cambiar de ambiente y de familia religiosa, no le fué fácil perseverar en este tenor de vida. El estado de relativa relajación en que se hallaba su propia Comunidad le favoreció en parte para que pudiera seguir su particular vocación a la soledad; así, por ejemplo, no existía recreación en común (16). Ahora, en cambio, al encontrarse en una Comunidad donde florecía la vida común, hubo de avenirse a tratar y relacionarse mucho más con las demás religiosas. Tampoco le eran posibles en el nuevo convento las excursiones nocturnas que en el suyo acostumbraba a hacer al coro y a otros lugares para dedicarse a la oración, pues en Jesús-María cerraban las puertas del dormitorio (17). Además, por complacer a sus nuevas Hermanas, hacia las que se aficionó mucho, se entretenía con ellas en conversaciones y pasatiempos que la remordían. En suma, empezó a llevar una vida casi ordinaria, contentándose con seguir a la Comunidad. En esto consistió su extravío. Mas Sor Angeles sentía bien a las claras el vacío inmenso, el aburrimiento y fastidio de aquella vida superficial, sin jugo ni contenido de vida interior. Parecíale que le habían arrebatado su Dios, que la habían bajado del cielo a la tierra, que era una religiosa sin alma, sin corazón, esclava de las criaturas. En suma, sentía que no era aquello lo que Dios quería de ella. Particularmente la remordía el que dejándose llevar de su modo de ser blando y complaciente, se entretuviera en conversaciones y pasatiempos con las criaturas.

En estas circunstancias, se reprodujo de nuevo en su alma la necesidad apremiante (que tantas veces había sentido en períodos anteriores) de traducir su vida íntima a un ministro de Dios, persuadida de que cualquier sacerdote que, enterado de su particular vocación y de las extraordinarias gracias que había recibido, la viera vivir como una de tantas religiosas, la ayudaría a salir de su situación y a responder a su particular vocación a la santidad. Pero también esta vez pudo más su extraordinaria timidez y encogimiento, y no se resolvió a franquearse, como Dios se lo pedía y ella misma deseaba. Y en esta falta de dirección (a la vez que en su natural blando y complaciente) tenemos las causas de este nuevo extravío, que Sorazu cuenta como el tercero en su vida. El primero fué el que tuvo lugar a sus quince años, o sea, antes de la conversión. El segundo es la época

(16) Vida, I, 5, pág. 47.
(17) Vida, III, 3, pag. 132.

que ella denomina «el desierto» y el tercero fué este de Jesús-María. El confesor, como ignoraba en absoluto la condición de Sor Angeles, le daba los consabidos consejos de que se acomodara en todo a la vida de sus hermanas...

Basta leer con mediana atención el texto del Ap. Doc. número 90 para caer en la cuenta del relieve con que aparece en él la conciencia que tenía Sorazu de su vocación enteramente excepcional. Sor Angeles se daba perfecta cuenta de que su caso no se podía equiparar al de las otras religiosas, de que Dios le exigía una vida y conducta mucho más perfecta y elevada que a las demás. Claro está que aun almas como Sorazu no deben dispensarse de ningún ejercicio de Comunidad o acto de Reglamento sin que lo imponga realmente la gracia, sino que deben compaginar la vida común o de regla con la propia vida interior y con los ejercicios privados que sin turbar la vida de Comunidad deben llevar. Al director toca enseñarles este equilibrio e instruirles acerca del espíritu con que deben practicar los mismos actos comunes o exteriores.

Mas no todo fué padecer en el nuevo estado. Continuaba experimentando el inefable don de la presencia de Dios y recibiendo diversas noticias y gracias místicas, como se desprende de los textos que insertamos en el Ap. Doc. núms. 92 y 93. En el segundo de estos textos hallamos, además, un delicado toque de ternura de Sor Angeles hacia su familia. Nos referimos a ese extraño deseo que sentía de que murieran sus padres y hermanos, porque le daba pena verlos separados de ella, y por medio de la muerte pensaba recobrarlos y poseerlos en Dios. La sobrina de la M. Angeles, Concepción Olascoaga Sorazu, nos contó que en las cartas familiares, con ocasión de la muerte de alguno de los de casa, les escribía diciéndoles que ellos estarían tristes porque habían perdido a un ser querido, mas ella, en cambio, lo había recobrado, pues la muerte lo había unido a ella. Más adelante, con ocasión de la muerte de su padre (1900), hermano (1901) y madre (1920), volveremos a hallar ideas semejantes.

En uno de los textos anteriormente citados (cfr. Ap. Documental, núm. 90) nos ha dicho que en este tercer extravío perdió todas las virtudes, excepto la devoción a la Virgen. En efecto, sus relaciones con la Señora se estrecharon aún más. Gozaba del favor místico de su presencia, y a los pies de Ella desaho-

gaba las inquietudes que le ocasionaba la comunicación con las religiosas (18).

3. DILATACIÓN DE LA CAPACIDAD ANÍMICA.—El Tratado no alude para nada a este extravío de Jesús-María, sino que inmediatamente después de haber narrado la noticia divina por la que veía reproducidos en la Misa los misterios de la Encarnación y Redención, pasa sin más a decirnos que el alma que ha sido fiel en responder a esa gracia, se dilata y se hace capaz de nuevas comunicaciones, o sea, se adapta para poseer a Dios en más alto grado. Todos los místicos experimentales coinciden en esta observación sobre la dilatación de la capacidad anímica. Como consecuencia de dicha dilatación, el alma se hace capaz de una mayor perfección, de una conformidad más perfecta con Jesús. Por ello empezó a sentir Sor Angeles unos misteriosos llamamientos, con los que Jesús le invitaba a una imitación suya más perfecta. Estos llamamientos tenían lugar mientras asistía al santo sacrificio de la Misa, al tiempo que en ésta se lee el Evangelio. (Cfr. Ap. Doc., núm. 97.)

Estos llamamientos empezó a sentirlos antes de ir a Jesús-María, como se desprende del lugar paralelo de la Vida, donde se nos cuenta el modo concreto como ocurrió todo esto, y asimismo se nos refiere con encantadora sencillez cómo tuvo lugar el para ella interesantísimo descubrimiento bibliográfico del libro de los Evangelios. (Cfr. Ap. Doc. núm. 97.)

Juzgamos ocioso el pararse a demostrar que en estos efectos que en ella produjo la lectura de los Evangelios intervienen gracias de orden evidentemente místico, pues ello aparece claro del mismo relato.

Lo que sí hemos de dilucidar brevemente es la siguiente dificultad que podría ofrecerse al lector. ¿No implica, en efecto, una suerte de contradicción que hablemos de dilatación anímica y de invitaciones a una mayor perfección precisamente cuando acabamos de consignar un extravío en la vida espiritual, que Sor Angeles reconoce haber padecido justamente por este tiempo? A esto contestamos que el Tratado (que es donde se nos habla de esta dilatación) silencia, como ya hemos dicho, el extravío de Jesús-María, y lo hace así, sin duda, porque creyó su autora que en el plan que se había propuesto de resumir y consignar sólo lo más importante, no debía entrar este episodio, porque no

(18) Vida, III, 3, pág. 135.

comprometió de modo esencial la marcha general de su vida. Parece, en efecto, que el dicho extravío fué relativo o parcial nada más, y para convencerse de ello basta fijarse en el resto de los sucesos acaecidos en Jesús-María y que relatamos a continuación. Además, las nuevas circunstancias en que se encontraba en el nuevo convento excusaban a Sor Angeles. No parece, pues, que el que ella llama extravío comprometiera de un modo serio su progresivo adelantamiento en la perfección.

Verdad es que ella recuerda con amargura este convento de Jesús-María, porque le trae a las mientes su correspondencia infiel a Dios por causa de este extravío, y así dice en una de sus Cartas: «No puedo recordar aquella santa casa sin exhalar un suspiro de profundo sentimiento y dolor, aunque también conservo algún recuerdo de consuelo» (19). Mas no se olvide que estas Cartas están escritas en una época de purgación, cuando sus faltas e infidelidades se ofrecían a su conciencia con más abultado relieve. En sus *Consideraciones sobre el Apocalipsis* hallamos también una clara alusión al estado de unión de 1894 y al extravío de Jesús-María. Comentando aquellas palabras de la Carta al ángel de la iglesia de Efeso: «has abandonado la caridad primera, considera el lugar de donde has caído, etc», se expresa en estos términos:

"La primera caridad entiendo que es la vida de fervor que emprendí a la edad de veinte años. Esta caridad abandoné cuando me extravié segunda vez, dos años más tarde, y quizá no la he recobrado. El lugar de donde caí no es otro que el altísimo grado de gracia y unión divina a que me elevó el Señor en el período de vida que cito, etc. ..." (20).

4. IMPERIOSA NECESIDAD DE IMITAR A JESÚS.—La lectura de los Santos Evangelios produjo en ella una «imperiosa necesidad» de imitar a Jesús en sus divinas virtudes. Precisamente era éste el fin que la gracia se proponía con esta lectura, como ya hemos dicho, o sea, impulsarla a una imitación más perfecta de Jesucristo. Sor Angeles se sentía movida y literalmente arrastrada por gracias de orden pasivo o místico a esta imitación. Pero tomando lo exterior por lo interior, interpretó tales impulsos a la imitación de Jesús en sentido de realizar austeridades y privaciones extremas, que su natural no podía soportar. (Véase Ap. Doc. núm. 96.) En estas austeridades es preciso notar una falta de criterio en la M. Sorazu. Una vez más se revela

(19) Cartas, 21-7-1910, t. I, pág. 29.
(20) *Exposición de varios pasajes...*, págs. 26-7.

en estos hechos cuán necesaria le era la dirección, hacia la cual por modo tan apremiante la impulsaba el Señor.

Debido a su cargo de cantora, Sor Angeles se veía obligada a alimentarse bien en los días de especial trabajo, como por ejemplo, la Novena de la Inmaculada, teniendo que contrariar su inclinación a imitar a Jesús en estas austeridades y ayunos que acabamos de ver. Por eso, apenas terminaban los días del Novenario, queriendo resarcir las pérdidas o retrasos que creía haber sufrido en la imitación de Jesús, se entregaba con redoblado ímpetu a los citados ayunos y privaciones, a la vez que se engolfaba con toda su alma en la contemplación de su Amado, olvidada por completo del cuerpo y de cuanto a él se refiere. Pero la noche del 25 de diciembre de 1897, estando las religiosas en refectorio, dió a Sor Angeles un ataque, efecto sin duda de sus excesos en el ayuno, y este inesperado accidente le valió una buena reprimenda del confesor y de las religiosas, quienes le aseguraban que era víctima de los engaños del demonio al entregarse tan sin medida a las penitencias y ayunos. (Cfr. Apéndice Documental núm. 95.)

Obsérvese especialmente el altísimo estado de contemplación que por este tiempo gozaba Sor Angeles y que se nos revela de pasada en este mismo relato: «Vivía —dice— más en Jesús que en el cuerpo», «con tanta mayor intensidad me abismé en Jesús...», etc. Más adelante nos dará noticias más explícitas acerca del objeto de estas contemplaciones y del modo concreto como ellas se producían.

Las recriminaciones del confesor y de las monjas con ocasión del susodicho accidente metieron a Sor Angeles en un laberinto de confusiones, dudas y temores acerca de su estado espiritual, con lo cual se inició en ella un período de sufrimientos interiores, que fué la característica dominante de los últimos meses que pasó en Jesús-María.

Por fin, el 22 de junio de 1898, hechas ya las debidas reparaciones en el antiguo convento, regresó a él Sor Angeles junto con la Comunidad de la que formaba parte.

"La despedida fué emocionante, porque nos queriamos mucho las dos Comunidades; especialmente sentimos la separación las que habiamos estado más unidas y nos habiamos tratado más por razón de los cargos que desempeñábamos. Al despedirme no derramé ni una sola lágrima, pero después lloré la ausencia de mis queridas hermanas de Jesús-María muchas veces por espacio de dos o tres semanas. No porque estuviera a disgusto en mi casa, sino porque el amor que sentia por ellas me hacia desear su compañia. Era la naturaleza, que pagaba el tributo debido a la amistad. Jamás olvidaré los bene-

ficios que nos dispensaron nuestras hermanas de Jesús-María mientras estuvimos a su lado y sus deferencias con esta pobre pecadora. Dios se lo pague y me las haga a todas santas." (21)

Una vez más se nos revela a través de estas líneas el hermoso corazón de Sor Angeles, profundamente humano.

ARTÍCULO III

De nuevo en su convento

1. EL LENGUAJE DE LA CREACIÓN.—2. NOTICIAS REPRODUCTIVAS DE LOS MISTERIOS DE JESÚS.—3. LA PRIMERA MANIFESTACIÓN DE JESUCRISTO.—4. GRACIAS ANEJAS Y COMPLEMENTARIAS, PROPIAS DE ESTE PERÍODO

1. EL LENGUAJE DE LA CREACIÓN.—Apenas volvió Sor Angeles a pisar su amado convento, se disipó como por encanto la tribulación interior que venía padeciendo durante los últimos meses que vivió en Jesús-María.

"No es extraño —comenta ella— que me sucediera esto, porque la simple memoria de los muchos y singulares favores que había recibido en esta santa casa me elevaba a Dios durante el tiempo que viví en Jesús-María; ¡cuánto más al verme de nuevo entre las paredes que habían presenciado mis relaciones divinas!" (22).

Fácilmente se comprende lo que puede haber de natural en estos hechos. La memoria de los estupendos misterios de amor obrados a favor de ella en esta santa casa (en concreto, la entrega de Dios y el subsiguiente estado de unión que describimos en el capítulo precedente) bastaban a elevarla cuando vivía en Jesús-María, y es claro que la impresión había de ser mucho más poderosa y eficaz ahora, que se veía de nuevo dentro de los muros que fueran testigos de tan inefables gracias.

Un favor místico que empezó a gozar con singular viveza e intensidad inmediatamente después del retorno a su convento.

(21) Vida, III, 5, págs. 145-6.
(22) Vida, III, 8, pág. 162.

fué el de percibir el lenguaje de las criaturas y de las obras de la naturaleza que le hablaban de su Dios. La primera vez que percibió este lenguaje de amor fué al escuchar el canto de la codorniz, que despertó a Sor Angeles a las tres de la mañana del 23 de junio de 1898, o sea, la primera noche que dormía en su propio convento después de la vuelta de Jesús-María. Desde aquel día, bastábale oír el mugido de una vaca o el ladrido de un perro para transportarla a una región divina donde sólo existía Dios como Creador y Conservador, «vivificando la creación y recibiendo el tributo de alabanza y gratitud de sus criaturas» (cfr. Apéndice Documental núm. 98).

Juzgamos ocioso pararse a probar que no se trata aquí de una contemplación ordinaria de las criaturas, sino de un favor específicamente místico. Favor místico que igualmente han gozado tantos grandes Santos y místicos excelsos, como el Serafín de Asís, San Buenaventura, San Juan de la Cruz, etc., que nos han dejado testimonios preciosísimos del mismo. Las páginas que Sor Angeles dedica en la Autobiografía al tema son también bellísimas y exhalan un cierto lirismo que embelesa. Ya antes de ahora nos ha dicho cómo gozaba del don místico de la presencia de Dios, a quien sentía presente en todo lugar, aunque no siempre experimentaba esta gracia con igual viveza o en el mismo grado. Cuando vivía en Jesús María, a ratos sentía también la influencia de este lenguaje de las criaturas; expresamente cita, por ejemplo, cómo el canto de las ranas era suficiente para elevar su espíritu a Dios (cfr. Ap. Doc. números 92 y 93). Mas ahora, al volver a su convento, despertó en ella con nueva viveza esta facultad mística cuya presencia ya otras veces había sentido. Y en gracia a este favor (nos dice ella) se dedicó a la contemplación de la naturaleza, sin abandonar sus ocupaciones favoritas, que aquí enumera: la meditación de los misterios de Jesús y sus relaciones con Jesús Sacramentado y con la Santísima Virgen. Por la misma razón se aficionó a la floricultura, cultivando un jardincillo en el que plantó variedad de flores. (Cfr. Ap. Doc. núm. 99.)

A continuación de este texto prosigue relatándonos largamente en la Autobiografía los razonamientos y consideraciones que le sugerían las distintas clases de flores. Revélase en todo ello un alma delicada, de sensibilidad exquisita, genuinamente femenina, un tanto infantil e inocente. Véase en particular el hermosísimo párrafo que insertamos en el Ap. Doc. núm. 100. Para entenderlo, téngase en cuenta que entonces no comulgaban

las religiosas más que los jueves y domingos, primeros viernes y fiestas.

2. NOTICIAS REPRODUCTIVAS DE LOS MISTERIOS DE JESÚS. Aunque el texto precedente atribuye directamente a la falta de la Comunión la causa de los desamparos y ausencias de Dios que padecía, en realidad no era ésta la única ni la principal razón de dichos desamparos. Véase, en efecto, cómo se explica ella misma a renglón seguido de dicho texto (cfr. Apéndice Documental núm. 101).

Tocamos en este último texto el punto que dijimos ser más esencial, la nota central que caracteriza la vida mística de la M. Sorazu en todo este período que venimos estudiando. Jesús —nos dice— era su objetivo, no podía vivir sin su presencia, y pedía a Dios que repitiera a su favor místicamente el milagro de la Encarnación para poder acompañarse con El. Dios le concedía, efectivamente, «cierta presencia espiritual» del Verbo y utilizaba este favor para recordar la historia del mismo Verbo Encarnado, procurando copiar las virtudes que en ella resplandecen. Dicho con otras palabras, se dedicaba a acompañar a Jesús, contemplándole en los distintos misterios y episodios de su vida santísima. Mas no siempre gozaba de esta noticia experimental de los misterios y presencia espiritual de Jesús, y cuando se veía privada de tal favor es cuando padecía los desamparos y ausencias de que nos ha hablado. Pero volvía a repetir de nuevo las diligencias y súplicas para obtener la citada gracia, hasta que lo conseguía. Así su vida en este período era una continua comunión espiritual, un continuo aspirar por Jesús.

Compárese este texto con el lugar paralelo del Tratado, el cual aclara y pone en luz meridiana lo que constituye la nota característica de la vida mística de Sorazu por este tiempo (cfr. Apéndice Documental núm. 102). El Espíritu Santo —nos dice en este texto— quiere perfeccionar en el alma la vida e imagen de Cristo: he aquí el objetivo, la finalidad que persigue toda esta larga etapa que denominamos La Vía Iluminativa. Para conseguirlo, inspira al alma que se entregue a la contemplación e imitación de los misterios de la vida de Jesús. Más aún, le revela el secreto de reproducir místicamente dichos misterios. Dicho secreto consiste en amar y estimar al mismo Hijo de Dios y anhelar su posesión con frecuentes comuniones espirituales y plegarias al Padre, hasta que vencido Este de tan fervorosas súplicas, le comunica la noticia sustancial con la cual posee y

goza como presentes los misterios de la vida de Jesús. Con ayuda de esta gracia, el alma acompaña a Jesús paso a paso por la carrera de su vida terrestre desde la Encarnación hasta la Ascensión, procurando copiar en sí misma las virtudes que en cada episodio contempla. Y como la capacidad del alma se va dilatando sin cesar (otra vez la dilatación de la capacidad anímica), ésta en sus sucesivas contemplaciones va haciendo maravillosos progresos, tanto en la santidad como en el conocimiento de los misterios que contempla. Si primero sólo se fijaba en las acciones externas de Jesús, luego entra en sus disposiciones interiores y singularmente en el amor eterno al género humano, que es lo que más claramente se le revela. Cuando llega a la Ascensión, queda el alma como suspensa, huérfana, triste, sin ocupación ni compañía, pues no se le concede seguir a Jesús en los misterios de la gloria. Mas pronto vuelve a experimentar la necesidad de hacerle bajar de nuevo a la tierra. Solicita otra vez la gracia de la noticia sustancial, y cuando la ha obtenido, vuelve a iniciar sus místicas correrías desde la Encarnación a la Ascensión.

Ahora se comprende mejor toda la exactitud, propiedad y fuerza expresiva del retrato que nos hace Sor Angeles de su propia alma en la Vida, comparándola con el girasol, y que nosotros hemos puesto como lema al frente de este capítulo. En esas palabras tenemos, en efecto, bellamente vista y sentida por ella misma, la imagen exacta, el retrato fiel de lo que era su vida y su alma por esta época.

No deja de llamar poderosamente la atención la coincidencia de la M. Sorazu con los Ejercicios de San Ignacio en este punto. La M. Sorazu nos atestigua, en efecto, que no se le concedía pasar en sus contemplaciones místicas más allá de la Ascensión; después que había contemplado este misterio, tenía que volver a empezar de nuevo el ciclo de los misterios de Jesús, y toda su actividad contemplativa se limitaba a los misterios comprendidos entre la Encarnación y la Ascensión. Del mismo modo San Ignacio en las meditaciones de los Ejercicios tampoco pasa de la Ascensión. ¿Mera coincidencia sin importancia, o existe alguna causa profunda de este hecho?

3. La primera manifestación de Jesucristo.—Sólo Dios sabe los miles de veces que durante estos años repitió Sor Angeles el ciclo de los misterios del Salvador, siempre con redoblado entusiasmo y visible aprovechamiento. Y fruto de este contacto bienhechor con los misterios del Verbo Encarnado fué un

constante progreso en el conocimiento y amor de Jesús, quien se revela al alma cada vez más claro, descubriéndole gradualmente sus virtudes y perfecciones, según la divina promesa del Evangelio: «Qui autem diligit me... manifestabo ei meipsum» (23).

Recuérdese que este texto evangélico es uno de los tres que la M. Sorazu ha escogido para indicar con ellos los principales hitos o piedras miliarias que se distinguen en su itinerario místico. Nos hallamos, pues, ante la primera de las tres manifestaciones de Jesucristo a que se refiere el título del Tratado, ante el primero de los tres premios con que Dios galardona a su fiel esposa en esta vida. Esta gradual revelación que tiene lugar durante toda la Vía Iluminativa (pues ocurre al paso mismo que el alma se dedica a contemplar los misterios de Jesús), se verá en su día coronada por otra revelación más espléndida y gloriosa todavía, la revelación de la divinidad, es decir, la Vía Unitiva, el estado de matrimonio espiritual, que aquí se anuncia y se considera como una recompensa de su ferviente adhesión a los misterios del Verbo Encarnado. (Cfr. Ap. Doc. núm. 103.)

De un modo parecido explana esta promesa evangélica el docto y piadoso autor espiritual Dom Columba Marmión, O. S. B., en su densa y jugosa obra dedicada precisamente a los misterios de Cristo, obra que como las restantes de este esclarecido autor guarda una gran afinidad y parentesco con la espiritualidad de nuestra M. Sorazu. En efecto, uno mismo es el espíritu que anima a ambos.

"Si alguien me ama, Yo mismo me mostraré a él". ¿Qué significan esas palabras? Si alguien me ama en fe y me contempla en mi humanidad y en los estados de mi encarnación, Yo le descubriré también los secretos de mi divinidad. ¡Dichosa y mil veces dichosa el alma en que se realiza tan magnífica promesa! Cristo Jesus le revelará el don divino; por su Espíritu, que sondea las profundidades de Dios, le hará internarse en el sacramentum absconditum, que son los misterios; le abrirá las bodegas del Rey de que habla el Cantar, donde el alma se embriaga de verdad y de alegria. Sin duda que esta manifestación intima de Jesús al alma no llegará en este mundo a igualar a la visión beatifica, siendo ésta privilegio de los bienaventurados en el cielo; pero si proyectará en ella claridades divinas que la esforzarán en su ascensión hacia Dios.

Esa es verdaderamente la fuente de vida eterna que para nuestro provecho brota hasta la vida eterna; porque la vida eterna, Dios mio, ¿en qué consiste sino en conocerte a Ti y conocer a tu divino Hijo Jesucristo, en proclamar muy alto con nuestros labios y nuestra vida que Jesús es tu Hijo muy

(23) Jo 14, 21.

amado, en quien tienes puestas todas tus complacencias y en quien quieres que lo busquemos todo?" (24).

Claro está que la precedente promesa evangélica puede realizarse y se realiza de hecho de mil variadas formas en las almas. En unas, de un modo que no trasciende las fronteras o dominios de la vía común o ascética. Pero en almas como Sorazu, a la que desde un principio hemos visto marcada con la vocación a la vida mística, esta revelación o manifestación de Jesucristo es también específicamente mística y culmina, finalmente, en el supremo grado de matrimonio espiritual, otorgado como una recompensa a esta fidelidad y adhesión constantes al Verbo Encarnado.

Entre todos los misterios de la vida de Jesús, la Pasión constituía el objeto preferente de sus contemplaciones. La vida paciente del Salvador se le va revelando gradualmente, de manera que en las sucesivas contemplaciones va el alma penetrando cada vez más en el interior y más íntimo meollo del misterio. (Cfr. Apéndice Documental núm. 104.)

En esta primera fase de la contemplación de los misterios de Cristo, Sor Angeles paraba en la Santa Humanidad. No aprehendía a todo Dios Uno y Trino presente y en cierto modo identificado con dicha Humanidad, como en el período siguiente: «No ve al Padre en Jesús, sino fuera de Jesús, como si fuesen diversos seres el Padre y el Hijo, aunque entiende que son un mismo Dios» (25). Dirigía las más fervientes peticiones y hasta amorosos conjuros al Padre, al Espíritu Santo y a la Santísima Virgen a fin de interesarlos por la glorificación de Jesús «como si el Padre y el Espíritu Santo y la Santísima Virgen fueran extraños a Jesús y no estuvieran más interesados en su gloria que la suplicante» (26).

4. GRACIAS ANEJAS Y COMPLEMENTARIAS, PROPIAS DE ESTE PERÍODO.—Como ya repetidamente venimos diciendo, la contemplación de los misterios de Jesús con ayuda de noticias místicas es la nota central que caracteriza el período de la vida de Sor Angeles que estamos estudiando. Por eso el Tratado, siguiendo su plan de compendiar y ceñirse a lo más principal, termina aquí la narración de la vida mística correspondiente al presente período (27). Mas la Autobiografía se prolonga todavía en una

(24) O. c, conferencia segunda, págs. 27-8.
(25) Tratado, VIII, pág. 113.
(26) Tratado, VIII, pág. 113.
(27) Cfr. capítulo IX.

serie de hermosísimos capítulos que contienen la descripción de diversas gracias y estados místicos vividos por Sor Angeles durante estos mismos años. Los describiremos brevemente a continuación, pues su conocimiento sirve para formarse una idea más cabal y completa de la riquísima vida mística de nuestra autora.

a) *Presencia de la Virgen.*—Gozaba habitualmente por gracia mística de la presencia de la Virgen, según nos describe en el pasaje que incluímos en el Ap. Doc. núm. 105.

Por este texto vemos que Sor Angeles, bajo el efecto de las gracias místicas que recibía, recorría muchas noches el convento ebria de amor y entusiasmo por la Virgen, invitando a las criaturas a alabar a María, y la parecía que los Angeles la acompañaban con violines, etc. Emplea la expresión «me parecía», como en tantos otros lugares, no porque fuese una imaginación sujetiva de ella, sino porque se trataba de una sensación puramente espiritual e indistinta, no corpórea. Ahora comprende uno que tantos episodios análogos de la hagiografía clásica que ligeramente consideramos como deliciosas leyendas del Medioevo, hubieron de ser rigurosamente reales. La vida de Sorazu nos da la clave para comprender la naturaleza de muchos hechos que se cuentan en las vidas de Santos y Santas de siglos pasados.

b) *Comunicación acerca del amor de Dios Padre al género humano que le moviera a realizar la obra de la Encarnación.* Véase en el Ap. Doc. núm. 106 el modo concreto como ocurrió esta comunicación divina, que no fué sino una aclaración de otra noticia más general que había recibido acerca de este mismo asunto en el convento de Jesús-María (cfr. Ap. Doc. núm. 93 d). Hasta el presente dice Sor Angeles que no ha visto en Dios más que el atributo de su Bondad y Misericordia. De aquí esa confianza, que a su modo de ver era la causa de que cometiera faltas. Deseaba, pues, penetrarse de la idea de la severidad y justicia de Dios, pero en vano: Dios la muestra una vez más su eterno amor a los hombres. Como consecuencia de esta comunicación, empezó Sor Angeles a practicar un ejercicio de agradecimiento a Dios Padre por el beneficio de la Encarnación en nombre de toda la humanidad. Este fué uno de los ejercicios predilectos de Sor Angeles en los años siguientes, como veremos.

c) *Con ocasión de la muerte de su padre.*—El 8 de mayo de 1900 moría en Tolosa el padre de Sor Angeles, Mariano Sorazu. El relato de los sucesos y fenómenos místicos experimentados con este motivo por su hija encerrada en un claustro de

Valladolid, es verdaderamente notable y conmovedor. (Cfr. Apéndice Documental núm. 107.)

La ingenua y natural reacción de extrañeza que mostró porque Dios no le había comunicado el grave estado de su padre, nos revela la vida de íntimo trato y comunicación directa y sobrenatural que mantenía con su Dios. El y la Virgen eran su todo, los que llenaban su vida. Y a Dios trataba «no como si fuese un Ser inanimado, sino como Dios vivo» (28), como a Dios personal, amabilísimo, con un trato caliente y lleno de confianza, sin que por eso sufriera detrimento la profunda veneración y respeto que le debía. «Mi Dios», «mi Dios querido», «Padre Santo querido», «Su Majestad»... estas y otras parecidas expresiones brotan espontánea e instintivamente de sus labios cuando nos habla de Dios, poniéndonos con ellas de manifiesto el ardiente amor a la par que profundo respeto que sentía hacia El esta alma, acostumbrada a vivir en íntimo contacto con la Divinidad.

d) *Relaciones con Jesús Sacramentado en el dictado de Buen Pastor.*—En 1899 empezó Sor Angeles a sentir devoción particular por Jesús como Buen Pastor, pero —dice ella— «no pasaba de ser una oración ordinaria». Celebró con mucha devoción y fruto de su alma el domingo del Buen Pastor, sin que recuerde haber recibido ninguna comunicación especial; «pero sí que en adelante todo el año me vi como poseída del divino Pastor, como si Jesús, bajo este aspecto me hubiese puesto cerco, y me rodease y siguiese a mi alma a cierta distancia algo lejana. Este modo de ver o sentir a Jesús bajo el aspecto de el Buen Pastor me producía mucho gozo, cierto recogimiento y anhelo de conversión o vida más perfecta» (29). Claramente se nos descubre aquí la huella de un sentimiento o noticia de orden infuso.

Pero fué en 1900 cuando Jesús empezó a mostrársele en la Eucaristía como Buen Pastor, rodeado de ovejitas, siendo de éstas una su alma. En este trato con Jesús veía de una manera clara la historia íntima de su vida con todos los acontecimientos que la constituían. (Cfr. Ap. Doc. núms. 108 y 109.) Su estado presente se le aparecía figurado en una oveja enredada en el zarzal. En efecto, Jesús quería elevar a Sor Angeles a un altísimo grado de perfección, pero para ello era necesario que mediara la dirección. Por faltar ésta yacía Sor Angeles en el zarzal. La

(28) Vida, IV, 8, pág. 310.
(29) Vida, III, 10, págs. 173-4.

falta de dirección era el mayor y aun el único obstáculo que impedía la realización de los designios de Dios. Ella misma nos dice además la causa o razón por la que necesitaba de director, a saber: para que éste le enseñara a hacer el debido aprecio de tantas gracias estupendas y extraordinarias, que ella derrochaba y casi despreciaba por el mero hecho de que se concedían a una infame pecadora.

A pesar de que tan clara se le revelaba la voluntad de Dios relativa a la dirección espiritual, Sor Angeles no se decidía a ponerla por obra, debido a la extraordinaria dificultad que sentía en franquearse: «Es imposible de toda imposibilidad que pueda yo cumplir este mandato». Realmente es notable esta resistencia de Sor Angeles a abrir su alma a un director, y ella constituye un punto clave y de primera importancia para la inteligencia de su vida espiritual. Aquí tenemos la causa principal de que dicha vida no llegara antes a ser lo que debiera ser. Dios, paciente y amorosamente la esperó y condescendió con ella, en vista de esta invencible repugnancia, hija de su natural tímido y encogido, mas pronto llegará la hora en que de un modo inaplazable la conmine al cumplimiento de este deber de traducir toda su alma a un ministro suyo, «deber que considero ser —dirá ella más tarde— el primero, el mayor y más trascendental de todos los deberes que el Señor me ha impuesto» (30).

e) *Manifestaciones de índole mística con ocasión de la fiesta de fin de siglo.* (Cfr. Ap. Doc. núm. 110.)—En este hermoso relato, en que nos describe la fiesta religiosa que tuvo lugar en su convento con motivo de la clausura del siglo XIX e inauguración del XX, en seguida se advierte la presencia de gracias y fenómenos de orden místico, extraordinario, como puede apreciarse con la sola lectura del mismo.

f) *En la muerte de su hermano.*—Once meses no más hacía que la familia de Sor Angeles había perdido a su querido padre, y ahora Dios tenía determinado llevarse también a su hermano Joaquín-Luis, único varón que quedaba en casa, con lo que su pobre madre y hermana iban a quedar sumidas en la más triste orfandad y necesidad. El relato de los favores que en esta segunda muerte prodigó Jesús a Sor Angeles y por amor de ella al finado, es más conmovedor aún, si cabe, que el de la muerte del padre, que ya conocemos. (Cfr. Ap. Doc. núm. 111.)

(30) Cartas, 7-9-1910, t. I, pág. 104.

Por este texto nos es dado columbrar cómo era la oración mística de Sor Angeles, la intensidad y plenitud con que se abismaba en la contemplación de la vida paciente del Salvador, permaneciendo en absoluta abstracción durante largas semanas, hasta el punto de que en algunos años, cuando sobrevenía la fiesta de la Resurrección, le era sumamente dificultoso y doloroso cambiar de impresiones y tenía que seguir contemplando la vida paciente del Salvador tanto tiempo cuanto lo exigía su amoroso afán de acompañarle en sus tormentos y asimilarse sus virtudes.

Tan honda impresión de gratitud dejaron en su alma las finezas y pruebas de cariño que Jesús la prodigó con ocasión de la muerte de su hermano, que diez años más tarde las recuerda en carta al P. Mariano, toda conmovida. (Cfr. Apéndice Documental núm. 112.)

g) *Relaciones con los santos ángeles.*—Antes de ahora, a propósito del nombre que le impusieron en religión, hicimos notar la afinidad o parentesco que parece notarse entre esta alma y los santos ángeles. Ella misma, en una carta a su Padre espiritual, refiere cómo un día le confirmó Dios «lo que ya había conocido o sospechado muchas veces, esto es, que me unen relaciones de especial intimidad con la naturaleza angélica y que participo sus perfecciones» (31). Véase en el Ap. Doc. núm. 113 el texto de la Vida en que nos refiere sus relaciones sobrenaturales con los ángeles, los efectos que las revelaciones angélicas producían en ella, etc. Como expresamente lo afirma en el texto, eran visiones puramente intelectuales, que sólo se pueden tener con el «ápice de la mente».

h) *Relaciones con Jesús Sacramentado.*—En los primeros años de su vida religiosa y aun del presente período, no vivía vida de Sacramento, es decir, no comunicaba con Jesús en la Eucaristía con la frecuencia que en otros episodios de su vida, pues Este se dejaba poseer mejor de ella en la contemplación de los misterios de su vida terrestre, o sea, en la contemplación que hacía con ayuda de la noticia mística reproductiva de dichos misterios, como dijimos. Pero luego, cuando Jesús empezó a manifestársele desde el Sagrario en el dictado de Buen Pastor, no acertaba a separarse de su lado. Poco después, Jesús Sacramentado empezó a revelársele «en su doble naturaleza, como Hombre Dios, de Majestad y Belleza divinas, o como una hermosura divi-

(31) Cartas, 25-8-1920.

na humana, fascinadora en alto grado, cual nunca se había revelado hasta entonces» (32). Con ello se estrecharon sus relaciones con Jesús Sacramentado y entró en una fase de vida deliciosísima.

Véase en el Ap. Doc. núm. 114 cómo se le revelaba la divina Hermosura y Bondad del Prisionero del Sagrario. Muchas veces Jesús se le mostraba cuidando y acariciando flores, entre las cuales una sobre todas atraía sus miradas y era objeto de sus predilecciones y caricias: en ella veía simbolizada su alma y la historia de las finezas de Jesús con ella. En los coloquios y desahogos íntimos que tenía con su Amor Sacramentado, se complacía en recordarle que El era su único Padre, el único testigo de su existencia, pues su vida se desarrollaba a cubierto de humanos ojos. (Cfr. Ap. Doc. núm. 115.)

Realmente es conmovedora la historia de esta alma, profundamente humana, tierna y amante, que renunciando en absoluto a los consuelos de las afecciones humanas y a toda amistad de criaturas, vivía sólo para Jesús, para quien reservó enteramente su amor. Y ¡cuán bien supo corresponder Jesús a su fidelidad, prodigándola sus caricias paternales! Paternales decimos, porque este es el aspecto y matiz particular bajo el cual preferentemente trataba ella a Jesús. Con conciencia de hija, de hija débil y desvalida, que necesita del amor y del apoyo de su padre. Y este padre lo halló siempre en Jesús, que la atendía en todas sus necesidades, tanto espirituales como temporales.

i) *Relaciones con los ángeles del Sagrario.*—Pero particularmente bellas y maravillosas son las páginas que dedica a describirnos sus relaciones con los ángeles del Sagrario (cfr. Ap. Doc. núm. 116). Todo es tan estupendamente extraordinario que no puede uno menos de pasmarse y de admirar los prodigios de amor que obró Dios a favor de esta privilegiada criatura. También el Tratado hace referencia a estas relaciones con los ángeles, advirtiéndonos una vez más que se trata de comunicaciones puramente espirituales, «que se consuman en la parte superior o ápice de la inteligencia y del afecto». (Cfr. Apéndice Documental núm. 117.)

j) *Cómo se preparaba a la oración.*—En el capítulo siguiente de la Vida nos describe largamente cómo se preparaba todos los días para la oración. A las cinco de la tarde daba un eterno adiós al mundo, rayendo de su mente todas las especies adquiri-

(32) Vida, III, 14, pag. 192.

das en el trato con las criaturas, renunciando a toda afición y relación con ellas, estableciéndose en absoluta pobreza y desnudez espiritual. Asimismo purificaba su alma con el arrepentimiento y contrición de todas sus faltas. Preparada de este modo se disponía a acercarse a Dios, presentándose

"en su divino acatamiento con la veneracion y sentimientos que Moisés cuando le llamo de la zarza y de la cumbre del Sinai, y se presentaban los sacerdotes del *Testamento viejo cuando penetraban en el Sancta Sanctorum.*" (33)

Con estas palabras hace alusión a dos distintas preparaciones que empleaba para la oración, una imitando a Moisés cuando Dios le llamó de la zarza, otra imitando en sentido espiritual las diligencias que practicaban los sacerdotes de la Antigua Ley al acercarse al Sancta Sanctorum. En la Vida nos expone largamente esta segunda, mas la otra se conserva también inédita. La misma preparación —confiesa ella— «venía a constituir una elevadísima contemplación y comunicación divina y fuente de gracias y bendiciones para mi pobre alma» (34).

Vamos a resumir aquí brevemente las ideas de esta preparación inédita alusiva al episodio de Moisés en el monte Horeb, pues es particularmente notable por el marcado relieve con que resalta la radical diferencia que existe entre la parte sensitiva y espiritual del alma y aun entre la última esencia de ésta y las potencias espirituales:

Oye Sor Angeles que Dios la llama como a Moisés: Angeles, Angeles: quítate el calzado, Yo soy el Dios de tus Padres en la fe: de San Francisco, San Pedro, San Pablo, el Dios de María Inmaculada. Y la encarga que saque de Egipto al pueblo. Por pueblo entiende los «sentidos, apetitos y deseos», o sea, la parte inferior del alma. La que comunica con Dios es la parte superior, es Sor Angeles «en cuanto al espíritu». Sale, pues, de Egipto el pueblo y acampa al pie del Sinaí. Mientras el pueblo —los «apetitos y deseos, sentidos y potencias»— permanecen al pie del monte aterrados y temblando de espanto, ella (Sor Angeles «en cuanto al espíritu») permanece en la cima del monte en íntima comunicación con Dios. Esta comunicación divina se consuma en el «ápice de la mente y del afecto» (35).

Esta manera de expresarse, así como las anteriores alusiones al «ápice» del alma, dan pie para hablar de la estructura psico-

(33) Vida, III, 15, pág. 204.
(34) Vida, III, 15, pág. 207.
(35) Introducción a los ejercicios de oración y contemplación, Libro de Coloquios págs. 343-353.

lógica del alma humana, tal como la perciben las almas místicas. ¿Qué puede ser en efecto este ápice del alma que comunica con Dios mientras las mismas potencias espirituales quedan al pie del monte, sin ser admitidas a este trato inefable y directo con El? Es claro que aquí se trata de la misma esencia o centro del alma, que pudiéramos llamar «mente», y que esta mente tiene sus operaciones propias y específicas. Ella es, en concreto, la que recibe directamente el rayo infuso, mientras las potencias propiamente dichas están como cegadas y no tienen nada que hacer en esta inefable comunicación entre Dios y el centro del alma. Este centro del alma es una zona o región más profunda que la región de las potencias; por eso, la facultad cognoscitiva, amativa, etc., no están aún diferenciadas, sino que todo esto se encuentra allí como fundido, a la manera como las ramas del árbol se funden y unifican en el tronco común de donde proceden. Por eso también cuando dicen estas almas que en la comunicación mística no obran las potencias, dicen verdad, pues no son ellas, sino la mente o esencia del alma la que comunica con Dios. Mas no por esto es lícito decir que en la experiencia mística faltan estos elementos o alguno de ellos (conocimiento y amor) y que durante ella la actividad de alma sufre un eclipse en lo que al conocimiento o amor se refiere. Ambos elementos (conocimiento y amor) se encuentran unificados y fundidos en las operaciones propias de la mente. Esta presencia de los dos elementos claramente se insinúa hasta en los mismos nombres con que la M. Sorazu designa a esta mente o esencia del alma, a saber, «ápice de la *inteligencia* y del *afecto*», «ápice de la *mente* y del *afecto*», etcétera (36).

ARTÍCULO IV

Período de sufrimiento

1. DOBLE VIDA DE GOZO Y SUFRIMIENTO. — 2. HISTORIA DE UNA TRIBULACIÓN.—3. CONFESIÓN ANTE JESÚS SACRAMENTADO. 4. MODOS DIVERSOS DE LAS COMUNICACIONES MÍSTICAS

1. DOBLE VIDA DE GOZO Y SUFRIMIENTO.—El espacio de la vida de Sor Angeles comprendido en el presente capítulo, se cierra

(36) Cfr. Eusebio Hernández, S. J., El fenómeno místico en la psicología natural.

con un período o estado de sufrimientos interiores. Mas es preciso tener presente qué es lo que ella entiende por esta denominación «período de sufrimiento». Nos lo dice en una de sus Cartas: por período de sufrimientos entiende no una temporada continua de puro sufrir, sino una época en que con relativa frecuencia le asaltan penas de una misma especie, pero alternadas con muchos goces y favores (37). Es preciso tener en cuenta esta advertencia para entender análogos estados de alma que seguirán luego.

Tales goces y sufrimientos alternados fueron una de las características más salientes de toda su vida, en la que resaltan de modo muy notable gozos muy intensos a la vez que dolores y sufrimientos muy vivos y extraordinarios. Incluso esta doble vida de goces y sufrimientos venía a formar parte esencial de su vocación: un día le fué revelado que era llamada a participar la doble vida que vivieron simultáneamente Jesús y María:

"No recuerdo si en este periodo o en el que sigue, un dia, estando en el patio del torno, en una elevación del espiritu, recibi cierta noticia referente a la vida de sufrimiento y de gozo que vivieron simultaneamente Jesus y Maria en carne mortal. Comprendi su estado excepcional y las divinas relaciones que los unian a la divinidad, los goces purisimos inefables que experimentaron y la intensidad de los sufrimientos que padecieron, y entendi que me requerian para participar de su estado excepcional y doble vida de sufrimiento y beatitud." (38)

Estos goces y sufrimientos de Sor Angeles eran simultáneos, lo mismo que los de Jesús y María, como se desprende de los textos que inmediatamente vamos a considerar y de otros que aparecerán más adelante. Nos hallamos, pues, ante el fenómeno místico del desdoblamiento del alma en sus dos porciones superior e inferior, inundada aquélla de gozo y anegada ésta en sufrimiento, fenómeno que no se da habitual y permanentemente antes del matrimonio espiritual, como que es una de las propiedades y rasgos distintivos más inequívocos de este estado. Recuérdese lo que decíamos al comentar la gracia de unión de 1894, a saber, que a pesar del descenso ocurrido a los pocos meses, Sor Angeles retuvo ciertas dotes o propiedades del estado de matrimonio. Pues bien, la principal y más importante de dichas dotes es este fenómeno típico del desdoblamiento del alma.

Vamos a aducir a continuación los textos que corroboran la existencia de este fenómeno místico en la época de la vida de

(37) Cartas, 25-4-1912.
(38) Vida, II, 11, pág. 114.

Sor Angeles que narramos. Por el tiempo en que la M. Sorazu se dedicaba a componer su Autobiografía por mandato del P. Mariano (año de 1912), escribía a éste frecuentes cartas, consultándole sobre dudas y dificultades con que tropezaba en su labor «escrituraria», como ella decía. Así, por ejemplo, en una de estas cartas le indica la confusión que experimenta cuando mira hacia atrás en su vida: debido a la actividad prodigiosa con que ha obrado su alma le parece que han pasado muchos más años de los que en realidad han transcurrido; parécele que ha vivido muchos años con la Virgen, muchos con Jesús en el pesebre, muchos en Nazaret y así en todos los demás episodios de su vida; hasta que por fin —dice— «me ha colocado —Dios— donde estoy, en Dios». (Cfr. Ap. Doc. núm. 118.)

Este primer texto es un testimonio precioso para probar la extraordinaria actividad que desplegaba el alma en sus contemplaciones, contra la afirmación de ciertos sabios racionalistas, que pretenden explicar todos los hechos místicos por una disminución o eclipse en la actividad de las facultades superiores (39). Las palabras finales del texto: «hasta que me ha colocado donde estoy, en Dios», se refieren al estado de matrimonio espiritual en que se hallaba constituída cuando escribía estas líneas.

En otra carta, refiriéndose en concreto a este período de vida que nos ocupa, manifiesta su extrañeza al comprobar que lo que ella llamaba período de sufrimiento coincidió con otro que ella llamaba período de gozo. O sea, padecía una ilusión de perspectiva: contemplando su pasado a distancia, si miraba por un lado, veía épocas en que sufrió mucho, y si por otro, épocas en que gozó igualmente mucho. Como ella no recordaba las fechas, creía naturalmente que dichas épocas tuvieron lugar en tiempos diversos. Mas al verse precisada a confrontar fechas y ordenar los hechos para componer la Vida, se encontró con el extraño fenómeno, que ella no acertaba a explicar, de que tales períodos de gozo y de sufrimientos fueron simultáneos, y se pregunta extrañada si ella tendrá dos almas. (Cfr. Ap. Doc. núm. 119.)

Además de este testimonio categórico podemos remitir al lector al Ap. Doc. núm. 158, que a su debido tiempo comentaremos. Y pasamos ya a referir la génesis y desarrollo del presente período de sufrimiento, utilizando para ello los datos que hallamos en la Vida (40) y en las Cartas (41).

(39) Cfr. Poulain, o. c., XVIII, 30, pág. 263.
(40) Vida, III, 18, pág. 222 y ss.
(41) Cartas, 25-4-1912.

2. HISTORIA DE UNA TRIBULACIÓN. — El año de 1900, por junio, la Comunidad de Sor Angeles practicó los Santos Ejercicios bajo la dirección del P. Andrés de Ocerin-Jáuregui, O. F. M. Por aquellas fechas se hallaba la Comunidad dividida en bandos, y todas fijaban ya sus ojos en Sor Angeles como en la única que podía restablecer la paz y concordia. Fundado, pues, en esta autoridad y celo de Sor Angeles, el citado Padre introdujo algunas innovaciones y reformas en la Comunidad. Mas este hecho fué para ella origen de amargas penas interiores: le asaltó la idea o remordimiento de que era una religiosa soberbia y de mal espíritu, porque se preciaba de observante y de que quería guardar la Regla, con lo cual se metió en un laberinto de confusiones, ansiedades y escrúpulos, muy característicos de su modo de ser, persuadiéndose de que estaba en pecado y debía hacer una confesión general. Mas luego, a los pocos días, se engolfó como de costumbre en sus ideas divinas y pasó todo el verano entretenida con los ángeles, con Jesús y María, y del mismo modo el invierno y todo el año 1901. Pero como en los citados Ejercicios aprehendiera tales cosas, a ratos le asaltaban de nuevo estas dudas y temores, los cuales fueron aumentando con el tiempo y tomando cuerpo, sobre todo desde que el citado P. Andrés la reprendió. Esta reprensión debió de tener lugar en septiembre u octubre de 1901, y he aquí la causa que la motivó: hemos dicho que el Padre, confiando en el ascendiente de Sor Angeles, introdujo en la Comunidad ciertas innovaciones y reformas; Sor Angeles empezó a seguir las costumbres que él introdujo, pero luego, viendo la oposición de las religiosas ancianas y que lo primero era que se restableciese la paz, abandonó las indicadas reformas

"y con este motivo, el Padre, enterado de mi conducta, me reprendió con alguna severidad y me dijo ciertas inexactitudes que me lastimaron mucho." (42)

No conocemos en concreto cuáles fueron los cargos que la dirigió, pero es muy probable que la calificara de lo mismo que ella había sentido de sí en sus accesos de escrúpulos, con lo que éstos se agravaron muchísimo más, confirmándose en la idea de que se hallaba en mal estado de conciencia.

"Con esta aprensión y otras cavilaciones e ideas tétricas que se agregaron a ella, me meti en una tribulacion muy grande, en la que fui sumién-

(42) Vida, III, 18, pág. 223.

dome cada vez más, por haber aprendido que estaba en pecado mortal desde hacía muchos años, o sea, desde que salí de esta santa casa para ir a Jesus-María, pensando que todos los trabajos y ansiedades que padeciera desde la citada fecha habían sido efecto del mal estado de mi conciencia y castigo de mis extravíos y del abuso de las gracias recibidas." (43)

Esto sucedía, como decimos, en septiembre u octubre de 1901. Mas a poco llegó el Adviento y las Pascuas de Navidad, y debido a su entusiasmo por el Verbo Encarnado y a las luces que recibía en el Oficio Divino, entró en período de consolación, desapareciendo sus sufrimientos interiores hasta después de la Purificación. Pero ahora revivieron éstos con redoblada intensidad, tanto que hasta los favores y goces recibidos durante la temporada de Adviento y Pascuas de Navidad contribuían a agravar su situación, pues no se explicaba cómo hubiera podido tranquilizar su conciencia, tan turbada antes del Adviento, sin traducirla al confesor. Estaba claro que ella era un alma ilusa y que se hallaba en mal estado de conciencia desde hacía muchos años. Por tanto, se imponía la necesidad de hacer una confesión general de toda la vida, y determinó hacerla con un Padre de la Compañía que solía venir a la Comunidad en calidad de extraordinario. Mas llegado el momento, y después de haberse preparado para ella con infinitos cuidados y diligencias, el dicho Padre no se lo permite, sino que la despide diciendo que era escrupulosa. ¿Cómo explicar la aflicción y angustia suprema que se apoderó de ella en aquellos momentos? Veía que se le cerraba hasta la posibilidad de salir de su estado de pecado (44).

Seguramente que el Padre creyó obrar de acuerdo con las normas de la Moral al no permitir a Sor Angeles que hiciera su confesión, porque creyó ver en ella todas las señales de una auténtica escrupulosa; mas este episodio nos debe enseñar la reflexión y ponderación con que los confesores deben proceder en semejantes casos, no tomando con ligereza la determinación de despedir a un alma que tal vez no tiene otro medio de aquietarse y recobrar la paz interior que desahogando su conciencia. En concreto, Sor Angeles no era de esas escrupulosas a quienes perjudica la confesión general de su vida pasada; ella, oyendo al ministro de Dios, se aquietaba y recobraba la paz, aunque después se reprodujeran nuevamente sus congojas e inquietudes.

(43) Vida, III, 18, págs. 223-4.
(44) Vida, III, 18, págs. 226-7.

3. CONFESIÓN ANTE JESÚS SACRAMENTADO. — Prosiguiendo, pues, la historia de esta tribulación, el mismo Señor dió a entender a Sor Angeles que, pues no encontraba ministro suyo que oyera su confesión, la hiciera a El mismo ante el Sagrario. Así, pues, después de una preparación cuidadosa, la noche del 17 al 18 de marzo, cerca de la media noche, se levantó y fué al coro para hacer su confesión general a Jesús Sacramentado. Llena de amor y respeto, con viva fe, confianza y dolor de los pecados y gozando de la evidencia de la presencia real de Jesús en la Eucaristía, hizo a Este un relato histórico de toda su vida, confesándole todas sus faltas y pidiéndole perdón de todas ellas. No vió que Jesús la absolviera visiblemente, «sin duda —comenta ella misma— porque lo había hecho ya por medio de sus ministros». Es decir, que entre las faltas que confesaba al Señor no había ninguna que antes no hubiera sido sometida a la potestad de las llaves que El mismo estableciera en su Iglesia. Además, Jesús le hizo conocer por modo inequívoco el buen estado de su conciencia y la intimidad que con El gozaba. (Cfr. Apéndice Documental núm. 120) (45).

Este mismo día 18 de marzo de 1902 recibió Sor Angeles un inefable favor de Jesús: un abrazo y ósculo divinos, con los que le confirmaba las especiales relaciones de intimidad y amor que en la confesión de la noche anterior ya le había dado a conocer. Además Jesús le dió a entender que haría con ella los oficios de director espiritual, mientras no tuviera un ministro suyo que la dirigiera. Prometióle también que en adelante no volvería a sufrir ausencias suyas, aunque cayera en algunas faltas. En fin, tales gracias recibió este día, que en virtud de ellas conoció Sor Angeles haber salvado un abismo en el camino de la perfección y que se hallaba en un estado mucho más ventajoso aún que el mejor de los que gozó antes de ir a Jesús-María (o sea, el consabido estado de unión de 1894), que ella siempre añoraba como la cima más alta, de la cual por su culpa descendiera para no tornar más a ella. (Cfr. Apéndice Documental núm. 121.)

Por tanto, de este texto se deduce una vez más que aquel descenso fué más bien aparente que real y que consistió tan sólo en el cese de la experiencia actual de la unión que gozaba con Dios, sin que hubiera un descenso real de grado de perfección, pues ahora vemos que no obstante dicho descenso, Sor Angeles

(45) Vida, III, 18, págs. 226-7.

prosiguió su marcha ascendente, aun sin ella saberlo, y este día se le dió a conocer que se encontraba en un estado mucho más elevado que cuando gozaba de dicha unión.

4. Modos diversos de las comunicaciones místicas.

"Me sentia muy favorecida de Jesus, muy amada de su divino Corazón, pero no distinguia la naturaleza de las comunicaciones divinas que recibia en lo secreto del alma, solamente que gozaba un bien inefable y que Dios me estimaba mucho y me amaba con predileccion."

Estas palabras del texto del Ap. Doc. últimamente citado vienen a iluminar inesperadamente un interesante pasaje del capítulo primero del Tratado, en que la M. Sorazu explica los diversos modos como se dejan sentir en el alma las gracias místicas.

De veinte almas que siguen la misma vía y han recibido la misma vocación e idénticas gracias, solamente a una, dos, tres o cuatro se comunica Dios en medio de claridades divinas como en pleno día. A otro corto número, a través de las sombras. Y a todas las restantes, en tinieblas. Distingue, pues, tres modos de comunicación de las gracias místicas. En el modo primero, el alma que recibe dichas gracias percibe y puede precisar hasta en sus menores detalles las operaciones de la gracia. Las que reciben al modo segundo tienen noticia confusa de la gracia, pero gozan los efectos y conservan la huella de los favores recibidos en el mismo grado que las anteriores. Las del modo tercero sienten que Dios las favorece, pero no pueden precisar la naturaleza de las gracias que reciben (o sea, lo mismo que acaba de afirmar que le sucedía a ella en esta época de su vida). Sucede a veces que una misma alma ha experimentado en sí todos estos diversos modos de recibir las divinas comunicaciones. De que Dios se comunique a un alma de cualquiera de los tres modos dichos, no se puede deducir nada en favor o en contra de la mayor o menor santidad de dicha alma, pues con frecuencia, tratándose de la misma gracia y del mismo grado de perfección, sucede que a un alma se comunica Dios del modo primero y a otra del tercero. Más aún, si no hay motivo especial relacionado con la gloria de Dios y la salvación de las almas, Dios gusta más de comunicarse según el modo tercero, o sea, a oscuras. Sólo algunas pocas veces se comunica según el modo primero, a fin de que la noticia de los favores que concede a estas almas sirva para la santificación de otras. Esto ocurre en concreto en el propio caso de ella, sin que ello signifi-

que que ella posea una santidad mayor que la de otras almas que han recibido estos mismos favores pero por modo oscuro, porque se consumaron en la parte superior del alma sin reflexión a la parte inferior. (Cfr. Ap. Doc. núm. 122.)

Este texto contiene preciosas enseñanzas. Su doctrina parece estar plenamente confirmada por los datos que nos proporciona la realidad. En efecto, tenemos almas, indudablemente místicas, en las que escasean sobremanera los datos acerca de estos fenómenos místicos. Tienen conciencia de haber sido favorecidas con gracias insignes, pero no pueden describírnoslas al detalle ni precisar la naturaleza del favor recibido. Una Santa Teresita, incluso tal vez una Sor Isabel de la Trinidad, pertenecen a esta categoría. La M. Sorazu nos advierte que nos cuidemos de juzgar a estas almas como inferiores en mérito y santidad a otras que llegan a conocer detalladamente la naturaleza y clase de las gracias místicas que reciben, pues con frecuencia unas y otras se hallan en la misma línea, en el mismo estado y en posesión y disfrute de las mismas gracias. Como nos advierte al principio del texto, la M. Sorazu habla aquí sólo de almas que siguen la vía mística y para nada trata de las otras. Y aunque en el período de vida que venimos narrando, ella recibía las gracias místicas según el modo tercero, pero en general el modo ordinario de recibirlas fué más bien el primero, y por eso le ha sido posible el referirlas tan al detalle (46).

(46) También en una de las Cartas publicadas se refiere la M. Sorazu a las gracias recibidas el 18 de marzo, mas señala el año 1901 en vez de 1902. Sin duda fué una de esas equivocaciones que confesó padecía al tratar de fijar el año en que ocurrieron las cosas, los días no se le olvidaban tan fácilmente. Después, cuando escribió la Vida, se convenció de que el suceso ocurrió en 1902 y corrigió el error. Por tanto, la nota que pone el editor a este lugar está equivocada; la carta se refiere a los sucesos que se relatan en la pág. 229 y ss. de la Vida, no a los de la pág. 185, como dice (cfr. Cartas, 21-7-1910, t. I, pág. 29).

CAPITULO VIII

LOS MISTERIOS DE CRISTO, COMO REVELACION DEL AMOR INFINITO DE DIOS A LOS HOMBRES

(18 marzo 1902—junio 1907)

"Cuando recordaba la vida pública de Jesús o dirigía mi mirada a Jesús en el período de su vida pública (que lo hacía muchas veces cada día, para rendirle mis homenajes), en Jesucristo veía a Dios Uno y Trino en su cualidad de Salvador del género humano, ambulante por el mundo, ocupado todo en la obra de Redención, y veía el misterio que contiene el sexto artículo de la fe, que dice "creer que es Salvador" de un modo evidente, siendo la Santa Humanidad de Cristo como el instrumento o brazo de que se valió Dios Uno y Trino, Criador y Salvador de los hombres, para realizar la obra de la Redención del género humano."

(Vida, IV, 1, pág. 265.)

Durante los cinco años que abarca el presente capítulo, Sor Angeles continúa dedicándose a su ocupación favorita, o sea, la contemplación mística de los misterios de la vida del Salvador. Pero respecto del período anterior observamos un notable progreso: hasta ahora se limitaba al ciclo de los misterios de la vida terrestre, o sea, desde la Encarnación hasta la Ascensión: ahora la veremos acompañar a Jesús aun en su vida del cielo. Además, hasta ahora paraba en la Humanidad de Cristo, contemplaba a Este en cuanto Hombre: en cambio, en el nuevo período aprehende a todo Dios Uno y Trino presente en la Santa Humanidad de Cristo, animado de sentimientos de infinito amor hacia los hombres y valiéndose de la Santa Humanidad de Jesús como de instrumento o medio para realizar sus designios de amor hacia ellos.

Una misma es, pues, la nota central y característica del período pasado y del presente, a saber, la contemplación de los

misterios de Jesús, pero con la variedad o novedad que acabamos de indicar. Mas junto con este rasgo esencial hallamos también en el nuevo período (lo mismo que en el anterior) numerosos estados y variedad de gracias que pudiéramos llamar complementarias. Además, durante este período se inicia la dirección espiritual en la vida de Sor Angeles, es ésta nombrada Abadesa de su Comunidad, y su primer trienio en el ejercicio de dicho cargo transcurre en medio de una general abundancia de favores místicos y comunicaciones divinas con intensos goces y sufrimientos, directamente producidos por las mismas comunicaciones.

Dividimos el capítulo en dos artículos: el primero comprende hasta la elección de Sor Angeles para el cargo de Abadesa; el segundo, desde esa fecha hasta junio de 1907, en que comienza el período purificativo que estudiaremos en el capítulo siguiente.

ARTÍCULO I

Hasta la elección de Sor Angeles para Abadesa

1. UNA FALTA DE CARIDAD.—2. LOS MISTERIOS DE LA GLORIA. 3. LOS MISTERIOS DE CRISTO Y EL AMOR INFINITO DE DIOS A LOS HOMBRES.—4. SE INICIA LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL

1. UNA FALTA DE CARIDAD. — Después de los inolvidables favores del día 18 de marzo de 1902 prosiguió Sor Angeles practicando los mismos ejercicios que la hemos visto observar hasta el presente, o sea, la vida mariana y la contemplación asidua de los misterios del Verbo Encarnado; pero entre éstos, Jesús Paciente y Sacramentado era lo que principalmente constituía su vida (47).

Mas he aquí que poco tiempo después de aquellos inefables favores cayó Sor Angeles en unas faltas que le ocasionaron vivísimo dolor y el descorazonamiento más completo, en vista de la ingratitud y del abuso que la parecía hacer de las predilecciones de Dios. Fueron unas leves faltas de caridad cometidas en un momento de turbación. Insertamos en el Ap. Doc. el relato de

(47) Tratado, X, pág. 125.

este suceso, porque nos revela aspectos interesantes del modo de ser de Sor Angeles, a la par que los nobilísimos sentimientos que atesoraba su alma. (Cfr. Ap. Doc. núm. 123.)

Estas fugas de Dios como consecuencia de las faltas cometidas (y que se nos descubren en el relato de este suceso), nos revelan una vez más una falta de criterio formado en Sor Angeles, o si se quiere, la desviación de un sentimiento recto, cual era el vivo dolor ante la más leve ofensa de Dios por la ingratitud que a sus ojos representaba dicha falta. Lo propio hubiera sido arrojarse en los brazos misericordiosos de Dios e implorarle perdón, pero Sor Angeles huía de El, oprimida por el peso de su ingratitud y se negaba a admitir más favores y uniones divinas, pues tan claro veía su indignidad y mala correspondencia, que no quería en manera alguna seguir abusando por más tiempo de la bondad divina.

Nótense también en este mismo episodio los sentimientos de la más pura caridad que espontánea y como instintivamente brotan de su alma al proponerle Jesús que su ofensora sea excluída del cielo. Porque Sor Angeles ama a Jesús más que a sí misma y la citada religiosa es buena para Jesús aunque no lo sea para Sor Angeles, ésta no puede menos de amarla y querer para ella el cielo y todos los bienes. Estas palabras expresan la más exacta y perfecta comprensión de lo que constituye la esencia del amor de caridad que al amar al prójimo no se inspira en el propio interés, sino en el amor de Dios. Nótese también el sentimiento vivísimo de justicia que manifiesta al pedir y desear que la religiosa agraviada por ella le persiguiera, para de ese modo compensar y satisfacer a la Justicia, contra la que creía haber faltado. Dios otorgó su petición, causándole con ello gran tranquilidad y consuelo. Y, finalmente, sentimiento de humildad profunda, de esa humildad que caracteriza a las almas extraordinarias, al estar íntimamente persuadida de que dicha religiosa enemiga suya era una santa y mucho más digna que ella de ser admitida en el cielo.

2. LOS MISTERIOS DE LA GLORIA.—Hasta aquí, como hemos dicho, Sor Angeles no podía seguir a Jesús más que en los misterios de su vida terrestre, pues no se le concedía acompañarle en los de la gloria. Ahora, en cambio, no sólo sigue a Jesús en su triunfal entrada a los cielos, sino que se siente arrastrada hacia la eternidad dichosa. (Cfr. Ap. Doc. núms. 124 y 125.)

Esto ocurría en agosto de 1903. El nuevo estado no la privaba del uso de los sentidos, pero la inutilizaba para toda obra externa. He aquí una prueba evidente de que Sor Angeles, a pesar de la anterior noche del espíritu, no había alcanzado aún esa perfección del natural que se revela en los perfectos.

En estas contemplaciones de la gloria se le mostraba el reino de Jesús, como soberano de los bienaventurados. Lo que sobre todo llamaba su atención era la unión y concordia que existe entre éstos y la afabilidad de tan dulce Rey. (Cfr. Apéndice Documental núm. 126.)

En vista de que se incapacitaba para las obras externas, se desentendió del nuevo estado como pudo. He aquí una nueva resistencia, aunque de buena fe, muy semejante a la que dió ocasión al descenso de 1894.

Al desentenderse de la contemplación de los misterios de la gloria, Sor Angeles se estableció a los pies de Jesús Sacramentado, como nos dice el texto del Ap. Doc. núm. 125. Lo mismo consta también por las siguientes palabras de una de sus Cartas:

"A este estado se siguieron otros dos: primero, el de la presencia de Jesús en un estado de gloria en el cielo, de cuyo estado, pasados tres o cuatro meses, salí haciendo un gran esfuerzo, llevada de mi deseo de padecer (pues allí todo era gloria) y de acompañar a Jesús en el Sagrario, pues no podía. El segundo estado fué un vivir vida de Sacramento en unión de los Angeles que hacen la corte a Jesús en nuestro Sagrario." (48)

Es claro, pues, que estas palabras de las Cartas se refieren al mismo estado espiritual que relata en la Vida, pág. 248, y no precisamente a los estados descritos en la pág. 191 y siguientes, como indica el P. editor en las dos notas que pone a este pasaje (49).

En la nueva vida de Sacramento se perdió, lo mismo que antes se perdiera en la contemplación de los misterios de la gloria. (Cfr. Ap. Doc. núm. 127.) Con el término «perderse» expresa esa suerte de enajenación que padecía, aunque sin llegar a la privación de los sentidos.

3. LOS MISTERIOS DE CRISTO Y EL AMOR INFINITO DE DIOS A LOS HOMBRES.—Pero la característica más notable y peculiar del presente período es que en los mismos misterios de la vida terrestre de Jesús aprehende ahora preferentemente a todo Dios Uno

(48) Cartas, 1-9-1910, t. I, pág. 87.
(49) Cartas, pág. 87, notas 1 y 2.

y Trino presente en la Santa Humanidad de Jesús, animado de un inmenso amor hacia los hombres y sirviéndose de dicha Humanidad como de brazo o instrumento para obrar por ella la salvación del linaje humano. ¡Sublime visión, que responde a una verdad rigurosamente real, la verdad que constituye por así decir la clave explicativa de toda la Teología Católica! Tan evidente se le mostraba a Sor Angeles este infinito y eterno amor de Dios a los hombres, que le parecía que por muchos y graves que fueran los pecados cometidos, no tenía que temer de los rigores de la Justicia Divina, con tal que tuviera la voluntad de enmendarse y aceptara las condiciones establecidas para alcanzar la salvación, ya que veía a todo Dios empeñado en salvarnos y animado de un inmenso amor hacia todos los hijos de Adán. (Cfr. Apéndice Documental núm. 128.)

En suma, la voluntad salvífica universal de Dios es lo que con vivo relieve y evidencia se le mostraba a través de los misterios de Jesús. Dogma capitalísimo de nuestra fe, pues constituye la base de nuestra confianza y es el presupuesto esencial de toda nuestra vida espiritual. Por eso Jesús procuró con tanto empeño inculcar y afirmar esta verdad en los corazones de los hombres, ya con su conducta personal, ya en su predicación, mostrando esas entrañas de misericordia y compasión hacia los pecadores y hacia todo género de miseria humana, actitud con la cual nos ha traducido en rasgos humanos la bondad infinita, los sentimientos de eterno amor que animan al Padre Celestial hacia los hombres.

También la Vida se hace eco de este nuevo aspecto bajo el que se le presentaban ahora los misterios de Cristo, como puede verse por el texto que nos ha servido de lema para el presente capítulo.

«Caro, salutis est cardo», observaba el gran Tertuliano (50). Esta admirable disposición de la economía divina, que el apologista africano notaba en los sacramentos en cuanto que directamente se aplican al cuerpo para producir la gracia en el alma, tiene también riguroso y literal cumplimiento en la obra redentora de Cristo, en cuanto que fué su Humanidad, y no la Divinidad, la que con su sacrificio expiatorio obró nuestra redención y nos mereció la gracia salvadora; mas es claro que la pura Humanidad de Cristo no podía ser causa de nuestra salvación, sino en cuanto que Dios mismo la tomaba como instrumento para

(50) De carnis resurrectione; M L 2, 806.

realizar sus designios salvadores sobre los hombres: es lo que Sorazu contempló y aprehendió de modo evidente en este período y lo que tan expresivamente nos ha dicho en los textos que comentamos.

Bellísimas son también y estupendamente verdaderas las noticias que recibía acerca del inefable misterio de la Encarnación. En este misterio veía realizado el secreto encerrado en la escala de Jacob, pues la Humanidad de Cristo era esta escala o senda divina que une el cielo con la tierra, haciendo bajar por ella a Dios hasta nosotros y elevándonos a nosotros hasta Dios. (Cfr. Apéndice Documental núm. 129.)

4. SE INICIA LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL.—En uno de los textos anteriormente citados (cfr. Ap. Doc. núm. 127) nos ha dicho Sor Angeles cómo rehusaba buscar director, a pesar de que su estado espiritual lo exigía cada vez más. Y a la consabida razón de su extremo encogimiento y dificultad para traducir sus intimidades, agrega ahora una nueva causa: temía que en cuanto tuviera director sería elegida Abadesa. Mas Dios empezó a urgirle nuevamente este deber que tantas veces y de tantas maneras le había significado antes de ahora. (Ap. Doc. núm. 130.)

La persona que el Señor le indicó para director de su alma fué el P. Andrés de Ocerin-Jáuregui, O. F. M., el mismo que hacía dos años la reprendiera, como dijimos. Por esto no es de extrañar que ella sintiera más dificultad aún para confiarse a la dirección de dicho Padre que de otro. Y como el Señor no le metió prisas, ella fué difiriendo también esta vez el cumplimiento de la orden divina. Dilación y tardanza injustificada que pone en evidencia la resistencia, no exenta de falta, que en este punto ponía al Señor. Mas había sonado la hora en que Dios iba a exigirle perentoriamente el cumplimiento de su divina voluntad, so pena de eterno abandono. Por causa, pues, de estas dilaciones y demoras en llevar a la práctica la orden relativa a la dirección, le sobrevino una tribulación terrible, la mayor que hasta entonces había conocido en toda su vida. Consistió ésta en una aparición de Dios, que se le mostró severo y disgustado, conminándole con su definitivo abandono si no ponía en práctica inmediatamente el precepto de someterse a la dirección. Con singular realismo y fuerza expresiva cuenta Sor Angeles los efectos de propia aniquilación que en su alma produjo esta vista de Dios indignado, cuando hasta la fecha se le venía mostrando amoroso y como si nada tuviera que reprocharla. Semejante vista la des-

concertó enteramente e hizo que a sus ojos se desmoronara el castillo de su propia espiritualidad, que ella misma derribó, teniéndolo por fantástico e ilusorio. Ahí estaba la realidad: Dios estaba disgustado con ella. Y aunque al verla así aniquilada Dios volvió a mostrarse de nuevo complacido y propicio a favorecerla, ella ya no se fiaba de tales muestras de afecto ni quería abandonarse a su amor misericordioso, sino que pedía castigos y buscaba su faz severa, única que le parecía traducir la auténtica realidad. A fuerza de examinarse y revolver pecados, toda su vida se le mostraba bajo el aspecto pecaminoso y le parecía que en toda ella no había hecho sino estragos y atraer las iras de Dios sobre el mundo entero. Si Dios quería hacerla Abadesa, se le antojaba que era para patentizar el odio que la tenía lloviendo infinitas calamidades sobre la Comunidad, etc. (Cfr. Apéndice Documental núm. 131.)

Estas ideas y cavilaciones, este modo de reaccionar ante la falta que Dios le ha reprochado, nos revela una vez más rasgos típicos de la psicología de Sorazu. Es algo realmente notable en ella esa propensión ingénita a la desconfianza, a no creer ni a Dios cuando se trata en su favor, desconfianza que nace de la honda persuasión de su profunda miseria, indignidad y pecado. Cavilaciones semejantes o de índole parecida a esta que hemos indicado sobre la causa por la que Dios quería hacerla Abadesa, volveremos a hallar también en otras ocasiones y períodos de su vida.

Acerca de esta tribulación hallamos en las Cartas la siguiente referencia:

"Ya no volví a padecer tormentos tan grandes como los que dejo indicados hasta poco antes de ser elegida Abadesa, cuando sufrí muchísimo por espacio de tres meses, y tanto que pedía al Señor que me aniquilase en cuerpo y alma o me arrojase a los más profundo del infierno, porque yo no podía soportar los terribles remordimientos de conciencia que sentía a causa de la conducta criminal que había observado con Dios Nuestro Señor, sobre todo desde el citado día 18 de marzo." (51)

Se ve por estas palabras el grado de intensidad que alcanzaron los remordimientos durante esta prueba, motivada por su resistencia a cumplir la orden relativa a la dirección.

Así termina en la historia de Sor Angeles esa larga etapa de su vida en que ha vivido absolutamente sin dirección espiritual, a pesar de las reiteradas inspiraciones y órdenes en contrario que desde los diecisiete años ha venido sintiendo.

---

(51) Cartas, 21-7-1910, t. I, págs. 29-30.

Poco después de este suceso se inicia la dirección espiritual en la vida de Sor Angeles. Y su primer director fué el mismo que el Señor la señalara, a saber, el P. Andrés de Ocerin-Jáuregui, O. F. M., de la Provincia de Cantabria. Este Padre la dirigió de enero de 1904 a junio de 1905. No parece que esta primera dirección llegase a tener un influjo notable en la marcha de su vida, ni aun siquiera consiguió Sor Angeles vencer la grandísima dificultad que sentía en traducir perfectamente su interior, pues más tarde veremos que cuando lo hizo con el segundo director, Dios se le mostraba complacido y dispuesto a favorecerla, porque por fin había cumplido *por primera vez en su vida* este deber fundamental que El le impusiera. Además, el P. Andrés no residía en Valladolid (donde a la sazón no había convento franciscano), sino en La Aguilera (Burgos). La misma M. Sorazu nos dice en la Vida (52), que la razón principal de confiarle Dios a la dirección de este Padre fué porque por este medio quería El remediar cierta necesidad que padecía una dirigida de dicho Padre, lo que parece también indicar que esta dirección había de ser episódica y cesar en cuanto se consiguiese el fin que Dios intentaba. Esta dirigida del P. Ocerin, a la que aquí se refiere la M. Sorazu, no es otra que su antigua amiga la M. Esperanza, del convento de Clarisas de Lerma (53).

ARTÍCULO II

El primer trienio en el cargo de Abadesa

1. SOR ANGELES, ABADESA.—2. LA RECREACIÓN DE LA ABADESA.—3. CAMBIO DE DIRECCIÓN ESPIRITUAL.—4. INVERSIÓN DE ORDEN EN LAS RELACIONES MARIANAS.—5. LA DIVINIDAD EN FORMA PACIENTE.—6. LAS HERIDAS DE AMOR.—7. EXTRAÑA EN LA TIERRA DE LA PURA DIVINIDAD.—8. LA BIENAVENTURANZA DE DIOS Y LA GLORIA DEL VERBO ENCARNADO.—9. SEMANA SANTA DE 1907.—10. INVITACIÓN AL MATRIMONIO ESPIRITUAL.—11. ASALTOS DE LA GRACIA Y VOTOS DE SOR ANGELES

1. SOR ANGELES, ABADESA.—El 21 de febrero de 1904 fué Sor Angeles elegida Abadesa, cargo que había de desempeñar

(52) Vida, III, 23, pág. 255.
(53) Cartas, 16-12-1911, y Pobladura, o. c., pág. 51, nota.

sin interrupción hasta su muerte. Treinta y un años de edad contaba a la sazón. Mas es de notar que ya antes de esa fecha la votaron repetidas veces las religiosas, y la autoridad eclesiástica no confirmó la elección, por no tener ella la edad canónica. En efecto, el 12 de diciembre de 1898 se tuvo elección de Abadesa y la Comunidad votó a favor de Sor Angeles, que a la sazón tenía veintinco años, y como el Ilmo. Sr. Obispo auxiliar que presidía la elección dijese que no podía confirmar a la elegida por no tener la edad canónica y que por tanto votasen a favor de otra religiosa, resultó que después de seis votaciones no hubo elección canónica, y S. S. Ilma. nombró Presidenta a la Reverenda Madre que últimamente había desempeñado el cargo de Abadesa. Sor Angeles fué nombrada Tornera, Vicaria de coro y Lectora; cargos que desempeñó hasta el 10 de enero de 1900. El 9 de enero de este año se tuvo nueva elección de Abadesa, y como la Comunidad votase de nuevo a favor de Sor Angeles, y no pudiendo el Presidente inclinar a las Capitulares a que eligieran a otra religiosa, nombró nueva Presidenta. Sor Angeles fué nombrada Vicaria de la Comunidad y Maestra de novicias, cargos que desempeñó hasta el 21 de febrero de 1904. En los comienzos de 1903 túvose otra nueva elección de Abadesa, en la que resultó elegida Sor Angeles, pero como todavía no había cumplido los treinta años, el Presidente no se atrevió a resolver nada sin manifestarlo antes al Sr. Arzobispo; regresó por la tarde diciendo que como Sor Angeles no tenía la edad, no podía ser confirmada porque había que sacar dispensa y el Sr. Arzobispo no estaba por eso... No es de extrañar, pues, que el 21 de febrero de 1904, al ser elegida y confirmada Sor Angeles como Abadesa, fuera esto celebrado por todos como un acontecimiento. La elección fué por unanimidad, como se deduce del acta: «De doce religiosas votantes, obtuvo la Madre Sorazu once votos; y la Madre Sor María del Rosario, uno» (54).

Esta insistencia de las religiosas en proponer tantas veces a Sor Angeles sin que se pudiera acabar de ellas que eligieran para Abadesa a otra con edad canónica, revela del modo más elocuente el hondo malestar que existía en el seno de aquella Comunidad y que todas miraban a Sorazu como a la única indicada para restablecer la paz y unión de todas. No faltaron a Sor Angeles amargas contradicciones y disgustos de parte de las mismas religiosas en el ejercicio de su cargo; pero a pesar de todo,

(54) Vida, pág. 257, nota.

ella supo transformar poco a poco el estado de la Comunidad, colocándola en un elevado grado de observancia. En especial, logró formar y educar a las jóvenes en el amor al retiro y a la vida interior, mientras que a las ancianas no parece que consiguió inculcar sus elevados ideales. Cuando ingresó Sor Angeles en el convento, hacía muchos años que no había sido admitida ninguna joven de coro. En cambio, poco después de ella entraron varias otras. Sobre estas jóvenes ejerció Sor Angeles particular atracción e influencia, de modo que insensiblemente se fueron formando en sus sentimientos e ideales. Así vino a suceder lo que ella misma nota en una de sus Cartas, a saber, que las religiosas que le preceden en antigüedad de hábito se distinguen mucho de las que han ingresado después que ella (55). Año y medio antes de su muerte, escribiendo al P. Nazario Pérez y dándole cuenta de las religiosas que entonces componían la Comunidad, dice de ellas: «Comparten mis sentimientos y aspiraciones, excepto tres ancianas de las que vivían cuando vine a esta casa» (56). Como se ve, la levadura vieja había sido ya eliminada y la obra de reforma quedaba asegurada definitivamente.

2. La recreación de la Abadesa. — El estado espiritual que Sor Angeles gozaba cuando le confiaron el cargo de Abadesa aparece descrito en las Cartas y en la Vida como un estado de especiales relaciones con los santos ángeles, por medio de los cuales comunicaba con la Santísima Virgen y con Dios. (Apéndice Documental núms. 132 y 133.)

Los deberes del cargo no fueron parte en manera alguna para que Sor Angeles aflojara lo más mínimo en su vida de íntima comunicación y trato con su Dios querido; pero experimentaba una especie de opresión mientras se ocupaba en despachar los negocios temporales, por lo que, tan pronto como podía, se fugaba a la soledad, a tomar la recreación, como ella decía.

Esta recreación consistía en irse al claustro bajo, como más solitario y retirado, y allí, puesta en comunicación con las divinas Personas y la Santísima Virgen, dedicarse a su ejercicio favorito de agradecimiento por el beneficio de la Encarnación. Dirigíase primeramente al Padre Eterno, tributándole gracias cordialísimas porque nos dió a su Hijo. Esta acción de gracias la hacía en nombre suyo y de todo el género humano, ofrecién-

(55) Cartas, 10-5-1911, t. I, pág. 295.
(56) Carta al P. Nazario Pérez, 3-1-1920.

dole en retorno de este beneficio su vida y servicios, unidos a los de todos los Santos. A continuación representaba al Padre todo lo que Jesús había hecho por su gloria, la perfección con que le obedeció y cumplió sus designios de salvación humana y, en consecuencia, la obligación en que se halla de exaltarle y glorificarle lo más posible. Con indecible empeño se afanaba en interesar al Padre por la gloria de Jesucristo, gloria que exige que el Padre atraiga a todos los hijos de Adán al conocimiento y amor de Jesús. Dirigíase después al Espíritu Santo en el mismo sentido de interesarle por la gloria de Jesús, y después a la Santísima Virgen también para el mismo objeto. Finalmente, se dirigía al propio Verbo Encarnado y le prodigaba toda suerte de caricias, alabanzas y acciones de gracias por todo cuanto realizó a favor nuestro. (Cfr. Ap. Doc. núm. 134.)

Este ejercicio favorito de la M. Sorazu nos descubre y patentiza del modo más perfecto los sentimientos más íntimos de que vivía su alma, profundamente amante y generosa. Agradecer al Padre el eterno amor que nos ha manifestado al darnos su Hijo, y amar a este Hijo Humanado, desearle y pedir para El toda clase de bienes en pago de lo que hizo por nosotros, son los únicos sentimientos y preocupaciones que aparecen en este hermosísimo ejercicio. ¡Cuán pocas veces se preocupan los teólogos y los que tienen un conocimiento más profundo de los dogmas de nuestra religión de convertir dichos dogmas en incentivo y alimento del amor, como vemos que tan bellamente lo hacía esta sencilla religiosa que no había estudiado más teología que el catecismo! Pero le bastaba. En la rumia y regusto incesante de sus sublimes verdades hallaba ella el medio más poderoso de alimentar y ejercitar el amor de Dios. ¡Y con qué naturalidad brotan de su alma los más puros sentimientos del nobilísimo «amor amicitiæ», que sólo se mueve por el bien y la felicidad de la persona amada!

Por lo demás, aparece claro de la misma descripción que su comunicación con las divinas Personas en el citado ejercicio era de orden extraordinario o estrictamente místico: «Me ponía en comunicación con Dios Padre *a quien hallaba* en el momento mismo que me dirigía a El, si bien ya le tenía hallado», etc. En términos muy notables por su realismo nos refiere cómo Dios le mostró muchas veces su complacencia y agrado por este ejercicio, saliéndole al encuentro velado en una especie de niebla, amoroso y complacido. Incluso en cierta ocasión, mientras se de-

dicaba a este ejercicio, pronunció Dios a su favor una regalada palabra que produjo en ella efectos divinos e inefables:

"Si mal no recuerdo, en este período de mi vida, un día, mientras practicaba el ejercicio de acción de gracias por el beneficio de la Encarnación, en el claustro, Dios Padre pronunció a mi favor un *Hija mía*, con acento tan divino, y penetró en mi alma acompañada de gracia tanta y tan inefable, que me pareció me había comunicado un influjo de su divina gloria. Parecióme que en las palabras recibía todo el amor infinito que Dios me profesa. ¡Qué cosa tan grande sentí! ¡Qué efectos tan divinos me produjo!" (57)

3. CAMBIO DE DIRECCIÓN ESPIRITUAL.—Por haber entendido que Dios se lo exigía así, el 23 de junio de 1905 la M. Angeles cambió de director, confiándose a la obediencia de don José Hospital Frago, Deán de la S. Iglesia Catedral, quien la dirigió por espacio de cinco años. Dióle a entender además el Señor que el servicio más grande que podía prestarle y el único que le pedía era una vida de obediencia completa a un ministro suyo (58). Lo mismo nos dice en el Tratado: «Requerida por Dios, se abandona enteramente a su divino querer en las manos de su director espiritual, que lo representa» (59). Es la primera vez que en el Tratado se menciona al director espiritual, y parece claro que se refiere al señor Deán, segundo director de M. Angeles y primero que empezó a ejercer un influjo notable y decisivo en su vida espiritual.

Por si alguien pudiera pensar que la M. Angeles procedió ligeramente en estos cambios de dirección como en los que vendrán más tarde, véase lo que ella escribía al P. Mariano acerca de este punto:

"De lo dicho puede inferir, mi amadísimo Padre, que no he sido yo quien le ha elegido por mi director, sino el mismo Dios, y de esto estoy bien segura. Y lo propio digo de los directores primero y segundo, que también fueron elegidos por Dios y no por mí. Y en esto estoy muy firme, y es por esto que aunque he sufrido tanto y detesto con toda mi alma el mal uso que he hecho de ellos y mi conducta pésima en mi trato con ambos directores, sobre todo con el segundo, no puedo arrepentirme de haberme entregado a su dirección, ni me he arrepentido jamás, a pesar de los terribles sufrimientos que me ha ocasionado la dirección (por mi culpa, se entiende)." (60)

Ella, tan propensa siempre a escrúpulos, a creer cuanto cedía en desfavor o culpa propia, en este punto jamás dudó ni tuvo

(57) Vida, IV, I, págs. 266-7.
(58) Vida, IV, 3, pág. 274 y ss.
(59) Tratado, X, pág. 134.
(60) Cartas, 4-8-1910, t. I, págs. 48-9.

remordimiento alguno, pues estaba firmemente convencida de que fué Dios mismo quien le propuso los sujetos.

Este mismo mes de junio de 1905 Jesús le prodigaba un nuevo y delicado favor, que ella no sabía a qué atribuir: doquiera que fuera, se sentía rodeada o acompañada del Sagrado Corazón de Jesús, tanto de día como de noche. Y habiéndole ella preguntado la causa o motivo de semejante favor, le fué contestado que en premio de haber cumplido lo que tanto le costaba, o sea, franquear las cosas de su alma a un director. (Cfr. Apéndice Documental núm. 135.)

«Fué ésta —observa el P. Mariano— la primera vez que en su vida dió cuenta perfecta de su conciencia y reveló los grandes secretos de su alma. No es de maravillar, pues, que nadie, incluso sus confesores, conociera el valor de esta alma y los grandes tesoros naturales y sobrenaturales que Dios había depositado en su espíritu, ni los grandes gérmenes de santidad y ciencia divinas que atesoraba su humildísimo corazón. Facilitóle esta primera revelación de su espíritu el cariño paternal y divino con que la trataba el nuevo director y la grande calma y paciencia con que la escuchaba. Si los confesores de religiosas fuéramos siempre verdaderamente padres y nos revistiéramos de la paciencia y afabilidad divinas, y no tuviéramos tantas prisas al oír las confesiones, seguramente nuestro ministerio sería doblemente útil y se multiplicarían más las almas grandes en los monasterios y casas religiosas» (61).

Por fin había conseguido Sor Angeles cumplir el deber primordial que el Señor le impusiera. Recuérdese cómo desde la primera conversión sentía inspiraciones de la gracia que le impulsaban a manifestar su conciencia al confesor y cómo su resistencia fué la causa del retroceso o estancamiento en el Desierto de la vida espiritual. El obstáculo invencible con que ella tropezaba era su mismo natural tímido y retraído. Deseaba ella vivísimamente cumplir lo que veía ser voluntad de Dios, mas no se atrevía. ¡Sólo Dios sabe cuántas veces se acercó al confesonario con el deseo y propósito de cumplir la orden del Señor y otras tantas hubo de retirarse con el corazón partido de dolor al ver que no lo había conseguido! En el apéndice que puso al Tratado, para uso de los directores, no se olvidó de sacar su lección práctica de esta experiencia dolorosa, e inculca a los directores que cuando encuentren almas rectas y sinceras, deben ins-

(61) Vida, pág. 277, nota.

pirar en ellas sentimientos filiales y animarlas a que se franqueen, pues muchas veces, viendo que ellas no lo hacen, creen los directores que es que no quieren, y no es así, sino que lo desean muchísimo y no se atreven por su timidez y retraimiento o porque aprehenden que el director es taciturno y severo o que no se interesa por ellas (62). Y entre las breves páginas que se han conservado de su Diario, hay una en la que no duda en afirmar que ha padecido muchísimo en su vida religiosa, «y casi todo por no tener suficiente libertad para traducir mi alma al confesor». Y añade estas impresionantes palabras:

"¡Cuántas —religiosas de clausura—, después de una vida llena de sacrificios habran exhalado su ultimo suspiro acongojadas por los remordimientos o ansiedades de su conciencia por no tener suficiente libertad para traduducirla al confesor tal como ellas lo veian! Y ¡cuantas habrán llevado al sepulcro las penas que torturaron su corazon sin haberlas comunicado a nadie por no tener un Ministro de Dios que se interesara por ellas e hiciera los oficios de padre y confidente! La verdad que las religiosas tenemos muchas necesidades y no siempre encontramos quien las remedie." (63)

En este sentido le hizo mucho bien el actual director, pues con su dulzura y cariño paternal supo inspirar en ella la confianza y valor que necesitaba para la manifestación de su espíritu. Más adelante tendremos ocasión de examinar la actuación de conjunto de este director y emitiremos el juicio que los datos existentes permiten formarse sobre la labor de cinco años llevada a cabo por él cerca de la M. Angeles.

4. INVERSIÓN DE ORDEN EN LAS RELACIONES MARIANAS. Hasta ahora la M. Angeles ha sido constantemente fiel en la práctica de la vida mariana, o sea, en su táctica de ir a Jesús por María, hallando al Hijo en la Madre, contemplando e imitando las virtudes de Jesús tal como las veía reproducidas y asimiladas por María, etc. Mas ahora, en 1905, empezó a notar en sus relaciones sobrenaturales un extraño fenómeno, que la sorprendía: todas las veces que se dirigía a la Virgen, Esta le requería para que fuera con su divino Hijo y se abismase en El. Hasta ahora toda su vida espiritual se había consumado dentro de la fidelidad a la práctica de la vida mariana, y en esta vida mariana hallaba ella toda su seguridad, por lo que el extraño fenómeno no dejó de infundirle sus temores. No obstante, se resignó en la voluntad de la misma Señora para atestiguarle

(62) **Tratado, Apéndice, cap. 2, pág. 374.**
(63) **Diario, 20-5-1918.**

su cariño, obedeciendo su mandato; pero antes hizo un pacto, que renovaba todos los días, protestando que quería hacer extensivos a la Virgen todos los actos que en adelante hiciese en obsequio del Señor (64). Sabemos que el año de su profesión religiosa, 1892, fué el de su perfecta consagración a la Virgen; desde esta fecha su fidelidad a la práctica de la vida mariana fué constante y absoluta. Mas conseguida ya la identificación del alma con este soberano modelo por la asimilación de sus virtudes a través de tan largo espacio de años, la misma Señora invita ahora a su hija a que inaugure sus relaciones directas con Jesús.

También el opúsculo «La Ovejita de María» se hace eco de este cambio o novedad introducida en su vida espiritual. Está figurado en el capítulo X (65). Véase la marcha de las ideas en este opúsculo que, como dijimos, tiene mucho de autobiográfico: hasta ahora la ocupación de la ovejita ha sido alimentarse del trigo que le proporcionaba María Santísima, trigo que en la tierra virgen de la Humanidad de su Hijo produjera la tercera Persona de la Trinidad y que María elaboró en la tahona de su Corazón (66): es decir, las virtudes y perfecciones de Cristo que María se asimiló y reprodujo, y que Ella propone a la imitación de sus devotos. Mas conseguida ya la reproducción de dichas virtudes por la fiel ovejita, ésta es conducida por su Pastora a Jesús. Se ha realizado la plena identificación del alma con María; y como la vida mariana no es fin, sino medio, se ve ahora coronada por las relaciones directas con Jesús. Y a continuación, en el capítulo siguiente (67), nos describe el opúsculo las heridas de amor con que Jesús inaugura sus relaciones directas con la nueva oveja que le ha presentado su Madre. Veremos, en efecto, cómo en seguida tuvieron lugar.

Mas no se crea en manera alguna que desde esta fecha abandonó Sor Angeles la práctica de la vida mariana, antes bien, como ella dice, la continuó practicando con mayor perfección, si cabe, que en períodos anteriores (68). En realidad no hubo más que una inversión en el orden de sus relaciones: hasta ahora ha hallado al Hijo en la Madre, en adelante será al revés, hallará a la Madre a través de sus relaciones directas con el Hijo. (Cfr. Apéndice Documental núm. 136.) El Tratado silencia en abso-

(64) Vida, IV, 4, pág. 279 y ss.
(65) O. M., pág. 125.
(66) La Ovejita, VIII; O. M., pág. 117.
(67) La Ovejita, XI; O. M., pág. 129.
(68) Vida, IV, 4, pág. 283.

luto esta novedad o cambio en sus relaciones marianas, tal vez porque le pareció un episodio sin importancia, toda vez que el matiz mariano de su vida sobrenatural no sufrió con ello menoscabo alguno.

5. LA DIVINIDAD EN FORMA PACIENTE.—Repetidas veces nos ha dicho antes de ahora que gozaba habitualmente del inefable favor de la presencia de Dios y de la presencia de Jesucristo. Pues bien, este favor que hacía su felicidad, por cuanto le mostraba a su Dios querido, rico, feliz y lleno de gloria, se convirtió ahora en fuente de intenso penar, si bien un penar y sufrimiento todo divino. A mediados de noviembre de 1905 empezó a mostrársele tanto Dios como Jesucristo en forma paciente, triste, apenado, privado de la gloria accidental que reclama de sus criaturas, a causa de los pecados y mala correspondencia de los hombres. Esta vista le produjo tal impresión que desterró de ella toda idea de consuelo y la abismó en un estado de profundo penar. ¡Ella que no vivía sino de la felicidad y gloria de su Dios, ver a Este privado y desposeído de estos bienes por la ingratitud y el desamor de los hombres! Véase en el Apéndice Documental núms. 137 y 138 la descripción de este estado, tomada de las Cartas y de la Vida. También el Tratado consagra un capítulo íntegro a la descripción de él (69). La intensidad de la pena la enajenaba y la sumía en una especie de místico sopor:

"La intensidad de la pena que le produce la dolorosa vision enajena al alma, la cual se queda dormida con mistico sopor y permanece asi por espacio de tres meses..."; "abstraida completamente de las criaturas y absorta en el Amor doliente"; "yace dormida para todo lo que no es amar a su Dios y padecer con El y por El..."

"Asi, pues, rodeada y penetrada de una atmosfera de dolor y tristeza, en este periodo el alma no ve en Dios más que amor y sufrimiento, y en las almas redimidas frialdad y pecados" (70).

Por lo mismo Dios reclama de ella

"fidelidad, la generosa correspondencia, el dolor y la reparacion, y su mediacion para perdonar a los pecadores y salvarlos. Todo se lo da el alma generosamente, cuya fidelidad, amor y celo son más perfectos que nunca; la cual se impone las mas duras privaciones para responder a los requerimientos del Señor, que hiciera de ella su victima de amor" (71).

(69) Tratado, XI, pag. 135 y ss.
(70) Tratado, XI, pág 136.
(71) Tratado, XI, pag. 137.

Hasta los misterios de la vida de Jesús se le mostraban bajo este aspecto paciente o doloroso. Por ejemplo, el Nacimiento

"que antes contemplaba como un acontecimiento jubiloso, hoy lo mira como suprema humillacion para el Verbo Encarnado, por la indiferencia y frialdad con que fue recibido en el mundo por los hombres a quienes venia a salvar, y los dolores y afrentas que le preparaban, cuya historia ve reproducida por las generaciones presentes."

También la Santísima Virgen se le muestra atribulada y paciente

"y entiende que la Señora le entrega su divino Hijo llagado y doliente para que en su nombre lo cuide, cure sus heridas, dulcifique sus penas y resarza los agravios que le infieren los pecadores."

En cuanto a los ángeles y santos, al entrar en este período se ocultan a las miradas del alma como si estuviera de más su intervención.

"Fuera de la Señora, ningun Angel ni Santo le sirve de medio para unirse con Dios, aunque le hubiesen sido muy utiles hasta aquí; pero toda su vida conserva el afecto y la veneración que les profesa y los invoca con frecuencia." (72).

Aquí tenemos señalado por ella misma el momento de su vida espiritual en que cesaron aquellas inefables y familiares relaciones con los santos ángeles, que fueron tan ordinarias y habituales hasta ahora.

6. LAS HERIDAS DE AMOR.—Seguidamente, después de esta revelación de la Divinidad en forma paciente, empezó Dios a comunicársele de una manera completamente nueva, nunca experimentada por ella hasta entonces (al menos en esta forma concreta que vamos a ver ahora). Se trata de las heridas de amor. En cuatro obras distintas nos habla la M. Sorazu de este nuevo tipo de comunicaciones, a saber: en la Vida, las Cartas, el Tratado y el opúsculo «La Ovejita de María». Insertamos en el Apéndice los textos de estas cuatro obras por el mismo orden en que las hemos enumerado (cfr. Ap. Doc. núms. 139, 140, 141 y 142). Aquí, pues, nos limitaremos a describir el fenómeno en cuestión según las características que aparecen en los citados textos y a comprobar que en el mismo se cumple la noción o concepto genérico de las heridas de amor.

(72) Tratado, XI, pág. 140.

Empecemos por notar que la expresión misma «heridas de amor» se halla empleada por Sorazu al final del capítulo del Tratado en que nos describe este fenómeno:

"En este periodo el alma necesita comunicar con su Director con frecuencia. No puede sufrir sola las fuertes imposiciones de la gracia, *las heridas de amor* y otros fenómenos que lo acompañan, por lo que necesita desahogarse, por no llamar la atención de las personas que le rodean con sus gritos y gemidos alarmantes." (73).

Notemos también para la mejor inteligencia del texto correspondiente al opúsculo «La Ovejita», que dicho texto presenta una forma algo diferente de los otros, a tono con el estilo peculiar de este opúsculo, que es de diálogo entre la celestial Pastora y su oveja fiel, o sea, el alma. Además emplea un lenguaje un tanto alegórico y figurado, pero a la luz de los textos precedentes, que son rigurosamente autobiográficos, sus expresiones cobran perfecto sentido y se esclarecen plenamente. Téngase asimismo en cuenta que este texto es comentario a un grabado, y a éste se refieren las alusiones al árbol, a las tres ovejitas, etc. Finalmente, para la más perfecta inteligencia interesa recordar el contexto o la marcha de ideas que desarrolla este opúsculo y que dimos pocas páginas más arriba (74).

Y con esto pasemos a describir en qué consistía el fenómeno. Este se reducía en pocas palabras a lo siguiente: visión súbita de Jesucristo, comprendiendo a las tres Personas divinas de la Santísima Trinidad, el cual se revelaba en el atributo del amor, ocupado en amar desde la eternidad a los hombres. Esta visión tenía lugar en una región que parecía estar situada fuera de ella, pero entiende que existía dentro de su propia alma. En el momento mismo en que se le mostraba esta visión de Dios Humanado, Sor Angeles se sentía como herida en lo más profundo del alma con dardo divino. No veía mano ni dardo que la hiriese, pero experimentaba los mismos efectos que si le atravesasen el alma de parte a parte con una espada. Al mismo tiempo se sentía arder en el infinito y eterno amor en que veía abrasarse a Dios; correspondía con amor intensísimo al divino Amante, ardía en divinos incendios y lloraba y deploraba con extraño tormento la infidelidad e ingrata correspondencia de los hombres al amor infinito de Dios. Este dolor no se refería a pe-

(73) Tratado, XII, pág. 146.
(74) Cfr. supra, pág. 195.

cados particulares propios o ajenos, sino que lloraba en nombre de la humanidad, sintiendo el mismo interés por el alma más desconocida que por la propia, llorando con el mismo dolor los pecados e ingrata correspondencia de todas. El dolor que experimentaba por los pecados de los hombres era verdaderamente insoportable, pero a la vez entrañaba un gozo inefable, un deleite divino, pues se sentía en posesión de Dios y veía saciada su hambre y sed del mismo Dios. Durante todo el tiempo que duraba la comunicación, prorrumpía Sor Angeles en ayes, gemidos y bramidos, que le arrancaba la intensidad del dolor y del placer, mas no perdía el uso de los sentidos. Después, cuando cesaba la comunicación y se cortaba la corriente, quedaba rendida y agotada de fuerzas, sin duda de tanto gemir y bramar, y además con una honda y dolorosa impresión de desamparo y vacío de Dios. La parecía que teniendo capacidad para amar a Dios como veinte, no le amaba ni como uno: es que antes le amaba con los ardores y energías que le prestaba la divina infusión, y ahora se veía reducida otra vez a sus propios recursos.

En las tres ovejas que aparecen en el grabado, del cual es comentario el texto del Ap. Doc. núm. 142, ve retratada Sor Angeles a su propia alma en tres momentos distintos de la divina comunicación. La oveja a la que abraza Jesús representa el momento en que Este la regala con sus corrientes divinas. La que yace en el suelo representa a su alma cuando herida con dardo divino gime y suspira con angustia y placer supremos anhelando conquistar las almas y ganarlas para el divino Amante. La tercera, que escala el regazo de la Virgen, la representa cuando libertada ya de los brazos del divino Amor, acude a María a compartir con Ella los bienes que de la divina comunicación le han redundado.

Como claramente aparece de todos los relatos, se trata de unas infusiones rápidas, breves, pero intensísimas de amor pasivo, místico; infusiones por las que Dios le comunicaba una participación del eterno e infinito amor en que El se abrasa hacia los hombres Abrasada en este divino incendio, correspondía con amor intensísimo y en nombre de toda la humanidad al amor de Dios a los hombres, y deploraba, también en representación de toda la humanidad, el que el Amor no sea amado, sino ultrajado y despreciado de los hijos de Adán.

A la vista tenemos el magistral estudio monográfico de nuestro amigo el P. Eduardo de Santa Teresa, O. C. D., sobre las

heridas de amor (75). Distinguiendo los que considera elementos variables y, por tanto, accidentales a la esencia de este fenómeno —como son, por ejemplo, la visión del serafín que con dardo de oro atravesaba el corazón de Santa Teresa (76), o la estigmatización por la que la herida interior se traduce al exterior en auténticas llagas de carne como en el caso de San Francisco (77)—, reduce lo esencial del presente fenómeno místico a la siguiente definición:

"Heridas de amor son: infusiones rápidas e intensas de amor mistico que, para acelerar el proceso perfectivo, causan en el alma deseos vehementes de Dios, con tonalidad de gozo o de dolor, según se logre o no el objeto del deseo." (78).

Concluye además el citado Padre en su estudio que, según la doctrina de San Juan de la Cruz, las heridas de amor tienen lugar a lo largo de todo el proceso perfectivo místico (79): son la misma contemplación infusa que en determinados momentos o fases de la escala mística adopta esta forma o manera peculiar, como si Dios intensificase repentinamente su acción y su contacto semi-habitual en los senos del alma para causar en ella una explosión amorosa con todas sus secuelas psíquicas (80), y reprocha a los autores y tratadistas el haber anquilosado y como petrificado un concepto esencialmente flúido y flexible al considerar las heridas de amor como un grado determinado, rígido y localizado de la escala mística, siendo así que acontecen a lo largo de todo el proceso perfectivo (81).

Innecesario resulta pararse a demostrar que el precedente fenómeno de la M. Sorazu realiza cumplidamente esta noción o concepto general de las heridas de amor. Infusiones rápidas o intensas de amor místico: eso eran en substancia las precedentes comunicaciones. Su relación con el proceso perfectivo general de la M. Sorazu aparece también de manifiesto si se consideran dichas comunicaciones en relación con lo que constituye la nota central o esencial de la vida mística de Sorazu en toda

(75) P. Eduardo de Santa Teresa del Niño Jesús, C. D., «Las heridas de amor en las obras y en la doctrina de San Juan de la Cruz», tesis doctoral presentada en la Universidad Pontificia de Comillas, 1945-6.

(76) Santa Teresa, Vida, XXIX, 13, pág. 226.

(77) San Buenaventura, Legenda S. Francisci, cap. XIII De Stigmatibus sacris, Quaracchi 1898 (ed. minor), pág. 136.-Escritos de San Francisco y Biografías de su época. ed. B. A. C., pág. 614.

(78) O. c., pág. 234.

(79) O. c., pág. 237.

(80) O. c., pág. 241.

(81) O. c., pág. 257.

esta parte de su vida. Como muchas veces venimos repitiendo, la nota central que define o caracteriza la vida espiritual de la M. Sorazu en toda esta etapa que llamamos la Vía Iluminativa, es la contemplación mística de los misterios de Cristo. Mas en el presente período esta contemplación adopta un aspecto peculiar y nuevo, que representa una notable evolución o progreso respecto del estado anterior, a saber, el contemplar dichos misterios como la manifestación del amor infinito y eterno de Dios (no ya de Jesús sólo) hacia los hombres. Pues bien, tanto el estado anterior (la revelación de Dios en forma paciente), como las presentes heridas de amor están en manifiesta relación con esta característica propia del actual momento místico de nuestra autora. En el estado anterior, la tristeza de Dios, producida por la ingrata correspondencia de los hombres a su amor eterno, la sumía en una especie de sopor o profundo penar. Ahora, como si Dios quisiera provocar toda una explosión o llevar a su colmo o máximo grado la revelación de su amor infinito que reclama correspondencia por nuestra parte, se le aparece de nuevo en este mismo atributo y la comunica secretamente unas corrientes invisibles que la hacen arder misteriosamente y corresponder al infinito amor de Dios en nombre de todo el género humano, cuya ingrata correspondencia deplora también en representación de todos.

Respecto a la existencia de las heridas de amor a lo largo de todo el proceso perfectivo místico, ciertamente es preciso reconocer que en esta forma tan sensible y violenta no han hecho su aparición hasta ahora en la vida mística de la M. Sorazu. Ella misma expresamente afirma que fué una forma de comunicaciones completamente nueva y desconocida hasta entonces. Y sólo tuvieron lugar en un período bien delimitado y acotado, de enero a agosto de 1906 y en los primeros meses de 1907. Mas esto no quiere decir que antes no haya podido tener también comunicaciones que entran de lleno dentro del concepto o noción de «heridas de amor» antes expresado y que por no haber revestido esta forma tan llamativa, ella no las haya registrado. En cuanto a lo que queda por ver de su vida, ciertamente volveremos a hallar comunicaciones que son verdaderas heridas de amor, aunque ella no las llame así ni tengan la forma y caracteres típicos de las que acabamos de ver ahora.

7. EXTRAÑA EN LA TIERRA DE LA PURA DIVINIDAD.—En junio de 1906 hizo Sor Angeles Ejercicios, dirigiéndolos su Padre

espiritual, el cual le ordenó que el día primero y segundo meditase sobre el Ser de Dios. Sintió mucho ella esta orden, persuadida de que perdería el tiempo, por no tener gracia para contemplar la pura Divinidad. En efecto, hasta el presente el objeto de toda sus contemplaciones ha versado sobre los misterios y episodios de la vida del Verbo Humanado. Aquí ella se sentía como en su centro y elemento propio. En cambio, la pura Divinidad se le hacía extraña, le infundía una especie de temor; mas Jesús se le apareció, diciéndole que el Dios que rehusaba contemplar no era otro que El, y que no temiese. Esta noticia o visión la consoló mucho y produjo en ella el mismísimo efecto que experimentaría uno que viéndose solo en medio de una nación extraña y entre gente desconocida, encontrase de pronto un fiel amigo, íntimo conocido suyo, el cual le dijera que él es el amo que manda en aquella tierra que él conceptuaba extraña. (Cfr. Apéndice Documental núm. 143.)

¡Preciosa noticia y profundamente verdadera ésta por la que se le mostró Jesús como amo y dueño que manda en la tierra de la Divinidad, en la cual ella se consideraba extraña y rodeada de peligros! ¡Cuán bien comprendió y experimentó Sor Angeles que la Humanidad de Jesús es para nosotros el mismo Dios sensibilizado, puesto a nuestro alcance! No necesitamos buscar un Dios según las abstracciones de la Filosofía ni especular en abstracto sobre las perfecciones divinas. En Jesús tenemos a Dios en forma concreta, tangible, humana. Sus inefables virtudes no son sino la traducción en forma humana, aprehendible por nosotros, de las infinitas perfecciones de Dios. La adhesión inviolable a Jesús, Verbo Encarnado, veremos que constituye el rasgo más típicamente específico y característico de la espiritualidad de la M. Sorazu.

8. La bienaventuranza de Dios y la gloria del Verbo Encarnado.—En los estados anteriores hemos visto padecer mucho a Sor Angeles: primero, porque se le mostró Dios triste, apenado, privado de la gloria accidental que sus criaturas racionales rehusan darle, y después por la evidencia de la ingrata correspondencia de los hombres al amor infinito que Dios siente hacia ellos. Mas ahora, como si Dios quisiera consolarla de las sobredichas penas, empezó a regalarla con inefables noticias acerca de su gloria y felicidad intrínseca y del amor y caricias de que es objeto el Verbo en el seno del Padre. Así como para Sor Angeles no existía otra causa de dolor que el ver que Dios no

fuese amado, glorificado y reconocido en sus derechos, tampoco conocía ella otro motivo de gozo que el ver a su Dios feliz o el contemplar al Verbo Encarnado, objeto de todos sus amores, lleno de gloria y recibiendo las caricias de su eterno Padre, de los ángeles y bienaventurados. (Cfr. Ap. Doc. núm. 144.)

Véase los términos en que nos refiere en la Vida el gozo que le produjo semejante revelación:

"No es posible expresar los efectos que produjo en mi alma la noticia que recibí en orden a la vida divina del Verbo en el seno del Padre y lo que *gocé viéndole amado y honrado infinitamente como se merece* de Dios Padre y Dios Espíritu Santo." (82).

9. SEMANA SANTA DE 1907. — En esta disposición y feliz estado de ánimo se hallaba cuando llegó la Semana Santa de 1907. Calcúlese la dolorosísima impresión que había de producir a esta alma que acababa de contemplar la gloria y felicidad del Verbo en el seno del Padre el verle sometido a tan indignos tratamientos y a las ignominias de la Pasión. De tal modo se apoderó de ella el más vivo sentimiento y dolor por los sufrimientos de Jesús, que no podía admitir consuelo alguno ni descansar mientras no anulase dichos sufrimientos, haciendo el imposible de que Jesús no los hubiera padecido. Llegó el Domingo de Resurrección, y Sor Angeles no podía desprenderse de la compañía de su Dios Paciente. En vista de su quebranto de fuerzas y de salud, que el director atribuyó a la contemplación de la Pasión, le prohibió ocuparse de este tema, mandándole que se engolfara en los misterios de su vida gloriosa. Mas he aquí que semejante mandato la puso en un estado violentísimo, pues no podía cambiar de impresiones y para ella era un suplicio horrible el arrancarle de ese modo el objeto de su amor. (Cfr. Ap. Doc. núm. 145.)

Para aminorar su sentimiento, decíale el director que la Santa Humanidad, y más en carne mortal, era un vestido viejo que había tomado el Verbo para redimir al género humano; pero cuanto más se empeñaba el Padre, tanto mayor amor sentía ella.

"Al modo de una madre a quien han quitado el esposo, enajenada y como fuera de mí por el exceso del dolor, andaba por el convento, huerta y claustros, buscando o no sé qué el objeto doloroso que me había arrebatado la obediencia" (83).

---

(82) Vida, IV, 10, pág. 316.
(83) Cartas, 3-1-1912.

También el Tratado se hace eco de estos episodios (84).

Este hecho nos debe enseñar la prudencia y circunspección con que han de proceder los directores en casos semejantes, pues muchas veces no están tales almas en condiciones de cumplir obediencias de esta clase sin padecer una horrible violencia psicológica, sumamente perjudicial para su salud.

10. INVITACIÓN AL MATRIMONIO ESPIRITUAL.—Por fin, en la cuarta o quinta semana después de Pascua, y ante la negativa rotunda del director, se conformó o resignó a sus mandatos.

"Cuando me retiré del Director y entré en el coro, aprendí a Dios Uno y Trino presente, quien me recibio con inefable agrado y me requirio para unión más intima con su Trina Unidad y un trato más familiar con las tres divinas Personas. Dijome el Señor que me apropiara los textos del Cantar de los Cantares que se refieren a la esposa y los que se refieren al esposo los recogiera de sus divinos labios, pues el Dios Uno y Trino era mi Esposo y lo sería en grado más alto y divino si respondia a su llamamiento." (85)

He aquí la primera invitación y promesa del matrimonio espiritual, al cual será elevada Sor Angeles en junio de 1911; pero antes de que llegue ese venturoso día, tiene que atravesar aún un largo y penosísimo período purificativo de cuatro años (1907-1911). Tanto en la Vida como en el Tratado consigna ella su perplejidad y sorpresa cuando a los pocos días de esta amorosa invitación, en vez de nuevos favores y regalos que parece eran de esperar, se vió de repente sumida en el desamparo y la tribulación (86).

Este período purificativo que va a seguir y que nosotros estudiamos en el capítulo siguiente, ofrece el más vivo contraste con el período que acabamos de ver, o sea, el segundo trienio del cargo de Abadesa comparado con el primero. El primer trienio (1904-1907) ha estado caracterizado por la mayor intimidad con Dios. Sor Angeles se ha visto continuamente regalada con los más inefables favores y comunicaciones divinas; ha gozado y padecido intensísimamente por efecto de las mismas comunicaciones, pero los mismos padecimientos eran divinos y en ellos hallaba una suerte de descanso. Además, en todo este tiempo no se ha visto molestada por sus características ansiedades e inquietudes de conciencia. En cambio, en el período que va a seguir,

(84) Tratado, XII, pág. 144 y ss.
(85) Vida, IV, 10, pág. 322.
(86) Vida, IV, 10, pág. 322; Tratado, XIII, pág. 148.

estos remordimientos e inquietudes constituirán su principal tormento y padecimiento (junto con la acción secreta de la luz purgativa), padecimiento, como se ve, de muy distinta índole y procedencia que los que ha sufrido en el presente período.

11. ASALTOS DE LA GRACIA Y VOTOS DE SOR ANGELES.—Antes de cerrar el presente capítulo vamos a considerar en este lugar un texto sumamente interesante de las Cartas, en que Sor Angeles levanta el velo y aun nos proporciona la clave para explicar este caso sumamente singular que constituye su vida mística. Por otra parte, no nos dice cosa absolutamente nueva, sino que viene a coincidir con lo que ya conocemos por otros lugares de sus obras. El texto se refiere a toda su vida anterior a 1911, pero hemos creído ser éste lugar apropiado para tratarlo. Como en una de sus cartas al P. Mariano aludiese Sor Angeles a ciertos votos que ella había hecho, el P. Mariano le mandó que le diera cuenta y razón de todos estos votos. Contestóle la M. Angeles diciendo que eran tantos los votos hechos por ella, que no le era posible recordarlos todos e individualizarlos. Y le expresa la razón o motivo por el que acostumbraba a formular tantos votos. Durante toda su vida ha experimentado en sí este extraño fenómeno: de cuándo en cuándo se le imponía Dios o la gracia, arrastrándole hacia el súmum de la santidad y obligándole a practicar obras heroicas. En los momentos en que le asistía la gracia podía practicar tales obras, pero no después, cuando ésta la había abandonado. Mas ella, creyéndose moralmente obligada a tales obras heroicas, se obligaba a las mismas con voto, incluso bajo pecado y aun bajo pena de condenación eterna, y el ver que no las podía cumplir era para ella una fuente continua de torturas y remordimientos. Todos los votos que hacía se referían, pues, a practicar actos heroicos y los hacía respondiendo a ese espíritu extraño que la arrastraba y se empeñaba en elevarla a una santidad altísima, extraordinaria. (Cfr. Ap. Doc. núm. 146.)

Ante todo, conviene advertir el error de juicio o de criterio que padecía Sor Angeles respecto a la obligación de dichos votos, error que debía corregir la dirección y no quiso corregir directamente Dios; ni ella entendió cuando indirectamente se lo corregía en cada manifestación y comunicación tranquilizadora y de perdón. Mas ¿qué eran aquellos ímpetus o asaltos de la gracia que se le imponían a Sor Angeles con tanta frecuencia, impulsándole a practicar actos heroicos? Es claro que no se trata aquí de meras inspiraciones o impulsos de orden común, sino de unas

imposiciones de la gracia de orden enteramente extraordinario, por las que literalmente se sentía arrastrada, llevada y empujada a practicar dichos actos heroicos. Mientras duraba la influencia de esta gracia pasiva, podía ella practicarlos, pero después no, pues le faltaba fuerza para ello y la pedía al Señor para continuar en esta vida heroica. Muy bien se daba cuenta Sor Angeles (y lo expresa en este texto) de que ella era guiada y conducida por un espíritu enteramente distinto del que animaba a las demás religiosas que convivían con ella, que sus aspiraciones y pensamientos eran totalmente distintos y contrarios de los demás, hasta el punto de que los ocultaba porque le daba vergüenza manifestarlos. En suma, se daba perfecta cuenta de que ella era llevada por un camino enteramente excepcional; y esto casi a pesar suyo, como lo viene a confesar, no sin gracia, con aquella frase: «Dios Nuestro Señor parece que ha andado no sé de qué manera conmigo»...

CAPITULO IX

PERIODO PURIFICATIVO O "DE LA DIVINA TINIEBLA"

(Junio 1907—junio 1911)

"Cuando me confié a la dirección del P. Mariano era yo la incertidumbre y mutación personificadas, dudaba de todo, menos de la existencia y bondad de Dios, y no permanecía en un mismo estado de alma veinticuatro horas seguidas. Mi alma parecía el cielo en días de primavera u otoño, que tan pronto está claro como nublado y muchas veces pareciame que caminaba por una vía llena de tinieblas, pues cuando más descuidada estaba gozando de clarísima luz en mis relaciones familiares con Dios, me veía sumergida en un abismo de tinieblas que parecía no tener fondo, de donde salía a otra región mas clara y deleitable que la que le precedió, cuando menos lo pensaba y sin diligencias humanas. Cuando me veía en estos estados de luz y consolación, mi alma quería desbordarse de puro contento, amorosa y reconocida, y desahogar su gozo en alegres cánticos, pero procuraba contenerle, porque entendía y veía claro que aún no había arribado a la playa, que continuaba mi navegación y que no tardaría en desarrollarse una nueva tempestad en aquel cielo tan limpio de nubes y donde brillaba tan claro el Sol de Justicia, y no me equivocaba."

(Vida V, 1.)

El espacio de tiempo que abarca el presente capítulo representa en la vida de Sor Angeles un período purificativo o de purgación mística, de perfiles bien distintos y caracterizados. El fin a que se ordena dicha purgación mística es evidentemente hacer expiar a Sor Angeles las infidelidades, resistencias y demás faltas e imperfecciones cometidas desde 1895 para acá, o sea, desde la anterior noche del espíritu, que quedó descrita en el capítulo V. De este modo, por medio de esta dolorosa prueba, prolongada durante cuatro años exactos, acabará su alma de puri-

ficarse y adaptarse de próximo para el definitivo y supremo estado de matrimonio espiritual.

Como causa eficiente y directa del nuevo estado purificativo, volveremos a encontrar en el fondo de la presente prueba el mismo fenómeno típico de la luz purgativa, que ya vimos en la anterior noche; mas a la luz purgativa se agregan también otras causas diversas de sufrimientos, como son las propias cavilaciones y ansiedades de conciencia, sufrimientos provinientes de la dirección, etc., contribuyendo todas de consuno a elevar la intensidad de la prueba dolorosa. La designación «período de la divina tiniebla» con que titulamos el presente capítulo, es empleada por la misma autora en el Tratado (87).

Hemos afirmado que este estado purificativo se ordenaba a la expiación de las faltas cometidas después de la fecha antes indicada, pues las anteriores habían sido perfectamente expiadas en la primera noche del espíritu. Dedúcese esto de varios lugares en que ella misma lo afirma, precisamente en las cartas que escribía a su director en esta misma época, cuando padecía la influencia de la luz purificadora. Véanse dos referencias:

"...he repetido bastantes confesiones generales de los pecados que a mi más me remuerden, que son los que he cometido *desde hace dieciséis años*, que los anteriores ya no existen ni siquiera en sombra para afligirme con su vista y recuerdo." (88).

"Y digo me saque de él —del estado de pecado—, porque no he salido todavía, pues aparte de hallarme aun cubierta con los harapos de todos los pecados e iniquidades que he cometido en mi vida, *sobre todo desde los veintiún años* hasta aquí, continuo siendo tan pecadora como siempre." (89).

Pero además de este fin indicado, perseguía también esta segunda noche otra finalidad. Como varias veces hemos tenido ocasión de comprobar, Sor Angeles tenía aún ciertas flaquezas e imperfecciones del natural que se manifestaban con ocasión de las divinas comunicaciones (el incapacitarse para las obras exteriores, etc.). Estas imperfecciones, que no habían sido suprimidas por la anterior noche del espíritu, debían desaparecer ahora antes del matrimonio espiritual. He aquí tal vez la causa principal por la que Sor Angeles debía pasar por una segunda noche del espíritu, que completara la obra de la primera.

(87) Tratado, XV, pág. 165.
(88) Cartas, 3-10-1910, t. I, pág. 114.
(89) Cartas, 4-8-1910, t. I, pág. 51.

Dividimos el capítulo en dos artículos: el primero alcanza hasta que la M. Sorazu se confió a la dirección del P. Mariano (1907-1910); el segundo estudia el primer año de dirección del mismo P. Mariano (1910-1911).

ARTÍCULO I

Vida mística de Sor Angeles hasta julio de 1910

1. SUSTRACCIÓN DE FAVORES DIVINOS.—2. PIERDE LA CONFIANZA EN SU DIRECTOR.—3. INTERCEDIENDO A FAVOR DEL MUNDO PECADOR.—4. LA CLARIDAD TENEBROSA.—5. EL FENÓMENO MÍSTICO DEL DESDOBLAMIENTO DEL ALMA.—6. EL AFECTO DE COMPLACENCIA.—7. UN DESAHOGO.—8. JUICIO SOBRE EL SEGUNDO DIRECTOR DE LA M. ANGELES

1. SUSTRACCIÓN DE FAVORES DIVINOS.—Cuando Sor Angeles se confiara a la dirección del M. R. P. Andrés de Ocerin-Jáuregui (su primer director), entendió que el fin que se proponía Dios al señalarle tal director era remediar por este medio cierta necesidad que padecía una dirigida de este Padre, a saber, la M. Esperanza, de las Clarisas de Lerma (90). Otro día entendió que esta religiosa estaba padeciendo extraordinarios trabajos y ella se ofreció a padecerlos en su lugar; Jesús otorgó la súplica, pero difirió para más adelante el enviarle los trabajos solicitados, pues entonces la quería gozando (91). Esto ocurría en 1904. Fué ahora, en el período que nos toca estudiar, cuando cree que Dios le concedió los trabajos que entonces solicitara, pues ve muchos rasgos de semejanza entre los trabajos de dicha religiosa y los que ella padeció en el presente período (92).

El período de prueba empezó por la sustracción de las comunicaciones y favores divinos que hasta ahora fueran tan frecuentes.

"Habiendo vivido tres años, poco más, rebosando delicias espirituales, favorecida de Dios y de la Santísima Virgen, en el mes de junio de 1907, de repente, sin entender la razón, me vi privada de los divinos favores, pobre,

(90) Vida, III, 23, pág. 255.
(91) Vida, IV, 3, pág. 274.
(92) Vida, IV, 3, pág. 276.

desolada y triste, en un estado de alma comun y ordinario, suelta de aquella union y abrazo intimo que me hacia vivir en Dios y de su vida divina". "No me faltaba fervor ni entusiasmo por las cosas de Dios, ni el recogimiento y luces necesarias para hacer bien la oracion y descansar en el trato y comunicacion con Dios y con su Unigénito Humanado y con la Virgen Santisima como habia descansado siempre. Pero acostumbrada a ver a Dios propicio a favorecerme y salirme al encuentro en todos mis pasos rebosando amor y gracias; ver que se hacia el mudo, que no daba señales de vida, ni que mostraba ningun deseo de que le acompañase y menos de favorecerme, era muy sensible y doloroso para mi alma; era una especie de muerte y privacion de todo bien (93).

Aturdida por el inesperado suceso, pronto se atrajo ella misma otra causa de sufrimientos, que fueron los más amargos y dolorosos de este período, a saber, las propias cavilaciones, ansiedades e inquietudes, pensando que el retiro de las gracias de Dios obedecía a algún pecado suyo o a mal estado de su conciencia (94).

"Esta incertidumbre —de si estaba o no en gracia de Dios— fué el mayor de todos los trabajos que padecí en adelante por espacio de tres años, y el más habitual, y fué elevándose a grado más intenso a medida que pasaba el tiempo, se multiplicaban mis sufrimientos y avanzaba en el camino de la perfeccion." (95).

A los sufrimientos ocasionados por la ausencia de Dios y la incertidumbre acerca del estado de su alma, agregóse el mandato del director de que continuase escribiendo la «Historia del amor eterno». Hacia el final del período pasado comenzó Sor Angeles a escribir esta obra por mandato de su director (96). Su tema o asunto consistía en narrar la historia del Verbo Encarnado en todas sus diversas fases o estados, empezando por la generación eterna en el seno del Padre, pasando por la Encarnación, Redención, etc., y terminando en su vida gloriosa del cielo; y todo bajo el aspecto del amor eterno de Dios al hombre, que en estos misterios tan soberanamente resplandece. Como se ve, el tema está en perfecta consonancia con la modalidad contemplativa que tan vivamente gustó Sor Angeles en el período descrito en el capítulo pasado. Por lo mismo, entonces le era relativamente fácil escribir, pues no tenía que hacer más que trasladar al papel las impresiones e ideas que en sus contemplaciones aprehendiera. Mas ahora, después de la crisis que

(93) Vida, IV, 11, págs. 324-5.
(94) Vida, IV, 11, pág. 324; Tratado, XIII, pág. 148.
(95) Vida, IV, 11, pág. 326.
(96) Cfr. Vida, IV, 8, pág. 307.

se había iniciado en sus relaciones divinas, se sentía completamente estéril e incapaz para proseguir su trabajo. Secado el manantial o la fuente de donde ella bebía sus ideas, se encontraba sin saber qué decir o qué escribir. Además, el estado de paz y felicidad espiritual había sido sustituído por otro de angustias y zozobras, en el que se hacía poco menos que imposible la prosecución de la labor literaria. Finalmente, le parecía que con dedicarse a escribir desagradaba a Dios, y se veía colocada en un doloroso conflicto entre lo que su conciencia rechazaba como pecado y el precepto formal de su director.

"Este mandato abrió en mi alma una fuente de sufrimientos, temores e inquietudes, porque desobedecer al director no podía, y escribir tampoco podía (al menos con facilidad), ni me atrevía, pensando que no era voluntad de Dios y que le podía ofender con este acto de obediencia." (97).

A estos sufrimientos hay que agregar los ocasionados directamente por el demonio. Ya en el período anterior sintió alguna vez su presencia (98). Mas ahora que Sor Angeles era víctima de sus propias cavilaciones y escrúpulos, redobló sus esfuerzos para inducirla a desesperación, tentación a la que, como vimos, era bastante propensa. (Cfr. Ap. Doc. núms. 147 y 148.)

Como se ve por estos pasajes del Apéndice, el demonio la hacía ver el pecado horrendo que cometía con dedicarse a escribir, aunque lo hacía por obediencia ; y como ella de por sí era inclinada a sentir lo mismo, pues detestaba el escribir como impropio de su estado y condición, se veía reducida a un estado sumamente angustioso y desesperante.

En medio de la deshecha tempestad, abrazóse Sor Angeles generosamente con la cruz y se ofreció a padecer sin alivio alguno el resto de su vida, aceptando incluso la muerte más penosa si fuese ésta la voluntad de Dios, por amor al mismo Dios Humanado, cuya vida y muerte anhelaba reproducir en la suya (99). Mas Sor Angeles no pensaba que sus actuales sufrimientos fuesen la respuesta de Dios a las ardientes súplicas con que ella misma había solicitado participar los sufrimientos del Salvador. Si lo hubiera sospechado, su tribulación hubiera sido más llevadera, incluso hubiera dejado de ser tal. Pero ella miraba aquellos sufrimientos «como castigo de Dios o prueba evidente

(97) Vida, IV, 11, pág. 326.
(98) Cfr. Vida, IV, 7, pág. 305.
(99) Vida, IV, 11, pág. 325'

del mal estado de su conciencia» (100), y esto fué lo que los hizo tan penosos, pues creía haber perdido el estado de gracia y amistad con Dios. Creencia que no tenía ningún fundamento sólido sin duda, pero ya hemos dicho cómo Sor Angeles era de suyo muy propensa a tales dudas y aprensiones. Y como fácilmente se deja comprender, no podía haber tormento mayor para un alma tan enamorada y amante de Dios hasta el delirio.

Mas sus sufrimientos tenían también especial carácter de propiciación por los pecados del mundo, como se desprende de una visión que tuvo en septiembre de 1907, en la que Jesús reclamaba sus oficios de víctima y medianera para perdonar al mundo pecador, visión que refiere tanto en el Tratado como en la Vida (101). En el Apéndice insertamos el relato de esta visión tal como se cuenta en la Vida. (Cfr. Ap. Doc. núm. 149.)

De momento, esta visión de Dios Humanado no dejó de consolarla por cuanto calmó sus dudas y aprensiones acerca del mal estado de su conciencia y le hizo ver que padecía como víctima escogida por Dios; pero muy pronto volvieron éstas a revivir de nuevo. (Cfr. Ap. Doc. núm. 150.)

El recurso a Jesús Sacramentado era su devoción favorita en medio de tales y tantos trabajos. A El confiaba sus penas y derramaba su alma toda entera (102).

2. PIERDE LA CONFIANZA EN SU DIRECTOR.—A las causas de sufrimiento arriba indicadas, agregóse en octubre de 1907 un nuevo motivo, que fué, sin duda, el que más contribuyó a agravar su situación y a que durante tres años padeciera Sor Angeles lo indecible, abandonada a sus propias cavilaciones: fué que cuando más lo necesitaba, no pudo contar con el director. En efecto, el 15 de octubre de 1907, el Excmo. Sr. Arzobispo de Valladolid visitó a las religiosas de la Concepción y oyó en confesión a todas ellas. Enterado de que la M. Angeles se dirigía con el Sr. Deán, le dijo que no estaba conforme con la dirección que éste solía dar a las almas, que no hiciera nada de lo que él le mandara sin consultarlo antes con Dios en la oración, y, en fin, que buscase otro director, y hasta tanto que lo encontrara, siguiese con el mismo, sin revelarle esta confiden-

(100) Tratado, XIII, pág. 149.
(101) Tratado, XIII, pág. 151.
(102) Tratado, XIII, pág. 153.

cia (103). La M. Angeles veía a Dios en los Prelados, y todas sus indicaciones eran para ella verdaderos mandatos. Calcúlese, pues, la tristísima situación en que se vió sumida por efecto de este consejo, pues con él quedaba reducida a la más absoluta orfandad y a merced de sus infinitos escrúpulos y cavilaciones, ya que desde ahora no podía fiarse ni asentir al criterio de su director, en el cual había descansado siempre, y por otra parte no le era fácil procurarse otro. En realidad, como más adelante veremos, tenía el Sr. Deán defectos bastante graves como director de almas. Por tanto, el Sr. Arzobispo tenía sus razones para dar este consejo a la M. Angeles ; pero no teniendo ésta por entonces facilidad para dirigirse con otro, dicho consejo vino a agravar en extremo su situación. O digamos más bien, mirando las cosas desde más arriba, que fué Dios mismo el que haciendo converger los actos de sus criaturas para sus designios, permitió y dispuso estos sucesos para levantar a la M. Angeles con esta dolorosa y prolongada prueba al elevado estado de pureza en que la quería antes de que recibiese los espléndidos dones del matrimonio espiritual para los que la iba preparando. Como el Sr. Deán continuaba siendo confesor ordinario de la Comunidad, la M. Angeles buscaba dirección en los extraordinarios, pero sin resultado positivo, pues devorada por la incertidumbre acerca de su propio espíritu, no se aquietaba con ninguno y se persuadía que engañaba a cuantos confesores trataba (104).

3. INTERCEDIENDO A FAVOR DEL MUNDO PECADOR.—Esta incertidumbre acerca del estado de su alma fué la más amarga prueba que sufrió desde octubre de 1907 hasta julio de 1910, fecha en que el Señor le deparó un nuevo director, el P. Mariano. Mas en todo este período, y a pesar de que ella se creía en pecado mortal y del número de los réprobos, como dice (105), no deja de formar un verdadero contraste con estas afirmaciones el ver cómo se afanaba por cumplir su oficio de medianera y se ofrecía como víctima a favor del mundo pecador, prueba inequívoca de que dichas aprensiones no eran verdaderas convicciones íntimas, sino ideas metidas violentamente por el maligno, y aunque la hacían sufrir horrorosamente, ella se comportaba como

(103) Cfr. Vida, IV, 14, pág. 350 y nota. Cfr. Notas inéditas del P. Mariano a la Autobiografía.-Vida, IV, 12, pág. 330.-Cartas, 4-8-1910, t. I, pág. 48 y 24-8-1910, id. ibid, pág. 75.

(104) Vida, IV, 12, pág. 330.

(105) Tratado, XIII, págs. 153-4.

si supiese el valor propiciatorio de aquellos sufrimientos suyos y el mérito excepcional que tenía su oración ante el Señor (106).

En dos páginas incomparables de la Vida nos describe las amorosas y filiales relaciones que por este tiempo mantenía con el dulcísimo atributo de la divina Misericordia, y sus porfías con la Justicia, a fin de que ésta fuese benigna con los pecadores hijos de Adán. Abrazábase con Dios en este atributo de su Misericordia y regalábase con El en concepto de hija, cual se regala una hija cariñosa con su amorosa madre. Decíale que en sus brazos había venido a la existencia y en ellos deseaba descansar eternamente; le exponía la triste situación de los pobres hijos de Adán y le urgía a que cumpliese con su deber de favorecer a éstos, defendiéndolos contra las exigencias de la inexorable Justicia, etc. Dirigíase después a la misma Justicia, adoraba y acataba su infinita excelencia, mas le rogaba no obrase sin ponerse de acuerdo con la Misericordia, ofrecíase a ella en calidad de víctima propiciatoria en unión de la Santa Humanidad del Verbo y de la Santísima Virgen. (Cfr. Apéndice Documental núm. 151.)

En otra parte hicimos notar las relaciones de especial afinidad que parece tener la M. Sorazu con la naturaleza angélica por la excepcional espiritualidad de sus facultades intelectuales. Por el contrario, en estas dos hermosísimas páginas de la Vida, a que aquí nos referimos, ¡cuán profundamente humana se nos revela por sus sentimientos! ¡Cuán bien comprendió y sintió la necesidad que ella y todos los hijos de Adán tenemos de acogernos al dulcísimo atributo de la Misericordia divina! Más aún, con frase hondamente verdadera nos dice que en sus brazos vino a la existencia y en sus brazos quería vivir y morir. Y a la verdad, si buscamos la razón última profunda por la que Dios creó al hombre y permitió, al poco tiempo de haberlo creado, su caída, con toda la secuela de males inmensos que esto suponía, con todo ese cúmulo de catástrofes y tragedias que desde entonces acompañan su existencia y constituyen la historia de la pobre humanidad a través de los siglos, no parece pueda hallarse otra razón más adecuada que la de dar ocasión a que sobre todos los otros atributos brillase de manera especial este de la Misericordia (Misericordia ejus super omnia opera ejus). Somos, pues, hijos de la Misericordia de Dios, como dice Sorazu, predestinados en la mente de Dios para que por nos-

(106) Tratado, XIII, págs. 153-4.

otros brillase un atributo que sin la existencia del hombre pecador y caído hubiese estado ociosa y sin ejercicio.

Por lo demás, en todo el período de prueba que se extiende desde octubre de 1907 a julio de 1910 fué Sor Angeles muy favorecida de Dios, casi habitualmente (107). Jesús cumplió la palabra que le diera el 18 de marzo de 1902, cuando le prometió que ya no la desampararía más. Siempre se le mostraba afable, cariñoso, propicio a favorecerla. Asimismo la Santísima Virgen la visitó también algunas veces (108). Estas muestras del favor de Dios de momento la tranquilizaban, pero pronto retornaba a sus habituales dudas y ansiedades. Uno de los favores más insignes que con frecuencia recibía era un misterioso descenso de Dios hasta ella: Dios tomaba y ponía su alma en contacto con su infinito y divino Ser y le hacía como beber su vida divina y saciar su hambre y sed del mismo Dios. Tanto en la Vida como en el Tratado consigna este favor tan misterioso como inefable. (Cfr. Ap. Doc. núms. 152 y 153.)

En mayo de 1908 padeció una grave enfermedad. Los fines e intenciones por los que ofreció sus agudísimos dolores no podían ser más puros y generosos, a saber, en agradecimiento a Dios Padre de los infinitos tesoros que desde toda la eternidad comunica al Verbo en su divina y eterna generación, de los que comunicó a su Santa Humanidad en la Encarnación y de los dones y privilegios que la Beatísima Trinidad concediera a la Virgen María. A su vez, tanto Dios Padre como sus dos soberanos amores, Jesús y María, se sentían como obligados a consolarla y favorecerla, visitándola de cuándo en cuándo en el lecho del dolor. (Cfr. Ap. Doc. núm. 154.)

4. La claridad tenebrosa.—Hasta aquí nada hemos dicho aún acerca de la causa más profunda e íntima que motivaba aquel estado de continuo desasosiego y remordimiento de Sor Angeles, a saber, la luz purgativa. Su presencia aparece manifiesta en un pasaje del Tratado, que insertamos en el Apéndice Documental núm. 155. En él se nos habla, en efecto, de una luz infusa que revelaba a Sor Angeles los divinos atributos, especialmente la Santidad y Justicia de Dios. Ella se sentía cautivada y se moría de amores por estos divinos atributos, que aquella luz le mostraba en toda su soberana hermosura. Pero

(107) Vida, IV, 12, pág. 330.
(108) Tratado, XIII, pág. 150; Vida, IV, 11, pág. 326.

con la misma viveza y relieve le ponía esta luz ante los ojos del alma lo que había en ella contrario a dichos atributos. De aquí el sentirse impura, y esa necesidad nunca satisfecha de purificarse y justificarse. Por esto multiplicaba sus confesiones, ya en privado ya en el tribunal de la Penitencia, pero en vano, pues no acababa de salir de su aprehendida impureza.

Nos hallamos, evidentemente, ante el mismo fenómeno místico de la luz purgativa, que experimentara Sor Angeles en la otra noche, o sea, en «el Purgatorio de la vida espiritual» ; sólo que entonces Dios la oprimía con su presencia, aparecía hostil o indiferente hacia ella, al paso que ahora se le mostraba afabilísimo y propicio a favorecerla. También en la Vida hallamos referencias bastante significativas acerca de la luz purgativa:

"Además estaba enamorada de los atributos de la Justicia y Santidad divina y anhelaba con ardor identificarme con Dios en estos divinos atributos, y cuanto quisiera transformarme en la pureza, justicia y santidad de Dios, y sentia una sed insaciable de la divina Gracia, creerme en pecado mortal, en el mal estado de alma, era el acabose del sufrimiento." (109).

"El secreto del contraste que presenta el alma en este periodo es que Dios se comunica a ella como influencia gloriosa y dolorosa en tiniebla divina o claridad que la envuelve y penetra." (110).

El precedente texto del Tratado (Ap. Doc. núm. 155) nos ha hecho conocer esa necesidad nunca satisfecha que sentía Sor Angeles de multiplicar sus confesiones, ya en el tribunal de la Penitencia, ya directamente con el mismo Dios, en su afán por verse libre de esa naturaleza de pecado con la que se veía identificada. En la Vida nos describe el modo concreto cómo practicaba estas confesiones privadas con Dios. (Cfr. Apéndice Documental núm. 156.)

A pesar de tantas diligencias, su espíritu no se aquietaba.

"Llegué a ser la incertidumbre personificada; y no hallaba paz y seguridad en ningún aserto propio ni ajeno, ni en lo que me insinuaba el mismo Dios." (111).

5. El fenómeno místico del desdoblamiento del alma. ¡Contraste singular! A renglón seguido de habernos contado tantas amarguras y sufrimientos interiores por creerse en desgracia de Dios, estampa la frase siguiente:

(109) Vida, IV, 14, págs. 348-9.
(110) Vida, IV, 14, pág. 354.
(111) Vida, IV, 14, pág. 348.

"En este período ve el alma todas las cosas en Dios y a Dios en todas *las cosas visibles, hasta en los cantos de la huerta y las tejas del tejado.* Todo, absolutamente todo, se presenta a sus ojos impregnado de Dios." (112).

Más explícita es aún la Vida, al afirmar que gozaba en grado subidísimo del regalado favor de la presencia de Dios. Este se le mostraba afabilísimo, y en su trato experimentaba Sor Angeles delicias verdaderamente inefables. Y sin embargo, y al mismo tiempo, padecía las penas más crueles, sufrimientos indecibles, pensando que estaba en pecado mortal, y no viendo modo de salir de su pretendido mal estado de conciencia. (Cfr. Ap. Doc. núm. 157.)

¿Cómo explicar esta aparente contradicción o paradoja, esta extraña mezcla de goces y sufrimientos, de vida bienaventurada y desgraciada, y todo a un mismo tiempo? Ella misma sintió esta dificultad. Por los años en que componía su Vida, escribe al P. Mariano expresándole la dificultad con que tropieza para traducir con exactitud su estado desde julio de 1907 hasta 1910, o sea, el lapso de su vida que ahora nos ocupa. La dificultad consiste en que a la vez sufrió horrores y gozó lo indecible, y le parece disparatado contar como pertenecientes a un mismo período cosas tan inconciliables y dispares, como son gozo y sufrimiento, favores divinos y período de prueba. En efecto, fué estado de purgación y a la vez de beatitud. La parte inferior del alma padecía, la superior gozaba de paz y permanecía abrazada a su Amado, como si fuera un alma bienaventurada, contemplando sonriente las zozobras de la parte inferior. Verdad que casi toda su vida le ha pasado esto, pero de un modo especial en el indicado período. De aquí que no sabe arreglarse para escribir su Vida, pues sobre todo en los períodos de sufrimiento, al mismo tiempo que padecía lo indecible en la parte inferior de su alma, la superior ha gozado muchísimo, y esto le ocurre desde sus veintiún años de edad. (Cfr. Apéndice Documental núm. 158.)

Nótese que señala los veintiún años de edad como fecha inicial o punto de partida de este fenómeno místico del desdoblamiento del alma en sus dos porciones superior e inferior. Ahora bien, los veintiún años de Sor Angeles señalan la fecha culminante de su Vía Purgativa, el año 1894, en que padeció el Purgatorio de la vida espiritual y recibió el inefable favor de

(112) Tratado, XIV, pág. 159.

la mística entrega de Dios. Como allí hicimos notar, aquella entrega de Dios tenía indudables semejanzas con el matrimonio espiritual, y aunque en realidad no fué el matrimonio completo, perfecto o definitivo, vemos que desde entonces Sor Angeles conserva una de las propiedades más características e inconfundibles del mismo, cual es este desdoblamiento del alma en sus dos porciones. Poco más adelante volveremos a ver nuevos testimonios inequívocos de este fenómeno místico.

6. EL AFECTO DE COMPLACENCIA.—Conocemos ya el hermosísimo ejercicio que Sor Angeles practicaba todos los días en agradecimiento a Dios por el beneficio de la Encarnación. En esta época sustituyó dicho ejercicio por otro que consistía en amar a Dios y gozarse en sus divinas perfecciones con afecto de complacencia. He aquí indicado brevemente el tenor de este nuevo ejercicio: primeramente contemplaba el Ser Divino personificado en el Padre; felicitábale por su existencia y perfecciones infinitas, gozábase en su felicidad más que si fuera propia y decíale que si el Ser Divino que tiene de Sí mismo lo hubiera recibido de otro, a este tal se vendiera como esclava en pago y gratitud por este beneficio, y que si ella fuera Dios dejara de serlo porque lo fuera El, etc. En segundo lugar, contemplaba la generación eterna del Verbo y tomaba por su cuenta el agradecer y pagar al Padre la existencia divina que a Este comunica, con más entusiasmo que si ella fuera la interesada. Decíale al Verbo que considerase su existencia como un regalo suyo, pues de corazón se la deseaba y se gozaba en su felicidad y gloria infinita. Finalmente, otro tanto hacía respecto a la divina Persona del Espíritu Santo. (Cfr. Ap. Doc. núm. 159.)

Ocioso parece insistir sobre la elevación y generosidad de sentimientos que este bellísimo ejercicio nos descubre. Nos hallamos en presencia del afecto de complacencia, que ha hecho levantar del alma enamorada de Sor Angeles sentimientos preciosísimos, incomparables, y ha inspirado a su pluma páginas verdaderamente conmovedoras. Afecto de complacencia que no es otra cosa que amor purísimo de caridad por el que el alma amante cifra su felicidad en que su Dios amado sea feliz y dichoso y en complacerse y gozarse de esta bienaventuranza de su Dios. ¡Oro puro de la más fina caridad, esto sí que merece el nombre de amor! Y por esa dichosa comunión y participación de bienes que se da entre los verdaderos amigos, sucedía que al cifrar Sor Angeles su felicidad en que Dios fuese feliz, venía

a participar en cierto modo de esta misma felicidad de Dios, la cual ponía El a su servicio para que la gozara como propia. Así lo reconoce ella misma en una página inédita, que insertamos en el Apéndice, y que por lo demás es enteramente gemela de la precedente. (Cfr. Ap. Doc. núm. 160.)

Imposible parece que un alma que abrigaba tales sentimientos respecto de Dios pudiera sufrir tanto con sus aprensiones de que había perdido la gracia, ya que aun en el caso de que hubiera cometido los mayores pecados, bastaría uno de estos actos de perfecta caridad para restituirle la gracia al instante. Pero ya hemos dicho que estas confusiones eran frecuentes en su modo de ser, el diablo las fomentaba para inducirla a desesperación, la misma luz purgativa daba ocasión a ellas al mostrarle su propia deformidad moral en contraste con la Santidad de Dios y, en fin, Dios permitía tales sufrimientos para acrisolar su pureza y aumentar sus méritos. Además, téngase presente que, como vimos, estos padecimientos se referían sólo a la parte inferior del alma, mientras que en la superior gozaba de una paz y felicidad beatíficas.

7. UN DESAHOGO.—El Viernes Santo de 1910 recibió un favor muy señalado al besar la llaga del costado de una efigie del Corazón de Jesús. Ese día le había prometido el Señor que muy pronto pondría fin a sus penas por medio de un nuevo director, es decir, del P. Mariano. El favor está indicado también en la Vida (113), pero en el Apéndice insertamos únicamente la relación de las Cartas, que es mucho más detallada e interesante. Se advierte con claridad meridiana cómo sus sufrimientos reconocían por causa la acción de la luz purgativa. Sufría, en efecto, porque había aprehendido que no tenía espíritu de Dios, sino espíritu de pecado y de mentira, que no podía tener parte con Dios porque El era un Dios Verdad y ella un ser de mentira. Se ve, en fin, que se hallaba Sor Angeles sometida a una intensa acción purificadora de las gracias pasivas. Habiendo, pues, sufrido mucho con sus aprensiones y remordimientos, súbitamente se cambió su situación al prometerle Dios que muy pronto pondría fin a sus sufrimientos por medio del nuevo director. Todo pareció revivir de nuevo. Y como los días anteriores había sufrido tanto, ahora Sor Angeles no se sentía enteramente dueña de sí y reconoce que necesitaba una especie

(113) Vida, IV, 15, págs. 359-60.

de desahogo. Viendo, pues, una efigie del Sagrado Corazón, sin más reflexión, se abalanzó sobre El, lo abrazó y puso sus labios en la Llaga del Costado como para beber su divina Sangre. Y el hecho es que experimentó los efectos que si en realidad hubiera absorbido a raudales la Preciosa Sangre del Salvador, sin que sepa decir cómo fué aquello o qué es lo que en realidad allí pasó. Con este insigne favor cobró gran devoción a las efigies de Jesús con la Llaga del Costado. (Cfr. Ap. Doc. núm. 161.)

8. JUICIO SOBRE EL SEGUNDO DIRECTOR DE LA M. ANGELES. Hasta ahora ha sido el Sr. Deán, D. José Hospital Frago, el director oficial de la M. Angeles. Oficial decimos, porque en realidad la M. Angeles vivía sin director desde octubre de 1907, fecha en que perdió la confianza en él por causa del consejo que le diera el Sr. Arzobispo.

¿Qué juicio merece la dirección de este Sr. Sacerdote, segundo director de la M. Sorazu, a juzgar por los datos que poseemos? En primer lugar ya dijimos que tuvo la excelente cualidad de inspirar confianza a su dirigida con su trato cariñoso y lleno de bondad, siendo él el primero con quien ella acertó a traducir su interior venciendo los insuperables obstáculos que en su natural tímido y retraído encontraba para la comunicación con los ministros de Dios. Pero junto con esto hay también datos de que tuvo en su dirección defectos muy graves. En carta al P. Nazario Pérez, de fecha 16 de noviembre de 1919, le dice la M. Angeles que las tribulaciones de 1907 a 1910 las permitió Dios en su vida para que supiera por experiencia las tribulaciones y peligros que ocasiona el director imprudente. Hasta ahora nada hemos dicho en el relato de este período de prueba acerca de la parte que hubiera podido tener el director como causa directa de sus sufrimientos; no obstante, también el Tratado lo indica:

"Para colmo de su desdicha, Dios Nuestro Señor permite que el director la desatienda o la haga sufrir más que pudiera hacerlo el infierno entero, sin querer ni sospecharlo siquiera" (114).

Y en carta al Ilmo. Sr. Hospital, actual Prior de la Cartuja de Miraflores, de fecha 24 de agosto de 1919, le dice la M. Angeles lo siguiente:

(114) **Tratado, XIII, pág. 149.**

"Si fué el difunto señor Deán el del ayuno (115), mas no el primer director. Algo tenía de crédulo y aficionado a lo sobrenatural, pero no tanto como se habló. Al menos con servidora. Estoy persuadida que Nuestro Señor me favoreció mucho por su medio. Los tres o cuatro años últimos padecí mucho debido en parte a los consejos que me dieron en contra del difunto, pero bendito sea Dios."

Crédulo y aficionado a lo sobrenatural. Precisamente son los dos defectos que con palabras más graves ha censurado ella en el apéndice que puso al Tratado, para uso o conocimiento de los directores. Insiste allí sobre todo en la necesidad de que el director no sea precipitado en creer las gracias extraordinarias que la dirigida le confía, sino que las debe someter a un prudente examen. (Cfr. Ap. Doc. núm. 162.)

Creemos que este texto no es sino el eco o la indicación semivelada de lo que a ella le pasó con este director, de manera que fué su propia experiencia personal la que le enseñó la importancia de este principio que aquí inculca a los directores. Animada de un ardiente amor a la verdad, deseaba someter a examen de un hombre objetivo y prudente sus comunicaciones divinas para tranquilidad y seguridad propia, pero no podía descansar en el fallo de su director en vista de su extrema credulidad y propensión hacia todo lo maravilloso.

La naturaleza o índole de los sufrimientos que este director le ocasionó, inconscientemente y sin mala fe desde luego, con sus mandatos y obediencias imprudentes, hijas de su vanidad e infantil curiosidad, creemos que está también detalladamente descrita en el texto que insertamos en el Ap. Doc. núm. 163.

Confesamos que no tenemos datos que nos constriñan a pensar que cuanto aquí indica sea reproducción rigurosa de lo que le pasó a ella con este director, pero teniendo en cuenta que todo el modo de expresarse denota sucesos acaecidos a ella misma, y sobre todo, que los textos que más arriba adujimos, coincidían en señalar este lado flaco del Sr. Deán, se hace más que probable la atribución a él de los males que aquí denuncia su dirigida.

Cuando Sor Angeles empezó a dirigirse con el P. Mariano, no pudo comunicar al Sr. Deán su cambio de dirección, porque se lo impedía la orden que le diera el Sr. Arzobispo de no revelarle el motivo del cambio; pero como dicho Sr. Deán continuaba siendo confesor ordinario de la Comunidad, llegó a saberlo

(115(Se refiere sin duda al ayuno que le impuso este Director y que refiere en la Vida, IV, 6, pág. 296.

por otra religiosa, y tuvo gran sentimiento de que la M. Angeles le hubiese dejado. En las cartas al P. Mariano hay varios ejemplos de las situaciones delicadas en que con frecuencia se veía la M. Angeles en sus relaciones con su ex director, debido a este sentimiento un tanto infantil (116).

ARTÍCULO II

Primer año de dirección del P. Mariano

(1910—1911)

1. CÓMO EMPEZÓ A DIRIGIRSE CON SU PADRE-VERDAD.—2. NECESITADA DE UNA FUERTE PURGACIÓN.—3. EFECTOS DE PROPIA ANIQUILACIÓN PRODUCIDOS POR UNA CARTA DEL DIRECTOR. 4 TEMORES DE SER HIPÓCRITA O MENTIROSA —5. SEMANA SANTA DE 1911.—6. ESTADO ESPIRITUAL DE SOR ANGELES TAL COMO SE DEDUCE DE LAS CARTAS DE ESTE PERÍODO

1. CÓMO EMPEZÓ A DIRIGIRSE CON SU PADRE-VERDAD.—La parte publicada de la Autobiografía alcanza hasta junio de 1910. Por tanto, finaliza a una con el período de tiempo comprendido en el artículo anterior. Pero existe inédita una última parte de dicha Autobiografía, el libro V, si bien es brevísimo, pues sólo consta de cuatro capítulos. Este último libro alcanza hasta la entrega de la Santísima Trinidad, que constituirá a Sor Angeles en el supremo y definitivo estado de transformación (junio de 1911). A esta parte inédita, pues, debemos acudir para el estudio del presente artículo. Y junto con ella, a otra fuente de valor excepcional, a saber, las Cartas de dirección, que a partir precisamente de este momento empezó a escribir Sor Angeles a su nuevo director, el P. Mariano de Vega, O. F. M. Cap. Como éste residía en León, la dirección tenía que ser por correspondencia y completada con las visitas personales que con alguna frecuencia realizaba a Valladolid. De aquí que poseamos una abundante y preciosísima documentación para el espacio de tiempo en que Sor Angeles se dirigió con su Padre-verdad (julio

(116) Cfr. Cartas, 24-8-1910; 25-11-1910, 5-4-1911, t. I, págs. 73 y ss., 159 y ss. y 261 y ss.

1910—octubre 1913; abril 1920—agosto 1921). Gracias a estas Cartas y a los lugares paralelos del Tratado y de la Autobiografía (hasta donde ésta alcanza), nos es posible seguir paso a paso toda la vida espiritual y mística de la M. Sorazu, sus vicisitudes, favores extraordinarios, pruebas, etc., en el mencionado lapso de tiempo. El volumen I de dichas Cartas (único que hasta la fecha ha visto la luz pública) corresponde exactamente al período que abarca el presente artículo.

El libro V de la Autobiografía empieza contándonos cómo se confió a la dirección del P. Mariano. El Señor le había prometido que muy pronto pondría fin a sus sufrimientos por medio de un nuevo director, y que éste sería el primero que viniese a confesar a la Comunidad en calidad de extraordinario. Entendió también que dicho confesor extraordinario sería un P. Capuchino. Y como la M. Angeles se hubiese enterado de que había venido a Valladolid cierto Padre de dicha Orden a predicar un Novenario, pensó que éste sería el director prometido por el Señor. Invitóle, pues (como Abadesa que era), a que viniese a confesarlas de extraordinario. Mas el Padre se negó a ello, alegando que no tenía licencias de su Superior. Entonces la M. Angeles escribió al P. Provincial de los Capuchinos de Castilla, pidiendo las licencias para que el Padre viniera a confesarlas. El Provincial contestó que iría él mismo en persona a principios de julio y las confesaría en calidad de extraordinario. El P. Provincial era el P. Mariano de Vega. Vino, en efecto, el primero de julio de 1910 y confesó a la M. Angeles. Esta ya de antes conocía a este Padre, pero nunca se había confesado con él. Expúsole en esta primera confesión sus acostumbradas aprensiones de que estaba en pecado mortal, etcétera. Viendo el Padre que a pesar de todas sus diligencias no se aquietaba ni hallaba la paz, díjole que él se hacía responsable ante Dios de todos sus actos buenos y malos, pasados y futuros

"y que si moría antes que él, en el divino tribunal, cuando me pidan cuentas de mi vida, conteste diciendo que el P. Mariano responderá a los cargos que me hacen, y que si él muere antes rendirá cuenta de mis procederes."

Con esto quedó del todo tranquila, al menos por el momento, como si le hubiesen quitado de encima un gran peso. Mientras cumplía la penitencia, entendió que debía confiarse absolutamente a la dirección y obediencia de este Padre (117).

(117) Vida, V, 1.

2. NECESITADA DE UNA FUERTE PURGACIÓN. — A continuación nos describe en la misma Autobiografía el estado de su alma por aquel entonces. Estado de incertidumbre y penosas ansiedades, de continuas mutaciones y cambios de un estado de luz a otro de tinieblas, de goces y favores alternados con sufrimientos y tribulaciones sin cuento. (Cfr. Ap. Doc. núm. 164.)

Aunque esta descripción pudiera hacer creer que los cambios de un estado de gozo a otro de sufrimiento y viceversa eran totales, o sea, afectaban al ser entero de Sor Ángeles, en realidad no era así, como se deduce por otras explícitas confesiones suyas. Los cambios afectaban sólo a la parte inferior del alma, mientras la superior proseguía gozando imperturbable una vida semibeatífica.

Al igual que la Autobiografía, las Cartas reflejan este mismo estado de la M. Sorazu. Lo que sobre todo llama poderosamente la atención en ellas es el extraordinario relieve con que se imponían a su conciencia todos sus pecados, es decir, las faltas e infidelidades cometidas en los dieciséis últimos años. Veíase como investida de ellos e impotente para deshacerse por sí misma de esta túnica de pecado que le producía un horror y asco increíbles. Véanse en el Apéndice dos textos (seleccionados entre muchos) que pueden servir de muestra de lo que vamos diciendo (cfr. Ap. Doc. núms. 165 y 166). Nótese además en el primero de ellos la alusión a la perfecta purgación que la otra noche logró respecto a sus pecados del siglo y de los tres primeros años de su vida religiosa.

Veíase, pues,

"investida nuevamente de esta tunica de pecado que el Señor me habia quitado ya a fuerza de sufrimientos y favores continuados por espacio de cuatro años" (118).

(Se refiere a los cuatro años que en conjunto duraron las dos épocas que llamamos del Desierto y del Purgatorio, cfr. Vía Purgativa, caps. IV y V.)

Y lo peor es que se sentía impotente para librarse por sí misma de dicha túnica de pecado; tenía que ser su director el que se la arrancara. Esta economía de recibirlo todo por medio del director espiritual se observa en ella constantemente desde que empezó a tener dirección espiritual.

(118) Cartas, 21-7-1910, t. I, pág. 26.

Requirióle, pues, el P. Mariano para que le enviara «este vestido andrajoso» de sus pecados (119). Obedeciendo a este requerimiento, redactó la M. Angeles una extensa relación en que daba cuenta detallada a su director de todos los pecados y faltas de su vida junto con los principales favores que había recibido de Dios. Esta relación constaba de 126 páginas, y precisamente al leerla, concibió el P. Mariano la feliz idea de mandarle escribir la Autobiografía (120).

El 30 de septiembre de 1910 tenía Sor Angeles acabada su relación y se la enviaba al Padre, no sin temor del escándalo y perjuicio que la lectura de tanto pecado causaría al director, a quien suplicaba se revistiese de entrañas de misericordia para sufrir con paciencia tanto desorden.

"Pero fíjese y mire a la misericordia de Dios, y ella le enseñará y facilitará la manera de escuchar y ver mis crímenes sin perjuicio de su alma, sin detrimento de su virtud y con paciencia y sin enojarse contra mi alma pecadora, que ha tenido la desgracia de ofender tanto a Dios. Bastante lo siento, pero lo hecho ya no tiene remedio." (121).

"¡Cuánto le costará leer! Sí, no dudo que mucho, pues tantas maldades no se pueden ver con ojos enjutos y sin mucha amargura de corazón. Bastante lo siento tener que darle este disgusto; pero lo quiere Dios, es ésta su voluntad y no puedo menos de cumplirla en esta ocasion" (122).

Al mismo tiempo se daba perfecta cuenta de la necesidad que sentía de recibir un «golpe de muerte» que obraría en ella su perfecta purgación, y presentía que dicho golpe de muerte había de venirle de su director. (Cfr. Ap. Doc. núm. 167.)

La carta que el P. Mariano había prometido mandarle como respuesta a la relación de sus pecados, es la que había de obrar en ella esta perfecta purgación:

"...deseo vivamente y con más ardor que nunca ver terminada la carta y cuanto me tiene prometido escribir para la perfecta purgación de mi pobre alma. ¿Cuándo la terminará? ¡Oh, y cuánto la deseo! Entre tanto, el recuerdo o la simple idea de V. R. produce en mi alma los efectos que produciría en una víctima dotada de razón la vista del sacrificador que la ha de inmolar, en el momento crítico de descargar sobre ella el golpe de muerte; pues esto y no otra cosa soy yo al presente, y es por esto que experimenta mi alma grandes angustias con sólo acordarme de V. R." (123).

(119) Cartas, 4-8-1910, t. I, pág. 53.
(120) Cartas, t. I, pág. 109, nota.
(121) Cartas, 27-9-1910, t. I, pág. 108.
(122) Cartas, 30-9-1910, t. I, pág. 111.
(123) Cartas, 17-11-1910, t. I, pág. 143.

En efecto, con la relación de los pecados de la M. Angeles a la vista, el P. Mariano preparaba un extenso y original escrito, ponderando la gravedad y malicia intrínseca de los mismos, el aborrecimiento con que Dios los miraba y los bienes de que privaban a su alma (124). Pero antes de que recibiera dicho escrito, y como para prevenirla o compensarla en cierto modo por los terribles sufrimientos que con él le aguardaban, la favoreció el Señor extraordinariamente en la Novena de la Inmaculada, tanto que ella misma se decía para sí: «Golpe fuerte me espera en el escrito de mi Padre; de no ser así, no me trataría el Señor con tanto cariño» (125). Las avenidas de gozo fueron tan grandes en este Novenario de la Inmaculada, que la incapacitaban para sufrir, y tuvo que pedir a Jesús la colocara en un estado en que le fuera posible leer con fruto la carta del Padre y conseguir los efectos de purgación que con ella pretendía. (Cfr. Ap. Doc. núm. 168.)

3. EFECTOS DE PROPIA ANIQUILACIÓN PRODUCIDOS POR UNA CARTA DEL DIRECTOR.—Por fin llegó a sus manos la tan esperada «carta epistolar» de su director. Recibióla poco antes del día de la Inmaculada, y en verdad que le fué bien necesaria esta fiesta de gratísimos recuerdos para no precipitarse en el abismo de la desesperación (126). Los efectos que en la M. Angeles produjo la lectura de esta carta no son fáciles de describir. Toda su vida tuvo ella profunda conciencia de su propia maldad y ser de pecado, y muy particularmente en el presente período en que bajo la acción de la luz purgativa sentía con relieve mucho más pronunciado el peso de todas sus culpas; mas cuando el propio representante de Dios y encargado de su alma le encareció y ponderó la gravedad y malicia de sus pecados en frases tan incisivas como ésta: «¿Es posible conocer a Dios y ofenderle tanto como le has ofendido?» (127), el anonadamiento de la M. Angeles no reconoció límites. Descendió como nunca al abismo de su perversidad, vileza y pecado, se sintió y palpó pecadora y monstruosa, en fin, se aniquiló hasta no poder más. La persuasión de ser una pecadora incalificable y sin precedentes tomó tales proporciones, que ella lógicamente dedujo la siguiente conclusión: todos los favores y pruebas de cariño que Dios le había

(124) Cartas, t. I, pág, 177, nota.
(125) Cartas, 16-12-1910, t. I, pág. 190.
(126) Cartas, 11-12-1910, t. I, pág. 183.
(127) Cartas, 11-12-1910, t. I, pág. 184.

prodigado con tanta profusión, no eran sino el acto más inexorable de su justicia y cólera, al ocultarle el aborrecimiento que justamente abrigaba contra ella por sus enormes pecados:

"...lo que me parecía antes efecto de la infinita bondad y misericordia de Dios, de su infinito amor a mi alma, hoy lo miro como efecto de su aborrecimiento y cólera divina y lo tengo por el más terrible castigo; pues no puede darse mayor castigo que mostrarse benigno a quien se aborrece, aunque justifico este modo de proceder de Dios con mi alma, pues merezco éste y mayores castigos." (128).

No, no era digno de Dios semejante proceder; pero la M. Angeles tenía tan hondamente arraigada la conciencia de su propia vileza, indignidad y pecado, que no acertaba a explicarse los favores y predilecciones de Dios con ella, y no era raro que hipótesis tan disparatadas cruzaran por su mente (129). Además ella era de suyo inclinada a estas ideas de condenación y reprobación, y la tentación de desesperación fué la que más afligió su espíritu.

En consecuencia resolvió rechazar y no creer a las muestras de cariño con que Dios se manifestaba a su alma, pues estaban en flagrante contradicción con lo que su Padre espiritual y su propia conciencia le atestiguaba. Incluso decidió considerar como un Dios fantasma al que así se le mostraba,

"persuadida de que si el Dios que se hace presente a mi alma y he tratado hasta aquí hubiera sido el Dios-verdad, no hubiese permitido que yo pecara tanto." (130).

Véase en el Ap. Doc. núm. 169 un texto que por haber brotado de su pluma en los momentos mismos en que padecía los terribles efectos de la carta, refleja de modo insuperable los encontrados sentimientos que en su alma se revolvían. Es una descripción en que nos ha retratado fotográficamente, por así decir, el estado de su propia alma. Nótense muy particularmente los magníficos y elevadísimos sentimientos que revela; en el momento mismo que se creía condenada, la consolaba y hacía gozar la idea de que Dios es feliz y glorioso, y únicamente la entristecía el pensar que en el infierno no podría gozarse de

(128) Cartas, 11-12-1910, t. I, pág. 184.

(129) Véase un ejemplo como botón de muestra: «Goza mucho en estas revelaciones de su Dios, mas después, si no puede dudar de su realidad, teme que el Señor le conceda esos favores en premio de algún servicio, porque prevee su condenación y esta aprensión la hace padecer lo indecible». Tratado, XIV, pág. 161.

(130) Cartas, 11-12-1910, t. I, pág. 184.

dicha gloria y felicidad de Dios. Además, en medio de la deshecha tempestad que se agita en la superficie, reconoce, allá en el fondo de su alma, una paz imperturbable y una fuente de perenne alegría.

Recibe a Jesús de mala gana, porque la ha tenido engañada:

"Un día, al tiempo de comulgar, sentí un gran aborrecimiento hacia Jesús Sacramentado (digo Jesus Sacramentado que yo veía o cuya presencia sentía en el comulgatorio, en la inteligencia de que no era el verdadero Jesus) y le recibí de muy mala gana, como diciendo: No quiero nada con Vos, que me habéis tenido engañada. Mas apenas lo recibí en mi pecho, cuando cambié de sentimientos, conociendo claramente que era el Dios-verdad que yo buscaba y para quien yo había reservado mi amor" (131).

Del mismo modo rechaza las muestras de cariño del Dios que se hace presente a su alma, reputándolas falaces y engañosas:

"Persuadida de esto, he aborrecido al Señor, he sentido odio y coraje contra El hasta el extremo de rechazar sus caricias divinas y contestar a sus insinuaciones dirigidas a tranquilizar mi espíritu con estas y otras palabras: Sí, me parece, no tiene poco amor y poca bondad conmigo, cuando estando tan enfadado como me dice mi Padre que está, me engaña con apariencias de amistad; no lo creo." (132).

"No paró aquí la cosa, sino que de la misma manera rechazaba todas las ideas e insinuaciones favorables con que trataba el Señor aquietarme, diciendo: Sí, me parece, mucho me quiere Dios; me aborrece, eso sí, y todo cuanto puede; no me puede ver; está pesaroso de haberme criado. Rechazaba también todo lo que V. R. me tiene dicho en pro y de lo que me aprecia en Dios, persuadida de lo contrario. Y en cuanto a que soy su primogénita, "del diablo sí que soy yo primogénita, como dijo San Policarpo a no sé quién —me decía a mi misma—, no estoy yo hecha mala primogénita". (133).

"También me he disgustado mucho con Dios por el cargo de Abadesa, persuadida de que no me quiere como a las religiosas que no elige para este cargo ni pone en los peligros que a mí, no obstante ser mejores y peligrar menos que yo, etc., etc. "Ya se conoce que las queréis de veras —decía al Señor—, que no las ponéis en los peligros que a mí; ¡pobrecita de mí, que ni Dios me quiere ni le importa nada que se pierda mi alma!" (134).

"He tenido vómitos, y con esta disculpa he pasado seis o siete días sin comer apenas nada. Como estaba tan atribulada, no tenía aliento para sufrir el mal en pie, y en la cama podía desahogar mejor mis penas llorando, sin nota de las religiosas" (135).

---

(131) Cartas, 16-12-1910, t. I, pág. 187.
(132) Cartas, 16-12-1910, t. I, pág. 187.
(133) Cartas, 16-12-1910, t. I, págs. 189-90.
(134) Cartas, 16-12-1910, t. I, pág. 190.
(135) Cartas, 16-12-1910, t. I, pág. 190.

A la vista de tales extremos podrá uno pensar que el Padre debió de cargar demasiado la mano al ponderarle la gravedad de sus pecados y el disgusto que sentía Dios por ellos; mas en realidad fué ella misma quien atizaba y fomentaba conscientemente los sentimientos de propio aniquilamiento en sus ansias por expiar perfectamente sus culpas. En efecto, ella misma nos dice que pasaba por alto cuantas frases hallaba en la carta que le pudieran servir de aliento (136), y lo que es más aún, otras las sacaba de su contexto y las interpretaba en su sentido más terrible, según le convenía para los predichos fines (137).

Está conforme con ir al infierno, pues quiere satisfacer por sus culpas; pero en este caso quiere que Dios esté contento de ella para que pueda amarle siempre y gozarse de su gloria y felicidad. ¿Le concederá Dios la gracia de su amistad, que ella aprecia más que el Paraíso? En el fondo del alma siente una cosa que le asegura que sí (138).

«En fin, ya pasó —concluye la carta—. La lectura de su última empezó a pacificar mi espíritu...» (139). Terrible fué el golpe en verdad. Hemos asistido a los supremos momentos de la purgación de Sor Angeles. También la Autobiografía se hace eco de estos sucesos, si bien se contenta con describir la crisis brevemente y su relato no puede compararse en viveza y fuerza expresiva con las precedentes descripciones de las Cartas, que fueron redactadas bajo la impresión del estado de ánimo que entonces la embargaba (140). No se puede menos de reconocer el tino y acierto con que procedió el P. Mariano en esta su primera actuación como director de la M. Angeles. Al descubrir el mundo de zozobras, inquietudes y ansiedades en que se desenvolvía su vida, había tratado de tranquilizarla por todos los medios y de que recobrara la paz. Mas todo en vano; «la tan deseada serenidad no aparecía en el horizonte. Pronto se convenció que aquel espíritu gigante necesitaba una fuerte purgación de espíritu que lo librara hasta de la idea de pecado y desorden para remontar su vuelo hacia la unión transformativa del matrimonio espiritual» (141). Y esto fué lo que pretendió y lo que tan perfectamente consiguió por medio de este extenso es-

(136) Cartas, 16-12-1910, t. I, pág. 189.
(137) Cartas, 16-12-1910, t. I, pág. 187.
(138) Cartas, 16-12-1910, t. I, págs. 190-1.
(139) Cartas, 16-12-1910, t. I, pág. 190.
(140) Vida, V, 1.
(141) Cartas, t. I, pág. 177, nota.

crito en que ponderaba la malicia y gravedad de los pecados de su dirigida. La forma original en que estaba concebido y redactado el escrito, así como su extensión, etc., puede verse en una nota del Padre editor de las Cartas de la M. Angeles (142).

Pasada esta tribulación o crisis terrible, en las Navidades de aquel mismo año 1910 fué favorecida con un favor insigne que describe en la Autobiografía: era una visión de Jesús Verbo Encarnado quien se hacía presente a ella en un horizonte que estaba dentro de su propia alma y a quien veía unido con lazos indisolubles a toda la naturaleza humana, con evidencia del amor infinito que profesa a todos los hijos de Adán. (Cfr. Apéndice Documental núm. 170.)

4. TEMORES DE SER HIPÓCRITA O MENTIROSA.—En enero de 1911 empezó Sor Angeles a escribir la Autobiografía por mandato del P. Mariano. Esta obediencia fué fuente de nuevas y amargas tribulaciones para ella. Comenzó a sentir aborrecimiento de la dirección, que le imponía tales mandatos. Con todo, sugestionada por el deseo de glorificar al Verbo Encarnado, se decidió a poner manos a la obra, venciendo su grandísima repugnancia. Mas pronto arreciaron las dudas, aprensiones y temores. Temores de que se condenaba por causa de los escritos, que mentía en ellos, etc. En medio de estas amargas penas y tétricas cavilaciones consolábase con el pensamiento de la presencia de Dios y de su existencia infinita, que constituía su perenne felicidad y bien inestimable; pero se afligía cuando pensaba que aun este bien le sería quitado al salir de esta vida, si, como pensaba, estaba condenada al infierno. (Cfr. Apéndice Documental núm. 171.)

Este bien sumo que ella gozaba en esta vida y apreciaba más que la bienaventuranza del cielo (excepto la visión beatífica), es un reconocimiento explícito de la vida beatífica que poseía la parte superior del alma, al tiempo mismo que la inferior vivía anegada en las expresadas tribulaciones.

A continuación nos revela en la Autobiografía cuál era el motivo por el que ella temía tanto ser hipócrita o mentirosa en lo que escribía. Es que mientras no tuvo director ni confió a nadie sus relaciones divinas, siempre conceptuó los favores de Dios como responsabilidades, nunca como motivo de honor o de gozo, sino más bien de temor, y aun los estimó como cosas de

(142) Cartas, t. I, pag. 177, nota.

bajo precio, ya que se le concedían a ella. Mas cuando comunicó a los directores tales favores, echó de ver el aprecio y estima que ellos hacían de los mismos; y ella misma, al verlos relatados por escrito, se veía como sorprendida por el agradable aspecto que presentaban. Parecía que los veía de diferente manera. ¿No sería que ella falseaba o doraba la realidad, vendiendo como joyas lo que nada valía? Mas Dios Nuestro Señor le hizo ver por medio de una sencilla y significativa alegoría que en realidad eran muebles de alto valor los que ella había conceptuado trastos viejos e inútiles (cfr. Ap. Doc. núm. 172). También en las cartas hallamos relatado este mismo episodio. (Cfr. Apéndice Documental núm. 173.)

No insistiremos aquí sobre la luz que este episodio arroja respecto a la actitud psicológica con que la M. Angeles miraba *los favores de Dios y todas las comunicaciones místicas*, pues salta a la vista. Esta misma actitud se ha podido ya apreciar antes de ahora en diversas ocasiones.

5. SEMANA SANTA DE 1911.—En la Semana Santa de 1911, Sor Angeles contempló la Sagrada Pasión de modo diferente y más elevado que otras veces. Véase cómo se le mostraba Jesús:

"Paréceme que lo que contemplaba en Jesús era la región superior de su inmaculada alma abrasada en infinitos incendios de caridad, gozándose en la Redencion que obraba a favor de la humanidad por medio de los sufrimientos de su Santisima Pasión y Muerte." (143).

El día de Jueves Santo tuvo una invitación o requerimiento del mismo Jesús para la contemplación de su divinidad y asociación a su vida gloriosa. Esta invitación no es sino el llamamiento para la nueva y más elevada vida que le aguarda en el próximo estado de transformación o de matrimonio espiritual. Pero Sor Angeles sentía mucha pena de abandonar la contemplación de los misterios de la vida de Jesús, en los que hasta el presente ha consistido toda su espiritualidad, y pidió un plazo para acompañarle por última vez y a su satisfacción en dichos misterios, pues veía claro que tardaría años en volver a ellos. Jesús otorgó complacido dicho plazo, y con esto Sor Angeles se sumergió por última vez, con el amor e intensidad que cabe suponer, en la contemplación de los misterios de Jesús, en los que de buena gana se hubiera perpetuado para siempre. Largas

(143) Vida, V, 4.

semanas duró esta última carrera contemplativa en seguimiento de Jesús, y sor Angeles no acertará a poner fin a ella hasta que un nuevo y perentorio requerimiento del mismo Jesús le fuerce a ello, significándole que ha sonado la hora de Dios para ser elevada a más alto estado y modo de vida. Tanto el Tratado (144) como la Autobiografía nos relatan este último plazo que pidió Sor Angeles a impulsos de su amor hacia los misterios de Jesús. En el Apéndice insertamos el relato de la Autobiografía (cfr. Ap. Doc. núm. 174).

6. ESTADO ESPIRITUAL DE SOR ANGELES TAL COMO SE DEDUCE DE LAS CARTAS DE ESTE PERÍODO.—Mas antes de pasar adelante a describir la elevación de nuestra protagonista al supremo grado místico, detengámonos un momento para tomar en consideración diversos datos y revelaciones sumamente preciosas que nos descubren las Cartas de dirección correspondientes a este período. Ya hemos indicado que en estas Cartas destaca sobremanera el extraordinario relieve con que se imponían a su conciencia los pecados y faltas cometidas desde 1895 para acá. Y ello es natural, pues estas Cartas pertenecen a un período de purgación en que Sor Angeles expiaba dichas faltas bajo la acción de la luz purgativa. De aquí el tinte peculiar que las distingue y caracteriza. Conviene tener esto en cuenta y no considerar estas cartas aisladamente, o sea, desligadas del momento místico a que responden, con lo cual nos evitaremos la extrañeza que nos pudiera producir el encontrarnos con unos escritos en que el pensamiento de los propios pecados ocupa la mayor parte y constituye la preocupación, no sólo dominante sino aun casi exclusiva. Decimos esto por habérsenos significado esta extrañeza o desencanto producido a algunas personas por la lectura de estas cartas que venían a mostrarles una M. Sorazu muy distinta de la que ellas se habían imaginado, tan débil, tan humana, tan dominada por la conciencia de pecado, por remordimientos y zozobras, que parecía desvanecerse la ideal silueta de su santidad. Claro está que esta apreciación es muy superficial, pues un estudio medianamente atento de estas mismas cartas basta para revelarnos el altísimo estado de santidad en que se hallaba su autora.

Además, estas Cartas publicadas (y lo mismo vale de las restantes inéditas, pero ahora nosotros nos ocupamos sólo de

(144) Tratado, XV, pág. 165.

aquéllas, por ser éste su lugar), nos sirven admirablemente para determinar su psicología y los rasgos más salientes de su modo de ser. Señalemos brevemente dichos rasgos, si bien ya muchas veces los venimos repitiendo: en primer lugar, sus habituales aprensiones, dudas, remordimientos de que está en mal estado de conciencia, de que se condena (145), y de que se condena precisamente por escribir, aunque lo hace por obediencia (146); una propensión invencible a no creer nada en favor propio (147); imposibilidad de admitir que Dios pueda amarla a ella con predilección (148), y por tanto cierta incredulidad o duda acerca de las comunicaciones divinas que recibe (149). Temores de ser ilusa o fingidora (150), que, a la par que su humildad y conciencia de la propia indignidad, denotan un profundo amor a la verdad que para nosotros es la mejor garantía de la realidad de sus comunicaciones divinas. Conciencia de pecadora, y no de una pecadora comoquiera, sino de pecadora grandísima, cual si hubiera cometido los más horrendos crímenes (151), como que era esta evidencia de su propia maldad lo que le hacía tan duro creer que Dios pudiera favorecerla con sus gracias de predilección. Finalmente, aparece en estas Cartas cómo Dios le exigía el trato constante con su Director, negándole toda gracia mientras no venciera la repugnancia que experimentaba en referir a su Padre las comunicaciones que recibía (152).

Asimismo hallamos en estas Cartas descripciones bellísimas y felizmente logradas de sus propios fenómenos y estados místicos y de los favores inefables con que el Señor la regalaba:

a) *Desdoblamiento del alma.* — Tal es, por ejemplo, una página en que advierte a su Padre verdad que cuando narra las angustias y tribulaciones de su alma, tenga en cuenta que se refiere sólo a la parte inferior, pues la superior siempre está gozando. De aquí que se encuentre perpleja, sin saber qué decir o por dónde empezar, cuando tiene que describir el estado de su alma; pero lo más ordinario suele ser contar las penas y angustias de la parte inferior, deseándolo así la misma parte supe-

(145) Cfr. Cartas, 20-10-1910 y 26-1-1911, t. I, págs. 124 y 216.
(146) Cfr. Cartas, 19-5-1911, t. I, pág. 332.
(147) Cfr. Cartas, 13-1-1911, t. I, pág. 203.
(148) Cfr. Cartas, 13-1-1911, t. I, pág. 203.
(149) Cfr. Cartas, 24-11-1910, t. I, pág. 152.
(150) Cfr. Cartas, 1-9-1910, t. I, pág. 81.
(151) Cfr. Cartas, 7-9-1910, t. I, pág. 102
(152) Cfr. Cartas, 17-11-1910, t. I, pág. 146.

rior, la cual parece que dice: «Deja que primero se desahogue esa pobrecilla»... A veces, cuando la parte inferior se halla más angustiada, la superior hace como burla de ella y la dice sonriendo: «Pero ¡qué atribulada estás!...» (cfr. Ap. Doc. núm. 175). En suma, es un testimonio preciosísimo del fenómeno místico del desdoblamiento del alma. Ya vimos cómo Sorazu confiesa haber experimentado este fenómeno desde sus veintiún años.

b) *La presencia de Dios.*—Del mismo modo, en dos pasajes bellísimos trata de explicar a su Padre el soberano favor por el que percibía a Dios presente en todo lugar. Quien lo ve es su alma, y los que lo descubren son sus ojos velado en la claridad del día si es de día, o envuelto en la oscuridad de la noche si es de noche, cual si la luz y las tinieblas fuesen un velo transparente envuelto en el cual se le dejase ver el Señor (cfr. Apéndice Documental núm. 176). Si fija su vista en un árbol, en el tejado, en cualquier objeto visible, allí ve a Dios, cual si cada criatura u objeto sensible fuese una custodia en la cual está expuesta noche y día a la adoración de su alma la Majestad infinita de Dios Trino y Uno (cfr. Ap. Doc. núm. 177).

c) *Visión de Dios Inmaculado.*—En su lugar hemos visto cómo en la Novena de la Inmaculada de 1910 fué Sor Angeles muy favorecida de Dios, y la razón especial a que obedecían tales favores. Uno de estos favores consistió en una inefable visión en que se le mostró Dios Padre en el atributo de su Pureza Inmaculada, desplegándose en las procesiones divinas por las que produce un Hijo Inmaculado como El, y en unión con este Hijo, al Espíritu Santo, también Inmaculado. A continuación se le dió ver cómo este Dios Inmaculado sacaba de la nada el ser de María, haciéndole participar de la pureza sin mancha esencial al ser de Dios. El gozo y gratitud de Sor Angeles no tuvo límites. (Cfr. Ap. Doc. núm. 178.)

d) *Transportes de gozo de verse tan ruin.* — Páginas particularmente dignas de mención por los delicadísimos sentimientos que encierran son también aquellas en que nos describe las avenidas de gozo y transportes de júbilo que experimentó en cierta ocasión por verse tan ruin y pecadora, al paso que Dios y la Virgen son tan santos, ricos y felices. ¡Qué me importa a mí ser pecadora —decía—, ser ruin, siendo mi Dios y Purísima Madre lo que son? Bastábale saber que ellos son santos y felices, para serlo ella también. Y Dios, en efecto, le dió a entender que aquel acendrado amor que hacia El sentía, la hacía

santa ante sus divinos ojos y resarcía con ventajas todas sus faltas. También la Autobiografía relata brevemente estos sentimientos que experimentó en la primera quincena de marzo de 1911 (153). En el Apéndice insertamos la descripción de las Cartas. (Cfr. Ap. Doc. núm. 179)

e) *En la fiesta del 25 de marzo.*—El 25 de marzo fué siempre una de las fechas más sagradas y particularmente predilectas de Sor Angeles. Todos los años se preparaba con especiales diligencias para la fiesta de este día, en el que celebraba y agradecía a Dios el inefable beneficio y misterio de la Encarnación del Verbo, cifra y resumen de todas las misericordias y misterios de amor que Dios ha cumplido a favor de los hombres. Mas este año de 1911 recibió mercedes señaladísimas como preparación para esta su fiesta favorita. Dióle a entender el Señor que estaba dispuesto a hacerle donación de su Hijo y a repetir a su favor en cierta manera el misterio que obró con la Santísima Virgen, a condición de que se identificase con Ella e imitase sus disposiciones. Esta imitación de la Virgen debía consistir: primero, en ser para Dios un templo o cielo animado; segundo, en amarle no con amor de criatura, sino con el mismo amor de Dios, para lo cual debía apropiarse sus divinos atributos; tercero, en amar a Dios no sólo porque es bueno en sí mismo, como lo ha hecho hasta ahora, sino también porque nos ama y es bueno para nosotros. Esto ocurría el 20 de marzo. Respondiendo, pues, a la invitación de Dios y a su propia inclinación, Sor Angeles se abismó en Dios. «Me fuí a mi Dios y lo que pasó después yo no lo sé decir; Dios lo sabe.» (Cfr. Apéndice Documental núm. 180.)

El día 24 se le fijaron las palabras: «Así amó Dios al mundo que le dió su Hijo Unigénito», y en ellas comprendió el amor infinito de Dios al hombre y cómo hace extensivos a las criaturas los bienes que fluyen de su Ser y de las procesiones divinas. Ansiaba vivamente que Dios le comunicara estos bienes y en particular el de su Hijo y, efectivamente, empezó a experimentar el soberano favor de verse asociada a las inefables operaciones de la vida íntima de Dios. Contempló a Dios infinito en atributos y perfecciones en el principio sin principio de su existencia, disfrutando de los bienes que resultan de su Ser y deseoso de comunicarlos; al Verbo en el momento feliz en que Dios Padre lo engendra; al Espíritu Santo, igualmente en el

(153) Vida, V, 3.

momento en que procede del Padre y del Hijo... Y Sor Angeles asistía a esta fiesta no como un ser distinto y extraño, sino cual si fuese una misma cosa con Dios, participando de los mismos goces, entusiasmos y alegrías de Dios. (Cfr. Apéndice Documental núm. 181.)

¿Quién no ve en estos inefables favores una pregustación o delicioso anticipo concedido a esta alma ya en esta vida de la misma felicidad que constituirá nuestra herencia eterna en los cielos? El cristiano, en efecto, por la divina adopción en Cristo Jesús, viene a ser en cierta manera miembro de la familia divina, hijo en la casa de Dios y, como tal, asociado a las alegrías divinas e inenarrables de la vida íntima de Dios. En Jesús y por Jesús tenemos entrada en esta familia divina, que ya es la nuestra.

En otra asombrosa mas también profundamente verdadera revelación, hizo conocer Dios a Sor Angeles cuál es la razón íntima que a El le mueve a amar tanto al mundo y a sus criaturas, a saber, el ser éstas productos de su Ser Divino, cosa propia suya, y por tanto ligadas a El con una suerte de afinidad o parentesco. Profunda verdad que la Teología Católica confirma plenamente sin necesidad de recurrir a la doctrina panteísta. En efecto, todos los seres, por razón de su creación, proceden de Dios, son hechuras de su bondad, y Dios no puede menos de contemplarlos y amarlos como reflejos y retratos de sus infinitas perfecciones. Y de un modo particular las criaturas racionales, por razón de su naturaleza espiritual y de sus dos facultades, entendimiento y voluntad, vienen a ser imágenes vivas de Dios y de su Trinidad Beatísima. Procedentes, pues, de Dios por la Creación y hechuras suyas, a El deben volver y reducirse como a su Origen divino y Fin supremo. La frase de que los hombres son productos del Ser Divino como lo es el Verbo del Padre, ya se comprende que no se ha de tomar en un sentido de rigurosa igualdad. (Cfr. Apéndice Documental núm. 182.)

Una de las cosas que más embelesa y encanta en estos relatos de sus comunicaciones divinas es el extraordinario realismo que palpita en ellas, el trato personalísimo con las Divinas Personas, ese relacionarse con su Dios de tú a tú, como un amigo con otro, guardadas siempre las proporciones entre Dios y su criatura, pero sin menoscabo de la confianza e intimidad más deliciosa. Habíale dicho su Padre espiritual que cuando leyera sus cartas pensase que era Jesús el que le hablaba en ellas. En

cierta ocasión, al momento en que se disponía a leer una de estas cartas, se le hizo presente el Espíritu Santo. Con la mayor ingenuidad le dijo ella: «Es a Jesús a quien tengo que ver en esta carta y no a Vos, pues mi Padre me encarga que lo haga así». Y añade ella: «A lo que me contestó Su Majestad: Jesús y Yo somos una misma cosa» (154). Otra vez que se hallaba presa de sus cavilaciones y temores por causa de sus escritos y sentía gran repugnancia de que los viera su Padre Espiritual, se le apareció el Verbo, y le dijo:

"Deja a tu Padre que me lea; ¿no quieres que vea él por qué me quieres tanto y sientes predilección por mi y haces de mi vida y persona la unica ocupación de tu vida, el unico objeto de tu contemplación y amor?" "Si, Señor mio", le contesté. E inmediatamente sentí un gran recogimiento en mi espiritu y quedé en completa paz y tranquilidad, llena de gozo y sin temor alguno." (155).

Finalmente, en estas Cartas aparecen también frecuentes alusiones y referencias al gobierno y régimen de su Comunidad. No se olvide, en efecto, que desde 1904 viene Sor Angeles desempeñando el cargo de Abadesa. En todo este tiempo desarrolló una labor intensa por mejorar y elevar el estado de su querida Comunidad, así espiritual como materialmente. Trabajó incansablemente con verdadero amor maternal por mantener unidas a todas las religiosas, desterró los abusos y corruptelas introducidas contra el espíritu de la Regla y elevó la Comunidad a un alto estado de observancia y vida religiosa. Fué una auténtica maestra, educadora e incluso directora de las religiosas (156), particularmente de las jóvenes, a la vez que verdadera madre. Ella misma les dirigía los Ejercicios para las tomas de hábito, profesiones, etc., dándoles pláticas e instrucciones espirituales cual pudiera hacerlo un sacerdote, y escribía para su uso y provecho particular ejercicios y coloquios con que alimentaba su vida espiritual. Practicaba actos de caridad heroicos con las enfermas. Estableció como acto de Comunidad diario el Vía-Crucis, que recorren las religiosas cargadas cada una con su cruz y con una corona de espinas en la cabeza. Decía la M. Angeles que este ejercicio era muy del agrado de Dios como acto de propiciación e impetración a favor del mundo prevaricador; lo estableció en 1907, precisamente el mismo año en que se le apare-

(154) Cartas, 25-10-1910, t. I, pág. 130.
(155) Cartas, 26-1-1911, t. I, pág. 221.
(156) Cartas, 21-5-1911 y 1-5-1911, t. I, págs. 334-5 y 284.

ció Jesús reclamando su mediación y la de su Comunidad para perdonar a los pecadores. En fin, consiguió con el tiempo transformar la Comunidad y elevarla a tal altura de paz, observancia, caridad y unión que «dudo —dice el P. Mariano— haya ninguna de su Orden que le aventaje» (157).

Mas no se crea que logró estos frutos sin amargas contradicciones. Entre las religiosas ancianas hubo particularmente dos que se le declararon abiertamente en contra y le ocasionaron grandes disgustos. Ella, que tenía un corazón de madre incluso para las rebeldes, se sentía particularmente inclinada a favorecer y hacer bien a éstas, hasta el punto de que más de una vez le reprocharon las religiosas, porque su proceder y excesiva blandura redundaba en perjuicio de la Comunidad. «Me costaría menos —dice en una carta— servir de suela de las alpargatas que calzan a las religiosas que sólo viven para odiarme, que verlas humilladas y sufriendo por mí» (158). Con todo, cuando el bien común lo reclamaba, también sabía proceder con energía (159).

Pero el punto que con más particular ahinco procuró la M. Angeles inculcar en sus religiosas fué el silencio y la abstracción de las criaturas. A fin de acostumbrarlas a la práctica de esta virtud, compró a las religiosas jóvenes unas pizarras para que si en hora de silencio tuvieran necesidad de hablar algo, lo hiciesen por escrito. Ya se comprende que si tanto encarecía e inculcaba el amor al retiro y al silencio, era sobre todo porque lo consideraba indispensable para el desarrollo de la vida interior y del espíritu de oración y para el ejercicio vivificante de la presencia de Dios. Este ejercicio de la divina presencia y el trato familiar y continuo del alma con Dios considera ella que es el medio más eficaz para santificar las almas y llevar a cabo los designios de amor que El tiene para con ellas (160). En lo cual coincide con Santa Teresa, quien, como es sabido, no se cansa en todas sus obras de encarecer los bienes que reporta la oración. Ella es la puerta para todas las mercedes del Señor: «cerrada ésta, no sé cómo las hará; porque, aunque quiera entrar a regalarse con un alma y regalarla, no hay por dónde, que la quiere sola y limpia y con gana de recibirlos» (161). Y como atinadamente observa también Poulain:

(157) Notas inéditas a la Autobiografía.
(158) Cartas, 25-4-1911, t. I, pág. 277.
(159) Cartas, 25-4-1911, t. I, pág. 275.
(160) Vida, IV, 8, pág. 309.
(161) Sta. Teresa, Vida, VIII, 9, pág. 79.

«Les saints ont presque tous pratiqué la *longue* oraison; c'est le chemin de la *haute* oraison». No que nuestros ejercicios hayan de ser largos de hecho, pues esto no siempre lo permiten nuestras obligaciones, sino que por nuestra parte busquemos y deseemos permanecer largo tiempo con Dios. Con esta disposición evitaremos precipitarnos por nuestro gusto en un torbellino de ocupaciones innecesarias y hallaremos tiempo para vacar a la oración. «¿Nous prétendons vouloir faire du bien aux autres; mais ne serait-il pas mieux d'abord de nous sanctifier davantage par le recueillement? En réalité, nous suivons nos gouts naturels et nous sommes bien aises d'avoir des prétextes de fuir les épreuves de la vie d'oraison et les fortes vertus auxquelles elle conduit» (162).

(162) Poulain, o. c., XXVIII, 24, págs. 559-60.

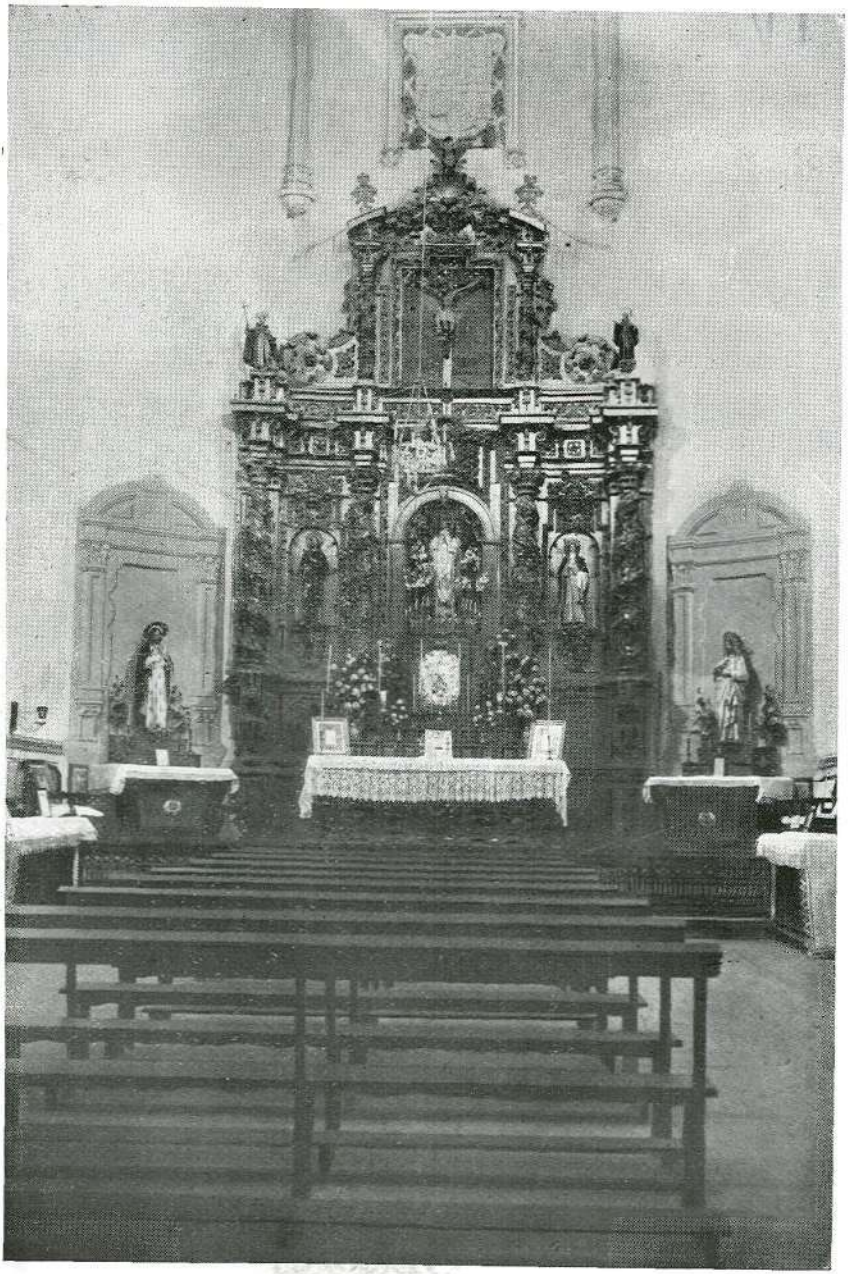
Conclusión general de la Segunda Parte o Vía Iluminativa

Hemos dado cima a la segunda gran etapa o época que distinguíamos en la vida espiritual de la M. Sorazu. Como se habrá podido observar, esta segunda parte constituye una época de perfiles propios y bien distintos, una etapa perfectamente definida y caracterizada del itinerario místico de la M. Sorazu, y sus características y propiedades vienen a justificar cumplidamente el nombre de Vía Iluminativa con que designamos esta segunda parte.

El rasgo o carácter más esencial consiste en la contemplación mística de los misterios de la vida de Cristo. Ya vimos cómo se hacía esta contemplación. Además, a lo largo de los dieciséis años que comprende esta segunda parte hemos advertido el progreso de su alma en cuanto al modo de seguir o contemplar dichos misterios. En efecto, en los primeros años, su consideración no pasaba más allá de la Santa Humanidad (capítulo VII). En el período siguiente, en cambio, penetra mucho más adentro en el meollo o razón última de tales misterios, los contempla como expresión o manifestación del amor eterno de Dios a los hombres, y, por lo mismo, en los distintos episodios de la vida de Jesús no tanto ve su Humanidad cuanto al mismo Dios Uno y Trino que se sirve de ésta para obrar la salvación de los hombres (cap. VIII). Finalmente, en el tercer período, sin abandonar la contemplación de dichos misterios, hemos visto a Sor Angeles sumergida en una segunda noche del espíritu, que tiene por objeto purgarla de todas las faltas que cometiera desde que salió de la primera, y adaptarla así de próximo para el estado de matrimonio espiritual (cap. IX).

Ocioso parece indicar que esta contemplación de los misterios de Jesús, este incansable afán por acompañarle en los diversos estados de su vida (y especialmente en el de su Pasión), nace del amor y se ordena al acrecentamiento del mismo amor y a la imitación de las virtudes que en el divino modelo resplandecen. Pero esta imitación de las virtudes no tanto es un

Taller de la fábrica de boinas «Elósegui», de Tolosa (Guipúzcoa), donde la sierva de Dios M. Angeles Sorazu trabajó de obrera



Iglesia del convento de la Purísima Concepción (Concepcionistas Franciscanas) de Valladolid, donde vivió y murió la sierva de Dios M. Angeles Sorazu

fin expresamente intentado y perseguido cuanto una consecuencia inevitable que sigue de suyo a la contemplación asidua y amante. Creemos que este punto merece explicarse brevemente. Decimos, pues, que la imitación de Jesús en Sor Angeles no tanto consistía en un propósito reflejo y calculado de copiar las virtudes del Hombre-Dios, sino que era más bien efecto necesario de un amor de caridad purísimo y generosísimo con que ella amaba a Jesús y cifraba toda su felicidad en que El fuese feliz, rico y lleno de gloria ; de un amor que le hacía desvelarse por apartar de su Amado todo motivo de dolor y padecimiento, todo agravio inferido a su bondad y todo lo que pudiera proyectar la más mínima sombra sobre su felicidad. Es literal y rigurosamente el auténtico «amor amicitiæ seu benevolentiæ», que cifra su felicidad en el bien del Amado. Pues bien, supuesto este amor, la imitación de las virtudes fluye como una consecuencia natural y necesaria, pues el amor perfecto impele instintivamente al amante a asemejarse y conformarse con el amado, a reproducir insensiblemente y casi sin darse cuenta los sentimientos, modos, rasgos y costumbres que contempla en el Amado. Y esto era literalmente lo que le pasaba a Sor Angeles. Esto mismo pudimos ya observar en la imitación de la Santísima Virgen que nos describió en la época de su «Purgatorio». El acendrado y finísimo amor de caridad con que ella amaba a Jesús y María era la fuente de las virtudes particulares que por asemejarse a estos soberanos amores practicaba y reproducía en sí. Estas virtudes no tanto constituían un fin intentado y perseguido por sí mismo, sino que eran el resultado de un amor que buscaba asemejarse y configurarse con el Amado.

No insistiremos aquí sobre el estrecho parecido que en esto guarda nuestra autora con el Seráfico Patriarca San Francisco de Asís, ya que estas mismas observaciones pueden aplicarse al pie de la letra al amor del Pobrecillo hacia Jesús y a su imitación de las virtudes de Cristo (163), si ya no es que deba decirse lo mismo de todos y cada uno de los santos, cuya santidad y virtudes no son sino el fruto de un amor ardiente, perfecto y desinteresado, constituyendo la prueba más hermosa y la confirmación más espléndida de este principio capital y clave de la vida espiritual cristiana, a saber, la eficacia transformadora del amor.

(163) Cfr. Jacobus Heerinckx, De momento caritatis in spiritualitate franciscana, «Antonianum», t. XIII (1938), pág. 24; P. Luis de Sarasola, San Francisco de Asís, libro 3, cap. I, págs. 317 y ss.

Se habrá podido observar también a lo largo de toda esta etapa la inquebrantable adhesión y devoción de Sor Angeles a la Persona de Jesús, Verbo Encarnado. Esta inviolable adhesión no es propia o exclusiva de esta etapa. La vimos en ella desde los comienzos de su vida espiritual, cuando se le mostró que el camino para la santidad no era otro que la contemplación e imitación de la vida de Jesús. La fidelidad de Sor Angeles a este camino que entonces se le revelara, ha sido constante y nunca desmentida. Incluso cuando sea levantada al estado de matrimonio espiritual, a las elevadísimas contemplaciones de la pura Divinidad, ella reconocerá que todo esto se lo debe a Jesús y es como un premio a esta adhesión que siempre ha mostrado a su Santa Humanidad.

En verdad, no puede menos de ponderarse el instinto certero y divino con que esta alma captó lo que constituye la esencia y el meollo más íntimo de la Teología e incluso de la Religión cristiana, que no es otro que la Persona misma de Jesucristo, en Quien y por Quien únicamente tenemos acceso a Dios y nos es posible realizar nuestro fin particular, «ya que en el pensamiento divino formamos una sola y misma cosa con Cristo» y «Dios no nos separa de su Hijo Jesús» (164).

Las luces infusas sobre los misterios de Cristo son el elemento característico de toda esta etapa que denominamos Vía Iluminativa. De suyo estas luces son cosa distinta de la contemplación infusa y pueden coexistir tanto con la contemplación adquirida como con la infusa. ¿Cuál de las dos tenía Sorazu por esta época? No es fácil determinarlo con los datos que poseemos, pero el desarrollo de los hechos referidos deja la impresión de que al descender Sorazu del estado de unión, se le cortó o suspendió la contemplación infusa y quedó con una contemplación adquirida semiordinaria, es decir, propia de quien anteriormente ha tenido la infusa, con abundancia, eso sí, de luces infusas acerca de los misterios de Cristo. Esto se hace tanto más probable cuanto que la contemplación infusa propiamente dicha no suele versar sobre estos misterios de Cristo, sino en sus fases superiores, como en su lugar veremos al describir la *Contemplación mixta* dentro de la Vía Unitiva. Desde luego, el período purificativo de la última parte de la Vía Iluminativa (capítulo IX), es claro que pertenece al orden de la contemplación infusa, como ya hemos visto.

(164) Columba Marmión, Jesucristo en sus Misterios, conferencia primera, pág. 13.

TERCERA PARTE

LA VIA UNITIVA

(1911-1921)

"La vía unitiva consiste en la recepción del Esposo". (San Buenaventura, De triplici via, cap. III, Preámbulo; ed. B. A. C., t. IV, pág. 143.)

Esta tercera parte abarca el último tramo de la vida de la M. Sorazu. Extiéndese desde su elevación al grado de matrimonio espiritual hasta su muerte. Comprende poco más de diez años, a saber, desde el 11 de junio de 1911 (día de su elevación al matrimonio espiritual), hasta la fecha de su muerte, 28 de agosto de 1921. En ella estudiaremos, pues, su vida mística a partir del día en que fué constituída en el sublime estado de transformación. Como apuntamos en la Introducción, uno de los méritos principales de nuestra escritora es, a no dudar, la extensión y detalle con que nos ha descrito y clasificado las diversas fases, vicisitudes y estados místicos por los que pasó su alma con posterioridad a su elevación al matrimonio espiritual. Trataremos, pues, en esta parte de presentar de la manera más clara y ordenada posible esta clasificación, que desde luego tiene el positivo valor de responder a una auténtica experiencia personal, como todo lo que ha escrito la M. Sorazu.

La historia de la vida mística de la M. Sorazu dentro del estado de transformación se divide en dos grandes períodos, que darán lugar a los dos capítulos en que abrazamos toda esta última parte. Estos períodos se llaman «La Contemplación simple de la Divinidad» y «La Contemplación mixta». El primero se desarrolla desde 1911 a 1915. En este primer período la M. Sorazu es elevada y sumergida en la contemplación de la pura Divinidad y recibe inefables favores de participación en los divinos atributos. Dichos favores llevan consigo tal abundancia y copia de dones de santidad y virtudes, que tornan al alma verdaderamente divina, endiosada. Es la condición y consecuencia dichosa de esta admirable junta y unión entre Dios y el alma que es el matrimonio espiritual. «Aunque en sustancia son diferentes —como dice San Juan de la Cruz—, en gloria y parecer el alma parece Dios y Dios el alma» (1).

Mas el año de 1915 se inicia un nuevo período, a saber, la contemplación mixta, la cual consiste en que, sin dejar la contemplación de la pura Divinidad, el alma es requerida a agregar a la misma «el aspecto externo que presenta Jesús». O sea, llega un momento en las ascensiones contemplativas del alma transformada en que ésta puede abrazar la Humanidad de Cristo y sus misterios, sin abandonar el místico lecho de la contemplación de la Divinidad. Hasta ahora no lo podía hacer por debilidad suya, por no ser capaz o no estar suficientemente adaptada para ello. En las cumbres más altas de la mística transformación reaparece, pues, de nuevo la Humanidad de Cristo, y el alma vuelve otra vez su mirada a aquellos misterios benditos que en otros tiempos constituyeron su ocupación favorita. Pero, ¡cuán diferente es ahora la manera de contemplarlos! Hay un abismo casi infinito entre el modo como entonces los seguía y la manera tan elevada y divina que tiene ahora de contemplar y participar dichos misterios.

Cada uno de estos dos grandes períodos se subdivide a su vez en diversos subperíodos y fases, como en su lugar lo iremos viendo. Nuestra labor se reducirá, pues, a presentar de la manera más clara posible la clasificación de la M. Sorazu, siguiendo paso a paso el Tratado y completando o aclarando a éste con datos tomados de otros escritos, sobre todo de las Cartas, siempre que haya lugar a ello. Creemos que esta exposición o clasificación de los estados y grados místicos después del matrimonio no dejará de constituir una novedad, de cuyo valor están llamados a juzgar los especialistas y maestros en el campo de la ciencia mística.

Finalmente, y aunque ello se colige ya de suyo después de lo dicho, digamos para terminar, que este último decenio es el que aparece marcado con rasgos más inconfundibles y salientes en la vida de la M. Sorazu. Su vida mística a partir de la entrega de 1911 ofrece rasgos tan singulares e irreductibles a cuanto llevamos visto hasta aquí, que justifican y exigen que este último decenio forme por sí solo una época aparte, que nosotros denominamos La Vía Unitiva.

---

(1) Cántico Espiritual, anotación a la canción 31, n. 1, pág. 599.

CAPITULO X

LA CONTEMPLACION SIMPLE DE LA DIVINIDAD

(1911-1915)

"Comencé a vivir una vida celestial y de gloria con Dios Uno y Trino, una vida de alegria y contento y de continua fiesta, pero en Dios y con Dios. Pareciame que a todas horas estaba oyendo cantar a V. R. el prefacio de la Stma. Trinidad, que todos los dias eran uno mismo, o sea, el dia y fiesta de la Stma. Trinidad, cuyo dia me parecia no se habia pasado ni cuya fiesta terminado, pues aun el dia de Corpus y fiesta del Corazon de Jesús me parecia que estaba rezando el oficio de la Stma. Trinidad."

(Cartas, 21 - 9 - 1911.)

Como lo está diciendo su mismo nombre, durante esta primera época la M. Sorazu vivió consagrada a la contemplación de la pura Divinidad, si bien ni aun entonces prescindía de la Humanidad de Cristo, como veremos. Dos períodos o estadios distingue ella dentro de esta primera época, a saber: la vida del alma en Dios y la vida de Dios en el alma. Estas denominaciones están tomadas del modo diferente como se ha el alma respecto de Dios (o mejor, Dios respecto del alma) en cada uno de estos dos períodos. En el primero el alma se siente como fuera de sí y adherida o incrustada en Dios. En el segundo, en cambio, Dios se presenta o revela dentro de la misma alma, y por eso se dice que vive Dios en el alma.

Dividimos todo el capítulo en cinco artículos: el primero describe cómo tuvo lugar la elevación de la M. Angeles al matrimonio espiritual y los caracteres del estado que se inaugura con este hecho. Los arts. II, III y IV estudian el período llamado La vida del alma en Dios. El art. V describe el otro período, o sea, la vida de Dios en el alma.

ARTÍCULO I

El matrimonio espiritual

1. LA ENTREGA DE LA STMA. TRINIDAD.—2. LA SEGUNDA MANIFESTACIÓN DE JESUCRISTO.—3. FIESTA PERPETUA DE LA STMA. TRINIDAD

1.—LA ENTREGA DE LA STMA. TRINIDAD. — En el capítulo precedente vimos que Jesús requirió a Sor Angeles para un nuevo y más elevado estado, a saber: para la contemplación de la Divinidad y la asociación a su vida gloriosa. Aquel requerimiento era la invitación próxima al matrimonio espiritual. Pero Sor Angeles, en aras de su amor a los misterios de la Vida de Cristo, que hasta ahora han constituído el objeto favorito de sus contemplaciones, solicitó un plazo para consagrarse por última vez a una contemplación más detenida y amante, si cabe, de dichos misterios, plazo que sirviera para cerrar dignamente con especiales obsequios aquella larga y dichosa etapa en que se dedicó a acompañar a Jesús en los distintos episodios y estados de su Santa Humanidad. Por sí misma nunca hubiera querido salirse de esta feliz ocupación, y únicamente sugestionada por el deseo de glorificar al Verbo Encarnado y de cumplir su divina voluntad, consintió en aceptar la invitación que se le hacía, para cuando hubiera expirado el plazo solicitado.

Con esto sumergióse por última vez en la contemplación de los misterios de Jesús con el ímpetu y vehemencia que cabe suponer. Veía claro que tardaría muchos años en volver a dichos misterios. Pasaron cinco o seis semanas y no acertaba a despedirse del objeto de su amor. Parecíale que habían sido muy pequeños e insignificantes los servicios y homenajes que había prestado a Jesús en los 17 años que tuvo la dicha de dedicarse a contemplar sus misterios. (Cfr. Ap. Doc. núm. 174.)

Nótese cómo ella misma señala la cifra de 17 años. Son exactamente los que comprende el espacio de su vida que nosotros hemos denominado La Vía Iluminativa, incluyendo en la cuenta las dos fechas extremas 1895-1911. El Tratado en el lugar paralelo intenta sólo dar un número aproximado al decir veinte en números redondos (2).

(2) Tratado, XV, pág. 166.

Pero he aquí que un día se le aparece Jesús nuevamente, significándole que ya está preparada para el nuevo estado y que ha sonado la hora fijada por la divina Providencia para su elevación a la divina unión. Al mismo tiempo que le significaba esto, le hizo ver los tesoros de santidad que El mismo había acumulado en su alma. Aniquilada con esta vista, se resignó enteramente en la voluntad de Dios.

Mas aun le quedaba una última prueba que padecer, con la cual acabaría de purificarse y adaptarse para el nuevo y supremo grado de unión. La Comunidad entró en Ejercicios Espirituales, que aquel año dirigía el P. Mariano. Durante los siete u ocho primeros días padeció la M. Angeles horrorosamente, hasta el punto de que enteramente olvidada de los requerimientos y promesas antecedentes, se persuadió de que era la criatura más infortunada y que no había más remedio para ella. Con esta última tribulación acabó de prepararse para la inefable merced que va a recibir. Recuérdese que a la entrega de 1894 también precedió inmediatamente otra prueba o tribulación semejante.

El día 11 de junio de 1911, sábado, víspera de la Stma. Trinidad y de la terminación de los Ejercicios, estando rezando nona en el coro, tiene presentimiento del favor que piensa concederle el Señor aquella misma mañana. En efecto, a las nueve próximamente, hallándose la Comunidad en el locutorio escuhando una plática del P. Director, al momento que éste pronuncia las palabras que le van a servir de tema para su plática («Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis»), se abre a la vista intelectual de Sor Angeles un horizonte divino en el que aparecen las tres divinas Personas. Al verlas, sintió la propia nada, pecado e indignidad como nunca lo había experimentado, pero lejos de rechazar la divina unión que el Señor le prometía, la pidió, y se dispuso para ella realizando innumerables actos con prodigiosa actividad. Y para lograr su pretensión, buscó a la Virgen Santísima en aquel horizonte divino donde se dejaba ver el Señor, y habiéndola hallado, la suplicó intercediese por ella ante las tres divinas Personas a fin de obtener el perdón de todos sus pecados y que el Señor se entregara a su alma. ¡Cosa admirable! Al ruego de la Virgen, inmediatamente las tres divinas Personas una a una se dejan caer en su alma y se establecen en ella. Al tiempo de la inefable entrega y en los momentos siguientes experimentó

Sor Angeles los efectos del fenómeno místico de las heridas de amor, con sus propiedades características, que ya conocemos.

Poseemos tres descripciones o relatos de esta entrega de Dios. La primera se encuentra en el libro V de la Autobiografía, la segunda en el capítulo XV del Tratado y la tercera en las Cartas. Todas tres las insertamos en el Apéndice (cfr. Ap. Doc. núms. 183, 184 y 185).

De estas descripciones podemos deducir las siguientes características o rasgos distintivos que sobresalen en esta entrega de Dios:

En primer lugar se advierte el fenómeno de la dilatación de la capacidad anímica, que era lo que le hacía experimentar aquel vacío y hambre de poseer a Dios, que tan de relieve se pone en el relato del Tratado. ¡Cuántas veces antes de ahora sintió esta misma hambre de Dios, y fué satisfecha por otras tantas entregas y comunicaciones divinas! Pero conforme ha ido progresando en santidad y unión con Dios, ha ido capacitándose para poseer a Dios en grado más alto, o sea, la capacidad del alma se ha ido dilatando más y más, las comunicaciones que antes la llenaran ya no bastan a saciar su hambre y por eso reclama poseer a Dios en grado más alto.

Otra de las características más señaladas de esta entrega de Dios es la parte visible que en ella tomó la Stma. Virgen. En efecto, la entrega de las Divinas Personas al alma fué a ruegos de la Señora, como un acto de obediencia o dependencia de Dios a las súplicas de su divina Madre. En una carta al Padre Nazario Pérez aduce la M. Sorazu este hecho de su vida como un caso en el cual tocó con las manos y palpó hasta la evidencia el poder de intercesión y la omnipotencia suplicante de la Señora (3).

Asimismo nos hallamos también en presencia del fenómeno místico de las heridas de amor, que ya conocemos. En efecto, una soberana infusión de amor divino acompañó a la entrega de las divinas Personas, arrancándole profundos gemidos ante la grandeza del dolor y del deleite que experimentaba, porque no tenía la naturaleza fuerzas bastantes para gozar tan inefable favor. Veíase metida en un mundo de fuego, donde no veía ni sentía otra cosa que el amor, el amor de Dios influyendo en ella soberanamente. Enajenada por la fuerza del amor que sentía por

(3) Cfr. Op. Mar., pág 26

su Dios, gemía de cuándo en cuándo, como si alguien la flechara con dardo de fuego abrasador...

2. LA SEGUNDA MANIFESTACIÓN DE JESUCRISTO.—Finalmente, en la precedente entrega de las divinas Personas ve ella cumplido a su favor de una manera mística, o sea, percibida experimentalmente por el alma, el texto evangélico: «Si alguien me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (4). El cumplimiento de este texto constituye la segunda de las tres manifestaciones a que hace referencia el título del Tratado (La vida Espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo). Jesús ha cumplido a favor del alma el segundo premio, el primero vimos cómo lo cumplió a lo largo de toda la Vía Iluminativa. Ya sólo resta el tercero, para que se complete el triple galardón con que El recompensa en esta vida la fidelidad de su amante esposa.

Pero no se redujo todo al inefable favor del sábado, que hemos descrito. Por las Cartas sabemos que a la mañana siguiente, fiesta de la Stma. Trinidad, en el momento de comulgar, las tres divinas Personas se entregaron nuevamente a ella una por una y todas tres juntas, y al punto se dejó ver Dios de su alma colocado en la misma alma «con mucha Deidad y Majestad». Después, al cantar en la misa el P. Mariano el prefacio de la Trinidad, «sin perder de vista a Dios en mi alma ni dejar de experimentar los efectos de esta presencia de Dios en mi interior, empecé a verle en un lugar que parecía el cielo», y le parecía ver en Dios todos los misterios que se indican en el citado prefacio. Las ideas e inteligencias recibidas en esta visión le quedaron en hábito, por lo cual cogió la costumbre de tomar dicho prefacio a modo de oración y contemplación, y apenas podía empezar a recitarlo sin experimentar un cambio, por muy atribulada que estuviese (5).

Esta entrega de la Santísima Trinidad señala la elevación de la M. Sorazu al matrimonio espiritual y el comienzo de una etapa totalmente nueva en su vida. Es la vida en el sublime estado de transformación. ¡Lástima que para describirla no contamos ya con la Autobiografía! Esta preciosa obra concluye precisamente con la narración de la entrega de Dios que tuvo lugar el sábado, víspera de la Santísima Trinidad. A continua-

(4) Jo 14, 23.
(5) Cartas, 21-9-1911.

ción, después de haber relatado dicha entrega, pone la M. Sorazu una nota por vía de apéndice en la que dice que el que desee saber su vida espiritual posterior a esta entrega, lea el Tratado desde el capítulo XV en adelante, y se limita a señalar escuetamente la manera concreta, el lugar del convento y la fecha en que se cumplieron algunas de las mercedes que el Tratado describe despojadas de estas circunstancias individuantes. Véase en el Apéndice esta nota final de la Autobiografía (cfr. Ap. Doc. núm. 186). A su tiempo haremos el debido uso de estas indicaciones.

Dicho se está con esto que de aquí en adelante habremos de servirnos del Tratado como de fuente principal y casi única, completando o aclarando a éste por las Cartas, siempre que a ello haya lugar. A la verdad, las Cartas de este período no son muy ricas en noticias referentes a su vida mística. Desde luego es inútil ir a buscar en ellas una descripción o clasificación ordenada y completa, como nos la da el Tratado. Si no poseyéramos éste, con solas las Cartas nos sería absolutamente imposible reconstruir la riquísima vida mística de este período. Repugnaba mucho a la M. Sorazu ponerse exprofeso a contar las sublimes gracias y estados por que pasaba, y así vemos que muchas veces, y especialmente en este período, cumplía su obligación de escribir a su Padre espiritual refiriéndole ciertas cosas más bien accidentales o de menor importancia (como escrúpulos, dudas, ciertas faltas en que había incurrido o cosas de la vida externa) y rehuía el entrar a fondo en la relación de su altísima vida mística. Así, por ejemplo, poseemos bastantes cartas escritas poco después de la entrega del 11 de junio y en ellas no habla nada de esta sublime merced ni del nuevo estado iniciado en su vida. Fué preciso que el P. Mariano le obligara a referir las gracias recibidas desde la fiesta de la Santísima Trinidad, y sólo entonces escribió la carta que lleva fecha 21-9-1911 en que relata la precedente entrega y otras mercedes posteriores. (Cfr. Ap. Doc. núm. 188.)

3. Fiesta perpetua de la Santísima Trinidad.—La nueva vida que se inició al ser elevada la M. Sorazu al nuevo grado de unión, la resume ella misma diciendo que el alma vive en una especie de fiesta perpetua de la Santísima Trinidad. Su vida se ha simplificado en la contemplación de Dios Uno y Trino. La Encarnación se le aparece como un episodio de la vida divina y eterna del Verbo. A la Virgen y demás bienaventurados los ve como incluídos en la historia eterna del Verbo (cfr. Ap. Doc. número 187).

¡Magnífica síntesis la que se apunta en estas breves líneas! Es la visión sencilla, a la par que grandiosa y verdadera, de la realidad sobrenatural. En el centro de este panorama aparece únicamente Dios Uno y Trino, infinito, inenarrablemente feliz en el misterioso comercio de sus inefables relaciones ad intra. Mas he aquí que la segunda Persona de la Santísima Trinidad tiene a bien asumir y asociar a Sí en unidad de Persona una Humanidad creada, sobre la cual derrama todo un abismo de gracias y tesoros divinos. Incorporados, agregados a esta Humanidad del Verbo conseguirán también su participación en la vida divina todas las otras criaturas racionales, integrando el gran cuerpo místico de Cristo. Tal es el plan de Dios. En Cristo, con Cristo y por Cristo tienen todos la posibilidad de acceso a Dios. En el pensamiento divino formamos una sola cosa con Cristo. Dios nos ama y nos acoge en cuanto somos para El una suerte de prolongación o extensión de su Hijo muy amado. Por eso dice Sorazu que contempla a los bienaventurados como incluídos en la historia del Verbo. Es la visión genuinamente teológica de la realidad.

Una vez llegada aquí, no tiene ya el alma que caminar (continúa Sorazu exponiendo su nueva condición). Ha entrado en la sala del festín, y sentada a la mesa del perenne banquete que la Trinidad le presenta en su divinidad infinitamente perfecta, espera tranquila y gozosa los platos que reclama su hambre infinita de Dios; no tiene que fatigarse para buscar la vida que Dios ha puesto a su disposición. Mas Dios se eleva a medida que se dilata la capacidad del alma, por lo que necesita alas para elevarse hasta El y volar en la esfera de su Divinidad del conocimiento y amor de una perfección divina en otra. Estas alas son la segunda y tercera Personas de la Trinidad, que Dios Padre entrega al alma perpetuamente, para que informado su entendimiento en el Verbo y su voluntad en el Espíritu Santo, lo contemple y ame con su misma ciencia y amor y lo glorifique con su misma gloria. «Su aprovechamiento, pues, consiste en adherirse al Verbo y al Espíritu continuamente, y en unión de estas Personas divinas, contemplar, amar y glorificar al Padre y hacer su felicidad, y tanto más progresará en la perfección cuanto con más fervor y asiduidad practique dicho acto de adherencia.»

«Quis dabit mihi pennas sicut columbæ et volabo et requiescam?», decía el alma antes de su elevación al presente grado. Ahora Dios Padre la ha revestido de estas alas, no de paloma, sino de águila grande, puesto que son el Verbo y el Espíritu

Santo, las mismas con que Dios franquea el infinito espacio que separa a su inaccesible naturaleza de la creación.

«Ecce elongavi fugiens et mansi in solitudine». Merced a estas potentes alas ha volado a refugiarse en la «soledad unísima y simplicísima de Dios, en su Trina Unidad, única verdadera soledad, pues fuera de la Divinidad no hay nada simple, sino que todo es compuesto, y donde hay composición no puede haber unidad ni soledad verdadera. ¿Quién sino Tú, Padre Santo, me dará esas dos alas de paloma, o mejor, de águila grande, que necesito para volar a Ti y descansar? Dámelas, Dios mío; entrégame tu Hijo Unigénito y tu Espíritu Santo, no una, sino infinitas veces y adherida a estas dos Personas divinas que te dignaste enviar al mundo —la una por la Encarnación y la otra por su difusión maravillosa—, volaré a tu seno y contemplaré tu Bondad y te amaré con la misma luz y amor divino con que Tú mismo Te contemplas y amas.»

Quiere volar en el seno mismo de la Divinidad infinita, de un atributo divino en otro, haciendo suyas las perfecciones y relaciones divinas que contempla y ama, porque no le basta ya contemplarle con su limitada capacidad, sino que siente la imperiosa necesidad de hacerlo con su Inteligencia y Corazón divinos, en su Verbo y su Espíritu. Benditos los que vienen en el nombre del Señor —el Verbo y el Espíritu— (6). ¡Gloria a estos dos misioneros de la Divinidad!

He aquí el lenguaje característico de las almas constituídas en el sublime estado de transformación. Estas expresiones repetidas e insistentes de que conocen a Dios por su pensamiento eterno y le aman por su amor infinito, son la traducción de lo que ellas experimentan y palpan, a saber, la participación de Dios a los actos del alma divinizada por la gracia. En efecto, por la gracia participamos de la naturaleza divina, una savia divina circula por nuestras facultades, deificándolas. Pues bien, esto el alma mística lo percibe y experimenta, y es una realidad tan inefable, que al quererla expresar, a veces parecen incurrir en exageraciones o profieren ciertas expresiones que parece no toman suficientemente en cuenta la distinción esencial e irreductible entre Dios y la criatura. A la Teología incumbe poner en su lugar con sus precisiones el sentido de tales expresiones (7).

(6) Tratado, XV, págs. 171-4.
(7) Poulain, o. c., cap. XIX, 14, pág. 300.

Veamos ya de describir en el siguiente artículo la vida mística de nuestra protagonista en el primer período, que ella denomina «La vida del alma en Dios».

ARTÍCULO II

La vida del alma en Dios

1. CARÁCTER GENERAL DE ESTE ESTADO.—2. PRIMERA FASE: DE HENCHIMIENTO O VIDA DESBORDANTE.—3. SEGUNDA FASE: PERÍODO DE EXPECTACIÓN.—4. *SUFRIMIENTOS QUE PROVIENEN DE* DIOS; ANSIAS POR PARTICIPAR EL ATRIBUTO DE LA JUSTICIA.—5. SUFRIMIENTOS QUE PROVIENEN DE LAS CRIATURAS.—6. SUFRIMIENTOS QUE PROVIENEN DEL DIRECTOR.—7. SUFRIMIENTOS QUE LE OCASIONA EL TENER QUE DEDICARSE A ESCRIBIR

1. CARÁCTER GENERAL DE ESTE ESTADO.—Relatando Sor Angeles a su Padre verdad los estados de vida por que ha pasado en épocas anteriores, le escribe en estos términos: «...me parece he vivido con Jesús muchos años en el pesebre, muchos en Nazaret, muchos en el desierto y así en todos los demás lugares donde se ha hecho presente a mi alma.» Y concluye la enumeración de dichos estados con estas palabras: «hasta que me ha colocado donde estoy, *en Dios*» (8). Estas palabras finales se refieren al presente estado que ahora nos toca estudiar. Sor Angeles se siente constituída de modo permanente y definitivo *en Dios*.

Acabamos de ver en el artículo precedente que desde la entrega de la Beatísima Trinidad siente a las Tres Divinas Personas presentes en el fondo de su alma (cfr. Ap. Doc. núm. 187). Sin embargo, ahora advierte que más bien es ella la que se halla como metida en Dios Uno y Trino. Se ve como fuera de sí misma y adherida o incrustada en Dios, por la parte que representa sus pies o como una orla que cuelga de su regio manto (aunque Dios no tiene pies ni vestido). Mas aunque lo aprehende fuera, en realidad no está Dios fuera, sino que mora en la región superior del espíritu. (Cfr. Ap. Doc. núm. 189.)

(8) Cartas, 21-4-1912.

En este estado Dios Uno y Trino es el objeto único de su contemplación. En Dios posee también a Jesucristo, más como Dios que como Hombre. Con todo, hay momentos en que reaparece a la vista del alma como Hombre-Dios para sumergirse en seguida en el fondo del infinito abismo de la Divinidad (cfr. Ap. Doc. núm. 190).

Siente la presencia de la Humanidad de Cristo a través de la esencia y perfecciones divinas que contempla. Por eso este estado se llama también con rigurosa propiedad «La vida del alma *con Jesucristo* en Dios» (9). O sea, tanto el alma como Jesucristo están en Dios, y allí es donde el alma posee a la Stma. Humanidad.

Las solemnidades de Jesucristo que celebra la Iglesia, las celebra ella igualmente *en Dios,* «a la manera que lo hacen los bienaventurados que en Dios ven todos los misterios de Jesús» (10). Experimenta desagradable impresión y alejamiento de Jesús cuando busca a Este fuera de Dios, que habita en su alma; por eso no celebra las fiestas al modo que antes solía, cuando acompañaba a Jesús en el Sagrario, en Belén, en el Calvario, etc., sino que todos estos misterios los aprehende por misteriosa manera *en Dios.*

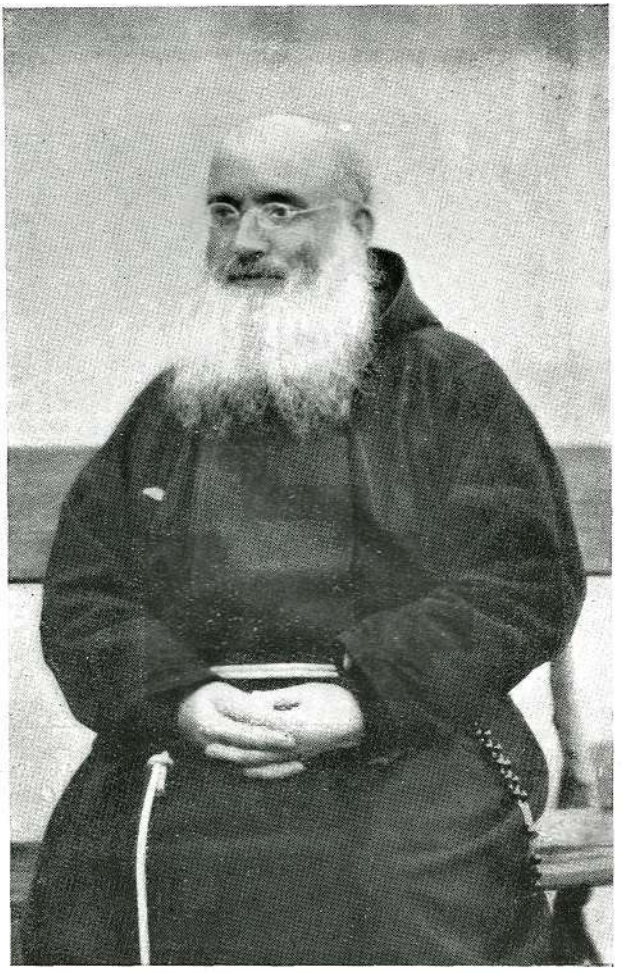
Esto que atestigua el Tratado, aparece igualmente confirmado por las Cartas: en la festividad del Corpus no pudo salir de Dios para rendir sus homenajes a Jesús en la Eucaristía, sino que tributó culto a Jesús Sacramentado en y desde el seno de Dios (cfr. Ap. Doc. núm. 191).

Esta desagradable impresión y alejamiento de Jesús que experimenta cuando busca a Este fuera de Dios, prueba —dice la misma M. Sorazu— que ese Dios a quien aprehende como fuera de ella y en quien posee a Jesús, no está en realidad fuera, sino que mora dentro de ella (cfr. Ap. Doc. núm. 192).

Dentro de este estado del alma que vive en Dios, distingue la M. Sorazu cuatro fases o subperíodos, que iremos analizando en las páginas y artículos siguientes.

2. PRIMERA FASE: DE HENCHIMIENTO O VIDA REBOSANTE.— Esta primera fase fué la que siguió inmediatamente a la entrega de la Santísima Trinidad. Su característica más destacada fué la vida rebosante, la sensación de llenura que causaban en su alma las divinas comunicaciones. El alma sentía plenamente sa-

(9) Tratado, XVII, pág. 185; XIX, pág. 225.
(10) Tratado, XVI, pág. 181.



M. R. P. Mariano de Vega, Capuchino, director espiritual de la sierva de Dios M. Angeles Sorazu

Dibujo original de la sierva de Dios M. Angeles Sorazu. «*Sub umbra illius quem desideraveram sedi*». *(Véase pág. 271)*

ciada su hambre de Dios, su capacidad estaba llena y colmada. Juntábase a esto una dichosa impresión de júbilo, el sentirse asociada a la beatitud divina y participante de su gloria y felicidad inenarrable.

Véase en el Ap. Doc. núm. 193 la preciosa página en que nos ha dejado la descripción de esta primera fase. Percibimos a través de ella la huella o rastro de las intensas emociones vividas por su alma bajo la influencia de las poderosas y excepcionales gracias pasivas. Nótese cómo amontona epítetos y expresiones que significan títulos de grandeza o perfecciones de Dios, como para acertar a traducir de algún modo la gloria y majestad de Dios que ella gustara y sintiera tan vivamente en este estado. Asimismo nos relata las expresiones que como maniática o ensimismada repetía a modo de sonsonete acariciado, dándole ocasión de saborear una y otra vez las perfecciones divinas con las que dichas expresiones guardan relación (sobre todo su gloria y beatitud inefable).

Esta impresión de vida desbordante la impele a compartir con otras almas los tesoros de gracia que a ella tan abundantemente se le comunican. Sobre todo siente particular inclinación a remediar las miserias de las almas pecadoras. Parécele que su alma es un abismo sin fondo capaz de absorber todos los crímenes de la humanidad, cual si ella fuera la divina Misericordia o la representara en la tierra (cfr. Ap. Doc. núm. 194). ¡Sabe Dios de qué actos de apostolado y conversiones de pecadores son eco estas palabras, conversiones que con sus entrañas maternales y divino cariño promoviera la Abadesa de la Concepción desde las rejas de su encierro! Las Cartas confirman también este detalle de la inclinación que sentía por los pecadores en este estado (cfr. Ap. Doc. núm. 195).

Finalmente, hasta Jesús Crucificado se mostraba a su alma en la Cruz lleno de gloria y beatitud, produciéndole gozo inefable (11).

3. SEGUNDA FASE: PERÍODO DE EXPECTACIÓN.—A la precedente fase de vida rebosante, que fué relativamente de corta duración, se siguió otra de caracteres enteramente contrarios: las divinas comunicaciones, que antes la henchían, ahora acrecentaban el hambre de Dios, dilatando la capacidad del alma y hacién-

(11) Cartas, 8-10-1911.

dola experimentar una profunda sensación de vacío, acompañada de ansias vehementes de poseer a Dios en grado más alto hasta transformarse y fundirse en El toda (12). En este nuevo período Dios se ha con el alma como una madre con su hijo hambriento que anhelante busca su seno para saciarse, y ella, para probar su paciencia y amor, le da a gustar el pecho por unos momentos y en seguida se lo retira, vuelve a dárselo y a quitárselo, o como la llama de fuego que embiste el madero que yace en el fogón y se vuelve a retirar, vuelve a embestir de nuevo y a retirarse otra vez, repitiendo así sus tentativas antes de que definitivamente se apodere de él (13).

En estas imágenes del fuego embistiendo momentáneamente al leño y de la madre que da a gustar el seno a su infante tan sólo por unos momentos, se significan modos de comunicación divina que responden al concepto genérico de las heridas de amor. El definitivo apoderarse Dios del alma concediéndole la satisfacción cumplida de sus angustias amorosas, tendrá lugar en la fase siguiente, o sea en la tercera, mediante el soberano favor de los toques sustanciales.

El presente período reviste además carácter purificativo y doloroso. A cuatro grupos o especies podemos reducir los sufrimientos del alma en dicho período, según el lugar de origen de donde provienen:

4. SUFRIMIENTOS QUE PROVIENEN DE DIOS. ANSIAS POR PARTICIPAR EL ATRIBUTO DE LA JUSTICIA.—Las divinas comunicaciones penetran en el alma como influencia dolorosa y deleitable a la vez, pero más penosa que sabrosa (14). La luz divina (otra vez la luz purgativa) muestra al alma sus pequeñas faltas y defectos, «los cuales se le presentan como altísimas montañas y por ellos padece penas indecibles por ser contrarios a Dios y causa ocasional de la dilación de las comunicaciones divinas que espera» (15). ¿Qué defectos y faltas eran éstas? El haberse entretenido en algunas ocupaciones superfluas,

"más las expansiones naturales del corazón, el extremado amor —aunque inocente— con que amó a las criaturas en sí mismas o por sí mismas, sin mirar a Dios; el afán con que buscó su apoyo y quizá la correspondencia,

(12) Tratado, XVII, pág. 190.
(13) » » » 192.
(14) » » » 191.
(15) » » » 194.

compasión y aprobación de las mismas y sus cuidados y asistencia en las necesidades corporales y espirituales." (16).

"Dios, cuyo nombre es Zeloso y que quiere ser amado El solo —como dice la Escritura—, siente mucho los extravíos del corazón humano, sobre todo en las almas que favorece con predilección, en quienes persigue de muerte todo afecto puramente humano, por inocente que sea." (17).

La M. Sorazu se da muy bien cuenta de que en esta materia de afectos Dios es mucho más riguroso con ella que con otros, le exige el sacrificio de afectos humanos perfectamente lícitos e inocentes. Es que a almas como la suya, favorecidas con su predilección, pide en esta materia mucho más de lo que pide al común de las almas ordinarias. La expresión «almas que favorece con predilección» como esta otra «almas favorecidas con gracias de predilección» y otras similares en que aparece siempre esta idea de predilección por parte de Dios respecto de un alma, significa, en el modo de hablar de Sorazu, almas como la suya, favorecidas con comunicaciones divinas y gracias místicas. A estas almas, pues, por lo mismo que Dios las distingue con particular amor, no les permite estas afecciones naturales que en otros pudieran ser perfectamente lícitas.

Otro fenómeno señaladísimo y propio de este período fué la particular atracción por el atributo de la divina Justicia. Ansiaba el alma identificarse con este divino atributo, asimilárselo para tornarse justa, santa y divina. Este fenómeno tiene relación con el carácter purificativo de este período; se reconocía antítesis de la divina Justicia por sus pecados y deseaba su rehabilitación por vía de justicia, no de indulgencia. Véase en el Apéndice Documental núm. 196 la hermosísima página en que nos describe las incontenibles ansias que experimentaba de verse sometida a las exigencias adorables de este divino atributo. El pasaje es notabilísimo, tanto por la novedad u originalidad de sus ideas cuanto por el realismo y crudeza de sus expresiones, que reflejan la intensidad y vehemencia extraordinaria de dichas ansias. Adviértese además en este texto la presencia inequívoca de las heridas de amor, al decirnos que sus fuerzas se agotaban de puro gemir (cfr. Ap. Doc. núm. 196 d). Y poco más adelante, en el mismo capítulo del Tratado, dice también: «Esta noticia... arranca de su corazón profundos gemidos que agotan sus energías físicas» (18). Este gemido delata la presencia en su

(16) Tratado, XVII, pág. 193.
(17) » » » 194-5.
(18) » » » 192.

alma de rápidas e intensas infusiones de amor pasivo (heridas de amor), cuya fuerza y efectos no podía sufrir la naturaleza sin quebranto.

Cuando el alma, enamorada de la Justicia, como hemos dicho, busca y solicita este divino atributo, Jesús, como para probarla, se hace encontradizo con ella en el atributo de la Misericordia. El alma adora sí a Jesús y rinde sus homenajes a su Misericordia, pero huye de este atributo para buscar el de la Justicia, que constituye el objeto de su solicitud y de sus ansias en este estado. Mas he aquí que nuevamente se le presenta Jesús diciéndole que no busque a la Justicia en otra parte, pues El ha identificado ambos atributos (Justicia y Misericordia) en su divina Persona, en virtud de su muerte expiatoria. (Cfr. Ap. Doc. núm. 197.)

Estas referencias abstractas del Tratado las hallamos revestidas de los oportunos datos individuantes en la nota final que colocó la M. Sorazu a la conclusión de la Autobiografía. En ella se lee, en efecto:

"El beso que recibi de Jesus en el misterio de la Encarnacion, que refiere el Capitulo XVII, tuvo lugar en la celda prioral, y uno de los encuentros de la divina Misericordia personificada en Jesucristo, que refiere el mismo Capitulo, se verifico en la salita situada junto al confesonario. Y como huyese yo de la divina Misericordia para buscar la Justicia, me meti en el cuarto oscuro, a donde me siguio, y alli fue donde vi a la divina Misericordia identificada con la Justicia en el Verbo Encarnado." (Ap. Doc. n.º 186, a.)

5. SUFRIMIENTOS QUE PROVIENEN DE LAS CRIATURAS.—Padeció además en este período un desamparo universal de las criaturas.

"Consiste este desamparo, no en que realmente la abandonen las criaturas, sino en su capacidad casi infinita o excepcional para amar que reclama correspondencia infinita, que no ve en ninguna criatura, las cuales le parecen frias, mezquinas y egoistas, en comparación del ardiente, inmenso y puro amor que siente en su corazon." (19).

6. SUFRIMIENTOS QUE PROVIENEN DEL DIRECTOR.—Otra fuente de sufrimientos fué el propio director, el mismo P. Mariano, su Padre-verdad (20). Y esto por varias causas. En primer lugar, por su trato un tanto reservado y serio. Esto a Sor Angeles le hacía sufrir mucho y constituía como un muro de división que le impedía la plena confianza a que estaba llamada con el direc-

(19) Tratado, XVII, pág, 194.
(20) » » » 195 y ss.

tor. Ya vimos cuánto bien le hizo el trato cariñoso de su anterior director, el Sr. Deán. Las demás criaturas ya podían tratarla como quisieran, pero en su director necesitaba ver cariño y amor para con ella, aun cuando la reprendiera y castigara, y la razón era ésta: Dios le exigía tratar con su director con la misma confianza con que trataba con El, y como Dios le mostraba siempre a ella un cariño todo paternal y divino; por esto no podía menos de experimentar penosa impresión al chocar con la frialdad del que era su representante. Para que ella pudiera cumplir a perfección su obligación de ver en él a su Dios visible, necesitaba que se le mostrase rodeado de los mismos rasgos de bondad con que se comunicaba siempre a ella su Dios querido. En varias cartas se atrevió a insinuar al P. Mariano esta necesidad de que la tratara con cariño (21). Véase lo que el P. Mariano contestó a esta insinuación:

"Con toda verdad digo y debo asegurar a mi hija espiritual que te amo mucho, muchísimo, en Dios y por Dios y con un amor todo divino, nada terreno; pues todo divino es el origen de donde viene y emana tal amor, esto es, el mismo Dios. Y este divino amor es la verdadera causa y movil verdadero de todo cuanto he hecho, hago y pienso hacer (cada vez más) por el bien de tu alma, a la cual quiero elevar al elevadísimo grado de santidad a que Dios la tiene destinada y al cual ciertamente llegará no tardando mucho. Pruebas de este amor te he dado no pocas, y aunque no soy meloso ni cariñoso a lo humano, con todo, las mejores pruebas de amor y cariño siempre han sido, son y serán las obras. Pero como tu apenas has tenido otro trato que con la Divinidad, con Dios, claro que al tratar con la humanidad, con la corteza del hombre, resulta que te fijas demasiado en la parte exterior del árbol y no en el corazón y frutos producidos. Con todo, pide al Señor me de en abundancia de aquella miel con que nuestra Purisima Madre dulcificó y enmelo al melifluo San Bernardo." (22).

Contestación que revela cuán bien conocía el P. Mariano a su dirigida y se daba cuenta de la fuente de donde nacía esta a primera vista extraña necesidad de cariño. En otra carta le dice ella que su última visita le ha aprovechado cual ninguna, siendo la causa esta mayor bondad que ha visto en él para con ella. Y añade:

"Esta bondad trabaja mi espiritu de una manera que no sé lo que me pasa. La idea del amor de Dios y de la caridad y bondad de V. R. hacia mi alma es un fuego divino que me abrasa y eleva hasta Dios de un modo que no puedo expresar, pero tan eficaz que me cambia por completo, porque me diviniza." (23).

---

(21) Cartas. 24-10-1911; 8-1-1912.
(22) Carta del P. Mariano, 12-1-1912.
(23) Cartas, 15-4-1912.

Aparte de esto, el P. Mariano fué causa inconsciente de otros sufrimientos, más terribles aún, por razón de su actual estado místico. En efecto, ateniéndose a deseos que ella misma le expresara en épocas anteriores, le recordaba con frecuencia sus pecados. Esto que en otros estados le aprovechaba, ahora le hace sufrir horriblemente y por misteriosa manera, porque le recuerda la divina Misericordia, cuando ella ansía su rehabilitación por vía de Justicia. (Cfr. Ap. Doc. núm. 198.)

Este extraño e insistente anhelo por satisfacer a la divina Justicia está perfectamente de acuerdo con la doctrina de la Iglesia. Sabido es, en efecto, que el Concilio de Trento definió, con gran escándalo de los protestantes, que cuando Dios perdona el pecado queda todavía de ley ordinaria un reato de pena temporal que debe satisfacerse en esta vida o en la otra (24) : es el tributo que se ha de pagar necesariamente a la divina Justicia. Precisamente esta verdad es la que explica la existencia del Purgatorio, que asimismo escandaliza tanto a los novadores, que la califican de «horrible blasfemia contra Cristo» e «invención de Satanás para desvanecer la cruz de Cristo», etc. Mas he aquí que un alma sencilla, sin conocimientos teológicos ni pretensiones especulativas lo ha experimentado así en sus relaciones divinas, viniendo a confirmar de la manera más inesperada la doctrina infalible de la que es columna de la verdad ; y como ella misma se explica, esto no deroga en nada a los méritos de Cristo ni a la divina Misericordia. Como acertadamente observa también ella, esta misma inclinación que sentía por satisfacer a la divina Justicia, se da asimismo en las almas del Purgatorio, las cuales jamás aceptarían una condonación gratuita, sino que ansían vivamente pagar a la Justicia de Dios y restablecer de alguna manera el orden lesionado, ya con los sufragios que otros aplican por ellas, ya con las penas que gustosas aceptan. Y en fin, esta misma doctrina se supone en el concepto de las indulgencias : cuando la Iglesia concede una indulgencia, lo que hace es poner a nuestra disposición el tesoro de satisfacciones de Cristo y de los Santos para que con ellas paguemos a la divina Justicia lo que nosotros debemos pagar por nuestros pecados. Queda, pues, siempre en pie la ley antedicha de que se ha de reparar el orden lesionado y satisfacer de algún modo a la divina Justicia.

7. SUFRIMIENTOS QUE LE OCASIONA EL TENER QUE DEDICARSE A ESCRIBIR.—En tercer lugar cita en el Tratado las penosas obe-

(24) Ses. VI, can. 30; D. 840.

diencias y «trabajos escriturarios», como causa de sufrimientos ocasionados también por el director (25). Penosísimos fueron, sin duda, estos sufrimientos, como veremos, mas bien podemos bendecirlos, pues sin ellos no poseeríamos hoy la preciosa e incomparable Autobiografía. A ella, en efecto, se refiere en este lugar, pues en la presente época este era el «trabajo escriturario» a que se dedicaba por mandato del P. Mariano. A dos podemos reducir los sufrimientos principales que describe por causa de tener que dedicarse a escribir: primeramente, «el acomodarse a los limitados términos del humano linaje para dar forma a sus trabajos y expresar sus conceptos» (26). Ya se comprende que el tener que poner por escrito sus contemplaciones puramente espirituales e indistintas tenía que costarle un trabajo penosísimo. Era preciso traducir aquellas realidades elevadísimas al *lenguaje humano, verterlas en moldes que forzosamente* resultan imperfectos e inadecuados, como que no han sido hechos para expresar este extraordinario modo de conocer. Su inteligencia había sido elevada a verdades que trascienden la fuerza del espíritu humano y para las cuales ella no hallaba términos. «Pedid a un sabio —dice Poulain refiriéndose a esta impotencia para describir lo aprehendido en el éxtasis—, pedid a un sabio que os explique las profundidades del Cálculo infinitesimal con el vocabulario de los niños o de los pastores» (27). Y el P. de Bonniot añade: «Ni es bastante decir que la lengua, hecha para las operaciones ordinarias del espíritu humano, resulta insuficiente; las ideas mismas, estas ideas por las cuales nosotros comprendemos todo, porque ellas son la base de nuestros juicios, no se aplican a las intuiciones del éxtasis, que son de un orden infinitamente superior» (28).

Pero sobre todo, el ocuparse en escribir le producía una violencia y tormento sobre toda ponderación, porque le obligaba a permanecer como atada al tiempo, «a la opuesta orilla que separa a Dios del mundo material» (29), cuando sentía un vehemente impulso que le arrastraba a perderse en El. Y esta violencia tenía que hacérsela no sólo en las horas precisas que dedicaba al trabajo de escribir, sino en toda la temporada que se ocupaba en dicho trabajo, pues si cedía a «la fuerza de atracción que hacia

(25) Tratado, XVII, pág. 197 y ss.
(26) » » » 198.
(27) O. c., XVIII, 30, pág. 263.
(28) «Le miracle et ses contrefaçons», part. II, cap. VII, n. IV; ed. París, 1895, pág. 373.
(29) Tratado, XVII, pág. 199.

Dios la arrastra», se incapacitaba luego para proseguir su tarea escrituraria. Por lo cual,

"aun en el tiempo libre tiene que renunciar a la apremiante necesidad que tiene de perderse en Dios, y en la oración tratar con El como de lejos, sin salvar el abismo que media entre lo infinito y los asuntos temporales, limitados términos y formas humanas en que se ocupa" (30).

"Sentirse arrastrada hacia Dios con fuerza irresistible, favorecida con el don de la contemplación, revestida de potentes alas para volar y permanecer atada al tiempo y a las criaturas por las obras de celo o el trabajo escriturario que completamente absorbe su atención, es un tormento tan insoportable, que sólo puede ser comparado con la pena de daño que padecen las almas en el Purgatorio." (31).

La intensidad de estos sufrimientos era tal, que en cierta ocasión se atrevió a hacer a su director la siguiente conminación o especie de amenaza:

"¡Ay, Dios mío!, pueda ser que en el Tribunal de Dios sea mi alma el mayor enemigo de V. R. por haberme hecho sufrir tanto, y sufrir tanto que más no puede ser. Algunas veces me enfado con V. R. por esto, o si no me enfado, siento cierta frialdad o indiferencia, como si dijera "no le quiero ni quiero nada con el que me ha hecho sufrir mucho." (32).

Por esta razón le concedía el P. Mariano de rato en rato vacaciones, o sea, pausas en el trabajo de escribir, para que en dichos días pudiera dedicarse a su placer, a la contemplación (33). Acerca de estas «vacaciones» hay muchas noticias y referencias en las Cartas. Con fecha 8 enero 1912 escribe a su Padre que se le acaban las vacaciones y la pena que siente por ello; ha pasado toda la mañana en el coro dando el adiós a Dios. Con fecha 3 marzo 1912 le expresa su gozo porque se aproximan nuevamente las vacaciones:

"¡Cuánto ansio que llegue ese día! Con las ansias que tengo de lanzarme a Dios para no volver jamás a la tierra, no sé lo que será de mí ni lo que haré cuando llegue ese momento, porque estoy que reviento de puro ansiar..."

Y, efectivamente, se entregaba tan sin medida a la contemplación, que descuidaba por completo los cuidados corporales y se resentía la salud. Con fecha 20 enero 1913 le escribe desde León el P. Mariano diciéndole que ha observado que las vacacio-

(30) Tratado, XVII, pág. 199.
(31) » » » 198.
(32) Cartas, 10-3-1913.
(33) Tratado, XVII, pág. 199.

nes le hacen daño porque se olvida de cuidar el cuerpo y acaba por ponerse enferma.

Añade el Tratado que para colmo de males el propio director declama en contra de las que se entregan con exceso a la vida activa, cuando es él el causante de que ella se ocupe en estos trabajos, contra su propia inclinación (34). También este detalle se confirma y aclara por las Cartas (35). El P. Mariano dirigió cierta plática a la Comunidad en que aconsejó moderar la vida activa y significó su preferencia por las religiosas que viven en continuo trato con Dios; mas he aquí que esta plática fué para Sor Angeles fuente de terribles y amargas inquietudes de conciencia, pues se veía por obediencia llevada por un camino que el mismo director censuraba. Y con esto volvieron a hacer su aparición aquellas ideas de condenación, a las que ya antes la hemos visto propensa:

"En su mortal congoja se pregunta si será que Dios la tiene destinada al fuego eterno y por eso permite que el director... la lleve por caminos imperfectos y contrarios a la santidad, que su mismo criterio reprueba... para precipitarla en el infierno a viva fuerza y a costa de infinitos sacrificios." (36).

No se crea, en efecto, que desde su elevación al matrimonio espiritual se vió Sor Angeles libre de sus características aprensiones, tentaciones contra la dirección, etc.; por las Cartas vemos que le asaltaban con frecuencia (37). Una de estas veces que escribió al P. Mariano diciéndole que se creía en el deber de renunciar a la dirección porque ella no valía para ser dirigida, le contestó éste diciéndole que *únicamente valía para serlo* (38). Y a la verdad se metía tan fácilmente y por tan fútiles motivos en tales laberintos de dudas, escrúpulos, etc., que la expresión del P. Mariano se justifica plenamente. Necesitaba de un hombro fuerte de varón en quien apoyarse y descansar, y sólo así fueron posibles sus maravillosas ascensiones. «¡Oh si tú hubieras tenido siempre a tu lado un diestro Maestro que te sacase de ti misma y te tuviera en Dios, cuando te consumías inútilmente en tus enredos y boberías!», escribía en cierta ocasión el P. Mariano a su dirigida (39). La influencia de éste sobre

(34) Tratado, XVII, págs. 199-200.
(35) Cartas, 7-2-1913.
(36) Tratado, XVII, págs. 200-1.
(37) Cartas, 26-9-1911; 14-10-1911; 5-11-1911; 28-11-1911; 5-12-1911; 18-1-1912; 22-1-1912; 7-2-1913, etcétera.
(38) Carta del P. Mariano, 29-8-1912.
(39) Bilbao, 9-8-1920.

sus inquietudes era tal que ella misma le rogaba que le escribiera con frecuencia, pues si tardaba en recibir carta suya ya le asaltaban los consabidos miedos y temores (40) y en cambio, con sólo recibir carta suya, se disipaban (41).

ARTÍCULO III

La vida del alma en Dios

(Continuación)

1. TERCERA FASE: LA PARTICIPACIÓN DE LOS ATRIBUTOS DIVINOS POR MEDIO DE LOS TOQUES SUSTANCIALES.—2. LA PARTICIPACIÓN DEL ATRIBUTO DE LA JUSTICIA.—3. OTROS ATRIBUTOS DIVINOS QUE PARTICIPÓ.—4. EL ATRIBUTO DIVINO DE LA VERDAD.—5. «SUB UMBRA ILLIUS QUEM DESIDERAVERAM SEDI».—6. PUREZA DE AMOR DERIVADA DE ESTAS COMUNICACIONES.—7. LA PARTE DEL DIRECTOR EN ESTAS MERCEDES DIVINAS

1. TERCERA FASE: LA PARTICIPACIÓN DE LOS DIVINOS ATRIBUTOS POR MEDIO DE LOS TOQUES SUSTANCIALES.—En este tercer período veremos satisfechas, mediante el soberano favor de los toques sustanciales, aquellas ansias y anhelos de posesión divina que vimos en el precedente período de expectación. Es ahora cuando la llama se apodera definitivamente del madero para consumirlo y transformarlo en sí. Sor Angeles va a ver satisfecha su hambre de participar los atributos divinos, singularmente el más precioso de todos, la Justicia, para con esta participación tornarse divina.

Presintiendo la gracia que Dios le preparaba, aunque ignoraba su naturaleza, la pedía y solicitaba con las palabras de la esposa de los Cantares, diciendo: Osculetur me osculo oris sui. Con estas palabras se dirige ella a cada una de las tres divinas Personas y a todo Dios Uno y Trino en general. Cuando se refiere con ellas al Padre le pide «que se ponga en contacto inmediato con ella y con la boca de su entendimiento divino o potencia generatriz la bese y reproduzca la generación eterna del

(40) Cartas, 28-11-1911.
(41) Cartas, 5-12-1911.

Verbo en el fondo de su ser, comunicándole dicha divina Persona e imprimiéndole en ella como se imprime un beso». Cuando se dirige al Hijo quiere decirle «que por sus méritos y en unión del Padre la comunique su divino Espíritu». Cuando al Espíritu Santo, le pide por medio de estas palabras «la comunicación de sus dones soberanos y singularmente su divina Caridad». Y en fin, cuando se dirige a todo Dios Uno y Trino en general le suplica con el más vivo anhelo «que la bese con el atributo de su divina Justicia, concediéndola la participación más perfecta posible de esta divina perfección, que ansía poseer absolutamente, si puede ser» (42). Con esto reviven en ella aquellos impacientes anhelos que experimentara en el período anterior por identificarse con la divina Justicia.

2.—La participación del atributo de la Justicia.—Apodérase del alma un fuego divino que la impulsa hacia el atributo de la Justicia. Ebria de amor por este divino atributo y a impulsos de las incontenibles ansias que experimenta de participarlo, sale de su habitación dando voces, llamando y buscando a la Justicia. Por toda respuesta, Dios Uno y Trino se le aparece y sale a su encuentro, ocultando misteriosamente en su seno el divino atributo que el alma tanto codicia. Esta, confiadamente recrimina a Dios por este proceder, insistiendo en que a pesar de su indignidad no quiera diferir por más tiempo la comunicación de este divino atributo, pues por él se muere de amores. (Cfr. Ap. Doc. núm. 199.)

Llama aquí Sor Angeles a la Justicia el más rico tesoro que Dios posee. Y así es en efecto, si consideramos este divino atributo al modo elevadísimo, original, profundo y verdadero como ella lo concibe. ¿Qué es en efecto la Justicia a los ojos de esta alma que tan vivamente ansía participar de este atributo? Una soberana virtud puesta al servicio de la rectitud, del orden objetivo, el cual exige que todo se ordene a la gloria de Dios, no sólo las criaturas, sino hasta el mismo Dios. En efecto, «el mismo Dios no tiene otro destino que amarse y glorificarse en sus relaciones esenciales y por medio de las criaturas a quienes se comunica exteriormente» (43). Brevísima y estupenda síntesis que en fórmula feliz da cumplida solución al gran porqué que suscita la Creación, y asimismo nos da la última razón de las

(42) Tratado, XVIII, pág. 205.
(43) » » » 203.

divinas procesiones ad intra. El más profundo teólogo no pudiera decirlo más acertadamente que lo ha hecho la sencilla monja vascongada que nos relata sus altísimas contemplaciones. Ella ha visto que «la razón de su existencia es la gloria de Dios, a la que está vinculada su felicidad, como también lo está la de todas las demás criaturas, y que su destino en esta vida y en la otra no es otro más que amar y glorificar a Dios en el grado que reclama su capacidad y el divino beneplácito». Y esto es Justicia, porque es la exigencia más profunda y esencial que radica en el mismo ser de las cosas, y tanto es así que ni el mismo Dios puede sustraerse a tal exigencia. En página sublime, profundamente teológica, que puede verse en el Ap. Doc. núm. 199 expresa la M. Angeles este altísimo concepto de la Justicia, como virtud puesta al servicio de la gloria de Dios y cuyo imperativo hace que Dios todo lo deba ordenar a la consecución de su propia gloria, tanto las operaciones ad intra como sus obras ad extra.

Esta alma, pues, que tiene tan alta y exacta idea de la Justicia divina y con tan vivo anhelo ansía la participación de dicho atributo, no puede verse defraudada por más tiempo. En efecto, apenas hubo proferido las amorosas recriminaciones que hemos dicho, se produjo la inefable merced del toque sustancial. Véase en el Ap. Doc. núm. 201 la descripción del modo como se produjo este primer toque y de los maravillosos efectos que él deja en el alma.

A partir de este primer toque en el atributo de la Justicia, los toques sustanciales se repiten con frecuencia, comunicándose Dios ya en un atributo, ya en otro. Trátase, pues, de toques distintos, o sea, relacionados con un atributo particular o concreto de la Divinidad. La fecha y demás circunstancias concretas como se verificó este primer toque que nos ha descrito el Tratado, quedan aclaradas por esta fugaz referencia que hallamos en el Apéndice de la Autobiografía: «El toque sustancial de Dios en el atributo de su Justicia que refiere el capítulo XVIII lo recibí en el mes de julio de 1912 y tuvo lugar en el coro a donde fuí desde la celda grande o prioral ebria de amor por la Justicia, diciendo: ¿Dónde estás, hermosa mía, etc.?» (Cfr. Apéndice Documental núm. 186 b.)

Hemos dicho que a partir de esta fecha los toques sustanciales se repiten con mucha frecuencia. Sumamente preciosa es la descripción que la autora nos hace de los maravillosos efectos que su alma experimentaba cada vez que recibía esta soberana merced. Un ciego de nacimiento que por modo milagroso reco-

brara la vista, no experimenta mayor sorpresa que ella al descubrir los profundos arcanos y claridades que se le revelan en Dios. Y a este efecto de ciencia acompaña un amor, extraño también, que la abrasa en divinos y desconocidos ardores (cfr. Apéndice Documental núm. 202).

Como se ve, en esta descripción pone ella expresamente de relieve los dos efectos de ciencia y de amor. Son los dos hermanos gemelos que siempre acompañan a las gracias místicas. Ni podía ser de otro modo, ya que dichas gracias se ordenan a alimentar al alma y ésta se constituye por estas dos facultades espirituales —el entendimiento y la voluntad— que la convierten en imagen de la Trinidad, o sea del Verbo y del Espíritu Santo (el Padre viene representado por el fondo mismo del alma). Por eso la luz, que dice relación al entendimiento, y el calor, que se ordena a la voluntad, son elementos indefectibles de las comunicaciones místicas. Como dice San Buenaventura, al esplendor de la iluminación celeste siempre vemos que acompaña el calor: «alioquin non est illuminatio cælestis, ad cujus splendorem videmus sequi calorem» (44).

Nótese además en el pasaje a que nos referimos ese anhelo cada vez más vivo por la posesión perfecta de Dios en la gloria, pues ya no bastan a colmar la capacidad casi infinita del alma las soberanas mercedes que recibe. Finalmente, en esta misma descripción se advierte también la presencia de las heridas de amor, pues nos vuelve a hablar nuevamente de esos gemidos tan dolorosos a la naturaleza y que en este período apenas son perceptibles al exterior. (Cfr. Ap. Doc. núm. 202 f.)

3.—Otros atributos divinos que participó.—Los atributos divinos en los que se le comunicó Dios por medio de los toques sustanciales fueron, además de la Justicia, la Sabiduría, la Verdad, el Amor, la Bondad, la Santidad y la Simplicidad o la Unidad (45). Pero en todas estas comunicaciones se le presentaba Dios como Infinito incomprensible e Inefable, dándole a entender que posee infinitos tesoros de grandeza y de gloria que sólo El conoce,

"porque no hay capacidad en la criatura para comprender las infinitas perfecciones que atesora, y que lo que se sabe de El en la Creacion —incluso los Angeles—, es una verdadera nada comparado con lo que les queda por

(44) De triplici via, cap. I, 10; ed. B. A. C., t. IV, pág. 124.
(45) Tratado, XVIII, pág. 211.

conocer." "Esta incomprensibilidad, infinidad e inefabilidad aprende el alma con tanta viveza que queda estupefacta, repitiendo: ¡Qué grande es! ¡Qué abismo de grandeza y bondad tan infinito! ¡Qué pequeñita soy yo y qué pequeño y miserable todo lo criado comparado con Dios!" (46).

No le satisfacen las noticias místicas porque entiende que Dios es muy diferente, y ansía morir para verle cara a cara por la visión beatífica.

Pero mientras permanezca en esta vida quiere ver a Dios con la fe, «rayo lucidísimo que reverbera en el entendimiento vacío, puro y elevado» (nótese la coincidencia con San Juan de la Cruz, quien insiste tanto en la necesidad de vaciar el entendimiento de formas y raciocinios humanos para llegar a la verdadera contemplación, que es en fe y amor (47); nótese asimismo cómo atribuye la contemplación a la fe, la cual hace en ella parecido oficio al del lumen gloriæ en el cielo) (48). Quiere, pues, verle en esta vida con la luz de la fe y en la otra con el lumen gloriæ, y ansía llegar cuanto antes a la consecución de la visión beatífica, pues ya no le satisface, antes bien desprecia cuanto comprende y experimenta acerca de Dios en esta vida, pues entiende que no es El sino una oscura sombra de su Bondad, y sabe que en esta vida no puede alcanzar la posesión perfecta de Dios, que ella anhela (Ap. Doc. núm. 203).

4.—El divino atributo de la Verdad.—Página preciosa y llena de profundos conceptos es también la que nos describe su impresión por la comunicación del atributo de la Verdad. Ante la realidad divina que palpó, conoció «la nada y vacío» de las criaturas, «la prestada existencia» de éstas. Todos los hombres le parecían sumamente pequeños, ignorantes y ciegos. «La humanidad entera un vasto cañaveral agitado por contrarios vientos.» Y en contraste con la vanidad de las criaturas conoció a Dios como «Plenitud de Ser», «única verdad y realidad divina», «el que Es...» (49). ¡Cuán en consonancia están todas estas ideas con lo que la Filosofía nos dice sobre el Ser de Dios y el de la criatura y la Teología acerca del actual estado caído del hombre!...

Todas estas comunicaciones en los diversos atributos se vieron coronadas por una maravillosa comunicación de Dios en el

(46) Tratado, XVIII. pág. 212.
(47) Cant. Esp., XXIX, 11, pág. 592.
(48) Hernández, S. J., Guiones, pág. 128.
(49) Tratado, XVIII, pág. 214-5.

misterio de su Trina Unidad. La estupefacción no tuvo límites. En la descripción que nos ha dejado de esta comunicación y de sus efectos ha quedado vivamente reflejada esta impresión de asombro que sólo acierta a expresarse balbuciendo frases admirativas breves y entrecortadas. (Cfr. Ap. Doc. núm. 204.)

Resumiendo: la participación de los atributos divinos mediante la gracia mística de los toques sustanciales, he aquí lo característico y representativo del presente período o fase. Estos toques sustanciales es lo que sin conocerlos pedía y solicitaba el alma con las palabras del Cantar de los Cantares: Béseme con el beso de su boca. Y la continuación de este sagrado texto («porque mejores son tus pechos que el vino...») la entiende asimismo de los divinos atributos: pechos de Dios son sus divinas perfecciones, de las que ansía alimentarse el alma (50). De este modo en este período lee su propia historia en el Cantar de los Cantares, cuyos versículos se apropia en sentido espiritual y místico, adaptados a su estado.

5.—SUB UMBRA ILLIUS QUEM DESIDERAVERAM SEDI.—Véase, por ejemplo, el sentido elevadísimo en que interpreta aquel pasaje de los Cantares: Sub umbra illius... El árbol a cuya sombra se sentó es el Ser Divino o la Divinidad personificada en el Padre, y por el fruto de este árbol, que tan sabroso es al alma, entiende el Verbo y el Espíritu Santo. Esta es, en efecto, la ocupación y oficio en que se emplea el alma en el presente estado: o sea, acoger con amor a estas dos divinas Personas que el Padre le entrega y por medio de ellas referirse de nuevo a El mismo. (Cfr. Ap. Doc. núm. 205.)

En el Apéndice de la Autobiografía hallamos también una referencia que nos explica el origen de esta preciosa interpretación del pasaje de los Cantares:

"Como vivia tan endiosada y protegida del Ser divino que parecia cubrirme o que me servia de firmamento, al llegar al claustro bajo y ver el árbol membrillo que estaba en medio del jardín, recordé las palabras del libro de los Cánticos: "A la sombra de Aquél a quien yo habia deseado me senté y su fruto dulce a mi garganta", y subitamente aprendi la presencia real de Dios Padre figurando en el árbol y del Verbo y del Espiritu Santo como fruto del árbol de la divinidad, y se cumplió en mi alma todo lo que el citado Capitulo refiere." (Ap. Doc. núm. 186, c).

Incluso nos ha dejado la M. Sorazu una representación gráfica del citado pasaje, tosca sin duda, pero que al fin y al cabo

(50) Tratado, XVIII, pág. 216.

revela una habilidad poco común en persona ajena al arte del dibujo. Representa el grabado un árbol en cuya copa aparece el Padre eterno. De dicho árbol cuelgan dos grandes frutos, a manera de peras, con los símbolos correspondientes al Verbo Encarnado y al Espíritu Santo. Al pie del árbol aparece sentada una religiosa que alarga sus manos hacia dichos frutos en ademán de apropiárselos.

Existe también otro grabado de la misma autora que sin ser representación de este pasaje de los Cánticos, expresa gráficamente el mismo contenido místico y más bellamente aún, si cabe. En el ángulo superior izquierdo aparece dibujado el Padre Eterno. En el ángulo inferior derecho está arrodillada una religiosa en su celda. Del seno del Padre y en dirección a esta religiosa, surcando el espacio, aparece un barco velero, tripulado por el Verbo Encarnado, que trae la nave cargada de los divinos tesoros para con ellos enriquecer a los moradores de la tierra. Detrás de El viene en raudo vuelo la mística paloma, o sea, el Espíritu Santo, que con su soplo hinche las velas de la embarcación. Como precursora de las dos misiones divinas (la Encarnación y Venida del Espíritu Santo) aparece también la Santísima Virgen con su símbolo correspondiente, a saber, la estrella matutina o lucero del alba. Después que el alma ha recibido místicamente a los divinos huéspedes, en unión con ellos se refiere nuevamente al Padre, volando hasta su boca, transformada en mística paloma que con su beso quiere testimoniarle su gratitud por los ricos presentes que de El ha recibido.

El grabado que representa el citado pasaje de los Cantares ha sido publicado en forma de tarjetas postales, y el otro puede verse en la edición titulada «Opúsculos Marianos», en la página 210. Pero tanto uno como otro han sido posteriormente retocados y perfeccionados por otra mano más experta en el arte y no reflejan exactamente el primitivo modelo que dibujó su autora y que se conserva inédito. Por lo demás, salta a la vista el altísimo contenido teológico o dogmático que ambos encierran. Aquí empero nos basta con hacer notar su importancia en cuanto son traducciones gráficas o intentos de expresar los altísimos estados místicos que por este tiempo vivía ella.

6.—PUREZA DE AMOR DERIVADA DE ESTAS COMUNICACIONES.— Con estas prodigiosas ascensiones y comunicaciones místicas alcanza el alma una pureza de amor tan grande, que ya no puede amar a Dios porque es bueno para ella ni agradecer sus benefi-

cios por la utilidad que a nosotros nos reportan (primariamente se entiende), sino que le ama por ser quien es, y la Encarnación y demás beneficios divinos los agradece por la gloria que de ellos resulta al mismo Dios. (Cfr. Ap. Doc. núm. 206.)

Toda la perfección cristiana se resume en último término en el crecimiento y progresivo desarrollo de la virtud de la caridad, por la que amamos a Dios por sí mismo. Mas este amor de caridad, como muy bien observa la M. Sorazu en el pasaje citado, lejos de suprimir el amor a las almas y a la propia felicidad, más bien lo aumenta, y ello es natural, pues cuanto más puramente ama a Dios el alma, con tanto mayor ardor ama al prójimo y a sí mismo por Dios. La caridad lleva a cabo un reordenamiento perfecto y total en el cual se recuperan todos nuestros legítimos amores, puestos en su propio y debido lugar.

En este período no podía hallar a Jesús más que en tres lugares: en el seno de Dios, a la derecha del Padre y en el Santísimo Sacramento. La descripción del modo como se le mostraba Jesús en dichos tres lugares junto con el Padre y el Espíritu Santo, es sencillamente preciosa y estupenda. Sus expresiones son tan exactas, tan propias, coinciden tan felizmente con lo que la Teología nos enseña acerca de las divinas Personas y de la Santa Humanidad de Cristo, que no puede uno menos de sentirse profundamente admirado y conmovido. (Cfr. Ap. Doc. número 207.)

Vivía en tal estado de unión con la Stma. Trinidad que cualquier cosa que oía relacionada con Dios o con una de las divinas Personas bastaba para enajenarla y sacarla fuera de sí, «aunque el enajenamiento se limita al espíritu y no le impide el cumplimiento de sus deberes externos, pero sí los dificulta» (51). Por aquí vemos que aquella incapacidad que antes sentía Sor Angeles para atender a sus deberes externos por causa de las divinas comunicaciones, ya ha sido suprimida. Es la condición del estado de matrimonio espiritual.

7. La parte del director en estas mercedes divinas.— Finalmente, concluye la descripción del presente período o fase, indicándonos la parte principalísima que tuvo el director en la comunicación de todos estos favores e inefables mercedes que nos ha descrito. Comprende la M. Sorazu que ella es una de esas almas «llamadas singularmente a la perfecta obediencia», a

(51) Tratado, XVIII, pág. 222.

las que Dios otorga sus gracias más singulares por medio del director (52). Y esta observación la ha deducido de su propia experiencia, al notar que todas las gracias más insignes, sobre todo desde que fuera elevada al matrimonio espiritual (sin excluir la entrega misma que dió principio al nuevo grado), le fueron conferidas sirviéndose Dios del director espiritual como de intermediario o instrumento. Grande fué, en efecto, la parte del P. Mariano en la colación de dichos favores. Ya dijimos que él solía visitar con frecuencia a la M. Angeles en Valladolid. Pues bien, estas visitas personales solían ser la ocasión que Dios aprovechaba para concederle estas inefables mercedes. Véase en el Ap. Doc. núm. 208 el texto en que explícitamente reconoce que las palabras, exhortaciones, etc. del director eran el medio o vehículo, por así decir, de dichas gracias, resultando el mismo director un intrumento, muchas veces inconsciente o ignorante de los prodigiosos efectos que sus palabras obraban en el alma de su dirigida.

ARTÍCULO IV

La vida del alma en Dios

(Continuacion)

1. CUARTA FASE: PERÍODO DE RELACIONES PARTICULARES CON EL ESPÍRITU SANTO.—2. REVELACIÓN DEL ATRIBUTO DIVINO DE LA VOLUNTAD.—3. REVELACIÓN DE LA STMA. TRINIDAD EN EL ATRIBUTO DE LA CARIDAD.—4. REVELACIÓN Y PARTICIPACIÓN DEL ATRIBUTO DIVINO DE LA FECUNDIDAD.—5. EMPIEZA A MANIFESTARSE EN FORMA INCIPIENTE LA VIDA DE DIOS EN EL ALMA.—6. REVELACIÓN DEL ATRIBUTO DIVINO DE LA ASEIDAD.—7. INVULNERABILIDAD PARA EL DOLOR.—8. EL ESPÍRITU SANTO REVELA AL ALMA LOS TESOROS DE SANTIDAD CON QUE LA HA ENRIQUECIDO

1. CUARTA FASE: PERÍODO DE RELACIONES PARTICULARES CON EL ESPÍRITU SANTO.—Entramos ya en la última fase del estado que llamamos «La vida del Alma en Dios», la fase más sublime, la que encierra misterios y revelaciones más excelsas. El

(52) Tratado, XVIII, pág. 224.

rasgo central más saliente y característico de esta fase parece ser la singular atracción que siente el alma hacia la Persona del Espíritu Santo. Por eso, aun los atributos y divinas perfecciones que en este período se le revelaron o se le concedió participar por gracia mística, son los que especialmente se atribuyen al Espíritu Santo.

Empieza la M. Sorazu la descripción de la presente fase expresando los particulares sentimientos que embargan su corazón al abordar esta materia. Sentimientos de veneración profunda y amorosa gratitud a Dios en vista de la santidad y sublimidad especiales que revisten las comunicaciones divinas de este período; mas también sentimientos de temor y temblor por la índole sumamente delicada de las mismas; pero puesto que Dios quiere y le ordena que revele al mundo los secretos de este grado de unión, ruega a todos miren estas comunicaciones como pura espiritualidad, como en realidad son, elevándose sobre las cosas materiales y terrenas (53). Al hacer esta advertencia piensa ella sin duda en la revelación y participación del divino atributo de la Fecundidad, que constituye uno de los episodios más notables y originales de la presente fase.

Inicióse ésta por una particular atracción que empezó a sentir hacia la tercera Persona de la Trinidad. La aprehendía «como amor que se prepara para comunicarse a ella a manera de bautismo de fuego» (54). Sentíase asimismo llamada a una «identificación especial, excepcional, con la santísima voluntad de Dios», pero no sabía cómo había de responder a esta particular atracción del Espíritu Santo y al requerimiento de la divina Voluntad, e ignoraba los fines por los que le hacía Dios tal llamamiento.

2. REVELACIÓN DEL ATRIBUTO DIVINO DE LA VOLUNTAD.—Mas he aquí que un día su director le exige un acto heroico, un sacrificio sumamente costoso o la ejecución de una obra que con sus propias fuerzas no puede realizar. Le impone mandato expreso de obediencia que ella acepta

"con el corazón palpitante y chorreando sangre después de haberle expuesto las dificultades con que tropieza. En su angustia y apuro mayusculo acude a Dios para exponerle su situacion y demandar su auxilio, y mientras ella manifiesta a Dios sus penas y cuidados, Este, que siente nuestros trabajos más que

(53) Tratado, XIX, pag. 225.
(54) » » » 226.

nosotros mismos, sobre todo los que nos ocasiona el cumplimiento del deber que la obediencia nos ha impuesto, la revela la infinita santidad y bondad de su divina voluntad." (55).

Como acaba de decirnos este texto del Tratado, para la revelación del atributo de su divina Voluntad se valió Dios de una ocasión en que su director le impuso una obediencia heroica, sumamente costosa. Por las Cartas podemos determinar la fecha en que tuvo lugar este hecho y aun la obediencia o precepto a que probablemente se refiere. En efecto, en la carta de 25 de agosto de 1920 dice ella al P. Mariano que el capítulo XIX del Tratado (o sea, el que nos ocupa) se inició en mayo de 1913 en el confesonario, mientras se confesaba con él, y que aún recuerda hasta la hora en que se le impuso la adorabilísima Voluntad de su Dios. Nada dice allí acerca del precepto que dió ocasión para esta revelación, mas por otra parte sabemos que Sor Angeles terminó la Autobiografía el 17 de mayo de 1913, y que en dicha fecha la entregó al P. Mariano, el cual, al recibirla, le impuso el precepto de escribir la «Vida divina» (56). Parece, pues, claro, que éste fué el precepto a que se refiere el Tratado.

La Vida divina del Verbo o Historia del amor eterno de Jesús a los hombres era la obra que empezó a escribir cuando se dirigía con el Sr. Deán y que suspendió al iniciarse la crisis purificativa o segunda noche del espíritu en 1907. Aunque la M. Angeles sentía cariño y atractivo especial por esta obra por razón del tema, con todo suponía para ella un sacrificio costosísimo y una violencia extraordinaria el dedicarse a escribir. Poco ha nos ha descrito, en términos bien expresivos, la naturaleza de estos sufrimientos que le ocasionaba el «trabajo escriturario». Calcúlese, pues, el sacrificio heroico que para ella suponía la aceptación de esta nueva obediencia impuesta cuando ella se imaginaba que por haber terminado la Autobiografía, en adelante se vería libre de tales trabajos y podría vacar sin trabas ni obstáculos a la contemplación (57).

Con ocasión, pues, de esta obediencia para ella tan penosa, le hizo Dios la revelación del soberano atributo de su divina Voluntad. Presentábase ésta a su vista intelectual primero en Dios, como facultad amativa, luego como Dios de majestad, bondad, santidad, gloria, beatitud y belleza infinita que se cernía

(55) Tratado, XIX, págs. 226-7.

(56) Pobladura, o. c., págs. 99 y 115.

(57) La M. Angeles no llegó a escribir esta obra. Al producirse a los pocos meses el cese del P. Mariano en la dirección, abandonó el trabajo encargado.

sobre su cabeza y, por fin, como un abismo infinito de bondad y de gloria, todo vida, todo ojo, todo amor, que se abre para absorberla en su seno y conducirla a regiones desconocidas e inaccesibles. Y en dichos tres modos que se le manifestó la divina Voluntad, la requería para que se abismara en ella, pues quería conducirla a regiones desconocidas. Imposible describir lo que sentía con esta noticia de la Voluntad de Dios, porque experimentaba una especie de inefabilidad divina y una beatitud tan grande, que le parecía que nunca sintió cosa igual ni se vió tan identificada con el beneplácito eterno y glorioso de Dios, que es pura gloria y beatitud. Incondicionalmente se entregó, pues, a la Voluntad de Dios para todo lo que ella quisiera y singularmente para lo que la obediencia le exigía, confiando en la Omnipotencia, sabiduría y bondad de la misma voluntad divina que le proporcionará los medios (58).

Hecho este acto de resignación y abandono, entró en un período de relaciones más íntimas con Dios, a quien aprehendía como encerrado en su voluntad santísima e identificado con la misma, como Omnipotencia, Bondad, Sabiduría, Providencia, Gloria y Bienaventuranza infinita y, sobre todo, como Justicia y Caridad, aquella Justicia que es en Dios como la esencia de la Caridad y Santidad, a la vez que la manifestación y el coronamiento de estas perfecciones ; Justicia que amando a Dios como Bien supremo y odiando su contrario —el pecado— le hace justicia y le glorifica, o, mejor, se glorifica a sí misma, ya que la Justicia no es cosa distinta de Dios. Y a medida que su identificación con la divina Justicia se perfecciona, siente que ama a Dios con mayor pureza y santidad y le glorifica más, porque en la Justicia van incluídas la caridad, santidad y gloria divinas (59).

¡Qué conceptos tan profundos acerca de Dios y de sus divinos atributos se encierran en estas líneas de apariencia abstrusa! De nuevo nos hallamos ante el atributo de la Justicia concebido de la manera más original y sublime. La divina Justicia —dice— no es otra cosa que «pura caridad que ama el bien supremo como se merece, procura su gloria y defiende sus derechos» (60). ¡Admirable definición! Es Justicia, porque es la rectitud, la verdad, el orden objetivo de las cosas que así lo pide. Es caridad, porque es puro amor de benevolencia que ama

(58) Tratado, XIX, pág. 227.
(59) » » » 228.
(60) » » » 228.

al bien infinito y lo ama como se merece, por sí mismo, y este amor purísimo le es debido, es justicia, como lo es el glorificarle y defender sus derechos. He aquí cómo el atributo de la Justicia, así concebido, expresa la más alta perfección Y el alma para rendir a Dios obsequios más apropiados a su altísima Majestad y excelencia infinita no puede hacer nada mejor que identificarse con este divino atributo.

En sus relaciones con la divina Voluntad aprehendía de modo singular la presencia del Espíritu Santo. Se revelaba a ella esta divina Persona como Amor omnipotente, Gloria y Bienaventuranza de la Divinidad o como el centro de la felicidad y beneplácito eterno de Dios, y el más rico tesoro que entraña su divino Ser, su Corazón y la gloria de su divina Voluntad. Asimismo se revelaba a ella como principal agente de su santificación, que debe completar su perfección religiosa y consumar su unión con Dios. En el Espíritu Santo veía al Padre y al Hijo y todas las divinas perfecciones, cual si dicha divina Persona fuera el centro del Padre y del Hijo y el punto donde convergen todas las perfecciones y comunicaciones íntimas de Dios. Estas noticias acrecentaban su ansia de ser bautizada con el bautismo de fuego del divino Espíritu (61).

3. REVELACIÓN DE LA STMA. TRINIDAD EN EL ATRIBUTO DE LA CARIDAD.—A estas revelaciones del divino Espíritu y de la santísima Voluntad de Dios siguió una notabilísima de la Santísima Trinidad en el atributo de la Caridad. Véase en el Apéndice su interesantísima descripción tomada del Tratado (Apéndice Documental núm. 209). En ella Sor Angeles parece tocar las cimas, parece haber escalado las cumbres más altas que es dado alcanzar a la criatura mortal en la contemplación de la Divinidad, pues segregada de la creación y envuelta en un pabellón de fuego, comunica directamente con Dios Uno y Trino como Moisés en la cumbre del Sinaí. Mas aunque parece que comunica con El sin medios, no es así, porque conoce el alma que se halla unida por un vínculo especial a la Santa Humanidad de Cristo, y que esta Humanidad «la protege y comprende por modo maravilloso, al propio tiempo que la eleva y une a la Divinidad». Y hay otro vínculo aún, además de la Humanidad de Cristo, del cual tampoco prescinde el alma: es el vínculo que la une a su director espiritual. En efecto, incluso

(61) Tratado, XIX, pág. 229.

esta comunicación de la Trinidad le fué concedida por medio del director. Así lo reconoce ella en el texto antes citado (Apéndice Documental núm. 209 e), y se confirma también por el Apéndice de la Autobiografía, donde se nos dice que esta comunicación tuvo lugar en el locutorio y se precisa la fecha de la misma: julio 1913. (Cfr. Ap. Doc. núm. 186 d.)

4. REVELACIÓN Y PARTICIPACIÓN DEL DIVINO ATRIBUTO DE LA FECUNDIDAD.—Poco después de esta comunicación de la Santísima Trinidad en el atributo de la Caridad tuvo lugar la notabilísima revelación del atributo de la divina Fecundidad. Empezó esta revelación por una noticia confusa, general y oscura, que poco después se aclaró, entendiendo el alma que Dios la espera «para cumplir en ella el sacramento de amor divino figurado en los enlaces y generaciones humanas». Las páginas que dedica la M. Sorazu a esta revelación de la divina Fecundidad y a sus afanes por participar místicamente de este divino atributo son de lo más bello, original y notable que ella ha escrito. (Cfr. Apéndice Documental números 210, 211 y 212.)

Al revelársele este nuevo atributo, en el cual jamás había reparado, echó de ver las múltiples irradiaciones y participaciones del mismo con que Dios había enriquecido a las criaturas. En las leyes más generales que rigen la vida y actos de las criaturas descubre rastros y reflejos de las más inefables perfecciones de Dios. ¡Oh, y ante esta visión pura y casta, cómo se transfigura la realidad, cuán limpias, sagradas y santas aparecen todas esas cosas que tan manchadas y profanadas están por el vicio y el pecado!

Una vez que Dios le revelara este nuevo atributo de su Divinidad, el alma se siente poseída de un fuego y ardor misterioso que le impulsa a participar místicamente dicho atributo.

No será menester insistir en que todo esto se ha de entender en un sentido puramente espiritual, como exclusivamente espiritual era también el objeto de ansias tan vehementes, o sea, la participación de las perfecciones de Dios, las cuales quería reproducir de modo más perfecto, a poder ser con la perfección que lo hacen los bienaventurados del cielo, pues no la satisfacían las uniones místicas de esta vida. Con todo, no deja de ser una característica notabilísima del presente estado místico su aspecto, por así decir, femenino, su forma adaptada a un alma de mujer. En efecto, apenas concebimos un estado místico con

las características y forma peculiar que aquí describe la M. Angeles, si el sujeto favorecido fuese un varón.

La M. Angeles ve figurado su actual estado místico en varios pasajes bíblicos que parecen hechos para expresar los anhelos y afanes que padece. Dichos pasajes son el de Raquel que pedía hijos a Jacob (62), el de las siete mujeres que echaron mano de un solo hombre (63) y el de la esposa que al no hallar a su amado en el lecho, salió en su busca por calles y plazas (64). Y advierte la M. Sorazu que tales episodios bíblicos se presentan a su mente sin ella buscarlos, como figuras o retratos que contienen su propia historia. (Cfr. Ap. Doc. núm. 211 f.)

La Esposa de los Cantares, cuando por fin halló al que era objeto de sus afanes, ¿qué es lo que hizo? «Tenui eum nec dimittan». Pues esto mismo hace el alma con su Dios. «Yo le así, con mi entendimiento y con mi voluntad» «y no le dejaré.. hasta que lo introduzca en mi propio seno mediante la mística y divina concepción que anhelo y me divinice como diviniza a los ángeles y santos que le poseen por asimilación perfecta en la gloria». La actividad que despliega por apropiarse las divinas perfecciones y beber, por así decir, de la fuente inexhausta que fluye del divino Ser, es verdaderamente prodigiosa, y contrasta con la pasividad del divino Esposo, que se abandona complacido a los afanes del alma y la deja saciar sus anhelos de mística fecundidad.

5. EMPIEZA A MANIFESTARSE EN FORMA INCIPIENTE LA VIDA DE DIOS EN EL ALMA.—Estamos en agosto de 1913. Este mes empezó a manifestarse en forma incipiente la vida de Dios en el alma, es decir, el estado místico que ha de seguir al actual. Hasta ahora ha sido la vida del alma en Dios, y a medida que el alma progresaba, sentía que se iba sumergiendo más «en el infinito océano de su Divinidad, penetraba como más adentro en su divino seno y se perdía más». En el estado siguiente, al contrario, el alma aprehenderá a Dios en el fondo de su ser, «que se derrama en ella, se dilata y se extiende y la posee cada vez mejor». Esta vida de Dios en el alma comenzó, pues, a manifestarse ahora, produciéndose el fenómeno de una doble posesión: de Dios que vive en el alma y del alma que vive en Dios,

(62) Gn. 30, 1.
(63) Is. 4, 1.
(64) Cant. 3, 1.

pero «esta vida de Dios en el alma no está desarrollada todavía, pues parece que más vive el alma en Dios que Dios en el alma, pero se va desarrollando a medida que se comunica a ella» (65). O sea, dicho con otras palabras, desde esta fecha ambos estados conviven simultáneamente en el alma, coexisten el uno junto al otro; pero como la nueva modalidad no ha alcanzado aún el suficiente desarrollo, sigue prevaleciendo el estado antiguo, que muy pronto va a ser suplantado por el nuevo germen que ya se manifiesta en forma incipiente.

Esta manifestación de la vida de Dios en el alma, aunque incipiente, producía en ésta deseos de esconderse con Dios

"en la región superior del espíritu y ocultarse para siempre, no sólo a las miradas de las criaturas, que viven con ella, sino que también a los propios sentidos *para que no tomen parte ni perciban siquiera los misterios de amor* y divinas comunicaciones que en ella se realizan. Pide a su Dios que pues se ha dignado descender a su bajeza y se prepara para dilatarse en ella y desarrollar su vida divina, ensanche los senos de su espíritu y se esconda en sus profundidades juntamente con ella, donde vivan o se comuniquen a oscuras o en silencio y secreto, cual si ella, como El, viviera independientemente de la creacion y del tiempo y ambos pertenecieran a la eternidad." (66).

Si sus relaciones divinas pasaban desapercibidas incluso a los propios sentidos, ¡cuánto más a las criaturas que convivían con ella! Mas éstas «sospechan su estado excepcional por la abstracción y alejamiento de sí mismas que en ella observan». Además «han notado la visible transformación que ha sufrido, aunque no penetran en el santuario de sus relaciones divinas» (67). Viendo, pues, los inefables tesoros de virtud y santidad de esta alma transformada y endiosada, no pueden menos de alabarla y ponderar las virtudes que en ella notan. Pero las alabanzas de las criaturas inspiran temor a esta alma y afligen su corazón. Para resarcirse, pues, de ellas, suplica a su director la humille y haga bajar a los infiernos por los medios que estime convenientes. Otorga la súplica el director y recuerda al alma sus pecados pasados y deficiencias presentes. Dios anima la palabra del director con el espíritu de aniquilación y amor contrito, hasta tal punto que el alma experimenta el más vivísimo dolor de haberle ofendido. Lo que el alma padece bajo la acción de la palabra del director, revestida de misteriosa eficiencia por la gracia, es sencillamente inexpresable. (Cfr. Ap. Doc. núm. 213.)

(65) Tratado, XIX. pág. 241.
(66) » » » 242.
(67) » » » 242.

Como se ve, siempre nos hallamos ante el mismo hecho: el director convertido en instrumento y vehículo normal u ordinario de las gracias y favores místicos que comunicaba Dios a su alma.

6. REVELACIÓN DEL ATRIBUTO DIVINO DE LA ASEIDAD.—A continuación se reveló a Sor Angeles otro atributo divino, más inefable e incomprensible aún que los precedentes, a saber, la Aseidad. Empezó (lo mismo que la revelación de la Fecundidad) por una noticia general y confusa, que poco después se aclaró. Al mostrársele Dios en este nuevo atributo entendió y vió cómo en virtud del mismo es El plenitud de Ser, de Vida, de Perfección, etc., y en su divino Ser aprehendió como presentes a todas las criaturas existentes y posibles. Vió las íntimas relaciones que a Dios nos unen y cómo por razón de estas relaciones nos ama Dios infinitamente. Vióse a sí misma en Dios, en el número de las criaturas existentes y capaces de gozar de El, experimentando en ello un júbilo indescriptible (Ap. Doc. núm. 214).

Henchida de gozo y gratitud se preguntaba cuál sería la causa que moviera a Dios a sacarla de la nada y a destinarla a un fin tan excelso, y no hallaba otra que la infinita bondad que decretó su existencia para gloria de la Divinidad. Entiende que Dios la ha creado para glorificarse en ella. Al verse tan ligada a Dios por su razón de ser, destino, etc., se enajena de gozo, se abraza con El fuertemente, proclamándole su Padre, su Madre, y se entrega a El para cumplir el fin que Dios se propuso al crearla. Las páginas en que nos describe los efectos de gozo, estupor, amor, etc. que en ella produjo esta revelación son verdaderamente preciosas y sublimes. (Cfr. Ap. Doc. número 215.)

La noticia más asombrosa, la que constituyó para ella un descubrimiento y le puso en posesión de la clave para explicar los excesos de amor que Dios ha mostrado hacia el hombre, fué el ver las relaciones tan íntimas que existen entre Dios y sus criaturas, o sea, nuestra afinidad con Dios, el vernos ligados a El, asociados a su destino y criados para glorificarle. En estas relaciones íntimas que nos unen con Dios vió ella la razón del amor que El nos tiene. Ya no le extrañan estos prodigios de amor al hombre que Dios ha mostrado en la Encarnación y Redención y que antes la dejaban estupefacta. ¿Cómo podría amarnos menos, si somos suyos, si al amarnos de ese modo no hace otra cosa que amarse a Sí mismo con ese amor rectísimo y justísimo que le impele a procurar su propia gloria? Mas ahora

su asombro es mil veces mayor que antes, pues el hombre aparece ante sus ojos revestido de una dignidad, por así decir, divina, que le proviene de este parentesco o afinidad con Dios y que es lo que le hace tan digno de ser amado por el mismo Dios con tales excesos de amor.

No insistiremos sobre la exactitud y verdad profunda que encierran las ideas que aquí vierte nuestra escritora como aprehendidas en la revelación del atributo de la Aseidad. El lector habrá notado que al describir la revelación o comunicación mística de los diversos atributos divinos, a cada paso se encuentran en nuestra autora observaciones profundas y aspectos originales que no pueden menos de llamar poderosamente la atención.

7. INVULNERABILIDAD PARA EL DOLOR.—Merced a estas noticias y comunicaciones, se abre en el alma «una fuente de felicidad que nunca jamás se secará si es fiel a la gracia, sino que brotará con más abundancia a medida que pase el tiempo y se multipliquen las duras pruebas». No es que ya no tenga sufrimientos, adversidades y dolores; pero éstos no penetran en su alma. Y la razón es porque mira todas las cosas dentro de la voluntad de Dios, las acepta como disposiciones del divino querer que en todo busca su felicidad al propio tiempo que la gloria divina; de aquí que los acontecimientos adversos los vea saturados de gloria y amor divinos. En consecuencia ya no hay sufrimientos verdaderos o puro padecer para esta alma (Apéndice Documental núm. 216).

En una carta de época posterior, en que Sor Angeles explica a su Padre verdad el estado de paz que goza, atribuye dicha paz a esta fuente de perenne felicidad que se abrió en su alma ahora, en 1913, y la explica exactamente igual que aquí, o sea, como un resultado de su identificación con la Voluntad de Dios. Véase en el Ap. Doc. núm. 217 el texto de esta Carta.

8. EL ESPÍRITU SANTO REVELA AL ALMA LOS TESOROS DE SANTIDAD CON QUE LA HA ENRIQUECIDO.—Ansiosa de participar las perfecciones de Dios en grado más alto todavía, el alma vuelve a experimentar nuevamente aquellos místicos anhelos de fecundidad que anteriormente hemos visto en ella. A impulsos de dichos anhelos, vuélvese a la tercera Persona de la Trinidad y ansiosamente la pide que, pues no halla en el seno de Dios dónde ejercer su divina fecundidad, se reproduzca en ella, que quiere ser como una encarnación de sus divinas perfecciones.

No se le oculta que esta divina Persona ha agotado en cierto modo la capacidad de su infinita fecundidad al realizar su obra maestra, la Santa Humanidad de Cristo; pero Cristo es Cabeza de un gran Cuerpo Místico, y ella quiere ser digno miembro de dicho Cuerpo: mano, pie, dedo, lo que quiera, con tal que sea divino, como divina es la Cabeza (Ap. Doc. núm. 218).

No hay por qué pararse a demostrar que estas líneas entrañan una admirable y exacta comprensión del orden de la gracia. Al Espíritu Santo, en efecto, se atribuye la maravillosa obra de la Santa Humanidad del Verbo divinizada por la gracia, del mismo modo que la deífica transformación de los miembros de su cuerpo místico, perteneciendo ambos, Cabeza y miembros, al mismo orden divino. Es la obra del Espíritu Santo que no teniendo en la Divinidad dónde explayar su fecundidad, lo hace en la Humanidad de Cristo y en su Cuerpo Místico.

Pero el Espíritu Santo hace ver al alma que sus anhelos de mística concepción y procreación de virtudes ya están cumplidos. Para ello le muestra los tesoros de virtud y gracia que en ella ha ido acumulando y depositando en la serie de comunicaciones y estados que se han sucedido desde su elevación al matrimonio espiritual. Ella, que jamás se había fijado en sí misma sino para ver lo malo y defectuoso que tiene, reconoce ahora con humilde gratitud y satisfacción los inestimables bienes con que Dios la ha adornado, y conoce —porque se lo muestra la luz divina— que es amada de Dios con preferencia a la inmensa mayoría de las almas piadosas en atención a su estado excepcional y a las perfecciones divinas que participa. (Cfr. Ap. Documental núm. 219)

Nuevamente para esta manifestación se valió Dios de la palabra del director, animada con su luz y gracia divinas, como se insinúa en el mismo texto citado.

Al verse tan soberanamente enriquecida con estos tesoros divinos, el alma desea compartir con otros sus bienes, o sea, utilizarlos para bien del prójimo y dedicarse al Apostolado en la medida de sus posibilidades, pues sabe que sus palabras penetran en las almas e inculcan en ellas la vida divina, y quiere utilizar este don a gloria de Dios y salvación del prójimo. Así lo hace, en conformidad con las instrucciones recibidas de su director espiritual, a cuyo criterio se acomoda absolutamente. (Ap. Doc. núm. 220.)

Así termina la cuarta y última fase del período llamado «La vida del alma en Dios». Dios hace ver al alma los inestimables

tesoros de perfección y virtudes que ha ido acumulando en ella a lo largo de todo este fecundo período. Con esto conoce ella que sus místicos anhelos de fecundidad se han cumplido, conoce que reproduce en sí de modo altísimo las perfecciones y cualidades divinas, que es una encarnación de dichas perfecciones, en una palabra, que se ha tornado divina por la participación de los mismos atributos de Dios. Y al sentirse así enriquecida con tales tesoros de virtud, experimenta la necesidad de practicar el apostolado, pues sabe que se halla en condiciones ventajosas para influir soberanamente en las almas.

Salta a la vista la intensa actividad y el extraordinario desarrollo que ha tenido lugar en la vida mística de la M. Sorazu durante el período denominado *La vida del alma en Dios*. No hay en la vida de nuestra autora período que bajo este aspecto pueda compararse al que acabamos de estudiar, o sea, al que transcurre de 1911 a 1913. Si quisiéramos ahora apuntar la causa de este extraordinario desarrollo, de esta abundancia de gracias y feliz florecimiento de su vida mística, nosotros no hallamos otra que la dirección espiritual. La dirección espiritual era la economía providencial querida y establecida por Dios para comunicar a esta alma sus gracias de predilección. Más aún, Dios mismo había escogido el sujeto providencial por cuyo medio quería hacer llegar a ella tales gracias. Y felizmente, la M. Sorazu había hallado a su Padre-verdad, descansaba en su centro, y bajo la economía querida por Dios su vida se desarrollaba rápida y prodigiosamente. La rigurosa verdad y exactitud de estas apreciaciones aparecerá de manifiesto al comprobar las nuevas épocas de relativo estancamiento, vida raquítica, penuria de gracias, etcétera, que otra vez van a sobrevenir y que no obedecen a otra causa que a la falta de su Padre providencial, el P. Mariano, que injustamente le va a ser arrebatado. El contraste entre los diversos períodos es tan marcado que incluso se refleja visiblemente en la extensión material de los capítulos correspondientes del Tratado. Al paso que los capítulos que pertenecen a la época del P. Mariano son extraordinariamente largos y numerosos, los siguientes en cambio son mucho más cortos y menos en número, no obstante abarcar un espacio cronológico mayor y hallarse la autora más próxima a los sucesos que describe. Con todo, algo se remedió la falta del Padre-verdad con el recurso a otros directores espirituales (siempre la dirección como condición indispensable para que sea posible la vida de esta alma). Mas la labor de estos otros directores era sólo provisional y supletoria. Por

eso, desde el momento que el retorno de aquél se hizo posible, éstos se hicieron inútiles y aun perjudiciales para su alma, y la M. Angeles no tuvo más remedio que volver a llamar a las puertas del P. Mariano. Creemos que esta es la verdadera interpretación que se desprende de los años que aún nos quedan por recorrer.

ARTÍCULO V

La vida de Dios en el alma

1. CONTEMPLACIÓN DE DIOS UNO Y TRINO PRESENTE EN EL FONDO DEL ALMA.—2. CESE DE LOS FAVORES MÍSTICOS DEL ESTADO ANTERIOR. — 3. INFORMADA EN EL AMOR INCREADO. — 4. INFLUENCIA BEATÍFICA DE LA SOBERANA VOLUNTAD DE DIOS. — 5. CESE DEL P. MARIANO EN LA DIRECCIÓN DE LA M. SORAZU.—6. DICHOSA COMUNICACIÓN DE BIENES ENTRE DIOS Y EL ALMA.— 7. PLEGARIA DE INTERCESIÓN A FAVOR DEL MUNDO PECADOR.— 8. LA PARTICIPACIÓN DEL MISTERIO DE LA TRINIDAD.—9. MODO COMO APREHENDE A LA SANTA HUMANIDAD DE CRISTO EN LOS DISTINTOS PERÍODOS Y FASES DE LA CONTEMPLACIÓN SIMPLE

1. CONTEMPLACIÓN DE DIOS UNO Y TRINO PRESENTE EN EL FONDO DEL ALMA.—El nuevo estado místico o modo de relaciones de Sor Angeles con Dios empezó a manifestarse en forma incipiente dentro de la última fase del período anterior, según se dijo en su lugar (68). Entonces empezó a contemplar en el fondo de su ser la maravillosa visión del Profeta Isaías (Is. 6), esto es, a Dios Uno y Trino sentado en regio trono y circundado de serafines que aclaman su santidad, diciendo: Sanctus, Sanctus, Sanctus... Lo veía radiante de gloria y Majestad, llenando su ser con su bondad rebosante, y el alma se asociaba a los serafines para alabarle, rendirle sus homenajes y agradecerle el singular beneficio de su divina presencia, lo que hacía «abrazada y adherida al mismo Dios que su entendimiento y voluntad

(68) Cfr. supra, pág. 280.

aprende en altísimo grado presente, sin que este abrazo amoroso aminore su veneración y acatamiento profundo» (69).

Esta página del Tratado, con su referencia explícita a la visión del Profeta Isaías, nos permite descubrir la relación que guarda con el actual momento místico de Sorazu otro preciosísimo escrito de nuestra autora. Nos referimos a la exposición o comentario que ella compuso sobre la citada visión del Profeta Isaías y que se publicó con los otros escritos exegéticos sorazianos (70). Allí, en efecto, nos describe con más extensión y detalle aún que en el Tratado el modo como contemplaba a Dios Uno y Trino dentro de su alma en el presente estado místico. Al igual que en los otros escritos exegéticos de la autora, el texto o episodio bíblico interesa a ésta porque ve en él un símbolo o figura de los estados místicos que en ella se cumplieron y a describir éstos directa o indirectamente se ordenan dichos escritos. Tal sucede con la exposición que ahora nos ocupa: empieza describiendo primeramente la visión del Profeta y en seguida pasa a describir cómo este mismo episodio lo ve cumplido en sí misma. Véase en el Ap. Doc. núm. 221 un texto o fragmento de la citada exposición.

Aunque en el Profeta se trataba de una visión propiamente dicha, es claro que en Sorazu se trata de un auténtico estado de contemplación mística. Por eso nos habla de noticia general y confusa, obscura y clara a la vez. El humo de que habla Isaías le sirve para significar las tinieblas u obscuridad de esta contemplación. Sabido es que todos los místicos nos hablan de esta obscuridad de la contemplación mística; incluso, bajo este aspecto, San Juan de la Cruz la ha comparado con la noche (71).

Esta primera manifestación de la vida de Dios dentro del alma tuvo lugar, como dijimos, en agosto de 1913 y se fué desarrollando insensiblemente dentro del estado precedente. A la terminación de dicho estado, o sea, cuando el alma ha echado de ver que sus místicos anhelos de concepción ya están cumplidos, entonces es el momento en que propiamente se inaugura la vida de Dios en el alma, no ya en forma incipiente, sino plenamente desarrollada. La diferencia entre el nuevo estado y el anterior estriba en que antes Dios sumergía cada más al alma en el infinito océano de su Divinidad; ahora, al contrario, es El el que

(69) Tratado, XIX, pág. 241.
(70) Exposición de varios pasajes..., págs. 3-17.
(71) Cant. Esp., canción 39, 12-13, págs. 637-8.

se derrama en el alma (72). Este momento en que se inaugura la vida de Dios en el alma, plenamente desarrollada, ocurrió en octubre de 1913 (73).

2. CESE DE LOS FAVORES MÍSTICOS DEL ESTADO ANTERIOR.— En este momento ruega al Señor que descienda al místico huerto de su alma, tome posesión de él y coma de sus frutos: «Veniat dilectus meus in hortum suum et comedat fructum pomorum suorum» (74). Por medio de estas palabras suplica ella al Señor que la prive de la reflexión de los favores divinos a la parte inferior. Acomodándose a sus deseos, Dios «vela su gloria, pone diques a su beatitud e irradiaciones de su vida divina» (75), limitándose ésta a la más fina punta del espíritu y dejándola en lo demás pobre y despojada de bienes. Cesan los toques sustanciales y otras comunicaciones que con tanta profusión ha recibido en el estado anterior, y únicamente conserva el sentimiento de la divina presencia en el fondo de su ser y la fuente de felicidad que le proviene de su identificación con el divino beneplácito (76).

Coincidiendo con esta privación de bienes divinos, el Señor conjura y llama a dos vientos completamente contrarios para que soplen sobre el alma: el Austro y el Aquilón (77). Ya se habrá dado cuenta el lector de que la M. Sorazu viene exponiéndonos su propia vida mística con el lenguaje tomado de los Cantares. Los episodios y escenas del sagrado libro son el cañamazo sobre el cual va bordando la descripción de sus estados místicos tal como en sí misma se cumplieron. El Austro es el viento cálido del Espíritu Santo, el Aquilón es el que trae la deshecha tempestad que muy pronto veremos desencadenarse en su vida.

3. INFORMADA EN EL AMOR INCREADO.—En efecto, primero y principal fenómeno que acompaña al nuevo estado es la presencia del Austro, es decir, de la Caridad divina, o sea, del Espíritu Santo, que se le revela como el Amante y el Amado de Dios por excelencia. El alma participa de El en este doble aspecto de Amante y Amado: o sea, es informada en el Amor increado, ama a Dios con su mismo amor, y a la vez el divino

(72) Tratado, XIX, pág. 263.
(73) Cartas, 25-8-1920.
(74) Cant. 5, 1.
(75) Tratado, XIX, pág. 264.
(76) » » » 260.
(77) Cant. 4, 16.

amor refluye en ella, como refluyen en el Espíritu Santo la primera y segunda Persona de la Trinidad que se unen en El para amarse mutuamente (78).

He aquí la conciencia de la sublime transformación que obra la gracia en nosotros, percibida por modo inefable por las almas constituídas en el matrimonio espiritual. Páginas verdaderamente preciosas y profundas ha escrito San Juan de la Cruz sobre esta «aspiración del Espíritu Santo en el alma, con que Dios la transforma en sí» (79).

4. INFLUENCIA BEATÍFICA DE LA SOBERANA VOLUNTAD DE DIOS.—Acaba de decirnos Sor Angeles que al privarla Dios de las comunicaciones y favores que fueron tan frecuentes en el estado precedente, no la privó en cambio de estos dos bienes, a saber, del sentimiento de la divina presencia en el fondo de su ser y de la fuente de felicidad que le proviene de su identificación con el divino beneplácito. Por eso, la identificación con la divina Voluntad y la influencia beatificante que ésta ejerce en el alma es una de las propiedades o manifestaciones más notables de este período. El divino querer se manifiesta en el alma a manera de un flúido glorioso procedente de la Beatitud divina, que informa su vida, diviniza sus sufrimientos y la hace dichosísima; a manera de un riego glorioso que la pone en contacto con la infinita bienaventuranza de la Trinidad Beatísima y la coloca fuera de los dominios del sufrimiento. (Cfr. Apéndice Doc. núm. 222.)

Nótese que aquí no se trata de un favor transitorio, como el toque, sino de una comunicación de carácter habitual o permanente y sin la fuerte impresión de aquél. Por lo demás, a ambos suele designar Sorazu sirviéndose de la imagen o comparación del flúido o corriente.

5. CESE DEL P. MARIANO EN LA DIRECCIÓN DE LA M. SORAZU.—Precisamente, para que el alma comprenda el soberano bien que goza en esta identificación con la divina Voluntad, permite Dios que le sobrevengan trabajos y persecuciones en este período. En este contexto y después de hacer la advertencia que queda indicada, introduce la M. Sorazu la relación de la prueba

(78) Tratado, XIX, págs. 265-6.

(79) Cant. Esp., canción 39, 3, pág. 633; cfr. también Llama, canción primera, pág. 646.

persecutoria que culminó arrebatándole su director espiritual, el P. Mariano. Esta persecución fué a sus ojos la obra del Aquilón, o sea, del viento siniestro que sopló sobre su alma al iniciarse este período. Dicho en pocas palabras, el hecho consistió en lo siguiente: el confesor ordinario de la Comunidad, que lo era a la sazón un religioso, no veía con buenos ojos el ascendiente que tenía el P. Mariano ante dicha Comunidad. Ya hemos indicado que el P. Mariano, aunque residía en León, visitaba con alguna frecuencia a la M. Angeles, y a la vez que de ésta, era director espiritual de gran número de religiosas del mismo convento. Como la M. Angeles veía en él el Padre y director cortado a la medida de sus necesidades, no se servía del confesor ordinario más que para la estricta confesión de sus pecados. Con esto el citado Padre no disimulaba su resentimiento de creerse postergado. Agregóse la intervención de dos religiosas de la misma Comunidad, desafectas a la M. Sorazu, las cuales con sus chismes y embustes acabaron de calentar la cabeza al confesor, el cual, sirviéndose de sus amañadas informaciones y calumnias, consiguió en el Palacio Arzobispal una orden por la que se prohibía a las religiosas del convento todo trato o comunicación con el P. Mariano, tanto de palabra como por escrito (80).

Con fecha 1 de octubre de 1913 escribía la M. Angeles al P. Mariano:

"Yo estoy muy tranquila, pero algún tanto preocupada por V. R. en vista de lo que el demonio trabaja para echarle de esta santa casa, especialmente por medio del Confesor. Este esta terrible porque le llamé (a V. R.) en las próximas pasadas Témporas; y esta diciendo lo que no es en contra de V. R. y servidora, con el fin de ponernos en mal lugar con la Comunidad, o al menos con las religiosas que quieren dar oido a sus chismes y cuentos, que esto y no otra cosa son las cosas que dice. Dios sea bendito por todo."

A los veinte días justos de escrita esta carta sobrevino el golpe fatal.

"El 21 de octubre de 1913, un lacónico oficio de la Curia Arzobispal de Valladolid, firmado por el Provisor y Gobernador Eclesiástico, sede plena, doctor Carlos de Cos, prohibia a las religiosas del convento de la Purisima Concepcion "todo trato de palabra y por escrito" con el "P. Fray Mariano de Vega, Capuchino del convento de Leon", "sin que esto signifique censura alguna para el Padre." (81).

(80) Contado por la M. Presentación Abad.
(81) Pobladura, o. c., pág. 57.

Al día siguiente escribía la M. Sorazu al P. Mariano dándole cuenta del triste acontecimiento:

"Nada he hecho en el asunto del Confesor ni nadie ha venido aquí ni comunicado con los de Palacio; pero el Confesor ha debido hacer o ha hecho sin duda de las suyas, pues ayer recibí la adjunta comunicación del señor Provisor. ¡Pobrecito de mi Padre! ¡Qué golpe éste tan terrible y qué prueba tan dura para su alma, tan llena de caridad y de celo por la salvación y santificación de mis religiosas y de mi pobrecita alma! Pero animese y no se desconsuele, que Dios es omnipotente y puede volverle a esta santa casa con mayor gloria que ignominiosamente acaban de echarle de ella. Así lo esperamos... Me ha cogido este golpe de una manera que es imposible padecer y más inquietarme. Me parece que es un sueño y no puedo en manera alguna persuadirme de que es una realidad lo que tanto me temia y veo al presente realizado. Siento en el fondo de mi alma un consuelo y una paz tan grande, que me maravillo y casi me desconozco a mi misma. Sólo siento ver padecer a V. R...."

Cuando en 1920 el P. Mariano volvió a hacerse cargo nuevamente de la dirección de la M. Sorazu, en la primera carta que dirigió a ésta reconocía que «la envidia fué la verdadera causa de la persecución, maledicencia y difamación pasada» (82). Por lo demás, él recibió el golpe con la más ejemplar resignación, y nada hizo por justificarse ni revocar la orden dada en contra de él. En su contestación a la M. Angeles le decía que en los últimos Ejercicios había hecho propósito de desear humillaciones y de dar gracias a Dios cuando llegasen...

Así cesó, de este modo violento, la dirección del P. Mariano. Objetivamente hablando, no podía sobrevenir a la M. Sorazu una contradicción o prueba más dolorosa y sensible; y sin embargo, su identificación con el divino beneplácito la vino a hacer casi enteramente impasible. Por eso dice que entre otros fines de su gloria, Dios permitió esta prueba para que comprendiese el soberano bien que gozaba en la identificación con el divino beneplácito. Baste recordar lo que el P. Mariano significaba en su vida y se comprenderá el golpe tan duro que este suceso representaba para ella. Además, desprovista de todo humano apoyo, quedaba ahora en la más triste orfandad, y por añadidura, desacreditada ante los Superiores eclesiásticos por las falsas informaciones que dieron lugar a la orden de prohibición. Agréguese a esto que los Confesores, prevenidos contra ella, la calificaban de «ilusa, y de tonto al director que aprobara su

(82) Carta del P. Mariano, 2-5-1920.

espíritu» (83), y se tendrá una idea bastante exacta de la terrible prueba que hubo de soportar.

Acerca de los malos tratos que le daban los confesores, hallamos también algunas noticias en una carta de época posterior:

"Tal era mi ansia de recibir la absolución y conservarme inmaculada o con la mayor pureza de alma posible, que con gusto sufría los palos que me daban los confesores, que veían en mí una víctima de las ilusiones de los directores crédulos, tontos, etc., que me habían dirigido. A todo contestaba amén y salía del confesonario muchas veces riéndome, pero no me fue útil ninguno de los confesores que me trató así en su afán de desilusionarme y sacarme el polvo que tenía en los pliegues del corazón, como decían, debido al alto cargo o larga prelacía y credulidad de los directores." (84).

En una exposición que escribió sobre el capítulo V de los Cantares ve figurada toda esta persecución en los golpes que dieron a la esposa los guardas de la ciudad, y muy especialmente en el manto que le quitaron (Cant. 5, 7), en el cual ve representado a su director espiritual:

"Los guardas que vigilan la ciudad y guardan sus muros son mis confesores y superiores, quienes, por divina ordenación y animados del mejor deseo, me hirieron y me llagaron y llevaronse mi manto, quitáronme mi guía y protección, el director espiritual." (85).

Este ejemplo servirá para darse cuenta exacta de la naturaleza de las exposiciones que escribió la M. Angeles sobre el libro de los Cantares y de cuán propiamente conviene a estas exposiciones lo que decíamos, o sea, que las imágenes del sagrado libro son el cañamazo sobre el cual va bordando la descripción de su propia vida espiritual y mística, tal como en ella se cumplió.

Sin embargo —y a poner esto de relieve se ordena toda la descripción de la terrible prueba— «no sólo no está triste, sino que se siente feliz, goza una paz y tranquilidad envidiables y rebosa júbilo y felicidad, como quien posee el tesoro que ardientemente anhelara» (86). Con todo, había momentos en que el dolor se esforzaba por penetrar en su espíritu. En estos momentos reaparecían las ideas tétricas y amargas inquietudes de conciencia a que era tan propensa. Ahora que los Superiores y Confesores estaban prevenidos contra ella, le insinuaba el ten-

(83) Tratado, XX, pág. 269.
(84) Cartas, 5-5-1920.
(85) Exposición de varios pasajes..., pág. 103.
(86) Tratado, XX, pág. 270.

tador que este hecho era la señal visible de que se hallaba en desgracia de Dios y que sus relaciones divinas eran obra del demonio. Padeció también tentaciones contra la fe e institución divina de la Iglesia Católica, con motivo del procedimiento que seguían con ella los representantes de la misma Iglesia. Pero «fuera de estas crisis dolorosas y desesperantes» gozó una paz y bienaventuranza inefables merced a su identificación con el divino beneplácito que divinizaba sus sufrimientos. Véase en el Apéndice Documental núm. 223 una preciosa descripción de esta imperturbabilidad o bienaventuranza perenne que le provenía de su identificación con el divino beneplácito.

Esta identificación era de tal naturaleza, que literalmente no era capaz de desear ni querer nada fuera del cumplimiento cada vez más perfecto del divino querer en ella y en todas las demás criaturas. Deseaba, sí, la dirección espiritual, porque su conciencia reclamaba este medio de santificación, y entendía que Dios lo quería de ella (87), pero fuera de esto nada podía querer ni desear, pues lo poseía todo en su unión con el beneplácito de Dios. Si alguien le decía que era más meritoria la vida de sufrimiento, hacía «supremos esfuerzos» por amar y desear la cruz, pero no lo conseguía (88). «Gustosa se resigna a ser la última en el cielo, con tal de que se cumpla la divina voluntad que ama más que la santidad y que la misma gloria y felicidad eterna». Diríase que está unida al divino beneplácito «con el amor necesario que los bienaventurados profesan a Dios y que no tiene libertad para hacer y desear otra cosa de lo que Dios quiere» (89). Toda su felicidad consistía en abandonarse a la voluntad divina, en dejarse llevar de ella. Todo lo que no fuera esto le producía «una violencia penosísima, insoportable, especie de cautiverio, que la ata a la creación para que no se pierda en Dios, que la reclama y atrae con fuerza misteriosa, y sufre horrorosamente» (90). Por la misa razón, las calamidades que afligen al mundo tampoco la conmovían, a no ser que viese en Dios interés especial por los que sufren o que reclamaba su mediación para retirar el azote vengador de su justicia: en este caso era prodigiosa la actividad que desplegaba y la generosidad con que se ofrecía a sufrir ella el castigo en vez de los culpables (91).

(87) Tratado, XX, pág. 273.
(88) » » » 273.
(89) » » » 274.
(90) » » » 275.
(91) » » » 275

En una palabra, se hallaba tan perfectamente identificada con la divina voluntad, que estaba siempre atenta a sus menores manifestaciones para secundarlas al instante.

6. DICHOSA COMUNICACIÓN DE BIENES ENTRE DIOS Y EL ALMA. «La mutua complacencia y comunicación de bienes es otro de los fenómenos de la vida divina en el alma» (92). Es decir, el alma se goza en la existencia y perfecciones divinas más que si fueran propias, y en virtud de este afecto viene a gustar y a asimilarse estos divinos tesoros, disfrutando de una felicidad que no hay términos que la expresen. (Cfr. Ap. Doc. núm. 224.)

Esta feliz comunión y participación de bienes entre Dios y el alma es la que justifica plenamente el término de matrimonio espiritual con que se designa a este estado. No se olvide que este colmo de felicidad y delicias espirituales tenía lugar precisamente después del alejamiento de su Padre-verdad, cuando Sor Angeles se hallaba sumida en la más triste orfandad, como dijimos. Así, Dios quiso que experimentara con más viveza la felicidad que le provenía de su unión mística con El, precisamente en el tiempo mismo en que la persecución y la prueba parecían presagiar los más amargos sufrimientos. Pero detrás de tanta dicha el alma adivina la Cruz, la Cruz que el Señor le reserva para más tarde, y que ella ama y desea, si bien dentro de su perfecta resignación en el divino querer.

7. PLEGARIA DE INTERCESIÓN A FAVOR DEL MUNDO.—En este estado Dios reclamaba con vivísimo interés su plegaria de intercesión a favor del mundo, y para que pidiese con mayor confianza la significaba el valor que atribuía a su súplica, sobre todo si pedía en nombre de los divinos atributos y perfecciones, en los que ella tanto se complacía. En conformidad con esta indicación de Dios, invocaba dichos divinos atributos como los supremos y más eficaces motivos que hacen fuerza a Dios y le obligan a favorecer a sus criaturas. Los atributos o Personas divinas invocadas respondían a su llamamiento, y abrazada con ellas se presentaba a la Justicia y conseguía su pretensión. (Cfr. Apéndice Documental núm. 225.)

Nótese de modo particular cómo insiste en la idea de que todas las criaturas son de Dios, como razón que debe moverle a favorecerlas, ya que al hacerlo no cesa de amarse a Sí y pro-

(92) Tratado, XX, pág. 276.

curar su propia gloria, que es el fin supremo que persigue Dios en todos sus actos.

Pero entre todos los atributos invocaba y reclamaba especialísimamente el de la Misericordia. Adheríase a él e instantemente le rogaba a que ejercitara su oficio con los hijos de los hombres, defendiendo a éstos de las rigurosas exigencias de la Justicia. Véase su conmovedora plegaria a la Misericordia, notable por esta profunda idea de que el hombre ha sido creado para dar ocasión de brillar a este dulcísimo atributo, que sin él estuviera ocioso y sin ejercicio. (Cfr. Ap. Doc. núm. 226.)

8. LA PARTICIPACIÓN DEL MISTERIO DE LA TRINIDAD.—Tocamos ya las cumbres más altas de la vida de Dios en el alma y de toda la contemplación simple de la Divinidad. Las páginas que la M. Sorazu dedica a describir la participación del inefable misterio de la Santísima Trinidad son sencillamente estupendas, sublimes. Ya vimos que el presente período, o sea la vida de Dios en el alma, se inauguró con la revelación de Dios Uno y Trino presente en el fondo de su ser. Pues bien, esta presencia habitual de la Santísima Trinidad dentro del alma y lo que en dicha presencia aprehende ella respecto de cada una de las Personas divinas, es lo que nos va a describir ahora en términos insuperables. Empieza diciendo que aprehendía este inefable misterio no como efectuado allá en el principio sin principio que nosotros concebimos en la existencia de Dios, sino cumpliéndose perpetuamente y extendiendo las misiones divinas a favor de las almas, y de ella singularmente. En su seno hallaba a Dios Uno y Trino siempre que lo buscaba, y lo poseía «como un tesoro divino, su herencia y patrimonio». Mas advierte que

"a veces se oculta o vela al Señor, y sin retirarse del alma corta la corriente de sus comunicaciones divinas y la deja como suelta del íntimo abrazo que los une y a oscuras. Esta privación del influjo divino padece el alma por regla general en periodos de prueba o tentación y todas las veces que comete alguna falta o niega a Dios la cooperación que la pide para el cumplimiento de sus designios" (93).

Una por una nos describe a continuación a cada una de las tres Personas divinas, tal como ella las aprehendía en su contemplación, en términos admirables por su propiedad y exactitud teológica. Véanse en el Ap. Doc. núms. 227 y 228 las

(93) Tratado, XX, pág. 282.

descripciones correspondientes al Padre y al Hijo, respectivamente.

Pero donde la descripción alcanza alturas verdaderamente sublimes es al hablarnos de cómo aprehendía a la Sagrada Persona del Espíritu Santo. Esta divina Persona se le revela como el Amor increado, sustancial de Dios, quien se ama a Sí mismo en el Padre y en el Verbo por el órgano de dicha Persona divina, y el cual en Sí mismo, por Sí mismo y para su gloria ama las obras que creara. Amor que después de haber calcinado con sus divinos ardores la divina Esencia, busca reproducirse y quiere hallar alguien que reciba sus divinos tesoros. No hallando en el seno de Dios dónde ejercitar su infinita fecundidad, inspira en Dios la libre necesidad de comunicarse fuera por la creación y de que el Hijo forme parte de ésta por la Encarnación. Así se efectúa, y el Espíritu Santo se siente feliz al poder volcar todas sus infinitas riquezas en la Santa Humanidad, predestinada a la unión hipostática. Pero la comunicación del divino Espíritu no se limita o reduce a la Santa Humanidad de Cristo, sino que El ansía derramarse y extenderse a todos los ángeles e hijos de Adán, pero siempre por medio de Jesús. Jesús es la obra maestra del Espíritu Santo. Este se muestra infinitamente apasionado por Jesús. Por ello lo ha cubierto con su fuerza, lo ha vestido con sus divinos fulgores. Si queremos que llegue hasta nosotros la vida divina, no tenemos más que adherirnos a este Jesús, que es el manantial perenne de dicha vida. El Espíritu Santo quiere también comunicarse a nosotros y hacer de cada cual otro Cristo, revestido de su fuerza divina, con tal que nosotros nos prestemos a sus designios. (Apéndice Documental núm. 229.)

¡Sublime panorama, magnífica síntesis de las obras de Dios «ad extra», consideradas como un resultado del ansia de fecundidad que siente el Espíritu Santo! El cual, no teniendo dónde ejercer dicha fecundidad dentro de la Trinidad, inspira a Dios la feliz —aunque libre— necesidad de crear y de difundir en sus criaturas la vida sobrenatural, valiéndose para ello de la Encarnación del Verbo. No dudamos en catalogar estas páginas entre lo más bello y sublime que ha escrito la M. Angeles. ¡Qué expresiva resulta la imagen aquella en que nos pinta al Espíritu Santo asomándose a las ventanas de la Divinidad, que son la Sabiduría y Omnipotencia divinas, para contemplar las tinieblas extendidas sobre la nada, de la cual quiere hacer surgir la creación! Nótese también cómo considera a la creación cual

mera preparación, en el plan divino, para la Encarnación y difusión de la vida divina. La Santa Humanidad de Cristo fué la obra maestra del Espíritu Santo, donde El volcó, por así decir, los tesoros divinos que estaba ansioso de comunicar; y a través de esta Santa Humanidad, constituída Cabeza de un Cuerpo Místico, hace llegar hasta nosotros sus gracias, a cuantos por la fe están adheridos a Cristo. En su debida proporción, cada uno de los cristianos es a los ojos del divino Espíritu como otro Cristo, que El ama y a quien anhela comunicar sus gracias. No insistimos sobre el profundo sentido teológico y la exacta visión del orden natural y sobrenatural que revelan estas ideas, pues salta a la vista de todo el que está medianamente versado en Teología.

Mas el alma no solamente contempla las divinas procesiones, sino que las *goza* y *participa*. Goza el Ser divino, goza la Generación, que Dios Padre extiende a ella; y aunque entiende que su intervención está de más, se une al Padre, complaciéndose en la necesidad que experimenta de engendrar al Verbo perpetuamente y agradeciéndole los tesoros de gloria que comunica a Este. En el fondo de su ser siente la presencia del Hijo divino, como la siente el Padre, y lo posee y goza juntamente con el mismo Padre.

Del propio modo, adherida al Verbo Encarnado, cree y adora lo que Este ve y contempla en el Padre, y procura hacer su felicidad. Goza la Procesión que el Padre y el Hijo exteriorizan a su favor, difundiendo en ella su Amor increado. Adherida al Espíritu Santo ama y glorifica al Padre en nombre del Hijo y a Este en nombre del Padre; y con el Espíritu Santo se refiere a su Principio eterno para agradecerle la Creación y Encarnación y gozar sus frutos.

Por modo inefable aprehende y goza el infinito amor de Dios al género humano que moviera al Padre a entregarnos su divino Hijo y a Este a formar parte de nuestra naturaleza, y como palpa la realidad divina de lo que la fe nos enseña, con sentimiento de gratitud profunda repite: Nosotros hemos conocido y creído a la Caridad que Dios tiene por nosotros... (94). Partipa además de la gloria y descanso que le resulta a Dios de la Encarnación, el amor y entusiasmo infinito que siente el Espíritu Santo por el Verbo Encarnado, las relaciones que le unen a su Santísima Humanidad —como Agente principal del

(94) 1 Jo 4, 16.

inefable misterio— y el celo que le abrasa por su gloria. De aquí que otro de los fenómenos característicos de este período sea *un amor y entusiasmo excepcional por Jesucristo,* amor y entusiasmo que bebe en sus relaciones con la Tercera Persona de la Trinidad.

Estos son los principales caracteres y fenómenos que presenta la participación del inefable misterio de la Santísima Trinidad.

9. MODO COMO APREHENDE A LA SANTA HUMANIDAD DE CRISTO EN LOS DISTINTOS PERÍODOS Y FASES DE LA CONTEMPLACIÓN SIMPLE.—A continuación, y como cerrando todo el conjunto de períodos y fases que comprende el presente capítulo que hemos denominado la contemplación simple de la Divinidad, resume la M. Sorazu en un pasaje de capital importancia el modo como en cada uno de dichos períodos aprehendía a la Santa Humanidad de Cristo. Téngase presente que los cuatro períodos de que habla en dicho texto son las cuatro fases que ella ha distinguido dentro de *La vida del alma en Dios.* (Ap. Doc. núm. 230.)

De este texto se deduce que a medida que ha ido subiendo en la contemplación de la Divinidad, la Humanidad de Cristo se le ha ido mostrando cada vez más ligada o identificada con el Ser Divino.

Finalmente, en el período presente experimenta el alma un amor cada vez más vivo hacia Jesús. Este amor se lo inspiran tanto el Padre como el Espíritu Santo, y el mismo Jesús la atrae también hacia Sí con fuerza misteriosa. Muchas veces se presenta a ella como «el fin próximo de las almas, reservándose el honor de glorificar a la Divinidad inmediatamente en nombre de ellas» (95). Esta idea de que nosotros hemos sido hechos para Jesús y de que sólo por medio de El y en El hemos de cumplir el fin de glorificar a Dios impuesto a toda criatura, esta idea, decimos, es una de las más familiares y características de Sorazu, que ella repite e inculca en muchos lugares. Es el Cristocentrismo llevado a sus últimas consecuencias.

Como gravitada por dulce y agradable peso, se siente el alma inclinada hacia Jesús. «No aprende a la divinidad independiente de la santa Humanidad, sino unida a ella por modo misterioso, aunque no goce su presencia» (96). Al decir estas palabras

(95) Tratado, XX, pág. 290
(96) » » » 291.

se refiere la M. Sorazu (como lo explica ella misma a continuación) a la visión que describe San Juan en el cap. IV del Apocalipsis y que a ella se le mostró en este momento de su vida. En efecto, en una sublime visión se le mostró Dios sentado en regio trono y semejante a la piedra de jaspe y sardia. Comprendía Sor Angeles que tenía ante sí a Dios Uno y Trino, mas tan sólo veía al Padre y al Espíritu Santo. Al Verbo no lo veía, aunque conocía que también se hallaba presente. Preguntó por El a la primera y tercera Personas y le dijeron que sí estaba presente, pero que ella no tenía capacidad para contemplarlo en su doble naturaleza, o sea, como es, Dios y Hombre a la vez; que procurase adaptarse o capacitarse para ello, pues querían mostrárselo en su doble aspecto o naturaleza. He aquí cómo la primera y tercera Personas la conducen hacia la contemplación mixta, «sin que ella lo note o se dé cuenta».

"La contemplación de la Divinidad o la divina unión, lejos de apartarnos de Jesus, nos arrastra, pues, y conduce a El hacia la perfecta fusion de nuestra vida con la suya humano-divina. Gracias, Dios mio, gracias mil por la gloria que procuras a tu divino Hijo Humanado, mi Señor Jesucristo, conduciendo a El las almas que favoreces con tu intimidad para que en unión tuya lo amen y glorifiquen. Así sea" (97).

Del mismo modo que la contemplación de Dios Uno y Trino en el fondo de su ser ha inspirado una exposición o comentario exegético de Sor Angeles al capítulo VI de Isaías, así también esta visión que aquí nos refiere es la que ha originado el comentario que escribió al capítulo IV del Apocalipsis (98). Mas aquí no parece tratarse de una contemplación indistinta, sino de una visión propiamente dicha, si bien esta visión tenía por objeto presagiar el nuevo grado de contemplación a que va a ser elevada, es decir, la contemplación mixta. Resumiendo: en las cumbres más altas de la contemplación de la Divinidad reaparece el anhelo y atractivo singular por la Humanidad de Cristo. Si el alma no la podía contemplar hasta ahora junto con la pura Divinidad, era por defecto o incapacidad de ella.

Termina finalmente advirtiéndonos que aun en tan elevado estado comete el alma algunas faltas, si bien parecen ser indeliberadas y de pura fragilidad, compatibles con la confirmación

(97) Tratado, XX, pág. 293.
(98) Exposición de varios pasajes..., págs. 36-54.

en gracia que el Místico Doctor San Juan de la Cruz supone como una de las propiedades de estas almas transformadas (99).

"Al verla favorecida con las comunicaciones divinas descritas en este capítulo y en los anteriores, quizá piense alguno que el alma está exenta de toda culpa. No es así, sino que incurre en algunos defectos leves, hijos de la humana miseria, pero no comete ningun pecado mortal ni venial de trascendencia, y cuando cae en alguna falta en seguida se levanta y procura resarcir su debilidad con la contrita confesión y las virtudes que practica" (100).

(99) Cántico Espiritual, XXII, núm. 3.
(100) Tratado, XX, pág. 293.

CAPITULO XI

LA CONTEMPLACION MIXTA

(Julio 1915—Agosto 1921)

"Cuando más abismada me hallo en el infinito océano de la Divinidad, más identificada con mi Dios Uno y Trino y abstraida de la creacion y participo mas altamente sus divinas, eternas e interiores comunicaciones; cuando pienso que me he perpetuado en el mistico lecho de la divina contemplación y participación de la vida y relaciones internas de la Trinidad, he aquí que escucho la voz de mi Amado que llama y dice: Abreme, hermana mia... *Mi Amado es el Verbo Encarnado, a quien amo con preferencia —en cierto sentido— a la primera y tercera Personas de la Trinidad, predilección que, lejos de desagradarles, bendicen el Padre y el Espiritu Santo y la fomentan. Me llama para que lo contemple en su doble aspecto simultáneamente, en su naturaleza divina como Verbo de Dios, como flor de la Divinidad acariciada con el rocío de las perfecciones divinas que el Padre le comunica en la generación perpetuamente, y en su naturaleza humana dotado de todas las perfecciones que el Espiritu Santo produjera en unión de la Virgen Inmaculada o con la cooperación de la Señora en el dia de la Encarnación..."* (Exposición de varios pasajes de la Escritura, página 99.)

Cuando hacia el final de la Vía Iluminativa fué Sor Angeles requerida para la contemplación de la Divinidad, experimentó grande pena de abandonar los misterios de Cristo que hasta entonces habían constituído el objeto preferente de su amor. Comprendía que tardaría muchos años en volver a su contemplación; mas a la postre volvería otra vez a ellos con gran júbilo de su alma. En el capítulo precedente hemos visto cómo se abismó en la contemplación de la pura Divinidad, en el regusto y participación de los divinos atributos, de las procesiones trinitarias, etc. En todo este tiempo su alma ha perdido de vista los misterios de la vida divino-humana de Jesús. No que en este

estado prescinda de la Santa Humanidad; al contrario, tiene conciencia de que sólo por medio de esta Santa Humanidad le es posible el acceso y comunicación con la divina Esencia y de que se mantiene firmemente unida a dicha Humanidad sacrosanta; pero no le es posible atender a los misterios particulares de su vida ni a la misma Santa Humanidad en cuanto tal. Esta impotencia, que no le permite juntar con la contemplación de la Divinidad el aspecto externo, humano, creado, que presenta Jesús, nace de su misma debilidad, limitación y estado relativamente imperfecto. Por eso, a medida que va subiendo el alma y elevándose más alto dentro del estado de transformación, la Santa Humanidad de Cristo se le va presentando cada vez más identificada o ligada con la divina esencia, y llega un momento en que la dificultad queda suprimida. De ese modo, la contemplación simple de la Divinidad desemboca en la contemplación mixta. Nuevamente el alma vuelve su vista a aquellos misterios eternamente benditos que fueron la causa de nuestra salud, a saber, la Encarnación, unión hipostática, filiación divina de Jesús, su Pasión y Muerte redentoras; pero ahora los contempla sin abandonar ya más la contemplación de la pura Divinidad, pues su perfección actual no le impide la junta de ambos motivos.

Así pues, en el estadio supremo de la vida de transformación reaparece de nuevo Jesús, el Verbo Encarnado, como objeto preferente del alma. Los misterios inefables de su vida humano-divina vuelven a constituir el atractivo y la predilección singular del alma; pero en cuanto al modo de seguir y participar dichos misterios, ¡cuán lejos nos hallamos ya de la Vía Iluminativa!

Como decimos, este nuevo estado de la contemplación mixta es el supremo y último de la escala mística de la M. Sorazu. En él perseverará nuestra autora hasta su muerte. Pero dentro de él distingue ella dos períodos, en todo análogos y paralelos a los dos que hemos visto en el capítulo anterior. En efecto, a lo que allí llamábamos «La vida del alma en Dios», responde aquí «La vida del alma en Jesucristo»; y lo que allí era «La vida de Dios en el alma», es aquí «La vida de Jesucristo en el alma». Este último período alcanza lógicamente hasta la muerte de Sorazu, pues dentro de él debe incluirse la reproducción y participación mística por el alma de todos los misterios de la vida de Cristo, incluso de su Pasión y Muerte. Pero por su importancia especial, esta participación de la Pasión la estudiaremos aparte. Por ello dividimos este último capítulo de la vida de Sorazu en

tres artículos: primero, «La vida del alma en Jesucristo»; segundo, «La vida de Jesucristo en el alma» (hasta la fecha de la terminación del Tratado, noviembre de 1918); tercero, «La Participación de la Pasión» (comprende la vida de la M. Sorazu a partir de dicha fecha hasta su muerte).

ARTÍCULO I

La vida del alma en Jesucristo

1. EL LLAMAMIENTO A LA CONTEMPLACIÓN MIXTA.—2. EL PADRE NARCISO NIETO, CUARTO DIRECTOR DE LA M. SORAZU.—3. «ESTABLECIDA EN JESUCRISTO».—4. LA VISIÓN DEL CORDERO.—5. PRESENCIA DEL VERBO ENCARNADO EN EL SENO DE LA HUMANIDAD. DOBLE VIDA DE JESÚS

1. EL LLAMAMIENTO A LA CONTEMPLACIÓN MIXTA.—Bellísimas son, aun desde el punto de vista literario, las páginas en que la M. Angeles describe el llamamiento a la contemplación mixta. Están en forma de comentario o exposición al capítulo V de los Cantares, pero la índole de tales exposiciones nos es ya bien conocida: la M. Angeles, al exponer el sagrado texto, no hace más que describirnos sus propios estados místicos que ella ve figurados y aun gráficamente representados en los episodios de la esposa. Poseemos dos distintas redacciones de este llamamiento a la contemplación mixta: una, inserta en el Tratado, capítulo 21 (o sea, en el momento de su vida en que tuvo lugar), y otra que se publicó junto con otros trabajos escriturísticos de la M. Sorazu, como exposición del citado capítulo de los Cantares. Ambas son muy parecidas y difieren muy poco; con todo, la segunda agrega detalles de interés y es algo más extensa. De ella hemos tomado el pasaje que insertamos en el Ap. Doc. número 231. A la verdad, no puede uno menos de verse gratamente sorprendido e impresionado al observar cuán felizmente se prestan las vicisitudes de la esposa para significar su actual estado místico.

El pasaje en cuestión empieza describiéndonos en términos expresivos el estado en que se hallaba cuando se produjo el llamamiento para la contemplación mixta. El alma dormía el místico sueño de la contemplación de la naturaleza y perfecciones

de Dios, a quien adoraba y amaba creyendo sin comprenderlo, y al efecto negaba todos los conocimientos adquiridos, diciendo: no sois mi Dios. Mientras el entendimiento reposaba en la contemplación de la Divinidad, que aprehendía incomprensible, el corazón amaba a su Dios con ardor y lo gustaba con viveza.

Nótense una vez más en esta breve descripción los dos elementos típicos de conocimiento y amor. Mas Dios es incomprensible, inefable; esta incomprensibilidad se ofrece al alma con destacado relieve; por esto y porque la luz de la contemplación es sumamente pura y sencilla, sin cuerpo, indistinta e imprecisa (101), se dice que la contemplación es obscura como la noche, y aquí se la compara al dormir; pero esto no quiere decir que no intervenga en ella como esencial el elemento cognoscitivo propiamente dicho. ¿Quién podrá negarlo después de las estupendas noticias y conocimientos que Sor Angeles ha aprehendido en el estado precedente, sublimes conocimientos sobre los divinos atributos, las relaciones trinitarias, etc.? Lejos de sufrir el alma un eclipse en su actividad cognoscitiva y amativa durante la contemplación, se ha de decir que ambas operaciones son elevadas al summum de la actividad.

Mas he aquí que cuando más abstraída se hallaba de todo lo que no es la pura Divinidad, siente que el Verbo Encarnado la hace un llamamiento, una invitación para que lo contemple en su doble naturaleza, o sea, como Verbo de Dios y en su naturaleza humana, en las perfecciones que el Espíritu Santo produjera en su Santa Humanidad y en sus relaciones externas con la creación.

Ella, que al ser elevada a la contemplación simple negó las noticias referentes a los misterios particulares de la vida de Jesús, siente dificultad en responder a tal requerimiento. ¿Cómo agregar la noticia de las relaciones externas de Dios y de su Verbo Encarnado a la contemplación de su Trina Unidad? ¿Cómo volver a levantarse del místico lecho do reposa (la contemplación simple), vestir de nuevo la túnica de que se despojó (la noticia de los misterios de Jesús) y volver a ensuciarse los pies que lavó (revivir la memoria de los procederes de las criaturas)?

Pero el mismo Jesús remueve los obstáculos que le impedían secundar el requerimiento. Le comunica una noticia soberana que comprende todas las perfecciones y misterios de su

(101) Hernández, Guiones, pág. 127.

doble naturaleza, para que lo contemple en las múltiples y diversas fases de su vida humano-divina y en sus relaciones filiales con el Padre y externas con las criaturas, sin perjuicio del reposo divino que disfruta en la contemplación simple. (Apéndice Documental núm. 231.)

Esta manera de contarnos sus vicisitudes místicas vaciándolas en el molde que le ofrecen los episodios de la esposa de los Cantares, apenas deja lugar para decirnos el modo concreto como ocurrieron los hechos a que alude. Algo más se deduce, a este respecto, de un pasaje de las Cartas que insertamos en el Apéndice Documental núm. 231. En él nos habla también Sor Angeles del «enojoso incidente» de ocultarse Jesús, etc., a que ha hecho alusión en el texto anterior. (Cfr. Ap. Doc. núm. 231 e.)

Por el Apéndice de la Autobiografía nos es posible determinar la fecha en que tuvo lugar el llamamiento para la contemplación mixta: fué en julio de 1915, y su primer período, o sea el comprendido en el presente artículo, se prolongó hasta fines de 1917. (Cfr. Ap. Doc. núm. 186 e.)

2. EL P. NARCISO NIETO, O. F. M., CUARTO DIRECTOR DE LA M. SORAZU.—Pero el medio dispuesto por Dios para que entrara de lleno en la contemplación mixta fué otra vez la dirección. La M. Angeles permanecía sin director desde que le arrebataron al P. Mariano; mas ahora entendió que Dios Humanado le esperaba en su Iglesia, representado en sus Ministros, y que la dirección era el medio establecido por Jesús para comunicarse a ella (102). Esto la indujo a ponerse bajo la dirección del P. Narciso Nieto, O. F. M., que era a la sazón capellán de las Clarisas de Calabazanos (Palencia). Este Padre no trató a fondo a la M. Angeles; no obstante, Dios se sirvió de él como de instrumento para comunicarle sus gracias, y por su medio la introdujo de lleno en la contemplación mixta.

"El director, obedeciendo a superior impulso —quizá inconscientemente—, la arrastra hacia Jesús, fomentando el amor y entusiasmo que por El siente, y secunda el primero y principal de sus designios, que es asociarla a su doble vida y relaciones divinas. Lo hace con tan feliz éxito que muy pronto tiene el consuelo de verla establecida en Jesucristo o enjesusada. El alma entra de lleno en el periodo de contemplacion mixta y despliega su amor y celo en obsequio de su Dios Humanado" (103).

(102) **Cartas, 25-8-1920; Tratado, XXI, pág. 301.**
(103) **Tratado, XXI, pág. 301.**

Este fué el cuarto director que tuvo la M. Angeles. Refiriéndose a él y al siguiente (P. Alfonso Vega, O. P.) dice ella en una de sus cartas:

"Los directores no hicieron más que secundar el llamamiento del Verbo a la contemplacion mixta de su doble naturaleza, pero sin penetrarse bien de la naturaleza y elevacion de mis relaciones sobrenaturales, vocacion, etcétera, y la mayor parte de las veces inconscientemente. Es verdad que Nuestro Señor se valio de ellos como de instrumento para requerirme y establecerme o elevarme a ciertos grados misticos, pero lo hicieron inconscientemente y a oscuras, con una simple indicación como ésta, por ejemplo: "Jesus tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres" (104).

3. «ESTABLECIDA EN JESUCRISTO». — Esta es la expresión que la M. Sorazu emplea para indicar y dar a entender el efecto conseguido en el nuevo estado místico. Jesús la asocia a sus relaciones filiales con Dios y comparte con ella la gloria y beatitud de la unión hipostática. El Padre le presta su Omnipotencia y el Espíritu Santo su Amor, para que con ellos ame a Jesús divinamente. El misterio de la Encarnación se despliega ante el alma, quien lo aprehende y goza como realidad viviente, presente a ella, y habitualmente. Jesús se le revela en las múltiples y diversas fases de su misteriosa y eterna vida. Todos los divinos misterios se presentan a su vista consagrados con la unión hipostática. (Ap. Doc. núm. 233.)

Pero lo que ante todo se le revela y lo que el alma gusta por inefable modo es la filiación divina de Jesús. Entiende y gusta tales misterios sobre las filiales relaciones del Verbo con el Padre, tanto en el seno de la Trinidad como en la Encarnación, que el alma muriera de amor y de gozo, si Dios no la confortara. Además, Dios la hace participar por misterioso modo de dicha filiación divina y unión hipostática. (Cfr. Apéndice Documental núm. 234.)

Participar la filiación divina de Jesús, su unión hipostática... Estos inefables favores y experiencias místicas que aquí refiere la M. Sorazu, ¿qué otra cosa son sino la percepción experimental de lo que constituye el fondo íntimo de todo el orden sobrenatural? El Hijo de Dios nos ha hecho copartícipes, coherederos de la herencia eterna que por naturaleza le corresponde a El; Jesús ha hecho extensiva a nosotros su filiación divina; por El, con El y en El somos admitidos a la misma herencia eterna que por naturaleza es exclusivamente propia del Hijo natural de Dios.

(104) Cartas, 25-8-1920.

4. LA VISIÓN DEL CORDERO.—Después de un período relativamente largo consagrado a la contemplación de la divina filiación, fué favorecida con una visión que está en perfecta consonancia con su actual momento místico: fué la visión del Cordero que nos describe San Juan en el capítulo V del Apocalipsis. Esta visión es la respuesta y obligado complemento de aquella otra que se le mostró antes de su elevación al estado de contemplación mixta, en la que el alma echaba de menos al Verbo, y la primera y tercera Personas le hicieron saber que no la veía por no tener ella entonces capacidad para verlo en su doble naturaleza, pero que más adelante se le mostraría (105).

Ahora, pues, se despliega ante su vista esta sublime visión tal como se describe en el citado capítulo del Apocalipsis. Ve al Cordero allegarse al Eterno sentado en el trono y de su derecha tomar el libro de los siete sellos. En esta misteriosa ceremonia entiende que se significa el altísimo misterio de la unión hipostática.

"Contempla a la Humanidad de Cristo en el momento feliz que vino a la vida y fué elevada a la unión hipostática y glorificada y deificada con la inmediata presencia del Verbo. La ve presa de inefable júbilo abrazarse con el Verbo eterno, penetrar en el santuario de la divinidad, identificarse con la divina Sabiduría y apoderarse de sus tesoros infinitos para transportarlos a la naturaleza humana —de la que forma parte—, asimilándoselos. La ve identificada con la suma Verdad y Providencia de Dios encargarse del gobierno de la creación y del fiel cumplimiento de los divinos decretos con ella relacionados" (106).

Contempla a la creación postrada de hinojos ante el Cordero y a las jerarquías angélicas y generaciones humanas adherirse por medio de esta Humanidad divinizada al Señor sentado en el trono y cumplir el fin de la creación, o sea, la glorificación de la Stma. Trinidad.

Esta visión del Cordero, símbolo de la Santa Humanidad asumida por el Verbo y convertida en instrumento de salud para todos, ha inspirado un bellísimo comentario de nuestra escritora acerca del capítulo V del Apocalipsis, lleno de profundos conceptos y elevadísimas ideas acerca del papel que juega el Verbo Encarnado en las obras de Dios ad extra y en el cumplimiento de los designios divinos acerca de nosotros (107).

---

(105) Cfr. supra, pág 277.

(106) Tratado, XXI, pág. 305-6.

(107) Exposición de varios pasajes..., págs. 55-72. En este original y bellísimo comentario se percibe además la huella o rastro de otro estado místico, que Sorazu pasó muchos años atrás, en la Vía Purgativa, como en su lugar lo hicimos notar, págs. 113-114.

5. PRESENCIA DEL VERBO ENCARNADO EN EL SENO DE LA HUMANIDAD. DOBLE VIDA DE JESÚS. — Después de la precedente visión, que según todas las apariencias no parece pertenecer al orden de contemplación indistinta, nos describe la M. Sorazu otras revelaciones y conocimientos experimentales que parecen entrar de lleno en dicho orden. Tal es, por ejemplo, la experiencia de la presencia del Verbo Encarnado en el seno de la humanidad entera, a la que ha enriquecido con los divinos tesoros que la Humanidad de Cristo se asimiló en el momento de su unión con el Verbo para transportarlos al género humano (108).

En el mismo estado Jesús se le revelaba todavía en forma de Niño o en el seno de María bajo doble aspecto: veíalo a la vez glorioso y paciente, sentado a la diestra de Dios y en los dominios del sufrimiento, dirigiendo los destinos de la Creación a la diestra del Padre y recorriendo la vía dolorosa; todo ello, como decimos, simultáneamente, y siempre en forma de Niño. (Apéndice Documental núm. 235.)

Esta revelación de la doble vida simultánea de Jesús Niño ha inspirado igualmente uno de los más originales y preciosos opúsculos de la M. Sorazu. Nos referimos al titulado «Meditaciones sobre el misterio de la Encarnación» (109). En él nos describe en términos magníficos el momento sublime de la Encarnación del Verbo en el seno de María, el espectáculo que se ofreció a la Santa Humanidad al verse por una parte elevada al Santuario de la Divinidad, y por otra miembro de una raza pecadora. El Padre le presenta el cáliz de la Pasión que es preciso apure para merecer la salud de sus hermanos. Es el programa que ha trazado la Sabiduría infinita para conciliar de modo inefable los derechos y exigencias, al parecer encontrados y opuestos, de dos divinos atributos, a saber, la Justicia y la Misericordia. El divino Niño acata la voluntad de su Padre, y desde este momento se inicia en El esta doble vida: a la vez goza de la visión beatífica y padece, se sienta a la diestra del Padre y recorre la vía dolorosa. Véase un pasaje de este opúsculo, paralelo, por así decir, al pasaje del Tratado insertado en el número anterior. (Ap. Doc. núm. 236.)

Este mismo tema o asunto es abordado por el P. La Puente en una de sus Meditaciones (110). La M. Sorazu la conocía sin duda. Mas leyendo una y otra se confirma una vez más la pro-

(108) Tratado, XXI, pág. 308.
(109) Op. Mar., págs. 65-98.
(110) Parte II o Vía Iluminativa, meditación X.

funda originalidad y sello propio que distingue a nuestra autora, originalidad que nace de que ha acertado a plasmar con singular destreza sus propias y directas experiencias místicas. Como se ve por las varias referencias que vamos haciendo a diversos opúsculos de la M. Sorazu, aparece claro que todos, aun los que a primera vista no parecen autobiográficos, de una u otra manera reproducen el eco de sus estados místicos y experiencias personales, contemplaciones, relaciones sobrenaturales, etcétera.

ARTÍCULO II

La vida de Jesucristo en el alma

1. FASE PREPARATORIA O DE EXPECTACIÓN. OTRA VEZ LA VIDA MARIANA.—2. MANIFESTACIÓN DE LA VIDA DE JESÚS EN EL ALMA O LA TERCERA MANIFESTACIÓN DE JESUCRISTO.—3. EL P. ALFONSO VEGA, O. P., QUINTO DIRECTOR DE LA M. SORAZU. 4. «LAEVA EJUS SUB CAPITE MEO».—5. EL ESPÍRITU SANTO AMANDO A JESÚS EN SOR ANGELES.—6. LA GLORIA DE LA TRANSFIGURACIÓN.—7. LOS PRIMEROS PASOS EN LA VÍA DOLOROSA. 8. LA MUERTE DE LOS SANTOS.—9. DE QUÉ MANERA SE IMAGINA SU ÚLTIMA PRUEBA

1. FASE PREPARATORIA O DE EXPECTACIÓN. OTRA VEZ LA VIDA MARIANA.—Después de las comunicaciones descritas en el artículo precedente empezó la M. Angeles a experimentar cierto vacío y desamparo divino, cierta privación de su Dios Humanado. En el fondo de su alma sentía la presencia de la Trinidad y la gozaba, es decir, vivía en intimidad con ella; sentía igualmente la presencia de la Humanidad de Cristo, pero no la gozaba. De aquí el vacío y privación que hemos dicho y su anhelo por que el Padre le entregara su Hijo Unigénito y lo traspasara a su vida para que lo gozara en herencia y patrimonio. La presencia del Verbo Encarnado extendido a la humanidad entera (que goza desde el período anterior) no le satisface: «quiere poseer a Jesús como si sola ella existiera o constituyera la familia humana, y que El viva y lo sea todo en ella» (111). Mas ¿cómo

(111) Tratado, XXII, pág. 312.

conseguir esta fusión de vidas con Jesús, objeto de sus místicos anhelos? ¿Quién será el encargado de traspasarlo a su alma? Cual traducción exacta de su estado se le imponía el siguiente verso de los Cánticos, que parece encerrar el misterio de expectación que en ella se cumple: «Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meæ» (112). Hablando, pues, con Jesús en el fondo de su ser, donde sentía su presencia, sin gozarla, repetía dichas palabras y con ellas quería decirle: ¿Cómo conseguiré yo la satisfacción de mi anhelo de poseerte, de traspasarte a mi alma? ¿Quién será el encargado de dárteme?

Por las cartas nos es posible determinar la fecha precisa en que debe colocarse este estado de mística expectación:

"En septiembre —de 1917— se me impuso el verso primero del capitulo 8.º —de los Canticos— y me trabajó hasta el 24 de diciembre a media noche, mejor dicho, hasta la Comunion de la misa de gallo, que se cumplió en mi alma la manifestacion de la vida de Jesus, que consigné en el capitulo 22 de la obrita —el Tratado—" (113).

Así, pues, en septiembre de 1917 se le impuso el citado verso de los Cantares que expresaba perfectamente sus ansias místicas por la posesión de Jesús. Fué trabajada de estas ansias por espacio de unos meses, hasta que sus anhelos se vieron por fin cumplidos y satisfechos en la Nochebuena de este año con la manifestación de la vida de Jesús en su alma, como más adelante veremos.

Ansiaba fundir su vida con la de Jesús. Para ello, nada mejor que buscarlo infante, aplicado al pecho virginal de María, de María que es también Madre suya, como lo es de Jesús. Más aún, ella que tenía conciencia de su identificación con la Virgen, esperaba que el Niño, al absorber la substancia de su Madre, la absorbería también a ella juntamente con la Virgen, a quien estaba adherida, y de ese modo conseguiría que Jesús se apoderase de ella y se la asimilase (114). ¡Preciosa imagen, que no es sino la verdad sensibilizada de que la identificación con la Virgen es el mejor camino para ir a Jesús o para que Jesús venga a nosotros! Este versículo de los Cánticos ha sido también expuesto o comentado por nuestra autora en este mismo sentido en un comentario que se publicó junto con los otros trabajos escriturísticos de la M. Sorazu (115).

---

(112) Cant. 8, 1.
(113) Cartas, 25-8-1920.
(114) Tratado, XXII, pág. 313.
(115) Exposición de varios pasajes..., págs. 108-115.

A la pregunta del alma responde Jesús que El, en cuanto Hijo Unigénito de Dios está subordinado a la voluntad de su Padre, y como Hijo de María sometido al dulce imperio del Espíritu Santo que tiene especiales derechos sobre su naturaleza humana como agente del inefable misterio de la Encarnación, y del propio modo sometido a la voluntad de su Madre; por lo tanto, ellos tres, el Padre, el Espíritu y la Virgen, son los llamados a cumplir en ella el misterio que anhela, y a ellos lo deben pedir. Especialmente entiende que la identificación con la Santísima Virgen es el medio establecido por Dios para la anhelada fusión con Jesús, y se consagra enteramente al estudio e imitación de sus virtudes (116). He aquí cómo en la más alta cumbre de la vida mística de Sorazu, volvemos a encontrarnos con la Santísima Virgen y con la práctica de la vida mariana propuesta como el medio para conseguir el último y supremo grado místico de su itinerario. Así Jesús y María tornan a ser el objeto supremo de sus amores y aspiraciones aun en las cumbres más altas de la Vía Unitiva, como lo fueron en las restantes épocas de su vida espiritual.

Muy escuetas, abstractas e impersonales son en verdad las indicaciones del Tratado con que Sorazu resume sus relaciones con la Santísima Virgen en esta fase de expectación. Helas aquí en sustancia:

Las relaciones divinas del alma en este período, las consagra el amor de la Virgen. Dios bendice el empeño mariano del alma y se comunica a ella a través de la Señora por inefable modo. La Virgen la favorece a su vez soberanamente. Especialmente hace partícipe al alma de los soberanos favores que Ella goza en su intimidad y relaciones con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Viendo a María trabajada por el Espíritu Santo, que la preparó para realizar el inefable misterio de la Encarnación, el alma se adhiere a Ella y quiere beber en Ella la vida cristiana, el espíritu y virtudes de Jesucristo en su fuente y principio eterno, que es la Tercera Persona de la Trinidad, quien corona sus esfuerzos comunicándose al alma a través de la Señora por inefable modo. Como María, en sus relaciones con la Tercera Persona de la Trinidad arde en el amor del Verbo Encarnado y ansía llegar a convertirse como Ella en mística Casa de Dios, templo de la Trinidad, y más concretamente, templo del Verbo Encarnado. Entiende que el Espíritu Santo se prepara para repetir en ella místicamente el misterio de la Encarnación y que la trabaja para

(116) Tratado, XXII, pág. 314.

convertirla en un templo, en el cual habite y sea dignamente honrado Jesús. Para ello procura disponerse imitando las virtudes, sentimientos y afectos de la Virgen en el período inmediato a la concepción del Verbo. Incluso Jesús se deja ver del alma en el seno de María, y el interior de ésta se le transparenta convertido en templo luminoso y flamante. «Por inefable modo en la Virgen, con la Virgen y por su medio, el alma gusta los divinos misterios que se cumplen en el Verbo Encarnado como si proyectara Jesús en ella su vida divina a través de su Madre» (117).

Repetimos que tales indicaciones son extremadamente escuetas y breves, y apenas dejan traslucir en qué debieron de consistir concretamente las comunicaciones a que hacen referencia. Indudablemente (y en seguida lo veremos confesado por ella misma) algunas de estas comunicaciones fueron simplemente unas visiones de Jesús en el seno de María. Dichas visiones fueron muy numerosas por este tiempo, como que estaban en perfecta consonancia con su actual estado de expectación y preparación para la vida de Jesús dentro de su alma. Además, las precedentes indicaciones, dentro de su carácter abstracto y general, por el empleo de ciertas fórmulas y términos característicos, nos proporcionan la pista y aun los elementos suficientes para identificar este estado con el que la autora ha intentado describir en otros escritos suyos. En efecto, nos ha dicho que en este estado el alma anhela convertirse en mística «Casa de Dios», «templo» del Verbo Encarnado y que contempla a María bajo estos conceptos; que se prepara para repetir místicamente en su propio interior el misterio de la Encarnación, etc. Pues bien, estas mismas ideas e idénticos conceptos descubrimos en otros opúsculos y escritos de nuestra mística escritora, opúsculos que a primera vista pudieran parecer un tanto enigmáticos e ininteligibles, y que sin embargo se iluminan plenamente cuando se les considera como son, expresión de un estado místico real vivido por ella. En efecto, la M. Sorazu tiene un opúsculo titulado «A Jesús por María. La Virgen Santísima es la *Casa de Dios*»: son reflexiones sobre el oficio de la traslación de la casa de Loreto, aplicadas a la Santísima Virgen en cuanto ella es la mística casa o templo vivo en que mereció habitar el mismo Dios (118).

Pero sobre todo, el cuadro de María Medianera universal, dibujado por la M. Sorazu y publicado en «Opúsculos Marianos»

(117) Tratado, XXII, pág. 318.
(118) Op. Mar., págs. 33-61.

con su correspondiente explicación (119) es la representación gráfica de este estado. Aparece en dicho cuadro una religiosa arrodillada, la cual suspira por que se le conceda la transformación en Cristo. El medio dispuesto para alcanzar esta gracia es María. Por eso ante los ojos atónitos de la religiosa se despliega una sublime visión de la Stma. Virgen, que aparece revestida con dignidad y majestad de Reina. Transparéntase el interior de la Señora, el cual presenta el aspecto de un templo, y dentro de dicho templo se deja ver Jesús, Dios y Hombre, en la plenitud de su edad, acompañada del Padre y del Espíritu Santo. La religiosa, al verlo, exclama: «Ven, oh Jesús que vives en María». Es decir, traspásate del alma de María a la mía. Es el anhelo en que se resume toda su vida mística en este estado de expectación.

Finalmente, en una carta al P. Nazario Pérez cita una visión de Jesús en el seno de María y expresamente afirma haberse referido a ella en las precedentes indicaciones de este capítulo del Tratado (el cap. 22):

"El 8 de octubre de 1917 tuve otra visión de mi Dios Humanado en el seno de María, altísima y soberana. Algo referí en el capítulo 21 ó 22 del Tratado sobre esta visión y la participación que gocé de las relaciones establecidas en la vida íntima de Jesus a través de la Virgen; pero todo no puede expresarse, porque son innumerables las relaciones y misterios que nuestro Señor me muestra en algunas comunicaciones, ora por orden con sucesión, ora simultáneamente. Así que es imposible referir tantas cosas, y si las describiera no pudieran leerse sin confundir las ideas, porque en una simple noticia se unen a veces misterios y atributos diversos, que mirados fuera de la luz que los muestra no podrían conciliarse. Este es otro de los motivos que me dificultan el trabajo escriturario" (120).

2. MANIFESTACIÓN DE LA VIDA DE JESÚS EN EL ALMA O LA TERCERA MANIFESTACIÓN DE JESUCRISTO.—A la precedente época de expectación y preparación siguió la inauguración del estado en el que vió cumplidos y satisfechos sus anhelos místicos. Este nuevo estado se inició en la Nochebuena de este año 1917, en la comunión de la misa de gallo. Esperaba ella que se inauguraría con una nueva entrega divina, semejante a la que tuvo lugar en su elevación al matrimonio espiritual, pero no fué así:

"A la manifestación de la vida de Jesús en el alma no precede entrega divina, como esperaba ella, sino que de repente se revela en su seno como misteriosa reaparición o desarrollo del germen divino en ella depositado en

(119) Op. Mar., págs. 15-20.
(120) » » » 28.

lejana fecha. Ve a Jesus en forma de infante divino entronizado en su alma y extendido en todo su ser moral y físico. Siéntese poseída de El y henchida de felicidad y entusiasmo desconocidos. Rebosa vida y amor divino, y busca a quien comunicar las riquezas de la vida de Cristo en ella difundidas, y la procura, porque no puede gozar a solas los tesoros que posee" (121).

Primero se le revelaba infante, luego en la plenitud de la edad (122).

Con este favor inefable ha completado Jesús el triple premio o corona que prometiera a su amada esposa como recompensa en la vida presente del amor que le profesa. En efecto, en este momento entiende el alma que se ha cumplido en ella místicamente aquel texto del Evangelio: «En aquel día vosotros conoceréis que Yo estoy en mi Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros» (123). La primera parte: Conoceréis que Yo estoy en mi Padre, se cumplió a lo largo de los varios períodos de la contemplación simple, cuando el alma efectivamente aprehendía y poseía a Jesús en Dios: por lo tanto conoció experimentalmente que El está en su Padre. La segunda parte del texto: conoceréis que vosotros estáis en Mí, se cumplió en el período precedente de la vida del alma en Jesucristo, cuando Este la asoció a su filiación divina y la hizo participante de ella por inefable modo. Finalmente, la tercera parte: conoceréis que Yo estoy en vosotros, se cumple rigurosamente ahora con este soberano favor por el que experimenta a Jesús extendido a todo su ser. Esta es la tercera y última manifestación de las tres a que se refiere el título del Tratado («La Vida Espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo»), manifestaciones que, como ya dijimos, consisten en el cumplimiento místico, a favor del alma, de otros tantos textos del Evangelio, que también indicamos cuáles son. La primera manifestación se cumplió a lo largo de toda la Vía Iluminativa, la segunda al inaugurarse la Unitiva, y la tercera se ha ido cumpliendo, como vemos, dentro de esta misma Vía Unitiva, pero no se ha completado hasta revelarse la última y suprema fase de todas sus ascensiones místicas: la vida de Jesús en el alma.

Poseemos una preciosa carta de cuando Sor Angeles se hallaba recién entrada en este estado místico. Está dirigida al Excelentísimo señor Agustín Hospital, actual Prior de la Cartuja de Miraflores y a la sazón Obispo Agustino. La carta en cues-

(121) Tratado, XXII, págs. 320-1.
(122) » » » 321.
(123) Jo 14, 20.

tión lleva fecha de 23-2-1918 y entre otras cosas le expresa el deseo que ella siente por la santificación del destinatario. Véase en concreto cómo desea a éste la misma gracia de unión que ella *actualmente disfrutaba*:

"Pido a Jesús que haga de V. R. la encarnación de su divina Persona Humanada, o sea, otro Jesucristo, realizando a su favor (pero de un modo evidente, que lo experimente) aquella unión soberana, íntima, divina, que predijo a sus discípulos la noche de la Cena, cuando dijo: *En aquel día vosotros conoceréis que Yo estoy en mi Padre y vosotros en Mí y Yo en vosotros.* Sí, mi amadísimo Padre, anhelo con ardor que Jesus le conceda esta unión divina, que se infunda en su inteligencia y corazon como un tesoro de luz y de verdad, de caridad y de fuerzas divinas y que le posea enteramente, para que sea El quien viva en V. R., y V. R., asociado a la vida y operaciones divinas de Jesus, continue en la tierra su obra salvadora a favor de las almas... Hay tanta necesidad en el mundo de ministros santos, identificados con Jesús, manantial inagotable de vida divina, que me parece ver a Jesús mendigar las oraciones de las almas celosas de su gloria para que le ayuden a *rogar al Padre celestial que volcanice y santifique a los obreros de su viña*, cuya perfección desea más que un clero numeroso, pero imperfecto..."

¿No se percibe a través de estas cálidas y ardientes palabras el mismo espíritu que aletea y vibra en las epístolas de San Pablo? Justamente se ha notado que el gran Apóstol tiene conciencia de la presencia de Jesucristo dentro de su ser; de una presencia real, vital de Cristo en el alma de Pablo. Es cabalmente lo mismo que Sorazu experimenta y lo que ella desea a su destinatario y con él a todos los sacerdotes, quienes como ministros de Cristo necesitan hallarse muy identificados con El y que el pueblo sienta y perciba al mismo Cristo a través de las palabras y acciones de su ministro. El «vivo yo, ya no yo, sino que Cristo vive en mí» (124), es la traducción exacta de tan sublime estado.

«Sea El quien viva en V. R.... pero de un modo evidente, que lo experimente...» Es claro que por estas palabras desea Sor Angeles al destinatario la misma gracia que ella a la sazón disfrutaba: una experiencia o evidencia de la presencia de Jesús dentro de nuestro ser, que informa nuestra vida y realiza nuestros actos. Esta vida de Jesús dentro de nosotros, experimentalmente percibida por el alma, constituye el grado supremo, el último peldaño de la escala mística. Todo lo demás que siga no será sino avanzar o adentrarse más dentro de dicho grado.

Véanse a continuación unas cuantas afirmaciones de un sabio investigador de la doctrina de San Pablo acerca del Cuerpo

124) Gal. 2, 20.

Místico, por las que salta a la vista la sorprendente analogía y afinidad de conceptos con nuestra autora:

Cuando San Pablo habla tanto de Cristo —observa dicho autor— no se trata únicamente de un amor o entusiasmo por El. Se trata de una presencia de Cristo en el alma de Pablo. Cristo es un hombre que hace vivir a todos los demás hombres, les comunica una vida real. Y esta doctrina del Cristo místico que vive en nosotros es la que da a sus Epístolas su fisonomía característica (125).

Cristo vive en nosotros. Pablo tiene la certeza de poseer a Cristo en su alma. Cristo es su fuerza. Cristo está en su predicación, está en sus palabras para comunicarles fuerza, virtud, eficacia. Está como traspasado al interior de Pablo. Y no se trata de una mera presencia moral, sino de una presencia en sentido propio, real, mística. «Después que Dios ha manifestado a Cristo en su alma, Pablo ha pasado a segundo plano. El vive, es verdad, y sin embargo, ya no es él quien vive, es Cristo quien vive en él. Cristo está en él, como una nueva alma, y sea que Pablo predique, ore o sufra, no tanto es él quien hace esas cosas, cuanto es Cristo quien las hace en él» (126).

Este es el misterio central del Cristianismo a los ojos de Pablo: Cristo en nosotros. Esto es lo que él predica en todas partes y en todos los tonos. Y aun hoy, cuando se leen sus Epístolas, parece que uno se pone en contacto directo con este Cristo que vivía en su alma. La convicción y el impulso que comunican, no provienen de él. El no es más que el intermediario. El que se percibe a través de sus frases y afirmaciones enérgicas, no es Pablo: se tiene la experiencia del Cristo que habla en él (127).

Cabe aún preguntar si Pablo habla de una presencia experimentalmente percibida, o se refiere tan sólo a una presencia de orden ontológico. Podría preguntarse si sus frases tan insistentemente repetidas no reclaman o suponen esta experiencia de orden místico en el alma de Pablo. En este caso tendríamos que el estado que refleja el Apóstol y el que ahora ha alcanzado Sorazu son una misma cosa. Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que dentro del proceso perfectivo de tipo místico que Sorazu ha seguido, ahora y sólo ahora ha alcanzado la perfección

(125) Emile Mersch, S. J., Le Corps Mystique du Christ, Etudes de théologie historique, Louvain, 1933; pág. 66.

(126) O. c., pág. 95.

(127) O. c., pág. 153.

de la vida espiritual. Mas hablando en general, no parece que para dicha perfección se requiera esta experiencia mística de la vida de Jesús en nosotros. Ontológicamente Cristo vive en nosotros por la gracia; y cuando por la vida de piedad intensa y la práctica de sus virtudes nos asimilamos su espíritu y lo traducimos en nuestras palabras y obras, con la viva conciencia de nuestra unión con El, ya tenemos la vida de Jesús actuada y realizada en nosotros. La percepción experimental de esta realidad ontológica es exclusiva de la perfección de tipo místico.

3. El P. Alfonso Vega, O. P., quinto director de la Madre Sorazu.—Por este tiempo cambió la M. Angeles de director espiritual. Ya dijimos que se dirigía con el P. Narciso Nieto, pero sintió necesidad de un Padre que la conociera mejor, ya que con éste —que no residía en Valladolid sino en Calabazanos (Palencia)— no llegó a abrirse plenamente ni a darle cuenta de sus relaciones sobrenaturales; y como hubiese quedado bastante tranquila de unas confesiones que hizo con el P. Alfonso Vega, O. P., en los Ejercicios de junio de 1917, este Padre le inspiraba más confianza y decidió escogerle por su director. Mucho sentía la M. Angeles tener que buscar director fuera de la Orden Franciscana o Capuchina, pero se vió obligada a ello, ya que en Valladolid no existía a la sazón ningún convento de la Orden. Además consta que el Prelado les ponía muchas dificultades para el trato con los Padres de la Orden, prohibiéndoles que llamasen como confesores extraordinarios a Padres que fuesen «extradiocesanos», cuando no existía en la archidiócesis de Valladolid ninguna casa de Franciscanos ni de Capuchinos. En una carta al P. Andrés de Ocerin-Jáuregui, O. F. M., de fecha 2-7-1917, le habla ella de estas dificultades que les ponía el Prelado, y le dice que por esta causa no elige ella director hasta que desaparezcan estos obstáculos y pueda confesarse con Padres de la Orden, ya que dirección sin confesión no lo quiere Dios en ella, y añade que el mayor sufrimiento que ha tenido en su vida religiosa ha sido este de no poder confesarse con los Padres de la Orden las veces que reclama su conciencia, y que ha sufrido «horrores» por este motivo. En otra carta al mismo Padre, de fecha 9-1-1918, dice textualmente:

"Después de algunas diligencias que hice en vano para obtener el permiso para confesarme con los Padres de la Orden, me he visto precisada a elegir director fuera de la Orden. Puede suponer lo que me costaría, pero la necesidad me obligó y obliga a franquearme con sujeto extraño a la

Orden. Es un P. Dominico, los cuales están autorizados para confesar a la Comunidad en los casos que cita el decreto sobre confesores de monjas. Como ve, he elegido de la Orden mas próxima y amante de la nuestra, para no exponerme a perder el espíritu de la propia vocación."

Se refiere en este texto al P. Alfonso Vega, O. P. Este fué el quinto director de la M. Sorazu. En un principio la hizo sufrir mucho «en el sentido que expliqué en el Apéndice sobre la dirección en el párrafo que se refiere a los directores incrédulos» (128). En efecto, al principio el P. Alfonso no creyó que las comunicaciones de la M. Angeles fueran verdaderas o de buena ley, por alguna anormalidad o disconformidad que creyó ver en ellas con las enseñanzas de la Mística. Pero después, convencido del buen espíritu de su dirigida, su dirección fué a ésta muy útil hasta el 18 de noviembre de 1918. Este Padre fué el que le mandó componer el Tratado, como dijimos en la Introducción.

La fecha exacta y precisa en que la M. Sorazu comenzó a dirigirse con este Padre fué en octubre de 1917. En junio de este año conoció por primera vez a dicho Padre y desde entonces venía confesándose repetidamente con él, hasta que por fin el citado mes de octubre se decidió a tomarlo por director. Estas noticias constan por la segunda parte de la Vida de la M. Sorazu, todavía inédita, que prepara el P. Nazario Pérez, S. J. Está, pues, equivocada la fecha de febrero de 1918 que señala el P. Pobladura (129).

4. «LAEVA EJUS SUB CAPITE MEO».—En las páginas precedentes hemos visto la solemne inauguración o manifestación de la vida de Jesús en el alma de la M. Sorazu. Este estado, ahora comenzado, se irá desenvolviendo y desarrollando constantemente hasta su muerte. Hasta los favores particulares que por este tiempo recibió del Señor responden al carácter general del mismo. Así, por ejemplo, en este momento de su vida gozó un favor singularísimo, inefable, en el que ella ve el cumplimiento místico a su favor del verso de los Cánticos «Laeva ejus sub capite meo et dextera illius amplexabitur me» (130). Dicho favor consistió en que el Verbo Encarnado ponía como a servicio de ella su Santa Humanidad para que reposase en ella como en místico lecho y gozara su felicidad y perfecciones como propias. Esta

(128) Cartas, 25-8-1920; cfr. Apéndice al Tratado, págs. 388 y ss.
(129) Pobladura, o. c., pág. 71.
(130) Exposición de varios pasajes..., págs. 97-8.

Santa Humanidad es la izquierda puesta bajo su cabeza, pues en efecto la siente en sí y debajo de sí, cual si la sirviera de lecho. La derecha que le abrazará es la divina Persona del Verbo que se presenta elevado y como fuera del alma, «significando con esto que la participación que la concede de su beatitud y perfecciones pertenecen a su naturaleza humana, no a la divina, que participa la gloria de su Santa Humanidad, no la beatitud de la Divinidad, pero que se la promete para más adelante». A este divino Verbo pregunta ella cuál es la razón de tan inaudito favor y El le responde que lo que le mueve a favorecerla de ese modo son las alabanzas y acciones de gracias que por espacio de muchos años ha tributado ella a Dios por los privilegios y dones concedidos a su Santa Humanidad, complaciéndose y gozándose en ellos más que si fueran propios. (Cfr. Apéndice Documental núm. 237.)

Además de la descripción de este favor inserta en el Tratado, poseemos otra exposición de este verso de los Cantares, interpretado también de este favor místico, tal como ella lo experimentó. Se publicó junto con los otros trabajos escriturísticos de nuestra autora. Existe también un dibujo o grabado hecho por ella, representando esta escena de abrazar Jesús a una religiosa en la forma que indica el pasaje de los Cantares.

Notemos aquí de paso que la manera concreta como Sorazu interpreta el citado pasaje de los Cantares parece estar inspirada en las Meditaciones del P. Lapuente (Vía Unitiva, Meditación XXXV, Asunción de la Virgen), donde se interpreta de idéntica forma la significación de la *izquierda* y de la *derecha* del místico abrazante.

5. EL ESPÍRITU SANTO AMANDO A JESÚS EN SOR ANGELES. «La actividad que despliega el alma en obsequio de su Dios Humanado es verdaderamente prodigiosa». En efecto, Jesús constituye el objeto preferente del amor y entusiasmos del alma en este período. E impulsada de sus ansias por amar y glorificar a Jesús en el alto grado que ella desea, pide al Padre, al Espíritu Santo y a la Virgen le presten sus poderosos recursos para este fin. Consigue su pretensión, y ellos «se ponen al servicio del alma y la ayudan maravillosamente a glorificar a Jesús» (131).

Estas indicaciones, excesivamente abstractas y escuetas, del Tratado, aparecen inesperadamente confirmadas y por añadidu-

(131) Tratado, XXII, págs. 328-9.

ra enriquecidas de ese interés y encanto que reviste todo lo vivo y concreto, con las noticias que nos proporciona el fragmento del diario de la M. Sorazu que se ha conservado. Pertenece al mes de mayo de 1918, o sea, a la época que venimos estudiando. Fué en la fiesta de Pentecostés (19 de mayo) cuando, sintiendo un amor y entusiasmo muy grande hacia el Verbo Encarnado, pedía al Padre le diese su Amor, o sea el Espíritu Santo, para con El amar al Verbo Encarnado. El Padre acogió su súplica, y Sor Angeles experimentó el inefable favor de amar a Jesús con el Amor infinito del Espíritu Santo, Quien en ella amaba a Jesús, mientras ella sentía a Este derramado en el fondo de su alma, cual si se hubiera convertido en el único ser viviente de Sor Angeles. (Ap. Doc. núm. 238.)

6. La gloria de la Transfiguración.—Mas un extraño fenómeno experimentaba en medio de estas comunicaciones gloriosas: era que ellas no hacían sino aumentar el amor y entusiasmo singular por la Cruz, por el sufrimiento; sentía una sed insaciable de participar la Pasión de Jesús. No se explicaba aquel tan intenso y prolongado estado de gozo y menos aún este atractivo cada vez mayor que sentía por la Pasión de Cristo y la secreta fuerza que le impulsaba hacia el Calvario, hasta que por fin Jesús le descubrió el misterio: el estado que actualmente gozaba era la participación de la Transfiguración, con los fenómenos que lo acompañaron, principalmente el amor a la Cruz (132). A los ojos del alma se presenta la silueta de la santa montaña del Calvario, a donde debe subir con Jesús para padecer y morir místicamente con El, como víctima propiciatoria por los pecados del mundo. Va a entrar en la vía dolorosa.

7. Los primeros pasos en la vía dolorosa.—Sor Angeles ha comprendido que ya sólo le resta por participar la Pasión y Muerte de Jesús. La fase suprema de su actual estado, o sea de la vida de Jesús en el alma, consiste en reproducir y participar místicamente el misterio de los misterios de la vida de Jesús, que es su santísima Pasión. Desde su elevación al estado de la contemplación mixta ha participado por modo inefable de la filiación divina del Verbo Encarnado y de la gloria de su Santa Humanidad. Ahora le toca acabar su vida terrestre en conformidad con el mismo divino Salvador, participando el sublime misterio de su Cruz, su sacrificio del Calvario.

(132) Tratado, XXII pág. 331.

Dibujo original de la sierva de Dios M. Angeles Sorazu. El alma recibe la visita del Verbo y del Espíritu Santo. *(Véase pág. 272)*

Dibujo original de la sierva de Dios M. Angeles Sorazu. «*Laeva ejus sub capite meo.*» *(Véase pág. 319)*

Para sustraer al alma a la influencia de la corriente gloriosa e introducirla en la vía dolorosa o participación de la Pasión, se valió Dios otra vez del Director, o sea, del P. Alfonso. (Cfr. Ap. Doc. núm. 239.)

Como ha participado la gloria de su Dios Humanado, ansía ahora participar sus penas:

"Padre Santo, así como te dignaste revelarme la infinita excelencia de mi Dios Humanado para que lo estime y ame, dígnate ahora revelarme sus sufrimientos, úneme a El, Paciente, para que participe sus penas como he participado su gloria. La corriente gloriosa me causa hastío. Tengo hambre de sufrimientos. No puedo vivir privada del inestimable tesoro de la Cruz de Jesucristo. Ven, Dios mío, Espíritu Santo, socórreme, conduceme al Calvario, clávame en la Cruz de mi Dios Humanado, identificame con El en su acto de amor supremo al Padre y a la Humanidad que redime con su muerte expiatoria" (133).

¿Quién no percibe la estrecha afinidad de sentimientos y aspiraciones que existe entre esta plegaria de la M. Sorazu y esta otra de N. P. San Francisco en el monte Alvernia, en los momentos que precedieron a su sagrada estigmatización?:

"Señor mío Jesucristo, dos gracias te ruego que me concedas antes de morir: la primera, que sienta yo en mi cuerpo y en mi alma, en cuanto sea posible, el dolor que tú, dulcísimo Jesús, sufriste en tu acerbísima Pasión; la segunda, que sienta yo en mi corazón, en cuanto sea posible, aquel excesivo amor que a ti, Hijo de Dios, te llevó a sufrir voluntariamente tantos tormentos por nosotros pecadores" (134).

O sea, lo que el Santo deseaba en la cumbre o vértice de su vida era, como la M. Sorazu, participar la Pasión de Cristo. Esto mismo observa también su biógrafo San Buenaventura cuando al ir a describir la estigmatización, se expresa así: «intellexit vir Deo plenus, quod sicut Christum fuerat imitatus in actibus vitæ, sic conformis ei esse deberet in afflictionibus et doloribus passionis, antequam ex hoc mundo transiret» (135).

Como la plegaria de San Francisco, también la de la Madre Sorazu fué escuchada. Súbitamente cesa la corriente gloriosa, que hasta ahora venía gustando, y el alma cae desplomada sobre sí misma, quedando sumida en la amargura. Apura el primer cáliz que la Justicia eterna presentó a Jesús inmediatamente después de la Transfiguración, o sea mientras descendía

(133) Tratado, XXIII, pág. 334.

(134) Florecillas de San Francisco. 2 Parte: De las Sagradas Llagas. Consideración tercera; Barcelona, 1943; pág. 176.

(135) Legenda S. Francisci, cap. XIII, 2; ed. Quaracchi, pág. 138.

del monte. En efecto, cuando Jesús hablaba con sus Apóstoles y les decía que Elías ya vino e hicieron con él cuanto quisieron y que otro tanto harían también con el Hijo del Hombre (136); en aquellos momentos cruzó por la mente de Jesús la horrible perspectiva de su Pasión como negro nubarrón que proyecta sombras pavorosas. Momentos antes, en la Transfiguración, se le había impuesto la Pasión en su aspecto glorioso, acompañada del copioso fruto que produciría en la humanidad; mas ahora se le presenta en el aspecto doloroso de la nulidad del sacrificio para la inmensa mayoría de las almas que lo despreciarán, y esta horrorosa perspectiva torturó a Jesús (137).

Cosa parecida le pasa al alma: también ella saludó jubilosa la participación de la Pasión de Cristo, porque la aprehendió buena, útil, divinizada con el contacto del Hombre-Dios.

"A través de la influencia gloriosa el sufrimiento presentaba un aspecto divino a la vista del alma favorecida con la divina union. No así ahora que, suelta del divino abrazo y abandonada a la propia vida, mira el sufrimiento a traves del sentimiento intimo de su bajeza y pecado y de las ideas tetricas que la dominan, y lo aprehende como procedencia de su conciencia criminal."

La tormenta que en esta ocasión padeció la M. Sorazu consistió en las mismas tentaciones e inquietudes de conciencia tan características en ella y que tantas veces hemos observado en su vida.

"Poseida del sentimiento de su indignidad, no se explica cómo Dios quiere o puede favorecer a criatura tan vil y pecadora como ella, dejando a otras más virtuosas, y vacila en la realidad de tales favores" (138).

Vemos aquí cómo era el sentimiento profundo de la propia indignidad y vileza el que le desconcertaba y hacía que le pareciesen increíbles tantas gracias y pruebas de predilección por parte de Dios. En consecuencia, acaba por calificarse a sí misma de ilusa, de «beata endemoniada»; y como ve que también el director cree en la bondad de sus comunicaciones, se persuade que no sólo es ilusa, sino también falsaria, pues le ha engañado, y que peca en sus relaciones con el director. Que debe enmendarse, y la enmienda consiste en negar todas sus comunicaciones y abandonar la dirección. He aquí la tormenta que levantó en su alma la participación del cáliz que apuró Jesús en

(136) Mt. 17, 12.
(137) Tratado, XXIII, págs. 335-6.
(138) » » » 337.

el episodio que dijimos. «Sólo un pálido reflejo la sostiene y detiene al borde del abismo de la desesperación. Es la santa obediencia, la fe que tiene en su director como representante de Dios y de su Iglesia santa». Apurada llama, pues, al director para exponerle su angustiosa situación y alarmas de conciencia; éste la tranquiliza, y recobra la paz.

Repuesta de esta primera pasajera tormenta, el mismo director la requiere para que se adentre en la vía dolorosa, y sus primeros pasos en ella son tranquilos. Mas pronto se presenta otra vez el demonio y se levanta una nueva tempestad de características muy semejantes a la pasada. El tentador se presenta velado, como representante de Dios y en nombre de su conciencia. Le hace ver que es ilusa y falsaria, que el camino de la participación de la Pasión, que pretende seguir, está lleno de simas, y que en una de ellas se precipitará; que el director la impulsa hacia el Calvario, porque cree de ella que es una santa, y lo cree así porque ella le ha engañado, y por tanto ella será la responsable de su equivocación.

Como se ve, son las mismas tentaciones de siempre. Ella misma reconoce que «en el sentimiento que tiene de su bajeza encuentra el tentador su auxiliar poderoso» (139). Por esto, y porque el demonio se le presenta como ángel de luz, o sea procedente de Dios, acaba por asentir a sus malignas sugestiones y se mete en un laberinto de horrorosas confusiones donde padece mortales angustias. Además, para apartarla del camino de la Pasión, le presenta los Santos y Santas que más se distinguieron en la participación de la Pasión, ora como objetos repulsivos a Dios, ora ocupando en el cielo el ínfimo lugar después de haber purgado dolorosamente sus relaciones sobrenaturales, ora condenados al infierno por la justicia divina que calificara pecaminosas sus relaciones con Jesús Crucificado. «Y la presenta esto con viveza y malicia tanta que asentiría a la sugestión a no estar tan arraigada su fe en el criterio infalible de la Iglesia Católica que los declaró Santos, amados de Dios y objeto de nuestra veneración» (140).

Es verdaderamente notable este caso, por el que vemos que aun en un estado tan alto y elevado de la vida espiritual el alma no podría menos de ser víctima de los engaños del demonio transformado en ángel de luz si no contara con la enseñanza in-

(139) Tratado, XXIII, pág. 340.
(140) » » » 341.

falible de la Santa Iglesia. He aquí, en efecto, en último término, la piedra de toque, el criterio decisivo para descubrir los engaños del demonio: lo que contradiga a la doctrina de la que es columna y firmamento de la verdad, no puede venir de Dios.

En esta segunda tormenta cree ver el cumplimiento de la prueba dolorosa que padeció Jesús después que descendió del Tabor, al encontrarse en la llanura con los escribas y fariseos triunfantes ante la impotencia de los apóstoles que no habían podido curar al endemoniado (141). Jesús, al ver la algazara e incredulidad de la turba, la vacilante situación de los amigos y el triunfo de los adversarios, vió en este episodio el terrible drama de la Pasión que la incredulidad humana le preparaba. Y no pudiendo soportar el peso de tanta ingratitud, dejó estallar su indignación con aquella sentida exclamación: «O generatio incredula et perversa, ¿quousque ero vobiscum? ¿usquequo patiar vos?» El, que había dicho que tenía sus delicias en estar con los hijos de los hombres, ahora se muestra cansado de sufrirlos y ansioso de abandonarlos.

Además, otra razón que movió a Jesús a prorrumpir en esta amarga queja fué, según la M. Sorazu, «la presencia de la humanidad incrédula y perversa que vivía en su Corazón para torturarlo y turbar los silencios de sus divinas relaciones con las pavorosas voces de sus crímenes» (142). Es cabalmente lo que ella experimentaba en este período; sentía dentro de sí misma la presencia de la humanidad y en su corazón repercutían las voces de infinitos e indeterminados crímenes. Estos infinitos crímenes indeterminados son todos los pecados de la humanidad, que ella debe expiar, uniendo sus expiaciones a las del Redentor. (Ap. Doc. núm. 240.)

Aún participó otro tercer episodio de la vida de Jesús, a saber, el estado de ánimo del Salvador cuando subía de Galilea a Jerusalén para padecer. (Ap. Doc. núm. 241.)

Como se ve, la M. Sorazu va participando místicamente los preludios o anticipos de la Pasión que tuvieron lugar después de la Transfiguración, antes de entrar propiamente en la Pasión misma.

Después que ha sufrido estos primeros anticipos de la Pasión, queda el alma en un estado en que

(141) Mt. 17, 14-17.
(142) Tratado, XXIII, pág. 342.

"goz y padece simultánea y alternativamente. Cuando predomina el gozo, el sufrimiento aparece dormido, pero presente sin retirarse del alma. Cuando predomina el dolor, en el fondo de su ser experimenta paz y bienestar imperturbables, consecuencia del sentimiento de la presencia de Dios que nunca pierde, aunque se vele o eclipse. Así vive gozando y padeciendo simultáneamente, predominando ora la desolación y pena, ora la consolación de la divina intimidad."

Pero sea que goce, sea que padezca, su más vivo anhelo es participar la Pasión de Cristo. Esta se le aparece como la labor más primorosa que trabajara el Espíritu Santo en la Humanidad de Cristo y en los Santos. Por ello ansía vivamente participarla en el más alto grado que sea posible. (Cfr. Apéndice Documental núm. 242.)

8. LA MUERTE DE LOS SANTOS.—En el citado texto número *242* c) indica la M. Sorazu haberle comunicado Dios ciertas noticias acerca de las tribulaciones que padecieron algunos Santos al fin de su vida por conformarse con Jesús y participar el misterio de su Pasión. Son noticias históricas que se refieren a continuación en el Tratado. La primera de estas noticias históricas se refiere a Santa Gertrudis. La M. Sorazu escuchó en la lectura del refectorio la vida de esta Santa, y *a través de los insignes favores* que recibió durante su vida vió la pesada cruz que Dios la reservaba para su última hora, y oyó una voz interior que le decía: «Como a Gertrudis, *después de las comunicaciones gloriosas y de los estupendos favores* que el cielo te ha prodigado y te prodigará en lo sucesivo, te espera Magna Tribulatio, tribulación grande, la aflicción por excelencia, el Calvario, la Cruz.» Sugestionada con este vaticinio, se dispuso a escuchar la relación de las pruebas que padeció la Santa en su última enfermedad y muerte, pero ¡cuál no sería su desencanto al ver la descripción que de ella hace el autor! Fundándose en una revelación que hiciera Dios a una religiosa, se complace el escritor en describir a la Santa en su última hora anegada en océano de amor y felicidad. La verdad es que mientras Dios revelaba a dicha religiosa el amor que sentía por Gertrudis, ésta aprehendía a Dios en su aspecto severo y padecía infinitas angustias, trabajada por la cólera divina que pesaba sobre ella y en ella vengaba sus agravios, para perdonar al mundo. En medio de este desamparo divino, los demonios y las almas malévolas la zaherían, para inducirla a desesperación.

"Estas y otras tribulaciones terribilísimas ve padecer a la privilegiada esposa de Jesús, Gertrudis, y mientras la contempla fiel retrato del Amor

Crucificado, escucha la misma voz que la dice: *Idéntica tribulación te reserva mi Amor*" (143).

Otro ejemplo, tomado de la vida de San Francisco de Asís. La estigmatización del Santo, ocurrida dos años antes de su muerte, no fué sino la consagración de la víctima que la divina Justicia eligiera para vengar en ella sus agravios. O sea, este hecho representa en la vida de San Francisco la inauguración de la santísima Pasión de Cristo. Por eso, a partir de esa fecha se vió al Serafín de Asís sometido a la dolorosa influencia y llegó a padecer tanto que uno de sus hijos, desconcertado en vista de las penas que Dios le infligía, le dijo que pidiera a Dios que aflojara con él su mano (144). O sea, la Madre Sorazu considera los dos últimos años de la vida del Serafín de Asís como el período supremo, que consiste en participar la Pasión de Cristo. Cabalmente el período a cuyos umbrales se encuentra ella ahora.

Otro tanto ve la M. Sorazu en la vida de Santa Catalina de Sena (cuya biografía había leído por habérsela prestado el Padre Alfonso, su actual director), y en otros ejemplos de Santos y Santas que aduce (145). De todo lo cual deduce la siguiente enseñanza general: que todos los Santos y Santas «favorecidos con la predilección de Dios» (gracias místicas, comunicaciones divinas en el modo de hablar de Sorazu), «reprodujeron la Pasión de Cristo hasta el desamparo divino de la Cruz, y su estado de Víctima y anonadamiento profundos» (146). Todos murieron imitando al divino Crucificado, participando con mayor o menor intensidad la terrible tribulación del Redentor clavado en infamante patíbulo. Así entiende que debe morir también ella. (Ap. Doc. núm. 243.)

¿Qué decir acerca de la doctrina aquí formulada por la Madre Sorazu sobre la muerte de los Santos? ¿Será preciso admitir que dicha muerte debe ser terrible y probada por el desamparo divino, etc, a fin de asemejarse a la del divino Crucificado? ¿No parecen afirmaciones demasiado generales, que están en contradicción con los hechos?

Desde luego, téngase presente que Sorazu no habla aquí de todos los Santos, sino que su mente es referirse a aquellos que

(143) Tratado, XXIII, pág 350
(144) Cfr. San Buenaventura, Legenda S. Francisci, cap. XIV, n. 2, pag. 149.
(145) Tratado, XXIII, pags. 351-2.
(146) » » » 352-3.

en su vida recibieron gran copia o abundancia de favores extraordinarios y comunicaciones divinas. Esto se desprende de todo su modo de hablar: «a través de los insignes favores» que recibió Gertrudis durante su vida, vió ella la pesada cruz que Dios la reservaba para su última hora. «Como a Gertrudis, después de las comunicaciones gloriosas y de los estupendos favores que el cielo te ha prodigado... te espera Magna Tribulatio...» Esto mismo se deduce también por la lista de Santas que cita: Santa Brígida, Santa Teresa, Santa Magdalena de Pazzis, Santa Verónica de Julianis: todas ellas recibieron en su vida grandes comunicaciones y gracias extraordinarias. Y en fin, que esta es su mente aparece claro por lo que a continuación añade: «y de otros Santos y Santas *favorecidos con la predilección de Dios*». Esta locución es familiar a la M. Sorazu para designar estas almas a quien Dios favorece con profusión de gracias extraordinarias, comunicaciones divinas, etc.

Plácenos citar un caso reciente, del cual probablemente la Madre Sorazu no llegó a tener noticia y en el que hallamos rigurosamente cumplida la ley que aquí enuncia ella. Nos referimos a la última enfermedad y muerte de Santa Gema. Ella pertenece sin género de duda a esta clase de almas «favorecidas con la predilección de Dios», es decir, con profusión de gracias místicas, favores extraordinarios y comunicaciones divinas. Pues bien, según aparece de su Vida, su última enfermedad y muerte estuvieron caracterizados por los sufrimientos y pruebas que aquí indica la M. Sorazu: desolación y desamparo divino, embestidas del demonio, abandono de las criaturas, incluso de los ministros de Dios, terribles dolores físicos, etc. (147).

La doctrina de la M. Sorazu en este punto es, pues, la siguiente: que las almas favorecidas con gracias místicas insignes, en la última época de su vida y hora de su muerte participan de un modo particular del misterio de la Pasión y de la Cruz del Salvador. Esto no está en contradicción con lo que dice San Juan de la Cruz sobre la clase de muerte, que es propia de estas almas, a saber, la muerte de amor, ya que ésta puede ser dolorosa. En efecto, mientras la parte superior se goza con la divina infusión, la parte inferior puede padecer el martirio más horrible. Y en cuanto a lo que enseña la experiencia, puede decirse que lo que dice aquí Sorazu es al menos una

(147) P. Basilio de S. Pablo, Pasionista, «La Bienaventurada Gema Galgani», Barcelona, 1936; 5 parte, caps. IV y V, págs. 539 y ss.

de las maneras frecuentes que se observa en la muerte de estas almas.

Finalmente, no se olvide que aquí la M. Sorazu no hace más que expresar lo que ella entonces presentía o creía haber entendido acerca de su propio porvenir y muerte. Sabía que le aguardaba una última prueba terrible, que le faltaba por apurar el amargo cáliz de la Pasión de Jesús, formado por agudísimos dolores físicos y por las más penosas pruebas interiores. Y no se equivocó.

9. DE QUÉ MANERA SE IMAGINA SU ÚLTIMA PRUEBA.—Cuando la M. Sorazu escribía el Tratado, aún no había llegado la hora de esta última prueba, si bien ya la presentía cercana. Mas ya que no nos puede relatar una historia aún no sucedida, nos adelanta la descripción de esta prueba y del desenlace final tal como ella se la figura. Reviste la forma de una paráfrasis, por cierto muy original, del Salmo 21.

«Mientras llega este día tan ansiado, saborea el Salmo 21, que encierra los misterios dolorosos que Dios la reserva. En él lee su porvenir. He aquí en qué sentido lo interpreta»:

Deus, Deus meus, respice in me: ¿quare me dereliquisti? Se ve en el más completo abandono y desamparo divino. Invoca a Dios, mas su plegaria se pierde en el vacío.

La propia conciencia, trabajada por el remordimiento, se encarga de contestar a la pregunta: «las voces de mis delitos alejan de mí la salud». O sea, le presenta ante su vista intelectual todas las acciones de su vida internas y externas, aun las más santas, como una serie interminable de pecados y pecados graves. La conciencia le dice que su causa está perdida, que es inútil que espere la salvación, porque no hay perdón para las infamias que sobre ella pesan. La infortunada cree lo que su conciencia alarmada le dice, pero no quiere abandonar la oración, quiere continuar implorando la Misericordia divina mientras viva y después en la eternidad desventurada, aunque sin esperanza de obtener la gracia: «Dios mío, clamaré durante el día y no me oirás; y durante la noche, y tampoco, por necedad mía.» Confiesa que el desamparo divino es por su culpa y hace justicia a la Santidad de Dios que justamente la castiga. «Yo pecadora seré sepultada en el infernal abismo que veo abierto a mis pies, arderé en el fuego eterno merecido con mis culpas» (148).

(148) Tratado, XXIII, pág. 355.

«Mas Tú habitas en el Santuario, oh gloria de Israel». El recuerdo de la felicidad y perfecciones de Dios hace la dicha del alma aun en medio de tan tétricos pensamientos y quisiera que *la hiciera también en el infierno. Y precisamente este afecto* de complacencia por el que se goza en la beatitud y perfecciones infinitas de Dios viene a infundir en ella un rayo de esperanza. ¿No querrá Dios glorificarse en ella como en los Santos por el ejercicio de su Misericordia? «En ti esperaron nuestros padres... (los Santos)». Pero al lado de los Santos se reconoce indigna: «Mas yo soy gusano y no hombre...» Con todo, y aun reconociéndose indigna de la salvación y a pesar de que los enemigos de su alma pretenden inducirla a desesperación, ella confía en el Dios que la sacó del vientre de su madre.

Para cuando llegue el juicio que decidirá de su suerte eterna, implora el socorro divino, porque no cuenta con ningún apoyo divino ni humano, fuera del mismo Dios. «No con el testimonio de la buena conciencia, pues ésta la tortura como si fuera su verdugo, ni con la compañía y protección de las obras buenas, porque no ve en sus operaciones sino una suma inmensa de pecados. Sólo cuenta con el socorro de la divina Misericordia para salvar la difícil situación de su alma en el tribunal divino» (149). «Ne discesseris a me, quoniam tribulatio proxima est, quoniam non est qui adjuvet».

La turba de sus pecados se le representa como una manada de fieras dispuestas a devorarla: «Circumdederunt me vituli multi...» «Los espíritus infernales la sitiaron, horadaron sus manos y sus pies y contaron todos sus huesos, esto es, horadaron sus facultades superiores e inferiores, fijándolas en la cruz de la enfermedad física que las absorbe por la intensidad de los dolores que padece. Habiéndola reducido a la impotencia, contaron todos los actos virtuosos que practicó durante su vida. La estuvieron observando y mirando, y el resultado del examen fué que se apropiaron sus virtudes y obras buenas y se repartieron entre sí, a causa de las imperfecciones que las acompañan. Y sobre su túnica —la gracia santificante, que no pudieron atribuirse a sí mismos, porque es don gratuito de Dios y ninguno fuera de El puede producirla— echaron suerte. La suerte declaró que el alma adornada con ella pertenece a Dios, a pesar del despojo de las obras buenas llevadas a cabo por los malignos. Se ve, pues, desnuda del rico traje de las virtudes que

(149) Tratado, XXIII, pág. 357.

creía poseer, pero adornada con la túnica inconsútil de la Justicia, y mal que les pese a los demonios, se salvará, porque pertenece a su Dios» (150).

He aquí indicada por medio de esta original paráfrasis del Salmo 21 la naturaleza o índole de la terrible prueba que ella presiente le reserva Dios para su última hora como participación del amargo cáliz de la Pasión de Cristo. Como se ve, la prueba principal consiste en las alarmas de su conciencia que se cree condenada por sus pecados. Es un ejemplo más para ver cuán propensa era a estas ideas de condenación y desesperación, que sin duda tenían alguna base natural en su temperamento.

Se cree condenada, y justamente condenada en castigo de sus pecados graves, mas quiere complacerse en las perfecciones y felicidad de Dios. ¿Quién no advierte entre el pecado grave y estos sentimientos tan puros la más patente contradicción e incompatibilidad? Un alma que abriga tales sentimientos no puede estar en pecado mortal, pues el acto de caridad purísimo que ellos entrañan bastaría por sí solo para justificarla. Además, ella misma reconoce implícitamente que las alarmas de la conciencia eran infundadas y que los pretendidos pecados graves no eran tales, puesto que al hacer los enemigos el despojo del alma se hallaron con que ésta poseía la túnica de la Justicia...

Por sí misma ve claro que nada merece. Si se ha de salvar será porque Dios quiere glorificarse en ella por el ejercicio de su Misericordia. ¡Qué profunda verdad y cuán exacto concepto de toda la economía de la salvación entrañan estas palabras! En el juicio divino no cuenta con ningún mérito propio, pues todas sus acciones, en las que confiaba, están manchadas y viciadas. Pero en el reparto de las vestiduras, se encontraron los enemigos con la túnica inconsútil de la Justicia, el don gratuito de la gracia santificante, y éste no se lo pudieron apropiar, pues es enteramente de Dios. Y por tanto, mal que les pese, el alma se salvará... No se puede poner de relieve de una manera más expresiva la absoluta gratituidad de todo el orden sobrenatural, y por tanto de la salvación. En efecto, aunque el cristiano adornado con la gracia santificante contrae verdaderos y rigurosos méritos delante de Dios con sus buenas obras (151), siempre será cierto que todos estos méritos descansan y suponen una primera gracia que es absolutamente gratuita y que no

(150) Tratado, XXIII, pág. 358.
(151) Conc. Trid., ses. VI, c. 32; D 842.

se merece (152). He aquí cómo en su base toda la obra de la salvación es pura obra de la Misericordia divina, como aquí lo subraya la M. Sorazu.

Desamparo divino, graves remordimientos de conciencia, el creerse condenada, terribles dolores físicos... todos estos son los elementos que componen esta última prueba, según se desprende de la precedente paráfrasis del Salmo 21. ¿Se cumplieron tales presentimientos? Su confidente y enfermera de esta última prueba, la M. Presentación, nos dirá que sí, que todo ello se cumplió a la letra y de la manera más rigurosa. Mas esto lo veremos en el próximo artículo.

Además del Tratado, la M. Sorazu ha expresado estas mismas ideas en el opúsculo «La Ovejita de María», que tiene mucho de autobiográfico, como dijimos, e incluso es de fecha algo posterior al Tratado. En el capítulo 23 de este opúsculo, que lleva por título «La última prueba», se nos describe la postrer enfermedad y la muerte de la fiel oveja de María. Terribles dolores en el cuerpo, tribulaciones y angustias en el alma: he aquí las negras aguas que debe sorber antes de su ingreso en la gloria. El espíritu infernal pretende inducirla a impaciencia y desesperación. La pobre alma estaba a punto de creer que tan terrible prueba era el principio de su eterna desventura, mas la Virgen le revela que está participando la agonía de Getsemaní y la Pasión del Calvario. Con esta revelación el alma cobra grandes alientos para sobrellevar con paciencia esta prueba final (153).

El Tratado, después de habernos adelantado esta visión anticipada del porvenir, termina con esta declaración final:

"La humilde criatura que fué servido el Señor tomar por instrumento para escribir el presente Tratado, no puede terminarlo por ahora, porque no tiene experiencia de los estados espirituales que deben completarlo. Presiente los misterios divinos que quiere Dios cumplir en ella, conoce su naturaleza, pero ignora los fenómenos que los acompañarán. Por esta razón prefiere que quede incompleto a describir misterios que en ella no se cumplieron. Sea todo para mayor gloria de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y de la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, mi dulce Soberana. Amén" (154).

A mediados de noviembre de 1918 dió la M. Sorazu por terminada su obra. Aún le quedaban casi tres años de vida. No

(152) Conc. Trid., ses. VI, caput 8; D 801.
(153) Op. Mar., págs. 163-5.
(154) Tratado, Conclusión, págs. 361-2.

poseemos una descripción detallada y sistematizada de su vida mística en esta época posterior a la redacción del Tratado, mas sí numerosas noticias y datos con los que podemos intentar una reconstrucción. En especial, la reanudación de la dirección del Padre Mariano fué causa de que tuviera que volver a hacer sus cuentas de conciencia por escrito, y la abundante y preciosísima correspondencia que con este motivo escribió los quince últimos meses de su vida constituyen la principal e importantísima fuente de que nos serviremos en el próximo artículo.

ARTÍCULO III

La participación de la Pasión

1. AÑO Y MEDIO EN QUE VIVE «PERDIDAMENTE».—2. EL DIRECTOR ELEGIDO DE LO ALTO.—3. IDENTIFICACIÓN CON LA DIRECCIÓN.—4. NECESIDAD DE PADECER UN NUEVO PURGATORIO.—5. DIFICULTAD Y REPUGNANCIA PARA EL REZO VOCAL Y LAS OBRAS EXTERIORES.—6. MUERTE DE SU MADRE.—7. EL INCIDENTE DE LA RECLAMACIÓN DE SUS ESCRITOS.—8. ATRACTIVO POR EL SANTO MONTE ALVERNIA.—9. NO PUEDE TENER SALUD MIENTRAS TENGA MEMORIA DE QUE HAY DIOS.—10. LAS IMPETUOSAS INFUSIONES DE AMOR PASIVO.—11. ULTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE

Después de la terminación del Tratado, la vida de la Madre Angeles se prolonga aún por un espacio de casi tres años. Vamos, pues, a intentar reseñarla en este postrer artículo, sirviéndonos para ello de los datos que poseemos. Una vez más veremos la parte importantísima que juega la dirección —y en concreto la dirección del P. Mariano— en la economía seguida por Dios para la santificación de esta alma. Y después de observar las principales características o manifestaciones que presenta su vida mística en los últimos meses de su vida, la veremos alcanzar, en el proceso de reproducción de la vida de Jesús en el alma, la cumbre del Calvario, y participar en su última hora, entre angustias y dolores, de la mística Crucifixión, tal como ella lo anunciara.

1. AÑO Y MEDIO EN QUE VIVE «PERDIDAMENTE».—Desde el 18 de noviembre de 1918, fecha en que dejó de serle útil la direc-

ción del P. Alfonso, hasta el 7 de mayo de 1920, en que se confió nuevamente a la dirección del P. Mariano, se acusa la Madre Angeles de haber vivido «perdidamente», desorientada e incluso alejada de Dios. Asombro había de causarnos el encontrarnos con semejante período estacionario a estas alturas, si no conociéramos ya el papel decisivo que en la vida mística de la M. Sorazu juega la dirección espiritual.

En la citada fecha 18 de noviembre de 1918 mostróle Dios la necesidad de estrechar y perfeccionar aún más sus relaciones con la dirección. El director debía entrar como algo esencial en todas sus relaciones sobrenaturales. Conoció claramente Sor Angeles que no era el P. Alfonso este director al que se refería la divina comunicación, mas por no atreverse a buscar otro, siguió dirigiéndose con él hasta los últimos días de diciembre de 1919, fecha en que éste salió de Valladolid destinado por la obediencia a Santiago. Esta fué la causa del estancamiento, el vivir fuera del orden querido por Dios y prácticamente sin dirección, pues desde la citada fecha el P. Alfonso perdió las luces directivas respecto a su dirigida y su dirección más bien le sirvió de estorbo. Véase en el Ap. Doc. núm. 244 el texto en que ella relata esta comunicación divina.

Desde este momento ya se comprende que las relaciones entre el P. Alfonso y ella no podían ser normales. Ella misma reconoce que el Padre debió de sufrir horrores, y añade:

"A mi vez padecí lo que Dios y yo sólo sabemos, porque no pude ni obedecer al Padre ni vacar a la oración, a pesar de mostrarse Nuestro Señor propicio cual nunca a favorecerme y atraerme con fuerza soberana. Infinitos abismos de luz a cual más divino imponíanse a mi inteligencia, de cuyo centro me llamaba el Verbo Encarnado para que lo acompañara, compartiera sus divinos misterios, etcétera, etcétera. Imposible describir los encantos de aquellos abismos y horizontes de luz, la inefabilidad de aquellos misterios que cada uno representaba y que parecía existían en el seno de Dios Uno y Trino que habitaba dentro de mí, pues todo se me mostraba en mi interior. *Sin embargo, yo no respondí al llamamiento, porque me parecía que debía* mediar algo entre el llamamiento de mi Dios Humanado y mi respuesta" (155).

Este algo que debía mediar era el director, pero un director que no era ya el P. Alfonso, y por faltar este requisito esencial permaneció en estado estacionario. Refiriéndose a este tiempo dice la M. Angeles en una carta:

"Padecí mucho y sin mérito y viví perdidamente durante el año 1919 y los seis primeros meses del presente año. No viví para Dios ni para mí

(155) Cartas, 28-7-1920.

bienestar, pues me impuse privaciones mayores quizá que nunca, debí vivir muerta o sólo para las criaturas" (156).

Y en otra:

"Sentí en todo su peso la propia debilidad e incapacidad para responder a los designios de Dios sin el apoyo y protección de la Santa Iglesia, personificada en uno de sus ministros competentes. Y como no me atreví a pedirlo, sufrí infinitas pérdidas y me alejé a distancias infinitas. El único fruto que saqué fué convencerme de la necesidad que tenía de la dirección, y de la dirección verdad, para santificarme y aun para salvarme" (157).

Confesión más explícita no cabe hacer. Sin la dirección del sujeto elegido de lo alto, Sor Angeles se sentía absolutamente incapaz para responder a los designios de Dios. La razón es clara: como Dios hacía llegar a ella sus gracias por conducto de este intermediario, al faltar ahora éste se hizo sentir inmediatamente la anemia y aun carencia de vida.

Tenemos, pues, el hecho a primera vista extraño de un período estacionario, cuando tan próximamente se halla ya al fin de su vida y después que había empezado a escalar la cima final (la vía dolorosa). Mas no tengamos cuidado de que le sorprenda la muerte sin haber conseguido la meta. Dios le había prometido en momentos solemnes que «no permitirá a la muerte que la quite la vida mientras no llegue al grado de santidad a que la destina» (158). En cumplimiento, pues, de tal promesa también ahora la esperará pacientemente, hasta que la vea dentro de la economía sin la cual no es posible la vida y el progreso de su alma. Cuando la M. Angeles cumpla la condición requerida, bastarán muy pocos meses para alcanzar la meta señalada; y entonces —y sólo entonces— cortará Dios el hilo de su vida.

2. EL DIRECTOR ELEGIDO DE LO ALTO.—Pero a todo esto, ¿quién era este director por cuyo medio debía ella elevarse a la santidad altísima, a la que Dios la tenía destinada? Ella misma no lo sabía a ciencia cierta, aunque parece que no debería ignorarlo. Insistentemente le venía a las mientes el pensamiento del P. Mariano, mas lo rechazaba cual si fuera una ilusión (Apéndice Documental núm. 244 d). Sin embargo, a la postre acabaría por comprender que él era, en efecto, este Guía providencial a

(156) Cartas, 28-7-1920.
(157) » 25-8-1920.
(158) Tratado, VII, pág. 99.

quien Dios aguardaba para consumar la obra sobre su alma. Diríase que Dios había ligado la obra de la santificación de la M. Angeles a la acción del P. Mariano. De la lectura de la abundantísima correspondencia espiritual (sobre todo de la perteneciente a la segunda época de dirección del P. Mariano) aparece esto clarísimo. Más aún: de la lectura de dichas cartas, a la vez que del estudio objetivo de su vida, creemos que se puede deducir, sin temor a equivocarse, la siguiente afirmación, a saber: que aunque la M. Angeles tuvo en su vida cinco directores, en realidad fué uno solo su Director-verdad, el Padre de su alma, el único que entendía su idioma, como ella decía, el único que supo adaptarse perfectamente a sus necesidades y el único predestinado por Dios para elevar a esta alma a las altísimas cumbres de santidad a las que estaba destinada. ¿Concluiremos de aquí que los demás directores no la sirvieron de provecho? De ninguna manera. Ella expresamente reconoce que Dios la favoreció por su medio; mas fueron, por así decir, unos sustitutos de quienes Dios se sirvió subsidiariamente a falta de aquel a cuya acción había vinculado la santificación de esta alma.

Tratemos brevemente de probar la precedente afirmación. En fecha ya muy lejana, en 1892, o sea, bastantes años antes de que se iniciara la dirección espiritual en su vida, le dió a entender Dios que a su debido tiempo le proporcionaría un director espiritual cortado a la medida de sus necesidades; y por las señas que en la visión se le mostraron, tal director no era otro que el P. Mariano (159). De entre los cinco directores que sucesivamente había de tener (a ninguno de los cuales conocía ella entonces), la visión le mostró tan sólo uno, el tercero de orden. ¿Qué puede significar esto sino que él había de ser el director por excelencia, deparado por Dios para su alma? Después, cuando el P. Mariano, en su primera época de dirección, se hizo cargo de su alma, no son para decir cuán asombrosos fueron los progresos realizados por Sor Angeles y qué cúmulo de gracias y favores tan estupendos la dispensó el Señor por conducto de su Padre-verdad. Como en su lugar hicimos notar, no hay en la vida de la M. Angeles período de tanta actividad y de tan extraordinario desarrollo espiritual como el comprendido en el venturoso trienio 1910-1913, en que tuvieron lugar la definitiva superación de la noche del espíritu, la elevación al matrimonio espiritual y las prodigiosas ascensiones dentro del estado

(159) Vida, I, 5, pág. 52 y nota.

de transformación, que en su lugar quedaron descritas. Y tan profundas fueron las huellas divinas que durante este venturoso trienio imprimió el cielo en su alma por medio de su Padre, que según ella confesará al volver a dirigirse con él, ni el mundo y el infierno juntos fueron capaces de borrarlas, pese a todos los esfuerzos que realizaron por conseguirlo, sobre todo arrebatándole el instrumento providencial para su santificación (Apéndice Documental núm. 247 a). Más aún, explícitamente afirma que entre todas las direcciones que ha tenido, la del P. Mariano ha sido la única que ha respondido a las exigencias de su alma (Apéndice Documental núm. 247 b). Aun en el tiempo en que se dirigía con los PP. Narciso y Alfonso, el P. Mariano seguía siendo su verdadero Padre, y en sus relaciones con Dios nunca vió intervenir a otro que a éste (Ap. Doc. núm. 245). Igualmente, la M. Angeles confiesa paladinamente el gravísimo perjuicio que ocasionó a su alma la privación del P. Mariano. (Apéndice Documental núm. 246.)

A la vista de todas estas manifestaciones se comprenderá la exactitud de nuestra afirmación anterior, a saber, que, aunque la M. Angeles tuvo cinco directores, en realidad fué uno solo su director-verdad, el escogido y predestinado por Dios para ella, y los otros sólo tuvieron una misión, por así decir, subsidiaria o supletoria en la ausencia del P. Mariano. Mas nótese que el texto últimamente citado, al acusar a confesores y no confesores como autores de gravísimos daños en su alma, en modo alguno se refiere a los directores que la dirigieron en la ausencia del P. Mariano. Ella distingue muy bien entre directores y simples confesores. De aquéllos siempre dice que la hicieron mucho bien y que Dios se valió de ellos para favorecerla. En cambio, con frecuencia tuvo que sufrir por parte de los confesores, sobre todo en la época que siguió al cese del P. Mariano. Puesto que sin culpa suya se había visto privada de éste, Dios la siguió favoreciendo por medio de los directores que tuvo en su ausencia, si bien éstos sólo hasta cierto punto podían suplir la falta del instrumento providencial querido por Dios. En efecto, a pesar de dichos directores, la vida espiritual y mística de la M. Sorazu después del alejamiento de su Padre-verdad no siguió el ritmo venturoso y feliz que bajo él había comenzado, sino que sufrió cierto empobrecimiento y se mantuvo en un estado poco satisfactorio en comparación de la exuberante vida anterior. El Tratado nada nos dice de este estado deficiente debido al alejamiento de su Padre-verdad, tal vez por-

que cuando escribió esta obra Sor Angeles se hallaba aún bajo la dirección del P. Alfonso, mas las Cartas del último año de su vida lo ponen muy de resalto, como efecto y consecuencia de habérsele arrebatado el instrumento providencial de su santificación. Y no es ella sólo la que lo afirma, sino que hasta el P. Mariano, al volver a hacerse cargo de su alma, testimonia este estado deficiente en que la ha hallado, debido a una ausencia tan larga del Padre investido con la misión de Dios para santificarla.

Ella misma no comprendió desde luego esta economía de Dios. Así vemos que a pesar de la experiencia que tenía de la primera época de dirección del P. Mariano, al marchar de Valladolid el P .Alfonso, no se decidió en seguida por aquél, sino que estuvo algún tiempo indecisa, no sabiendo por qué sujeto decidirse entre los varios que podía escoger. Alguna vez se sintió inclinada hacia el P. Nazario Pérez, S. J., pero no veía clara la voluntad de Dios ni el impulso era tan imperioso, y por eso no se decidía (160). Entre las causas que la retraían de volver a llamar a las puertas de su Padre-verdad, era una el largo silencio observado por ambos durante los años de alejamiento, silencio que no sabía si atribuir a desafecto o frialdad de su antiguo director, sobre todo desde que ella tuvo intención de escribirle una carta y estaba en la creencia de haberlo hecho, sin haber obtenido respuesta, por la sencilla razón de que no la había escrito (161). Además, en caso de dirigirse con el P. Mariano, tenía que volver a las cuentas de conciencia por escrito, y esta era otra causa que la retraía de volver a dirigirse con él. Todo esto nos demuestra que no se trata aquí de un caso de mera simpatía natural, afición humana o predilección mujeril por el P. Mariano. Ya vimos que el trato un tanto severo y reservado de este Padre retraía algo a Sor Angeles, que era de índole tímida y necesitada de confianza. En realidad fué, pues, economía seguida por Dios, que quiso vincular estas dos almas la una a la otra, e hizo del P. Mariano el medio normal por el que hacía llegar a su sierva sus gracias de predilección.

Felizmente habíanse disipado ya las negras sombras que amontonó la envidia y la calumnia en torno a la dirección del P. Mariano. En 1919 era elegido Vicario Capitular de Valladolid el entonces Obispo auxiliar, Excmo. Sr. Dr. D. Pedro Segura,

(160) Carta al P. Nazario, 3-1-1920.
(161) Cartas, 3-10-1920 y 6-10-1920.

hoy Cardenal de Sevilla. Con fecha 21 de abril de 1920 se adelantó él mismo en persona a escribir a la M. Angeles, diciéndole que si algo deseaba pedirle, con sumo gusto se lo concedería. Comprendió ella que el Prelado quería referirse a la reanudación de la dirección interrumpida, y animada por esta benévola insinuación, se decidió por fin a llamar de nuevo a las puertas del corazón de su Padre-verdad. Este se hizo cargo definitivamente de la dirección de su alma el 7 de mayo de 1920 y la dirigió ya hasta el día de su muerte. «Y fué justo —comenta el P. Pobladura— que el artífice, que con tanto esmero había contribuído a labrar y embellecer la obra de la gracia, le diera los últimos retoques antes de que fuera coronada en la gloria con el abrazo eterno del divino esposo de las almas» (162).

No sólo las cartas que desde ahora empezó a escribir al P. Mariano, sino también las que por este mismo tiempo escribía al P. Nazario coinciden en expresar el aprecio profundo que la M. Angeles sentía hacia la dirección de aquél. En carta de 20 de mayo de 1920 cuenta ella al P. Nazario cómo se ha confiado nuevamente a la dirección del P. Mariano, y añade:

"Y estoy contenta, pues aunque me cuesta más dirigirme por escrito, tengo la ventaja de que ya me conoce y sabe mis necesidades y se adapta perfectamente."

En carta fecha 10 de julio de 1920 le dice cómo su nuevo director le exige reclame sus escritos, que ella voluntariamente había entregado al P. Nazario antes de confiarse por segunda vez a la dirección del P. Mariano. Aludiendo, pues, a este incidente, escribe:

"Mucho me ha favorecido Nuestro Señor por medio de este buen Padre, quien me conoce a fondo, pues es el que más me ha tratado. Nuestro Señor le ha concedido luz y gracias especiales para dirigir mi pobre alma y experimento el grande bien que me reporta su direccion. Pero no todo va a ser gloria, recibir y no dar..."

En otra carta, de fecha 19 de julio de 1920, dice:

"Es el director que más me ha tratado y mejor ha respondido a las necesidades de mi alma y a los designios de Dios relacionados con mi santificacion y mis destinos."

En cuanto a las cartas que escribía al mismo P. Mariano son innumerables los lugares en que expresa el gozo y agrade-

(162) O. c., pág. 65.

cimiento profundo que sentía al reconocer y palpar en sí misma los inestimables bienes que le reportaba la dirección de su Padre-verdad. Véanse reunidos en el Ap. Doc. núm. 247 algunos de estos textos.

Por lo demás, al confiarse nuevamente a la dirección del P. Mariano, ella se encontraba un tanto desorientada acerca de su actual estado y de los designios que Dios pudiera tener sobre sí. En carta de 25 de agosto de 1920 le dice que al terminar su «historia velada» (es decir, el Tratado) se hallaba recién entrada en la vía dolorosa, pero que no sabe si aquello fué para mejor o para peor, pues a poco de entrar es cuando empezó a retroceder (se refiere al retroceso que sintió cuando dejó de aprovecharle la dirección del P. Alfonso). Con todo, añade que el amor al Calvario y el llamamiento a compartir la Pasión de Jesús no ha desaparecido, sino que existe y acompaña sus relaciones con las divinas Personas. Finalmente indica al P. Mariano que lea los tres últimos capítulos del Tratado, porque quizá le orientarán para conocer su vocación y destinos, que ella tal vez ignora. Estos tres últimos capítulos son los referentes a la contemplación mixta: éste es, pues, el estado en que continuaba, estado de relaciones particulares con el Verbo Encarnado.

3. IDENTIFICACIÓN CON LA DIRECCIÓN.—En la comunicación de 18 de noviembre de 1918, a la que antes nos hemos referido, Dios hizo ver a Sor Angeles la necesidad de perfeccionar y estrechar aún más sus relaciones con la dirección. Incluso le mostró un misterioso Guía que debía entrar como un elemento esencial en todas sus relaciones sobrenaturales (Ap. Doc. núm. 244). Pues bien, ahora que Sor Angeles ha hallado por fin este Guía, Padre o «Vice-Dios» (como ella se complace en llamarlo), veremos cumplido al pie de la letra y con toda perfección esta identificación con su director espiritual, que Dios le propusiera como el único medio para arribar al grado supremo de perfección. En efecto, examinando la abundante y preciosísima correspondencia de este último período de la vida de la M. Angeles, la característica más saliente y destacada, la que más poderosamente llama la atención, es sin duda esta estrechísima y por así decir absoluta identificación con la dirección, en concreto, con su Padre-verdad, el P. Mariano, requisito esencial para que ella pudiera hallar a Dios y recibir sus divinas comunicaciones. Para que se vea la forma concreta o modalidad que revestía esta identificación con la dirección, daremos a continuación algunos de

los datos más principales que acerca de este punto hallamos en dichas Cartas.

Al reanudarse la dirección del P. Mariano, le preguntó Sor Angeles que cada cuánto tiempo se escribirían. Contestóle el Padre que ella le escribiese cuantas veces quisiera o lo necesitase, pero que él le contestaría cuando pudiese, pues es «limitado». Esta palabra «limitado» causó a Sor Angeles una horrible impresión, y se puso a rogar a Jesús tuviera a bien no sujetarla a criaturas finitas y limitadas. (Ap. Doc. núm. 248.) Mas Jesús no hizo caso de su ruego, sino que la unió y vinculó aún más estrechamente a su director (163).

En la misma carta refiere dos visiones que venían a mostrarle la Providencia y Misericordia de Dios como encarnadas en la dirección para velar, cuidar y servirle a ella de ayuda. (Apéndice Documental núm. 249).

Esta identificación con su director era tal y tan grande, que Sor Angeles debía traspasarse por entero al alma de éste, y allí encerrada aguardar las divinas comunicaciones. (Apéndice Documental núm. 250.)

Según esto, Dios se le comunicaba dentro de su Padre-verdad, como más expresamente declara en el siguiente texto que insertamos en el Ap. Doc. núm. 251.

Tan absoluta y esencial era esta dependencia respecto de su director, que paladinamente confiesa que fuera de él no halla vida alguna, al paso que viviendo dentro de su alma se siente como informada de una cualidad divina. (Ap. Doc. núm. 252.)

Mas a pesar de tan reiteradas manifestaciones de Dios y de los maravillosos efectos que en ella producía esta identificación con la dirección, por este mismo tiempo era Sor Angeles muy trabajada por tentaciones contra la dirección, semejantes a las que padeciera en épocas anteriores de su vida. En efecto, siempre fué muy combatida por estos pensamientos y aprensiones contra la dirección; pero especialmente ahora que su alma reportaba tanto bien de ella, no dejó el demonio piedra por mover a fin de apartarla nuevamente de este medio decisivo para su santificación. Véase en el Apéndice Documental núm. 253 cómo describe una de estas tentaciones.

Son frecuentes en las cartas de esta época estas alusiones a las tentaciones que padecía contra la Dirección, tentaciones que incluso llega a calificar de horrorosas por la intensidad que

(163) Cartas, 13-7-1920.

en algunos momentos llegaban a alcanzar (164). En una de estas cartas dice Sor Angeles que cree haber observado que todas las tentaciones, temores, inquietudes, etc., le asaltan en momentos de indisposición corporal, y en cuanto el cuerpo se alivia, vuelve a recobrar la paz y a engolfarse en Dios. Narrando uno de estos casos, concluye :

"Al anochecer empecé a aliviarme y al mismo tiempo conseguí el recogimiento interior, lo que prueba que la causa principal de los impedimentos para la oración que experimento es la indisposición corporal" (165).

Mas no se crea en manera alguna que estos alborotos vinieran a privarle, ni siquiera por breve tiempo, del bien esencial que poseía como consecuencia de su elevación al estado de transformación. Véase en el Apéndice un precioso texto en que expresamente reconoce la paz profunda y unión con Dios, que persiste aun en los momentos de tentación. Hasta la parte inferior con sus pasiones se halla como espiritualizada, ordenada a Dios y con cierta incapacidad para el mal. (Ap. Doc. núm. 254).

En una palabra : hemos registrado como primera y principal característica que aparece en la vida mística de la M. Sorazu en estos últimos meses de su vida, una estrechísima y absoluta identificación con la dirección espiritual, en concreto, con su director el P. Mariano, el cual interviene como factor esencial en todas sus relaciones sobrenaturales. Sólo en él, en el alma de su Padre, le es concedido a Sor Angeles hallar a Dios, y siempre que vive fuera de él se siente morir, falta de la vida divina. Ya se comprende que aquí se trata de una operación puramente espiritual por la que se establecía dentro del alma de su Padre, ya que Dios no se le comunicaba sino por este medio.

4. NECESIDAD DE PADECER UN NUEVO PURGATORIO. — Pero pasemos ya a describir otras características o indicaciones relativas a su vida mística, que aparecen también en estas Cartas. A poco de iniciarse la segunda época de dirección del P. Mariano, le escribe ella que siente necesidad de padecer un nuevo purgatorio, pero en el seno de Dios y de la Virgen, no ya fuera. (Apéndice Documental núm. 255.)

Nótese cuán distinto carácter o aspecto presenta el purgatorio que aquí nos anuncia Sor Angeles comparado con los que la hemos visto padecer en épocas anteriores de su vida. En el

(164) Cartas, 7-1-1920 y 8-1-1921.
(165) » 19-1-1921.

primero, que tuvo lugar en 1893-4, la aprehensión del odio de Dios y luego de su olvido y glacial indiferencia para con ella, constituyó el mayor y más terrible sufrimiento. En el segundo, que tuvo lugar en el período 1907-1911, Dios se mostraba cariñoso con ella y propicio a favorecerla, mas ella se retraía de El, no se sentía en condiciones de aceptar sus caricias y su intimidad, pues se reconocía manchada. Ahora, después que ha sido definitivamente elevada al estado de transformación, quiere sufrir el purgatorio unida a su Dios. Por lo demás, hallamos también en este tercer purgatorio claramente indicadas las características esenciales de la noche del espíritu, a saber, la luz purgativa, cuando dice que Dios y la Virgen se impongan a ella en el esplendor de su santidad, etc., para que sienta más vivamente lo que hay en ella contrario a estos atributos y lo expíe dolorosamente... No tenemos más datos de si en realidad padeció este nuevo purgatorio.

5. DIFICULTAD Y REPUGNANCIA PARA EL REZO VOCAL Y LAS OBRAS EXTERIORES.—Una de las noticias que con más frecuencia repite en las Cartas es la fatiga y molestia que le causa todo rezo vocal, como también toda actividad exterior, el apostolado de las obras, el dedicarse a escribir, etc. (Apéndice Documental núms. 256 y 257.)

Nótese en el primero de estos textos una nueva alusión a su vida espiritual, que se consuma dentro del alma de su director (Apéndice núm. 256 a) y c). En el segundo obsérvese esa inclinación, que en medio de su perfecta conformidad con la voluntad de Dios siente hacia la Pasión de Cristo. En efecto, es el estado que aún le falta por reproducir y que en tan alto grado se le concederá participar en su última enfermedad y muerte.

En otra carta dice: «Me fatiga todo ejercicio y variaciones por estar llamada al reposo en Dios, único que me aprovecha» (166). En otra pide al director la dispense de todo rezo vocal que no sea de obligación, y explica el daño o detrimento espiritual que le proviene de querer atender a dichos rezos vocales. Pero advierte que este fenómeno le sucede desde hace muchos años. (Ap. Doc. núm. 258.)

En otra refiere la curiosa noticia de que ha pedido a Dios la lleve al lugar donde están Enoc y Elías, para que allí, libre de los cuidados de este mundo, pueda vivir sólo para El. En

(166) Cartas, 15-11-1920.

súplica ardiente pide a Dios que pues es suya, una como extensión de su Ser Divino, se digne sustraerla a todo trabajo u ocupación que reclame sus facultades y la obligue a pensar y obrar a modo humano. (Cfr. Ap. Doc. núm. 259.)

Con fecha 7 de enero de 1921 escribe que siente escrúpulos de que no cumple bien con las obligaciones de su cargo, pues vive poco menos que como ermitaña, y las religiosas se quejan porque no asiste con ellas a la recreación común. A vuelta de correo (9 de enero de 1921) le contesta el P. Mariano, riñéndola por ello y diciéndole que procure sí guardar soledad, pero no a costa del cumplimiento de sus obligaciones. Sabido es que el matrimonio espiritual, merced al fenómeno místico del desdoblamiento del alma, hace posible que ésta pueda atender a los trabajos exteriores sin perjuicio de su atención a Dios. Sin embargo, las líneas precedentes nos revelan una como mengua del desdoblamiento en ciertos momentos, pues nos muestran el daño y detrimento que provenía a Sor Angeles de tener que ocuparse en actividades puramente humanas.

En suma, otra de las características más salientes de la vida mística de la M. Sorazu en estos últimos meses es esta «invisibilidad» y reposo en el seno divino. Toda la vida se reconcentra en el espíritu, lo único que le llama o atrae es «la amorosa y perfecta resignación en Dios, que lo hace todo en mí». Por lo mismo, todo trato o comercio con las criaturas y muy especialmente todo trabajo que la obligue a emplear las facultades para pensar al modo humano, constituye una verdadera violencia y suplicio para ella. Todo esto nos revela bien a las claras que su alma vivía habitual y casi continuamente bajo la influencia de la contemplación infusa; precisamente el secreto o la causa del daño que se ocasionaba con querer atender a los rezos vocales o con emplearse en el comercio humano o en trabajos literarios, era una misma, a saber, el echar mano de las propias facultades para pensar y discurrir por actos propios y naturales, estorbando así al rayo de la contemplación infusa, a esa obra callada y pacífica por la que Dios «lo hace todo en mí».

6. MUERTE DE SU MADRE. — En agosto de este año 1920, un año justo antes que muriera Sor Angeles, volaba al cielo su anciana madre Antonia Aizpurua, que tanta parte tuviera en la conversión y santificación de su hija. En varias cartas habla ésta del suceso, y con tal motivo veremos repetirse nuevamente aquellos hechos de carácter místico que registramos con ocasión de

la muerte de su padre y hermano. Con fecha 13 de agosto de 1920 dice al P. Mariano que encomiende a su madre, pues está viaticada. Y el día 18 le comunica que aunque todavía no ha tenido noticia de su fallecimiento, la tiene ya por muerta, pues no la encuentra en la tierra, sino que la halla sólo en Dios. (Apéndice Documental núm. 260.)

Con fecha 20 de agosto notifica ya a su Padre-verdad la noticia de su muerte. Dícele que tuvo larga enfermedad y que sufrió el purgatorio en vida, pues no sólo no le oprime su memoria, sino que le produce júbilo celestial. Dice también que ha llorado un poco, recordando lo que le habrá hecho sufrir en los veintinueve años de vida religiosa, pues a veces ha dejado pasar más de un año sin escribirle, sabiendo que ella apreciaba las cartas de sus hijos como tesoros del cielo. Y añade: «¡Cuántas veces el tiempo que debía dedicar al consuelo de mi madre, lo habré perdido inútilmente! Esto es lo que me hizo llorar...» No acierta a hacer por ella otros sufragios que presentar a Dios sus virtudes y pedir que se las recompense, y se encomienda a ella muy de veras (167).

En otra carta dice cómo le estorba la memoria individual de los difuntos, como también de los Santos, por lo que ha rogado a su madre que no lleve a mal la olvide, o mejor, la ame en Dios con noticia general:

"A mi madre la dije que pues habia sufrido con resignación mi silencio durante el destierro por amor de Dios, ahora que conoce mejor mi vocación y destinos, lleve a bien que la olvide, mejor dicho, que la ame en Dios con la noticia general que amo a la creación en Dios y por Dios para que no me estorbe la memoria individual y dificulte la Unidad a que estoy llamada y que es para mi una necesidad" (168).

Este detalle acerca del daño que le causa la memoria individual de los difuntos y de los Santos es también muy significativo de su estado místico. En efecto, toda noticia particular, todo conocimiento concreto que actualmente ocupa a las potencias es un estorbo e impedimento para la contemplación infusa. Las potencias deben estar vacías y despojadas de toda forma humana y conocimientos individuales para que puedan ser informadas de la noticia general, indistinta, sencilla y amorosa, que es la contemplación infusa.

A continuación se complace en contar a su Padre-verdad diversos detalles de la muerte de su madre, que ella supo, sin

(167) Cartas, 20-8-1920.
(168) » 25-8-1920.

duda, por carta que le escribiría su hermana menor María, única entre sus hijos que pudo asistir a su madre en el trance supremo. Le cuenta, en efecto, cómo su madre murió asistida de religiosos y religiosas (aquéllos debieron de ser, sin duda, los frailes de San Francisco, nuevamente establecidos en Tolosa desde 1916), y en el momento preciso en que su hija le daba tres besos por los tres hijos que dejaba en el mundo de los siete que tuvo. Estos eran María, nuestra Sor Angeles y Fr. Pedro Regalado, religioso lego franciscano, fallecido el 18 de diciembre de 1948 en el convento de San Salvador, de Jerusalén, donde prestaba sus servicios. María murió en 1923, dejando una hija, llamada Concepción Olascoaga Sorazu, residente actualmente en Tolosa (169).

Finalmente, con fecha 6 de septiembre de 1920 da cuenta Sor Angeles al P. Mariano de que ha escrito una postal a dos Padres de Aránzazu «que apreciaban a mi difunta madre». Siempre que escribía alguna carta a persona distinta de su Padre espiritual, solía dar cuenta de ello a éste o le pedía permiso para escribirla. Naturalmente que el P. Mariano se lo daba, pero con mucha razón le aconsejaba que evitara lo más posible toda relación y trato de que pudiera buenamente prescindir, ya porque su vocación era a la mayor invisibilidad y reposo en Dios (por lo mismo tampoco la molestó ya más con mandatos de escribir), ya también porque con muy buen acuerdo y prudencia quería guardar a su dirigida a cubierto de profanos ojos, no sea que la curiosidad o admiración que pudiera despertar la noticia de las maravillas y cosas extraordinarias que atesoraba esta alma, pudiera en mala hora venir a echarlo a perder todo. Conducta sabia y prudentísima, que por desgracia no todos los directores han sabido observar siempre, siguiéndose de ello las más fatales consecuencias. Las almas son cosa sagrada, y no hay derecho a convertirlas en objetos donde satisfacer nuestra curiosidad o ansia por lo maravilloso, pues si ellas notan que se las admira y observa como a seres extraordinarios, pueden seguirse de ello graves detrimentos y aun la total ruina de lo que empezó como obra de Dios.

7. El incidente de la reclamación de los escritos. Por esta misma razón, el P. Mariano, al hacerse cargo de la dirección de M. Angeles por segunda vez, exigió a ésta que

(169) Por tanto está equivocada la noticia que da el P. Nazario en la nota 2 a la pág. 22 de la Autobiografía, donde dice que la madre de Sor Angeles sobrevivió a su hija María.

reclamase las obras que había cedido al P. Nazario y que se suspendiese inmediatamente la publicación de tales obras, que el P. Nazario estaba preparando, en vida aún de la autora. El P. Nazario comprendió la razón que asistía al director y consintió en suspender la publicación, aunque no en devolver las obras, ya que la M. Angeles libremente y por propia iniciativa se las había cedido. Siguió urgiendo el P. Mariano cerca de la M. Angeles para que ésta exigiese la devolución de las obras, en lo cual creemos que se sobrepasó un poco, llevado tal vez de un natural y muy explicable deseo de venir a ser él el depositario de dichas obras. Entonces la M. Angeles se permitió mostrarle su disconformidad y desaprobación por lo que le mandaba y hasta llegó a indicarle que si no cambiaba en esto, temía que ello pudiera dar origen a acabar con su dirección. En efecto, la M. Angeles estaba persuadida de haber obrado en este punto de conformidad con el mandato de la Santísima Virgen, quien le había expresado su voluntad de que cediera sus escritos al P. Nazario. Este hecho nos demuestra además bien a las claras la libertad de espíritu que la M. Sorazu conservó siempre, incluso en sus relaciones con su Padre-verdad. En vista de lo cual y ante la negativa rotunda del P. Nazario, desistió el P. Mariano en su empeño por reclamar las obras, diciendo que respetaba los hechos consumados... (170).

Ya sea por esta providencia sabia y acertada de su director, ya por la inclinación que la misma M. Angeles tuvo siempre al retiro y ocultamiento, es lo cierto que ésta era muy poco conocida, y aun en la misma ciudad de Valladolid eran relativamente pocos los que tenían noticia de su extraordinaria santidad.

8. ATRACTIVO POR EL SANTO MONTE ALVERNIA. — En otra carta a su Padre-verdad le da cuenta del atractivo misterioso que siente hacia el monte Alvernia (el monte en que fuera estigmatizado San Francisco de Asís). Siente que Jesús le llama desde este santo monte, en compañía de su Padre San Francisco, y que quiere renovar en ella el divino drama del Calvario y su historia repetida en el santo monte Alvernia. Este llamamiento, tal como se impone a su alma, por las señas que indica, revela una vez más la modalidad típica de las heridas de amor, pues nos habla del gemido característico con que se exterioriza

(170) Carta de M. Angeles al P. Nazario, 17-7-1920.

el exceso de amor que en dichos momentos siente hacia el divino Mártir del Gólgota. Mas para que la participación de la Pasión sea verdadero sufrimiento, es menester que ella padezca como criminal; de lo contrario, si tiene conciencia de que padece por Jesús, ya no sería verdadero sufrimiento. (Apéndice Documental núm. 261).

Como se ve, es un nuevo anuncio de la participación de la Pasión que le aguarda para su último trance y que tan insistentemente viene presintiendo.

9. No puede tener salud mientras tenga memoria de que hay Dios. — De las cartas de estos últimos meses de su vida podemos entresacar también una interesantísima colección de textos acerca de las verdaderas causas que producían, según ella, sus enfermedades físicas. A dos podemos reducir dichas causas: primera, la concentración de todas las energías del alma en el objeto espiritual, con despreocupación de la suerte que pueda correr el cuerpo, cuyas funciones desatiende, y segunda, las infusiones rápidas e intensas de amor pasivo (heridas de amor), que aniquilaban las fuerzas de su organismo e iban preparando una auténtica y rigurosa muerte de amor. En este apartado expondremos brevemente los textos que se refieren a la primera de dichas causas, dejando para el siguiente el tratar de la segunda.

Hablando a su Padre-verdad de sus padecimientos y enfermedades, le dice que la causa principal de todos sus trastornos es que el alma hace poco caso del cuerpo y vive allí donde ama y es su centro, o sea que las fuerzas vitales se concentran casi totalmente en el objeto de su amor y se desentienden de la suerte que pueda correr el organismo. Por eso es un imposible que ella pueda tener salud mientras tenga memoria de que hay Dios. (Apéndice Documental núm. 262 a). Ya en épocas anteriores de su vida pudimos observar esto mismo que aquí indica: se abismaba con tanto ímpetu y vehemencia, con plenitud tal en el mundo espiritual, que se olvidaba de todo lo temporal y humano, hasta de comer y cuidar del cuerpo, viniendo en consecuencia a caer enferma.

En otra carta repite la misma razón: la intensidad o plenitud con que el alma se concentra en su centro —Dios— es causa de que no anime al cuerpo en el grado o medida que debiera y sería menester para poder tener salud. (Apéndice Documental núm. 262 b).

Y en otra vuelve a apuntar la misma razón: no puede tener salud, si quiere vivir vida de oración, pues toda su vida o energía se concentra allí donde se dirige la mirada del alma y la consecuencia es paralizarse los órganos y desconcertarse todo el organismo. (Cfr. Ap. Doc. núm. 262 c).

Más de una vez hemos notado en el curso de este trabajo la afinidad de la M. Sorazu con los espíritus angélicos, y ahora lo podemos comprobar nuevamente a la vista de estos datos. A pesar de la unión substancial que existe entre el alma y el cuerpo, parece como que el alma de Sor Angeles ignorara su humanidad, y cual si se tratara de un espíritu puro y suelto de toda misión respecto al cuerpo, concentraba todas sus energías y fuerzas vitales en el objeto divino de sus contemplaciones, con manifiesto detrimento del cuerpo, al cual, como dice, no animaba en el grado que debiera. Bien que algo parecido podría decirse tal vez de casi todos los Santos que han brillado en la Iglesia con santidad mística, extraordinaria. Recuérdese la frecuencia e insistencia con que a propósito de casi todos ellos repite el Breviario frases como ésta: «Infirma semper valetudine...»

10. LAS IMPETUOSAS INFUSIONES DE AMOR PASIVO.—Mas pasemos ya a considerar la segunda causa a la que Sorazu atribuye sus dolencias y quebrantos físicos, a saber, las soberanas infusiones de amor pasivo que aniquilaban sus fuerzas naturales, debido a la limitada capacidad del alma unida al cuerpo. Los textos referentes a esta segunda causa son relativamente abundantes en las cartas de los últimos meses de su vida. Por ellos vemos cómo las crecientes avenidas del amor infuso fueron batiendo el tabique de su habitación corporal y acelerando el desenlace de una rigurosa muerte de amor. Cuando sea llegada la hora, un ímpetu más poderoso o fuerte que los anteriores será bastante a «romper la tela y llevarse la joya del alma...»

Refiere, pues, en una de sus Cartas al P. Mariano cómo todas las noches hacia las ocho u ocho y media se apodera de ella un gemido amoroso que la pone en comunicación con Dios y no la deja dormir; al gemido acompaña un ardiente anhelo que aniquila sus fuerzas físicas. (Cfr. Ap. Doc. núm. 263.) Precisamente a la misma hora que aquí indica Sor Angeles practicaba el P. Mariano en Bilbao (donde actualmente residía) el santo ejercicio del Vía Crucis para pedir por su dirigida. Así se lo hizo saber él en contestación a esta noticia suya. ¡Hasta

tal punto se complacía Dios en relacionar con la acción de su Padre-verdad las gracias que concedía a esta alma!

En el texto siguiente (Ap. Doc. núm. 264) tenemos una nueva referencia a este gemido que se apoderaba de ella a la indicada hora de la noche.

En el número siguiente (Ap. Doc. núm. 265) tenemos otros dos textos sobre este misterioso gemido que agotaba sus fuerzas físicas.

En otra carta hace a su Padre-verdad interesantes declaraciones acerca de su estado de salud y le dice que cree haber observado que el movimiento y el paseo le ayudan para recibir las gracias de oración. A sus 48 años de edad se hallaba más gastada físicamente que la religiosa más anciana del convento, que contaba 80 años. (Cfr. Ap. Doc. núm. 266.)

Pero es en el texto siguiente (Ap. Doc. núm. 267) donde paladinamente confiesa cuál es la verdadera causa del quebrantamiento de fuerzas y del definitivo derrumbe de su habitación corporal, a que las religiosas vienen asistiendo estos últimos meses sin atinar la causa que lo produce. Es un texto categórico e interesantísimo, que no deja lugar a duda sobre el desenlace final. El amor no abandonará su presa hasta consumir y reducir enteramente a pavesas la víctima del holocausto que escogiera para cebarse en ella.

Finalmente y como colofón a estas indicaciones sobre las causas que producían sus trastornos físicos, véase el dictamen que cuatro meses antes de su muerte daba el médico acerca de su estado de salud: no tiene ninguna enfermedad, ni siquiera la tuberculosis, a pesar de que se halla en un grado de debilidad extrema. Causa de dicha debilidad extrema es, a juicio del médico, además del abandono o despreocupación por la salud, el excesivo trabajo espiritual. (Cfr. Ap. Doc. núm. 268.)

El excesivo trabajo «intelectual o espiritual y moral» era, a juicio del médico, una de las causas principales de su extrema debilidad. Bien está subrayarlo para que reparen en ello quienes se empeñan en considerar la vida mística como un rebajamiento o degradación de la actividad espiritual superior del alma. Verdad es que ante la presencia de la acción infusa de Dios el alma debe negar sus actos propios, sus noticias particulares y todo su modo de conocer natural; mas como la divina infusión es recibida vitalmente por el alma, ésta reacciona ante ella y se ejercita en actos correspondientes que hace Dios en ella, de modo que el alma alcanza entonces el cenit de su acti-

vidad tanto en el aspecto cognoscitivo como en el afectivo. Recuérdense las magníficas contemplaciones y los múltiples estados por que Sorazu ha pasado a lo largo de toda su Vía Unitiva y se comprenderá la intensísima vida espiritual que todos ellos suponen. A la verdad que cuando se leen ciertas afirmaciones de pretendidos sabios naturalistas sobre nuestros místicos, no vale la pena de tomarlas en cuenta, pues parece que ni los han leído siquiera, ya que la más ligera y superficial observación basta a descubrir la diferencia casi infinita que hay entre los hechos místicos y los fenómenos patológicos a los que pretenden reducir dichos hechos.

11. ULTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE.—Con esto pasamos ya sin más a describir su última enfermedad y muerte. En ella veremos cuán literalmente se cumplió el espantoso martirio que tantas veces anunciara para su última hora, como participación de la Cruz del Salvador. Es ésta una gloria que Jesús no puede negar a sus perfectos amigos, a sus más íntimos y predilectos. La Pasión y Muerte del Salvador es el episodio supremo que el alma debe participar en su proceso de reproducción de la vida de Jesús. Mas junto con los caracteres de dolor, humillación, etcétera, que acompañan al último trance, a través del relato de sus últimas horas y por sus mismas explícitas confesiones nos será dado descubrir también la presencia de las divinas infusiones de amor como verdadera causa de sus trastornos físicos y de su muerte. Es decir, la muerte de amor, que según San Juan de la Cruz es propia de las almas llegadas al matrimonio espiritual (171).

En las páginas siguientes nos limitaremos a resumir y a las veces a transcribir literalmente el relato de la M. Presentación Abad, actual Abadesa, y discípula predilecta de la Madre Angeles, que tuvo la dicha de asistirla en su última enfermedad y de verla expirar entre sus brazos.

La M. Presentación regresó en octubre de 1920 de Logroño, donde había estado varios años en calidad de reformadora. Muchos años antes, cuando humanamente no se podía prever que hubiera de tener que salir de su convento, a propósito de un episodio semejante ocurrido entre Santa Clara y su hermana Santa Inés, profetizó la M. Angeles a la M. Presentación que esto mismo se cumpliría entre las dos, o sea, que la Ma-

(171) Llama, I, 30, pág. 661.

dre Presentación tendría que salir para otro convento pero que regresaría antes de su muerte, como en efecto sucedió. Al volver a ver a la Santa Madre después de una ausencia de varios años, pudo apreciar muy bien la M. Presentación el estado de decaimiento y postración en que se encontraba.

Poco después del regreso de la M. Presentación se retiró la M. Sorazu a practicar Ejercicios Espirituales por espacio de cuarenta días. Durante tan largo retiro, escribió a la M. Presentación una nota en la que explicaba el objeto o finalidad del mismo. Era éste ensayarse para la vida eterna del cielo, que consiste en contemplar, amar y gozar la divina Figura del Padre, que es el Verbo. (Cfr. Ap. Doc. núm. 269.)

Salió de la cuarentena, pero apenas si hablaba con las religiosas. Pasaba en oración la mayor parte del día, excepto algunos ratos que empleaba en dibujar.

El último invierno lo pasó con muchísimo trabajo; pero fué en Pascua de Pentecostés cuando se puso muy grave. Aprovechando un momento en que sintió cierta mejoría, dictó a su Padre-verdad una carta, ya que por sí misma no podía escribirla. En ella cuenta los horrores que ha sufrido y sufre en su enfermedad: inflamación del vientre, interceptación de los conductos de las evacuaciones... Lo que tuvo que padecer es indecible, tanto por los dolores físicos cuanto por verse sometida a tratamientos de médicos y enfermeras que habían de ser en extremo penosos y humillantes para un alma de tan extraordinaria delicadeza. No obstante, después de decir a su Padre que sufre mucho, añade:

"He dicho que sufro mucho mirando mi flaqueza y extraordinaria sensibilidad, pero teniendo en cuenta la bondad de la divina voluntad, lo mucho que le debo, mi vocación a su perfecto cumplimiento y el amor y entusiasmo y estimación que me merece, todo me parece poco. De aquí mi resignación y las alabanzas que tributo a mi Dios muchas veces con lágrimas en los ojos, bendito sea Nuestro Señor, todo es poco por su amor. No quiero que quiten una gota del cáliz de la Pasión que su amor misericordioso me reserva, aunque cueste a la naturaleza soportar su amargura, ni tampoco pido que añada nada, porque lo amo todo en el divino querer, cuyo divino cumplimiento amo sobre todas las cosas" (172).

La Unción la recibió con la mayor alegría y no impresionó a las monjas, porque se había iniciado cierta mejoría. Hizo escribir al Prelado para que se dignase venir a bendecirla y vino en efecto el 13 de junio a las seis de la tarde. Después mejoró

(172) Cartas, 1-6-1921.

mucho, tanto que abandonó el lecho y llegó a seguir algunos actos de Comunidad, y el 22 de julio predicó a las religiosas su última plática, acerca de la Magdalena. El médico decía que vivía de milagro. Paseaba con una ligereza que nadie podía seguirla. Parecía que no tenía cuerpo y que era puro espíritu.

El 26 de julio volvió a empeorar, mas aún se levantaba a ratos, hasta el 15 de agosto, que se quedó en el lecho para no levantarse más. Los padecimientos que su Dios querido la reservaba para estos trece últimos días de su vida mortal fueron literalmente indecibles y sobre toda ponderación.

"No se puede explicar los horribles sufrimientos que experimento y cuántas penas y de cuantos medios se valio el Señor para abrillantar su ya hermosa corona; solo las que presenciamos sus indecibles angustias podemos comprender la grandeza de la victima y lo aceptable que fuè al divino querer; es preciso queden ocultas en el misterio todas las torturas que sufrio hasta que sean conocidas en el dia de la retribucion. En su declaración sobre el Salmo 21 dejo parafraseada y magnificamente transcrita su muerte; puedo asegurar se cumplio al pie de la letra cuanto dejo indicado."

No podía soportar que estuviesen en la celda las religiosas, porque se ahogaba. Los vómitos eran casi continuos, muchos de sangre cuajada. Las dos que estaban a su cuidado tenían que estar un poco alejadas, por no robarle el aire, a no ser en el momento preciso que necesitaba su ayuda.

"En uno de sus ultimos dias quiso quedarse sola y cerrada, y a los pocos momentos oimos un terrible golpe, procuramos saber que fue, pero nada entendimos, cuando, pasados unos momentos abrio la puerta y con mortal angustia me llama, y al verme se me abraza y me dice: Me he caido y no sé quien me ha levantado. Me muero, me muero".

La noche del 25 de agosto, aniversario de su entrada en el convento, la pasó dando a Dios gracias por el insigne beneficio de la vocación religiosa y agradeciendo dicho beneficio en nombre propio y de tantos otros que no saben apreciar este don como se merece.

El 27 de agosto sus sufrimientos se aumentaron en horribles proporciones.

"Ni un momento de reposo; nada de alivio a su terrible penar; algunas veces, en sus supremas angustias, me repetia: ¡Cuanto necesitan los pobrecitos enfermos que se pida por ellos! Siempre los he encomendado mucho; pero hacia algun tiempo me habia olvidado, sin duda quiere Dios Nuestro Señor hacerme recordar mi antigua costumbre; le aseguro, añadio, que es tanto lo que sufro, que si no fuese por la fe y por mi vida espiritual, me tiraria por la ventana, me agarraria a las paredes; no puedo sufrir mas".

Sus angustias fueron tales que envió a dos religiosas fueran a pedir a la Virgen y a Jesús Sacramentado le concedieran siquiera un cuarto de hora de reposo; mas ya que esto no consiguieron, alcanzaron por lo menos la fortaleza para apurar hasta las heces el amargo cáliz. A las seis de la tarde le pidieron la bendición las religiosas.

"A medida que la noche avanzaba, sus angustias eran mayores, los vómitos de sangre se continuaban en terribles proporciones. ¡Qué noche aquélla, era obscura y todo aumentaba las tinieblas que tenían no sé qué de misteriosas! A las ocho de la noche, cuando tocaban a maitines nos preguntaba: ¿qué santo es mañana? Al decirle que San Agustín, le hizo una ferviente pero breve súplica *en vascuence*, sin duda para que no entendiésemos, pero lo adivinamos, y le dije: ¿le pide que le lleve al cielo? Me miró con fijeza, pero nada me dijo..."

"¡No puedo más!, decía con horrible amargura. ¡Dios mío, ni un momento de reposo, ¡me ahogo! ¡me ahogo!, me reviento!; y los vómitos no cesaban. Por la tarde había dicho: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?, pero es en lo material, pues en lo espiritual Tú jamás me abandonas. ¡Maternidad divina, ayúdame! Confortadme con manzanas, otras repetía con flores, que desfallezco, muero de amor. Y era así, pues a los padecimientos físicos se agregaban los producidos por el amor divino; en tal grado, que no mucho antes de morir decía a una religiosa en íntima confianza: Es imposible que pueda vivir, pues mi constante oración y las causas que la acompañan absorben totalmente mis potencias; bástame oír la cosa más insignificante para elevarme a Dios, y esto aniquila y destruye mi naturaleza."

"Bien podemos, pues, asegurar que su muerte fué más efecto de su seráfico e intenso amor, pues motivó la casi totalidad de sus padecimientos físicos que las demás causas naturales, por esta razón pedía con tanta insistencia en aquella su última noche de martirio la confortasen con las manzanas y con flores, y por esta misma razón cuantos lenitivos le queríamos proporcionar resultaban ineficaces."

A las cuatro de la mañana ordenó la M. Vicaria le diesen la Comunión, que todos los días tuvo la dicha de recibir.

"Próximamente a las seis de la mañana dijo: Me he reventado, e inmediatamente me llamó por última vez. En el momento una hemorragia de sangre líquida que como un fuerte caño salía por la boca y si mal no recuerdo por la nariz y hasta temí si llegaría a arrojarla por los ojos, pues tal y tanta era que parecía increíble."

Se avisó a la Comunidad que estaba en coro, y a los pocos momentos expiró reclinada sobre los brazos de M. Presentación.

Imposible describir la escena que se siguió, pues hacía mucho tiempo que en la Comunidad no había más que una sola

cabeza y una sola alma, y la M. Angeles era venerada y querida con delirio.

"Algunas religiosas esperaban tuviese algún tránsito glorioso en el que se viese algo de la extraordinaria santidad que habían vislumbrado, pero no podía ser así, porque su modelo era el del divino Mártir del Gólgota y tenía que asemejársele en todo. Mientras estuvo expuesta, continuó echando sangre por la boca y comenzó a dar su venerable cadáver señales de descomposición."

No tuvo la M. Angeles el consuelo de tener junto a sí a su Padre-verdad en la hora suprema. Había ido a Roma para el Capítulo General de su Orden. La última carta que le escribió Sor Angeles lleva fecha 19 de junio. En ella le cuenta que las inyecciones que le aplicaban le han perjudicado, pues no pasaban de los brazos, los cuales se han inflamado y enconado; los alimentos ingeridos por vía gástrica no ha tenido fuerza para digerirlos, etc. El P. Mariano le escribió varias cartas desde Roma. La última lleva fecha 16 de agosto y está escrita desde Madrid, donde se encontraba ya de vuelta de la Ciudad Eterna.

Quisieron las religiosas dar sepultura a la sierva de Dios en lugar honorífico y distinto del enterramiento común; mas no lo permitió el Gobernador eclesiástico. La única singularidad con que les fué dado distinguirla fué encerrar sus venerables restos en una sólida y fuerte caja de madera y colocar sobre su sepulcro una hermosa lápida de mármol blanco costeada con la ayuda de sus paisanos de Zumaya y de Tolosa. En esta lápida, después de los consabidos datos de nombres y fechas, se lee el siguiente pensamiento o súplica:

"Ya que nos dejaste tus benditos restos, mientras llega el día de nuestra mutua unión en la patria, haz, Madre querida, se cumpla en nosotros lo que el Divino Redentor dijo a sus Apóstoles: Ya no estoy en el mundo. ¡Oh, Padre Santo!, guarda en tu nombre a éstas que Tú me diste, a fin de que sean una misma cosa por la caridad, como yo lo soy contigo por tu infinita liberalidad. ¡Oh Padre! yo deseo que aquéllas que Tu me has dado estén conmigo allí mismo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, la cual Tú me has dado, porque Tú me amaste desde antes de la creación del mundo. Esta es la súplica que constantemente hacen tus hijas al dedicarte este recuerdo en unión de tus paisanos."

"A todos alcanza honra por el que en buen hora nació." Por medio de esta sencilla frase expresaba el juglar del Cid la solidaridad que une al héroe con el pueblo a que pertenece y aun con todo el género humano, del que constituye un legítimo motivo de orgullo. También los Santos, y con mayor razón que

otra clase de héroes, son honra y prez de la humanidad a la que enaltecen, y particularmente del pueblo de cuyo seno surgieron y que tiene la dicha de contarlos en el número de sus hijos. Por eso esta sencilla y fugitiva alusión a sus paisanos en su lápida sepulcral bien podemos considerarla como un símbolo de esta solidaridad que el pueblo vasco quiere y reclama para sí respecto a esta preclara y eximia hija suya, que fué Sor Angeles Sorazu y Aizpurua.

Conclusión general de la Tercera Parte o Vía Unitiva

La tercera y última parte de la vida de la M. Sorazu abarca, según hemos podido ver, desde que Sor Angeles fuera constituída en el estado de transformación, o sea desde su elevación al matrimonio espiritual, hasta el día de su muerte. Estudia, pues, su elevación a dicho estado y los ulteriores progresos, vicisitudes y ascensiones dentro de él. La misma autora nos ha distinguido en esta época dos diferentes estadios o períodos, que han dado origen a los dos grandes capítulos en que hemos dividido toda esta tercera parte, a saber: la contemplación simple de la Divinidad y la contemplación mixta.

La contemplación simple de la Divinidad representa el estadio que siguió inmediatamente a la elevación de Sor Angeles al matrimonio. Como lo expresa su mismo nombre, durante este primer estadio el alma de Sor Angeles vivió sumergida en la contemplación de la pura Divinidad, y la característica más destacada de dicho período consistió en la revelación y participación de los divinos atributos. La cima más alta de este período fué la revelación del misterio de la Stma. Trinidad presente en el fondo del alma: por modo inefable el alma de Sor Angeles contemplaba, gozaba y hasta participaba de las divinas procesiones que se cumplían dentro de ella. Todo el estadio de la contemplación simple está descrito con sumo detalle y minuciosidad, y la descripción aparece constantemente cuajada de gracias y favores inefables en extraordinaria abundancia. Además, este estadio se subdivide aún en otros dos subperíodos, a saber: la vida del alma en Dios y la vida de Dios en el alma. Estas denominaciones están tomadas del distinto modo como el alma aprehende a Dios en uno y otro período. En el primero, en efecto, el alma aprehende a Dios como fuera de ella, pareciéndola que ella vive como incrustada o metida dentro de Dios, aunque la realidad sea que Dios no está fuera sino dentro de ella. En

el segundo, en cambio, aprehende a Dios metido o sumergido en el fondo de su alma.

Mas he aquí que cuando más desimaginada se hallaba el alma, cuando creía haberse perpetuado para siempre en la contemplación de la pura Divinidad, siente que su amado —el Verbo Encarnado— la invita a agregar a la contemplación simple el aspecto externo que presenta Jesús. Hasta ahora no lo podía hacer por su debilidad, limitación e imperfección; pero de aquí en adelante, removida la dificultad, se inicia un nuevo estadio de relaciones particulares con el Verbo Encarnado, a quien contempla en su doble naturaleza. Este estadio es el de la contemplación mixta. La filiación divina de Jesús, la unión hipostática, etcétera, vienen a ser los misterios preferentes que el alma contempla, goza y participa por modo inefable. La contemplación mixta se divide también en dos períodos, paralelos o semejantes a los dos que hemos visto en el estadio anterior, a saber, la vida del alma en Jesucristo y la vida de Jesucristo en el alma. Este último consiste en la reproducción mística en el alma de la vida de Jesús, a quien siente vivir dentro de sí, traspasado a su propio interior y convertido en el único ser viviente con cuya vida vive el alma. Es rigurosamente el «vivo autem, jam non ego: vivit vero in me Christus» del Apóstol (Gal. 2, 20). Esta reproducción mística de la vida de Jesús en el alma culmina con la reproducción y participación de la Pasión, que el alma realiza en su última enfermedad y muerte. Como dice el Padre Omaechevarría, «la M. Sorazu... pone la perfección máxima de la vida del cristiano en llegar en el proceso de reproducción de la vida de Jesús en el alma hasta la cumbre del Calvario, y en participar en el momento de la muerte, entre angustias y dolores, de la crucifixión mística y del divino desamparo» (173). Llegada así el alma a la perfecta asimilación con Cristo, el cual une y junta en Sí al Creador y a la creatura, a la causa y a lo causado, a lo primero y a lo último, a lo sumo y a lo ínfimo, llegó ya a la máxima perfección que es posible en esta vida, al sexto día de las obras de Dios, de modo que ya no le queda más que el descanso del sábado en el día de la eternidad... (174).

Característica notabilísima de esta tercera parte es el papel primordial que desempeña el director espiritual, más concreta-

(173) «El trono de Salomón», Verdad y Vida, t. V (1947), págs. 144-5.

(174) S. Buenaventura, Itinerarium mentis in Deum, cap. VI, n. 7; ed. B. A. C., t. I, pág. 627.

mente el P. Mariano, su Padre-verdad, en la vida mística de Sor Angeles. El P. Mariano aparece como el obligado intermediario de las gracias que necesitaba para su vida, obligándole con ello a una estrecha identificación y dependencia respecto de su director. Quejábase la M. Angeles de que el P. Mariano la obligaba a escribir, con lo que, según ella, impedía o retardaba su progreso y adelantamiento espiritual; mas como él se lo hizo notar, mientras estuvo bajo su dirección, y aun ocupándose por obediencia en escribir, es cuando realizó Sor Angeles los más grandes progresos y fué más favorecida de Dios. Sobrevino después el cese del P. Mariano en la dirección, y aunque Sor Angeles ya no se dedicará a escribir, la falta del P. Mariano se dejó sentir en seguida en los períodos de vida precaria que se siguieron. En parte se remedió la falta del instrumento providencial con el recurso a otros directores, quienes procuraron suplir al P. Mariano. Estos, cuando tropezaban con dificultades en la dirección de Sor Angeles, preguntaban a ésta qué es lo que el P. Mariano diría o resolvería en aquel caso «y esto me valió —dice ella— para continuar mi camino con algunas paradas y vueltas a la redonda en el místico desierto que constituyó la ausencia de mi Padre verdad» (175). Por fin Dios le devolvió el director providencial que injustamente le había sido arrebatado, para que él llevara a su última perfección la santificación de su alma. Y es ahora —en los últimos meses de la vida de la Madre Angeles— cuando la identificación y dependencia respecto del director, alcanza formas o extremos aún más absolutos, de modo que una más estrecha dependencia casi no cabe suponer.

(175) Cartas, 25-8-1920.

CUARTA PARTE

SINTESIS DOCTRINAL
Y
CONCLUSIONES

Hemos llegado al término de nuestro ya largo trabajo. Alcanzado el objeto que nos habíamos propuesto, o sea, el estudio de la vida de la M. Sorazu desde el punto de vista místico, sólo nos resta, a modo de complemento y de conclusión, señalar aquellos puntos que ofrecen un relieve más destacado en el ideario de la M. Angeles, es decir, lo que podríamos llamar su doctrina; y, por último, establecer un breve estudio comparativo entre ella y alguno de los más representativos místicos anteriores, pues ello nos permitirá formular el juicio final acerca de su valor y del mérito de sus aportaciones. Lo haremos en los dos capítulos finales, titulados, respectivamente, «La doctrina espiritual de la M. Sorazu» y «Originalidad del itinerario místico» de la misma.

CAPITULO XII

LA DOCTRINA ESPIRITUAL DE LA M. SORAZU

Conviene que ante todo empecemos por precisar qué es lo que entendemos por doctrina de la M. Sorazu. No pretendemos aquí catalogar o hacer un centón de todas y cada una de las enseñanzas y afirmaciones que la M. Angeles ha vertido en sus escritos. Queremos tan sólo seleccionar cuidadosamente aquellos puntos de su ideario (pocos) que parecen más caros a los ojos de nuestra autora, dada la insistencia con que los inculca y la importancia que les atribuye. Por lo mismo, dichos puntos pueden con toda justicia denominarse «la doctrina» por excelencia de la M. Angeles. En concreto creemos que pueden muy bien reducirse a los tres que consideramos en los tres distintos artículos en que hemos dividido el presente capítulo. Y como en la M. Sorazu la doctrina y la vida están íntimamente trabadas, hasta el punto de que aquélla no es más que un eco o reflejo de ésta, resulta que dichos puntos responden bastante bien a los rasgos más característicos que sobresalen en su propia vida espiritual.

ARTÍCULO I

La adhesión a Jesucristo

1. EL RASGO MÁS CARACTERÍSTICO Y FUNDAMENTAL QUE DESTACA EN SU VIDA.—2. EL MEDIO «TAN FÁCIL COMO SEGURO, TAN SUBLIME COMO SENCILLO, TRILLADO, DIVINÍSIMO Y LLENO DE ENCANTOS» PARA CAMINAR «A LA VERDADERA SANTIDAD Y UNIÓN PERFECTA CON DIOS».—3. LA DISPOSICIÓN FUNDAMENTAL CON QUE EL ALMA DEBE DEDICARSE A LA VIDA ESPIRITUAL.—4. EL FIN QUE PERSIGUEN SUS LIBROS.—5. LA VERDADERA ESPIRITUALIDAD QUE HA HECHO A LOS SANTOS DE TODOS LOS TIEMPOS.—6. LA ENEMIGA HACIA LOS LIBROS DE MÍSTICA

1. EL RASGO MÁS CARACTERÍSTICO Y FUNDAMENTAL QUE DESTACA EN SU VIDA.—Hasta aquí hemos seguido paso a paso y con todo el detalle que nos ha sido posible el curso de la vida de la M. Sorazu con todas sus peripecias, vicisitudes, fases y alternativas. Ahora quisiéramos acertar a señalar entre esta selva de experiencias y estados particulares aquel rasgo que se ofrece como el más principal, fundamental e importante, el que juega papel más decisivo en el desenvolvimiento interno de su vida espiritual.

¿Cuál es en efecto el rasgo que se nos presenta con estos caracteres? Sin ningún género de duda ni titubeo podemos afirmar que es el siguiente, a saber: la constante e inviolable adhesión a Jesucristo, la fe y amor inquebrantables hacia la sagrada Persona de Jesús, la fidelidad nunca desmentida a la contemplación amante de sus misterios, a la imitación de sus virtudes y guarda de sus divinos mandamientos. Se nos dirá que otro tanto podría tal vez decirse de todos y cada uno de los Santos. De grado lo reconocemos. No lo citamos como un rasgo diferencial de nuestra autora. Nosotros debemos señalar positivamente lo que se desprende del estudio de su vida y de sus obras, sea o no rasgo común a otros Santos. Creemos poder señalar con toda certeza este punto como el que aparece con más destacado relieve tanto en la vida como en la doctrina de la Madre Sorazu. Para convencerse de ello basta lanzar una rápida ojeada a todo el curso de su vida.

Desde su más tierna infancia descubrimos en ella un amor y atractivo singulares hacia el sagrado libro del Catecismo, libro en cuyos secretos y misterios penetraba, hallando en él tesoros de vida (Cap. I, art. II, e), pág. 49). He aquí el germen bendito cuyo desarrollo será bastante a llevar a Sor Angeles a la más alta santidad.

A los 16 años se convierte Florencia enteramente a Dios: entonces propiamente se inicia su vida espiritual. En este momento decisivo, que representa el punto de partida, Sorazu tiene buen cuidado de decirnos que el Señor se dignó mostrarle —o hizo que entendiera— cuál era el camino por que debía caminar, o sea, en qué consistía la perfección o santidad que se proponía alcanzar: «Inmediatamente o poco después de su conversión... Dios Nuestro Señor muestra al alma un camino recto, seguro, espacioso y real, que conduce al cielo. Es la vida de Jesucristo, su divino Hijo, nuestro Redentor y modelo...» Y por el género de vida que comenzó a observar desde el mismo día de su conversión, vemos que efectivamente se ajustó al camino que se le mostrara, pues toda su vida espiritual se reducía a meditar en la Pasión, a acompañar al Salvador paciente por medio de la compasión y el amor agradecido, etc. (Cap. III, artículo II, núm. 4, pág. 71.)

Un poco más adelante, cuando sobrevino la purgación pasiva de 1893-4, bajo la influencia de la gracia pasiva desarrolló Sor Angeles una intensa labor de formación espiritual, consagrándose de lleno al ejercicio reflexivo de la doctrina cristiana, de los santos mandamientos, virtudes, artículos de la fe, etcétera, procurando ajustar en todo su vida con este divino patrón. Este reajuste de nuestra vida con la ley divina tiene en la mente de Sorazu manifiesta relación con la adhesión a Jesucristo que ella enseña, pues es entrar de lleno en el camino propuesto por El (Cap. V, art. III, núm. 2, pág. 101).

Pero es sobre todo después, en la larga época que denominamos «La Vía Iluminativa» (caps. VII-IX), cuando su devoción a la Santa Humanidad de Jesús se explaya y desarrolla pujante, alcanzando inmensas proporciones. En efecto, esta larga época que comprende casi 17 años de su vida, está caracterizada por la contemplación amante de los misterios de la Santa Humanidad de Nuestro Señor. Durante todos estos años Sor Angeles se sumergía con fe y amor siempre renovados en la contemplación de estos misterios por siempre benditos, procurando asimilarse las virtudes que en los mismos resplandecen,

con la ayuda de las noticias místicas y gracias pasivas que para esta contemplación se le concedían. Y a medida que el alma se acercaba con fe y amor a este tema inagotable de contemplación realizaba progresos incesantes, progresos en el conocimiento y amor del mismo Jesús, quien se manifestaba a ella cada vez más claro, conforme a la divina promesa (Jo. 14, 21), consistiendo en esta manifestación el primero de los tres premios con que Jesús va a premiar la fidelidad de Sor Angeles aun en esta vida (Cap. VII, art. III, núm. 3, pág. 163).

Tal y tan grande era esta adhesión de Sor Angeles a los misterios de la Santa Humanidad de Jesús, que por sí jamás hubiera deseado ulteriores elevaciones a la contemplación de la pura Divinidad. Poseyendo este modelo bendito de la Humanidad de Jesús con sus misterios adorables, no concebía hubiera otra cosa que desear. ¿Acaso no constituye ella la auténtica revelación de Dios a nosotros, Dios sensibilizado, puesto a nuestro alcance, en forma tangible y visible, acomodada a los hombres? Al darnos a Jesús, ¿no nos dió Dios en El y con El todo cuanto podía darnos? ¿No es El nuestra santidad, nuestra Justicia, sabiduría y salvación? ¿No es el camino, la verdad y la vida? ¿Qué otra cosa podemos apetecer ni desear sino escuchar y seguir con amor siempre creciente al Hijo muy amado en quien el Padre tiene puestas sus complacencias y a quien nos manda muy de veras escuchemos y sigamos? Pero Jesús mismo significa a su fiel y amante esposa su voluntad de elevarla a grados místicos más altos, al matrimonio espiritual y a la contemplación de la pura Divinidad. ¡Qué sentimiento el de Sor Angeles al tener que dejar los misterios del Verbo Encarnado! Mas no será para siempre, y consiente en ello tan sólo por obedecer al mismo Jesús (Cap. IX, art. II, núm. 5, página 231; Cap. X, art. I, núm. 1, pág. 248). Por lo demás, esta misma elevación al nuevo estado o Vía Unitiva es considerada por ella como una nueva y más elevada manifestación de Jesucristo, es el segundo de los tres premios con que El recompensa en esta vida la fidelidad y adhesión inviolables que Sor Angeles le profesa (Cap. X, art. I, núm. 2, pág. 251).

Después de su elevación al matrimonio espiritual, y pasado el estadio de la contemplación simple de la Divinidad (en el cual, como vimos Cap. X, art. IV, núm. 3, pág. 278; artículo V, núm. 9, pág. 298, tampoco prescinde por completo de la Humanidad de Jesús), reaparece de nuevo con gran júbilo del alma el Verbo Encarnado con sus adorables misterios,

en el estadio siguiente llamado de la contemplación mixta. Así pues, en la cumbre de la Vía Unitiva, en el término supremo de su itinerario, Sor Angeles se vuelve de nuevo a Jesús que fuera siempre el objeto preferente de su amor, a la contemplación de su doble naturaleza y a la participación de sus misterios adorables. Esta participación llega a ser tan íntima que Jesús se traspasa a ella, a su alma, de manera que Sorazu le siente, le experimenta viviendo dentro de ella, «convertido en el único ser viviente de esta pecadora». Esta sublime merced constituye el tercero, el último y más regalado premio que Jesús otorga a su esposa en pago del amor que siempre le ha tenido (tercera manifestación de Jesucristo, cap. XI, art. II, número 2, pág. 313). Ya no le queda al alma nada que apetecer, como no sea la gracia de reproducir y participar el misterio de los misterios de Jesús, su santísima Pasión, la que efectivamente participa en alto grado en su última enfermedad y muerte (Cap. XI, art. III, núm. 11, pág. 350).

He aquí, si no nos equivocamos, la síntesis más verdadera de la vida de la M. Sorazu, trazada en torno a lo que constituye el verdadero y genuino centro de ella: la inviolable adhesión a Jesucristo. Ella misma nos lo ha dado bien a entender al jalonar toda su vida espiritual y poner como hitos más principales de ella las tres indicadas manifestaciones de Jesucristo que son otros tantos premios otorgados por Jesús a ella en recompensa de esta inviolable adhesión que ella le ha profesado siempre (Ap. Doc. núm. 4). Aquí tenemos, pues, en esta inviolable adhesión a Jesús, la verdadera clave explicativa de toda la vida de Sorazu, el secreto, el principio fecundo que explica el portentoso desarrollo que alcanzó su vida espiritual.

2. EL MEDIO «TAN FÁCIL COMO SEGURO, TAN SUBLIME COMO SENCILLO, TRILLADO, DIVINÍSIMO Y LLENO DE ENCANTOS» PARA CAMINAR «A LA VERDADERA SANTIDAD Y UNIÓN PERFECTA CON DIOS».—Por eso, en las páginas del Tratado que Sor Angeles dedica a relatar la labor de formación espiritual que llevó a cabo durante su época de purgación a base del ejercicio reflexivo de la doctrina cristiana, se extiende largamente acerca de este punto, haciendo el elogio más subido de este camino, que a sus ojos es el camino por excelencia para ir a la santidad, porque es el de Jesucristo. Ya hemos dicho que en la mente de la M. Sorazu la devoción a Jesucristo que ella tanto inculca está en estrecha relación con la necesidad de la Ascética, es de-

cir, de la guarda fiel y escrupulosa de los divinos mandamientos y leyes morales. Como expresamente confiesa en el lugar indicado, la elevación al matrimonio espiritual no es sino una recompensa concedida al alma «por su perfecta conformidad con Jesucristo», es decir, en pago del amor que el alma ha mostrado a Jesús y de la perfección con que procuró siempre guardar sus divinos mandamientos. Mas aun después de elevada al estado de transformación subsisten las relaciones preferentes del alma con Jesucristo, relaciones que el Padre y el Espíritu Santo bendicen y fomentan. Finalmente prorrumpe en una oración impregnada de arrebatado lirismo en la que el lector que ya conoce la vida de la M. Sorazu descubre sin dificultad las líneas generales de la misma. Distingue, en efecto, en ella dos distintas épocas o estadios: primero, estadio en que el alma se consagra a la amorosa contemplación de los misterios de la vida de Jesús y al cumplimiento fiel y escrupuloso de sus divinos mandamientos, enseñanzas y virtudes; segundo, estadio de la contemplación perfecta de la Divinidad. Este segundo estadio corresponde a lo que nosotros hemos llamado la Vía Unitiva, y el primero, a todo lo que precede a ésta, tanto la Purgativa como la Iluminativa. Pero ya sea en uno, ya en el otro estadio, Jesús siempre es el centro hacia el que está orientada el alma: amarle con amor perfecto, servir a la gloria y exaltación de Jesús, configurarse con este divino modelo, es su único pensamiento y preocupación. Cuando nuestras vidas se hayan llenado plenamente (lo cual tiene lugar cuando la vida de Jesús se desarrolla perfectamente en nosotros, de modo que podamos decir «mi vivir es Cristo»), entonces El nos introducirá triunfalmente en su gloria, colocados sobre su frente como diademas gloriosas que el Padre le regalara, pues éste y no otro es nuestro destino inmediato, servir a la gloria y felicidad del Verbo Encarnado, nuestro amoroso Rey. (Véase en el Apéndice Documental núm. 270 el pasaje a que nos referimos.) Más exacta y perfectamente no se podía expresar lo que constituye la entraña misma, el meollo y quintaesencia de la vida cristiana. Pero prosigamos examinando nuevos testimonios, que, al mismo tiempo que coinciden con éste, nos servirán para ir aclarando y concretando más su pensamiento, la idea que ella tiene de esta adhesión a Jesucristo.

3. LA DISPOSICIÓN FUNDAMENTAL CON QUE EL ALMA DEBE DEDICARSE A LA VIDA ESPIRITUAL.—La M. Sorazu inculca como

algo muy importante cuál es la disposición fundamental que debe traer el alma que se dedica a la vida espiritual y se propone alcanzar la santidad. Almas orientadas hacia Jesús con amor desinteresado y perfecto, he aquí lo que ella pide como condición para que la vida espiritual se desarrolle pujante; almas que cifran todo su estudio en contemplar los misterios de Jesús e imitar las virtudes que en ellos resplandecen, que anhelan como supremo ideal configurarse con este divino ejemplar, almas, en fin —y esto es muy importante—, que en su empeño por conseguir la santidad procuran la gloria divina y no la propia exaltación. ¿Pero qué es lo que ocurre con demasiada frecuencia, incluso en conventos de clausura? Hay muchas almas que, engolosinadas con la perspectiva de los grados místicos que han leído en los libros de Mística, orientan toda su vida hacia la consecución de dichos grados, que se les presentan como muy apetecibles, porque halagan su amor propio y secreta vanidad. Al fin y al cabo desean estas gracias en cuanto bienes con los que esperan enriquecer y enjoyar sus propias almas. Es decir, buscan su propia exaltación y encumbramiento. Pero con estas miras egoístas, hijas del amor propio, toda santidad y desarrollo espiritual se hace imposible. No; nuestro cuidado y estudio debe ser amar a la Persona de Jesús con amor desinteresado, trabajar por configurarnos con este modelo que se nos ha dado; lo demás no nos debe preocupar; El, que nos ama y sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, nos dará las gracias místicas si así le parece, sin que nosotros nos cuidemos ni poco ni mucho de ellas, sino sólo de amarle a El con este amor perfecto y desinteresado. Esta creemos es la auténtica doctrina de la M. Sorazu acerca de este punto. Véanse en el Ap. Doc. números 271 y 272 dos interesantes textos en que inculca estas ideas.

4. EL FIN QUE PERSIGUEN SUS LIBROS.—Estas insistentes y repetidas declaraciones sobre la necesidad de orientar las almas hacia un amor perfecto y desinteresado de Jesús en lugar de engolosinarlas con el señuelo de los grados místicos, se confirman y completan con aquellos lugares de sus escritos en que explícitamente confiesa cuál es el fin que persigue con sus libros, es decir, la enseñanza principal que quiere inculcar en las almas por medio de ellos. La M. Sorazu escribió todas sus obras por obediencia, pero esto no quita que ella tuviera sus propias convicciones bien arraigadas acerca de la vida espiritual, con-

vicciones que eran fruto de su propia experiencia personal y que quiere difundir para bien de las almas valiéndose de sus libros.

¿Cuál es, pues, el fin principal que ella se propone conseguir al escribirlos, el fruto particularmente precioso que espera reportarán las almas de sus libros, especialmente de los dos principales, a saber, la Vida y el Tratado? Nos lo dice ella explícitamente: «inspirar en las almas la afición a los misterios de la vida de Jesús y a la práctica de la vida mariana» (1). Y un poco más adelante vuelve a expresar de esta otra forma el mismo fin: «Difundir la doctrina de la vida espiritual, mostrando aquí —en la Vida— con el ejemplo lo que allí —en el Tratado— en general se dice: que el único camino para la unión con Dios es la imitación y el amor de Cristo, y que en este camino se entra por la verdadera devoción a Nuestra Señora» (2).

Más explícitamente no nos lo podía decir. Tenemos, pues, que los libros de la M. Sorazu persiguen este fin de enseñar a las almas teórica y prácticamente cuál es el verdadero camino para la santidad, o sea, en qué consiste la verdadera y genuina espiritualidad. Dejando la devoción a la Virgen para el artículo siguiente, dicho camino consiste en lo que venimos diciendo, o sea, en el amor e imitación de Cristo.

Recuérdese también cómo la M. Sorazu acarició durante su vida la idea de componer una obra que dado el cariño y amor que hubiera puesto en ella, es de creer que hubiera aventajado a todos sus demás escritos. El asunto de esta obra era describir la vida de Jesús, partiendo de su generación eterna en el seno del Padre como Verbo de Dios, pasando por todos los misterios de su vida mortal y concluyendo en su vida gloriosa donde reina como Rey amoroso de las almas redimidas al precio de su Sangre. Incluso llegó a escribir buena parte de esta obra, pero posteriormente la destruyó por humildad, de modo que hoy no conservamos más que el índice de los capítulos que había escrito (3). Con todo, entre los escritos inéditos de la Madre Sorazu que se conservan en su convento, hemos hallado una Dedicatoria que a juzgar por su contenido parece ser la que pusiera ella al frente de dicha obra. Puede verse lo principal de dicha Dedicatoria en el Ap. Doc. núm. 273. Este sería el único resto de este libro que nunca se llegó a escribir. De todos

(1) Cfr. prólogo a la Vida, pág. 10.
(2) » » » » 12.
(3) Cfr. Pobladura, o. c., págs. 114-5.

modos —y esto es lo que a nosotros aquí nos interesa— una vez más aparece bien claro cuál era el objetivo hacia el cual quería la M. Sorazu miraran las almas, la adorable Persona de Jesús.

5. LA VERDADERA ESPIRITUALIDAD QUE HA HECHO A LOS SANTOS DE TODOS LOS TIEMPOS.—Este mismo concepto acerca de la vida espiritual se desprende de los pasajes en que nuestra autora pretende enseñar en qué consistía la espiritualidad de la Santísima Virgen, de los Apóstoles y primeros cristianos, como también la de los Santos de todos los tiempos. Véase a continuación uno de los pasajes más significativos a este respecto:

"Durante mi estancia en la tierra —habla la Virgen Santísima— fuí el Rosario viviente, y lo fueron conmigo los Apóstoles y primitivos cristianos, los cuales compartieron mi enjesusamiento. Por la asidua memoria de la vida de Jesús e imitación de sus virtudes, en los primeros tiempos del cristianismo contábanse los Santos por los hijos de la Iglesia." (4)

Rosario viviente, es decir, alma enteramente consagrada a la contemplación amante de los misterios del Rosario, que no son otros que los misterios de la vida de Jesús. «Enjesusamiento» es otra palabra con la que ella expresa esta misma idea, o sea, alma enteramente identificada con Jesús por medio del amor.

"En adelante —continúa hablando la Virgen, contándonos su vida por la pluma de la M. Angeles— fué Jesús mi único pensamiento, mi único amor, el alma de mi vida, la vida de mi alma. Toda mi perfección y mérito extraordinario consistió en la imitación de Cristo, en repetir sus operaciones y trasladar a mi alma sus virtudes. Repetí su historia fielmente, los misterios que en ella se cumplieron desde la Encarnación hasta su triunfante Ascensión a los cielos, en esto se refundió mi vida, empleé mi inteligencia y todas mis energías. Mi fidelidad a la práctica de la imitación de Jesús me reportó las riquezas que poseo en el orden de la gracia y de la gloria, la altísima participación que gozo de la vida de mi Hijo, mi santidad, mi gloria, mi verdadera grandeza. He aquí en qué sentido es el Rosario la expresión de mi vida." (5).

Al igual que nos acaba de decir que la fidelidad a la práctica de la imitación de Jesús fué el secreto de la grandeza y del mérito extraordinario de María, ella cree reconocer también

(4) Mensajes; Op. Mar., pág. 190.
(5) » » » » 189.

que esta misma fidelidad ha sido la que ha movido a Dios a favorecerla tanto a ella misma:

"Se ha portado asi conmigo por su infinita Bondad y Misericordia gravitada y particularmente inclinada a favorecerme por los méritos y mediación de Jesus y Maria, quienes obligados de mi inviolable adhesión no pueden menos de favorecerme, protegerme, etc., más por la buena voluntad que ha visto en mi alma incluso en los periodos de mayor extravio." (6)

6. LA ENEMIGA HACIA LOS LIBROS DE MÍSTICA.—Hasta ahora hemos visto el lado positivo de la doctrina de la M. Sorazu; veamos ya el negativo, el reverso de la medalla, es decir, la actitud a su juicio extraviada que ella quiere corregir por medio de dicha doctrina. En efecto, la M. Sorazu propone la precedente doctrina acerca del amor e imitación de Cristo en contraposición a otra actitud espiritual que consiste en apetecer los dones místicos. Esta actitud o disposición fundamental la observó ella seguramente en muchas almas religiosas que reducían su vida espiritual a anhelar la posesión de los grados místicos, anhelos que hiciera arraigar en ellas la lectura de los libros de Mística. Pues bien, tal actitud la M. Angeles la conceptuaba falsa y equivocada y precisamente por desengañar a tales almas es por lo que propone la precedente doctrina acerca de la necesidad de orientar la vida espiritual hacia Jesús. Esta contraposición de las dos actitudes (la verdadera, que consiste en la adhesión desinteresada a Jesús, y la falsa, que consiste en apetecer los dones místicos) se ha podido ver ya en los textos del Ap. Doc. núms. 271 y 272. Por tal motivo la M. Angeles no disimulaba su antipatía hacia los libros que se ponen exprofeso a describir los grados místicos y mercedes sobrenaturales que hace Dios a las almas e incluso consideraba la lectura de tales libros como perjudicial para la mayoría de las almas. Por lo que a ella misma se refiere, paladinamente declara que jamás sintió afición hacia tales libros ni le ayudaron para santificarse. En cambio, los libros que tratan de Jesús o de María, de su vida y misterios, de la imitación de sus virtudes, así como de los artículos de la fe cristiana, mandamientos divinos, etc., le entusiasmaron siempre grandemente y le hacían mucho bien. Estos temas eternamente benditos constituyen lo que ella llama la Teología «divina o cristiana» por contraposición a la otra teología, a la «Teología Mística», que a ella no le interesa. Aun reconociendo que los libros de Mística

(6) Cartas, 17-1-1921.

hacen bien a algunas almas, tales lecturas no pueden constituir el alimento normal de la vida cristiana como esas otras que pertenecen a la Teología cristiano-divina. Véase en el Apéndice Documental núm. 274 un texto de la Vida en que declara cuáles eran sus lecturas preferidas y confiesa su repugnancia hacia los tratados de oración y libros de mística. De este texto parece deducirse que su falta de afición hacia estos libros nacía de que ellos se ocupan de lo que pudiéramos llamar la técnica de la vida espiritual. El análisis o consideración refleja del mecanismo de la vida espiritual, lejos de aprovecharle, no hacía más que embrollar su espíritu y fatigar su mente. Y se comprende que así fuera. «La técnica no es para manejada normalmente por las almas, que la toman hartas veces por el filo y no por el mango» (7).

El texto de la carta al P. Nazario, que hemos transcrito en el Ap. Doc. núm. 272, donde la autora conceptúa a los que se dedican a leer libros místicos como almas extraviadas, apartadas del verdadero y único camino que es la meditación e imitación de los misterios de Cristo, no pudo menos de chocar un tanto y llamar la atención del destinatario, quien le pidió más explicaciones acerca del particular. Entonces la M. Angeles le remitió el fragmento del diario, cuyo texto hemos copiado en el Ap. Doc. núm. 271 y además le dió una contestación más amplia y completa, explicando a qué clase de almas hace daño la lectura de los libros de mística y reconociendo que a algunas les aprovechan dichos libros y ayudan a santificarse. Esta respuesta puede verse en el Ap. Doc. núm. 275.

Se dirá que si esto es así, ¿cómo se explica que ella consintiera en escribir nuevos libros de mística? La M. Sorazu, lo mismo que Santa Teresa, escribió de mística porque le mandaron, pero ella tiene buen cuidado en poner de relieve en sus libros cómo nunca pensó ni se preocupó de los grados místicos, sino sólo de amar a Jesús, contemplar sus virtudes, guardar sus divinos mandamientos e imitar sus virtudes con la mayor perfección posible; las gracias místicas (sin ella pedirlas ni desearlas) vinieron como una recompensa a esta actitud o disposición fundamental suya; por esto sus libros se dirigen directamente a crear en las almas esta misma actitud desinteresada.

Como es sabido, el P. Nazario Pérez vino a ser, por expresa voluntad de la M. Angeles, el depositario de todas sus

7) Hernández, Guiones, pág. 74.

obras. Antes de pensar en publicarlas, era preciso someterlas a un examen concienzudo, y el P. Nazario hizo que fueran examinadas por varios Padres competentes, entre ellos el P. Seisdedos, autor de «Principios Fundamentales de la Mística». Con ocasión de un viaje que tuvo que hacer a Valladolid un tal Padre García, S. J. (el P. Nazario residía entonces en Carrión), encargó el P. Nazario a este Padre que visitara de su parte a la M. Angeles y le dijera cómo sus escritos estaban siendo examinados por dichos Padres. Todo esto lo refiere ella en carta a su Padre-verdad, contándole la visita del citado P. García, y con este motivo vuelve a descubrirnos una vez más cuáles eran sus más íntimas convicciones acerca de la verdadera espiritualidad. Expresamente declara qué es lo que piensa acerca de la opinión que defiende «la universalidad de la vocación a los estados pasivos o grados sobrenaturales», opinión que califica de «extremada, y que dista más de la verdadera que la del Padre Seisdedos». Además vuelve a su tema favorito de siempre, o sea, a inculcar que la verdadera espiritualidad no consiste en otra cosa que en la adhesión a Jesucristo, en el amor a los misterios de su vida, que la Iglesia propone a nuestra consideración en el ciclo de las festividades litúrgicas, y en la práctica de las virtudes que en dichos misterios se encierran. En suma, un camino sencillo, ordinario, trillado, si se quiere, pero que es el verdadero para conducirnos a la más alta santidad y unión con Dios. La gloria de Dios está interesada en que prevalezca la verdadera doctrina acerca de estos puntos, a fin de que no se extravíen las almas, y ella quiere cooperar a ello en la medida que le es posible por medio de sus escritos. Ve con agrado que sea el P. Seisdedos el que examina dichos escritos, pues la lectura de ellos cree servirá a éste para que modifique o complete sus teorías. Como las obras de la M. Sorazu persiguen por confesión propia enseñar la doctrina acerca de la verdadera espiritualidad que ella hace consistir en esta adhesión y amor a los misterios cristianos y al Verbo Encarnado en particular, ésta es seguramente la doctrina o enseñanza principal que esperaba obtendría el P. Seisdedos de la lectura de sus obras. (Cfr. Ap. Doc. núm. 276.)

Generalmente las almas —dice en otro texto— se exaltan ante la perspectiva de los grados místicos. Precisamente esto lo mira ella como muy secundario. Lo que a ella le entusiasma y exalta es la infinita excelencia y perfección de Dios y de su Verbo Encarnado. Mucho más le interesa y preocupa la gloria

y felicidad de su Dios Humanado que todas las joyas con que Este pueda adornarla a ella, aunque no deja de apreciar y agradecer también éstas. Su orientación va, pues, dirigida al amor perfecto y desinteresado de Jesús, no a la adquisición de dones para su alma; y de esta manera sucede que sin quererlo ni procurarlo, consigue también dichos dones mucho mejor que si los pretendiera; aún más, Dios pone como a disposición de ella todos sus bienes, para que los disfrute como propios. ¡Justa recompensa del amor perfecto! (Ap. Doc. núm. 277.)

En cierta ocasión que su Padre-verdad le mandó que describiera las mercedes que había recibido de Dios durante un retiro, se vió precisada a contestarle que no podía hacerle tal descripción, porque no presta atención a dichas mercedes, sino que su alma mira directamente a la Fuente de donde ellas proceden, no se detiene en los dones sino en el Dador de los mismos. (Ap. Doc. núm. 278.)

Resumiendo: Tratándose de otros autores místicos se ha podido hacer la síntesis de su doctrina espiritual en torno al misterio de la Stma. Trinidad, a su doctrina sobre la oración, etcétera. Tratándose de la M. Sorazu creemos que de las páginas que anteceden queda bien claro cuál es el verdadero centro en derredor del cual gira su pensamiento y su preocupación. El papel e importancia de la devoción a la Humanidad de Cristo en la espiritualidad cristiana fué ya justamente vindicado por la Mística Doctora de Avila; la M. Sorazu no sólo coincide en todo con ella, sino que ha dado a este punto un relieve aún mayor, si cabe, poniéndolo como fundamento, quicio y verdadero punto de discriminación de toda auténtica vida espiritual cristiana. Además, la doctrina de la M. Sorazu sobre este punto capital guarda relación en su mente, según hemos podido ver, con la falta de interés que ella sintió siempre a ocuparse de las gracias o dones místicos, considerados en sí mismos.

A lo largo de toda su vida se ha podido observar esa actitud psicológica de desconfianza, temor, recelo y falta de aprecio hacia las mercedes sobrenaturales. Y ahora, al proponer su doctrina, quiere ella hacer ver muy claro a las almas, cuál es el objetivo hacia el que deben mirar en su vida espiritual. Este objetivo no es precisamente la consecución de los dones místicos, sino el amor perfecto y desinteresado de Jesús. Con otras palabras, la preocupación de la M. Sorazu al exponer la precedente doctrina se dirige a evitar orientaciones desenfocadas en la vida espiritual.

ARTÍCULO II

La devoción a Nuestra Señora

1. LUGAR DESTACADO QUE OCUPA LA DEVOCIÓN A LA VIRGEN EN LA VIDA DE LA M. SORAZU.—2. EN QUÉ CONSISTE LA VIDA MARIANA.—3. LECTURAS MARIANAS.—4. ALTÍSIMA IDEA ACERCA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

El segundo punto de la doctrina soraziana se refiere al amor e imitación de la Virgen, como el primero se refiere a la devoción a Cristo. En efecto, hemos visto que en los textos en que ella declara explícitamente cuál es el fin que persiguen sus libros, señala exprofeso este fin de inspirar en las almas la verdadera devoción a Nuestra Señora, a continuación de la devoción a Cristo, que hemos considerado en el artículo precedente. Y aunque ambas devociones están íntimamente relacionadas y vengan a constituir una sola, si se quiere, creemos no obstante que este punto debe ser tratado por separado por la importancia especial que Sorazu le asigna y la insistencia con que lo inculca. No hay duda que la devoción a la Virgen constituye uno de los rasgos más sobresalientes y característicos de su vida espiritual y mística. Además, la M. Sorazu asigna una función propia a esta devoción, a saber, la de servir de iniciación, de camino o puerta de entrada para llegar a la verdadera imitación de Cristo. Cristo, he aquí el fin, y para llegar a este fin, el medio más seguro, el camino real, la vida mariana (8).

Este matiz o tinte mariano aparece en las obras de la M. Sorazu con tan destacado relieve, que el P. Aramendía justamente ha podido llamar a nuestra autora «Maestra de mística mariana» (9) y calificar sus escritos como «decisivos» en esta materia, es decir en orden a determinar el papel primordial que juega la Virgen María en la mística cristiana (10). Bien es verdad que también en este punto ha tenido la M. Sorazu ilustres predecesores con quienes coincide en todo: María de Santa

(8) Cfr. texto antes citado del prólogo a la Vida, pág. 12.

(9) «Breves estudios de mística mariana» en la Vida Sobrenatural, XXVI (1933), página 227.

(10) Id. ibid., XXV (1933), pág. 244.

Teresa (11), Miguel de San Agustín (12), San Luis Grignion de Montfort (13), etcétera.

1. LUGAR DESTACADO QUE OCUPA LA DEVOCIÓN A LA VIRGEN EN LA VIDA DE LA M. SORAZU.—También aquí la doctrina viene a ser el eco y el resultado de la propia experiencia personal, la lección práctica que la M. Sorazu ha deducido de su vida. No vamos a reproducir en este lugar cuanto se refiere a la parte o papel importantísimo que la Virgen María juega en la vida espiritual de nuestra autora, pues ello queda ya tratado en el estudio general de su vida, pero sí es preciso que hagamos un resumen somero y a grandes rasgos, indicando los textos que allí se aducen esparcidos y diseminados dentro de la trama del proceso general.

El momento preciso y providencial para el despertar magnífico de su devoción mariana, fueron los primeros años de su vida religiosa, cuando su vida espiritual se hallaba en vísperas de tomar proporciones insospechadas a impulsos de las especialísimas gracias místicas que Dios le deparaba. Entonces es cuando Sor Angeles experimentó en sí un esplendoroso florecer del sentimiento mariano, que ella sospecha si sería el desarrollo del germen mariano depositado en su alma el día del santo bautismo y cuya presencia había sentido también otras veces en su vida secular. Esta devoción a la Virgen consistía en un amor entrañable, acompañado de un gran entusiasmo por ella; a impulsos de este amor, Sor Angeles no vivía más que para obsequiarla, imitar sus virtudes y gozarse en sus privilegios y perfecciones, en todo lo cual cifraba sus delicias (Cap. IV, art. II, núm. 2, pág. 85).

Vinieron poco después las pruebas místicas de la purgación pasiva; y esta ferviente adhesión a la Santísima Virgen constituyó en esta terrible crisis un poderoso lenitivo y consuelo, a la vez que hizo acortar la duración de la misma prueba, como vimos en su lugar (Cap. V, art. IV, pág. 108). No cabe duda que uno de los puntos de mayor novedad y actualidad que ofrece la M. Sorazu es esta particularidad con que describe el papel que juega la Santísima Virgen en las noches místicas de

(11) «De la vie Marie-forme au mariage mystique». Texto flamenco y traducción francesa en Etudes Carmelitaines, octubre 1931, 236-250, abril 1932, 279-294 (tomos 16 y 17).

(12) «Introducción a la vida interna y práctica fruitiva de la vida mística», José Villamala, Barcelona, 1936.

(13) «Tratado de la verdadera devoción a la Stma. Virgen», Madrid, Apostolado de la Prensa, 1926.

sus devotos y esta recomendación apremiante que hace para que las almas místicas sean muy marianas, si quieren superar más segura y eficazmente las pruebas místicas.

Pero no se crea que la devoción mariana de Sorazu se redujo a estos momentos sombríos o crisis dolorosas de la vida mística y que no tuvo más que un papel u oficio negativo, por así decir, el de servir de arma defensiva con que asegurarse en estos trances particularmente peligrosos, o una función meramente supletoria o vicaria, la de consolar al alma en los abandonos de Dios. Muy al contrario, la Virgen Santísima entra constantemente a formar parte de su vida espiritual como algo muy esencial e imprescindible. En efecto, superada la vía purgativa, y a lo largo de toda la etapa que denominamos Vía Iluminativa, cuya característica peculiar consiste, como dijimos, en la contemplación de los misterios de Jesús e imitación de sus virtudes, es de notar que Sor Angeles buscaba a Jesús *en María,* o sea, en la copia o retrato espiritual del Hijo que constituye para nosotros su Madre, imitaba las virtudes de Jesús tal como se las asimiló y reprodujo la Virgen María; hasta que viéndola ya suficientemente adelantada en la imitación de dichas virtudes, el mismo Jesús la requirió para que fuese a El directamente. Ante tal mandato, Sor Angeles se turbó y temió, porque prescindir de la Virgen significaba algo inaudito y nuevo en su vida espiritual. Obedeció, con todo; mas ni aun desde esa fecha se ha de creer que prescindió de la Virgen en sus relaciones divinas, sino que todo se redujo a una inversión en el orden de sus relaciones: hasta entonces había buscado a Jesús en María; desde ahora iba directamente a Jesús, pero en Este volvía a hallar a María (Cap. VIII, art. II, núm. 4, página 194).

Finalmente, en los sublimes esplendores de la vía unitiva, cuando en la suprema fase de la contemplación mixta reaparece el Verbo Encarnado, vemos también reaparecer de nuevo la misma economía que ha regido en las etapas inferiores, o sea, que la vida mariana es el medio establecido para la posesión mística de Jesús, halla a Jesús en el seno de María, etc. (Capítulo XI, art. II, núm. 1, pág. 309).

Son multitud los lugares en que ella atestigua que a la intercesión de la Virgen debe la singular predilección con que la ha distinguido el Señor. En carta al P. Nazario, al decirle que todos los grados místicos que describe en el Tratado han pasado por ella, estampa las siguientes frases:

"Todo ha pasado por mi alma, por pura misericordia de Nuestro Señor, que se dignó favorecerme en atención a los méritos e intercesión poderosa de su divina Madre, mi Señora, en quien y por cuyo medio busqué siempre a Nuestro Señor." (14)

Y en otra carta al mismo P. Nazario reconoce que ella por su parte siempre fué fiel a la práctica de la vida mariana:

"Verdad es que yo, aunque miserable pecadora, he sido fiel a la práctica de la vida mariana, he procurado siempre revestirme del espíritu de mi Madre y Reina divina y hacerlo todo en Ella, con Ella y por Ella y para su gloria, procurando interesar a la Trinidad en su obsequio." (15)

Y en un fervoroso coloquio inédito se dirige a la Virgen con estas palabras:

"Oh María, Madre mía querida, cuya soy y quiero ser eternamente y a quien debo la predilección de que soy objeto por parte de mi Dios y Señor, mi dicha, mi honor, todo, todo." (16).

2. En qué consiste la vida mariana.—Pero veamos ya en qué consiste o qué entiende la M. Sorazu por esta «vida mariana», que ella tanto inculca y cuyos bienes tanto pondera. Lo tenemos expresado en el siguiente pasaje del Tratado:

"Dios favorece a algunas almas antes de introducirlas en el purgatorio de la vida espiritual, inspirándolas una devoción singular, entusiasta y acendrada a la Santísima Virgen. Estas almas, impulsadas por la gracia, se consagran enteramente a la Señora y se identifican con ella mediante la práctica de la Vida Mariana, que consiste en inspirarse para todo en la Virgen y hacerlo todo en unión suya." (17)

El siguiente texto supone también el mismo concepto:

"Inspirémonos en la Virgen; regulemos nuestra conducta por la suya, singularmente nuestras relaciones divinas; fundámonos en este molde perfectísimo que transforma en imagen perfecta de Cristo el humano barro en él colocado, y Jesús que mira a las almas a través de su Madre bendita coronará nuestro amor e identificación con la Señora con su revelación divina en el fondo de nuestra alma, traspasará a nosotros la infinita riqueza de su vida divina, y seremos alter Christus, otro Cristo, como lo fué y es la Virgen Santísima, a la vez que su alcázar y mística ciudad." (18)

---

(14) Carta al P. Nazario, 28-10-1919, fragmento publicado en el prólogo al Tratado página 6.

(15) Carta al P. Nazario, fragmento publicado en Op. Mar., pág. 25.

(16) Libro inédito de «Coloquios», pág. 16.

(17) Tratado, VI, págs. 81-2.

(18) Op. Mar., pág. 36.

Y la M. Sorazu cree haber observado que Dios se complace en bendecir y favorecer singularmente a las almas que así practican la vida mariana:

"Con jubilo inmenso veo cumplirse en las almas que a Maria se consagran todos los dias este designio amoroso —designio de glorificación mariana por parte de Dios—, y con asombro contemplo las transformaciones obradas en ellas por su benéfica influencia." (19)

Mas la vida mariana no constituye a los ojos de la Madre Sorazu un fin en sí mismo, sino un medio, el medio por excelencia para llegar a revestir en nosotros a Jesucristo. Esto lo repite ella en muchos lugares. A propósito del rosario de Santo Domingo y de la cruz de San Francisco dice que estos dos símbolos expresan, el primero el fin inmediato, y el segundo el fin último de la esclavitud mariana:

"Las relaciones marianas de Domingo presentan el primer aspecto de la santa esclavitud, o su fin inmediato. Las de Francisco su fin ultimo, la transformacion en Cristo, feliz coronamiento de la verdadera devoción a la Madre de Dios." (20)

En esto ha de desembocar en último término la vida mariana.

3. LECTURAS MARIANAS.—Como precioso alimento de la devoción a la Virgen, la M. Sorazu estimaba en alto grado las lecturas acerca de la vida y virtudes, perfecciones, prerrogativas y excelencias de la Señora. Esta clase de lecturas pertenece de lleno a los temas eternamente benditos que caen dentro de la «Teología Cristiana y Divina» y que constituyen el alimento normal para el crecimiento y desarrollo de nuestra vida espiritual. Dichas lecturas, en efecto, crían y fomentan en el alma este puro y santo amor hacia la Madre de Dios, el entusiasmo hacia Ella, el gozo y complacencia en las perfecciones y privilegios con que Dios la enriqueció, el ansia de copiar sus virtudes, etc. Entre los libros marianos que leyó la M. Sorazu, merece destacarse en primer lugar (porque es sin disputa el que más influyó sobre ella y más bien hizo a su alma), la tan celebérrima y discutida obra «Mística Ciudad de Dios» de la Madre Agreda. Claro está que la M. Sorazu jamás se acercaba

(19) Op. Mar., págs. 54-55.
(20) » » » 192.

a éste ni a otros libros con espíritu de curiosidad o de crítica («Leer por curiosidad los libros santos no lo hice nunca») (21), sino con espíritu de fe sencilla, de edificación. Ella iba deseosa de dar pábulo a su devoción mariana, de alimentar su amor a la Virgen, de comprender cada vez mejor su grandeza y perfecciones, de imitar sus virtudes .. esto buscaba ella, y a fe que todo esto se lo dió cumplidamente la Mística Ciudad. Por esto la M. Sorazu habla siempre de esta obra con elogio y veneración, porque tiene experiencia del bien incalculable que le reportó su lectura.

Otro librito mariano del que la M. Sorazu habla también con mucho elogio es el opúsculo del P. Nazario, titulado «Vida Mariana». La lectura de este libro constituyó para la M. Angeles una revelación, porque en el mismo halló expuesto metódicamente y reducido a sistema lo que ella venía ya practicando por inspiración interna o devoción particular, a saber, la doctrina de la perfecta consagración a la Virgen o de la esclavitud mariana. En carta al propio P. Nazario, de 15-6-1920, le felicita la M. Angeles por la nueva edición de dicho libro, y le dice textualmente: «Libro utilísimo, nos gusta o aprovecha más que otra clase de tratados de mística». Aquí tenemos insinuada otra vez la contraposición entre estos libros (todos los pertenecientes a la Teología Cristiana o Divina) y los otros, los que pertenecen a la otra Teología que a ella no le agrada, o sea la Teología Mística.

4. ALTÍSIMA IDEA ACERCA DE LA STMA. VIRGEN.—No será temerario afirmar (ni con ello pretendemos decir nada nuevo), si afirmamos que la Teología Católica no ha llegado aún a desentrañar y a comprender plenamente lo que representa la Virgen María en los planes de Dios, lo que Ella significa en el conjunto de sus obras ad extra. Sin embargo, para llegar a una tal comprensión, la Teología no necesita más que bucear y ahondar mejor en sus propias fuentes, singularmente en la Tradición, y justipreciar en lo que vale el altísimo concepto que de la Madre de Dios han expresado de consuno los Santos Padres, los escritores y el pueblo cristiano de todos los siglos. A propósito de estos testimonios marianos de la Tradición ha escrito el P. Vermeersch: «Son tales esos acentos del corazón, que han podido maravillar y aun escandalizar a ciertas almas,

(21) Vida, I, 5, pag 56.

a quienes la educación protestante ha dejado en la ignorancia de la vida y calor del verdadero cristianismo». «Véanse, por ejemplo, las innumerables citas recogidas por San Ligorio en sus Glorias de María» (22).

Pues bien, la M. Sorazu puede y debe entrar con todo derecho a formar parte en este multisecular concierto de alabanzas tributadas a la Madre de Dios; con la particularidad de que sus testimonios, amén de representar la fe de la Iglesia, revisten un carácter y valor singulares, por cuanto reflejan la altísima idea que ella se ha formado acerca de María como fruto de sus experiencias místicas y de su contacto directo con el mundo de las realidades sobrenaturales. Véanse en el Apéndice Documental núms. 279 y 280 dos textos en los que ella expresa la altísima idea que tiene de la Virgen.

Discútese actualmente en Mariología si la maternidad divina santifica formalmente a María. Nosotros no vamos a tratar aquí esta cuestión ni vamos a pretender que la M. Sorazu la haya tratado ni mucho menos resuelto. Con todo, siempre tiene su importancia el ver cómo estas almas, que han tenido experiencia directa de las realidades sobrenaturales, se expresan acerca de estas materias, porque en sus expresiones reflejan el concepto que de las mismas han formado. En una carta a su Padre-verdad habla la M. Sorazu del poder que comunicó Dios a la Virgen «para producir o engendrar un Hijo divino» (23). Y en otros dos pasajes que insertamos en el Apéndice, al describir el modo como se efectuó el sublime misterio de la Encarnación en el seno de la Virgen, emplea expresiones que pueden tener su interés desde el punto de vista de este problema mariológico. (Cfr. Ap. Doc. núms. 281 y 282.)

En el estudio de la vida de la M. Sorazu hemos podido determinar el momento en que cesó el trato y comercio con los santos y ángeles. «Fuera de la Señora, ningún Angel ni Santo le sirve de medio para unirse con Dios, aunque le hubiesen sido muy útiles hasta aquí; pero toda su vida conserva el afecto y veneración que les profesa y los invoca con frecuencia» (24). O sea, existe un momento determinado en su itinerario místico en que cesan las relaciones sobrenaturales con ellos (decimos

(22) Vermeersch, S. J., «Meditaciones sobre la Stma. Virgen para uso del clero y de los fieles», Barcelona, 1912; pág. 279.

(23) Cartas, 24-7-1920.

(24) Véase supra., cap. VIII, art II, n. 5, pág. 72.

sobrenaturales porque la invocación y recurso a ellos no cesó nunca, como expresamente lo afirma); empero, la Santísima Virgen María es la única pura criatura que nunca, ni aun en los más altos grados místicos dejará de intervenir, junto con su Hijo adorado. No es preciso insistir sobre la luz que este solo dato arroja para justipreciar el papel de la Virgen Santísima en los planes santificadores de Dios con relación a las almas y el altísimo puesto que ella ocupa en la economía general de Dios.

Para terminar: toda la doctrina e ideario espiritual de la Madre Sorazu creemos puede reducirse perfectamente a estos dos por siempre benditos objetos: Jesús y María. Centrar en los mismos todo nuestro amor y adhesión inviolable, contemplar sus misterios sacrosantos, imitar sus virtudes, he aquí lo que constituye para ella la verdadera espiritualidad, el único camino legítimo para alcanzar la santidad. No vamos a probar la seguridad y ortodoxia de tal doctrina, pues salta a la vista. Jesús y María son los dos seres privilegiados, predestinados por Dios a la más alta dignidad que cabe conceder a criatura alguna: el primero a la unión hipostática, la segunda a la divina Maternidad; ambos predestinados para prestar a la Santísima Trinidad la suma gloria extrínseca que le puede provenir de la Creación, y predestinados asimismo a ser glorificados con la suma gloria creada con que puede Dios beatificar a sus criaturas. Ellos son los reyes, la corona y cabeza de todo el Universo creado; por ellos y mediante ellos conseguimos las demás criaturas, tanto angélicas como humanas, el fin de glorificar a Dios, inherente a toda criatura. Más aún, ellos son para nosotros el Camino, la Verdad y la Vida, por ellos vamos a Dios y Dios viene a nosotros, se sensibiliza y pone a nuestro alcance. He aquí la economía admirable de Dios que lo ha querido recapitular todo en torno a estos dos seres privilegiados, y he aquí también, si no nos equivocamos, la idea más profunda, la preocupación máxima que late en el pensamiento de la M. Angeles Sorazu.

Con todo, si queremos completar los puntos más salientes del ideario de la M. Sorazu, es preciso tratemos aún un tercer punto que, aunque de índole un tanto diversa de los dos anteriores, se presenta también con un relieve muy destacado tanto en su vida como en su doctrina. Este tercer punto es la dirección espiritual. Lo trataremos en el artículo siguiente.

ARTÍCULO III

La dirección espiritual

1. IMPORTANCIA DE LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL EN LA VIDA DE LA MADRE SORAZU.—2. DOCTRINA SOBRE LA DIRECCIÓN.—3. LA DOBLE VÍA.—4. RELACIONES DEL DIRECTOR CON LAS ALMAS MÍSTICAS.—5. NECESIDAD DE ATENDER A LA DIVERSIDAD DE TEMPERAMENTOS.—6. DIVERSIDAD DE GRACIAS MÍSTICAS.—7. CRISIS DOLOROSAS Y TENTACIONES CONTRA LA DIRECCIÓN

1. IMPORTANCIA DE LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL EN LA VIDA DE LA M. SORAZU.—Decía Santa Teresa a sus hijas:

"Lo que es mucho menester, hermanas, es que andéis con gran llaneza y verdad con el confesor; no digo en decir los pecados, que eso claro está, sino en contar la oración. Porque si no hay esto, no aseguro que vais bien, ni que es Dios el que os enseña; que es muy amigo que al que está en su lugar se trate con la verdad y claridad que consigo mismo, deseando entienda todos sus pensamientos, cuánto más las obras, por pequeñas que sean." (25)

Sor Angeles tardó bastantes años en llegar a cumplir fielmente este consejo, que es expresión de la doctrina común acerca de la necesidad de la dirección en la vida espiritual. Sabido es en efecto que la dirección es el medio de los medios para adelantar en la misma (26). Pero ella, como vimos en el estudio de su vida, siempre fué de suyo muy reacia y refractaria a franquearse con los ministros del Señor debido a su natural encogimiento, timidez, humildad mal entendida, etc. «Yo confesaba los pecados al confesor, pero no le traducía mi vida íntima», nos dice ella misma (27). Sor Angeles se daba muy bien cuenta de que la gracia le urgía y aun exigía imperiosamente dicha manifestación; ella misma la deseaba, por obedecer a Dios, pero a pesar de sus buenos deseos no llegaba a vencer su natural timidez y encogimiento. Así transcurrieron muchos años en los que es fácil suponer cuánto hubo de sufrir viendo que era infiel a lo que la gracia le pedía. Los confesores ordinarios de la Comunidad por aquellos años tuvieron seguramente su

(25) Moradas Sextas, cap. IX, n. 12, pág. 612.
(26) Hernández, Guiones, pág. 162.
(27) Vida, II, 9, pág. 106.

parte de culpa en ello, pues a poco que hubieran demostrado algún interés por la dirección de su alma e inspirádole confianza para que manifestara su vida íntima, lo hubiera hecho, ya que ella era la primera que lo deseaba. Por eso, como veremos muy pronto, no se olvidará de aconsejar a los directores que cuando se encuentren con cierta clase de almas, tímidas, retraídas, pero rectas, se adelanten a invitarles para que manifiesten su conciencia, pues no es que ellas no lo quieran, sino que lo desean, mas no se atreven. Es la lección práctica sacada de su propia dolorosa experiencia.

Sin embargo, a pesar de la falta de dirección, Sor Angeles realizó grandes progresos en la vida espiritual y recibió inefables mercedes místicas; mas aparece claro que ello fué porque el Señor vió la firme voluntad de Sor Angeles de obedecerle en este punto de la dirección, y compadecido en vista de la suma dificultad que ella experimentaba, la esperó pacientemente hasta la hora que El tenía prefijada en sus designios (Cap. IV, artículo II, núm. 4, pág. 87).

El 10 de diciembre de 1903 se le reveló el Señor muy disgustado por su tardanza en cumplir el precepto relativo a la dirección, amenazándole con abandonarla para siempre, si inmediatamente no lo ponía en ejecución (Cap. VIII, art. I, número 4, pág. 186). Esta fecha divide la vida de la M. Sorazu en dos partes o épocas enteramente distintas desde el punto de vista de la dirección. Desde ahora la dirección irá adquiriendo una importancia e influjo cada vez más grande en la vida de la M. Angeles; con todo, no faltarán aun ahora períodos de vida estacionaria debidos a la falta de dirección o al menos a no tener aquella dirección que Dios quería de ella (Cap. XI, artículo III, núm. 1, pág. 332). En cierta ocasión en que la Madre Angeles consultó algunos problemas de su vida íntima con el célebre P. Arintero, al consultarle respecto de la dirección espiritual, díjole éste que las almas muy adelantadas no tienen tanta necesidad de la dirección espiritual o pueden prescindir más fácilmente de ella, pues Dios se comunica directamente con ellas. La M. Angeles tuvo tal consejo por muy equivocado, al menos en lo que respecta a ella, pues conocía muy bien la voluntad de Dios que le pedía la más estrecha identificación con la dirección (28). En consecuencia, la M. Angeles acabó plegándose plenamente a la economía que Dios había dis-

(28) Cartas, 25-8-1920.

puesto para ella, consiguiendo la más absoluta identificación con la dirección espiritual, que cabe suponer (Cap. XI, art. III, número 3, pág. 339).

En una de sus cartas al P. Nazario, de fecha 16-11-1919, dícele Sor Angeles que va a manifestarle una cosa que hasta la fecha no ha revelado ella a nadie, una cosa que le dió a conocer a ella el Señor en 1895, o sea, muchos años antes de que se iniciara la dirección espiritual en su vida. Manifestóle en aquella fecha el Señor cuál era la razón o una de las razones por las que El permitía aquella repugnancia o dificultad extrema que ella sentía en traducir su alma a los confesores. La razón es la siguiente: hay muchas almas que tienen trato con el director, mas no lo tienen con Dios: a éstas les falta lo esencial de la santidad, son arcas vacías, hay que enseñarles ante todo la vida de oración. Dios, pues, quería que primeramente su vida fuera modelo de estas relaciones directas con Dios; mas Dios quería igualmente que después completase el trato directo con las relaciones mediatas que establece la dirección; por eso, a su tiempo le facilitaría El mismo la manifestación de su interior, pues quería que también en este punto su vida sirviera de modelo. Sea lo que fuere de la revelación divina, la observación es exacta y se ajusta plenamente a la realidad de su vida.

2. DOCTRINA SOBRE LA DIRECCIÓN.—La doctrina de la Madre Sorazu sobre la dirección se halla concentrada al final del Tratado, en los cuatro últimos capítulos que forman un apéndice o «aparte» de dicha obra. Contienen documentos prácticos que ella ha escrito para utilidad de los directores de almas y que son fruto los más de ellos de su propia experiencia personal. Vamos, pues, a resumir brevemente en las páginas siguientes las ideas principales de dicho Apéndice. El nos servirá, a la par que para determinar sus ideas acerca de la dirección, para descubrirnos interesantes conceptos de nuestra autora sobre la vida espiritual y mística.

Empieza el capítulo primero asentando el principio o doctrina general de que «Dios somete a las almas a la dirección de la Iglesia representada en sus ministros».

"Las almas cristianas sólidamente virtuosas están animadas de una fe viva, confianza y cariño filiales y de respeto profundo a la Iglesia Católica y a los ministros que la representan, desde el Soberano Pontífice hasta el más humilde Sacerdote. Dicha fe y veneración las demuestran en sus relaciones con los Sacerdotes regulares y seculares que tratan; pero singularmen-

te con su confesor o director en quien ven a Jesucristo y respetan su divina autoridad." (29)

«La fe viva, el respeto profundo y la obediencia pronta y generosa al director espiritual o confesor encargado de juzgar y dirigir su conciencia, es el distintivo de las almas santas». Singularmente cuando Dios las llama a mayor perfección o ha llegado el tiempo de decidir su vocación, les inspira el deseo de hacer una confesión general (es cabalmente lo que ella hizo cuando su primera conversión, en Tolosa, cfr. Cap. III, artículo I, núm. 2, pág. 65). Hecho esto, Dios «reclama de ellas la sujeción y obediencia y que para todo se inspiren en el confesor que ya conoce su vida íntima» (esto es lo que por entonces y aun en muchos años no cumplió ella por las razones indicadas).

La transcendencia que tiene la dirección bien llevada, la pondera la M. Sorazu con estas palabras:

"Generalmente se vale Dios del confesor o director para decidir la vocación de las almas llamadas a la perfeccion, quienes a los pies del confesor en el santo tribunal de la Penitencia aprenden lo que Dios quiere de ellas. Decidida la vocacion, todavia se sirve del director para obligar al alma a responder a su llamamiento venciendo los obstáculos a veces insuperables que le salen al encuentro.

Si le falta el consejo confortativo del director se expone el alma a perder la vocacion con que el cielo la distinguiera. Muchas la pierden por esta causa o porque no están fundamentadas en la fe y obediencia que deben al director y juez de su conciencia y se dejan arrastrar del criterio y voluntad de las personas que las rodean, pero que ignoran los designios de Dios sobre ellas." (30)

3. La doble vía.—Pero dejando a estas que prescinden de la dirección o al menos no la llevan con la debida fe y obediencia, pasa a tratar a continuación de las otras, o sea, de las verdaderamente sumisas al director, que son las sólidamente virtuosas.

Pues bien, entre éstas distingue la M. Angeles dos categorías de almas. Unas a las que lleva Dios a la perfección paso a paso, caminan como por sus propios pies, sin que hagan grandes progresos visibles (al principio se entiende, pues con el tiempo es claro que vienen a ser notorios). Para dirigir a esta clase de almas no necesita el director de estudios especiales. Le bas-

(29) Tratado, págs. 363-4.
(30) » » 364.

ta con apacentarlas con los saludables pastos de su ciencia religiosa e irlas formando gradualmente. Aunque despacio, estas almas caminan a la perfección y llegarán por este camino a un alto grado de santidad, si son fieles a la gracia.

Mas hay una segunda categoría de almas, a saber, almas a las que desde el principio de su vida espiritual concede Dios «auxilios y energías extraordinarias y con fuerza secreta las impulsa hacia la santidad más perfecta, para que vuelen, y de hecho vuelan más que caminan y en brevísimo tiempo hacen maravillosos progresos en la virtud». «En este caso el director necesita conocer los caminos extraordinarios por donde Dios lleva a algunas almas y llevó a muchos Santos que venera la Iglesia». De lo contrario no sabrá leer en el alma que dirige y «empeñado en cortar su vuelo para que camine al paso ordinario de la gracia común o general a los fieles cristianos», la ocasionará gravísimos perjuicios.

¿No tenemos en esta clasificación de las almas virtuosas una explícita afirmación de la doble vía, una vía estrictamente ascética y otra mística, por las que Dios conduce a las almas hacia la perfección? Júzguelo por sí mismo el lector. El texto literal completo de la M. Sorazu lo damos en el Ap. Doc. número 283. En la manera como ella describe aquí la segunda categoría de almas se ve que tiene ante sus ojos su propio caso.

4. RELACIONES DEL DIRECTOR CON LAS ALMAS MÍSTICAS.— Todo lo que sigue del capítulo primero se refiere a las relaciones que deben mediar entre el director y las almas de esta segunda categoría, o sea, las almas que van por la vía mística; todo lo que nos va a decir no es más que el eco o reflejo de su propia historia.

Dícenos, pues, que lo primero que la gracia exige a estas almas es la obediencia completa a su Padre director y que sometan a su juicio todo lo que pasa por ellas, sin reservarle nada.

"Como se sienten arrastradas hacia perfección más alta y disponen de energías extraordinarias para practicar la virtud en grado heroico, y continuamente las impulsa el espíritu divino, al propio tiempo que se reconocen pura miseria y pecado, inferiores a las almas que tratan, se ruborizan de sólo pensar que tienen que traducir al director lo que sienten y entienden de los designios de Dios sobre ellas y tienen que violentarse mucho para manifestarse a él. Si el director que debiera facilitarla la manifestación de su vida íntima, la cierra el camino con su extrañeza, se repliega, pierde la confianza y libertad que ya tenía y con ella la paz de su conciencia, que la

acusa de rebelde a la gracia que la impulsa a la completa manifestación de su conciencia al director." (31)

He aquí descrito lo que debió de acontecerle a ella misma. Un poco más adelante añade:

"Los dones de Dios engendran humildad en las almas favorecidas con ellos, las cuales se consideran criminales y las peores del mundo; por cuya razón, cuando ven al director maravillado, que muestra extrañeza de los sentimientos y aspiraciones que anidan y de las gracias que Dios las concede con preferencia a otras almas, en su estimacion más santas y dignas de las predilecciones del cielo, se retraen de traducirse al director, convirtiéndose su silencio en fuente de sufrimientos e inquietudes." (32)

No procede así el director práctico en la ciencia espiritual. Este conoce la vocación del alma a poco que ella se explique, «la requiere para que se franquee enteramente, y la facilita su completa revelación, inspirando en ella una verdadera confianza». «Conocida su vocación por las energías que la gracia la comunica y que son la señal inequívoca de su excepcional vocación a la santidad, secunda la acción divina, inculcando en ella la perfección altísima a la cual la llama Dios». A continuación describe en una página preciosa los maravillosos efectos que produce en estas almas la acción de un director experto. (Cfr. Ap. Doc. núm. 284.) También aquí hallamos nuevamente el eco de su propia historia, una descripción velada de la feliz influencia que sobre ella ejercía la acción del director, singularmente del director por excelencia que ella tuvo, el P. Mariano.

«En el período de la purgación pasiva, el director debe secundar la acción de la gracia, procurando destruir en ella —en el alma— el hombre viejo». Cuando el alma se encuentra al borde del abismo de la desesperación, debe sustraerla a tal peligro, inspirando en ella viva fe en el sacramento de la penitencia y sentimientos de amor y confianza en la infinita bondad y misericordia de Dios y en la protección de la Virgen Santísima. Esto no obstante, no debe distraerla de las ideas tétricas que la dominan. El director que dejándose llevar de una natural compasión, diera a entender al alma que los trabajos que padece son prueba de la predilección de Dios y que se verán coronados con la unión divina, etc., haría un mal ser-

(31) Tratado, pág. 366.
(32) » » 366-7.

vicio al alma, pues inspiraría en ella el egoísmo y amor propio, que es precisamente lo que la gracia purificadora intenta matar. «Somos naturalmente soberbios y egoístas, y nos halaga todo lo que puede contribuir a nuestra exaltación»...; «y es menester mucha cautela, especialmente con las almas que se estudian mucho a sí mismas, mas no para despreciarse sino para procurarse el placer de contar si pueden las virtudes que atesoran y los grados de gracia que poseen, y con este fin han leído y leen tratados de mística teología». Aquí tenemos nuevamente denunciado el fin egoísta con que muchas almas leen los libros de mística. Si estas almas se persuaden de que sufren como almas privilegiadas, saldrán del purgatorio más orgullosas de lo que entraron en él.

Finalmente, para que la dirección produzca todos los frutos que Dios se propone, es preciso que el alma transparente su conciencia de manera que el director la conozca tan bien o mejor que la suya propia. «Mas como no todas las almas tienen facilidad para esto, aunque lo deseen vivamente y a veces encuentran insuperables obstáculos, el director debe requerirlas para que se expansionen, y no sólo al principio, sino en todos los estados de la vida espiritual: porque el demonio, conocedor de los bienes que reporta a las almas dicha manifestación y de los graves daños que se siguen de hacer lo contrario, procura estorbarlo por todos los medios posibles y si lo consigue puede descansar tranquilo, porque ha logrado estacionar al alma por lo menos, pues muchas retroceden cuando pierden la confianza para franquearse con el director» (33).

¡Cuán dolorosa y profunda debió ser la huella que dejaron en su corazón los sufrimientos motivados por su extrema dificultad en franquearse con los ministros del Señor, cuando tanto insiste en que éstos deben adelantarse y facilitar al alma la manifestación de su conciencia! Aquí termina el capítulo primero del Apéndice.

5. NECESIDAD DE ATENDER A LA DIVERSIDAD DE TEMPERAMENTOS.—En el capítulo segundo expone la M. Sorazu la diversidad de temperamentos o caracteres de almas, diversidad que debe tener presente el director en sus relaciones con ellas. Hay almas naturalmente expansivas, a quienes no les cuesta el franquearse. Mas otras son inclinadas a replegarse sobre sí mis-

(33) Tratado, pág. 371.

mas y a éstas les cuesta angustias mortales exteriorizar su vida íntima. Entre estas segundas distingue aún una doble especie, a saber, almas rectas y sinceras, que se expansionan con los de su casa, pero no pueden franquearse con los extraños; y almas dobles, astutas y suspicaces, que engañan al confesor si éste da fácil crédito a sus palabras y son causa de que otras almas vengan a perder la buena opinión que gozaban ante sus directores. Seguramente que estos detalles reflejan incidentes reales de la vida del claustro, de que ella debió de ser testigo.

A las almas rectas y sinceras, pero retraídas, debe el director facilitarles la manifestación de su conciencia, adelantándose a invitarles e «inspirando en ellas sentimientos filiales, que es el mejor medio para merecer su confianza y obtener la manifestación que se pretende».

"Muchos directores y confesores se retraen de requerir a estas almas para que se espontaneen pensando que no quieren, y no es así, sino que no se atreven, aunque lo desean con ansia suma, y continuamente piden a Dios que les facilite la manifestación que anhelan. El retraimiento del confesor aflige en extremo a estas almas, que esperan recibir por su medio la respuesta a las peticiones, que han demandado a Dios, a la Virgen y a los Santos, y se levantan desoladas de sus pies, sufriendo un horroroso vacío por no haber podido espontanearse en el grado que reclama su conciencia o su aprovechamiento espiritual. Estas no harán sufrir al confesor o director; pero muchas de ellas se levantan del confesonario más intranquilas que estaban cuando se acercaron a él, por no haberse atrevido a traducir o manifestar su conciencia tal cual ellas la ven y se sienten impulsadas a hacerlo. Esto, aunque no tengan pecados mortales y sobre todo cuando el director o confesor se encuentra taciturno o aprenden que es severo, que le molestan o que no se interesa por ellas." (34)

No hace falta decir que las precedentes líneas contienen la más fiel descripción de los sufrimientos internos que por tantos años devoró ella por causa de su retraimiento.

Las almas expansivas, en cambio, si no son humildes, tienen el peligro contrario de ser demasiado libres y atrevidas y de meterse a consejeras: a éstas debe el director pararles los pies. En fin, debe el director guardar siempre su puesto, dejar en vacío las preguntas inútiles y curiosas, etc., si no quiere perder el tiempo y aun profanar el santo tribunal de la Penitencia.

6. DIVERSIDAD DE GRACIAS MÍSTICAS. — Entre las almas «santas, que el vulgo conceptúa extraordinarias», hay también

(34) Tratado, págs. 374-5.

diferentes caminos, que el director debe tener en cuenta. La Madre Sorazu distingue fundamentalmente dos: unas a quienes lleva Dios «por el camino de las exterioridades, como son arrobamientos, éxtasis»..., y otras que van «por un camino tan oculto como elevado», camino de «elevadísimas comunicaciones divinas», «pero sin que se refleje en su exterior, fuera del recogimiento y abstracción que se nota en ellas y que revela su intimidad con Dios» (35). No hace falta decir que este segundo camino fué el suyo.

"En estos dos caminos, uno de exterioridades y otro oculto, están comprendidas todas las almas que el mundo llama extraordinarias, porque se distinguen del vulgo devoto por su intimidad con Dios y por la mayor perfección de su vida cristiana o religiosa." (36)

Esta clasificación de las almas místicas no parece tener valor alguno científico, sino que se funda simplemente en la observación empírica. En el capítulo próximo veremos cuál fué la causa de que la M. Sorazu no fuera por «el camino de las exterioridades, como son arrobamientos, éxtasis, etc.». Del precedente pasaje parece desprenderse también que estas almas extraordinarias (léase místicas) son generalmente más santas y perfectas que el resto de las que se dedican a la vida de piedad. Aun reconociendo que también las que lleva Dios por la vía ascética pueden llegar por dicho camino «a un alto grado de santidad» (37), no obstante las otras alcanzan generalmente una santidad mucho mayor, por efecto de las energías extraordinarias que les comunican «las gracias de predilección» con que las distingue el Señor.

A continuación insiste sobre la necesidad de que el director examine cuidadosamente el espíritu de su dirigida antes de pronunciarse a favor, aprobándolo precipitadamente. Conviene que no sea crédulo en demasía ni aficionado a las vías extraordinarias y que prefiera la virtud, las obras a las gracias místicas y dones sobrenaturales. Con este motivo discurre largamente acerca de los gravísimos peligros que puede acarrear un director crédulo y aficionado a los caminos extraordinarios. En su lugar hicimos notar que algo de esto le sucedió a ella con su segundo director, el señor Deán, y que estas páginas parecen

(35) Tratado, pág. 377.
(36) » » 377.
(37) » » 365.

fruto de aquella experiencia dolorosa (Cap. IX, art. I, núm. 8, pág. 220).

"Si el director es refractario notablemente a los caminos extraordinarios, también hace padecer al alma, y a veces mucho, por la desesperación que inspira en ella; pero no tanto como el crédulo, ni la pone en peligro de pecar. ¡Dios mío!, concede a los directores de almas las gracias necesarias para el perfecto cumplimiento de su difícil misión. Así sea." (38)

Con esto termina el capítulo segundo del Apéndice.

7. CRISIS DOLOROSAS Y TENTACIONES CONTRA LA DIRECCIÓN. En el capítulo tercero del Apéndice nos habla la M. Sorazu de los cambios de dirección y de lo que las almas sufren con tal motivo hasta adaptarse al nuevo director. Es particularmente notable —por reflejar lo que le pasó a ella con el P. Alfonso— la página en que supone la hipótesis de que el nuevo director no crea en la bondad de las gracias místicas que le relata su dirigida. Entonces se entabla entre ambos una porfiada lucha, pues el alma no puede dudar de la realidad de dichas gracias. Por fin, cuando el director se da por vencido, se invierten los papeles, pasando el alma al terreno de la duda y teniendo que ser sostenida por aquél. El P. Alfonso dudó en concreto de la realidad o bondad de la gracia de unión que gozó Sor Angeles en 1894 (Cap. VI, art. II, pág. 130), que es una de las gracias que dejó huella más imperecedera en su alma. Mas luego, como dice, se invirtieron los papeles, pasando ella a ser víctima de sus habituales temores de ser ilusa o falsaria. Véase este interesante pasaje en el Ap. Doc. núm. 285.

A continuación enumera algunas de las tentaciones que sufren las almas contra la dirección. Es también interesante esta enumeración porque nos da a conocer las que padeció ella misma, como bastante claro se insinúa en las palabras finales: «Almas hay que a pesar de las gracias extraordinarias que de Dios reciben por medio del director espiritual, padecen todas o la mayor parte de las tentaciones indicadas, ora simultáneamente, ora alternativamente en toda su vida y en grado intenso» (39). Las principales tentaciones son: tentación de falsa humildad, para que dejen la dirección so pretexto de ocultar las gracias que reciben, afligiéndolas el demonio con terroríficos pavores cada vez que se

(38) Tratado, pág. 384.
(39) » » 393.

franquean al director, hasta el punto de persuadirlas de que con esta manifestación ofenden a Dios; tentación de abandonar la dirección porque es un impedimento para la mayor abstracción y soledad del alma; aprensión de que molestan al director, le son antipáticas, etcétera.

Finalmente, en el capítulo IV describe algunos padecimientos que se acarrean ciertas almas religiosas al acercarse a confesores extraordinarios o que no las conocen habitualmente. Por ejemplo, se dan almas que en su imaginación calenturienta se convencen de que consienten en gravísimos pecados contra la pureza; así lo aseguran al confesor extraordinario, el cual, porque no las conoce a fondo, tal vez acaba por creerlo, cuando la verdad es que tales pecados no existen más que en su imaginación completamente desequilibrada. La página en que nos describe uno de estos casos (que sin duda le tocó presenciar más de una vez en su propio convento en sus largos años de abadesa) es una de las más a propósito para apreciar las dotes de sensatez, sentido común y juicio equilibrado de la M. Angeles; además la descripción está animada de una amable ironía y buen humor, que no suele ser frecuente en el estilo de nuestra autora (40). Otras almas se persuaden de que han perdido la gracia y que su pecado consiste en que engañan al director: van con esto al extraordinario, éste las cree y les da una buena tunda... Para que no ocurran tales casos conviene que tanto unas como otras, durante dichas crisis, no se acerquen a extraordinarios y se atengan en todo al criterio del director ordinario que las conoce a fondo.

Estos son, en resumen, los documentos que propone la Madre Sorazu acerca de la dirección espiritual. Como se ha podido ver, se limita a exponer la doctrina común o general acerca de la necesidad e importancia de este medio de perfección, ilustrándola con diversas enseñanzas y observaciones prácticas que en su mayor parte son fruto de su propia experiencia personal.

(40) Tratado, págs. 396-7.

CAPITULO XIII

ORIGINALIDAD DEL ITINERARIO MISTICO DE LA M. ANGELES SORAZU

Nuestro trabajo quedaría en cierto modo incompleto si antes de terminarlo no tratáramos de relacionar a nuestra autora con los autores místicos que la precedieron. Sólo esta labor de relación y comparación nos permitirá apreciar en su justo valor las aportaciones de nuestra autora mística. Ante la imposibilidad de compararla con todos o con muchos autores, nos limitaremos a uno solo, al que sin disputa constituye el más excelso representante de la mística experimental, Santa Teresa de Jesús. Ella, por el plano puramente experimental y descriptivo en que se sitúa, es además la que mejor se presta para un estudio comparativo con nuestra autora. Añádase que su obra inmortal «Las Moradas» ha venido a ser el libro clásico, el textus receptus de Mística, «el órgano del Misticismo cristiano», como le ha llamado el señor Sainz Rodríguez (41). Por lo mismo, se hace preciso comparar a nuestra autora con la Doctora de Avila, apreciar las coincidencias o diferencias entre ambas y a la luz de este estudio comparativo valorar las aportaciones nuevas de nuestra escritora mística contemporánea, si es que tiene aportaciones que puedan considerarse verdaderamente nuevas. En este capítulo final vamos, pues, a hacer este estudio comparativo entre la mística castellana y la vascongada y a formular nuestro juicio final acerca de ésta. Mas como las experiencias místicas de Santa Teresa han sido redondeadas, por así decir, completadas y razonadas por el Doctor Místico San Juan de la Cruz, tampoco perderemos de vista a éste, tanto más cuanto que

(41) Pedro Sainz Rodríguez, Introducción a la historia de la Literatura Mística en España, cap. V, pág. 241.

en algunos puntos importantes nuestra autora parece estar más cerca del cisne de Fontiberos que de la Serafina del Carmelo, sin que desde luego se descubra en ella rastro de dependencia literaria respecto ni del uno ni de la otra.

ARTÍCULO I

La escala teresiana y la soraziana

1. ¿ESCALAS IRREDUCTIBLES?—2. AUSENCIA DE LOS GRADOS INFERIORES EN LA M. SORAZU.—3. LA CONTEMPLACIÓN DE LOS MISTERIOS DE LA SANTA HUMANIDAD.—4. LA SEGUNDA NOCHE DEL ESPÍRITU.—5. EL MATRIMONIO ESPIRITUAL

1. ¿ESCALAS IRREDUCTIBLES?—La escala mística de Santa Teresa se desenvuelve, como es sabido, según el esquema que ha venido a ser universalmente aceptado y reconocido como «escala ordinaria» en los manuales de Mística. Sus grados son los consabidos: quietud, unión, éxtasis, desposorio y matrimonio espiritual. Si comparamos con este patrón el itinerario místico de la M. Sorazu, a primera vista nos parecerá que nos hallamos ante una escala totalmente diferente, que apenas tiene nada de común con él. En efecto, la descripción de la M. Sorazu no está concebida según este esquema ni ella ha tenido en cuenta moldes ajenos para vaciar en ellos sus propias experiencias. Esta diversidad o irreductibilidad de las dos escalas bastaría ya por sí sola para probar la originalidad o no dependencia literaria de la M. Sorazu respecto de la Santa de Avila. La Madre Sorazu ha descrito sus propias experiencias sin atender a otra fuente que a su propia vida, de tal modo que no sólo las experiencias mismas, mas aún la formulación externa de ellas resulta enteramente original.

Mas la comprobación de tales diferencias plantea otro problema más importante aún que el de la dependencia meramente literaria. En efecto, si las diferencias son tan notables, ¿no habrá que concluir que aun las realidades que una y otra tratan de describir fueron también distintas? No se concibe, en efecto, que no coincidan siquiera en los jalones y puntos principales, si las realidades por que ambas pasaron fueron absoluta-

mente idénticas; así como dos testigos independientes que relatan un mismo hecho forzosamente coinciden siquiera en lo substancial. ¿Habrá, pues, que admitir diferencias reales en el itinerario místico de una y otra? Para poder contestar a esta pregunta es preciso adentrarse en el estudio comparativo de la escala mística que una y otra nos dan como recorrida por ellas. Dicho estudio nos revelará que efectivamente hay diferencias reales, que la M. Sorazu no ha recorrido exactamente todos los grados que señala Santa Teresa; y al contrario veremos también que ciertas etapas que en la M. Sorazu aparecen con más destacado relieve, en Santa Teresa faltan u ocupan un puesto menos importante; pero fuera de estas diferencias, que trataremos de explicar, hallaremos el más perfecto acuerdo tanto en la descripción del grado supremo o término al que se dirige toda *la escala mística (el matrimonio espiritual), como en la inspiración* general que late en una y otra.

2. AUSENCIA DE LOS GRADOS INFERIORES EN LA M. SORAZU. La M. Sorazu no habla para nada de los grados místicos inferiores de la escala teresiana, a saber, quietud, unión, éxtasis. No sólo no hallamos los nombres, pero ni aun la realidad aparece descrita en sus obras como pasada por ella. Una sola vez (que sepamos) nombra la oración de quietud, hablando de las almas que en vez de ejercitar sus potencias en la meditación, se abandonan al ocio y aun se imaginan que tienen oración de quietud. (Cfr. Ap. Doc. núm. 275 c.) En cuanto al éxtasis, tampoco hallamos en la vida de la M. Sorazu el elemento específico externo que lo caracteriza, o sea la pérdida del uso de los sentidos. En el capítulo precedente hemos visto cómo expresamente nos ha distinguido ella dos diferentes caminos por los que van las almas místicas: uno de exterioridades, que son los arrobamientos, éxtasis, etc., y otro de comunicaciones mucho más elevadas y espirituales, que apenas se traslucen al exterior, y como allí dijimos, este segundo camino fué el suyo (Cap. XII, art. III, núm. 6, pág. 391). También Santa Teresa nota extrañada que después de llegar al matrimonio espiritual cesan los arrobamientos, sin que ella sepa atinar con la causa de esto (42). San Juan de la Cruz, en cambio, nos da la razón de este hecho: el perder el uso de los sentidos en las comunicaciones divinas proviene de la debilidad e imperfección del sujeto, que no puede sufrir la intensidad de la contemplación;

(42) **Séptimas Moradas, cap. III, n. 12; pág. 638.**

mas después que el alma ha pasado la noche del espíritu, su natural ha quedado confortado y recibe las comunicaciones divinas sin semejantes detrimentos (43). Esta atinada observación del Doctor Místico nos va a dar la clave para explicar las diferencias que se notan en el itinerario místico de la M. Sorazu al compararlo con el de Santa Teresa.

Apenas iniciada la vida espiritual de la M. Sorazu con la conversión, vimos que hizo su aparición la contemplación infusa en sus grados inferiores (¿recogimiento infuso? ¿quietud?), mas como algo esporádico, no constituyendo estado habitual. (Cap. III, art. II, núm. 2, pág. 68). A poco sobrevino un período estacionario, que fué para ella la noche pasiva del sentido. Sale de este estado por una segunda conversión e inmediatamente es introducida en la noche pasiva del espíritu. Tenemos, pues, ambas noches, la del sentido y la del espíritu, empalmadas una tras otra sin solución de continuidad. Esto ya lo notó San Juan de la Cruz como poco frecuente, pero real. Así pues, tenemos la noche del espíritu (una primera noche del espíritu, pues más adelante encontraremos otra) en los comienzos mismos de la escala mística. Purificada el alma con esta noche y fortalecido su natural para recibir las divinas comunicaciones sin los detrimentos dichos, nada tiene de extraño, antes es lo normal, que no se hallen en la M. Sorazu los grados inferiores de la escala mística teresiana (quietud, unión, éxtasis), en los que tan sensibles son las repercusiones somáticas de las gracias místicas. Esta primera noche se vió coronada por una preciosa gracia de tipo unitivo. Fué como una posesión pasajera de la transformación. En su lugar hicimos notar lo notabilísimo de este matrimonio espiritual, bruscamente cortado e interrumpido al cabo de los tres meses.

La novedad, pues, de la escala mística de la M. Sorazu ha consistido en la introducción prematura (valga la palabra) de la noche del espíritu en los comienzos mismos de su itinerario místico. Esta novedad es la que explica, como hemos visto, la ausencia en la M. Sorazu de los grados místicos inferiores de la escala teresiana. Digamos, con todo, que no resulta improbable que Sorazu tuviera los grados místicos inferiores de la escala teresiana a raíz de su conversión, si no como estado, al menos como gracias esporádicas, y por no haberle suscitado atención especial no las ha notado o descrito.

(43) Noche Oscura, l. II, cap. I, n. 2; pág. 365.

3. La contemplación de los misterios de la Santa Humanidad.—Al cesar el estado de unión con que Dios coronó la noche del espíritu, se reanuda en la vida de la M. Angeles el proceso o itinerario normal que momentáneamente se había visto alterado por las novedades registradas en el punto anterior. Se abre ahora una nueva y larga etapa consagrada a la contemplación mística de los misterios de la Santa Humanidad de Jesús (Caps. VII-IX). Ya vimos en su lugar cómo se hacía esta contemplación: la M. Angeles se dedicaba a acompañar a Jesús en los misterios de su vida, Dios la favorecía con noticias pasivas o infusas acerca de dichos misterios y con ayuda de estas gracias místicas permanecía largas temporadas sumergida en esta contemplación amante. (Cfr. Cap. VII, art. III, número 2, pág. 162.)

¿Tiene esta época o estadio de la M. Sorazu su correspondencia en las experiencias teresianas? Creemos que sí. En las «Moradas Sextas», cap. VII, núm. 5 y ss., inculca muy mucho la Santa que las almas a quienes Dios hace estas mercedes (las que ha descrito en las moradas y capítulos anteriores) no dejen la meditación de los misterios de la Humanidad de Jesús. Hasta llegar a la séptima morada será menester hacer esta diligencia de pensar en los misterios de Nuestro Señor siempre que el mismo Dios no nos eleve a mercedes sobrenaturales o contemplación perfecta. Una vez llegada el alma a dicha morada, ya nunca o casi nunca será necesario hacer esta diligencia; pero hasta entonces «es muy continuo no apartarse de andar con Cristo Nuestro Señor por una manera admirable, adonde divino y humano, junto, es siempre su compañía» (44). Puede ser que Dios no nos vuelva a dar dichas mercedes sobrenaturales en mucho tiempo; entonces ¿qué debemos hacer? Nada de estarnos bobos perdiendo tiempo por esperar lo que una vez se nos dió. Pensemos en los misterios de la vida de Nuestro Señor. Se dirá que estas almas no pueden discurrir. Cierto, las que han sido elevadas a mercedes sobrenaturales no pueden andar discurriendo con el entendimiento de una cosa en otra como se hace en la meditación ordinaria. Pero «discurrir con el entendimiento es uno, y representar la memoria al entendimiento verdades es otro». Estas almas, pues, pueden detenerse en estos misterios y traerlos presentes muchas veces, en especial cuando los celebra la Iglesia.

(44) Moradas Sextas, cap. VII, n. 9; pág. 599.

"Entiende el alma estos misterios por manera más perfecta. Y es que se los representa el entendimiento y estámpanse en la memoria de manera que de solo ver al Señor caído con aquel espantoso sudor en el Huerto, aquello le basta para no solo una hora, sino muchos días, mirando con una sencilla vista quien es y cuán ingratos hemos sido a tan gran pena; luego acude la voluntad, aunque no sea con ternura, a desear servir en algo tan gran merced y a desear padecer algo por quien tanto padeció, y a otras cosas semejantes en que ocupa la memoria y el entendimiento." (45)

Este pensar en los misterios de Jesús de que aquí nos habla la Santa, ¿de qué naturaleza es? A primera vista podría parecer que habla simplemente de una contemplación adquirida; pero si nos fijamos más atentamente, hay indicios bastante claros de que también aquí interviene el elemento infuso. Es un andar —dice— con Cristo por una manera admirable, donde van juntos divino y humano. Este pensar empieza por un acto puesto por la misma alma al representarse uno de dichos misterios: he aquí lo humano. Pero luego sobreviene lo divino, el elemento infuso; y así se explica que dichos misterios se estampen con tanta viveza e intensidad, que el alma persevere por muchos días con uno solo, mirándolo con sencilla vista...

Así, pues, tenemos que esta pieza tan esencial en el itinerario místico de la M. Sorazu tiene su correspondencia en Santa Teresa y su localización es también exactamente la misma, o sea, antes de llegar a las séptimas moradas, al matrimonio. Sólo que en la M. Sorazu aparece con un relieve mucho más acusado, pues mientras que en Santa Teresa la contemplación de los misterios de Cristo no parece tener otra función que la de llenar los intervalos en que falta la contemplación perfecta, en la M. Sorazu, en cambio, ella es la que da la tónica o característica general que distingue la mayor parte de su vida antes de su elevación al matrimonio. En el capítulo precedente hemos visto que ella misma divide en dos toda su vida, a saber: la época anterior al matrimonio, caracterizada toda ella por la contemplación de los misterios de Cristo, y la que siguió a su elevación a dicho estado (Cap. XII, art. I, núm. 2, pág. 367).

Por lo demás, una misma es la inspiración u orientación que guía a ambas en este punto. Ambas confiesan y pregonan muy alto que el alma jamás debe apartarse de intento de este objeto bendito que es la Humanidad de Cristo nuestro Señor con sus misterios, sino todo lo contrario. Si el Señor la elevare a mer-

(45) Moradas Sextas, cap. VII, n. 11; págs. 600-1.

cedes más altas que la impidan ocuparse en él, enhorabuena; mas no apartarse de industria de quien es todo nuestro bien, so pretexto de disponerse para dichas mercedes sobrenaturales (46). Este es, como hemos probado, el punto más importante de la doctrina de la M. Sorazu. Lo que más resalta en su vida es también, como vimos, esta inviolable adhesión a Jesús, esta fervorosa consagración a la contemplación amante de sus misterios, que ella estimaba y amaba infinitamente más que todos los dones místicos con que su divino Esposo pudiera enjoyarla y ataviarla a ella, y por eso jamás se le ocurriera dejar a Éste por aquéllos.

4. La segunda noche del espíritu.—Prosigamos adelante en este breve estudio comparativo del itinerario místico descrito por nuestras dos autoras. Inmediatamente antes del matrimonio espiritual encontramos en la M. Sorazu una nueva noche del espíritu con pruebas y sufrimientos muy característicos (Capítulo IX). En su lugar dijimos las razones o causas que parecen existir para que la M. Angeles pasara por esta segunda noche antes de que fuera constituída en el estado de transformación: por una parte debía expiar y ser purificada de las faltas que había cometido después de la primera noche, y por otra aparece claro que la primera noche no había suprimido enteramente las flaquezas del natural; pues aunque no hallamos en la M Sorazu arrobamientos o éxtasis con pérdida de sentidos, con todo vemos que a medida que las comunicaciones divinas crecían en intensidad, se hacía inútil o quedaba incapacitada para las obras exteriores (Cfr. Ap. Doc. núms. 78, 79, 124 y 125). Ahora bien, esta debilidad o imperfección natural no se compadece con el sublime estado de transformación y debía ser suprimida por una nueva noche del espíritu, que completase o perfeccionase en este punto la obra de la primera.

La existencia de esta segunda noche del espíritu está expresamente reconocida y afirmada por San Juan de la Cruz (47).

Y con esto pasemos ya a examinar si esta segunda noche tiene su correspondencia en las descripciones teresianas. Efectivamente: léase en las «Moradas Sextas» el capítulo primero, en que la Santa describe los trabajos que pasa el alma antes de arribar a las séptimas moradas. La semejanza de los trabajos que padeció la M. Sorazu en el período 1907-1911 con los que aquí describe la Santa es verdaderamente notable: apren-

(46) Vida, XXII, Moradas, l. c.
(47) Noche Oscura, libro II, cap. VII, n. 6.

siones de que en castigo de sus pecados va a permitir Dios que sea víctima del engaño, dudas acerca de las gracias recibidas, motivadas sobre todo por el conocimiento de sus propios pecados; el creer que no sabe informar a los confesores y que los trae engañados; unas sequedades tan grandes que parece jamás se ha acordado de Dios; el creerse reprobada; trabajos exteriores producidos por los demonios, etc. Ningún remedio hay en esta tempestad —dice la Santa— «sino aguardar a la misericordia de Dios, que a deshora con una palabra suya o una ocasión, que acaso sucedió, lo quita todo tan de presto, que parece no hubo nublado en aquel alma, según queda llena de sol y de mucho más consuelo» (48).

Todas estas características que aquí describe Santa Teresa convienen literalmente al predicho período de purgación de la M. Sorazu. Tanto es así que en un principio nos inclinábamos a pensar que la índole de muchos de los trabajos pasados por la M. Sorazu reconocía por causa, al menos parcial, su particular modo de ser tímido, retraído, propenso a sentir bajamente de sí; mas al comprobar que estos mismos trabajos aparecen enumerados por la Santa de Avila —de corazón recio y temple varonil—, hubimos de concluir que ellos son más o menos propios de todas las almas místicas en este momento de su itinerario. Además que esto de la timidez de la M. Sorazu tampoco debe aceptarse sin algunas reservas. Su compañera en el siglo, Encarnación Vidal, que fué amiga suya en los dos últimos años que Sor Angeles vivió en Tolosa (o sea, después de la conversión), nos decía que Sor Angeles (entonces Florencia) era muy *ẽenẽe* (palabra vasca que literalmente significa tiesa, y con ella quería expresar la interesada el ánimo resuelto, valiente y un tanto orgulloso de su amiga); cuando Florencia se dirigió a Valladolid para entrar en religión, no dejó de llamar la atención de las monjas el aire elegante, fino y distinguido de su porte y trato (49); finalmente, ella misma, al notar que existen ciertas almas que por sus sentimientos elevados y nativa excelencia se distinguen de las comunes, no hace más que referirse veladamente a la suya propia según vimos (50).

5. EL MATRIMONIO ESPIRITUAL.—Y con esto llegamos en nuestro breve estudio comparativo hasta el supremo grado de

(48) Moradas Sextas, cap, I, n. 10; pág. 564.
(49) Vida, pág. 41, nota.
(50) Tratado, I, pág. 20; II, pág. 33.

la escala mística, hasta el matrimonio espiritual. Una vez llegados aquí, no hay ninguna duda de que las dos describen el mismo estado. Es decir, la misma realidad ha sido experimentada y vivida por ambas. Mas la descripción de Santa Teresa, con ser bastante completa, es mucho más breve y escueta; en cambio la M. Sorazu nos ofrece una relación detallada y minuciosa de las fases, períodos y vicisitudes pasadas por ella con posterioridad a su elevación al matrimonio. Este es indudablemente uno de los valores y novedades de nuestra autora, pues es claro que su relación tan pormenorizada puede ayudar para una comprensión más perfecta del altísimo estado de transformación. Más aún; las etapas reseñadas por la M. Angeles como vividas por ella dentro del estado de matrimonio espiritual parecen ser algo más que una experiencia puramente particular, parecen describir el progreso interno o evolución de la misma gracia mística, en cuyo caso tendríamos que la escritora vascongada trae aportaciones que han de ser decisivas para el ulterior desarrollo de la Teología Mística. Lo que hizo Santa Teresa respecto de la clasificación de los grados de la escala mística, o sea, fijarlos y describirlos de una manera clara y definitiva, lo ha hecho por primera vez la M. Angeles Sorazu respecto al grado supremo de dicha escala, o sea, el matrimonio espiritual.

La descripción de la M. Sorazu ha dado también mucho relieve a la manifestación mística de la vida de Jesús en el alma, manifestación que tiene lugar bastante después de la elevación al matrimonio espiritual. El momento en que se realiza dicha manifestación representa a los ojos de la M. Sorazu la cumbre, la verdadera perfección de la vida espiritual. Es Jesús viviendo en el alma, convertido en el único ser viviente que anima en ésta, o sea la consecución del fin a que tiende la verdadera mística cristiana (Cap. XI, art. II, núm. 2, pág. 313). Mas esto lo tenemos ya substancialmente en Santa Teresa, pues nos dice que después de llegada a las séptimas moradas, muere la mariposica, puesto que ya no es ella la que vive, sino que es Cristo quien vive en ella (51); e incluso da a entender que la experiencia de esta sublime realidad se va percibiendo con el tiempo, no en seguida, o sea después que ha transcurrido cierto tiempo desde que fuera elevada al matrimonio espiritual: «y esto se entiende mejor, cuando anda el tiempo» (52). No se tra-

(51) Moradas Séptimas, cap. III, pág. 634.
(52) Moradas Séptimas, cap, II, n. 6, pág. 631.

ta, pues, de un grado nuevo, distinto y superior al mismo matrimonio, sino de alcanzar el desarrollo y madurez plena que exigía el mismo. Por eso la M. Sorazu hace notar que a la manifestación de la vida de Jesús en el alma no precedió o acompañó una nueva solemne entrega de Dios (como ella esperaba) sino que se manifestó sin más, como desarrollo de un germen que ya existía en el alma.

En suma, de todo lo que queda dicho en el presente artículo aparece claro que aun teniendo en cuenta las diferencias reales que hemos notado, una misma es fundamentalmente la escala real recorrida por ambas (con las salvedades dichas) y una misma sobre todo la inspiración general que se descubre en ellas y que se resume en su decidida orientación hacia el Verbo Encarnado; orientación que si bien es explícitamente subrayada por Santa Teresa, todavía parece haber sido presentada con más destacado relieve por la M. Sorazu.

Ponemos a continuación el siguiente esquema comparativo en el que se pueden apreciar las expresadas diferencias entre la escala mística tradicional y la descrita por la M. Sorazu.

Esquema comparativo entre la escala mística tradicional y la de la M. Sorazu

Tradicional	*M. Sorazu*
1. Noche del sentido.	1. *Desierto* o noche del sentido.
2. Quietud.	2. *Purgatorio* o noche del espíritu.
3. Unión.	3. Entrega de Dios (matrimonio truncado).
4. Extasis.	4. Larga etapa dedicada a la contemplación de los misterios de Cristo con ayuda de luces infusas.
5. Noche del espíritu.	5. Segunda noche del espíritu.
6. Matrimonio espiritual.	6. Matrimonio espiritual perfecto y definitivo. Dentro de él distingue dos estadios: I. Contemplación simple de la divinidad, la cual abarca dos periodos: a) Vida del alma en Dios. b) Vida de Dios en el alma. II. Contemplación mixta, que abarca también dos periodos: a) Vida del alma en Jesucristo. b) Vida de Jesucristo en el alma. Este último periodo culmina con la participación de la Pasión por el alma en su última hora.

ARTÍCULO II

Otros puntos de contacto con Santa Teresa y San Juan de la Cruz y con la espiritualidad franciscana

1. LA ADHESIÓN A LA SANTA HUMANIDAD DE NUESTRO SEÑOR. 2. LA ACTITUD RESPECTO A LAS GRACIAS MÍSTICAS.—3. ¿SON NECESARIAS LAS GRACIAS MÍSTICAS PARA CONSEGUIR LA SANTIDAD?—4. IMPORTANCIA DE LA ASCÉTICA.—5. CONCIENCIA DE PECADO.—6. LA M. SORAZU Y LA ESPIRITUALIDAD FRANCISCANA

A continuación vamos a señalar brevemente algunos otros puntos no menos importantes en que la M. Sorazu coincide en un todo con Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

1. LA ADHESIÓN A LA SANTA HUMANIDAD DE NUESTRO SEÑOR. — Sea el primero la inquebrantable adhesión a la Santa Humanidad de Cristo. Conocida es la posición categórica de la Serafina del Carmelo sobre este punto, en contra de lo que ella había leído en ciertos libros. La posición de la M. Sorazu es exactamente la misma que la de Santa Teresa. Porque en las páginas que anteceden (tanto del capítulo anterior como del presente) hemos tratado este punto con la suficiente extensión, no vamos a alargarnos aquí más sobre él; digamos solamente que a los ojos de nuestra mística este es el punto verdaderamente central y decisivo para el feliz desarrollo de la vida espiritual y el logro de la santidad. En torno a él, más bien que no en torno a las gracias místicas o mercedes extraordinarias de oración, hace girar ella toda su concepción o teoría de la vida espiritual. Por eso mismo la importancia de la devoción a Nuestro Señor adquiere en la M. Sorazu un relieve mucho mayor que en Santa Teresa; aunque la doctrina explícita de ésta sea la misma, pero como enfoca sus escritos hacia la descripción cuidadosa y detallada de las «mercedes sobrenaturales», es inevitable que la atención del alma se concentre sobre este objeto que en dichos escritos aparece como central. La M. Sorazu en cambio tiene manifiesto y decidido empeño en desinteresar al alma para con estas gracias, que se haya indiferentemente hacia ellas y se oriente hacia el verdadero objetivo de la vida

espiritual, Cristo Jesús. Esto nos lleva a comparar a la Madre Sorazu con Santa Teresa y San Juan de la Cruz en este punto importantísimo de su actitud respecto a las gracias místicas.

2. LA ACTITUD RESPECTO A LAS GRACIAS MÍSTICAS.—Empecemos por señalar que también en este punto existe el acuerdo más completo entre nuestra autora y los dos grandes maestros carmelitanos.

Santa Teresa insiste repetidamente que lo que al fin y al cabo interesa son las virtudes, no las gracias místicas. Éstas las da Dios como una ayuda para alcanzar más fácil y seguramente aquéllas. Si por otra parte se alcanzan las virtudes sin estas gracias, aunque sea con más trabajo, nada se nos ha de dar por no tener dichas gracias; incluso tendrá el alma más mérito y mayor galardón, porque ha conseguido las virtudes sin estas poderosas ayudas. La perfecta conformidad con la voluntad de Dios, he aquí en lo que consiste la santidad; y la posibilidad de llegar a esta perfecta conformidad sin las gracias místicas no se puede negar. Ciertamente, no hay duda que las gracias místicas constituyen una gran ayuda misericordiosamente concedida por Dios a nuestra debilidad; por eso son de suyo deseables y debe el alma disponerse, por si Dios quiere concedérselas; pero la disposición más segura y eficaz para alcanzarlas consiste en la humildad, en reputarse indigna de tales mercedes; que al fin y al cabo no las podemos merecer, ni está Dios obligado a dárnoslas como está a darnos la gloria si guardamos los mandamientos. En cuanto a hacer diligencias para detener el pensamiento en la oración so pretexto de ensayarse para estas mercedes, la Santa lo conceptúa sencillamente como equivocado.

"Yo no puedo persuadirme a industrias humanas en cosas que parece puso Su Majestad límite y las quiso dejar para sí; lo que no dejó otras muchas que podemos con su ayuda, así de penitencias, como de obras, como de oración, hasta donde puede nuestra miseria." (53)

Este creemos ser el genuino pensamiento de Santa Teresa, explícita y repetidamente expuesto en multitud de lugares. Pues

(53) Moradas Cuartas, cap. III, n 5, pág. 532. En las líneas precedentes hemos intentado resumir el pensamiento de Sta. Teresa tal como se desprende de multitud de pasajes. A continuación citamos los más importantes de dichos pasajes: Moradas Primeras, cap. I; Terceras, II, 11; Cuartas, I, 4 y ss.; Cuartas, II, 8; Cuartas, III, 4 y ss.; Quintas, III; Séptimas, IV, 4.

bien, la M. Sorazu coincide en todo con los puntos indicados de la doctrina de Santa Teresa. También ella, al igual que la Doctora del Carmelo, inculca repetidamente el principio de que se deben preferir las virtudes a los dones, o sea las obras a las gracias místicas. Lo que equivale a decir que hacia aquéllas y no hacia éstas debe dirigirse nuestra preocupación.

"Conviene que el director estime la virtud y la prefiera a los dones y gracias sobrenaturales, que sea amigo de las vías ordinarias y que lo demuestre al alma que dirige, especialmente a los principios, hasta asegurarse bien de su vocación y buen espíritu." (54)

Una repetición de esta misma idea hallamos en los Opúsculos Marianos donde hablando de la Anunciación de Nuestra Señora se extiende en comentar la actitud de la Virgen que mostró apreciar más la virtud de la virginidad que el mismo privilegio de la divina maternidad:

"No se precipita... para recoger el privilegio de la divina Maternidad y la diadema de Reina. Ha conocido el secreto de su mérito extraordinario en la estimación de Dios, el inapreciable valor que el Señor se dignó conceder a su inviolable fidelidad a la gracia y a las demás virtudes que ha practicado en su obsequio, y prefiere la virtud a los dones y privilegios." (55)

Si alguna diferencia existe entre Santa Teresa y la Madre Sorazu sobre este punto, la diferencia estriba en que ésta parece aún más rigurosa o preocupada porque las almas no se aficionen o apeguen hacia estas gracias. Como hemos visto en el capítulo precedente, ella tiene el manifiesto propósito de desvanecer la ilusión de muchas almas consagradas a la vida espiritual, las cuales entretienen su amor propio con la perspectiva de estas gracias. No, no es la consecución de las gracias místicas el objeto hacia el que hemos de orientar la vida espiritual. Si Dios nos las da, recibirlas con humildad y gratitud, eso sí, pero por nuestra parte, en vez de pensar en ellas, orientemos nuestro amor y actividad hacia la adorable Persona de Jesús, hacia un amor perfecto y desinteresado de El, amor que no busca sino configurarse con este divino modelo por la imitación de sus virtudes y el abrazo abnegado con sus trabajos y su cruz.

Aunque volvemos a repetir que la inspiración fundamental de Santa Teresa y de la M. Sorazu es absolutamente la misma,

(54) Tratado, pág. 379.
(55) Op. Mar., pág. 66.

con todo tal vez quepa afirmar que en este punto la M. Sorazu está más cerca de San Juan de la Cruz que de aquélla. En efecto, Santa Teresa, al menos prácticamente, concede en sus libros gran importancia al análisis y descripción minuciosa de las gracias y fenómenos místicos; precisamente por eso constituye ella la base indispensable y una fuente de primer orden para el estudio del misticismo (56). Al fin y al cabo esta condición peculiarísima de Santa Teresa nace de su vocación providencial y de la gracia especial que recibió para acertar a darnos sistematizada la mística descriptiva, lo que venía a ser una necesidad apremiante para los directores espirituales. San Juan de la Cruz, al contrario, enseña que no se ha de dar importancia a dichos fenómenos y que el alma debe desinteresarse de ellos (57). Insiste el Santo en exigir del alma un sumo desapego e indiferencia respecto a todas las gracias extraordinarias: basta recorrer el libro segundo de la Subida, donde va enumerando las diversas suertes de gracias y mercedes sobrenaturales e indicando la actitud negativa con que el alma se ha de haber respecto de ellas. Aun respecto de las virtudes debe el alma estar desprendida, de modo que sólo se goce de sus buenas obras por la gloria de Dios (58). Y aun respecto de las mismas gracias de unión, aunque no dice el Santo que el alma las rechace como las otras gracias extraordinarias, pero sí reclama resignación, humildad y desinterés; porque «no tiene el alma qué hacer en ellas en quererlas o no quererlas, sino háyase humilde y resignadamente acerca de ellas, que Dios hará su obra cómo y cuando El quisiere» (59); porque «el medio para que Dios las haga, ha de ser humildad y padecer por amor de Dios con resignación de toda retribución, porque estas mercedes no se hacen al alma propietaria» (60). En suma, aun tratándose de las gracias más deseables, San Juan de la Cruz «no pone acicates de ansias, sino frenos de humildad, resignación y desinterés» (61).

Pues bien, la actitud de la M. Sorazu es exactamente la misma. Anteriormente hemos visto la insistencia con que inculca que las almas no deben buscar en la empresa de la pro-

(56) A. Fonck, Dictionaire de Théol. Cath., art. Mystique, col. 2.628.
(57) Fonck, l. c.
(58) Subida, l. 3, XXVII-XXIX.
(59) Subida, l. 2, XXVI, n. 9.
(60) L. c., n. 10.
(61) Hernández, Guiones, pág. 200.

pia santificación otro fin que la gloria de Dios. Relacionado con esto hemos visto también su deliberado propósito de no fijarse demasiado en los dones místicos considerados en sí mismos, como bienes del alma. Finalmente, la doctrina principal de la Madre Sorazu, al orientar la vida espiritual hacia un amor perfecto y desinteresado de Jesús en lugar de apetecer los grados místicos, nace también de esta misma actitud fundamental, en todo coincidente con la del Místico Doctor.

3. ¿SON NECESARIAS LAS GRACIAS MÍSTICAS PARA CONSEGUIR LA SANTIDAD?—Intimamente relacionada con las precedentes se halla la cuestión acerca de la necesidad de las gracias místicas para alcanzar la santidad. Pocas líneas más arriba hemos visto a Santa Teresa negar expresamente dicha necesidad. También hemos visto en uno de los textos anteriormente citados lo que pensaba la M. Sorazu acerca de la opinión que sostiene la vocación universal a los grados místicos o estados pasivos. (Cfr. Ap. Doc. núm. 276); y en otro texto la hemos visto afirmar expresamente la doble vía. (Cfr. Ap. Doc. núm. 283.) Además no se concibe que insista tanto en la preferencia que se debe dar a las virtudes sobre las gracias místicas y en desinteresar a las almas respecto de éstas, si entre las virtudes y las gracias místicas existe una relación necesaria, si la posesión de gracias místicas es una «conditio sine qua non» para la adquisición de las virtudes perfectas.

Cuando se trata de esta cuestión de la necesidad de la Mística para la santidad, conviene precisar bien el sentido del problema a fin de evitar equívocos y confusiones que nacen del distinto empleo que con frecuencia se hace de unos mismos términos. Como observa muy bien Fonck a este propósito, nadie niega que la santidad supone necesariamente una vida habitual de unión con Dios, la docilidad constante a las inspiraciones del Espíritu Santo, quien de ese modo va tomando la dirección completa del alma. Asimismo todo el mundo admite que el alma verdaderamente generosa y mortificada llegará, si ella persevera, a este estado de posesión completa del espíritu del hombre por el Espíritu de Dios. «Si pues, con el Padre Arintero, se entienden de una manera general todos estos hechos y estados bajo el nombre de hechos y estados místicos, yo no creo que nadie contradiga su tesis; en este sentido todas las almas son llamadas a la vida mística y sin ella no hay san-

tidad» (62). Mas es claro que estos hechos y estados no se llaman místicos más que en un sentido lato e impropio. Al hablar aquí de gracias místicas nos referimos a las estricta y propiamente tales, a aquellas que Santa Teresa reserva el nombre de «sobrenaturales» y que ella distingue cuidadosamente de todas las demás. Pues bien, respecto a éstas creemos, por todo lo dicho, que el sentir de la M. Sorazu es que dichas gracias no son necesarias para conseguir la santidad. Tal vez se aduzca en contra el ejemplo del Tratado, la obra cumbre de la M. Sorazu, obra que a la vez que autobiografía se presenta como un verdadero tratado sobre la vida espiritual. En esta obra, en efecto, tenemos el ejemplo de una vida espiritual llevada hasta su perfecto desarrollo, perfecto desarrollo que no se ha alcanzado sino por la Mística. Mas es claro que la M. Sorazu no pretende en esta obra sino presentar su propio caso, a saber, el caso de un alma que se dió al amor perfecto y desinteresado de Jesús y de María, que no deseó, antes temió los caminos extraordinarios; mas en premio de esta su perfecta adhesión a estos soberanos amores, Dios Nuestro Señor se dignó concederla toda esa espléndida floración de gracias místicas. ¿Se puede deducir de aquí que a toda alma que muestre las mismas disposiciones galardonará el Señor de la misma manera? Creemos que no hay argumento seguro que lo pruebe. Como dice Poulain a renglón seguido de reconocer que casi todos los santos canonizados de cuya vida interior tenemos alguna noticia, han gozado de gracias místicas: este hecho no prueba la relación necesaria entre estas gracias y la santidad, sino que Dios, en su generosidad, se dignó conceder a dichos Santos más de lo que era suficiente para que alcanzaran la santidad; qué es lo que hizo con otros que El quiso permanecieran ignorados y qué hará con otros que en lo futuro quiera glorificar, no lo sabemos (63).

Finalmente recordaremos aquí al lector los pasajes o puntos afines al presente y que han sido tratados en el curso de nuestra obra, conforme se presentaba la ocasión: la actitud psicológica de incredulidad, recelo o indiferencia que mostró siempre Sor Angeles hacia las gracias místicas, págs. 46 y 230, la causa por la que necesitaba ella de dirección, a saber, por el derroche y poco aprecio que hacía de tales gracias, pág. 168; los modos diversos de las comunicaciones místicas, pág. 178;

(62) Revue d'Ascetique et de Mystique, 1921, págs. 184-5; citado por Fonck, D. T. C., art. Mystique, col. 2.664-5.

(63) Poulain, o. c., XXVIII, n. 13; pág. 554.

la no universalidad de la vía mística, pág. 373; la contraposición entre la *Teología Divino-Cristiana* y la *Teología Mística*, con su enemiga hacia los libros de Mística, pág. 372; finalmente, la explícita aserción de la doble vía, pág. 387.

4. IMPORTANCIA DE LA ASCÉTICA.—El precedente principio acerca de la preferencia que se debe dar a las virtudes sobre las gracias místicas nos lleva también como por la mano a tratar este otro punto en que convienen absolutamente tanto la mística castellana como la vascongada. Santa Teresa, en efecto, inculca repetidas veces que la oración debe ordenarse siempre a que nazcan obras; que si ponemos el fundamento en sólo rezar y contemplar, siempre nos quedaremos enanos (64).

En otro lugar dice la mística Doctora:

"Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen y muy encapotadas cuando están en ella, que no parece no se osan bullir ni menear el pensamiento, porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor; y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti..." (65)

Perfecto amor de Dios y del prójimo, he aquí en lo que se resume toda la santidad. A alcanzar esto debemos dirigir todos nuestros esfuerzos. Mas como los grados que describe Santa Teresa en las Moradas son directamente grados de oración mística y no precisamente grados de perfección en las virtudes; por eso, para prevenir la ilusión de algunas almas que al leerlos se aficionaran demasiado a dichos grados, termina la Santa su celebérrimo Castillo inculcando la importancia definitiva de las virtudes (66).

En cuanto a la M. Sorazu, además del susodicho principio de que se deben preferir las virtudes a las gracias místicas, tenemos varios otros lugares que ya antes hemos citado y que conviene recordar aquí. Recuérdese sobre todo el texto del Apéndice Documental núm. 270, donde la M. Sorazu inculca muy mucho a las almas espirituales que se esfuercen sobre todo en ajustarse a las leyes establecidas, en observar los divinos man-

(64) Séptimas Moradas, IV, n. 9; pág. 643.
(65) Moradas Quintas, III, n. 11; pág. 553
(66) Séptimas Moradas, IV, 9; pág. 643.

damientos, virtudes cristianas, reglas, deberes de estado, etcétera, pues este es el único camino que las llevará a la verdadera santidad. A través de sus páginas hemos podido observar constantemente el decidido propósito de desvanecer la ilusión o engaño que padecen ciertas almas religiosas que se dedican a estudiarse a sí mismas, su oración, etc., y con este fin leen tratados de mística, ansían los grados que en ellos se explican, etcétera. Podría citarse también aquí el Ap. Doc. núm. 275, donde entre las almas a quienes perjudica la lectura de libros de mística enumera a las que sin haberse preocupado por alcanzar la sólida y debida fundamentación cristiana y religiosa, empiezan su vida espiritual devorando libros de mística y construyendo castillos de fantástica espiritualidad; como también las almas inclinadas al quietismo, que por no trabajar en la meditación, se abandonan al ocio y aun se imaginan que tienen oración de quietud.

No está hoy de más inculcar esta necesidad e importancia de la Ascética, cuando en ciertos sectores se oyen a veces expresiones de menos aprecio hacia ella, so pretexto de revalorizar la Mística, como si cupiera otra preparación para la Mística que la que consiste en la perfecta observancia de la Ascética. Como dice Poulain, es un error peligroso pasarse el tiempo soñando en las vías místicas. Ciertas almas entretienen su amor propio en prepararse para ellas, como si existiera otra preparación que la fidelidad a todos los deberes de estado, la práctica de las virtudes ordinarias, la perfección de las acciones más comunes. Por estas aspiraciones quiméricas a gracias que no están en relación con sus disposiciones actuales, ciertas almas pierden las gracias de santidad que Dios les destinaba. Lo práctico es que cuidemos de perfeccionarnos en la vía en que nos hallamos y de responder a las gracias que tenemos. Las almas que Dios llama a las vías más altas son aquellas que, a la par que se reconocen las más indignas, se preocupan ante todo de caminar lo mejor posible en las vías comunes (67). La precedente observación de Poulain creemos está en el más perfecto acuerdo con la doctrina y la vida de la M. Sorazu.

5. CONCIENCIA DE PECADO. — Finalmente, terminemos esta breve enumeración de puntos de contacto entre Santa Teresa y la M. Sorazu refiriéndonos a la conciencia de pecado, de profunda miseria, que ambas tienen tan hondamente arraigada y

(67) Poulain, o. c., Préface, pág. CI.

metida en el alma. También esto creímos en un principio sería consecuencia hasta cierto punto del carácter especial o índole tímida y encogida de la M. Sorazu, pero al comprobarlo igualmente en Santa Teresa concluímos que ello es algo propio de toda alma a quien Dios hace estas mercedes, si va animada de buen espíritu. «Yo no tendría por seguro, por favorecida que un alma esté de Dios, que se olvidase de que en algún tiempo se vió en miserable estado» (68). El dolor de los pecados crece más mientras más se recibe de Dios. Se acuerda el alma más de esto que de las mercedes que recibe. Una de las principales causas por las que ella —Santa Teresa— deseaba morir era por no sentir esta pena de cuán desagradecida había sido siempre a Dios (69). Estas afirmaciones de Santa Teresa pudiera suscribirlas a la letra la M. Sorazu. Bastará a nuestro propósito comparar el principio con que ambas encabezan sus respectivas Autobiografías:

"Quisiera yo que como me han mandado y dado larga licencia para que escriba el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran para que muy por menudo y con claridad dijera mis grandes pecados y ruin vida. Diérame gran consuelo. Mas no han querido, antes atádome mucho en este caso; y por esto pido, por amor del Señor, tenga delante de los ojos quien este discurso de mi vida leyere, que ha sido tan ruin, que no he hallado santo, de los que se tornaran a Dios, con quien consolarme. Porque considero que, después que el Señor los llamaba, no le tornaban a ofender. Yo no sólo tornaba a ser peor, sino que parece traía estudio a resistir las mercedes que Su Majestad me hacía, como quien se veía obligar a servir más y entendía de sí no podía pagar lo menos de lo que debía." (70)

Y la M. Sorazu:

"Con asombro y repugnancia grandes tomo la pluma para referir no sé si mi historia o las divinas relaciones de la divina Misericordia con esta nada criminal, merecedora de todo desprecio. La infinita estimación que merecen las misericordias de mi Dios, quisiera traducirla refiriendo su historia con el aprecio y perfección que se merece; mas viendo que con ella se confunde mi nada criminal y que aparecerá quizá identificada con la misma en esta historia, la relataría con sumo desprecio y en términos generales y confusos, si la obediencia me permitiera, y hasta quisiera escribirla con carbón en lugar de pluma y tinta. Ya que esto no se me concede, procuraré regular mi conducta —en este trabajo escriturario— con los efectos que predominan en mi corazón, modificando, ora la estimación que las relaciones divinas me merecen, ora el propio aborrecimiento, para que resulte una relación modesta. Dígnese el Señor bendecir mi sacrificio." (71)

---

(68) Moradas Sextas, VII, 4, pág. 596.
(69) Moradas Sextas, VII, 3, pág. 596.
(70) Sta. Teresa, Vida, prólogo; pág. 33.
(71) Sorazu, Vida, I, 1, pág. 13.

6. LA M. SORAZU Y LA ESPIRITUALIDAD FRANCISCANA.—De todo lo que vamos diciendo va quedando claro que la vocación providencial de la M. Sorazu parece haber sido el poner de relieve, tanto en su vida como en su doctrina, aquello que constituye el eje fundamental, por así decir, sobre el que gira y se desenvuelve toda auténtica espiritualidad cristiana, a saber: la devoción a Jesucristo y a su bendita Madre. La orientación del alma hacia Jesús y los misterios cristianos, he aquí en definitiva la lección y la enseñanza capital que se desprende de este caso interesante que es la vida mística de la M. Sorazu.

Por lo mismo resulta ocioso pararse a demostrar los puntos de convergencia o coincidencia de la M. Sorazu con ninguna espiritualidad cristiana. Puesto que se trata de lo que constituye el fondo o patrimonio común de todas las variedades y modalidades de espiritualidad cristiana, es cosa que salta a la vista. Unicamente añadiremos alguna sencilla reflexión o consideración, para que se vea cuán felizmente encaja la M. Sorazu, con su vida y doctrina tal como quedan estudiadas, dentro de la espiritualidad franciscana, a la que pertenece y de la que viene a ser una de las glorias más puras y de las más genuinas representantes en la época contemporánea.

De todos conocido es el carácter cristocentrista que distingue a la espiritualidad franciscana. San Francisco (que en esto tuvo por precursor a San Bernardo), con el portentoso ejemplo de su santidad determinó en todo el Occidente de Europa un renacimiento de la devoción a Jesucristo, un reflorecer del amor a Nuestro Señor y a su Santísima Madre, que fueron en definitiva los objetos a que se orientaba toda su vida religiosa. Más en concreto, fué la Santa Humanidad de Jesús la que Francisco amó, reverenció y adoró con un culto, un amor y unas características tales que no se encuentran en las manifestaciones cristianas anteriores a él. La piedad franciscana profesa un amor afectivo, tierno y caliente hacia la Santa Humanidad del Salvador y hacia sus misterios, que son los estados en que se nos manifestó esta Santa Humanidad. Por eso observamos que a partir de San Francisco no sólo la literatura, sino aun el mismo arte cristiano, se humaniza e intenta darnos en sus producciones un Jesús más humano, más cercano a nosotros, más hermano nuestro, en una palabra, un Jesús hasta cierto punto distinto del que nos presentaban esos Cristos hieráticos de la época bizantina, que pretenden poner de relieve la divinidad, la realeza, y transcendencia de Cristo, pero alejándolo excesiva-

mente de nosotros por no prestar la suficiente atención a su Humanidad, que es al fin y al cabo la que nos salvó y por la que El viene a ser nuestro camino para Dios. Fruto el más clásico y representativo de esta modalidad espiritual franciscana son, como es sabido, las *Meditationes Vitæ Christi* que por mucho tiempo se consideraron como obra del Seráfico Doctor San Buenaventura y que, aunque no sean suyas, llevan de todo en todo el sello y la inspiración de la piedad franciscano-bonaventuriana. De ellas ha podido decirse: «La Edad Media y el franciscanismo han depositado aquí lo mejor de su alma» (72).

Basta ojear estas preciosas Meditaciones, como cualquier otro de los más genuinos frutos de la espiritualidad franciscana, para echar de ver cómo se respira en ellas este delicioso amor a Jesús y María, hacia «*Cristo bendito*», como suelen decir las Florecillas de San Francisco, es decir, un Jesús y María vivos, humanos, hermanos nuestros.

Del mismo modo, aparece claro del estudio de la vida del Santo de Asís que lo que constituyó el ideal de toda ella, la orientación y la preocupación máxima y por así decir única, fué la imitación de este Jesús hermano nuestro, apasionadamente amado y sentido por el Pobrecillo. E inseparablemente unido con Jesús viene siempre en San Francisco y en toda la espiritualidad franciscana, el amor a su Santísima Madre. Y fruto doctrinal de esta espiritualidad franciscana decididamente orientada hacia la Humanidad del Salvador fué el sistema teológico de Escoto, que es ni más ni menos el cristocentrismo llevado a sus últimas consecuencias. Cristo Hombre es la razón de ser de todas las obras de Dios ad extra, el centro y fin a donde convergen y se ordenan todas las creaturas en el pensamiento y en los planes de Dios. Después de todo lo que llevamos visto en la vida y doctrina de la M. Angeles, creemos resulta innecesario pararse a demostrar el acuerdo que existe entre la Madre Sorazu y la espiritualidad franciscana, cuya característica más típica hemos indicado (73).

---

(72) Bibliothéque catholique des Sciences religieuses, París, 1929, pág. 35; citado en las Obras de San Buenaventura, ed. B. A. C., t, II, pág. 735, nota.

(73) Véanse Breton, (Valentín, O. F. M.), «El Cristo del alma franciscana», Ediciones Pax et Bonum, Buenos Aires, 1941.—Ubald d'Alençon, O. F. M., Cap. «El espíritu franciscano», Ediciones Pax et Bonum, Buenos Aires, 1945.—Gemelli (Agustín, O. F. M.), «Franciscanismo», Luis Gili, editor, Barcelona, 1940.—Madariaga (Bernardo, O. F. M.), «Pedagogía Franciscana», Padres Franciscanos de Cantabria, 1942.

ARTÍCULO III

La M. Sorazu como escritora

1. CONTENIDO PECULIAR O CARACTERÍSTICO DE SUS OBRAS.—
2. CUALIDADES Y DEFECTOS DE ESTILO.—3. TÉRMINOS TÉCNICOS

1. CONTENIDO PECULIAR O CARACTERÍSTICO DE SUS OBRAS.—Si quisiéramos comparar entre sí a Santa Teresa y la M. Sorazu en cuanto al contenido peculiar o característico de sus escritos, habría que decir que existe entre ambas una gran diferencia y que cada una tiene un sabor de boca muy diverso de la otra. Hablando en términos generales, Santa Teresa es más realista y se fija más en la descripción detallada y minuciosa del fenómeno psicológico, sus repercusiones somáticas, efectos de ganancia en la virtud, etc. En suma, concentra toda su atención en describirnos minuciosamente la «merced sobrenatural» y los frutos que produce en el alma. En la M. Sorazu no se encuentran, al menos tan frecuentemente, estas descripciones tan concretas y realistas; incluso desdeña el fijar su atención demasiado en este punto. En lo que creemos estriba su fuerte es en describir las cosas contempladas, es decir, los horizontes que el alma descubriera en Dios al tiempo de las divinas comunicaciones. Aquí es, en efecto, donde se explaya su pluma y alcanza alturas verdaderamente sublimes. Misterios de Cristo, atributos divinos, procesiones trinitarias...: los panoramas y horizontes ilimitados que nos ha descrito en el Tratado como aprehendidos en sus divinas contemplaciones no tienen igual. En este sentido no creemos exagerar si decimos que la Madre Sorazu es mucho más sublime que la misma Santa Teresa.

2. CUALIDADES Y DEFECTOS DE ESTILO.—En cuanto al estilo no osaremos comparar a la M. Sorazu con Santa Teresa, aunque sí cabe afirmar que maneja la lengua castellana con una soltura y destreza poco común y que tiene páginas verdaderamente estupendas y admirables. Por no salir de las que reproducimos en nuestro Apéndice Documental, podríamos citar, por vía de ejemplo, un buen número de textos de los insertados en dicho Apéndice Documental. Tales, por ejemplo, los números 76, 77, 98, 100, 116, 123, 62, 75, 131, 151, 175, 176, 177,

196, 210-11-12, 215, 229, 231, etc. Mas también es cierto que no faltan, al lado de estas páginas literariamente bellas, otras que resultan un tanto monótonas, incoloras, pálidas y desmazaladas. Algunas veces se nota también en el lenguaje cierta falta de naturalidad, cierto artificio, por ejemplo en algunas páginas de «La Ovejita de María»: hacen impresión de un castellano más bien aprendido en libros y en libros un tanto clásicos (74). Hipérbaton algún tanto violento y artificioso a fuer de querer ser elegante: «prometido había» (75), «logrado he» (76), «religiosa vocación» (77), «si que también» (78). Su Padre verdad, cuando le mandó escribir la Autobiografía, le impuso el precepto de que se esmerara en hacerla lo mejor que le fuera posible. Ella procuró cumplir esta obediencia lo mejor que se le alcanzaba, y así vemos que a veces emplea vocablos que a su juicio son más selectos, dejando los populares o corrientes. Por ejemplo, decir «templo» por iglesia (varias veces en los primeros capítulos de la Vida). Allí mismo nos dice también que leía la «biografía» de San Francisco: indudablemente esta palabra le parecía más selecta y escogida que la vulgar «vida».

Una de las leyes más constantes de la sintaxis vasca es el expresarse poniendo el objeto inquirido de la oración inmediatamente antes del verbo. Es una ley tan característica y consustancial al genio vasco que pasa instintivamente al castellano en persona habituada a expresarse en vascuence. La M. Angeles, aunque se adaptó con bastante perfección al castellano, con todo tiene bastantes ejemplos de esto. Véanse algunos: «*La historia tenía* como a mi vista...» (79), «*El infierno miraba* como mi centro» (80), «*El girasol parecíame* un retrato de mi alma» (81), «*La felicidad y la paz recobré*» (82), «Si ha penetrado en ella —la tribulación—, *...una oleada de gloria envía* a la parte inferior» (83), «*una infinidad de actos practicaba*» (84). En las

(74) Cfr. por ejemplo, Op. Mar., pág. 109.
(75) Op. Mar., pág. 188.
(76) Op. Mar., págs. 129-130.
(77) Op. Mar., pág. 107.
(78) Véanse págs. 104, 132.
(79) Vida, pág. 174.
(80) Ap. Doc. núm. 45.
(81) Vida, pág. 151.
(82) Op. Mar., pág. 144.
(83) Tratado, pág. 271.
(84) Véase Ap. Doc. núm. 110, g).

Cartas hallamos también varias veces el «pues» empleado en un sentido que parece calcado del «ba» vasco: «y el pobrecito, pues lo siente mucho» (85). «Y después de estos deseos y protestas tomar más alimento..., pues me remuerde, como es natural» (86).

Por lo demás, suele emplear incorrectamente algunas palabras: «yacer» por estar o hallarse (87), «cumplimentar» por cumplir (88), «intimidar» por intimar (89), «aprender» por aprehender, «trabajo escriturario» por literario, etc.

3. TÉRMINOS TÉCNICOS. — Tampoco están completamente ausentes de las obras de la M. Sorazu las palabras técnicas o terminología científica. Nos referimos a términos de Mística y de Teología. Véanse algunos, tomados sobre todo del Tratado, que es donde principalmente se encuentran: Vida ad intra, lumen gloriæ, facie ad faciem, Aseidad, relaciones esenciales de Dios, amor sustancial de Dios, noticias sustanciales, palabras sustanciales, heridas de amor, gloria esencial y accidental de Dios, oración de quietud, amor estimativo, etc. ¿Dónde aprendió la M. Angeles estos términos técnicos? Creemos que la fuente principal fué la formación oral recibida de sus directores espirituales, especialmente del P. Mariano y del P. Alfonso. Tal vez más del segundo que del primero, pues consta que el P. Alfonso era muy aficionado a la lectura de los místicos, singularmente de Santa Teresa, y como residía en el mismo Valladolid tenía más facilidad para atender asiduamente a la Madre Angeles. Al exponerle ésta, como era su deber, toda su vida mística y las mercedes que recibía de Dios, es de suponer que aquél procuraría ilustrarla y explicarle a la luz de la ciencia mística y teológica cuanto ella exponía, con lo cual iba aprendiendo las denominaciones técnicas de muchas cosas que por ella habían pasado. Es altamente significativo a este respecto el comprobar que casi todos estos términos técnicos se hallan en el Tratado, que es obra de su época posterior, cuando se dirigía con el P. Alfonso. En cambio en la Autobiografía y en las cartas escritas durante el primer período de dirección con el P. Mariano apenas hallamos tales tecnicismos. En

(85) Cartas, t. I, pág. 161.
(86) Cartas, t. I, pág. 156; cfr. también, págs. 117 y 158.
(87) Tratado, págs. 292 y 327; Vida, pág. 272.
(88) Op. Mar., pág. 235; Tratado, pág. 194.
(89) Tratado, pág. 148.

este punto tal vez perdió la experiencia de la M. Sorazu algo de su valor auténtico al ponerse en contacto con los tecnicismos de la Teología Mística, que el P. Alfonso le enseñó. En efecto, la expresión enteramente directa, propia, sincera e incontaminada de influencias extrañas, de sus experiencias místicas personales tiene para nosotros un valor mucho más alto. ¡Qué impresión de sinceridad, de algo fresco, directo y auténtico, de una traducción enteramente directa y propia de sus experiencias íntimas se recoge de tantos preciosos testimonios de la Autobiografía y de las Cartas! Valga por un ejemplo el Apéndice Documental núm. 79. Y afortunadamente, aun en el Tratado, la influencia científica es bien escasa y se reduce al empleo de esos pocos términos que quedan indicados. Además de esta fuente principal, que es la dirección, tampoco se puede excluir la formación recibida por medio de las lecturas. Una religiosa compañera suya nos da el siguiente testimonio (lo de que entendía el latín no es del todo exacto, cfr. Tratado, pág. 7):

"...—el— Señor la dotó de un entendimiento muy claro para penetrar las cosas de Dios y una inteligencia muy fecunda; algunas veces me ha dicho que sin ella querer siempre estaba discurriendo, y aun por sueños estaba predicando, y una memoria feliz. Entendía el latín, así que siempre la veía andar con los breviarios a vueltas y con los santos Evangelios y con la Sagrada Escritura..." (90)

Mas no parece haya sido muy apreciable el influjo de las lecturas en orden a esta formación técnica o científica. Ya hemos visto su poca afición a la lectura de autores místicos. Ella misma nos ha dejado la lista de los principales libros que manejó y casi todos son libros ascéticos o comunes.

ARTÍCULO IV

Aportaciones de la M. Sorazu a la ciencia mística
Juicio final

1. APORTACIONES.—Antes de terminar, tratemos de resumir las principales aportaciones que parece hacer la M. Sorazu a la ciencia mística. Desde luego, la descripción original, direc-

(90) Vida, pág. 58, nota.

**

ta de una experiencia riquísima como la suya, constituye una aportación real, de alto y positivo valor. Pero la aportación principal, la que tal vez constituye la misión providencial de la M. Sorazu, parece estribar en ese particularísimo relieve que ella concede a la devoción a Cristo y a la Virgen, en ese empeño por apartar la atención de las almas de las gracias místicas consideradas en sí mismas para centrarla en Jesús y María. ¿Corrige en esto la M. Sorazu a los místicos anteriores? No, también ellos enseñan esto mismo, como hemos visto; mas existía cierta necesidad de ponerlo más de resalto, y tal vez sea ésta como decimos la misión providencial de la M. Sorazu. Otra aportación, también muy apreciable, constituye su extensa y detallada descripción del estado de matrimonio, aún no bien estudiado por los tratadistas de Mística. En su descripción del primer estadio o contemplación simple, tal vez no haya nada que pueda llamarse propiamente nuevo, que no se encuentre sustancialmente en los otros místicos anteriores. En cambio, el segundo estadio o contemplación mixta es una novedad no registrada por los místicos tradicionales, al menos como constituyendo un estadio nuevo y más elevado de contemplación dentro del matrimonio espiritual. Son los especialistas de Mística los llamados a juzgar del valor o alcance de estas clasificaciones.

Finalmente la M. Sorazu ha puesto como término final y cumbre suprema de la vida espiritual la experiencia mística de Jesús viviente en el alma. También este es un punto al que ella ha dado más relieve que los místicos anteriores. No hay duda que esta idea de Jesús viviente en el alma entraña una concepción de la vida espiritual impregnada de teología y la que más en consonancia está con multitud de textos de San Pablo y de San Juan. «Es la idea que de la vida espiritual se formó la primitiva Iglesia, cuyos fieles tan compenetrados se hallaban de la presencia e inhabitación de Cristo» (91). Estamos aún muy lejos de haber agotado todo el meollo teológico y místico que se encierra en tantas enérgicas frases paulinas, en tantas palabras del Salvador, etc. Jesús es un Hombre que hace vivir a todos los hombres; vivirle en nosotros, reproducirle, llegar a vivir con su vida, de modo que El venga a ser el único ser viviente de cada uno de nosotros, he aquí a lo que se reduce el destino del cristiano. Pues bien, la M. Sorazu nos describe la experiencia mística de esta vida de Jesús viviente

(91) Aramendía, «Escuela Mística Mariana», en La Vida Sobrenatural, XXIX (1935), página 319.

en su alma. Y esta es la gracia que ella ardientemente deseaba para todo cristiano, pero muy singularmente para los sacerdotes. ¿Quiere esto decir que ella creía que todos están llamados a recibir esta merced mística que ella experimentó? Creemos que no, por todo lo dicho. Llegar a vivir a Cristo en nosotros por el empeño ascético en imitarle y reproducir sus virtudes, éste sí es el fin a que todos estamos llamados; mas la experiencia mística de esta presencia de Jesús en nosotros, de esta realidad ontológica es exclusiva de la vía mística. La M. Sorazu suscribiría en este punto lo que dice Santa Teresa a sus hijas a propósito de la oración de unión: la unión que habéis de alcanzar, la que yo siempre he deseado, ha sido la unión o conformidad con la voluntad de Dios; si esto buscáis, no se os dé nada de esotra unión regalada o mística (92). En resumidas cuentas, en este punto hemos de ponernos en las manos de Dios, quien sabe mejor que nosotros qué es lo que más nos conviene (93).

2. JUICIO FINAL.—Con cierto temor nos aventuramos a formular un juicio final sobre el valor, mérito o talla de la figura de la M. Sorazu en el campo de la literatura mística. ¡Es tan fácil que quien se ha dedicado por largo tiempo al contacto íntimo y continuado de un autor acabe por sugestionarse y encariñarse con él, hasta el punto de perder la visión ecuánime que le permite enjuiciar serenamente su valor objetivo!... Por eso tal vez sea preferible que el mismo lector juzgue la talla de la mística vascongada tal como se deduce del presente estudio. Desde luego, nosotros tenemos la persuasión íntima de que nos hallamos en presencia de una figura de primera magnitud, de que nuestra autora puede figurar sin detrimento entre las primeras figuras de su sexo que se citan como las más eximias representantes de la Mística experimental o descriptiva, a saber: Angela de Foligno, Catalina de Sena, Catalina de Génova, Teresa de Jesús, María de la Encarnación... Esta apreciación la ha sugerido antes de nosotros un ilustre escritor, perito en los estudios místicos, al citar a nuestra autora a renglón seguido de esas otras, como una más entre las pocas figuras señeras verdaderamente originales que nos ofrece el campo de la mística experimental (94).

---

(92) Moradas Quintas, III, 3, pág. 550.

(93) Terceras Moradas, II, 11, págs. 516-7.

(94) Baldomero Jiménez Duque, Pbro. «Problemas de Metodología en los estudios místicos», en «La Ciencia Tomista», 1948, pág. 225.

Ciertamente no es la M. Sorazu de ese número casi innumerable de místicos y místicas sin originalidad, que copian, repiten, y aun cuando sus experiencias hayan sido verdaderas, dependen de otros en la formulación externa de las mismas. La originalidad y valor propio de nuestra autora queda bien patente. De labios del P. Camilo Abad, S. J., hemos oído decir que sinceramente creía que desde los días de Santa Teresa no se había escrito cosa semejante. Y al P. Luis Ahedo, O. F. M., asimismo hemos escuchado expresar su convicción de que andando el tiempo la M. Sorazu vendrá a ser citada a una con las más excelsas figuras de la Mística.

Con estas citas prestadas no queremos sino decir lo que por nosotros tal vez no nos hubiéramos atrevido, a saber: que nos hallamos en presencia de una figura de primer orden en el campo de la Mística experimental, de una figura cuya grandeza e importancia irá siendo reconocida cada vez más a medida que vaya siendo conocida y estudiada por los estudiosos de la Mística.

INDICES ALFABETICOS

INDICE ONOMASTICO

Los números indican la página

ABAD (P. Camilo, S. J.), 2, 20, 422.
ABAD (M. Presentacion), 15, 20, 81, 109, 290, 331, 350, 351, 353.
AGREDA (Vble. Maria de Jesus de), 101, 108, 113, 115, 380.
AGUIRRE (D. Domingo, Pbro.), 41.
AGUSTIN (San), 71, 353.
AHEDO (P. Luis, O. F. M.), 422.
AIZPURUA (Antonia), 343.
ALENCON (P. Ubald d', O. F. M. Cap.), 415.
ALVAREZ (P. Rodrigo), 24.
ANDUEZA (D. G.), 2.
ANGELA DE FOLIGNO (Santa), 421.
APERRIBAY (P. Bernardo, O. F. M.), 22.
ARAMENDIA (P. Julio, C. M. F.), 21, 376, 420.
ARANZADI (Engracio), 40.
ARINTERO (P. Juan G., O. P.), 10, 385, 409.
ARTECHE (José), 40.
ARTERO (D. José, Pbro.), 20.
AZKUE (D. Resurreccion M.ª, Pbro.), 39.

BALIC (P. Carlos, O. F. M.), 120.
BARRIOLA (D. Martin, Pbro.), 78.
BASILIO de S. Pablo (P. Pasionista), 327.
BECKERS (P. Humberto, S. J.), 22-23.
BEOBIDE (D. Juan M.ª, Pbro.), 21.
BERNARDO (San), 261, 414.
BERRIOCHOA (Beato Valentin de), 57.
BONNIOT (P. De), 263.
BRETON (P. Valentin, O. F. M.), 415.
BRIGIDA (Santa), 327.
BUCK (P. De, S. J.), 8.
BUENAVENTURA (San), 28, 33, 73, 121, 123, 143, 149, 161, 200, 243, 269, 321, 326, 357, 415.

CARDENOSO (P. Leonardo, O. F. M.), 15.
CATALINA de Génova (Santa), 421.
CATALINA de Sena (Santa), 326, 421.

CLARA (Santa), 82, 350.
COS (Dr. Carlos de), 290.
CUESTA (P. Salvador, S. J.), 71.

DOMINGO (Santo), 380.

EDUARDO de Santa Teresa (P., C. D.), 25, 199, 200.
EIZAGUIRRE (P. Javier, O. F. M.), 20.
ELORRIAGA (Martín), 41.
ELOSEGUI (Antonio), 19.
ESCOTO (Vble. Juan Duns), 120, 415.
ESPERANZA de San Rafael (M.), 78, 188, 209.

FONCK, 23, 408, 409, 410.
FRANCISCO de Asís (San), 66, 72, 79, 91, 105, 107, 161, 171, 200, 241, 321, 326, 346, 380, 414, 415, 417.
FRANCISCO Javier (San), 57.

GARCIA (P., S. J.), 374.
GEMA (Santa), 327.
GEMELLI (P. Agustín, O. F. M.), 45.
GERTRUDIS (Santa), 325, 327.
GORRITI (Felipe), 78.
GRIGNION de Montfort (San Luis), 377.
GUIBERT (P. De, S. J.), 47.
GUTIERREZ (P. Enrique B., O. F. M.), 15, 21.

HEERINCKX (P. Jacobus, O. F. M.), 241.
HERNANDEZ (P. Eusebio, S. J.), 25, 56, 68, 88, 89, 94, 96, 98, 172, 270, 304, 373, 384, 408.
HOORNAERT, 7.
HOSPITAL Frago (D. José, Pbro.), 192, 220.
HOSPITAL (Excmo. Sr. Juvencio-Agustín), 14, 90, 131, 220, 314.

IBAR, 57.
IGNACIO de Loyola (San), 57, 163.
INES de Asís (Santa), 350.
IRURETAGOYENA (D. Juan, Pbro.), 39.
ISABEL de la Trinidad (Sor), 179.

JIMENEZ (D. Baldomero, Pbro.), 24, 421.
JUAN de la Cruz (San), 8, 25, 89, 124, 161, 200, 245, 270, 287, 289, 300, 327, 350, 394, 397, 398, 401, 405, 406, 408.
JULIO II Papa, 82.

LIGORIO (San Alfonso de), 382.
MADARIAGA (P. Bernardo, O. F. M.), 415.
MAGDALENA de Pazzis (Santa), 327.
MARGARITA M.ª de Alacoque (Santa), 59.
MARIA Angeles de Santa Monica (Sor), 19.
MARIA de la Encarnacion (Vble.), 421.
MARIA del Rosario (Sor), 189.
MARIA de Santa Teresa, 376-377.

MARMION (Dom Columba, O. S. B.), 165, 242.
MARTINEZ (P. Mariano, O. F. M.), 20.
MAYORA (Mons. D. Wenceslao), 21.
MERSCH (P. Emilio, S. J.), 316.
MIGUEL Arcángel (San), 41, 83.
MIGUEL de San Agustín, 377.

NIEREMBERG, 17-18.
NIETO (P. Narciso, O. F. M.), 31, 303, 305, 336.

OCERIN-JAUREGUI (P. Andrés, O. F. M.), 15, 31, 39, 108, 109, 175, 186, 188, 209, 317.
ODIETA, 81.
OLASCOAGA (Concepción), 18, 83, 156, 345.
OMAECHEVARRIA (P. Ignacio, O. F. M.), 22, 149, 153, 357.
OTEGUI (María), 19.

PEREZ (P. Nazario, S. J.), 2, 3, 6, 7, 9, 10, 13, 14, 18, 20, 21, 58, 60, 81, 86, 101, 119, 190, 220, 313, 318, 337, 338, 345, 346, 373, 374, 378, 379, 381, 386.
POBLADURA (P. Melchor de, O. F. M. Cap), 2, 7, 8, 10, 11, 17, 18, 22, 57, 58, 123, 188, 276, 290, 318, 338, 370.
POULAIN (P. Aug., S. J.), 25, 51, 88, 132, 174, 238, 239, 254, 263, 410, 412.
PUEBLA (M. Natividad de la), 20.
PUENTE (P. Luis de la, S. J.), 308, 319.

RIBADENEIRA, 57.
RIBERA, 58, 59.

SAENZ de Tejada (P., S. J.), 59.
SAINZ Rodriguez (Pedro), 20, 395.
SALDAÑA (P. Antonino, O. P.), 14.
SARASOLA (P. Luis de, O. F. M.), 66, 105, 241.
SEGURA (Excmo. Sr. Cardenal D. Pedro), 337.
SEISDEDOS (P. Jerónimo, S. J.), 374.
SOLOETA (P. Tomás, O. F. M.), 19.
SORAZU (Joaquín-Luis), 168.
SORAZU (María), 345.
SORAZU (Mariano), 53, 166.
SORAZU (Fr. Pedro Regalado, O. F. M.), 18, 345.

TELLECHEA (D. Francisco, Pbro.), 77.
TERESA de Jesús (Santa), 7, 24, 30, 58, 59, 200, 238, 327, 373, 384, 395, 396, 397, 398, 400, 402, 403, 404, 405, 406, 407, 408, 409, 410, 411, 412, 413, 416, 418, 421.
TERESA del Niño Jesús (Santa), 179.
TERRIEN (P. J. B., S. J.), 45.
TERTULIANO, 185.

UGALDE (H.ª Encarnación), 52.
UGARTE (P. José Antonio, O. F. M.), 58.

VAN der Sceer (P., S. J.), 22.
VEGA (P. Alfonso, O. P.), 5, 6, 13, 14, 31, 306, 309, 317, 318, 321, 326, 333, 336, 337, 339, 393, 418, 419.
VEGA (P. Mariano de, O. F. M. Cap.), 3, 7, 8, 9, 15, 16, 17, 19, 22, 31, 38, 45, 46, 58, 60, 61, 87, 125, 133, 138, 169, 174, 192, 193, 205, 207, 209, 213, 217, 219, 221, 222, 223, 225, 226, 229, 230, 238, 249, 252, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 274, 276, 285, 286, 289, 290, 291, 332, 333, 334, 335, 336, 337, 338, 339, 340, 341, 343, 344, 345, 346, 348, 354, 358, 389, 418.
VERMEERSCH (P. A., S. J.), 381, 382.
VERONICA de Julianis (Santa), 327.
VIDAL (Encarnacion), 18, 19, 56, 69, 72, 85, 402.
VILLAMALA (José), 377.
VILLER (P. Marcel, S. J.), 8, 23.

WILLIAM Thomas Walsh, 59.

ZUBIA (Encarnación), 18, 21.

INDICE DE MATERIAS

Los números indican la página

ABADESA. Elección de S. para —, 188. Su actuación como —, 237.
AMBIENTE familiar y social en que se crió S., 40, 51.
ANGELES. Devoción de S. a los — y deseo de llamarse Sor María de los —, 83. Relaciones con los —, 169. Con los — del Sagrario, 170.
ANSIAS místicas durante el período de expectación que precedió a la entrega de Dios, 127.
APELLIDOS de S., 38.
APICE del alma, 171. Su riquísima vida mística se concentra en el —, 281.
APORTACIONES de S. a la ciencia mística, 419.
ASCETICA. Importancia de la —, 411.
ASEIDAD, atributo divino gustado por el alma, 282.
ASPIRACIONES hacia una santidad altísima en el período de conversión, 69.
ATRIBUTOS divinos. Véase ASEIDAD, CARIDAD, FECUNDIDAD, JUSTICIA, MISERICORDIA, VOLUNTAD, etc.
AUSTERIDADES y privaciones practicadas por S. en la época de purgación, 106. Idem en el Convento de Jesús-María, 158 y ss.
AUTOBIOGRAFIA de S., 6 y ss.

BAILE suelto: afición de S. al — durante su época de extravío, 56.
BIBLIOGRAFIA acerca de la M. S., 20.
BOINAS (Fábrica de), donde S. fué obrera, 43.

CANTO. El — en la vida mística de S., 81.
CAPACIDAD anímica. Dilatación de la —, 157, 163, 250.
CARACTER de S., 51 y ss.
CARIDAD. Amor de — que no mira al interés, fruto de la purgación pasiva, 99. Que se complace en los privilegios de la Virgen más que si fueran propios, 115. Una falta de —, 182. Impulsa a la imitación de Jesús, 241. Perfección de — que se alcanza con los toques sustanciales, 273. Revelación del atributo divino de la —, 278. Véase COMPLACENCIA.
CATECISMO. Luces en el estudio del — en la infancia, 49. Aprecio del —, 102.
CARTAS de S. a su director el P. Mariano: las publicadas, 8; las inéditas, 15; al P. Nazario Pérez, 14; al P. Alfonso Vega, 14; al Excmo. Sr. Juvencio Hospital, 14; al P. Ocerin-Jáuregui, 15; familiares, 18; a diversas personas, 15.

"CLARIDAD tenebrosa" o luz purgativa en el periodo purificativo que precede al matrimonio espiritual, 215.
CLASIFICACION de las almas en diversas especies o categorías según S. y clase dentro de la cual se incluye a sí misma, 70. La gracia purificante borra tales diferencias entre las almas, 97. Para la clasificación de las gracias místicas véase MISTICO.
COMPLACENCIA. Afecto de — por el que se gozaba en las excelencias de la Virgen, 115. Ejercicio que hacía, gozándose de la felicidad y gloria de las divinas Personas, 218.
CONCIENCIA de la propia perversidad e infamia a la edad de tres años, 44.
CONCUPISCENCIA de la carne. La gracia de no sentir su influjo durante toda su vida, 57.
CONFESION ante Jesús Sacramentado, 177.
CONFESOR. Todos sus retrocesos en la vida espiritual están relacionados con el hecho de que no manifestaba suficientemente su vida íntima al —. Véase "DESIERTO". Además, 130, 155. Jesús le promete ser su director mientras no tenga ministro suyo que le dirija, 177. Véase DIRECCION, DIRECTOR.
CONTEMPLACION infusa. Aparece por primera vez en el período de la Conversión, 68. ¿Contemplación infusa o adquirida durante la Vía Iluminativa?, 242. Contemplación simple de la Divinidad (síntesis), 356; véase SIMPLE. Contemplación mixta (síntesis), 357; véase MIXTA.
CONVERSION. Primera —, 63 y ss. Sensación de liberación y de gozo en ella, 66. Vida en el período que siguió a ella, 67 y ss. Segunda —, 91. Diferencias entre la primera y la segunda —, 93.

DEMONIO. Embestidas del — durante la época de purgación, 96. En el período purificativo que precede al matrimonio espiritual, 211.
DESDOBLAMIENTO del alma. Existencia de este fenómeno místico en la vida de S. antes del matrimonio espiritual, 173, 216. Bellísimas descripciones de este fenómeno en las cartas del período purificativo que precede al matr. esp., 233.
"DESIERTO". Por no decidirse a manifestar su vida íntima al confesor vive tres años en este estado espiritual semi-estacionario, 75, 83, 86. Doctrina sobre este estado espiritual, 87. El — y la noche mística del sentido, 88.
DIRECCION espiritual. Cómo se inició en la vida de S. la —, 186. Año y medio en que vive perdidamente por faltarle la — que Dios le exigía, 332. Estrechísima identificación con la — en la última época de su vida, 339. La — del P. Mariano en la vida de S. (síntesis), 357. Lugar destacado que la — tiene en la vida de S., 384. Doctrina sobre la —, 386 y ss. Véase CONFESOR, DESIERTO, DIRECTOR, TENTACIONES.
DIRECTOR espiritual. Razón por la que necesitaba de él y extraordinaria dificultad que sentía para franquearse con ninguno, 168. Dificultades que encontraba en su natural tímido y retraído, 193. El primer — que tuvo S., 188. Cambio de —, 192. Segundo —, 192. Pierde la confianza con este segundo, 212. Juicio sobre el segundo, 220. Tercer —, 222. Necesidad de que el — la tratase con bondad y cariño; el trato reservado y frío la perjudicaba, 260. Pide al — la trate de tú, 132. Efectos de purgación producidos por una carta del —, 226. Fuerza misteriosa de la palabra del —, 281. El cuarto —, 305. El quinto —, 317. Parte del — en las soberanas mercedes de la Vía Unitiva, 273, 284. Le es arrebatado injustamente el —, 289. El P. Mariano fué el director-verdad

de S., 335. Vuelve éste a hacerse cargo de su alma, 337. El — en sus relaciones con las almas místicas (doctrina), 388 y ss. Cuidado que debe tener el — de no hacer nada que pueda halagar el amor propio y egoísmo del alma, 390. Véase CONFESOR, DESIERTO, DIRECCION, TENTACIONES.
DOCTRINA espiritual de S. Todo el ideario de S. reducido a sus dos puntos centrales: Jesus y María, 383. Véase JESUCRISTO, MISTICO, MARIA SANTISIMA.

"EJERCICIO santo de una buena cristiana y buena religiosa", consistente en meditar el texto del Catecismo y de la Regla, 101.
ENCARNACION. Ejercicio en agradecimiento a Dios por el beneficio de la —, 190. Favores divinos en la fiesta de la —, 235.
ENFERMEDAD. Motivos altísimos por los que ofreció los dolores de su —, 215. Causas de índole místico que producían sus enfermedades, 347 y siguientes. Ultima — y muerte, 350 y ss.
ENTREGA de Dios (la) de 1894, 130 y ss. El estado de unión que siguió a la misma, 134. El descenso de dicho estado, 134. Grado místico al que corresponde dicha —, 136. Caso notabilísimo de un matrimonio místico truncado o frustrado, 138. El descenso no afectó a su progreso real en la santidad, 177.
EPITAFIO de su lápida sepulcral, 354.
ESCRIBIR. Tribulaciones y sufrimientos que le ocasionaba el dedicarse a —, aunque lo hacía por obediencia, 211, 230, 262.
ESCRITORA. S. como —, 416 y ss.
ESCRITOS. El incidente de la reclamación de los —, 345. Véase FUENTES.
EXCEPCIONAL. Condición — de ciertas almas como S., distinguidas por Dios con gracias especiales, a las que por lo mismo no se pueden aplicar las reglas comunes, 59. Dios le dice que no trate de vivir como una de tantas religiosas, pues para ella no hay medio, 151. Conciencia de vocación — a la santidad, 156. Véase PREDILECCION.
EXPOSICION de varios pasajes de la Escritura, obra de S., 11.
EXTRAVIO (Epoca de). Causas por las que Dios permite tales extravíos en sus Santos, 55. En qué consistió el de S., 56. Nuevo — en el Convento de Jesús-María, 154.
EVANGELIOS. S. descubre la existencia del libro de los —, 157.

FALTAS del alma constituída en el estado de matrimonio espiritual, 299.
FAMILIA de S., 40.
FECUNDIDAD (atributo divino). Revelación y participación del mismo, 279 y ss. Ve cumplidos sus anhelos de participar dicho atributo, 283.
FECHAS principales de la vida de S., 31.
FRANCISCANO (espíritu) de S. Devoción a San Francisco, 72. Frecuentaba su iglesia en Tolosa y era terciaria, 79. Su deseo de dirigirse con Padres de la Orden por no perder el espíritu de la propia vocación, 317. S. y la espiritualidad franciscana, 414.
FUENTES para el estudio de S., o sea sus obras (las publicadas, 2; las inéditas, 12) y los testimonios sobre ella, 18.

GIRASOL (el), imagen de su alma, 147, 163.

HERIDAS de amor, 197 y ss., 250, 258, 259, 260, 348.
HERMANO de S. Gracias que ésta recibió en la muerte de aquél, 168.

HUMANIDAD de Cristo. Como aprehende el alma a la — durante los periodos y fases de la contemplación simple de la Divinidad, 298. Véase JESUCRISTO, MISTERIOS.

IMPUREZA. En esta materia jamás sintio la más leve tentacion, 57. Véase TENTACIONES.
INEDITOS (escritos) de S., 12. Véase FUENTES.

JESUCRISTO. Camino real para la perfeccion, 71. La imitacion de —, consecuencia del amor purisimo de caridad con que le amaba, 241. Lugar central que la Persona de — ocupa en su espiritualidad, sobre todo en la Via Iluminativa, 242. La triple manifestación de — al alma, 5; la primera, 163; la segunda, 251; la tercera, 313. La experiencia de — viviendo en el alma, 315. Afinidad entre las experiencias misticas de S. y las frases paulinas sobre — viviente en el alma, 316. La adhesión a —, el rasgo mas saliente de su vida espiritual, 364; el medio por excelencia para caminar a la santidad, 367; la disposición fundamental que ha de traer el que practica la vida espiritual, 368; el fin por el que ha escrito sus libros, 370; la verdadera espiritualidad tradicional, 371. Posicion de Sta. Teresa y de S. respecto a la adhesion del alma a la Humanidad de —, 405. Véase MISTERIOS de la vida de Cristo.
JESUS-MARIA (Convento de). Traslado y estancia de S. en dicho Convento, 153. Nuevo extravio en dicho Convento, 154. Relaciones con la Virgen durante este tiempo, 156. Regreso al propio Convento, 159.
JUSTICIA (atributo divino). Atraccion del alma hacia este atributo, 259, 262; participacion del mismo, 267.

MADRE de S. Su muerte, 343.
MARIANOS (opusculos), obra de S., 9.
MARIA SANTISIMA. La perfecta consagracion a —, 85. Relaciones con — durante la purgacion, 108 y ss. Acogida maternal que Ella le dispensaba, formacion en las virtudes tomando como modelo las de la Virgen, 113 y ss. Afecto de complacencia por el que se gozaba en sus privilegios, 115. Doctrina sobre el papel de la Virgen en las noches misticas, 116. Relaciones con la Virgen en el Convento de Jesus-Maria, 156. Presencia mistica de — durante la Via Iluminativa, 166. Inversion de orden en sus relaciones marianas, 194 y ss. Intervención de — en su elevacion al matrimonio espiritual, 249. La vida mariana en las cumbres de la Via Unitiva, 309 y ss. Lugar destacado que la devocion a la Virgen ocupa en su vida, 376. En qué consiste la vida mariana, 379. Lecturas marianas, 380. Altisima idea que S. tiene de la Virgen, 381.
MATRIMONIO espiritual. Invitación al —, 204. Nueva invitacion, 231. Elevacion al —, 248. Division general del estado de —, 245.
MISA. Los misterios de Cristo reproducidos en la —, 152.
MISERICORDIA (Atributo divino). Relaciones con este atributo, 214. Lo invoca en favor del mundo, 295.
MISTERIOS de la vida de Cristo. Noticia experimental de los — en la epoca de purgación, 104. Dedicada a contemplar los misterios de la vida terrestre de Cristo con ayuda de luces infusas, 147 y ss. En la Misa ve reproducidos los —, 152. Noticias reproductivas de los —, 162. Su contemplacion primeramente se detenia en la Santa Humanidad, 165. Los misterios de la gloria, 183. En los — aprehende a Dios que, sirviéndose de la Santa Humanidad de Jesus, quiere y obra la salvacion

de los hombres, 184. La pura Divinidad le era extraña, sólo sabia contemplar los —, 201. Solicita un último plazo para contemplar los — antes del matrimonio espiritual, 231. Los — en las cumbres de la Via Unitiva, 301 y ss. Véase JESUCRISTO.
MISTICO. Sentido en que se toma la palabra en la presente obra, 23 y ss. División de la vida mística de S. en tres grandes etapas, correspondientes a las tres vias tradicionales, 25. Gracias místicas en la infancia de S., 43 y ss. Actitud de menosprecio de los favores divinos extraordinarios ocasionada por la conciencia de su propia bajeza, 46. Duda o incredulidad acerca de tales favores, que proviene de que no comprende cómo Dios pueda dispensarlos a tan gran pecadora, 46. Por ello necesitaba de director que le enseñara a hacer el debido aprecio de los mismos, 168. Diversos modos de las comunicaciones místicas, 178. Enemiga hacia los libros de Mística, 372. Sentir de S. sobre la universalidad de la vocación a los estados pasivos, 374. Clasificación de las gracias místicas, 391. Escala mística de Santa Teresa y de S., estudio comparativo, 396 y ss.; esquema de la escala mística tradicional y la de S., 404. Comparación entre Santa Teresa y S. sobre la actitud que el alma debe tener respecto a las gracias místicas, 406 y ss. Posición de Santa Teresa, San Juan de la Cruz y de S. acerca de la necesidad de las gracias místicas para la santidad, 409.
MIXTA (Contemplación), 301. Su primer período, 303. Segundo período, 309.
MODISTA. El episodio de la —, 48.
MUERTE de amor, 327, 348. Ultima enfermedad y — de S., 350 y ss.

NOVICIADO de S., 83.
NOVISIMOS. Su meditacion, 103.

OBRAS de S. Véase FUENTES. Dificultad de S. para las — exteriores en su ultima época, 342.
OLVIDO. Fenomeno que le ocurrió en la lectura de la M. Agreda, 113.
ORACION. En el periodo de conversion, 68. Como se preparaba para la —, 170.

PACIENTE. Estado mistico en que se le mostraba la Divinidad en forma —, 196.
PADRE de S. Amor particular que de niña sentia hacia él, 53. Gracias de Dios con ocasión de su muerte, 166.
PASION. Meditación de la — en la época de conversión, 68. En la época de purgacion, 103. En la Via Iluminativa, 165. Sufrimientos al recordar las ignominias de la — (Semana Santa 1907), 203. Modo diferente de contemplar la — en la Semana Santa de 1911, 231. La participación de la — antes de morir: primeros pasos, 320; los Santos que fueron favorecidos con gracias místicas insignes han de participar la — en su última enfermedad y muerte, 325. La participación de la —, 332.
PASTOR (Buen). Relaciones con Jesus en el dictado de —, 167.
PECADOS graves. Ausencia de — en la vida de S., 60.
PREDILECCION. Amada por Dios con —, 47, 50. Almas favorecidas con la — de Dios, 259.
PRESENCIA de Dios en todo lugar, sentida por gracia mística, 150, 234.
PROFESION religiosa de S., 85.
PROPOSITOS que animaban a S. a su ingreso en el claustro, 81.
PRUEBA. Ultima — antes de la entrega de Dios, 129. Ultima — antes del matrimonio espiritual, 249. De qué manera se imagina su última — antes de morir, 328.

PUEBLO natal de S., 38.
PURGATORIO de la vida espiritual, 91 y ss. Primer período de la purgación: la acción de la luz purgativa, la sensación del odio de Dios y la vista horripilante de la propia deformidad moral, 94 y ss. Segundo período: la sensación de la indiferencia y olvido de Dios para con ella, 100. Frutos: la transformación obrada por efecto de esta purgación, 107. Relaciones con la Virgen durante la época de purgación, 108. Características de la purgación de S. (síntesis), 118. Fruto principal, la muerte del yo, 119. El Purgatorio de S. y la noche pasiva del espíritu, 123.
PURIFICATIVO (Período) que precedió al matrimonio espiritual, 207 y ss.

RELAJACION en que se encontraba el convento cuando S. ingresó en él, 84.
ROMERIA de Leaburu, 63.
RUIN. Sentimientos de gozo de verse tan — al paso que Dios y la Virgen son tan santos, ricos y felices, 234.

SACRAMENTADO (Jesús). Relaciones con —, 169. Confesión con —, 177.
SIGLO. Fiesta de fin de — en el convento de S., 168.
SIMPLE (La Contemplación — de la Divinidad), 247. Su primer período, 255. Manifestación en forma incipiente del segundo período, 280. Segundo período, 286.

TENTACIONES y ansiedades características de S. Ideas de desesperación y condenación, 77, 211, 265. Incertidumbre acerca del estado de su conciencia, 210, 212. El no poder explicarse que Dios favorezca a una criatura tan vil, 322. Presiente que su última prueba antes de morir consistirá en las consabidas alarmas de conciencia e ideas de condenación, 330. Tentaciones contra la dirección espiritual, 265; las tuvo toda su vida, 393. En materia de impureza jamás sintió la más leve tentación, 57 y ss.
TECNICOS. Términos — en los escritos de S., 418.
TESTIMONIOS acerca de S., 18.
TIMIDEZ y retraimiento de S., 52, 402.
TOQUES sustanciales, 266 y ss. Efectos de ciencia y amor que estos soberanos favores producían en ella, 268.
TRATADO sobre la Vida Espiritual, obra de S., 2 y ss.
TRINIDAD. La vida en el estado de matrimonio espiritual es una fiesta perpetua de la —, 252. Contemplación de la — presente en el fondo del alma, 286. Participación mística del misterio de la —, 295.

VASCA (Alma) de S., 80, 353.
VERDAD (Atributo divino). Participación de dicho atributo, 270.
VIA Purgativa, Iluminativa y Unitiva: sentido en que se toman en la presente obra, 28 y ss. Existencia de la doble vía, una ascética y otra mística, 387.
VOCACION religiosa de S. Cómo se decidió, 78. Aprecio de ella, 84, 352.
VOLUNTAD (Atributo divino). Revelación y participación de este atributo, 275. Invulnerabilidad para el dolor que de dicha participación le provino, 283. Influencia beatífica que dicho atributo ejercía en ella, 289. Los sucesos adversos no penetraban en su alma, 293.
VOTOS de S., 205.